

La Nueva Creación



Una Guía
Para
Los Cristianos

PUBLICACIONES EL ALBA — DAWN

La Nueva Creación

**Una Guía
Para
Los Cristianos**

ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS

**“La senda del justo es como la luz de la
aurora, que aumenta en resplandor
hasta el Día Perfecto.”**

SERIE VI

La Nueva Creación

“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” —2 Cor. 5:16,17

Traducido e impreso en EEUU por la

ASOCIACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DE LA BIBLIA “EL ALBA”
199 Railroad Avenue
East Rutherford, New Jersey 07073

AL REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES

EN INTERÉS DE

SUS SANTOS CONSAGRADOS

QUE ESPERAN LA ADOPCIÓN;

— DE —

**“TODOS LOS QUE EN EL MUNDO INVOCAN AL
SEÑOR,”**

“LA FAMILIA DE LA FE,”

— Y DE —

LA CREACIÓN QUE GIME EN ESPERA
DE LA MANIFESTACIÓN DE LOS
HIJOS DE DIOS

SE DEDICA ESTA OBRA

“Para hacer que todos vean cuál es la administración del misterio que Por edades ha estado encubierto en Dios.” “Según la riqueza de su gracia, que él hizo abundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia; habiéndonos dado a conocer, según su beneplácito, el misterio (secreto) de su voluntad que previamente se forjó en sí mismo con relación a la plenitud de los tiempos de reunir todas las cosas bajo Cristo”.
Ef. 3:4, 5, 9; 1:8-10

Escrito en 1904 por el Pastor Russell

PREFACIO DEL EDITORIAL

El libro *La Nueva Creación* está publicado de nuevo con la ayuda de muchos lectores agradecidos que creen que su gratitud se expresa mejor al compartir con otros las bendiciones que ellos han recibido.

Los temas examinados en este libro son necesarios para un entendimiento de la Nueva Creación de Dios y de la vida cristiana. Este estudio es comprensivo en cada detalle respecto a la Nueva Creación, incluso sus privilegios y responsabilidades. Estos temas se examinan dentro de su contexto bíblico completo y, cuando sea necesario, se ofrece consejo provechoso en cuanto a los aspectos prácticos de la vida cristiana. Ya que es un verdadero tesoro de conocimiento y consejo, usted encontrará que regrese repetidas veces a sus páginas buscando respuestas y consejos para su camino diario cristiano.

Esta edición nueva se presenta con la esperanza de que traiga al lector las mismas bendiciones que hemos disfrutado al leer sus páginas.

LOS PUBLICADORES

LA NUEVA CREACIÓN

PRÓLOGO DEL AUTOR

A menudo el siervo de Dios trabaja en la sombra. Igual a los que tejen una alfombra de precio, nosotros nos mantenemos en segundo plano y nos damos poca cuenta de los resultados de nuestros esfuerzos. Tenemos confianza, sin embargo, que al debido tiempo del Señor, oiremos su “bien hecho” y veremos el fruto de nuestro trabajo. “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.”

No obstante, el Señor, en su bondad, nos animó al mostrarnos en parte la influencia que ejerció el volumen presente por todas partes del mundo en el corazón de los hijos de Dios. Hemos tenido el placer de recibir el testimonio de numerosas personas que han sido bendecidas por una mejor comprensión de la justificación, de la santificación y de la liberación, prometidas a la Iglesia en la Palabra de Dios. Muchos otros nos dieron parte de las bendiciones recibidas según los consejos dados en las Escrituras a los maridos y a las mujeres, a los padres y a los hijos para encontrar el camino de la paz, de la justicia y del crecimiento en la gracia. Numerosos también son los que nos han informado de las grandes bendiciones y de la ayuda recibida tocante a los deberes, los privilegios y las obligaciones de los Ancianos y de los Diáconos, y del orden bíblico en la Ecclesia. Nos regocijamos de eso y tenemos confianza que esta buena obra continúe, bajo la dirección divina para la alabanza de nuestro Señor y para el estímulo y la edificación de Su pueblo.

Enfocamos la atención del lector en el hecho de que desde que se escribió el volumen presente [copyright 1904 —*Trad.*] la luz se hizo siempre más clara respecto a los grandes Pactos de Dios. Ahora comprendemos que el Pacto de la Ley era una “sombra” del Nuevo Pacto (de la Ley) que está a punto de establecerse en la segunda venida de Jesús, por el gran Mediador, Jesús la Cabeza y la Iglesia Su Cuerpo — el antitipo de Moisés que escribió: “El

Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí.” Moisés era simplemente el tipo de este Profeta más grande, y el Pacto de la Ley del cual era el mediador era simplemente un tipo o “sombra” del Pacto más grande de la Ley de la Edad milenaria.

Dios levantó en primer lugar a Jesús, la Cabeza de este gran Mediador, cuando Le resucitó de entre los muertos. Después, Él levantó a la Iglesia como la Nueva Creación. Cuando todos los hermanos del Cuerpo de Cristo hayan sido recogidos del mundo por el conocimiento de la Verdad, cuando hayan sido santificados por el Espíritu Santo, encontrados dignos por su fidelidad hasta la muerte y promovidos por el poder divino de las condiciones terrestres a las condiciones celestes, el gran Melquisedec antitípico será completo y un Sacerdote sobre Su Trono: el gran Mediador del Nuevo Pacto tomará su lugar sobre el trono del poder divino. Entonces el Nuevo Pacto entrará en vigor, como Dios se lo dijo a Israel: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.”

Después de haber pagado a la Justicia divina, completamente y para siempre, el precio del rescate de Adán y de toda su descendencia, el Mediador antitípico asumirá toda la autoridad y, bajo el Nuevo Pacto así sellado, empezará la obra de bendición y de levantamiento de todos los de la raza adámica que le amen y le obedezcan. Todos los que vuelvan en acuerdo con el Señor serán considerados como formando parte de la descendencia [o simiente —*Trad.*] terrestre de Abrahán hasta que, finalmente, al fin del Milenio, todos los que tengan fe y le obedezcan se hagan a los ojos del Señor la descendencia de Abrahán. Haciéndose esta descendencia, las familias de la tierra asegurarán su bendición.

Por inadvertencia, nosotros nos servimos del término “Nuevo Pacto” que se aplica sólo a las relaciones de Dios con el mundo durante el Milenio, para designar el Pacto que concierne a la Iglesia durante la Edad Evangélica. Desde luego, nuestro Pacto es un nuevo pacto en el sentido que es diferente del Pacto judaico del Monte Sinaí, pero no es EL NUEVO PACTO. El Pacto de la Iglesia se llama en la Biblia un “Pacto por sacrificio”. Será útil

para los lectores del volumen presente de no olvidarlo. Todos estos pactos se encuentran en relación uno con el otro. Ellos fueron representados en Abrahán y en el Pacto que Dios concluyó con él. La Iglesia se llama la descendencia espiritual de Abrahán y se identifica con las estrellas del cielo. A medida que los humanos vuelvan en armonía con Dios, ellos constituirán la descendencia terrestre de Abrahán — como la arena que está en las orillas del mar. Es por medio de la descendencia espiritual que será bendecida la descendencia natural [o terrestre —*Trad.*].

El tema de la Justificación no ha cambiado sino que se extendió y se precisó. Si el autor escribiera el volumen presente hoy, se serviría de palabras que tendrían un sentido ligeramente diferente, pero sin modificación bien real en cuanto al significado y en cuanto a la aplicación del término justificación.

Ahora vemos que la justificación a la vida es una cosa, y que una justificación a más o menos de amistad con Dios es otra. Así, por ejemplo, Abrahán y los fieles antes del Pentecostés fueron justificados a la amistad con Dios y para entrar más o menos en comunicación con Él por la oración, etc., pero no podían ser plenamente justificados hasta que la Sangre de la Propiciación hubiera sido derramada, y hasta que hubiera sido presentada y aceptada por la Justicia divina (por el Padre). Así es hoy en día con el pecador que se acerca a Dios; podemos decir que él está sobre el camino de la justificación; él tendría más del favor de Dios que si se volviera hacia el pecado.

Decíamos en otro tiempo que un pecador que se encontraba en esta condición era justificado porque creía en Jesús como su Redentor y que se orientaba hacia una consagración completa de todo su ser. Ahora comprendemos que, mientras que se pudiera cualificar la posición de tal pecador — como por otra parte la de los Antiguos Dignos [o Beneméritos de la Antigüedad —*Trad.*] — del estado de “justificación tentativa” (o “proporcionada a título de prueba” —*Trad.*), este hombre pecador no puede de ningún modo alcanzar la plena y entera justificación, a menos que él mismo se haya presentado en plena consagración a Jesús, nuestro gran sumo sacerdote, y a menos que haya sido aceptado por Él en nombre del

Padre. Entonces solamente, cubierto por el mérito imputado del sacrificio de Cristo, el pecador sería aceptable para el Padre bajo el Manto de Cristo y engendrado del Espíritu Santo.

Qué felicidad para todos los que han oído hablar de Jesús y que han creído en parte, que su posición delante del Señor no sea la de una plena justificación y que Él niega a justificarles plenamente hasta que, por alianza, se hayan hecho Sus discípulos, andando en Sus pisadas. Es así porque la justificación puede atribuirse sólo una vez a cada individuo y si éste hiciera mal uso de ella y fallara a obtener la vida eterna, su condición sería peor que si nunca hubiera sido justificado. Si no es justificado y engendrado del Espíritu ahora, no forma parte de la Iglesia, sino es susceptible tener más tarde una parte en el mérito del sacrificio de Cristo y en la justificación que Su Reino le ofrecerá a todo miembro de la familia humana — al margen de la Iglesia que recibirá esta cosa más excelente que Dios reserva para los que Le aman — la gloria, la honra y la inmortalidad, la naturaleza divina.

Para muchos, no parecería necesario mencionar estas distinciones sutiles respecto al tema de la justificación. Sin embargo, habiendo recibido esta apreciación más clara del Plan divino, tomamos placer de transmitirla a los que tienen hambre y sed por la justicia — todos los que, por todas partes, estudian la Biblia.

Que el Señor siga bendiciendo este volumen para el bien de Su pueblo, tal es la oración del autor.

Charles Taze Russell

Brooklyn (N.Y.)
1 de octubre de 1916

CONTENIDO

ESTUDIO I EN EL PRINCIPIO

DIVERSOS COMIENZOS — LA TIERRA ESTABA — UNA SEMANA DE CREACIÓN NECESARIA PARA SU DISPOSICIÓN — DURACIÓN DE LOS DÍAS-ÉPOCAS — CONSIDERACIONES DEL PROFESOR DANA RESPECTO A LAS CONJETURAS INCIERTAS EMITIDAS POR ERUDITOS — LA CONTINUIDAD DE LAS ESPECIES REFUTA LA TEORÍA (O HIPÓTESIS — <i>TRAD.</i>), DE EVOLUCIÓN — LAS PALOMAS CASERAS DEL SR. DARWIN — UNA HIPÓTESIS COSMOGÓNICA — TESTIMONIOS FIELES DE LOS PROFESORES SILLIMAN Y DANA — EL PRIMER DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN — EL SEGUNDO — EL TERCER — EL CUARTO — EL QUINTO — EL SEXTO — EL HOMBRE, EL SEÑOR DE LA TIERRA, CREADO A PRINCIPIOS DEL SÉPTIMO DÍA-ÉPOCA — “EL LUGAR DE ENCUENTRO DE LA GEOLOGÍA Y DE LA HISTORIA” SEGÚN SIR J. W. DAWSON, L.L.D. (DOCTOR OF LAWS), F.R.S. (FELLOW OF THE ROYAL SOCIETY) — EL SÉPTIMO DÍA-ÉPOCA DE LA SEMANA DE LA CREACIÓN — SU DURACIÓN — SU REPOSO — SU OBJETO Y SU RESULTADO — SU FIN SERÁ EL TIEMPO DEL GRAN JUBILEO CELESTE Y TERRESTRE.....	1
---	---

ESTUDIO II LA NUEVA CREACIÓN

LA NUEVA CREACIÓN SEPARADA Y DISTINTA DE TODAS LAS DEMÁS — ¿POR QUÉ ES ESCOGIDA ENTRE LA CREACIÓN HUMANA MÁS BIEN QUE ENTRE OTRAS? — EL PROPÓSITO DE SU ELECCIÓN — MISIONES PRESENTES Y FUTURAS — ¿CÓMO SE EFECTÚAN EL ENGENDRAMIENTO Y EL NACIMIENTO A LA NUEVA NATURALEZA? — EL PARENTESCO ESTRECHO DE TODOS LOS MIEMBROS DE LA NUEVA CREACIÓN ENTRE SÍ Y CON SU CABEZA, JEFE Y ESPOSO — DESARROLLO Y PRUEBAS DE ESTOS MIEMBROS — EL SEXTO SENTIDO O SENTIDO ESPIRITUAL DE LA NUEVA CREACIÓN PARA EL DISCERNIMIENTO DE LAS COSAS ESPIRITUALES — ¿A QUÉ NOMBRE DEBE RESPONDER LA NUEVA CREACIÓN PARA SER LEAL A SU JEFE Y NO SEPARARSE DE NINGUNO DE LOS HERMANOS?.....	46
--	----

ESTUDIO III EL LLAMAMIENTO DE LA NUEVA CREACIÓN

SÓLO LOS “LLAMADOS” SON ELEGIBLES — CUANDO COMENZÓ ESTE LLAMAMIENTO DE LA “GRAN SALVACIÓN” — UN LLAMAMIENTO AL ARREPENTIMIENTO NO ES UN LLAMAMIENTO A LA NATURALEZA DIVINA — EL LLAMAMIENTO JUDAICO — EL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO — POR QUÉ NO HAY MUCHOS “GRANDES”,	
---	--

“SABIOS”, O “PODEROSOS” QUE SON LLAMADOS — LA EXALTACIÓN, LA RECOMPENSA POR LA HUMILDAD VERDADERA — EL CARÁCTER ES UNA CONDICIÓN DEL LLAMAMIENTO — DURANTE EL MILENIO EL MUNDO NO SERÁ LLAMADO, SINO RECIBIRÁ ÓRDENES — EL TIEMPO DEL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO ES LIMITADO — LA NUEVA CREACIÓN LLAMADA O ATRAÍDA POR EL PADRE — CRISTO NUESTRA SABIDURÍA — CRISTO NUESTRA JUSTIFICACIÓN — DIFERENCIA ENTRE LA JUSTIFICACIÓN REAL Y LA JUSTIFICACIÓN CONSIDERADA COMO TAL — ¿NECESITA LA JUSTIFICACIÓN LA “NUEVA CREACIÓN”? — LA BASE DE LA JUSTIFICACIÓN — LA JUSTIFICACIÓN DE LOS BENEMÉRITOS DE LA ANTIGÜEDAD DIFIERE DE LA NUESTRA — LA JUSTIFICACIÓN DURANTE LA EDAD MILENARIA — CRISTO, HECHO SANTIFICACIÓN PARA NOSOTROS — LA SANTIFICACIÓN DURANTE LA EDAD MILENARIA — DOS CONSAGRACIONES DISTINTAS EN LOS TIPOS LEVÍTICOS — NINGUNO DE LOS DOS TENÍA HERENCIA EN LA TIERRA — LA GRAN MULTITUD [O LA GRAN MUCHEDUMBRE - *DARBY*] — DOS PARTES EN LA SANTIFICACIÓN — LA PARTE DEL HOMBRE — LA PARTE DE DIOS — LAS EXPERIENCIAS VARÍAN CON LOS TEMPERAMENTOS — LA SANTIFICACIÓN NO ES PERFECCIÓN NI EMOCIÓN — “EL QUE CURA TODAS TUS DOLENCIAS” — NECESIDAD DEL TRONO DE LA GRACIA — CÓMO LA SANTIFICACIÓN DEBE SEGUIR LA JUSTIFICACIÓN — LA CONSAGRACIÓN DESDE LA CLAUSURA DEL “SUPREMO LLAMAMIENTO” — LA SALVACIÓN O LA LIBERACIÓN DE LA IGLESIA..... 72

ESTUDIO IV

LA NUEVA CREACIÓN PREDESTINADA

EXPOSICIÓN GENERAL DE LA ELECCIÓN — EL PENSAMIENTO EXACTO — NINGÚN DAÑO PARA LOS NO ELEGIDOS — DISTINCIÓN ENTRE LOS “ELEGIDOS” Y LOS “MISMOS ELEGIDOS” — “HAY UN PECADO QUE LLEVA A LA MUERTE” — “HORRENDA COSA ES CAER EN LAS MANOS DEL DIOS VIVO” — LA GRAN MULTITUD [O MUCHEDUMBRE — *TRAD.*] — SUS VESTIDOS BLANQUEADOS EN LA SANGRE DEL CORDERO — LA VID ELEGIDA Y SUS SARMIENTOS — DIVERSAS ELECCIONES EN EL PASADO — NINGUNA DE ELLAS ERA ETERNA — JACOB Y ESAÚ: TIPOS — “A JACOB AMÉ, MAS A ESAÚ ABORRECÍ” — FARAÓN — “PARA ESTO MISMO TE HE LEVANTADO” [ROM. 9:17] — DIOS NUNCA FUERZA LA VOLUNTAD — EL FARAÓN NO FUE UNA EXCEPCIÓN A ESTA REGLA — “JEHOVÁ ENDURECIÓ EL CORAZÓN DE FARAÓN” — LA NACIÓN ELEGIDA DE ISRAEL — “¿QUÉ VENTAJA TIENE, PUES, EL JUDÍO? MUCHO, EN TODAS MANERAS” — LA “NUEVA CREACIÓN” ELEGIDA — LO QUE SIGNIFICA LA “GRACIA” — EL EJEMPLO DE “LA GUARDIA DEL REY” — PREDESTINADOS A “ESTAR CONFORMES A LA IMAGEN DE SU HIJO” — “LOS QUE CONFORME A SU PROPÓSITO SON LLAMADOS” — CUALIFICACIONES Y CARACTERÍSTICAS DE LOS LLAMADOS — “SI DIOS ESTÁ POR NOSOTROS” — PARÁFRASIS DE LA ARGUMENTACIÓN DEL APÓSTOL — HACER FIRME NUESTRA VOCACIÓN Y NUESTRA ELECCIÓN — LA CARRERA — “PROSIGO A LA META” — “CONOCEMOS, HERMANOS AMADOS DE DIOS, VUESTRA ELECCIÓN.”157

ESTUDIO V

LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN

LAS “PIEDRAS VIVAS” PARA EL TEMPLO ESPIRITUAL — LA NUEVA CREACIÓN NOMINAL CON RELACIÓN A LA REAL — EL “MISTERIO DE DIOS” Y EL “MISTERIO DE LA INIQUIDAD” — LA ORGANIZACIÓN DEL GRAN ANTICRISTO — LAS ESCRITURAS SON DIGNAS DE FE — LIBERTAD PERMITIDA EN EL MUNDO Y EN LA CRISTIANDAD — EL ORDEN FUERA DE LA CONFUSIÓN — “AL DEBIDO TIEMPO” — “LOS FINES DE LOS SIGLOS” — LA VID PLANTADA POR EL PADRE — “LOS DOCE APÓSTOLES DEL CORDERO” — PABLO, EL SUCESOR DE JUDAS — EL NÚMERO DE LOS APÓSTOLES ES LIMITADO A DOCE — LA MISIÓN APOSTÓLICA — CARACTERES FUERTES DE LOS APÓSTOLES — EL APÓSTOL PABLO “NO FUE INFERIOR EN NADA” A LOS OTROS APÓSTOLES — LA INSPIRACIÓN DE LOS DOCE — VIGILANCIA DIVINA DE LOS ESCRITOS DE LOS APÓSTOLES — “SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA” — ARMONÍA DE LOS EVANGELIOS — LLAVES DE LA AUTORIDAD — INFALIBILIDAD APOSTÓLICA — EXAMEN DE ALGUNAS OBJECIONES — “UNO ES VUESTRO MAESTRO” — LA IGLESIA VERDADERA ES “EL REBAÑO DE DIOS” — APÓSTOLES, PROFETAS, EVANGELISTAS, MAESTROS — LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN POR EL SEÑOR ES ABSOLUTAMENTE PERFECTA — ES TAMBIÉN SU SUPERINTENDENTE — LOS DONES DEL ESPÍRITU SE ACABARON CUANDO NO FUERON MÁS NECESARIOS — UNIDAD DE LA “FE QUE DE UNA VEZ PARA SIEMPRE FUE ENTREGADA A LOS SANTOS” — LA UNIDAD POR FUERZA ES ANTICRISTIANA — OBISPOS, ANCianos, DIÁCONOS — VERDADERO SIGNIFICADO DE “PROFETA” — LA HUMILDAD ES ESENCIAL PARA LA CALIFICACIÓN DEL ANCIANO — OTRAS CALIFICACIONES NECESARIAS — DIÁCONOS, MINISTROS, SIERVOS — LOS MAESTROS [LOS QUE ENSEÑAN — *Trad.*] EN LA IGLESIA — MUCHOS DEBERÍAN SER CAPACES DE ENSEÑAR — “HERMANOS MÍOS, NO OS HAGÁIS MAESTROS MUCHOS DE VOSOTROS” — “NO TENÉIS NECESIDAD DE QUE NADIE OS ENSEÑE” — “EL QUE ES ENSEÑADO” Y “EL QUE ENSEÑA” — PAPEL DE LA MUJER EN LA IGLESIA — LAS MUJERES COMO COLABORADORAS — “QUE SE CUBRA”189

ESTUDIO VI

ORDEN Y DISCIPLINA DE LA NUEVA CREACIÓN

SIGNIFICADO DE LA ORDENACIÓN — SOLAMENTE LOS DOCE APÓSTOLES PLENIPOTENCIARIOS — EL CLERO Y LOS LAICOS — ELECCIÓN DE ANCianos Y DIÁCONOS — ORDENACIÓN DE ANCianos EN CADA ECCLESIA — QUIÉNES PUEDEN ELEGIR A ANCianos Y CÓMO — LAS MAYORÍAS INSUFICIENTES — VARIEDAD DE MINISTERIOS — ¿UN MINISTERIO REMUNERADO? — LA DISCIPLINA EN LA ECCLESIA — LOS FALSOS LLAMADOS A LA PREDICACIÓN — “AMONESTÉIS A LOS OCIOSOS (INDISCIPLINADOS)” — AMONESTAR NO ES EL ASUNTO DE TODOS — LAS REPRIMENDAS PÚBLICAS SON RARAS — “QUE NINGUNO PAGUE A OTRO MAL POR MAL” — “Y CONSIDERÉMONOS UNOS A OTROS PARA ESTIMULARNOS EL AMOR Y A

LAS BUENAS OBRAS” — “NUESTRA CONGREGACIÓN” — CARÁCTER GENERAL DE LAS REUNIONES — LA DOCTRINA QUE AÚN ES NECESARIA — OCASIONES FAVORABLES PARA PLANTEAR PREGUNTAS — EJEMPLOS DE REUNIONES PROVECHOSAS — “CADA UNO ESTÉ PLENAMENTE CONVENCIDO EN SU PROPIA MENTE” — SERVICIOS FUNERALES — DIEZMOS, COLECTAS, ETC.270

ESTUDIO VII

LA LEY DE LA NUEVA CREACIÓN

DAR UNA LEY IMPLICA QUE SE PUEDE OBSERVARLA — LA LEY DIVINA TAL COMO FUE ESCRITA AL PRINCIPIO — UNA LEY DE VIDA NO SE PODÍA DAR A LA RAZA CAÍDA — LA REDENCIÓN NO VIENE DE LA LEY SINO DE LA GRACIA — EL PACTO DE LA LEY CUMPLIDA Y EL NUEVO PACTO SELLADO POR EL SACRIFICIO ÚNICO DE CRISTO — LA LEY DE SINAÍ DADA A ISRAEL SEGÚN LA CARNE SOLAMENTE — LA LEY DEL NUEVO PACTO — EL MANDAMIENTO BAJO EL CUAL LOS SANTOS SON DESARROLLADOS — LA NUEVA CREACIÓN SEPARADA Y DISTINTA EN SUS RELACIONES Y EN SU PACTO CON DIOS — EL CRECIMIENTO EN LA APRECIACIÓN DE LA LEY PERFECTA — CORRER HACIA EL FIN Y MANTENERSE FIRME ALLÍ — LA REGLA DE ORO — LA LEY PERFECTA DE LA LIBERTAD349

ESTUDIO VIII

EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN

EL CAMBIO DE LAS RELACIONES DIVINAS DATA DE LA CRUZ — LA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES EN LAS SINAGOGAS EN EL DÍA DEL SÁBADO NO SIGNIFICA QUE EL SÁBADO O EL SISTEMA JUDAICO COMPROMETE LA NUEVA CREACIÓN — EL EDIFICIO EN EL CUAL SE RECOMIENDA EL EVANGELIO NO AFECTA EL MENSAJE RECOMENDADO — EL DÍA TAMPOCO — ORIGEN DEL PRIMER DÍA DE LA SEMANA COMO SÁBADO CRISTIANO — SU OBSERVANCIA COMENZÓ MUCHO TIEMPO ANTES DEL TIEMPO DE CONSTANTINO — CASI TODAS LAS MANIFESTACIONES DEL SEÑOR RESUCITADO SE EFECTUARON EN EL PRIMER DÍA — LA OBSERVANCIA GENERAL DEL PRIMER DÍA COMO SÁBADO ES UN TEMA DE GRATITUD — SIN EMBARGO, NO ES UN ORDEN DIVINO — FRANCIA Y EL NÚMERO 7 — EL SÁBADO DE ISRAEL ERA UN TIPO — CUANDO COMENZÓ EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN Y CÓMO CONTINÚA381

ESTUDIO IX

EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN

JEHOVÁ, EL GRAN JUEZ DEL UNIVERSO — TODAS LAS BENDICIONES, TODOS LOS FAVORES, ETC. PROVIENEN DE JEHOVÁ, POR EL HIJO — LA NUEVA CREACIÓN LLAMADA A ASOCIARSE CON CRISTO Y SER SU COHEREDERA — “TODA POTESTAD

ME ES DADA EN EL CIELO Y EN LA TIERRA” — EL JUICIO DEL PADRE QUE CONDENA AL GÉNERO HUMANO YA HA SIDO EXPRESADO — EL JUICIO, DURANTE EL MILENIO, SERÁ UN JUICIO DE MISERICORDIA Y DE AYUDA — LA SENTENCIA EJECUTORIA SERÁ JUSTA, SIN MISERICORDIA — EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN DURANTE LA EDAD EVANGÉLICA — LA NUEVA CREACIÓN JUZGADA POR LA LEY PERFECTA DE AMOR — LA VIGILANCIA DE LA CABEZA GLORIOSA SOBRE EL CUERPO — “PORQUE CON EL JUICIO CON QUE JUZGÁIS, SERÉIS JUZGADOS” — DEBERÍAMOS JUZGARNOS EQUITATIVAMENTE — “EL QUE ME JUZGA ES EL SEÑOR” — HAY CIERTOS ASUNTOS QUE LA IGLESIA DEBERÍA JUZGAR — “SI TU HERMANO PECARE CONTRA TI” — PERDONE SETENTA VECES SIETE — OFENSAS CONTRA LA IGLESIA — ES NECESARIO QUE TODOS COMPAREZCAMOS DELANTE DEL TRIBUNAL DE CRISTO398

ESTUDIO X

EL BAUTISMO DE LA NUEVA CREACIÓN

EL BAUTISMO EN EL SEGUNDO SIGLO D. J.C. — PATROCINADORES EN LOS BAUTISMOS — CEREMONIAS DE BAUTISMO EN LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA — EL BAUTISMO DE LOS INFANTES Y POR QUÉ FUE INTRODUCIDO EN EL CRISTIANISMO — TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL BAUTISMO — PERSPECTIVA DE LOS “DISCÍPULOS” — PERSPECTIVA DE LOS “BAUTISTAS” — LA PERSPECTIVA CORRECTA — BAUTISMO EN LA MUERTE DE CRISTO — “POR UN ESPÍRITU TODOS SOMOS BAUTIZADOS EN UN CUERPO” — EL BAUTISMO DE FUEGO — EL BAUTISMO SIMBÓLICO EN EL AGUA — ¿ES EL BAUTISMO SIMBÓLICO NECESARIO? — EL SÍMBOLO APROPIADO — ¿QUIÉN PUEDE ADMINISTRARLO? — LA FORMA DE EXPRESIÓN — LA REPETICIÓN DEL SÍMBOLO — “BAUTIZADOS POR LOS MUERTOS.”425

ESTUDIO XI

LA PASCUA DE LA NUEVA CREACIÓN

BAJO EL YUGO DE EGIPTO Y LA LIBERACIÓN, EN TIPO Y ANTITIPO — “LA CONGREGACIÓN DE LOS PRIMOGÉNITOS, QUE ESTÁN INSCRITOS EN LOS CIELOS” — NOSOTROS, CON SER MUCHOS, SOMOS UN SOLO CUERPO” — LA CONMEMORACIÓN AÚN APROPIADA — QUIÉNES PUEDEN CELEBRAR — QUIÉNES PUEDEN OFICIAR — UNA ORDEN DE SERVICIO — LA PASCUA: EASTER-PASSOVER, EXTRACTOS DE LA ENCICLOPEDIA DE MCCLINTOCK Y STRONG.465

ESTUDIO XII

PRIVILEGIOS Y DEBERES MATRIMONIALES Y OTROS DE LA NUEVA CREACIÓN

DIVERSAS OBLIGACIONES DE LA NUEVA CREACIÓN — “VOSOTROS SOIS UNO EN CRISTO JESÚS” — ESTO NO IMPLICA UNA ASOCIACIÓN EN COMÚN — EL HOMBRE Y

LA MUJER EN EL ORDEN DIVINO — EL HOMBRE ES LA “CABEZA” (JEFE) Y NO UN TIRANO — MATRIMONIO DE LA NUEVA CREACIÓN — CONSEJOS PARA LAS NUEVAS CRIATURAS EN SUS DIVERSAS CONDICIONES DE UNIÓN CONYUGAL — EN CASO DE DESERCIÓN — LA CONCIENCIA, EL CRITERIO DECISIVO — EUNUCOS, VÍRGENES, CELIBATO — “SÓLO QUE SEA EN EL SEÑOR” — RESPONSABILIDADES DE LOS PADRES495

ESTUDIO XIII

OBLIGACIONES DE LOS PADRES DE LA NUEVA CREACIÓN

OBLIGACIONES IMPORTANTES VINCULADAS CON EL EJERCICIO DE LAS FACULTADES DE PROCREACIÓN — INFLUENCIAS PRENATALES — “INSTRUYE AL NIÑO EN SU CAMINO” — LA INFLUENCIA DE LAS ESCUELAS DOMINICALES — LA CONFIANZA DE LOS HIJOS — EL PODER DE LA SUGERENCIA EN LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS — NUESTROS HIJOS EN EL TIEMPO DE ANGUSTIA (O CONFUSIÓN) — ENTRETENIMIENTOS APROPIADOS Y ENTRETENIMIENTOS INAPROPIADOS — MATRIMONIO DE LOS HIJOS DE LAS NUEVAS CRIATURAS531

ESTUDIO XIV

DIVERSAS OBLIGACIONES TERRESTRES DE LA NUEVA CREACIÓN

“PROCURAD LO BUENO DELANTE DE TODOS LOS HOMBRES” — “NO DEBÁIS A NADIE NADA” — “PRESTAD, NO ESPERANDO DE ELLO NADA” — CORTESÍA CRISTIANA — “NO OS AFANÉIS POR EL DÍA DE MAÑANA” — “CRISTO ES MI ANHELO, SÍ CRISTO SOLO” — “ES MÁS FÁCIL PASAR UN CAMELLO POR EL OJO DE UNA AGUJA, QUE ENTRAR UN RICO EN EL REINO DE DIOS” — SEGUROS — ORGANIZACIONES DE AYUDA MUTUA, ETC. — INJERENCIA VOLUNTARIA EN LOS ASUNTOS DE OTROS — “BENDECIR A DIOS Y MALDECIR A LOS HOMBRES” — OBLIGACIONES SOCIALES — “HONRAD A TODOS” — ¿TOMARÁ PARTE LA NUEVA CREACIÓN EN LAS ELECCIONES PÚBLICAS? — LA NUEVA CRIATURA Y LAS REFORMAS MORALES — USO DE TRAJES COSTOSOS — ESPEREMOS LOS ORNAMENTOS DE “GLORIA, DE HONRA Y DE INMORTALIDAD”577

ESTUDIO XV

LOS ENEMIGOS DE LA NUEVA CREACIÓN Y SUS ATAQUES

“EL VIEJO HOMBRE” — EL MUNDO, ENEMIGO DE LA NUEVA CREACIÓN — EL GRAN ADVERSARIO — FUE MENTIROSO Y ASESINO DESDE EL COMIENZO — LOS SOCIOS DE SATANÁS EN EL MAL — LEGIONES DE DEMONIOS — CÓMO SE PERPETÚA LA PRIMERA MENTIRA DE SATANÁS — LA CIENCIA CRISTIANA Y LA TEOSOFÍA — “NO TENEMOS LUCHA [SOLAMENTE] CONTRA CARNE Y SANGRE” — EL MINISTERIO DEL MAL — LOS ATAQUES DEL ADVERSARIO — “LA ORACIÓN DE FE SALVARÁ AL

ENFERMO” — “SI SATANÁS ECHA FUERA A SATANÁS”, SU REINO NO PUEDE
SUBSISTIR — AMAR LA JUSTICIA — ODIAR LA INIQUIDAD — MARCOS 16:9-20 —
LA IGLESIA NOMINAL, ADVERSARIO DE LA NUEVA CREACIÓN — LA ARMADURA DE
DIOS.....615

ESTUDIO XVI
LA HERENCIA ACTUAL DE LA NUEVA CREACIÓN

PRIMICIAS DEL ESPÍRITU — ESPERANZAS VERDADERAS Y ESPERANZAS FALSAS —
NUESTRA ESPERANZA — EL LADRÓN EN EL PARAÍSO — EL DESEO ARDIENTE DE
SAN PABLO — “NUESTRA MORADA TERRESTRE” Y “NUESTRA HABITACIÓN
CELESTIAL” — LA ESCENA DE LA TRANSFIGURACIÓN — “EL PRIMERO DE LA
RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS” — ALEGRÍAS PRESENTES DE LA NUEVA
CREACIÓN — “PEDID, Y RECIBIRÉIS, PARA QUE VUESTRO GOZO SEA CUMPLIDO” —
LA FE, UN FRUTO DEL ESPÍRITU Y UNA PARTE DE LA HERENCIA DE LA NUEVA
CREACIÓN679

ESTUDIO XVII
LA HERENCIA DE LA NUEVA CREACIÓN EN LA RESURRECCIÓN

ES NECESARIO QUE EL OJO Y EL OÍDO DE LA FE SEAN EDUCADOS PARA APRECIAR
CLARAMENTE LAS COSAS ESPIRITUALES — “ASÍ COMO EN ADÁN TODOS MUEREN,
TAMBIÉN EN CRISTO TODOS SERÁN VIVIFICADOS” — LA RESURRECCIÓN DE VIDA
QUE VIENE DESPUÉS DE LA PRIMERA RESURRECCIÓN — ANASTASIS —
LEVANTAMIENTO O RESURRECCIÓN — NO UN JUICIO, O UNA PRUEBA, POR LOS
PECADOS DEL PASADO: SINO OTRA PRUEBA POR LA VIDA — “ENCONTRADOS DIGNOS
DE OBTENER LA RESURRECCIÓN” — CASTIGOS POR LOS PECADOS DE LA VIDA
PRESENTE — “LOS PECADOS DE ALGUNOS HOMBRES SE HACEN PATENTES ANTES
QUE ELLOS VENGAN A JUICIO” — “ASÍ TAMBIÉN ES LA [PRIMERA] RESURRECCIÓN
DE LOS MUERTOS [DE UNA CLASE ESPECIAL]” — “AÚN NO SE HA MANIFESTADO LO
QUE HEMOS DE SER” — “SEREMOS SEMEJANTES A ÉL”715

ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS

ESTUDIO I

“EN EL PRINCIPIO”

DIVERSOS COMIENZOS — LA TIERRA ESTABA — UNA SEMANA DE CREACIÓN NECESARIA PARA SU DISPOSICIÓN — DURACIÓN DE LOS DÍAS-ÉPOCAS — CONSIDERACIONES DEL PROFESOR DANA RESPECTO A LAS CONJETURAS INCIERTAS EMITIDAS POR ERUDITOS — LA CONTINUIDAD DE LAS ESPECIES REFUTA LA TEORÍA (O HIPÓTESIS —*TRAD.*), DE EVOLUCIÓN — LAS PALOMAS CASERAS DEL SR. DARWIN — UNA HIPÓTESIS COSMOGÓNICA — TESTIMONIOS FIELES DE LOS PROFESORES SILLIMAN Y DANA — EL PRIMER DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN — EL SEGUNDO — EL TERCER — EL CUARTO — EL QUINTO — EL SEXTO — EL HOMBRE, EL SEÑOR DE LA TIERRA, CREADO A PRINCIPIOS DEL SÉPTIMO DÍA-ÉPOCA — “EL LUGAR DE ENCUENTRO DE LA GEOLOGÍA Y DE LA HISTORIA” SEGÚN SIR J. W. DAWSON, L.L.D. (DOCTOR OF LAWS), F.R.S. (FELLOW OF THE ROYAL SOCIETY) — EL SÉPTIMO DÍA-ÉPOCA DE LA SEMANA DE LA CREACIÓN — SU DURACIÓN — SU REPOSO — SU OBJETO Y SU RESULTADO — SU FIN SERÁ EL TIEMPO DEL GRAN JUBILEO CELESTE Y TERRESTRE

Numerosos son los agentes de Jehová e innumerables los medios de que él dispone por los cuales él demuestra cada detalle de su creación; no obstante, tras todos ellos se encuentran su sabiduría y su poder personales creativos. El es el único Creador y, como lo afirma la Escritura: “Toda su obra es perfecta.” Puede que él deje que los ángeles caídos y los hombres depravados estropeen o utilicen con fines malos su obra perfecta. Sin embargo, él nos asegura que no se tolerará por siempre que el mal destruya y perjudique, y que finalmente, cuando lo haya restringido y luego lo haya destruido, discerniremos que lo permitió sólo para poner a prueba, para examinar, para afinar y para pulir a ciertos seres humanos, haciendo resplandecer delante de todas sus criaturas inteligentes su santidad limpia, su carácter misericordioso y su plan.

Cuando en el libro de Génesis, leemos: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” conviene recordar que el principio del cual se trata no es aquel del Universo, sino más simplemente aquel

de nuestro planeta. Fue en este momento que “alababan todas las estrellas del alba” y que todos los hijos angélicos de Dios “se regocijaban” — cuando el Señor fundó la tierra, que puso “nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad” (Job 38:4-11).^{*} La Biblia, sin embargo, habla de un principio anterior a ése, de un principio que precede la creación de los hijos angélicos de Dios así como está escrito: “En un principio era el Verbo [Logos] y el Logos estaba con *el* Dios y el Logos era *un* dios. Él estaba en el principio con *el* Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3).[†] Jehová siendo el mismo desde toda la eternidad no tuvo comienzo, “El Unigénito” tiene en comparación con todas las demás criaturas, la alta distinción de ser “el principio de la creación de Dios”, “el primogénito de toda creación” (Apoc. 3:14; Col. 1:15). Otros principios vinieron más tarde a medida que fueron creados uno por uno los diversos órdenes angélicos. Todos estos principios pertenecían al pasado, de modo que los ejércitos angélicos pudieron en efecto exultar cuando las creaciones de nuestra tierra descritas en Génesis también tuvieron su comienzo.

Examinando con cuidado las expresiones de Génesis, discernimos que una distinción se hace allí entre la creación de los cielos y de la tierra (versículo 1) y su organización posterior, y las creaciones que siguieron la vida vegetal y la vida animal. Son las operaciones subsecuentes que se describen como el trabajo que Dios hizo en el transcurso de seis épocas llamadas días. El versículo 2 nos enseña que al principio del comienzo del primer día de esta semana de creación, la tierra *estaba*, aunque sin forma (sin orden) y vacía, desolada, oscura. Se debe notar claramente este detalle importante. Si se lo capte, se discierne en seguida que él corrobore las conclusiones actuales de la geología, y por cuanto seremos obligados a discutir las deducciones de los geólogos acerca de ciertos puntos, es bueno que reconozcamos prontamente

^{*} Así como para los volúmenes precedentes, nos servimos de la versión Reina-Valera edición de 1960 a menos que se indique lo contrario. —*Trad.*

[†] Véase *Diaglott*, bajo el texto griego; véase también Vol. V, cap. III (en inglés).

y dejemos de lado todo lo que no necesita discutirse para defender la Biblia. La Biblia no aporta ninguna precisión en cuanto al tiempo que transcurrió entre el *principio* donde Dios creó los cielos y la tierra y el *principio* de la semana de la creación en el transcurso de la cual la tierra se hizo habitable para el hombre. Los geólogos no están de acuerdo entre sí en la duración de este intervalo. Algunos extremistas van, en sus especulaciones extravagantes, hasta el punto de hablar de millones de años.

Ahora vengamos al período de creación — a la disposición, la preparación de nuestros cielos y de la tierra para hacer el Paraíso de Dios destinado a devenir la morada eterna del hombre. Observemos en primer lugar que no se declara en ninguna parte que estos “días” son días de veinticuatro horas. Por lo tanto, no somos obligados a limitarlos en su duración. Encontramos en la Biblia que la palabra *día* significa época o período. El hecho de que *la mayoría de las veces* esta palabra expresa una duración de veinticuatro horas, no prueba nada. ¿No se habla en la Biblia del “día de la tentación en el desierto?” Este día, sin embargo, duró cuarenta años (Salmos 95:8-10). Algunas veces, un “día” o un “tiempo” representa un período de un año (Núm. 14:33, 34; Ez. 4:1-8). El Apóstol afirma de su parte que “para con el Señor un día es como mil años” (2 Ped. 3:8). Muy ciertamente estos días-épocas no fueron días solares, porque según el relato, el sol fue visible sólo el cuarto día — sólo en la cuarta época.

Aunque no se indique la duración de estos días-épocas, creemos que nuestros lectores convendrán que estamos autorizados para suponer que fueron períodos uniformes, ya que son partes idénticas de la única semana de creación. Si, por lo tanto, podemos conseguir una prueba razonable en cuanto a la duración de uno de estos días, estaremos plenamente justificados a suponer que los demás fueron de la misma duración. Hemos adquirido una prueba satisfactoria de que uno de estos “días” de la creación fue un período de siete mil años y que, por consiguiente, la semana entera de la creación sería de $7.000 \times 7 = 49.000$ años. Este número, ínfimo en comparación con aquellos avanzados y supuestos por diversas teorías geológicas, es, creemos, ampliamente razonable

para realizar lo que se demuestra como habiendo sido cumplido, es decir, para arreglar y llenar la tierra que ya existía, pero “sin forma (sin orden) y vacía (yerma).”

Hablando de los datos que utilizan los eruditos para formar sus conjeturas, y del método de cálculo que emplean, el Prof. Dana dice:

“Una *gran incertidumbre* se cierne siempre respecto a todos los cálculos efectuados para determinar la duración de una época a partir del espesor de las formaciones (o capas geológicas —*Trad.*). En efecto, hay que tener en cuenta el asiento progresivo [hundimiento regular] de los terrenos. Si se saca las conclusiones según las estimaciones del espesor de los aluviones [tierra depositada por las aguas], en el transcurso de un número dado de años — digamos en el transcurso de los últimos 2.000 años — esta fuente de *duda* afecta todo el cálculo desde su misma base y casi lo hace (si no completamente) *sin valor*... Cuando se basa la estimación en la cantidad de *desperdicios* [residuos finos] vertidos por un río, esta estimación es de valor más grande, pero en ese caso, hay allí una fuente de *gran incertidumbre*.”

Examinemos la cuestión desde el punto de vista de la Biblia: creemos que es la revelación divina. Estamos plenamente persuadidos de que toda divergencia entre su testimonio y las conjeturas de los geólogos son tantos errores de estos últimos cuyas filosofías todavía no han alcanzado una base o un desarrollo completamente científico.

No hay necesidad tampoco de suponer que el que escribió el libro de Génesis conocía a fondo los temas que relata: la duración de estos días y el resultado preciso [de cada una de las creaciones sucesivas —*Trad.*]: aceptamos el relato de Génesis como parte de la gran revelación divina — la Biblia, y encontramos que su exposición sublime en unas cuantas frases se encuentre sumamente corroborada por la mayoría de las investigaciones científicas exactas, mientras que al contrario los “libros religiosos” paganos contienen sólo declaraciones absurdas respecto a este tema.

Hay una suerte de grandeza en la sencillez de esta primera frase de la revelación: “En el principio creó Dios.” Ella responde a la primera pregunta de la razón: ¿De dónde vine y a quién debo mi origen? En verdad, es muy lamentable que algunas de las mentes más brillantes de nuestra época de luz hayan apartado la vista de

esta idea de un Creador inteligente para admitir una fuerza ciega regida por una ley de evolución y de supervivencia de los más aptos. ¡Por desgracia! Esta teoría no sólo ha encontrado adhesión general en las instituciones más altas del saber, sino que gradualmente se la incorpora en los libros de texto de nuestras escuelas primarias.

A decir verdad, no son muy numerosos los que son bastante impudentes para negar absolutamente la existencia de un Creador. Sin embargo, aun los fervientes, bajo la influencia de esta teoría, zapan el edificio de su propia fe tanto como el de otros cuando afirman que la creación es simplemente el reino de la Ley natural. Sin remontarse demasiado lejos hacia atrás, ellos suponen que nuestro sol lanzó en el espacio cantidades enormes de gas que acabaron por solidificarse y formaron nuestra tierra, luego que, más tarde, se formó un *protoplasma*; una pequeña larva (un *microbio*) surgió, ellos no saben cómo. Deben conceder bien que un poder divino fue necesario para dar el primer impulso a este pequeño comienzo de vida, pero buscan activamente una ley natural para explicar esto también, para no necesitar más un Dios-Creador. Se afirma también que están a punto de descubrirlo. Estos “eruditos” sueñan de la naturaleza y hablan de ella como si fuera Dios: “sus” obras, “sus” leyes, “sus” beneficios,* etc. ¡Un Dios ciego y sordo en realidad!

Ellos pretenden que en virtud de las leyes de la Naturaleza, el *protoplasma* evolucionó en microbio o en larva o en gusano que se enroscó, se retorció y se reprodujo y, luego encontrando que una cola sería útil para él, desarrolló una. Más tarde, otro gusano nacido del primero y aún más inteligente que ése encontró que las aletas le vendrían a punto y las produjo. Más tarde aún, él, perseguido por uno de sus semejantes hambriento, y saltando fuera del agua para escapar de él, tuvo la idea que sus aletas más desarrolladas serían unas alas; le gustó el nuevo género y se mantuvo por lo tanto fuera del agua, luego decidió que las piernas y los dedos del pie le convendrían y los desarrolló. Otros miembros

* Las obras, las leyes, los beneficios, etc. de la Naturaleza. —*Trad.*

de la familia “gusano” siguieron otras “nociones” de las cuales parece que hubieran tenido en su disposición una provisión inagotable como demuestra la variedad prodigiosa de animales que nos rodea. Sin embargo, el momento vino en que uno de los descendientes del primer gusano habiendo alcanzado el grado de desarrollo del mono, concibió una idea genial. Él se dijo: Suprimiré mi cola, no me serviré más de mis manos a manera de pies, me desembarazaré de mis pelos, me formaré una nariz, una frente, un cerebro que tendrá el sentido moral y la capacidad de reflexionar. Llevaré un traje hecho por un sastre, un sombrero de copa en seda, me nombraré Prof. Darwin, L.L.D., y escribiré la historia de mi evolución.

Por supuesto el Sr. Darwin fue un hombre capaz ya que supo imponer su teoría en sus semejantes. Sin embargo, el hijo fiel de Dios que tiene confianza en un Creador personal y que no es tan pronto a poner a un lado la Biblia que Le revela, no tarda en discernir el sofisma de la teoría del Sr. Darwin. En efecto, no basta que el Sr. Darwin haya observado que entre sus palomas caseras le era posible provocar el nacimiento de jóvenes presentando ciertas particularidades: plumas en las patas, abubillas, en forma de coronas en la cabeza, gargantas prominentes, etc. Otros como él habían efectuado experimentos análogos en las aves de corral, en los perros, en los caballos etc. Los horticultores también habían hecho experimentos en las flores y los arbustos, etc. y habían conseguido resultados semejantes. Lo que el Sr. Darwin tenía de nuevo era la *teoría* según la cual todas las formas de vida *evolucionaron* a partir del mismo principio (o de un comienzo común —*Trad.*).

Ahora bien, los experimentos del Sr. Darwin con sus palomas caseras, al igual que los de otros ganaderos caprichosos, sólo han confirmado la declaración bíblica según la cual Dios hizo cada criatura según su *género*. Hay prodigiosas posibilidades de variedades en cada *especie*, pero no podemos mezclar especies ni formar nuevas *especies*. La hibridación es posible sólo entre especies vecinas y cada uno sabe que la nueva especie así formada no es apta de reproducirse. Además, el Sr. Darwin debe haber

observado, como otros experimentadores lo han hecho, que sus palomas caseras “fenómenos” debían ser mantenidas rigurosamente apartadas de otras de su género bajo pena de verles perder rápidamente sus particularidades. Sin embargo, en la naturaleza, nosotros vemos diversas especies, cada una “según su género”, totalmente separadas unas de las otras y mantenidas separadas sin cierre alguno artificial, etc. — mantenidas separadas por la ley de su Creador. Como creyentes en un Creador personal, nosotros podemos estar seguros de que la especulación humana no ha visto la verdad en la proporción donde ella ha ignorado a nuestro Dios, su sabiduría y su poder expuestos en el libro de Génesis.

Tal vez nada haya hecho más para oscurecer y zapar la fe en un Dios Creador y en el relato de Génesis como una revelación, que la idea según la cual los días-épocas del primer libro de la Biblia hubieran sido días de veinticuatro horas. Diversas capas estratificadas de roca, y de limos prueban sin duda de ninguna clase, que períodos largos fueron necesarios para acabar en los cambios considerables que ellas revelan. También, cuando reconocemos que la Biblia enseña un día-época, todo se aclara: el testimonio de las rocas geológicas viene para confirmar exactamente la exposición de la Biblia, nuestra fe se encuentra ampliamente afirmada por eso; sentimos que esta fe no está ligada más a nuestras concepciones personales que a las de otros hombres, sino que ella radica en la Palabra del Creador abundantemente atestiguada por la naturaleza misma.

UNA HIPÓTESIS COSMOGÓNICA

Para ayudar a algunos de nuestros lectores, vamos a exponer brevemente una de las concepciones formuladas a propósito del período de la Creación, y conocidas bajo el nombre de la “Teoría de Vail” o la “Teoría de la bóveda” que interesa especialmente al autor. Trataremos, más tarde, de descubrir la armonía que existe entre esta hipótesis y el relato de Génesis 1:1 a 2:3.

En primer lugar, comencemos con la condición indicada en

Génesis 1:2; “La tierra” *estaba* desolada, vacía, tenebrosa. El hombre sabio no tratará de adivinar lo que Dios no ha revelado respecto a la manera en la cual procedió para reunir los átomos de la tierra. Lo que no se revela pertenece a Dios y es prudente esperar pacientemente lo que desvelará más tarde cuando haya venido el momento. Armado con el pico y con la pala, el hombre del ojo escrutador ha encontrado que la corteza terrestre está formada de diversas capas o estratos sobrepuestos, todos demostrando que antaño fueron maleables y húmedos, excepto las rocas primitivas sobre las cuales se construyen estas capas, o estratos con más o menos regularidad. Estas rocas de base indican claramente que antaño fueron maleables y fluidos a causa de un calor intenso. Los eruditos están de acuerdo aun generalmente para afirmar que, a poca profundidad bajo la “corteza” terrestre, la tierra todavía es ardiente y en estado de fusión.

Estas rocas primitivas o ígneas (granito, basalto, etc.) deben haber sido, en cierto momento, llevadas a una temperatura tan elevada que todos los elementos combustibles que ellas contenían debieron haber sido quemados. Y ya que estas rocas de profundidad constituyen la parte inferior de la corteza terrestre, tenemos toda razón para creer que esto fue el tiempo en el cual toda la tierra era una masa de blanco incandescente. En este momento, el agua y los minerales que ahora se encuentran en las capas superiores, o estratos, depositados en el agua, deben haber sido cambiados en el estado gaseoso y rodearon la tierra de una bóveda impenetrable alcanzando kilómetros de espesor en todas las direcciones. La rotación de la tierra sobre su eje debe haber impreso a esta masa gaseosa un movimiento semejante al mismo tiempo que la concentraba más particularmente en la región del ecuador. A medida que la tierra se enfriaba, la temperatura de esta masa gaseosa iba disminuyendo también y sus elementos constitutivos pasaban del estado gaseoso al estado sólido y líquido, los minerales más pesados gravitando en estratos hacia abajo. En esta fase de su formación, la tierra debía parecerse probablemente al modo en el cual se presenta actualmente el planeta Saturno rodeado de sus “anillos”.

En el Principio

Mientras que el enfriamiento se acentuaba, estos anillos, separados y más o menos alejados unos de otros adquirieron un movimiento de rotación diferente de aquel de la tierra y gravitaron así cada vez más cerca de ella. Uno tras otro, se precipitaron sobre la superficie de la tierra. Después de la formación del “firmamento” o “extensión” o “atmósfera”, estos diluvios proviniendo de los “anillos” que bajaban, alcanzaron naturalmente la tierra a partir de ambos polos, los puntos más distantes del ecuador, los puntos donde la fuerza centrífuga se hace sentir menos en oposición a la región del ecuador donde alcanza su máximo. El quebrantamiento de estos “anillos”, en intervalos largos, provocó numerosos diluvios y acumuló capas estratificadas tras capas estratificadas en la superficie de la tierra. El aflujo de las aguas de los polos hacia el ecuador dispersó desigualmente las arenas silíceas, los limos o los aluviones y los minerales. Estas aguas, fuertemente mineralizadas, cubrían así toda la superficie de la tierra exactamente como se describe en el principio del relato de Génesis.

En el transcurso de cada uno de estos largos “días” de siete mil años, se desarrolló cierto trabajo así como lo relata Génesis. Es posible que cada uno de ellos se acabara por un diluvio aportando cambios radicales y preparando el camino para otras etapas de creación y de preparación para el hombre. Esta teoría de Vail avanza que el último de estos “anillos” sólo estaba formado de agua que no contenía ni impurezas ni minerales en disolución, un agua pura. Este último “anillo” todavía no se había roto ni se había caído sobre la tierra cuando Adán fue creado, pero rodeaba completamente nuestro planeta como un velo translúcido por encima de la atmósfera. Él servía, como lo hace el vidrio blanqueado de un invernadero, para igualar la temperatura de suerte que el clima en los polos debiera ser poco diferente (si lo fuera) del ecuador. En tales condiciones, las plantas tropicales crecían por todas partes como demuestra la geología. Las tormentas, que resultan de los cambios rápidos de la temperatura debían haber sido desconocidas en aquella época y, por razones análogas, no debía haber llovido.

El relato de las Escrituras concuerda con estos datos, diciendo que no hubo lluvia antes del diluvio, que la vegetación era regada por un vapor que se elevaba de la tierra, es decir, que el clima era aquel de un invernadero templado y húmedo (Génesis 2:5, 6). Después del diluvio que sobrevino en tiempos de Noé, se produjeron grandes modificaciones y en particular una disminución importante de la duración de la vida humana. Cuando se rompió el velo de agua suspendido en el aire, cesó la condición de invernadero templado: la región del ecuador, la línea imaginaria seguida por el sol, se hizo más caliente, al mismo tiempo que en los polos el cambio debió haber sido terrible, una transición casi instantánea de la temperatura de un invernadero templado a la del frío polar.

Se ha encontrado, en la región ártica, pruebas de este enfriamiento súbito de la temperatura. Dos mastodontes completos han sido encontrados envueltos completamente en hielo sólido y claro que debió haberlos sorprendido y haberlos congelado en el campo. Se ha encontrado también toneladas de colmillos de elefantes en las mismas planicies congeladas de Siberia que no es precisamente un lugar de hábitat ideal para los elefantes y los mastodontes, etc. En la misma comarca y siempre en el hielo, también encontramos un antílope. Pero lo que demuestra que el efecto de sorpresa debió haber sido inmediato, es que se halló en el estómago del animal alguna hierba no digerida, alguna hierba que acababa de ser comida por el animal solamente unos cuantos momentos antes de ser congelado hasta la muerte — y esto en un país donde, en la actualidad, ninguna hierba puede crecer.

Esta caída súbita y torrencial de agua — esta rotura súbita del sobre que mantenía el equilibrio entre el calor de la tierra y aquel del sol — produjeron los inmensos campos de hielo y las banquisas de las regiones polares de las cuales se desprenden cada año centenas de icebergs flotando aun hacia el ecuador. Por lo que se puede juzgar, tal fue el proceso durante siglos pero que va disminuyendo ahora. En esta fase estamos en la época glacial de los geólogos cuando los icebergs enormes llevados por las corrientes rápidas, cavaron grietas profundas, a través de

Norteamérica y que todavía se puede observar en las colinas; Europa del noroeste lleva el mismo testimonio en las suyas. Sin embargo, no fue lo mismo en Europa del sudeste, en Armenia y en los países limítrofes — la cuna de nuestra raza, allí donde el arca fue también construida, y cerca del cual, sobre el Monte Ararat, se puso finalmente. Según los profesores Wright y Sir T. W. Dawson L.L.D., F.R.S. y otros geólogos, todas estas comarcas de Arabia habrían sido el objeto de un *hundimiento general del suelo* seguido de un levantamiento de éste. Pareciera que este testimonio implica que el arca haya flotado en un remolino relativamente tranquilo con relación a la riada general de las aguas. Es lo que parecen indicar las capas extremadamente espesas de sedimentos que se encuentran en toda esta comarca. Es evidente que toda la tierra fue sumergida por las aguas llegando de los polos Norte y Sur, mientras que la cuna de la raza fue primero el centro de una depresión seguida en el momento conveniente de un levantamiento de terreno. He aquí lo que escribió acerca de esta cuestión el Prof. G. F. Wright, geólogo bien conocido de la universidad de Oberlin (Ohio) tal como lo publicó el *Journal* de Nueva York para la fecha del 30 de marzo de 1901.

CONFIRMACIÓN DEL DILUVIO

El Prof. George Frederic Wright, de la Universidad de Oberlin, bien conocido por sus trabajos en la geología, regresó de un viaje a Europa. Es el autor de los “Glaciales de Norteamérica” y de otros tratados de geología en relación con la época glaciaria. Él acaba de terminar un viaje de estudio, en el transcurso del cual estaba preocupado sobre todo de examinar ciertas formaciones geológicas y de identificar algunos indicios en particular en Siberia, aunque sus exploraciones le hayan conducido a otras partes del Asia y a África.

“La meta principal del viaje del profesor Wright era de responder, si fuera posible, a una cuestión muy controvertida entre los geólogos, a saber, si Siberia había estado cubierta, en la época glaciaria, con hielo por completo como Norteamérica y algunas partes de Europa.

“Muchos geólogos, incluso buen número de eruditos eminentes rusos, creen que Siberia estaba cubierta con hielo.

“Como resultado de sus estudios actuales, el Prof. Wright cree, al contrario, que en los tiempos muy remotos en que Norteamérica estaba cubierta con hielo, Siberia estaba cubierta con agua.

La Nueva Creación

“Ahora bien, el agua y el hielo fueron prácticamente fases del diluvio bíblico.

“Lea primero un resumen de la descripción del diluvio según Génesis:

“Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra.

“Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos.

“Quince codos más alto subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes.

“Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió... y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca.

“Y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días.” Génesis 7:17-24.

“Ahora escuche lo que dice el Prof. Wright:

“No encontré ningún rastro del fenómeno glaciario sur del 56° paralelo. No fui más al norte; pero según otras cosas, estoy convencido de que, allí, el país estaba cubierto de hielo como lo estaba América donde se encuentran rastros hasta la latitud de Nueva York.

“No pudimos identificar ninguna indicación revelando un hundimiento extenso de toda esta región como aquí por ejemplo.

“En Trebisonda, en las orillas del Mar Negro se identificó la prueba de una depresión de cerca de 210 metros como la indican ciertas capas de arena sobre las colinas.

“Estuvo en el centro de Turkestán que las aguas alcanzaron su altura más grande ya que allí encontramos las mismas capas de arena más de 600 metros por encima del nivel del mar.

“La parte meridional de Rusia está cubierta con el mismo depósito de tierra negra que encontramos en Turkestán.

“Existen otras pruebas también que las aguas habían cubierto en otro tiempo esta parte del globo. En particular, la presencia de focas en el lago Baikal (Siberia) situado 480 metros por encima del nivel del mar. Las focas que encontramos son del mismo género que aquellos que se encuentran en el Ártico y que se encuentran también en el Mar Caspio.

“La única hipótesis que se impone por lo tanto es que estas focas quedaron atrapadas allí cuando las aguas se retiraron. El descubrimiento más sensacional de todo fue quizás aquel que se efectuó en Kiev en el río Dniéper donde se encontraron herramientas de piedra 16 metros debajo del depósito de la tierra negra que demuestra que el agua vino allá después de la creación del hombre.

“Esto nos permitió determinar por lo tanto la época donde se efectuó esta depresión. Después de que el hombre hubiera aparecido en esta parte del globo, se produjo un hundimiento de 250 metros en Trebisonda, mientras que en Turkestán del sur las aguas subieron hasta más de 600 metros. Las herramientas encontradas eran del mismo género que los descubiertos en América del Norte antes del período glaciario que parece establecer que la depresión se produjo allí cuando la avalancha de hielo llegaba aquí.

En el Principio

“De hecho, era prácticamente el diluvio.”

Conociendo el fin desde el comienzo, Jehová colocó al hombre en la tierra en el momento oportuno. El último de los anillos se cayó al debido tiempo en un diluvio que destruyó a la raza depravada en los días de Noé y fue el punto de partida de nuestra dispensación actual conocida en las Escrituras bajo el nombre de: “presente mundo malo”. La desaparición de esta vaina de agua que rodeaba la tierra, introdujo no sólo las temporadas muy diferentes del verano y del invierno e hizo posibles las tempestades violentas, sino que el arco iris pudo también aparecer. Se lo percibió en efecto por primera vez sólo después del diluvio, ya que, antes, los rayos directos del sol que no podían penetrar la bóveda, no podían formar un arco iris. —Génesis 9:12-17.

Desde que escribimos lo que precede, hemos recortado de la revista *Scientific American* la carta siguiente del mismo Prof. Vail:

“A PROPÓSITO DEL MAMUT CONGELADO”

“Al Señor Redactor de la *Scientific American*:

“Leí con gran interés en su número del 12 de abril la nota concerniente al descubrimiento reciente, por el Doctor Herz, del cuerpo de un mamut atrapado en el hielo en Siberia oriental. Este descubrimiento es, a mi juicio, más que una “piedra de Roseta”^{*} en la senda del geólogo. Ella constituye el testimonio más convincente al apoyo de la hipótesis siguiente: todas las épocas glaciares y todos los diluvios que la tierra jamás haya visto, fueron provocados por la disminución progresiva y sucesiva de los primeros vapores de la tierra que quedaban alrededor de nuestro planeta, como las nubes vaporosas quedan actualmente alrededor de los planetas Júpiter y Saturno.

“Permítame sugerir a mis colegas geólogos que los restos de los vapores del agua terrestre pueden haber girado alrededor de la tierra, como la bóveda del planeta Júpiter, y esto hasta épocas geológicas muy recientes. Estos vapores deben haberse condensado más particularmente al nivel de las regiones polares debido a una menor resistencia y a una atracción más grande que se ejerce allí, y esto muy ciertamente en forma de inmensas avalanchas de nieves telurio-cósmicas. Una bóveda como ésa, un techo verdadero del mundo, debe haber templado el clima

^{*} Piedra encontrada en el transcurso de la expedición de Bonaparte en Egipto, y que permitió a J. Francisco Champollion de descifrar los jeroglíficos egipcios. —Trad.

La Nueva Creación

hasta los polos y proporcionado así los pastos al mamut y a sus congéneres de la región ártica, haciendo esta parte del globo una tierra de invernadero bajo un techo de invernadero. Si se admite esto, no se puede poner límites en las proporciones enormes y en la eficacia de las avalanchas que se cayeron de la bóveda y afligieron a un mundo exuberante de vida. Parece que el mamut del Dr. Herz (así como para muchos otros encontrados en el hielo y todavía teniendo hierba no digerida en el estómago) prueba que estuvo sorprendido repentinamente por una caída abrumadora de nieve. En ese caso, la presencia de hierba aún no masticada en la boca establece sin equívoco que el animal ha sido golpeado hasta la muerte en una tumba de nieve. Si se reconoce esto, tenemos allí lo que puede haber sido una *fente completamente posible de nieves glaciares*, y podemos con alegría poner a un lado la idea poco filosófica que la tierra se hubiera enfriado con el fin de tener su abrigo de nieve, mientras que al contrario *las nieves se cayeron sobre ella provocando su enfriamiento*.

“Al tiempo en que la tierra era todavía una masa fluida incandescente, el agua de los océanos debía haber existido en forma de vapores muy altos en el cielo así como una cantidad inconmensurable de minerales y de metales en el estado de sublimación. Si suponemos que estos vapores formaron un sistema de anillos que recuperaron contacto con la tierra en el transcurso de las edades, algunos de ellos aun permaneciendo hasta que el hombre ya hubiera aparecido, podemos explicar muchas cosas permanecidas oscuras y misteriosas hasta este día.

“Ya, en 1874, expuse algunas de estas ideas en forma de folleto, y es con la esperanza que los pensadores de este vigésimo siglo querrán examinarlos que menciono aquí la ‘Teoría de la Bóveda.’

Isaac N. Vail.”

LA SEMANA DE LA CREACIÓN

Con esta vista general de la creación presente en la mente, ahora volvamos al relato de Génesis y tratemos de ponerlo en consonancia con estas hipótesis. Y en primer lugar, observemos que la Semana de la Creación comprende cuatro partes:

(1) Dos días o épocas (según nuestros cálculos 2 veces 7.000 años o sea 14.000 años) fueron empleados para preparar la tierra para la vida animal. (2) Los dos días siguientes o épocas (a saber, 2 veces 7.000 años = 14.000 años también) fueron empleados para producir la vegetación y las formas inferiores de la vida (conchas, etc.) y depositar la caliza, el carbón y los otros minerales. (3) Los dos días-épocas siguientes (otro $7.000 \times 2 = 14.000$ años más según nuestros cálculos) vieron aparecer seres vivos que *se mueven* (en el mar y sobre la tierra), la vegetación, etc. continuando a

En el Principio

desarrollarse, todo preparando la introducción del hombre, la imagen terrestre de su Creador, “coronado de gloria y de honra”, para ser el rey de la tierra. (4) La creación del hombre, el acto final, se efectuó a finales del sexto día o época, y a principios del séptimo, según lo que está escrito: “Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.”

DOS TESTIMONIOS FIELES

El Profesor Silliman declara:

“Cada aspecto importante del planeta en su estructura corresponde al orden de los acontecimientos registrados en la historia sagrada... Esta historia [la Biblia] proporciona una explicación de importancia igual a la de la filosofía y de la religión y encontramos en el planeta mismo prueba de que el relato [de la Biblia] es verdad.”

A propósito de la exposición de la creación según Génesis, el Prof. Dana declara:

“En esta sucesión, no observamos simplemente un orden en los acontecimientos semejante al que nos proporciona la ciencia, sino que hay en este arreglo [o disposición —*Trad.*] una organización y una profecía de largo alcance que ninguna filosofía hubiera podido alcanzar, aun habiendo sido puesta al tanto de los hechos.”

Más adelante, él añade:

“Ninguna mente humana fue testigo de los acontecimientos, y nadie, en esta aurora del mundo, a menos que sea dotado de una inteligencia supra-humana, hubiera podido concebir tal plan ni hubiera colocado la creación del sol, la fuente de luz para la tierra, tanto tiempo después de la creación de la luz, en el cuarto día, y lo que es también singular entre la creación de las plantas y la de los animales mientras que esta luz solar es de vital importancia para las dos. Nadie hubiera podido alcanzar las profundidades de la filosofía que se extrae del plan entero.”

EL PRIMER DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.*

La naturaleza y la causa física de la luz misma aún sólo se conocen imperfectamente. Todavía no hemos podido[†] aportar una solución verdaderamente satisfactoria a la pregunta: ¿Qué es la luz? Sabemos, sin embargo, que ella es esencial para toda la naturaleza. No estamos sorprendidos por lo tanto de encontrarla al principio de la actividad divina cuando ésta comenzó a laborar sobre la tierra desolada y yerma con el fin de prepararla para el hombre. La naturaleza de la energía divina que representa la palabra “empollaba”, parece haber sido un principio *vitalizador* (“vitalizing”), tal vez algunas fuerzas eléctricas luminosas como las *auroras boreales* o las luces polares. Es también posible que la energía haya precipitado algunos de los anillos pesados y compuestos de agua y de minerales, de suerte que se pudiera comenzar a distinguir la luz y la oscuridad, el día y la noche, no obstante, sin poder discernir todavía ni las estrellas ni la luna ni el sol a través de los anillos pesados, o tipos de “mantillas” que aún rodeaban la tierra.

“Y fue la tarde y la mañana un día.” Así como para los días solares hebreos, fue así para estos días-épocas, la tarde vino primero, cumpliendo gradualmente la intención divina hasta su terminación, luego otro día de 7.000 años, asignado a otra obra, comenzaría oscuramente y progresaría hasta su terminación. Este período (o este “día”), la ciencia lo cualifica como el período Azoico, o sin vida.

EL SEGUNDO DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Luego dijo Dios: Haya expansión [firmamento, atmósfera] en medio de las aguas, y

* Ref. Concordancia Strong 7363 (raíz primitiva: “empollar”)

† Escrito en 1904 (copyright). —Trad.

En el Principio

separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión [firmamento o atmósfera] Cielos.

Este segundo día-época de 7.000 años fue totalmente consagrado a la formación de una atmósfera. Ésta, según toda probabilidad, se desarrolló de manera perfectamente natural como lo hacen la mayoría de las obras maravillosas de Dios, aunque no sean menos obras que él concibió, ordenó, creó. La caída del “anillo” de agua y de los minerales permitió que la luz llegara a la tierra en el transcurso del primer día-época. Este “anillo” que entraba en contacto con la tierra todavía calentada y cubierta con aguas hirvientes y humeantes, produjo diversos gases que, elevándose, formaron una masa gaseosa, o un firmamento, o una atmósfera, todo alrededor de la tierra, tendiendo a retener hacia arriba las aguas de los “anillos” aún existentes. Este “día” como indican las Escrituras, pertenecería también al período azoico donde la vida está ausente. Sin embargo, la geología discute esto, aseverando que las rocas formadas en aquella época llevan el rastro de la existencia de gusanos e inmensas cantidades de conchas así como demuestran los bancos enormes de calizas. Los geólogos llaman ésta la Edad paleozoica de las primeras formas de la vida, el período silúrico. Esto no está en contradicción con el relato bíblico que sencillamente no tiene en cuenta estas formas inferiores de la vida.

Y fue la tarde, y la mañana: el segundo día se acabó con la realización completa de la voluntad divina de separar por una atmósfera las aguas que constituían las nubes y los vapores, etc. de las aguas que cubrían la superficie de la tierra.

EL TERCER DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.

La geología confirma plenamente este relato. Ella nos hace ver que la corteza terrestre enfriándose, el peso de las aguas tendía a hacerla agrietar, hincharse, arrugarse. Ciertas partes que se hundían formaron depresiones y se hicieron las profundidades de los mares; otras partes fueron levantadas por fuerza y constituyeron cordilleras, no repentinamente, sino de manera gradual, al surgir una cadena después de otra. No debemos suponer que todos estos cambios se efectuaron en los siete mil años de este tercer día-época, sino más bien que comenzaron necesariamente en este momento para preparar la vegetación. Es evidente que la geología tiene razón cuando ella afirma que ciertas grandes modificaciones de esta naturaleza son comparativamente de fecha reciente. Hasta hace un siglo nosotros hemos tenido pequeños ejemplos de este poder y no estaríamos sorprendidos si, en el transcurso de los próximos años, se produjeran otras sacudidas de la naturaleza, porque vivimos en una época de transición, a la aurora de la Edad milenaria, para la cual cambios de condiciones son indispensables.

A medida que las aguas fluyeron en los mares, se extendió la vegetación — cada planta según su género llevando su semilla destinada a asegurar la reproducción de *su especie* solamente. Esta regla está establecida tan rigurosamente por las leyes del Creador que, en la horticultura, aunque se pueda crear y llevar a la perfección algunas variedades soberbias, no podemos sin embargo lograr modificar la *especie*. Las diferentes familias de plantas no se mezclarán, no se fusionarán más que las diversas familias de animales. Esto atestigua un designio no sólo de un Creador, sino que de un Creador inteligente.

La geología reconoce que la vegetación precedió la aparición de las formas más elevadas de la vida animal. Ella también reconoce que en aquella época la vegetación fue extremadamente exuberante, que musgos, helechos y vides alcanzaban entonces dimensiones considerables y crecían más rápido que ahora, porque la atmósfera estaba cargada extremadamente de gas carbónico y de nitrógeno que no lo es en nuestros días lo que explica por qué los animales que respiran no hubieran podido vivir entonces. Las

plantas que miden actualmente sólo unos cuantos centímetros en nuestras comarcas y apenas un metro aun en el ecuador, alcanzaban entonces alturas de veinticuatro metros a veces con troncos de sesenta a noventa centímetros de diámetro como dan prueba a eso los fósiles. Bajo las condiciones que deben haber caracterizado esta época, su crecimiento debió haber alcanzado no sólo proporciones enormes sino que además debió haber sido muy rápido.

Es en este período, aseveran los geólogos, que se formaron nuestros yacimientos de hulla: las plantas mismas y los musgos, teniendo una gran afinidad por el gas carbónico, pusieron en reserva el carbono que constituía el carbón, preparando así nuestros yacimientos actuales de hulla, purificando la atmósfera con vistas a la vida animal de los venideros días-épocas. Estas inmensas turberas y capas de musgos se cubrieron a su turno con arena, con arcilla, etc., fueron trastornados por nuevos levantamientos y nuevos hundimientos de la corteza terrestre, sumergidos por las olas de las mareas y por otros “anillos” de agua viniendo a romperse y a precipitarse sobre la tierra. De hecho, el mismo proceso debió haberse reproducido a menudo también, porque encontramos capas de hulla separadas por diversos estratos de arcilla, de arena, de caliza, etc.

Y fue la tarde, y la mañana, el tercer día-época de 7.000 años cumplió su parte en la preparación del mundo según el designio de Dios. Los geólogos llaman este período el Carbonífero debido a sus yacimientos de carbón, de petróleo, etc.

EL CUARTO DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos [el firmamento, la atmósfera] para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones [determinadas] para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios [brillar — se trata de un verbo diferente del que significa crear] las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día [para indicar el día] y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo [brillar] también las estrellas.

Los trabajos comenzados dentro de un día-época se proseguían en el siguiente día-época. Nos parece razonable de suponer que la luz del primer día se hizo cada vez más distinta durante los dos días siguientes, a medida que, anillo tras anillo, las aguas situadas por encima del firmamento (o atmósfera) se reunían con las que ya estaban en la superficie del globo. Así, hacia el cuarto día-época podíamos percibir el sol, la luna y las estrellas — no tan distintamente como hoy, en un bello tiempo claro, hasta que después del diluvio de Noé, el último “anillo” se hubiera roto y fuera precipitado sobre la tierra, sino bastante distintamente a pesar de todo, como a través de un velo de vapor de agua, como ahora en un tiempo de bruma o de niebla. Desde hace tiempo, el sol, la luna y las estrellas alumbraban el velo exterior de la tierra. Ahora, había llegado el momento para hacer visibles estas luces en el firmamento, a dejar hacer más distintos los días marcados antes por una luz grisácea y macilenta como vemos en ciertas mañanas lluviosas en que el sol, la luna y las estrellas se esconden por causa de las nubes. Así por su curso, el astro de día podría indicar las horas del día para el hombre y el animal cuando fueran creados, y mientras tanto comenzar a oxigenar el aire para hacerlo respirable a los animales de respiración. Más tarde, en el transcurso del mismo día de 7.000 años, la luna y las estrellas aparecieron a su turno para influir sobre las mareas y servir para indicar la hora de la noche para la comodidad del hombre.

No debemos suponer que el desarrollo de la vida vegetal cesó durante el cuarto día, sino más bien que fue intensificándose, la influencia aumentada del sol y de la luna contribuyendo a producir todavía otras variedades de plantas, de arbustos y de árboles. La geología indica también algún progreso en este período: insectos, moluscos, cangrejos del mar etc. Se encuentran impresiones de peces espinas y escamas — también en las capas de hulla. Pero todo esto no aporta ninguna contradicción. Es muy evidente en efecto, que las capas de carbón continuaron formándose después del tercer día y prolongándose hasta la época llamada Reptiliana. Este “día” corresponde sobre todo a lo que la geología designa bajo el nombre de “*Triásico*”. “Y fue la tarde, y la mañana” — el

cuarto día de siete mil años, o sea 28.000 años desde el principio de esta obra, se acababa, testigo de un gran progreso en la preparación de la tierra para el hombre.

EL QUINTO DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos,† y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su GÉNERO, y toda ave alada según su ESPECIE. Y vio Dios que era bueno.*

La profusión de vida que se encuentra en nuestros días en las aguas calientes de los mares del sur permite imaginar lo que fue la proliferación de las criaturas vivas (de la medusa a la ballena) en las aguas calientes de los océanos de la tierra. Los reptiles (anfibios), viviendo en parte en el agua y en parte sobre la tierra, pertenecen a aquella época. Entonces las islas y los continentes actuales aparecían gradualmente, luego desaparecían a veces, algunas veces recibiendo nuevos diluvios de anillos más o menos importantes que se rompían de nuevo, y otros lavados por las olas de la marea. No es asombroso que se encuentre restos de conchas, etc. aun en las montañas más elevadas. No es asombroso tampoco que las inmensas capas de caliza que se encuentran en todos los continentes sean llamadas a veces “Cementerios de conchas” porque están formadas casi exclusivamente de conchas conglomeradas. ¡Qué hormigueo debe haber representado la reproducción intensiva de estos inimaginables trillones de pequeñas criaturas que nacen y mueren abandonando sus conchas imperceptibles! Leemos que Dios las bendijo favoreciendo su multiplicación. Sí, hasta una existencia tan inferior y tan efímera es un favor, una bendición.

No vayamos más allá de las afirmaciones bíblicas. La Biblia no afirma que Dios creó separada e individualmente las miríadas

* Nota de Darby: “Hebreo [nefesh]: alma, aquí y versículos 21, 24 y 2:19” —Trad.

† Nota de Darby: “En otra parte también: serpientes, cocodrilos.”

de especies de peces y de reptiles. Ella dice simplemente que la influencia (el espíritu) de Dios, empollaba por encima de las aguas y, según el designio divino, hacía éstas fecundas, de suerte que el *mar produjera* sus criaturas de diversas especies. Nada preciso se dice respecto a este tema. Una especie, bajo diferentes condiciones, pudiera haberse desarrollado y constituido otra, o aun, del mismo protoplasma original diferentes órdenes pudieran haber sido formados bajo diferentes condiciones. Ningún humano lo sabe, y es poco sabio ser dogmático en cuanto a este tema. No nos incumbe discutir que aun el protoplasma del limo paleozoico hubiera podido o no hubiera podido formarse bajo una acción química ejercida por las aguas marinas muy ricas en minerales. Lo que aseveramos, en cambio, es que todo lo que vino a la existencia fue el resultado de intenciones o de disposiciones tomadas por Dios, y por consiguiente fue de creación divina, cualesquiera que fueran los medios y los agentes utilizados. Y afirmamos que esto es demostrado tanto por los hechos de la naturaleza como por las declaraciones de Génesis: de cualquier manera que se produjeran las criaturas del mar, fueron traídas a la condición donde cada una se encuentra fija, de su propia especie. Tal es la obra de Dios, cualesquiera que hubieran sido los medios empleados.

Este día, o época, corresponde muy bien a “la era de los reptiles” de los eruditos. Y fue la tarde, y la mañana el quinto día — o sea 35.000 años desde el principio de esta obra de preparación de la tierra para hacerla la morada del hombre y su reino.

EL SEXTO DÍA-ÉPOCA DE LA CREACIÓN

Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

En aquella época las cosas sobre la tierra se estabilizaban; la corteza terrestre se había espesado de centenares de pies [1 pie = 30 cm aproximadamente —*Trad.*] de arenas, de arcillas, de conchas, de carbón y de otros diversos minerales reunidos, algunos

provieniendo de rocas reducidas a migajas, lanzadas por temblores de la tierra, otras proviniendo de los “anillos” que habían rodeado la tierra en otro tiempo; otras finalmente proviniendo de depósitos animales y vegetales; además, en el transcurso de estos 35.000 años, la tierra debía haberse enfriado considerablemente. Una extensión suficiente de la superficie de la tierra ahora emergía del mar, bien drenada por cadenas de montañas y de valles y lista para recibir los animales inferiores que se dividen aquí en tres categorías: (1) los reptiles terrestres, las criaturas de sangre fría y que respiran de temperatura variable (lagartos, serpientes, etc.); (2) los animales de la tierra o animales salvajes, en contraste con los animales domésticos, particularmente destinados a hacerse los compañeros del hombre designados aquí bajo la denominación de: (3) ganado. En aquella época también, el aire debía haberse liberado de los elementos impropios a los animales que respiran. Estos elementos habían sido absorbidos por la vegetación lujuriante del período carbonífero, igualmente como los hidrocarburos contenidos en exceso en las aguas de los océanos habían sido fijados por las conchas minúsculas, para preparar estas aguas para la multitud de criaturas marinas que respiran.

Aquí también, no hay ninguna necesidad de reñir inútilmente con los Evolucionistas. Concederemos que si Dios lo hubiera escogido así, habría podido traer a la existencia todas las diferentes especies de la vida animal transformándolas de una a otra, lo mismo que habría podido desarrollar cada especie separadamente a partir de las masas viscosas de protozoarios. Desconocemos cuál método él adoptó, porque ni la Biblia ni las rocas nos informan respecto a este tema. En cambio, lo que se revela claramente, cualquiera que sea el medio escogido por Dios para hacerlo, es que él ha *fijado* las especies animales cada una “según su género” de tal modo que no cambian — de tal manera que todo el genio de la mente humana nunca ha conseguido ayudarlas a cambiar. Tal es la marca, el sello del Creador inteligente sobre su obra. Si la “Naturaleza” o la “fuerza ciega” hubiera sido el creador, todavía la veríamos trabajando laboriosa y ciegamente, algunas veces evolucionándose hacia un plano más elevado u otras

retrogradándose; no veríamos una fijeza de las especies tal como lo vemos alrededor de nosotros en la naturaleza.

Podemos razonablemente suponer que fue a finales del sexto día-época que Dios creó al hombre, porque esta creación fue la última y en efecto es bien preciso que el Señor *terminó* su obra creativa, no en el sexto sino en el “séptimo día” — la división del hombre en dos personas, dos sexos, constituyendo, evidentemente, el acto final.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre [véase nota de Darby] a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

Si, como hemos observado anteriormente, los términos del relato bíblico no prohíben la posibilidad para las plantas, las criaturas acuáticas y terrestres de haberse desarrollado o de haberse evolucionado más o menos en sus diversas especies, puede ser bueno que observemos cuán diferentes son los términos en cuanto a la creación del hombre. Resalta claramente del relato que esta última es debida a la ejecución directa del poder creativo divino, mientras que tocante a las otras criaturas, el relato implica más bien un desarrollo:

“Produjo, pues, la tierra hierba verde”, etc.

“Produzcan las aguas seres vivientes”, etc.

“Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias”, etc.

Hay dos relatos de la creación: el que acabamos de considerar, que trata el tema de manera breve y en su día-época, y otro que lo sigue en Génesis 2:4-25. En otras palabras, la división de los capítulos no se hizo en el lugar correcto. Ambos relatos deberían haber constituido cada uno un capítulo. El segundo es un comentario del primero y explica ciertos detalles. “Estos son los orígenes” o desarrollos de los cielos, de la tierra y sus criaturas, a

partir del tiempo en que todavía no había ningún arbusto ni hierba. El primer relato, que es también el principal, emplea la palabra “Dios” para designar al Creador. El segundo relato o el relato-comentario destaca que fue Jehová Dios quien realizó toda la obra — “cuando” hizo los cielos y la tierra — reuniendo todo en un solo día-época más largo aún que encerraba la obra de los seis días-épocas ya enumerados.

La palabra Dios del primer capítulo viene de la palabra hebrea ordinariamente empleada *Elohim*, palabra colectiva plural que se pudiera traducir por *Dioses*, y que significa, como ya hemos visto: “*poderosos*”.^{*} El “Unigénito” del Padre era seguramente su agente ejecutivo en esta obra creativa y puede haber tenido como asociado un ejército de ángeles para ejecutar los detalles y sobre quienes el nombre de *elohim* podría aplicarse aquí como en otros pasajes de las Escrituras. Es por lo tanto conveniente que el segundo relato, o comentario, llame nuestra atención al hecho de que Jehová, el Padre de todo, fue el Creador, cualesquiera que hubieran podido ser sus representantes o instrumentos honrados. Puede ser útil examinar aquí los detalles suplementarios dados en el segundo relato respecto a la creación del hombre. Leemos:

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida,[†] y fue el hombre un ser viviente.

Dios fue glorificado en todas sus obras anteriores y en cada criatura, tan humilde que fuera, hasta si ninguna de ellas estaba en condiciones de agradecerle, o de apreciarle, o hasta de conocerle. Dios, en su plan, había previsto todo esto desde el comienzo y hacía preparativos para el hombre y se proponía hacer su obra maestra de la creación terrestre, o animal. No se dice a propósito del hombre como respecto a las criaturas del mar — “Produzcan las aguas”, ni en cuanto a los animales terrestres inferiores “Produzca la tierra”, sino al contrario que era una creación especial

^{*} Véase Vol. V, págs. 72 y 73 (en inglés).

[†] Véase Vol. V, p. 319 (en inglés).

de su autor, “hecha a su imagen”. Importa poco saber si fuera hecho a la imagen de los *Elohim* o a la imagen de Jehová, porque ¿no eran también los *Elohim* “hijos de Dios”, a su semejanza por su facultad de raciocinio y su sentido moral?

Nosotros no debemos comprender esta “*imagen*” como una reproducción de forma física, sino más bien una imagen moral e intelectual del gran Espíritu, adaptada convenientemente a sus condiciones terrestres y a su naturaleza terrestre. En cuanto a la “semejanza”, ella se relacionaría más bien a la dominación del hombre que debía ser el rey de la tierra y de las criaturas que abundan allí, a semejanza de Dios que es el Rey de todo el universo. Aquí se sitúa el campo de batalla entre la Palabra de Dios y la supuesta Ciencia moderna delante de la cual el mundo entero y más particularmente los eruditos, los maestros del pensamiento en todos los seminarios de la teología y los eclesiásticos que ocupan los púlpitos más doctos, pliegan la rodilla, adoran al Dios científico llamado “Evolución”. Ambas concepciones están opuestas diametralmente: si la teoría de la Evolución sea exacta, la Biblia es falsa desde Génesis hasta Apocalipsis. Si la Biblia sea verdadera, como lo sostenemos, la teoría de la Evolución es totalmente falsa en todas sus deducciones concernientes al hombre.

No es el único relato de la creación del hombre a la imagen de Dios según Génesis que debe ajustar la contestación, por muy fuertes que sean las declaraciones de la Palabra: toda la concepción de la Biblia sostiene el relato de Génesis; ella debe por lo tanto o quedarse válida como el relato mismo, o derrumbarse con él. En efecto, si el hombre hubiera sido creado de otro modo que puro, perfecto y mentalmente bien dotado, no habría podido llamarse sinceramente, una “imagen de Dios”. Su Creador no habría podido ponerlo a *prueba* en Edén para manifestar su dignidad a la vida eterna; su desobediencia comiendo el fruto prohibido no habría podido considerarse como pecado y condenado, como lo fue, por una sentencia de muerte; no habría sido necesario tampoco de haberlo rescatado de esta sentencia.

Además, “Jesucristo, hombre” es representado como habiendo sido el “anti-lutron”, el *precio de rescate* (o precio

correspondiente) de la culpabilidad del primer hombre. Hace falta por lo tanto que él se considere como un ejemplo, o ilustración, de lo que fue el primer hombre antes de pecar y de ser condenado a muerte por Dios.

No ignoramos que existan en nuestros días, como en el pasado, muchos hombres naturales de carácter noble que, a pesar de esto, Dios reconoce sólo como pecadores, sin posición alguna delante de él, a menos que, arrepentidos, se acerquen a él mediante el mérito del sacrificio de Cristo y que obtengan su perdón. Los que vienen hacia él en estas condiciones están admitidos sólo por un efecto de su gracia, cubiertos por el manto de la justicia de Cristo. Se nos informa que la salida debe ser una *resurrección*, o *restauración* a la perfección antes de que quienquiera pueda estar personalmente y totalmente aceptable al Creador. Sin embargo, es el Creador que comulgaba con Adán antes de su caída y le llamaba su hijo, que declara que Adán y nosotros, sus hijos, nos hicimos “hijos de ira” condenables debido al pecado. Adán no era esto cuando fue creado “hijo de Dios”. —Lucas 3:38.

Tan seguramente como “todos los santos profetas, desde el comienzo del mundo” anunciaron que el Milenio venidero sería “el tiempo de la *restauración* de todas las cosas,” tan seguramente la teoría de la Evolución se opone violentamente a las declaraciones de Dios a través de todos los santos profetas. En efecto, si la teoría de la Evolución fuera exacta, la restauración, lejos de ser un beneficio para la raza humana, sería un crimen contra ella. Si, por una fuerza ciega u otro proceso evolutivo, el hombre ascendió primero por esfuerzos serios y laboriosos del protoplasma a la ostra, de la ostra al pez, del pez al reptil, del reptil al mono, del mono al hombre primitivo y del hombre primitivo a lo que somos nosotros, entonces esto sería, para Dios, hacer a la raza humana un daño espantoso que de *restaurarla* en lo que era Adán, o tal vez hasta de empujar la restauración aun más lejos hasta el regreso al protoplasma. En este asunto no hay término medio, y lo más pronto que los hijos de Dios se deciden de manera positiva a favor de su Palabra, lo mejor será para ellos. Así no correrán peligro de ser arrastrados por una u otra de las teorías negadoras del rescate y

evolucionistas, difundidas ahora y que tienden a engañar a los elegidos mismos, si fuera posible. Que Dios sea hallado veraz, aunque esto prueba que todo Evolucionista sea hallado mentiroso. —Romanos 3:4.

No podemos entrar aquí en los detalles de la creación de Adán para hablar de su organismo o cuerpo, su espíritu o soplo de vida y ver como la unión de estas dos partes le hizo un ser vivo o un alma. Esta pregunta ya ha sido examinada en un volumen precedente.*

La multiplicación de la posteridad de la primera pareja humana no tiene evidentemente ninguna relación con la transgresión como han afirmado algunos, sino al contrario constituía uno de los aspectos de la bendición divina. La relación única entre la descendencia adámica, la caída y el castigo que siguió, consistió, como se ha declarado, en un *aumento* de las concepciones y de los dolores de la madre correspondiendo al trabajo y al sudor del rostro del hombre. Esto ha pesado tanto más gravosamente a medida que la raza degeneraba y se debilitaba cada vez más mental y físicamente. La meta de esta fecundidad se habrá alcanzado cuando haya nacido un número suficiente de seres para *poblar* (y no rellenar) la tierra. Ciertamente ya ha nacido un número considerable — tal vez cincuenta [veinte] mil millones[†] — del cual una gran parte ahora duerme en la gran prisión de la muerte. Este número no es excesivo de ninguna manera, porque la superficie actual de la tierra, si fuera dispuesta para el hombre, como definitivamente lo será, contendría el doble o el triple de esta población. Y aún no tenemos en cuenta la aparición eventual de nuevos continentes surgidos de las profundidades del mar justo como los continentes actuales emergieron en el pasado.

Los eruditos de espíritu escéptico procuran desde hace tiempo probar que el hombre ya existía en la tierra bien antes del período fijado por el relato de Génesis. La más mínima osamenta

* Véase Vol. V, cap. XII (en inglés).

† Véase Vol. I, edición inglesa de 1914. Apéndice: “Examen de una crítica de las esperanzas del Milenio, (edición castellana del Vol. 1, p. XXX).

encontrada en las capas profundas de arcilla o de gravas se examina con minucia para aportar al erudito una reputación mundial como el hombre que dio un mentís a la Palabra de Dios. Señalamos el carácter problemático de tales pruebas* como el descubrimiento de puntas de flechas en las gravas de una época primitiva. En ciertos casos, por lo menos, se ha podido establecer que se trataba del trabajo de los indios contemporáneos que las habían producido allí donde habían encontrado sílexes apropiados.†

No hace mucho tiempo, durante una reunión del *Instituto de Filosofía Victoria*, se declaró “que un análisis muy serio de las diversas teorías de la Evolución había sido emprendido por el Profesor Stokes, F.R.S. [Fellow of the Royal Society —*Trad.*] Sir J. R. Bennett, Vicepresidente R.S. [Royal Society —*Trad.*] y el Profesor Beale F.R.S. y otros, y que *ninguna prueba científica* se había proporcionado que pudiera acreditar la teoría según la cual el

* No ignoramos la teoría del hombre pre-adámico y la tentativa de explicar así la existencia de las razas diferentes de la familia humana. Sin embargo, permanecemos fiel a la Biblia como la revelación de Dios y por consiguiente superior a todas las conjeturas de los hombres. Ella afirma la solidaridad de la familia humana en términos que no prestan a ningún equívoco al decir: “Y de *una sangre* ha hecho todo el linaje de los hombres” (Hechos 17:26). Ella declara también que Adán fue el “*primer hombre*” (1 Cor 15:45, 47). La historia del diluvio es la más explícita para indicar que solamente ocho personas se salvaron en el arca, todas ellas (la familia de Noé) descendían de Adán. Es menester más bien buscar la explicación de los diferentes tipos humanos o las razas humanas, en diferentes climas, costumbres, alimentación, etc. y más particularmente en el hecho de que las familias humanas se aislaron en ciertas comarcas, se alejaron unas de otras y que diferentes modos de vida se implantaron y se fijaron con el tiempo. Sabemos, por ejemplo, que los europeos que viven desde hace tiempo entre los pueblos de la India o de la China adquieren ciertas semejanzas a sus vecinos, y que sus hijos, nacidos en estos países se parecen más todavía a los autóctonos tanto por la pigmentación de la piel como por los rasgos característicos. El ambiente de la madre durante el período de gestación no es seguramente sin ejercer una influencia. Así existe en China un agrupamiento cuyos miembros se dicen ser los descendientes de los judíos dispersados en el momento de las tribulaciones que acabaron la Edad judaica aproximadamente en el año 70 después de J.C. Estos judíos se hicieron tan completamente chinos que es imposible encontrar en ellos el carácter judío — la raza más tenaz.

† Véase Vol. II, pp. 26, 27 (en inglés).

hombre habría evolucionado a partir de un reino inferior de animales. El profesor Virchow había declarado por su parte que no existe ningún fósil-tipo que sea el testigo de una fase inferior en el desarrollo del hombre, y que de hecho el progreso realizado en la antropología prehistórica, en realidad, ha establecido una separación más nítida aún entre el hombre y el resto del reino animal. El profesor Barraude, paleontólogo distinguido, estuvo de acuerdo para decir que en ninguna de sus búsquedas no había encontrado ningún fósil que atestiguaba una transformación de una especie en otra. Parecería por lo tanto que ningún hombre de ciencia haya descubierto hasta ahora un vínculo que una al hombre con el mono, el pez con la rana, el vertebrado con el invertebrado. No existe ninguna prueba tampoco de que alguna especie, fósil u otra, haya perdido sus características particulares para adquirir algunas nuevas perteneciendo a otras especies. Así, por ejemplo, aunque el perro y el lobo se parezcan, no existe ningún lazo entre ellos, y entre las especies extintas, fue lo mismo: no hubo ningún paso gradual de una a otra. Además, no debemos considerar de ningún modo que los primeros animales que existieron en la tierra eran inferiores a los de hoy o más degradados.”

Citamos brevemente el extracto siguiente de un resumen que hizo Sir J. W. Dawson, L.L.D., F.R.S. [Doctor of Laws; Fellow of Royal Society —*Trad.*] de sus descubrimientos recientes concernientes al “Lugar de encuentro de la Geología y la Historia.” Él dice:

“No encontramos ningún vínculo de derivación relacionando al hombre con los animales inferiores que le precedieron. Él aparece ante nosotros como un nuevo punto de partida en la creación, sin ningún enlace directo con la vida instintiva de los animales inferiores. Los primeros hombres no son menos hombres que sus descendientes, y en la medida de los medios de los cuales ellos disponían, ellos han sido, igual que éstos, inventores, innovadores, creadores de nuevos modos de vida. Aun no fuimos capaces de volver a trazar su historia hasta la edad de oro de su inocencia [la del Paraíso]. Cuando lo encontramos en las cuevas y en las capas de grava, ya es un hombre caído, en desacuerdo con todo lo que le rodea, ya es el adversario de las otras criaturas y se forja contra ellas armas de destrucción más eficaces que aquellas de las cuales la naturaleza ha dotado los animales salvajes carnívoros.... En cuanto a su organización, el hombre es indiscutiblemente un

En el Principio

animal, es de la tierra, terrestre. Él también pertenece a la rama de los *vertebrados*, a la clase de los *mamíferos* pero, en esta clase, constituye no sólo una especie y un género completos, sino que hasta una familia (u orden) distinta. Así, un “abismo” lo separará de todos los animales que se parecen más a él. Aun si admitimos — lo que todavía no ha sido probado — que en el caso de los animales inferiores una especie haya derivado de otra, somos incapaces de producir los “eslabones perdidos” para relacionar al hombre con cualquier grupo de animales inferiores... Tal vez no haya ningún hecho establecido con más certeza por la ciencia que el de la existencia relativamente reciente del hombre con relación a las edades geológicas. No sólo no encontramos ningún rastro de sus restos en las formaciones más antiguas y geológicas, sino que no encontramos ningún resto de los animales que se parecen más a él, y las condiciones del mundo en estos períodos hacían éste impropio a la residencia del hombre. Si, según el sistema geológico convencional, dividimos la historia de la tierra en cuatro períodos o épocas grandes que van desde las rocas más antiguas que nos sean conocidas, la época eocena o arcaica, hasta la época moderna, encontramos restos humanos, o sus obras, sólo en la última de los cuatro períodos, y en su última parte. A decir verdad, hay prueba indiscutible de la presencia del hombre sólo a partir del principio del período moderno... Hay solamente una sola especie humana, aunque haya numerosas razas y variedades. Estas razas o variedades, parecen haberse desarrollado muy temprano y han mostrado una fijeza notable en su descubrimiento posterior... El relato de Génesis anticipó la historia moderna. Este antiguo libro es por todos conceptos, digno de confianza. Es tan alejado como posible de los mitos y leyendas del paganismo antiguo.”

El Profesor Pasteur, el gran bacteriólogo, fue un adversario declarado del Darwinismo. He aquí cómo él se expresaba:

“Un día, la posteridad se reirá de la locura de los filósofos materialistas modernos. Cuanto más estudio la naturaleza, tanto más estoy estupefacto delante de las obras del Creador. Rezo mientras estoy ocupado en mi trabajo en el laboratorio.”

Virchow, el erudito ruso, aunque no siendo un cristiano declarado, estaba opuesto también a la teoría de Darwin que pretende explicar la formación de seres organizados a partir de una materia inorgánica. Él declaró: “Todo ensayo de constituir una cadena de transición yendo del animal al hombre ha acabado en un fracaso completo. El vínculo famoso [o eslabón —*Trad.*] intermediario no ha sido encontrado y ni será encontrado. El hombre no desciende del mono. Se ha establecido más allá de toda duda posible, que en el transcurso de los últimos cinco mil años no se ha producido ningún cambio apreciable en el género humano.”

Otros naturalistas también han alzado la voz contra las concepciones darvinianas.

Frente a todos estos hechos, ¡cuán estúpidas parecen estas tentativas ocasionales de tal “Doctor” o tal “Profesor” fingiendo la erudición discutiendo “eslabones perdidos” o sugiriendo que los pequeños dedos del pie del pie humano se hacen inútiles y “se caerán” pronto “naturalmente” justo como ya se cayó la cola de los monos! ¿No tenemos momias bien conservadas desde hace aproximadamente cuatro mil años? ¿No tenemos estatuas de tamaño natural casi tan antiguas? ¿Llevan una cola los sujetos? ¿Son sus pequeños dedos del pie diferentes de los nuestros de hoy en día? ¿No está en la degeneración la tendencia general de toda la naturaleza? ¿No son necesarias la sabiduría del hombre y su ayuda para conservar lo más posible la perfección de las plantas y de las razas de animales? Y en lo que concierne al hombre, ¿no es necesaria la gracia de Dios para su elevación, no constituye ella una barrera contra este decaimiento profundo que se puede comprobar en “las tinieblas de África”? ¿Y no está de acuerdo esto con la Escritura? —Rom. 1:21, 24, 28.

Es oportuno que el pueblo del Señor guarde bien en la mente esta exhortación del apóstol Pablo a Timoteo: “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Tim. 6:20.). Para comprender claramente cualquier verdad, debemos considerarla desde el punto de vista de la revelación divina. Hay que “ver la luz a Su luz”. Entonces, considerando toda cosa en la naturaleza bajo la dirección del Dios de la naturaleza, se ampliarán así el espíritu y el corazón, y estaremos llenos de admiración y de adoración a medida que descubramos, como en una vista panorámica, la gloria, la majestad y el imperio de nuestro Creador Todopoderoso.

“Y fue la tarde y la mañana.” El sexto día, en su plazo, 42.000 años después de que hubiera comenzado “la obra”, la tierra estaba dispuesta a recibir al hombre que debía sojuzgarla, aunque, en conjunto, ella todavía debiera mejorarse. Conociendo de antemano la desobediencia de su criatura (así como todo su plan en

relación con la sentencia de muerte, la redención y la liberación definitiva del pecado y de la muerte para todos los que hayan sacado provecho de sus experiencias), Dios no esperó que la tierra estuviera lista completamente para crear al hombre, sino preparó simplemente un Paraíso, un jardín de Edén que él hizo perfecto en todo aspecto con vistas a la prueba corta de la primera pareja perfecta, dejando a los hombres, condenados al trabajo, el cuidado de “sojuzgar” la tierra y de aprender al mismo tiempo lecciones preciosas y de hacer experiencias útiles.

EL SÉPTIMO DÍA-ÉPOCA SEMANA DE LA CREACIÓN

Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.

Observando la sucesión progresiva de los seis días y recordando que el número siete en sí representa la terminación y la perfección, es muy natural que esperemos que el Séptimo Día-Época sea más maravilloso que los demás. Y lo estimamos así; pero nuestra comprensión en cuanto a su misión importante se encuentra limitada — hasta el “debido tiempo” — por la declaración general que Dios descansó de toda su obra en el séptimo día. ¡Qué extraño es que él debiera dejar la obra creativa en el momento en el cual parecía justamente lista de acabarse, como si un obrero, después de haber preparado todos los materiales de una construcción, renunciara su futura actividad, no poniendo en ejecución sus primeras intenciones!

Sin embargo, todo el tema se desvela en su grandeza cuando captemos que Jehová Dios descansó de su obra creativa, dejó de perseguirla, porque, en su sabiduría había previsto que sus intenciones podrían ser mejor ejecutadas por otros medios. Dios vio que valía más permitir que su criatura Adán ejerza su libre albedrío, ceda a la tentación en el pecado y sufra el castigo justo, la muerte, con su largo período de 6.000 años de vida moribunda, de luchas, como un condenado, en un mal ambiente. Dios vio que era preferible dejarle como condenado, hacer su parte en la sujeción de

la tierra; que dadas las circunstancias sería provechoso al hombre traer la tierra, por el trabajo, a la condición paradisíaca prometida, que sería útil que el hombre discerniera los principios fundamentales de la justicia divina, la excesiva culpabilidad del pecado, y que estaría preparado así a recibir la gracia que se ofrecerá al mundo al debido tiempo.

No obstante, una de las razones superiores por las cuales Jehová detuvo la obra creativa, fue sin duda alguna que ella podría ser cumplida por otro — por su Unigénito, de tal manera que glorificaría no sólo al Hijo, sino que al Padre también, revelando la perfección de los atributos divinos como ningún otro medio podría hacerlo. Dando a su Hijo para ser el Redentor del hombre, Dios puso de relieve no sólo su Justicia divina que de ninguna manera podía violar el principio: “el salario del pecado es la muerte”, sino también destacó su Amor, su compasión por sus criaturas caídas yendo hasta el sacrificio de su Hijo a favor del hombre. Al fin, su Sabiduría y su Poder se revelarán también, cuando se haya realizado cada detalle de su plan.

Se podría sugerir que el hecho de que el Padre dejó de terminar el plan de creación con el fin de que el Hijo pudiera cumplir esta obra durante el Milenio por la vía de la “restauración” no es diferente de las operaciones creativas anteriores ya que todas éstas eran *del* Padre y *por* el Hijo, sin el cual “nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. A esto, respondemos: Sí, hay una diferencia. La función del Hijo en la obra de la restauración por la cual se acabará este Séptimo Día-Época y aportará la perfección terrestre, será totalmente diferente de la que él tuvo en sus obras anteriores. En todas las creaciones anteriores, el Hijo actuó simplemente en lugar de Jehová haciendo uso de fuerzas y de energías que no eran en ningún sentido las suyas, sino que en esta futura obra grandiosa, él empleará un poder y una autoridad que le pertenecen, que le costaron 34 años de humillación cuyo plazo fue su crucifixión. Por esta transacción, que la sabiduría y el amor del Padre habían preparado en su plan, el Hijo “compró” al mundo, compró al padre Adán y a toda su raza, su propiedad (la tierra) así como su título de monarca “a semejanza de Dios”. El Padre

encontró su placer en honrar al “Primogénito” e hizo por lo tanto su plan en este sentido, él descansó, es decir, dejó de crear con el fin de que el Hijo pudiera honrarle así y ser honrado por él.

Dios descansó, no en el sentido de recuperar fuerzas después de un cansancio, sino en el de dejar de crear. Él asistió a la ruina, la caída, por causa del pecado, de su criatura terrestre más noble y sin embargo él no hizo nada para impedir el desarrollo de la ejecución de la sentencia de muerte ni empezar el menor encaminamiento hacia una restauración. En realidad, por la ley que él impuso, él impidió toda ocasión para su misericordia y su clemencia de ejercerse hacia Adán y su raza, salvo por la intervención de un redentor. Al ser el castigo la muerte, y esto sin límite (la muerte eterna, la “destrucción eterna”), y dada la imposibilidad que Dios mienta, que el Juez Supremo del universo retire su propio y justo decreto, desde entonces era imposible que el Creador se hiciera directamente el restaurador de la raza, o en cualquier sentido o grado, continuara su obra creativa con respecto al hombre condenado o a su dominio, la tierra.

Conque, Jehová Dios manifestó su confianza en su propio gran plan de las Edades y en su Hijo Unigénito al que le confió la plena ejecución. Esta confianza del Padre en su Hijo, el Apóstol la toma en ejemplo para mostrarnos cómo nuestra fe debería aferrarse al Ungido hasta el punto de confiarle todo lo que nos toca de cerca, tanto nosotros mismos como nuestros amigos y el mundo en general. La declaración del Apóstol es: “Los que hemos creído entramos en el reposo... El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.” Los creyentes, a ejemplo de Dios, tienen en Cristo, esta confianza perfecta de la que dispone tanto de la capacidad como de la voluntad de ejecutar todos los grandes proyectos de Jehová a favor de nuestra raza y, en consecuencia, *descansan* no de un cansancio físico sino de toda inquietud, de toda ansiedad, de todo deseo de actuar en lugar de Cristo o de tratar de alcanzar el resultado por otro medio.

Si el descanso de nuestro Creador, o su renuncia de venir prontamente al socorro de sus criaturas caídas, puedan parecer más o menos como una marca de indiferencia o de descuido, no fue así

realmente; la intervención a favor del hombre por un Mediador se ha juzgado sencillamente como el mejor y el más sabio modo. A los que pudieran sugerir que la obra de restauración debería haber comenzado antes, respondemos que el reino del Pecado y de la Muerte, o sea un período de 6.000 años, no ha sido demasiado largo para que nazca un número suficiente de individuos para “llenar la tierra”, no demasiado largo para enseñar a todos cuán pecaminoso es el pecado [Rom. 7:13] y extremadamente pesado el salario que lleva consigo, no demasiado largo para que los hombres mismos traten de levantarse y prueben la inutilidad de sus tentativas y de sus medios. Aunque pasaron más de 4.000 años después de que el pecado y la muerte hubieran entrado en el mundo que el Señor vino en su primer advenimiento para *rescatar*^{*} al mundo y asegurar el derecho justo y equitativo de intervenir para bendecir, levantar y restaurar a todos los que aceptaran su gracia, sin embargo la Escritura declara que este acontecimiento se produjo al debido tiempo de Dios: “Al debido tiempo Dios envió a su Hijo.” De hecho, se pudiera avanzar todavía que este momento no debiera haber sido el debido tiempo verdadero tampoco, a menos que se consideren las cosas desde el punto de vista divina que tenía en perspectiva de llamar, de reunir, de preparar una Iglesia elegida destinada a participar con el Redentor en esta gran obra milenaria de bendición del mundo. Dios, previendo que esta elección exigiría toda esta Edad Evangélica, envió a su Hijo para la obra redentora justo al debido tiempo con el fin de cumplirla a tiempo.

EL PERÍODO DE DESCANSO O LA CESACIÓN DE LA ACTIVIDAD CREATIVA ENERGÉTICA DIVINA RESPECTO A LA TIERRA

¿Cuánto tiempo transcurrió desde que Jehová dejó de crear o descansó de su obra creativa? Respondemos que hace ahora un

^{*} Ed. 1937: “para proporcionar el precio del rescate” — Véase los *Reprints*, p. 5880 (W.T. 1 de abril de 1916). — *Trad.*

poco más de seis mil años. ¿Cuánto tiempo aún durará su descanso (o interrupción)? Hasta el fin del Milenio — el reino de mil años del gran Mediador procediendo a la “restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:21). ¿Se revelará haber sido justificada plenamente la confianza de Jehová en la ejecución de su plan, que lo condujo así para ponerlo totalmente en los cuidados de Jesús? ¿Será satisfactoria la conclusión? Jehová Dios que conoce el fin desde el comienzo nos asegura que lo será y que el Hijo, a expensas del cual el plan está en vías de ejecución “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11). En realidad, todos los creyentes que descansan, por la fe, en la obra (pasada y futura) de su Redentor, pueden tener la plena seguridad de fe que Dios ha preparado para los que le aman, y especialmente para la Iglesia, “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre.” Ellos también pueden tener la seguridad de fe que él ha preparado la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor, la misericordia y las bendiciones de restauración para todos los del mundo no elegido que, en sus días de gracia del Milenio, aceptarán de todo corazón las disposiciones maravillosas y divinas.

Seis mil años pasados, y otro mil años por venir, estos siete mil años de “descanso” de Jehová nos conducirán al tiempo en el cual se acabará el reino milenar del Hijo porque habrá cumplido sus intenciones: la restauración a la imagen divina de los humanos que estarán bien dispuestos y obedientes, y la restitución al hombre, hecho perfecto de nuevo, de la tierra como su dominio, su reino. Cuando el trono y el reino del Mediador hayan alcanzado su fin, y que todos los que corrompen la tierra hayan sido aniquilados, el Hijo entregará “el Reino al Dios el Padre” — entregándolo a la humanidad a la cual estuvo destinado al principio según lo que está escrito.* (1 Cor. 15:25-28) “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado

* Véase Vol. I, p. 312; Vol. V, p. 469 (en inglés); Vol. IV, pp. 617, 644, 645 (en inglés).

para vosotros desde la fundación del mundo” — desde la creación del mundo. —Mateo 25:31, 34

Es la *duración* de este Séptimo Día-Época, tan distintamente marcada por la historia y la profecía, que nos permite encontrar aquella de todos los demás Días-Épocas de la Semana de la creación. El período entero de siete veces siete mil años, es decir, cuarenta y nueve mil años conducirá, cuando haya vencido, al gran quincuagésimo milenario que él introducirá; así como ya hemos mostrado,* este gran cincuentenario es importante en las Escrituras porque él indica grandes puntos culminantes en el plan divino. Los días sabáticos de Israel que se multiplicaba por 7 ($7 \times 7 = 49$) conducían al quincuagésimo día, es decir, al Pentecostés con su descanso en la fe; los años sabáticos de Israel, es decir, $7 \times 7 = 49$ años, introducían el quincuagésimo año o el año del Jubileo; el ciclo más amplio aún de 50×50 marcará el Milenio como el Gran Jubileo de la Tierra. Y ahora, encontramos finalmente que el Sábado (o sistema de siete días), aplicado a una escala aun más vasta, a propósito de la creación de la tierra, desde el principio de su disposición hasta su terminación perfecta, es de 7 veces 7.000 años o 49.000 años, acabando en la introducción de la gran época en que no habrá más llantos, ni lágrimas, ni dolores y ni muerte, porque la obra creativa de Dios se acabará entonces, por lo menos en cuanto a esta tierra. No es sorprendente que esta fecha sea marcada como la de un Jubileo.

Los hijos angélicos de Dios “se regocijaban” (Job 38:7) a la aurora de la semana de la creación de la tierra, y después de haber asistido a su desarrollo paso a paso, ellos vieron finalmente al hombre, a su rey, creado a la imagen de Dios. Luego, por la desobediencia, vino la caída en el pecado y la muerte, luego las experiencias terribles de los ángeles caídos que no guardaron su señorío original, y la historia sangrienta y egoísta del hombre bajo el reino del Pecado y de la Muerte. Entonces suceden la redención, la elección del “Ungido” (cabeza y cuerpo) por el sacrificio, y el establecimiento del Reino mesiánico con su restauración

* Véase Vol. II, cap. VI (en inglés).

En el Principio

maravillosa de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. No es sorprendente, en realidad, que, cuando todas las criaturas inteligentes de Jehová hayan comprendido así toda la longitud, la anchura, la altura y la profundidad no sólo del Amor de Dios, sino que también de su Justicia, de su Sabiduría y de su Poder, habrá un Júbilo en los cielos y en la tierra.

Es entonces cuando todas las criaturas de Dios, tanto en los cielos como en la tierra, puedan entonar el nuevo Cántico:

*“Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso;
Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.
¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?
Pues sólo tú eres santo;
Por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán,
Porque tus juicios se han manifestado.”* —Apoc 15:3 y 4.

“Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó.” —Isaías 45:18.

“Todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.” —Apoc. 5:13.

Desde que escribimos lo que precede, apareció, para la fecha del 19 de noviembre de 1902, bajo la firma del Prof. G. Frederic Wright D.D., L.L.D. [Doctor of Divinity, Doctor of Laws] el artículo siguiente que trata de la creación según el relato de Génesis.

EL RELATO* HISTÓRICO DE GÉNESIS

“El primer capítulo de Génesis, que trata de la creación del mundo, es uno de los documentos más notables. Es notable, tanto por la habilidad con la cual él evita todo conflicto posible con los descubrimientos científicos como por su buen efecto

* “Record” —Trad.

La Nueva Creación

desde el punto de vista literario. Si se lo juzga por la influencia que él ha ejercido, es poco probable que alguna otra página de literatura pueda compararse con él. Su meta evidente es de desacreditar el politeísmo y de destacar la unidad de la Divinidad. Él lo hace negando la existencia de una pluralidad de dioses, tanto en general como en particular, y afirmando que es el único eterno Dios de Israel que hizo los cielos, la tierra y todo lo que encierra, y que los idólatras tienen la costumbre de adorar.

Se puede comprobar que este capítulo es sublime en el hecho de que el politeísmo y la idolatría prevalecen por todas partes donde no se siente su influencia. La unidad de Dios y su adoración como el único Creador de todas las cosas sólo fueron mantenidas por las naciones que aceptaron este capítulo como una verdadera y divina revelación.

COMPATIBLE CON LA CIENCIA

“Al mismo tiempo, el progreso de la ciencia sirvió para aumentar más bien que reducir la admiración que tenemos por esta parte notable del gran libro de la revelación divina. Todos los descubrimientos auténticos de la ciencia encuentran donde situarse en este vasto y amplio marco. Los términos de este capítulo han sido escogidos con una sabiduría tan notable para evitar todo conflicto con la ciencia moderna que un geólogo tan famoso como el Prof. J. D. Dana, de la Universidad de Yale, afirmó con fuerza que era imposible explicarlo de otro modo que por el principio de la inspiración divina.

“Desde el primer versículo, toda controversia sobre la edad de la tierra, y a decir verdad del sistema solar, se encuentra concluida por la declaración totalmente simple que el cielo y la tierra fueron creados en el “principio” sin precisar de ninguna manera a cuál momento remonta este principio. Ahora bien, que el sistema solar haya tenido un comienzo, la ciencia moderna lo prueba tan claramente que el evolucionista más impertinente no puede contradecirlo. La doctrina moderna de la conservación de la energía prueba que el orden actual de cosas no existió siempre. El sol se enfría. Su calor irradia rápidamente y va a perderse en el espacio vacío. En una palabra, el sistema solar está en decadencia y es tan claro como el pleno mediodía que el proceso no puede haber existido por siempre. Hasta la hipótesis de las nebulosas implica un comienzo y ninguna inteligencia humana nunca ha podido expresar mejor este hecho que el primer versículo de la Biblia.

LA CREACIÓN FUE GRADUAL

Todo el primer capítulo de Génesis está basado en el principio de un desarrollo progresivo en este método de creación. El universo no vino a la existencia de manera instantánea. No ha sido acabado desde el principio. Al principio, tenemos simplemente las fuerzas físicas que deben servir para formar la estructura grandiosa por un desarrollo gradual, o si se prefiere decirlo así: por un

En el Principio

proceso evolutivo.* Y esto también es verdad, cualquiera que sea el sentido que se pueda atribuir a la palabra “día” (en hebreo “yom”). ¿Por qué necesitaría un Creador Todopoderoso seis días aun de veinticuatro horas para crear al mundo? La respuesta es que el Creador no sólo posee un poder soberano sino que es tan infinitamente sabio y lo ha juzgado oportuno de escoger un método de creación que procede del trigo en cierne, luego de la espiga, luego del grano maduro en la espiga.

“Que haya un plan divino de evolución” es lo que destaca todo este capítulo. La creación comienza trayendo a la existencia las formas más simples de la materia y prosigue ejerciendo sobre ellas la energía que engendra la luz. Vienen luego la separación de la materia que constituye la tierra, la delimitación entre la tierra y el agua, el aislamiento del agua repartida en la superficie del globo de la que se encuentra suspendida en el aire. Si alguien desea discutir sobre la palabra “firmamento” e insistir en su significado literal, se encuentra inmediatamente parado por la definición del texto (Génesis 1:20) que precisa que los pájaros son hechos para volar por encima de la tierra en la plena extensión del cielo [o firmamento del cielo]. El elemento que retiene el agua de las nubes es aquel en el cual los pájaros pueden volar.

CREACIÓN DE LA VEGETACIÓN

“En la tercera época, la tierra se cubrió de vegetación, la forma más simple de la vida, la cual una vez introducida, lleva consigo la posibilidad de desarrollo posterior de todas las familias vegetales. Los términos en los cuales se anuncia la creación de las plantas tienen un sentido tan amplio que hasta dejan el campo libre para la teoría de la generación espontánea, la cual todavía es una de las cuestiones controvertidas en la biología. Consideradas bajo este ángulo, cuán notables son estas palabras: “Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde... Produjo, pues, la tierra hierba verde.”

“Esta manera de expresión notable se encuentra a propósito de la introducción del quinto día de desarrollo respecto al cual se puede leer (Génesis 1:20). “Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes [véase nota de *Darby*]...” Y también para introducir la obra del sexto día, la misma frase aparece (Génesis 1:24). “Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres [nota de *Darby*: hebreo: alma, aquí y versículo 21] vivientes según su género.” Si se persistía en interpretar estas palabras al pie de la letra, encontraríamos lo que ni la ciencia ni la teoría no quisieran aceptar.

* Como ya se ha indicado, es sólo con respecto a la creación del hombre que la teoría de la Evolución se opone a la Biblia, y es sólo para atacar este punto preciso que esta teoría existe o encuentra partidarios.

UN CREADOR ESPECIAL

“Cuando se trata de la creación del hombre, la Biblia no se expresa más de la misma manera. Se dice allí que Dios hizo al hombre a su propia imagen y sopló en ése el aliento de vida. No es necesario hablar aquí de lo que puede sobreentender esta expresión en cuanto al modo de creación del hombre. No obstante, ella corresponde bien a la alta dignidad del ser humano comparado con el resto de la creación animal. Los rasgos más característicos del hombre son puestos a luz por ambos relatos que nos hablan del principio de su entrada a la vida. No sólo se dice que el hombre es hecho a la imagen de Dios, sino que también es apto para dominar los animales de los campos y tiene el don de hablar, por el cual él puede nombrarlos. Además él tiene su libre albedrío que conoce la diferencia entre el bien y el mal; en breve, él posee una naturaleza moral que le coloca en una clase separada.

“Que tantas cosas se pudieron decirnos respecto a la creación sin que nada fuera absurdo ni fantástico, y sin que nada creara el menor golpe con la ciencia moderna, esto es ciertamente la prueba más evidente que fueron dadas por inspiración divina. Mismo Milton, con toda su erudición y la ventaja que le proporcionaba este relato, no pudo frenar suficientemente su imaginación para no dar algo grotesco a toda su concepción de la creación del reino animal. Excepto la mano de la inspiración, ¿qué es lo que hubiera podido dirigir y guiar así al que escribió el primer capítulo de Génesis?

EL HOMBRE CREADO Y NO EVOLUCIONADO

“Hay una diferencia considerable entre el volumen y el desarrollo del cerebro del hombre y los del cerebro de los representantes inferiores del orden de los ‘primates.’

“Más grande aún es la diferencia desde el punto de vista fisiológico y psicológico. El hombre posee un lenguaje gramatical. Él puede expresar sus pensamientos por frases ordenadas que puede transcribir por signos de su propia elección sobre papel o sobre cualquier otra sustancia. El hombre dispone de un oído sensible a las armonías musicales lo que no tiene ningún animal. Esto implica en la estructura de los órganos del oído una delicadeza que no es nada menos que maravillosa. Entre sus cualidades mentales, la del raciocinio científico o inductivo es la más notable, comparada con las capacidades mentales de la creación animal.

“En su obra importante acerca de la “Evolución mental”, Romanes cree encontrar dentro de los animales inferiores todos los rudimentos de la capacidad mental del hombre, pero son tan rudimentarios que dejan el abismo entre el hombre y el animal tan considerable como antes. Reuniendo todas las manifestaciones de inteligencia entre los animales, él encuentra que estos últimos manifiesten tanta inteligencia como un niño de la edad de 15 meses. Ahora bien, esta inteligencia no se encuentra en una sola especie, una especie que está avanzada a este grado en tal punto, otra que lo está en otro...

RAZÓN CONTRA INSTINTO

“Cualquiera que pueda ser el desarrollo del sentido del olfato en el perro, esto no serviría para nada al que se propondría enseñarle la geología. Por muy aguda que sea la vista del águila, ella no le permite estudiar la astronomía. Sería en vano que se condujera un perro por el mundo para enseñarle hasta dónde se extendía el gorro de hielo en la época glacial. Él no tiene la facultad de pensamiento que le permita hacer aproximaciones entre los bloques erráticos de los Estados Unidos y los bancos de peñascos de Canadá, o entre las piedras rayadas de las planicies de Rusia y las montañas de los países escandinavos de donde han sido arrastradas por los raspados del hielo. Tales deducciones están totalmente por encima de la capacidad de la raza canina.

APTITUD PARA LA RELIGIÓN

“En ninguna parte esta superioridad de la mente humana no aparece de modo más sorprendente que en su aptitud de educarse respecto a las ideas religiosas por medio de la lectura. Hay muchas representaciones extraordinarias de cerdos sabios a los cuales se puede, por un procedimiento, enseñar a escoger en los cubos algunas letras con el fin de descifrar algunas palabras simples, pero no podemos enseñar a ningún animal a hablar de manera inteligible. El loro mismo no hace excepción a esta regla porque, de hecho, sus palabras son una repetición simple de sonidos que no comprende. Podríamos aún mucho menos enseñarle a un animal a leer o a escuchar con inteligencia un discurso o un sermón.

“Por otro lado, la Biblia es un libro de géneros literarios extremadamente variados: ella contiene las más altas y las más elocuentes elevaciones poéticas que jamás hayan sido escritas, y presente las más sublimes concepciones de Dios y de la futura vida en las cuales jamás se haya pensado. Casi ha sido traducida en todas las lenguas de la tierra y ha encontrado, en todas ellas, las figuras de lenguaje apropiadas para presentar efectivamente sus ideas...

“Así es como, considerado desde el punto de vista intelectual más elevado, se ve mejor la posición única del hombre en la creación animal. Intelectualmente, es único en su género. El nombre científico del género al cual pertenece el hombre es “homo”, pero es la especie “homo sapiens”, es decir, un cuerpo humano que posee una sabiduría humana...

“Alfred Russell Wallace, que descubrió el principio de la selección natural, y la publicó al mismo tiempo e independientemente de Darwin, señalaba diversas particularidades físicas en el hombre que no podían provenir de la selección natural sola, sino que indicaban la intervención de un poder superior directivo.

ROPA Y HERRAMIENTAS

“En total de estas particularidades, él cita en el hombre la ausencia de toda

La Nueva Creación

cubierta protectora natural. De todos los animales, sólo el hombre lleva ropa. Él teje las fibras de las plantas para hacer una cubierta o sea despoja a otros animales de sus pieles y se sirve de ellas para proteger su propio cuerpo desnudo contra las inclemencias del tiempo. Los pájaros tienen plumas, los corderos llevan vellones, otros animales tienen pieles que las protegen admirablemente. El hombre solamente está sin esta protección a menos que no se la proporcione por el uso de su inteligencia. Justo sólo reflexionando en eso nos damos cuenta de toda la inteligencia que implican los esfuerzos del hombre para vestirse. Aun para una cosa tan simple como la de despojar a un animal de su piel para hacerse un traje, primero él tiene que inventar herramientas. Nunca fue posible de quitar la piel de cualquier animal sin tener que servirse de algún cuchillo.

“Y esto nos lleva a dar otra buena definición del hombre: un animal que se sirve de herramientas. Desde este punto de vista, el elefante y el mono son los animales que se acercan más a eso. Hemos visto a un elefante coger un cepillo con su trompa y lograr así cepillar partes de su cuerpo que no podía alcanzar de otro modo. Hemos visto al mono levantar una puerta sirviéndose de un palo como una palanca. No obstante, ningún animal ha sabido cómo formar una herramienta mientras que no hay ninguna tribu humana tan atrasada que sea, que no forma las herramientas más curiosas y más complicadas.

“Las piraguas de las razas más inferiores se forman de la manera más ingeniosa, y perfectamente adaptadas a sus necesidades. El instrumento que corta el sílex implica una mente inventiva y el ejercicio de una gran habilidad para esculpir. Los métodos ingeniosos gracias a los cuales los pueblos salvajes consiguen fuego a voluntad por frotamiento harían honor al hombre civilizado, mientras que el uso del arco, de la fronda y del bumerang demuestra una capacidad inventiva y un grado muy elevado que no tiene su equivalente entre los animales.

APTITUD MUSICAL

“Además, Wallace presenta la voz humana como el desarrollo que sobrepasa, y de lejos, todo lo que puede producir la selección natural. Los monos no tienen el sentido musical y sus órganos vocales no tienen capacidad musical, mientras que las razas humanas, aun las más primitivas, poseen los dos. Los “cantos folklóricos” son la gran fuente donde nuestros grandes compositores van a buscar sus temas. El difunto Teodoro F. Seward comentando, después de haber transcrito las endechas y los cantos de los negros en las plantaciones, dijo que, en su armonía y su desarrollo, todos están en conformidad con las reglas científicas de la composición musical. Cualquiera que pueda ser la gran ventaja de esta capacidad musical para el hombre plenamente desarrollado, no podemos concebir cuál habría sido de allí la utilidad para un animal en la etapa de desarrollo inferior donde encontramos el mono. La voz musical que atrae al mono no tiene la menor semejanza con la que encanta al hombre o a la mujer.

“Además, el volumen del cerebro humano está fuera de toda proporción con las necesidades intelectuales de la más elevada creación animal debajo del hombre,

En el Principio

y sin la inteligencia del hombre, sería más bien una confusión que una ayuda. Es por eso que el cerebro y la inteligencia debieron haber existido simultáneamente desde el principio con el fin de presentar una ventaja que la selección natural podía agarrar, guardar y desarrollar.

Es difícil ver cuál ventaja habría habido para un mono tener el pulgar de su miembro posterior transformado en el dedo gordo del pie que no podría emplearse más para agarrar las cosas, sino sería útil para él sólo si andara en una posición vertical. No se ve bien cuál ventaja sería para un mono tener sus miembros delanteros abreviados, como lo serían si fueran transformados en brazos humanos. Es difícil ver cuál ventaja habría sacado el mono de los cambios en el emplazamiento del hueso de la cadera y del cuello que habrían trabado su marcha en cuatro patas y le habrían obligado a andar de pie sobre dos piernas.

“En todos estos aspectos, la dificultad para nosotros de comprender el origen del hombre por la selección natural se encuentra aumentada si se nos obliga a suponer que fue un desarrollo muy gradual y que estos cambios conduciendo a la perfección de la organización del hombre comenzaron en un grado imperceptible o casi, porque modificaciones tan lentas no habrían podido ser de ninguna ventaja. Para tener sentido, haría falta que hubieran sido importantes, que las transformaciones mentales tanto como físicas hubieran andado de par según alguna ley de armonía preestablecida.

“El misterio del origen del hombre no ha sido aclarado en lo más mínimo ni por la hipótesis darwiniana ni por alguna nueva luz proyectada por las teorías evolucionistas. En el dominio de la geología, cada uno reconoce que el hombre es el más reciente de las especies que vinieron para agrandar la población terrestre, mientras que, mentalmente, domina tanto a los animales inferiores, que por esta misma razón si no por otra, es único en su género. El misterio es de saber cómo él vino en posesión de este grado elevado de poder mental con un cuerpo físico y una constitución fisiológica tan perfectamente adaptados a su uso. Los que pretenden que él proviene de alguna manera de las capas inferiores de seres inteligentes salen al paso de las dificultades filosóficas diez veces más grandes que los que aceptan la declaración simple de la Biblia, a saber, que su alma es el soplo divino — la misma imagen de Dios.”

Estudio II

LA NUEVA CREACIÓN

LA NUEVA CREACIÓN SEPARADA Y DISTINTA DE TODAS LAS DEMÁS — ¿POR QUÉ ES ESCOGIDA ENTRE LA CREACIÓN HUMANA MÁS BIEN QUE ENTRE OTRAS? — EL PROPÓSITO DE SU ELECCIÓN — MISIONES PRESENTES Y FUTURAS — ¿CÓMO SE EFECTÚAN EL ENGENDRAMIENTO Y EL NACIMIENTO A LA NUEVA NATURALEZA? — EL PARENTESCO ESTRECHO DE TODOS LOS MIEMBROS DE LA NUEVA CREACIÓN ENTRE SÍ Y CON SU CABEZA, JEFE Y ESPOSO — DESARROLLO Y PRUEBAS DE ESTOS MIEMBROS — EL SEXTO SENTIDO O SENTIDO ESPIRITUAL DE LA NUEVA CREACIÓN PARA EL DISCERNIMIENTO DE LAS COSAS ESPIRITUALES — ¿A QUÉ NOMBRE DEBE RESPONDER LA NUEVA CREACIÓN PARA SER LEAL A SU JEFE Y NO SEPARARSE DE NINGUNO DE LOS HERMANOS?

Las Escrituras nos hablan frecuentemente de la Iglesia de la Edad Evangélica como una Nueva Creación. Sus miembros definitivos, los vencedores, son designados específicamente como “Nuevas Criaturas” en Jesucristo (2 Cor. 5:17). Desgraciadamente, se hizo corriente entre cristianos plenamente consagrados como entre otros, de leer las palabras de inspiración divina de manera confusa y complicada que, por no dar a las declaraciones bíblicas su significado real, priva al lector de una gran parte de la bendición, del consuelo y de la instrucción que podría tener si empleara un método más razonable y si fuera llenado más completamente del espíritu del discipulado, del deseo de comprender la revelación divina. La dificultad proviene en gran parte de que ordinariamente los lectores de la Palabra no buscan en ella su propia instrucción, sino que la leen más bien de manera superficial como para cumplir un deber o para tomar un descanso. Cuando ellos desean una explicación concerniente al plan divino, recurren a los comentarios y a los catecismos. Estos últimos, así como los eclesiásticos, los instructores vivos, deberían ser unos ayudantes para guiar a los peregrinos de Sion hacia un conocimiento más claro del carácter de Dios y de su plan; desgraciadamente, ellos son a menudo lo contrario. Muy a menudo oscurecen el juicio, aportan la

perplejidad, interpretan mal la Palabra divina de modo que los que tienen confianza en ellos son conducidos más bien lejos de la luz que hacia ella.

Este extravío no es intencional, porque debemos suponer que los profesores y los autores les enseñan a sus lectores lo que tienen de mejor. Para encontrar la fuente de estas dificultades, hay que regresar varios años en el tiempo. Hace cerca de 1800 años, cuando los apóstoles “se durmieron”, el enemigo, Satanás, tuvo vía libre en la Iglesia, en el campo de trigo del Señor y, como lo profetizó la parábola de nuestro Señor, sembró la cizaña del error abundantemente (Mat. 13:24; 36-43). Estos errores retorcieron y deformaron más o menos cada verdad de la revelación divina de modo que, antes de haber comenzado el cuarto siglo, el campo de trigo del Señor se había hecho prácticamente un campo de cizaña en el cual no se encontraba más que una proporción débil de trigo verdadero. Las tinieblas del error se hicieron pesadas cada vez más sobre la Iglesia. Durante diez siglos el “Misterio de la Iniquidad” prevaleció y una oscuridad espesa recubrió a los pueblos. La mayoría de la gente más inteligente del “mundo cristiano” llaman hoy estos diez siglos “los siglos de las tinieblas”, y debemos recordar que fue en medio de la oscuridad espesa que nació el Movimiento de la Reforma. La luz de los Reformadores comenzó a brillar en medio de las tinieblas y, gracias a Dios, ¡fue brillando cada vez más desde entonces! Sin embargo, no debe sorprendernos que los Reformadores mismos, formados en medio de estas tinieblas espesas, hubieran estado contaminados más o menos por ellas, y que no consiguieron inmediatamente purificarse de todos los errores corruptores; habríamos considerado más bien como un verdadero milagro su paso brusco de la oscuridad espesa a la plena y clara luz del carácter y del plan de Dios.

La dificultad que encontraron los discípulos de los Reformadores en los pasados tres siglos, radica en el hecho de que consideraron como meritorio el aceptar los credos formulados durante este período de la Reforma, de vanagloriarse de eso y de considerar como contrario a la fe todo nuevo progreso hecho hacia la luz. Honrando a los Reformadores y regocijándonos de su

fidelidad, es necesario que todos nosotros recordemos que ellos no fueron las luces de la Iglesia, que no fueron dados a la Iglesia para ser sus guías, sino que fueron nada más que ayudantes. Los guías establecidos por Dios fueron, en primer lugar, nuestro Señor; en segundo lugar sus apóstoles inspirados, guardados y guiados; en tercer lugar los santos hombres de Dios que, en el pasado, hablaron y escribieron para nuestra instrucción, llevados por el Espíritu Santo. Es porque los Reformadores tuvieron, por parte del Señor, un bosquejo de la verdadera luz, que fueron capaces de discernir en parte cuán espesas eran las tinieblas que los rodeaban y el heroico esfuerzo que hicieron en efecto para escaparse de éstas y para reencontrar la luz del conocimiento de Dios. Esta luz brilla en el rostro de Jesucristo, nuestro Señor; por todas sus palabras y por las de los apóstoles, se nos da para ser una lámpara a nuestros pies y una luz en nuestra senda, iluminando de manera creciente la senda de los justos “hasta que el pleno día esté establecido.” (*Darby*) Cualquier persona que quiera, ahora, ser un discípulo del Señor y andar por la luz debe tener cuidado (sin descuidar, no obstante, a los agentes humanos y a sus ministerios ejercidos verbalmente o por escrito) a aceptar de ellos sólo la ayuda que le permitirá apreciar el mensaje inspirado registrado en las Escrituras: “Si ellos no hablan según esta palabra, es porque no hay luz en ellos.”

En estudios anteriores, vimos que nuestro Señor Jesús, mucho tiempo antes de hacerse “el hombre Cristo Jesús” había sido “el comienzo de la creación de Dios”; vimos un desarrollo progresivo entre las creaciones de Dios cumplidas por el Hijo [por medio del Hijo — *Trad.*] amado: querubines, serafines, ángeles y todas las diversas órdenes de seres espirituales por lo que poco nos ha sido revelado. Acabamos de terminar el estudio de la creación terrestre y, a la luz de la revelación divina, discernimos cuán grandiosa será su culminación durante “los tiempos de la restauración de todas las cosas”. Sin embargo, las Escrituras nos hacen conocer la Nueva Creación, que ahora consideraremos, y que es totalmente separada y distinta de las órdenes angélicas y del hombre. El Padre Celestial estaba complacido con cada rasgo de su obra, porque “toda su obra es perfecta”, y cada clase u orden es perfecta en sí misma, o lo será

cuando llegue el tiempo del gran Jubileo que ya fue mencionado en un capítulo anterior. La creación de estas diversas órdenes no debe ser comprendida como un descontento por parte del Creador y un ensayo de crear algo mejor o más satisfactorio; más bien, debemos ver en ellas una ilustración de “la sabiduría tan diversa de Dios”. La variedad que vemos en la naturaleza, en las flores, en las hierbas, en los árboles y entre los animales demuestra esto: cada uno es perfecto en su propio género y en su propio plano de existencia. No es porque Dios no estuvo satisfecho con la rosa, que hizo el clavel o el pensamiento, pero las variedades en cuanto a la forma, en cuanto a la belleza y en cuanto al perfume nos da un bosquejo de la longitud, de la anchura, de la altura y de la profundidad de la inteligencia divina: diversidad en la armonía; belleza y perfección expresadas en diversas formas, en diversos modelos y en diversos colores. Es así también con las creaciones inteligentes — los hijos de Dios en diversos planos de existencia.

De este punto de vista, comprendemos que, cualquiera que sea el número de creaciones que Dios pueda llamar a la existencia, no habrá ningún objeto de celos entre ellas, porque cada una será perfecta en su propio plano y en su propia esfera, plenamente satisfecha de su propia condición y lo preferirá realmente a cualquier otra; lo mismo que un pez está satisfecho de ser pez más bien que pájaro, de igual modo que el pájaro está satisfecho con su naturaleza; así, el género humano cuando se restablezca a la perfección humana en condiciones edénicas, estará absolutamente satisfecho con estas condiciones, de modo que no ansiará la posición del ángel de cualquier grado o estado, como tampoco la más elevada de todas las naturalezas, la que será concedida a la Nueva Creación, a saber, la “naturaleza divina” (2 Ped. 1:4). Los ángeles tampoco ansiarán la naturaleza y las condiciones de los querubines y de los serafines o del hombre, ni aun de la naturaleza divina. Todos ellos al fin, comprenderán que la naturaleza divina es la más elevada de todas, que tiene cualidades y condiciones que sobrepasan a las de todas las demás naturalezas. Sin embargo, Dios arregló las cosas de tal modo que cada naturaleza estará de acuerdo totalmente con sus propias condiciones, su medio y su perfección,

que cada uno estará satisfecho con su propio estado.

Cuando Jehová Dios tuvo a la vista la Nueva Creación — participantes de la naturaleza divina (2 Ped. 1:4), participantes de su propia “gloria, honra e inmortalidad” (Rom. 2:7) — él determinó que ninguno podría acceder a una posición tan elevada y ser probado *luego*, sino que al contrario quienquiera que fuera llamado para formar parte de esta Nueva Creación debería aguantar primero la prueba, dar pruebas de su lealtad al Creador y a los principios de su gobierno justo, absolutamente antes de ser exaltado a esta posición elevada, a esta Nueva Creación de la naturaleza divina. Acabamos de ver que la puesta a prueba del hombre, su examen para determinar si es digno de gozar de la vida eterna, ha sido preparada: la perfección en la cual fue creado al principio, su caída, su redención, su levantamiento y el restablecimiento de todos los miembros de su raza que se encontrarán dignos. Acabamos de ver también que los ángeles fueron creados en la santidad y en la perfección de su naturaleza y puestos a prueba y probados *más tarde*, pero es evidente que no convendría un arreglo igual con respecto a las Nuevas Criaturas de la naturaleza divina (es decir, su creación a la perfección de esta naturaleza, ordenada de su puesta a prueba *subsiguiente*). ¿Por qué? Porque un elemento más importante de la naturaleza divina es la inmortalidad; cuando logramos comprender que este término significa una condición a prueba de muerte,* podemos ver de inmediato que de haber creado a cualquier ser en el plano divino, inmortal, a prueba de muerte para probarlo luego, habría significado que todos los que no habrían alcanzado el nivel exigido de lealtad absoluta hacia Dios, habrían sido unos transgresores inmortales e indestructibles. Su existencia perpetua a través de la eternidad, como transgresores, pecadores, habría resultado en tantas manchas, imperfecciones en la bella creación del universo tal como Dios ideó que se hiciera finalmente. Discernimos entonces la sabiduría profunda del plan que Dios adoptó tocante a esta clase más altamente favorecida de todas sus criaturas,

* Véase Vol. V, p. 389 (en inglés).

poniéndola a prueba de una manera estricta, crucial, mientras es todavía mortal, una creación de naturaleza mortal.

Si, en mente, nosotros nos acercamos al gran Creador, como sus amigos íntimos, y que ponderamos la filosofía del arreglo divino concerniente a esta Nueva Creación, podemos imaginar a Jehová Dios interrogándose así respecto a esta clase: ¿A qué clase de hijos de Dios voy a ofrecer este privilegio eminente de transformarlos a esta orden, en esta clase suprema de mis criaturas? Cada orden ya está a mi imagen: hombre, ángeles, querubines, serafines y el arcángel; todos ellos estarán extraordinariamente felices cada uno en su propia perfección y en su estado cuando mi plan haya alcanzado su punto culminante y cuando todas las pruebas se hayan acabado. ¿Pero a quiénes de entre ellos ofreceré la más elevada de las bendiciones y ocasiones favorables, las de “participar en la naturaleza divina”? Naturalmente, según nuestra suposición, el Hijo Unigénito es el que vino inmediatamente al pensamiento del Padre, como el que ya era el más alto puesto, el jefe de todas las miríadas que venían inmediatamente después de él; el dios, el poderoso por el que había creado todas las cosas y que, en los menores detalles, había manifestado su fidelidad y su lealtad a su Padre y Creador. A él, el primero, por consiguiente, se le ofrecerá la ocasión de alcanzar la naturaleza divina, su gloria, su honra y su inmortalidad. “En él habita toda la plenitud” (Col 1:18, 19). Ya tenía la preeminencia, sobre todos los demás, y habiéndola empleado con fidelidad, era naturalmente primero en el orden para recibir los honores y las dignidades más elevados cualesquiera que fueran que tenía el Padre para dar. Se le dará al que tiene, y estará en abundancia: la fidelidad tendrá su recompensa aun si esto significa para el fiel la sujeción a pruebas, experiencias y disciplinas más cruciales. Aunque siendo su hijo, el más fiel y el más dedicado de todos los hijos, no se le podía conceder una parte de esta naturaleza divina a menos que, en primer lugar, su fe y su lealtad no fueran sometidas a la prueba más crucial.

Este esbozo de la Nueva Creación, la elección del Unigénito para hacerse la cabeza y el jefe — sometido a pruebas, a disciplinas, a humillaciones y a otras experiencias necesarias para

demostrar su dignidad — todo esto ya había sido determinado en el consejo divino antes de que el hombre fuera creado. Dios previó la caída de su creación humana; había decidido que la sentencia sería la muerte; había previsto imponer como prueba a su Unigénito, de nombrarlo, de su propio consentimiento, el Redentor de la humanidad, y por un sacrificio tan inmenso que esto implicaba, de manifestar su lealtad al Padre y su fe en él. Así, en el plan divino, él era “el Cordero degollado antes de la fundación del mundo”. Desde este punto de vista, discernimos que lejos de ser forzado a ser el redentor del hombre (lejos para el Padre de ser injusto hacia su Hijo en tal exigencia), el Padre lo preparaba para la suma exaltación — bien por encima de los ángeles, principados, potestades y de todo nombre que se pueda nombrar, compartiendo a la vez su propia naturaleza y su trono. —Heb. 1:4; Ef. 1:21.

Considerándolo desde este ángulo, no nos asombramos que el Apóstol habla de nuestro Señor como el que se encarga de ser nuestro Redentor “a causa de la alegría que era delante de él” (Heb. 12:2). Esta alegría no era simplemente la perspectiva de ocupar la posición más elevada en la Nueva Creación, por encima de todas las demás creaciones, sino que podemos razonablemente suponer que esto formaba parte de dicha alegría. Sin embargo, observamos que en la oración que nuestro Redentor hizo al Padre, mientras pasaba a través de las pruebas, no hizo alusión (lo que manifestaba una modestia notable) a la gran dignidad, la gloria y la inmortalidad que se le había prometido y que esperaba. Al contrario, en una sencillez noble y con humildad, él pidió sólo recibir la posición que ocupaba anteriormente como si estimara suficientemente honorable de haber sido escogido por el Padre para ser su agente en el cumplimiento de los otros rasgos importantes del plan divino, como ya había sido el agente honrado en la creación de todas las cosas que fueron hechas (Juan 1:3). Sus palabras simples fueron: “Glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.” (Juan 17:5). Pero la respuesta del Padre estaba llena de significado cuando dijo: “Te glorifiqué [honré] y te glorificaré [honraré] de nuevo.” —Juan 12:28 [MS del Vaticano].

Además, el Padre decidió que la Nueva Creación no sería formada de un ser único sino que tendría “hermanos” (Heb. 2:17). ¿Quiénes serían estos hermanos? ¿De qué clase serían escogidos? ¿Entre los querubines? ¿Entre los serafines? ¿Entre los ángeles? ¿O entre los hombres? De cualquier clase de donde serían escogidos, deberían someterse precisamente a las mismas pruebas exigidas al Unigénito y por la misma razón puedan participar en su gloria, en su honra y en su inmortalidad. La prueba a la cual estuvo sometido era la de la obediencia “aun hasta la muerte” (Fil. 2:8); todos los que quisieran participar con él, como Nuevas Criaturas, en la naturaleza divina, deberían compartir las mismas pruebas, los mismos sufrimientos y las mismas experiencias, y probar su fidelidad hasta la *muerte*. Si la oferta hubiese sido hecha a los miembros de una de las clases o naturalezas angélicas, habría requerido un programa divino diferente del que ahora vemos en curso de cumplimiento. Vimos que los santos ángeles habían recibido su experiencia y su conocimiento por la observación más bien que por el contacto directo con el pecado y la muerte; y suponer que, entre los ángeles, existe una condición tal que algunos de ellos pudiesen morir, implicaría que existía entre los ángeles una condición de pecado real (persecución del uno al otro, etc.) de naturaleza que determina condiciones semejantes a la muerte. O sea, esto implicaría que algunos de los ángeles deberían hacer como lo hizo nuestro Señor Jesús, abandonar su naturaleza superior y hacerse como hombres “para sufrir la muerte”. Dios no adoptó este plan, ya que, según su intención, el pecado y su castigo, la muerte, debían ser experimentados por el género humano, por eso, decidió escoger el resto de la Nueva Creación entre los hombres. De este modo, no sólo la prueba del Unigénito por sí sola se encontraría vinculada a la humanidad, y el pecado y la muerte que prevalecería entre los hombres, sino que todavía todos los que serían sus coherederos en la Nueva Naturaleza tendrían ocasiones semejantes y favorables, experiencias y pruebas. Por eso, el Unigénito, llamado Jesús, luego más tarde Cristo, es decir Ungido, sería un modelo, un ejemplo que los otros miembros de la Nueva Creación tendrían que seguir, que todos serían invitados a

conformarse a la semejanza de su carácter, a hacerse “copias de la imagen de Su Hijo” (Rom. 8:29 — *Diaglott*). En esto, como en todas sus facetas, discernimos una manifestación de economía en los diversos rasgos del plan divino: la operación del pecado y de la muerte en un solo campo de actividad sería suficiente; se probaría ser no sólo una gran lección y una prueba para los hombres, y una gran lección práctica para los ángeles, sino que sería una prueba crucial para los que fueran considerados dignos de tener una parte en la Nueva Creación.

El hecho de que los escritos del Nuevo Testamento (las enseñanzas de Jesús y de los apóstoles) se dirigen a esta clase de “Nuevas Criaturas”, o a los que estudian con cuidado los grados necesarios de fe y de obediencia para colocarlos entre esta clase, indujo a muchos a suponer, contrariamente a las Escrituras, que las intenciones de Dios son las mismas para todos los humanos. De este hecho, ellos no vieron que el llamamiento de la actual Edad Evangélica fue especialmente anunciado como un “supremo llamamiento”, un “llamamiento celestial” (Fil. 3:14; Heb. 3:1). La incapacidad de reconocer que Dios tenía, y que todavía tiene, un plan de salvación para el mundo entero, y un plan diferente de salvación especial para la Iglesia de esta Edad Evangélica, condujo a una confusión de mente entre algunos comentaristas que no discernían la diferencia entre la clase elegida y sus bendiciones, y la clase mucho más numerosa de los no elegidos y de las futuras bendiciones que ella recibirá a través de los elegidos, al debido tiempo. Ellos supusieron que el plan de Dios terminará cuando finalice la elección, en lugar de comprender que será solamente entonces el comienzo tocante a la naturaleza humana y a la salvación de restauración para el mundo entero — para los que quieran recibirlo aceptando las condiciones del Señor.

Esta incertidumbre de pensamiento y esta incapacidad de reconocer la diferencia entre ambas salvaciones — la de la Iglesia a una nueva naturaleza (la naturaleza divina), y la del mundo por la restauración a la plena perfección de la naturaleza humana — trajeron una gran confusión, una mezcla en la mente de estos instructores a propósito de los pasajes bíblicos concernientes a

estas dos salvaciones, de modo que hablan de los salvos unas veces con un punto de vista, y otras veces con otro. Algunos hablan de esos como seres espirituales y, sin embargo, confunden a estos seres espirituales en gloria, honra e inmortalidad con seres humanos, y ellos los imaginan como si tuvieran carne, huesos, etc. en la condición espiritual. Otros concentran su pensamiento en la restauración humana e imaginan una tierra paradisíaca recobrada donde el Señor y los santos moran en lo que llaman cuerpos espirituales sin discernir el verdadero sentido del término “espiritual”. Ellos deberían saber en efecto que si un cuerpo espiritual es adaptado a una condición espiritual, sería estorbado por las condiciones carnales o por los elementos carnales; así que el cuerpo humano o terrestre es un cuerpo bien adaptado a las condiciones terrestres; si, cualquiera que sea el grado, éste fuera espiritualizado, sería una monstruosidad incompatible con la intención divina y la naturaleza humana.

Podemos captar claramente la belleza y la simetría del plan divino sólo al reconocer la Nueva Creación, al discernir que sus miembros en perspectiva son llamados por Dios para ser separados, distintos de la naturaleza humana, que existe un “llamamiento celestial” o un “llamamiento superior”, y que no sólo tienen que hacer firmes su propia vocación y elección, sino que además tienen que hacer, con respecto a la familia humana de la cual son escogidos, un doble trabajo: (1) Deben ser agentes de Dios para reunir a la clase elegida dando su testimonio al mundo como miembros del sacerdocio de la propiciación, sufriendo por parte del mundo a causa de su fidelidad y de la ceguera de los hombres; (2) Con su Señor y Jefe, ellos constituirán un sacerdocio divino, real y espiritual, al cual serán confiados los intereses y los asuntos del mundo con vistas al enderezamiento y al levantamiento de cada miembro obediente de su raza; ellos serán el Mediador entre Dios y el hombre, y establecerán entre los hombres un reino de justicia conforme al programa divino para la instrucción y la restauración del hombre.

Comprenderemos fácilmente que ninguna otra clase de seres no está designada para responder a la intención divina de gobernar

y de bendecir al mundo. Formando parte del género humano, “hijos de ira, lo mismo que los demás”, ellos, debido a su origen, deben conocer bien las debilidades, las imperfecciones, las tentaciones y las pruebas a las cuales la naturaleza humana se expone a causa del pecado y las debilidades de su constitución; esto los prepara para el papel de gobernantes moderados y de sacerdotes misericordiosos, lo mismo que su perfección entera en la naturaleza divina los calificará para ser absolutamente justos y bondadosos en todas las decisiones que tomarán como jueces del mundo, en el día del juicio del mundo.*

Esta obra grandiosa e importante de elevar, de gobernar, de bendecir y de juzgar a los humanos y a los ángeles caídos será, como trabajo, especialmente confiada a estas Nuevas Criaturas de naturaleza divina; ningún otro ser en todo el universo no será preparado tanto como ellas para ejecutar este trabajo (para el cual, bajo la dirección divina, son especialmente instruidas y preparadas); sin embargo su misión o trabajo no termina allí. Al contrario, los mil años del reinado milenario constituirán sólo un comienzo de la ejecución de la gloria, de la honra y de la inmortalidad de estas Nuevas Criaturas. Al fin de este reinado, cuando el Reino sea entregado a “Dios el Padre” y a los hombres como los agentes glorificados del Padre para gobernar la tierra, un campo de acción aun más vasto se abrirá delante de la Nueva Creación. ¿No está escrito que el Padre Celestial no sólo le dio a su Hijo una participación en su propia naturaleza divina, sino también una parte de su trono con él, y que el Hijo se sentó con el Padre en su trono? (Apoc. 3:21). Y aun si, en un sentido, él deja esta posición oficial durante la Edad milenaria con el fin de administrar especialmente los asuntos del dominio terrestre que adquirió, esto no significa de ninguna manera que cuando haya terminado completamente la obra que el Padre le dio a hacer, que sea menos glorioso u ocupa una posición menos digna que la que le fue atribuida cuando, después de haber pagado por su sacrificio, el salario del pecado, ascendió al cielo.

* Véase Vol. 1, Cap. VIII — El Día del Juicio.

La Nueva Creación

Nosotros desconocemos cuáles grandes obras para el futuro el Creador puede proyectar para su Hijo amado y unigénito que “constituyó heredero de todo”, pero tenemos de nuestro mismo Maestro la promesa que nos hizo que cuando seamos glorificados, seremos semejantes a él, y le veremos tal como es, que compartiremos su gloria y que “así estaremos siempre con el Señor”. Cualesquiera que sean las futuras actividades reservadas para el Unigénito como “el heredero de todo”, estaremos con él, tendremos parte en su obra, en su gloria, como tendremos también parte en su naturaleza. Lo que precede se funda en las declaraciones de la Palabra escrita de Dios. Sin embargo, no puede ser sacrílego para nosotros consultar el libro de la naturaleza a la luz del plan divino y, empleando la Palabra divina como telescopio, discernir que no es en vano que diversos planetas (o mundos) alrededor de nosotros, en toda dirección, están en formación. Pasará que, en un tiempo u otro, otras creaciones se producirán allí. Cuando este tiempo tenga lugar, el que fue primero en todo continuará teniendo la preeminencia, siendo el jefe, el director de todas las fuerzas divinas. No necesitamos esperar una repetición, en otros planetas, de las experiencias del pecado hechas en nuestro mundo, la tierra; al contrario, estamos asegurados que el espectáculo único de la maldad excesiva del pecado y sus resultados terribles, podrá ser utilizado y lo será por el Señor como una lección perpetua al mismo provecho para los seres que todavía hay que crear en otros mundos y que aprenderán por observación y por instrucción en lugar de aprender por experiencia.

Cuando Satanás, todos sus emisarios y todas las malas y perniciosas influencias hayan sido destruidas; cuando la Iglesia glorificada hecha sabia por la experiencia, instruya estas criaturas perfectas de otros mundos, tal vez con la cooperación de instructores tomados de esta tierra, y ricos en un conocimiento y en una experiencia adquiridos por el contacto personal con el pecado y gracias a la obra de rehabilitación y gracias a la bendición del Señor, ¡cuán sabios se harán estos seres en relación con el bien y el mal y sus recompensas respectivas! Sus instructores serán capaces de enseñarles las particularidades de la gran rebelión de Satanás,

de aquél que engañó de gran manera la humanidad, de la caída terrible de la humanidad en el pecado y la miseria, de la gran redención, de la alta recompensa atribuida al Redentor y a sus coherederos, de los privilegios benditos de la restauración concedidos a los humanos. Esos aprenderán de ellos que todo esto debe servir como lecciones y ejemplos para toda la creación de Dios y para siempre. Todas estas instrucciones deberían ser totalmente poderosas para impedir que estas criaturas pequen, y para enseñarles la necesidad de desarrollar un carácter de acuerdo con la ley divina de amor.

Como ya ha sido demostrado,* la obra de estas “Nuevas Criaturas”, actualmente, reviste un aspecto doble. Su engendramiento del Espíritu Santo hace de ellas sacerdotes, pero es sólo su entendimiento que se engendra; el cuerpo todavía es de la tierra, terrestre y como dijo el Apóstol: “Tenemos este tesoro [la nueva naturaleza] en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Cor. 4:7). La mente (o voluntad) recientemente engendrada, es todo lo que hay ahora para representar la nueva naturaleza y es todo lo que habrá hasta la Primera Resurrección donde esta nueva voluntad, desarrollada en carácter, será provista con un cuerpo conveniente, un cuerpo celestial, un cuerpo espiritual perfecto y completo, en armonía absoluta con la voluntad divina. Mientras tanto el poder divino, el Espíritu Santo, opera en nuestra mente y hace de nosotros “Nuevas Criaturas”, sacerdotes; ella nos conduce hacia el sacrificio y nos da a entender que nuestros intereses humanos naturales, las ambiciones del hombre natural, las preferencias del hombre natural, etc., son las cosas que conviene sacrificar cada vez que se oponen en algún grado, a las aspiraciones y las condiciones preparadas por Dios para las “Nuevas Criaturas”. Así es como la victoria de la Nueva Criatura se obtiene al precio del sacrificio de su propia naturaleza humana y esta victoria glorifica a Dios así como su poder de crear en nosotros “el querer como el hacer” por medio de sus promesas; él no podría ser glorificado igualmente si todas

* Véase *Sombras del Tabernáculo*, pp. 17-20.

nuestras condiciones naturales se pusieran de acuerdo a sus exigencias hasta el punto de que ningún sacrificio no sería necesario. Lo mismo que la fe, la consagración y el sacrificio de las “Nuevas Criaturas” en la vida presente responden a, (o corresponden a), y eran tipificados por, el sacerdocio aarónico de Israel y sus sacrificios típicos, así, explica el Apóstol, el futuro sacerdocio de estas Nuevas Criaturas es representado o tipificado por el glorioso sacerdocio de Melquisedec.

Melquisedec no era un sacerdote que ofrecía sacrificios en vestido de lino; era un sacerdote que era al mismo tiempo un rey, “un sacerdote sobre su trono”. Como tal, su posición en el tipo era más elevada que aquella de Aarón, porque Aarón era hijo de Abrahán, y Abrahán, por muy grande que fuera, le pagó el diezmo a Melquisedec que le bendijo. Esto tipifica, como lo explica el Apóstol, que el subsacerdocio de sacrificio representa un plano (o condición) inferior al sumo sacerdocio de realeza, de gloria y de honra. Melquisedec tipificaba por lo tanto estas Nuevas Criaturas en la gloriosa obra del Reino milenario (Cristo, — Cabeza — su jefe y ellos considerados como miembros de su cuerpo). Para estas Nuevas Criaturas, la fase sacrificatoria de su obra será totalmente cerrada, mientras que todas ellas habrán comenzado a reinar, a gobernar, a bendecir y a ayudar, el aspecto del poder real, soberano, educador, habrá comenzado. Ellas serán completamente competentes en lo sucesivo para realizar la promesa divina, a saber, que “todas las familias de la tierra serán bendecidas” por ellas, como agentes de Dios por quienes todos los que lo desean puedan volver en armonía completa con el Creador y con sus leyes. —Gén. 22:18; Gál. 3:16, 29.

Todas las diversas figuras por las cuales el Señor simboliza la relación íntima entre su Unigénito, el Salvador, y la Iglesia elegida, llamada y preparada para ser “Nuevas Criaturas” y sus asociados en la naturaleza divina, demuestran de una manera muy sorprendente la afinidad, la intimidad, la unidad que existirá entre ellos. Suponiendo que el Señor se diera cuenta que sus criaturas humanas y humildes de espíritu, tendrían dificultad para creer que el Creador pueda tener por ellas tal interés y tal amor, infinitos,

hasta el punto de llamarlas a la posición más elevada en toda la creación, después de aquella de su Hijo y después de la suya, encontramos que el tema se presenta en repetidas ocasiones y bajo diferentes figuras. Lo ha hecho apropiado para resolver por completo nuestras preguntas, dudas y temores en cuanto a la fidelidad del Creador concerniente a la autenticidad de este “supremo llamamiento”. Refresquemos la memoria por algunas de estas figuras. En una, nuestro Señor se representa como la “piedra de ángulo” de una pirámide, y la Iglesia elegida como piedras vivas, traídas hacia él, formadas y preparadas en armonía con los rasgos de su carácter, con el fin de que puedan ser miembros con él en el gran edificio piramidal que Dios erige durante esta Edad Evangélica, y que, en la próxima Edad bendecirá al mundo, y por el cual será glorificado durante toda la eternidad.

Esta imagen de una pirámide tiene una relación muy estrecha con la figura del templo, y tenemos la seguridad de que el templo edificado por Salomón era un tipo de aquel templo más grande y espiritual que Dios está construyendo con una sabiduría aun más grande (1 Ped. 2:5). Se nos demuestra que, lo mismo que en el tipo, cada viga y cada piedra tenían su sitio marcado por anticipado y estaban formadas en consecuencia, así es con la Iglesia de la Nueva Creación: sus miembros son especialmente adaptados y preparados con vistas al sitio que tendrán que ocupar en el futuro. Lo mismo que la manera de hacerlo permitió construir el templo típico sin que se oyera “el ruido del martillo”, sin choque, ni golpe, ni ruido, así, bajo la dirección del Arquitecto divino, la Iglesia completa como la Nueva Creación, al fin de esta Edad Evangélica, nacerá de los muertos de igual modo como el Señor, el Jefe de este templo, fue el “primogénito de entre los muertos” — en su resurrección al principio de la Edad. — 1 Reyes 6:7

Recordamos que otra de estas figuras es la del cuerpo humano con sus diversos miembros. Es el apóstol Pablo quien nos demuestra de manera clara y precisa esta ilustración del parentesco estrecho que los elegidos tienen con el Señor, la Cabeza (o Jefe — *Trad.*) de la Iglesia que es su cuerpo (Rom. 12:4, 5; 1 Cor. 12:12). Lo mismo que la cabeza le manda al cuerpo, piensa para él, hace

proyectos para él, vigila sus asuntos y dirige o se sirve del uno o del otro miembro para ayudar a otros, así actúa el Señor en su Iglesia. Él vigila y coloca a los diversos miembros del cuerpo como le gusta; él supervisa los intereses de todos los que procuran “hacer firmes su vocación y su elección”, a tal punto como les asegura esta garantía que mientras queden en esta actitud correcta del corazón en la humildad y la fidelidad, “todas las cosas les ayudan a bien” porque aman a Dios y “son llamados según su propósito”.

Otra figura demostrando el parentesco estrecho entre Cristo y su Iglesia, es la de un capitán y sus soldados; otra, la del pastor y sus ovejas; aunque todas estas figuras nos aportan indicaciones preciosas respecto al parentesco sagrado del jefe de la Nueva Creación con sus hermanos, la Iglesia, no hay tal vez una que destaque mejor el interés y el amor que el Maestro lleva por nosotros sino la del Esposo y de la Esposa. ¡Es un Esposo noble en efecto que el Unigénito por todos aquellos cuyos ojos de entendimiento están abiertos para contemplar la grandeza de su carácter y de su fidelidad! El sentimiento que la Iglesia, que es su cuerpo, siente hacia él ha sido expresado bien de manera profética: “Él se distingue entre diez mil y toda su persona está llena de encanto.” El Apóstol emplea esta figura y, dirigiéndose a la Iglesia declara: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Cor. 11:2) Él hace alusión aquí a la costumbre judía en el matrimonio, completamente diferente de aquella en uso en nuestros días en toda la “cristiandad”. Hoy, el noviazgo es simplemente un compromiso en el ensayo que se puede cambiar si una u otra de las partes viene a decidir que el compromiso era poco juicioso o poco provechoso; pero el compromiso del matrimonio judío fue intencionado evidentemente del Señor para ser un tipo del compromiso entre Cristo, el Esposo [lit. el Novio — *Trad.*], y la Iglesia, su Esposa [lit. su Novia — *Trad.*]. En la costumbre judía, el noviazgo constituye el matrimonio real; son acompañados de un contrato preciso, ordinariamente por escrito, en el cual los representantes del novio y de la novia se ponen de acuerdo sobre la dote, etc.; el asunto se

hace absolutamente obligatorio sobre el campo, aunque sea la costumbre de volver a poner el festín de boda y la unión efectiva cerca de un año más tarde. Así son promesas (o contratos) intercambiadas entre el Señor, el novio celestial, y los que son aceptados por él en el noviazgo. Ni de su lado ni del nuestro, no podría ser cuestión de contrato más o menos serio; se trata al contrario de una unión real del corazón, de atractivo, de amor, de afecto. Toda anulación de nuestro contrato de pacto sería un asunto grave, y hablando del Esposo, el Apóstol nos asegura que “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tes. 5:24). Por lo tanto, es con nosotros que radica toda la responsabilidad en este asunto.

Al fin de la Edad, nuestro Señor viene como Esposo, para recibir a su novia, pero aceptará sólo a las “vírgenes prudentes”. Las que, después de haber concluido un pacto, se hicieron insensatas en el sentido que vivieron en la despreocupación, no serán consideradas dignas de ser aceptadas; serán ignoradas sobre el capítulo del matrimonio; la puerta les será cerrada como lo demuestra la parábola (Mat. 25:1-12); serán dejadas fuera de los grandes privilegios y las bendiciones de los que hubieran podido gozar si hubieran permanecido fieles. Sin embargo, aunque su infidelidad pueda comprometerlas en el gran tiempo de angustia [o de tribulaciones — *Trad.*] y ocasionarles la pérdida por una parte del Reino y de la naturaleza divina, nos regocijamos que esto no significará para ellas una eternidad de tortura. ¡Gracias a Dios, la luz de Su Palabra se hizo más clara ahora! El hecho “de hacer firmes su vocación y su elección” valdrá de grandes y eternas riquezas de gracias a los de entre nosotros que lo alcancen, y la pérdida misma de tales bendiciones no será un castigo ligero para los que hayan vivido su pacto al abandono y que hayan dejado contaminarse por el mundo y su espíritu.

Para la mayoría, estas “Nuevas Criaturas en Jesucristo” son escogidas del estrato social más humilde más bien que del nivel “superior” de la sociedad, y es por esta razón que el mundo no nos conoce como no le conoció a él. Sin embargo, las Escrituras nos aseguran que el Señor, que mira al corazón y no a la apariencia exterior, aprecia de un grado muy alto a los fieles de esta clase que

ahora son llamados y desarrollados para formar la Nueva Creación. Él nos habla no sólo de la vigilancia divina de sus asuntos, haciendo concurrir juntos todas las cosas para su bien final, sino que hasta explica, en cierta medida, cómo se cumple esta vigilancia de sus intereses: los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” y “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”; además, estos ángeles que guardan su pequeño rebaño siempre tienen acceso al Padre y hasta, figurativamente hablando, no se puede derribar un cabello de la cabeza de los elegidos sin que el Padre sea informado de eso. Esto está de acuerdo completo con estas garantías formales de cuidado divino que la palabra inspirada nos declara: “Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe.” —2 Tim. 2:19; Mal. 3:17.

En relación con nuestro tema, consideramos que la Nueva Creación, a causa de su llamamiento a una novedad de vida, recibe del Señor la instrucción siguiente: “Os es necesario nacer de nuevo.” Aquí, el nacimiento natural de las criaturas terrestres de la naturaleza humana sugiere a nuestra mente la idea de un nuevo nacimiento para la Nueva Creación. Antes del nacimiento natural, hay primero un engendramiento ordenado de una gestación. Así es en cuanto a la Nueva Creación: (1) debemos ser engendrados por la Palabra y el Espíritu de Dios; (2) debemos ser vivificados, activados por el espíritu de la verdad recibida; (3) si el desarrollo progresivo se prosigue, si la Palabra de Dios queda en nosotros rica y abundantemente, no seremos ni estériles [ociosos], ni infructuosos, y más tarde, nosotros alcanzaremos el nacimiento, — una participación en la Primera Resurrección como miembros del cuerpo de Cristo. Respecto a esta resurrección y a este cambio completo de seres humanos naturales y terrestres en seres celestiales y espirituales de la naturaleza divina, hablaremos de eso más tarde.* Por el momento, consideramos más particularmente la pregunta del engendramiento. La Palabra indica claramente que el engendramiento de estos hijos de Dios “no son engendrados de

* Véase Cap. VI.

sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13). El apóstol Pablo también subraya el mismo pensamiento cuando, hablando de la clase elegida de las Nuevas Criaturas, de su Cabeza, Jesucristo y de la honorable condición a la cual han sido llamadas, dice: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.” —Heb. 5:4.

Las Escrituras hacen continuamente una distinción nítida entre estas “Nuevas Criaturas” elegidas y la familia humana en general, pero aquí, podemos dar dos ejemplos pero de manera breve: (1) hablando de la redención del mundo, el Apóstol divide claramente el sacrificio de propiciación en dos partes, una para la Iglesia, la otra para el mundo entero. Él declara: “Y él es la propiciación por nuestros pecados [los pecados de la Iglesia]; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” (1 Juan 2:2). (2) El mismo Apóstol establece una distinción entre las pruebas y las dificultades que conoce la Iglesia en la vida presente y las del mundo, y también entre la esperanza de la Iglesia elegida y la del mundo. Él dice: “También nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” — del cuerpo único, la Iglesia, y Cristo es su Cabeza y cuya liberación se promete en el momento de la Primera Resurrección en su segundo advenimiento (Romanos 8:23). No gemimos de la misma manera que el mundo, porque recibimos del Señor y por nuestro engendramiento de su espíritu lo que neutraliza el efecto de las decepciones, pruebas y de las dificultades del tiempo presente, a saber, las gloriosas esperanzas y las gloriosas promesas que son un ancla de nuestras almas, penetrando “aun hasta dentro del velo”. En nuestras diversas dificultades y pruebas, no somos afligidos como los que no tienen esperanza. Respecto al mismo tema, el Apóstol, hablando del mundo y de su esperanza, declara: “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.” Los humanos sólo tienen muy pocas cosas para vendar o mejorar las heridas, los golpes, los dolores que forman parte de este tiempo de alumbramiento en el cual aprenden simplemente

cuán culpable al exceso es el pecado y cuán graves son sus consecuencias: la vida moribunda y la muerte. Sin embargo, más allá de la esperanza del mundo, como dijo el Apóstol, la creación “espera la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:19, 22). Los hombres no esperan y no guardan la esperanza de formar parte de los hijos de Dios, sino que esperan los beneficios que estos hijos de la Nueva Creación, investidos de gloria y de poder del Reino milenario, traerán a esta tierra según la promesa divina de bendecir a todas las familias de la tierra.

El criterio de la membresía en la Nueva Creación no consistirá en ser un miembro de cualquier organización terrestre, sino de ser unido con el Señor como miembro de su cuerpo místico. Así como lo dice el Apóstol: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). Para ser considerado de toda manera como miembro del Cuerpo de Cristo, es necesario que las cosas viejas, las cosas de la tierra (ambiciones, esperanzas, vanidades, locuras) se desaparezcan de nuestra voluntad, aun si, en cierta medida, pueden hostigarnos por cierta atracción que ejercen sobre nuestra carne. Es la nueva mente [mentalidad — *Trad.*] que el Señor considera como “Nueva Criatura”; es el progreso, el desarrollo de la nueva mentalidad que le interesa y que él promete recompensar.

Las Escrituras nos demuestran claramente que, para quedar en Cristo, es más que el hecho simple de consagrarse. La consagración abre la puerta y nos da la posición, nos da el parentesco, nos da el apoyo y el estímulo de las promesas divinas, y nos pone en medida de cultivar diversos frutos del espíritu y de alcanzar finalmente la gloria celestial con nuestro Señor. No obstante, para conservar esta posición en el cuerpo de Cristo, hay que producir en lo sucesivo frutos, dar pruebas de amor y de devoción, así como el Maestro lo expresó sí mismo en la parábola de la vid, diciendo: “Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto” (Juan 15:2, *La Biblia de la Américas*). Parecería que el hecho de haber sido aceptado por el Señor como Nueva Criatura en Cristo Jesús, desde un cierto número de años, implicaría un crecimiento más o

menos regular en gracia, en conocimiento y en frutos del espíritu. Si fuera de otro modo, perderíamos nuestra posición delante de él y otro tomaría nuestro lugar entre los elegidos, y la corona que, al principio, nos estuvo destinada y puesta de lado sería otorgada a otro que apreciaría más los privilegios que le son ofrecidos, que manifestaría más celo para obtener las cosas gloriosas que Dios prometió a los que le aman, y que estaría más dispuesto por consiguiente a contar las cosas de esta tierra como una pérdida y un desecho con el fin de poder ganar a Cristo — conseguir un puesto en la asamblea ungida. Esta posición en Cristo no sólo es ilustrada por el desarrollo de los frutos del Espíritu, sino que como lo declara el apóstol Pedro: “Porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 1:10, 11). Sin embargo, como lo expresa el apóstol Pablo, esto quiere decir que la nueva mente, la “Nueva Criatura” debe conformarse tan totalmente a la voluntad de Dios, que procurará día tras día “desechar al viejo hombre, sus afecciones y sus deseos”. Porque la Nueva Creación está representada figurativamente como un nuevo hombre — Cristo la Cabeza, la Iglesia, los miembros del cuerpo — que debe crecer y alcanzar — figurativamente — la estatura perfecta de un hombre en Cristo Jesús, cada miembro siendo acabado y completamente desarrollado, no de nuestra propia fuerza en la carne, sino acabado en el que es nuestra Cabeza viva cuya justicia compensa nuestras faltas involuntarias.

La naturaleza humana juzga los asuntos por medio de sus cinco sentidos (la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto) que las Nuevas Criaturas pueden emplear libremente siempre y cuando que tengan la nueva mentalidad en el vaso de barro. Sin embargo, estos sentidos no bastan para la Nueva Creación que necesita otros sentidos para discernir cosas espirituales que no pueden ser ni vistas, ni tocadas, ni probadas, ni oídas, ni sentidas por el organismo humano. Este hueco el Señor remedió por su Espíritu como lo explica el Apóstol: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no

las puede entender, porque se han de *discernir espiritualmente*”. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre [por cualquier otro sentido o facultad de percepción], son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios *nos las reveló a nosotros* [a la Nueva Creación] por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”. — 1 Cor. 2:9, 10, 14.

Este sentido espiritual puede ser llamado el *sexto* sentido de estos engendrados de la Nueva Creación; estos últimos pueden ser considerados también como tener una serie completa de sentidos espirituales — cinco sentidos suplementarios correspondiendo a sus sentidos terrestres. Gradualmente, “los *ojos* de su entendimiento” se abren, y cada vez más, a las cosas que el ojo natural no puede ver. Por grados, *el oído* de la fe aumenta hasta que cada una de las promesas de la Palabra divina se haga poderosa y significativa. Con el tiempo, ellos llegan a *tocar* el Señor y sus poderes invisibles; poco a poco ellos *gustan* cuán bueno es el Señor; después de un tiempo, ellos llegan a apreciar estos sacrificios y estas oraciones—inciensos que son de *olor* agradable al Señor. Pero lo mismo que los sentidos naturales pueden ser cultivados, así son los sentidos espirituales; su cultura (o por lo menos los esfuerzos hechos para alcanzarlos) pone de manifiesto las señales que marcan nuestra elevación en gracia (nuestro crecimiento como Nuevas Criaturas embrionarias hasta el nacimiento en la resurrección) hasta la perfección de nosotros mismos nuevos en la gloria, la honra y la inmortalidad de la naturaleza divina.

¿QUÉ NOMBRE SE LE DARÁ A LA NUEVA CREACIÓN?

Desde cierto punto de vista, es una pregunta rara, una pregunta extraña. Cuando consideramos que la Iglesia es la esposa del Señor, comprometida a él como Esposa, parece extraño preguntar cuál nombre llevará ella. Es cierto que ningún nombre puede convenir mejor a la Esposa que el de su Esposo. El mismo hecho de proponer otro nombre que ése implica que se hace una idea falsa del parentesco que une al Señor con sus consagrados,

con “los miembros de su cuerpo”, con “la desposada, la esposa del Cordero”. El nombre que da la Escritura parece completamente suficiente, a saber: la *Ecclesia*, es decir, el Cuerpo, la Iglesia de Cristo. Si se desea otra denominación, las Escrituras la proporcionan por la expresión: “La *Ecclesia* de Cristo” o la Iglesia de Cristo, “La *Ecclesia* de Dios” o la Iglesia de Dios (Rom. 16:16; Hechos 20:28). Ambos nombres son sinónimos, porque nuestro Señor y el Padre tienen un solo y único interés en nosotros. Lo mismo que la Iglesia es el cuerpo de Cristo del cual él es la Cabeza, así la Iglesia entera, la Cabeza y el Cuerpo, es la asamblea, o el grupo o los ungidos del Padre, por la que le gusta cumplir todas las partes importantes, grandiosas y maravillosas de su obra redentora ya esbozada en las promesas muy grandes y preciosas de su Palabra. Además, el Apóstol precisa la denominación designando a los fieles como “la Iglesia del Dios vivo” como si quisiera así poner en contraste esta Iglesia, cuerpo o agrupamiento del cual Cristo es el jefe con otros cuerpos, agrupamientos o sistemas religiosos que no reconocen apropiadamente al verdadero Dios y que el verdadero Dios no reconoce tampoco como su *Ecclesia* o Iglesia.

La tendencia de emplear otras denominaciones que aquellas que nos dieron el Señor y los apóstoles, se ha manifestado desde el período de la Iglesia primitiva. Igualmente como en nuestros días algunos están dispuestos a decir: “Soy de Lutero”, “soy de Calvino”, “soy de Wesley”, o “soy de Knox” todos ellos pretendiendo ser de Cristo, así vemos que la misma disposición se manifestaba en la Iglesia primitiva así como lo demuestra el Apóstol en su carta a los Corintios (1 Cor. 3:4-6). El espíritu partidario o sectario se había declarado entre los hermanos de Corinto, quienes, no satisfechos con los nombres de Cristo y de Dios estaban procurando añadir a eso algo, llamándose cristianos de Pablo, cristianos de Pedro y cristianos de Apolos. El Apóstol, bajo inspiración, censura este espíritu y señala que no es el Espíritu Santo sino el espíritu carnal que incita a dividir al cuerpo y a hacer seguir tal u otro servidor del Señor. La argumentación del Apóstol corresponde también a nuestra época. Su pregunta: “¿Acaso está

dividido Cristo?” vuelve a decir: ¿Hay varios cuerpos de Cristo? ¿Hay varias iglesias de Cristo o una sola? ¿Y si hay sólo una, por qué ella debería estar dividida? “¿Quién pues es Pablo? ¿Quién es Apolos? ¿Quién es Pedro?” Eran simplemente servidores de la Cabeza de la Iglesia quienes él empleó para bendecir a su cuerpo — su Ecclesia. Si ellos se hubieran negado a servir, habría encontrado otros que habrían cumplido el trabajo. Así la alabanza, el honor para todas las bendiciones dispensadas por el ministerio de los apóstoles, pertenece principalmente, especialmente a la Cabeza [o Jefe — *Trad.*] de la Iglesia que se ocupó de esta manera de las necesidades de su cuerpo. Esto no quiere decir que no debemos reconocer y honrar de manera conveniente todos a los que el Señor reconoce y honra, sino que significa que en ningún sentido de la palabra no debemos admitirlos como jefes (o cabezas) de la Iglesia, ni dividir la Iglesia en sectas o partidos (hacer partidarios de diferentes hombres). En la medida en que los apóstoles o cualesquiera servidores del Señor hayan sido empleados por él, no fue para dividir la Iglesia sino al contrario para reunir a los miembros, para unir a diversos creyentes consagrados más firmemente a la sola Cabeza, al solo Señor, por la sola fe y el solo bautismo.

Según nosotros, ¿qué diría el Apóstol si viviera en nuestros días delante de la división actual en tantas denominaciones diversas? Ciertamente, él nos diría que esto indicaba una gran medida de espíritu carnal, una gran medida de espíritu del mundo. Esto no quiere decir que todos los que se encuentran en estos sistemas son carnales y completamente privados del Espíritu del Señor. Sino, en la proporción donde tenemos el Espíritu del Señor, en la proporción donde somos liberados de este espíritu carnal y sus tendencias y su influencia, en la misma proporción nos sentiremos en desacuerdo con las divisiones que nos rodean, bajo diversos nombres sectarios. Según que el Espíritu Santo del Señor aumenta y abunda en nosotros cada vez más, nos conducirá a aceptar cada vez menos otro nombre que aquel de nuestro Señor, hasta que, bajo la dirección del Espíritu, logremos finalmente poder reconocer la Iglesia única, la comunidad única, “la

congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”; y el único medio de ser introducido en esta Iglesia, a saber, por el bautismo, en el cuerpo del Maestro, su Ecclesia, por el bautismo en su muerte que nos une así con él y con todos los demás miembros por el solo Espíritu.

No nos incumbe modificar el sentimiento de toda la cristiandad sobre este tema; es una empresa demasiado difícil para cualquier ser humano. Pero nos incumbe ser fiel personalmente al Esposo. Cada uno de los que pronuncian* el nombre de Cristo debe alejarse de toda iniquidad, de todo lo que es malo en cuanto a su fe personal, en cuanto a su conducta y en cuanto a sus costumbres. No querrá ser conocido bajo otro nombre que el del Esposo, y si se le interroga a propósito de eso, tomará placer de reivindicar su nombre y sólo su nombre — el único nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Obedeciendo al espíritu de esta verdad, seremos separados de todo nombre sectario tanto como de toda institución sectaria, con el fin de que podamos permanecer libres en el Señor. Esto no quiere decir que debemos rechazar a los que tienen el Espíritu del Señor pero permanecen relacionados con sistemas sectarios. Al contrario, si el Señor dice: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”, debemos reconocer que estas palabras implican que algunos de sus hijos se encuentran en Babilonia, víctimas de concepciones erróneas en cuanto a las instituciones y en cuanto a las denominaciones sectarias. Depende de nosotros de hacer relucir nuestra luz, dejando todo al Señor en cuanto a los resultados.

No sólo desaprobamos la adopción de toda denominación de hombre, sino que desaprobamos también todo nombre que sea o que pueda hacerse un nombre sectario o partidario cuyo efecto sería de separar a ciertos hijos de Dios de los otros que también son los suyos. Queremos evitar emplear en un sentido especial las denominaciones “Iglesia cristiana” o “Iglesia de Dios”, como las empleamos para identificar confesiones y comuniones particulares

* 2 Tim. 2:19 (véase nota de Darby — Trad.)

entre el pueblo de Dios. Queremos emplear más bien *todos* los diversos *nombres bíblicos* y responder a estos nombres por tales como: Discípulos, Iglesia de Dios, Iglesia de Cristo, Iglesia del Dios vivo, Iglesia de Corinto [que se encuentra en Corinto — *Trad.*] Iglesia de Allegheny, etc... No podemos evitar que muchos nos comprendan mal respecto a este tema, y no debemos ofendernos si, en cierta medida, ellos nos aplican nombramientos particulares según las costumbres en uso entre los cristianos. Pueden por ejemplo llamarnos “Restitucionalistas”, o “Auroristas”, o “la gente de la Torre del Vigía”, etc. Nosotros mismos no debemos *reconocer* ninguno de estos nombres en el sentido de aplicarlos a nosotros; no obstante, el espíritu de dulzura, de paciencia, de paz y de amor nos impedirá tomar umbría si se nos aplica tales nombres, pero se nos hará suponer en toda caridad que sea sin mala intención, o por lo menos, sin maldad; deberemos responder a estas denominaciones con benevolencia y no de manera combativa; nosotros daremos a entender que comprendemos que están refiriéndose a nosotros y, tan brevemente y tan amablemente como posible, indicaremos que preferimos no reconocer ningún nombre sectario o partidario, sino insistir en el nombre de cristiano, en su sentido más ancho y más completo, el de no tener otro Jefe [o Cabeza — *Trad.*] que nuestro Señor Jesucristo, y de no reconocer a ninguna otra organización que aquella que él estableció, la única Iglesia del Dios vivo, la Ecclesia o el Cuerpo de Cristo, donde los nombres de los miembros están inscritos en los cielos.

ESTUDIO III

EL LLAMAMIENTO DE LA NUEVA CREACIÓN

SÓLO LOS “LLAMADOS” SON ELEGIBLES — CUANDO COMENZÓ ESTE LLAMAMIENTO DE LA “GRAN SALVACIÓN” — UN LLAMAMIENTO AL ARREPENTIMIENTO NO ES UN LLAMAMIENTO A LA NATURALEZA DIVINA — EL LLAMAMIENTO JUDAICO — EL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO — POR QUÉ NO HAY MUCHOS “GRANDES”, “SABIOS”, O “PODEROSOS” QUE SON LLAMADOS — LA EXALTACIÓN, LA RECOMPENSA POR LA HUMILDAD VERDADERA — EL CARÁCTER ES UNA CONDICIÓN DEL LLAMAMIENTO — DURANTE EL MILENIO EL MUNDO NO SERÁ LLAMADO, SINO RECIBIRÁ ÓRDENES — EL TIEMPO DEL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO ES LIMITADO — LA NUEVA CREACIÓN LLAMADA O ATRAÍDA POR EL PADRE — CRISTO NUESTRA SABIDURÍA — CRISTO NUESTRA JUSTIFICACIÓN — DIFERENCIA ENTRE LA JUSTIFICACIÓN REAL Y LA JUSTIFICACIÓN CONSIDERADA COMO TAL — ¿NECESITA LA JUSTIFICACIÓN LA “NUEVA CREACIÓN”? — LA BASE DE LA JUSTIFICACIÓN — LA JUSTIFICACIÓN DE LOS BENEMÉRITOS DE LA ANTIGÜEDAD DIFIERE DE LA NUESTRA — LA JUSTIFICACIÓN DURANTE LA EDAD MILENARIA — CRISTO, HECHO SANTIFICACIÓN PARA NOSOTROS — LA SANTIFICACIÓN DURANTE LA EDAD MILENARIA — DOS CONSAGRACIONES DISTINTAS EN LOS TIPOS LEVÍTICOS — NINGUNO DE LOS DOS TENÍA HERENCIA EN LA TIERRA — LA GRAN MULTITUD [O LA GRAN MUCHEDUMBRE - *DARBY*] — DOS PARTES EN LA SANTIFICACIÓN — LA PARTE DEL HOMBRE — LA PARTE DE DIOS — LAS EXPERIENCIAS VARÍAN CON LOS TEMPERAMENTOS — LA SANTIFICACIÓN NO ES PERFECCIÓN NI EMOCIÓN — “EL QUE CURA TODAS TUS DOLENCIAS” — NECESIDAD DEL TRONO DE LA GRACIA — CÓMO LA SANTIFICACIÓN DEBE SEGUIR LA JUSTIFICACIÓN — LA CONSAGRACIÓN DESDE LA CLAUSURA DEL “SUPREMO LLAMAMIENTO” — LA SALVACIÓN O LA LIBERACIÓN DE LA IGLESIA

La ocasión favorable de devenir miembros de la Nueva Creación y de tener parte en sus posibilidades, en sus privilegios, en sus bendiciones y en sus glorias, no fue ofrecida a la humanidad en general, sino simplemente a la clase “llamada”. Esto se expone de una manera muy distinta en las Escrituras. Israel según la carne fue llamado por el Señor para ser su pueblo particular, separado de

otros pueblos o naciones de la tierra, según lo que está escrito: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Amós 3:2). No obstante, el llamamiento de Israel no fue el “supremo llamamiento” o el “llamamiento celestial”; es por eso que no encontramos ninguna alusión a las cosas celestiales en ninguna de las promesas reservadas para este pueblo. Fue llamado para ocupar una posición preparatoria que, finalmente, permitió un resto de esta nación recibir y sacar provecho del supremo llamamiento a la “gran salvación”, “la cual, *habiendo sido anunciada primeramente* por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron” (Heb. 2:3). No está por lo tanto en el Antiguo Testamento sino en el Nuevo que hay que buscar los términos del supremo llamamiento o del llamamiento celestial. Sin embargo, a medida que los ojos de nuestro entendimiento se abren para discernir las “cosas profundas de Dios”, nos es posible discernir en sus tratos y en sus medios providenciales que hizo para Israel, ciertas lecciones típicas útiles para la simiente (o descendencia) espiritual, que ella fue objeto de un llamamiento celestial. Y, como nos hace ver el Apóstol, Israel según la carne y sus leyes y el comportamiento de Dios para con ella, eran también sombras o tipos de las mejores cosas reservadas para los que son llamados a hacerse miembros de la Nueva Creación.

Ya que, en toda cosa, Cristo debería tener la preeminencia en el plan divino, y que así era necesario que fuera el primero, el jefe, el Sumo sacerdote que se haría el líder de esta Nueva Creación de hijos de Dios, el Príncipe de su salvación y su ejemplo, el que serviría de modelo para ellos y de quien podrían seguir sus pisadas, vemos en eso una razón completamente satisfactoria de que los beneméritos de la antigüedad no podían tener ni parte ni lugar en esta Nueva Creación. Las palabras de nuestro Señor respecto a Juan el Bautista lo atestiguan: “De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él” (Mat. 11:11). Y mientras que exalta la fe y la nobleza de carácter de estos hermanos de la dispensación pasada, el Apóstol también declara: “Dios había provisto algo mejor para nosotros, a fin de

que ellos no fueran hechos perfectos sin nosotros” —Heb. 11:40, *La Biblia de las Américas*.

Además, debemos recordar que nadie puede ser llamado mientras queda bajo el efecto de la condena del pecado de Adán. Para ser objeto de este “supremo llamamiento”, es necesario obtener primero la justificación en cuanto a la sentencia adámica. Entonces, esta justificación no podía ser concedida tampoco a Israel según la carne por la sangre de los toros y de los machos cabríos, porque éstos nunca pueden borrar el pecado y eran simplemente tipos de los sacrificios más excelentes que satisfacen efectivamente las exigencias de la Justicia contra nuestra raza. No era posible por lo tanto que el llamamiento pudiera comenzar antes de que nuestro Señor Jesús hubiera pagado* el precio de la redención “nos rescató por su sangre preciosa”. Aun los Apóstoles fueron llamados y aceptados en la Nueva Creación sólo de manera condicional [o tentativa — *Trad.*] hasta que el Redentor hubiera pagado* el precio, hubiera ascendido al cielo y presentado este precio en su favor. Entonces, y solamente entonces, el Padre, en el Día del Pentecostés, reconoció directamente a estos creyentes y les *engendró* de su Espíritu Santo para ser “Nuevas Criaturas”. Es verdad que nuestro Señor les dijo a los Fariseos en el transcurso de su ministerio: “No vine para llamar justos sino a pecadores al arrepentimiento” (Mat. 9:13.). Sin embargo, debemos reconocer que hay una gran diferencia en llamar a los hombres al arrepentimiento y llamarlos al supremo llamamiento de la naturaleza divina y de la herencia con Cristo. A este supremo llamamiento, ningún pecador está convidado; es por eso que es necesario que todos nosotros — que somos “por naturaleza hijos de ira” — seamos justificados primero gratuitamente de toda cosa por la sangre preciosa de Cristo.

Y esto concuerda plenamente con la introducción de la epístola a los Romanos (1:7) dirigida “a todos los que están en Roma, amados de Dios, *llamados a ser santos*” — llamados a ser

* “Dado” — *Edit.* [Véase los *Reprints*, p. 5880 (WT, 1 de abril de 1916) — *Trad.*]

personas santas, participantes de la naturaleza divina, etc. La introducción de la epístola a los Corintios empieza así: “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos [nota de *Darby*: santos por llamamiento (divino)] con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Cor. 1:2). Un poco más lejos (versículo 9.) la exclusividad de este llamamiento se acentúa de nuevo por el nombramiento del autor de nuestro llamamiento: “Fiel es Dios, por el cual fuisteis *llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*”. Esto implica una asociación, una unidad, y, por consiguiente, el pensamiento es que el llamamiento tiene como objetivo encontrar entre los hombres algunos que estén unidos con el Redentor — se hagan “uno” con él — como Nuevas Criaturas, compartiendo con él la gloria, la honra y la inmortalidad que se le otorgan en recompensa por su fidelidad.

Aquí, nosotros nos acordamos de las palabras del Apóstol al efecto que seremos coherederos de Cristo bajo ciertas condiciones solamente, sabiendo que: “si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Rom. 8:17). En el mismo capítulo de la primera epístola a los Corintios (versículo 24) el Apóstol demuestra que el llamamiento de que habla no es en ningún sentido el mismo que antes había sido reservado para los Judíos. Él hasta precisa que no todos son llamados. Él dice: “Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” — mientras que para los judíos no llamados era tropezadero y para los griegos no llamados, una locura. En su carta a los Hebreos (9:14, 15) el Apóstol establece que el llamamiento de esta Edad Evangélica no podía ser promulgada antes de que nuestro Señor se hubiera hecho, por su muerte, el “fiador” del Nuevo Pacto. Él explica: “Por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto [el Pacto de la Ley], los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” —Hebreos 7:22.

HAY MUY POCOS SABIOS, PODEROSOS O NOBLES QUE SON LLAMADOS

Podríamos suponer muy naturalmente que este llamamiento especial, si es cierto que sea restringido, sería reservado para los más distinguidos de la raza caída — para los más nobles, para los más virtuosos, para los más talentosos. Entonces, el Apóstol contradice este pensamiento diciendo: “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Cor. 1:26-29). La explicación por este estado de cosas, el Apóstol la encuentra en la intención divina de procurar que ningún hombre pueda jactarse de haber merecido, de modo cualquiera, las grandes bendiciones de las cuales él es objeto. Todo este asunto está destinado a la vez a los ángeles y al hombre para ilustrar el poder de Dios, que es capaz de transformar los caracteres más bajos y despreciados en caracteres nobles y puros, no por violencia, sino por el poder transformador de la verdad que crea entre los llamados, y gracias a las promesas y a las esperanzas que se les dirigen, queriéndolo y haciéndolo según su buen placer. Este arreglo divino favorecerá no sólo la gloria del Padre sino que además la humildad y el bien eterno de los que él bendecirá. En repetidas ocasiones, a través del Nuevo Testamento, encontramos diversas declaraciones afirmando que este llamamiento y la salvación que contiene no son el resultado ni del hombre, ni de su poder, sino que son debidos únicamente a la gracia de Dios; también no es difícil comprender por qué, en general, el llamamiento es menos atractivo para los nobles que lo es para los que son poco instruidos.

El orgullo es un elemento importante en la naturaleza caída, y hay que tratar con él constantemente. Los que son menos caídos que la mayoría de sus compañeros, que son más nobles por naturaleza que la mitad de sus semejantes, son propensos a darse

cuenta de esta condición y sentir cierta superioridad y enorgullecerse de eso. Éstos, aun si busquen al Señor y aspiren a su bendición y a su favor, serían llevados a esperar a ser recibidos por el Señor en otras bases que sus compañeros más caídos, menos nobles. Sin embargo, Dios exige la *perfección*, y declara que todo lo que no es perfecto está condenado, y todo ser condenado se dirige hacia el mismo Redentor y hacia el mismo sacrificio por los pecados, que haya sufrido mucho o menos de la caída en comparación. Él está bien seguro que tales condiciones de aceptación se hacen más para atraer a los pequeños y a los más caídos de la familia humana más bien que a los más nobles. Los primeros sienten más su necesidad de un Salvador, porque ellos sienten más el peso de sus propias imperfecciones; mientras que los otros, menos degradados, satisfechos de sí mismos hasta cierta medida, no están tan dispuestos a inclinarse delante de la cruz de Cristo, aceptar la justificación como el don gratuito y acercarse, en esta base, y en esta base únicamente, al trono de la gracia celestial para obtener la misericordia y encontrar socorro. Ellos son más propensos a apoyarse en su propio entendimiento y tener este sentimiento de aprobación interior que les impedirá entrar por la puerta estrecha y el camino angosto.

Evidentemente, Dios favorece la humildad de los que invita a hacerse miembros de esta Nueva Creación. ¿No dijo el Apóstol: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo”? (1 Ped. 5:6) Pablo muestra el modelo — Jesucristo — cómo se humilló, no buscando la fama, aceptando una naturaleza que era inferior y sufrió la muerte, hasta la muerte de la cruz, etc.; debido a esta obediencia y a esta humildad, Dios lo enalteció soberanamente. Y Pedro saca la lección: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 Ped. 5:5). Considere su llamamiento, hermanos: no hay muchos sabios, poderosos o nobles, que sean llamados, pero sobre todo los pobres de este mundo, ricos en fe. Si Dios recompensa la humildad, él recompensa también la fe. Él quiere tener como Nuevas Criaturas los que han aprendido a confiarse implícitamente en él, que aceptan su gracia como algo suficiente para sí mismos y los que,

con la fuerza que él les concede, llevan la victoria a la cual los haya llamado.

SIN EMBARGO, EL CARÁCTER ES UNA CONDICIÓN DEL LLAMAMIENTO

Aunque Dios no llame a los sabios, o los poderosos, o los nobles, no hay que concluir que su pueblo sea una pandilla de seres viles o ignorantes, en el sentido más despectivo de una degeneración abyecta. Al contrario, el Señor coloca el ideal más elevado posible delante de aquellos que él llama; son llamados a la santidad, a la pureza, a la fidelidad y a los principios de rectitud; son llamados a apreciar estas cosas en su propio corazón y manifestarlas en su vida a la gloria de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz maravillosa (2 Ped. 1:3; 1 Ped. 2:9). El mundo puede conocerles sólo según la carne, y según la carne, pueden ser no más nobles o refinados que otros (frecuentemente son menos), sino que no es según la carne que son aceptados por el Señor sino según el espíritu, según su mentalidad, sus intenciones, su “corazón”. En consecuencia, a partir del momento en que ellos aceptan la gracia de Dios en Cristo y el perdón de sus pecados, y que se consagran al Señor, son considerados como liberados de las manchas que eran las suyas naturalmente como hijos de Adán, son considerados como si su carne fuera revestida de los méritos [plural en el texto inglés — *Trad.*] de Cristo que esconden todas sus imperfecciones. Es la nueva mentalidad, la nueva voluntad que es la “Nueva Criatura”, aceptada y llamada por Dios, y es sólo ella que entra en consideración.

En verdad, la nueva mentalidad, a medida que se desarrolle, aparecerá como impresión de nobleza, de honorabilidad, de rectitud; gradualmente, ella tomará cada vez más poder y autoridad sobre la carne hasta el punto de que los que no reconocen las Nuevas Criaturas (lo mismo que los que no reconocieron al Señor) podrán asombrarse finalmente de sus buenas obras, su santa vida y su espíritu de dominio propio, aun si a veces atribuyen esta transformación a ciertos móviles despreciables. Sin embargo, a

pesar del crecimiento gradual de la nueva mentalidad cada vez más en armonía con el pensamiento del Señor, nunca será posible para las Nuevas Criaturas de sujetar completamente su cuerpo mortal al cual son atadas, aunque sea su propósito y su esfuerzo de glorificar a Dios en su cuerpo, tanto como en su espíritu, su mentalidad que le pertenecen. —1 Cor. 6:20.

Observemos algunas de estas particularidades y limitaciones concernientes al carácter en la “Nueva Creación”. Dirigiéndose a uno de estos llamados — y, a través de él, a todos los demás — el Apóstol escribe: “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado” (1 Tim. 6:12). Estas Nuevas Criaturas no deben esperar a obtener la victoria y la gran recompensa sin haber combatido el adversario y el pecado que se infiltran tan fácilmente en todas sus asociaciones, tanto como las debilidades de su propia carne, aunque esta última sea cubierta por el mérito de la justicia de Cristo según el Pacto de la Gracia. El mismo Apóstol repite, en otra parte, su exhortación a andar “como es digno de Dios, que os *llamó* a su reino y gloria” (1 Tes. 2:12). La Nueva Criatura no debe reconocer solamente su llamamiento y su recompensa final en el Reino y la gloria; ella debe recordar que, en la vida presente, se hizo una representante de Dios y de su rectitud y que debe procurar andar en armonía con esta rectitud. Así leemos: “Como aquel que os *llamó* es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Ped. 1:15, 16). En la misma epístola (2:9), también podemos leer: “para que anunciéis las virtudes de aquel que os *llamó* de las tinieblas a su luz admirable”.

Los Israelitas según el espíritu de la Nueva Creación no fueron puestos bajo la esclavitud de leyes específicas como lo fueron los Israelitas según la carne, pero bajo la “ley de la libertad”, con el fin de que su amor para el Señor pueda manifestarse, evitando no sólo hacer voluntariamente las cosas consideradas como desaprobadas por el Señor, sino que además sacrificando voluntariamente sus derechos y sus intereses humanos en el servicio de la verdad y de la justicia, para el Señor y para los hermanos. Está de acuerdo con esto que el Apóstol declara: “Pues

no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Tes. 4:7). Él también declara: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne” (Gál. 5:13), como una ocasión para hacer daño: emplee más bien su libertad sacrificando sus derechos actuales por la causa de la verdad y a su servicio, con el fin de que así pueda ser sacerdotes sacrificadores del sacerdocio real que, pronto, reinarán en el Reino de Dios, como coherederos de Cristo para dispensar al mundo las bendiciones divinas.

Numerosos son los pasajes de las Escrituras que indican que el llamamiento de ser “Nuevas Criaturas” es un llamado a la gloria, a la honra y a la inmortalidad (Fil. 3:14; 2 Ped. 1:3; etc.). Pero por todas partes el Señor indica que el camino que conduce a esta gloria es una senda estrecha de pruebas, de sacrificio, con el fin de que sólo los que son engendrados del espíritu, sí, llenados del espíritu, puedan salir victoriosos al fin y alcancen las cosas gloriosas a las cuales han sido llamados. El acceso de este camino ha sido hecho posible para los llamados por el que hizo la promesa: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” —2 Cor. 12:9.

No debemos pensar tampoco que hay diferentes llamamientos, sino recordar que el Apóstol declara (Ef. 4:4): “Fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación.” Por lo tanto, es un error para quienquiera pensar que puede ejercer alguna elección en este asunto. En verdad, en cuanto al mundo en la próxima Edad, no habrá ningún llamamiento: Dios no procurará entonces seleccionar una clase especial separada y distinta de otros con vistas a una posición particular. Durante la Edad milenaria, en lugar de *llamar* al mundo el Señor lo ordenará. Él *exigirá* la obediencia a las leyes y a los principios de justicia, y toda criatura deba rendir obediencia a este gobierno milenario, bajo pena de correcciones para su desobediencia, inclusive la destrucción definitiva del pueblo, como está escrito: “Toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hechos 3:23) — morirá la Segunda Muerte de la cual no hay ninguna esperanza de volver.

No habrá tampoco un segundo llamado durante esta Edad Evangélica aunque, como ya hemos visto, existe una segunda clase de los salvos, escogida durante esta Edad — la Gran Multitud (Apoc. 7:9-14) “la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”. Esta Gran Muchedumbre servirá a Dios en su templo y *delante* del trono en contraste con la Esposa que estará *sobre* el trono y *formará parte* del templo como las piedras vivas. Entonces, los miembros de esta segunda multitud no son el objeto de ningún llamamiento separado y distinto. Podrían haber alcanzado, tan fácilmente y con mucho más satisfacción, las glorias de la naturaleza divina si hubieran obedecido prontamente y de todo corazón. Ellos salen como vencedores a pesar de todo, al fin, así como lo demuestra el hecho de darles palmas; pero su falta de celo les impidió pertenecer a la clase victoriosa. Ellos comprometieron así su coherencia y su gloria eternas como miembros de la Nueva Creación, privándose por lo demás de una buena parte de la alegría, de la paz y de la satisfacción que tienen los vencedores aún en la vida actual. El puesto que alcanzarán, como ya hemos visto, será aparentemente más semejante en muchos aspectos a la condición o al plano de los ángeles.

Otro pensamiento, a propósito de este llamamiento, es que su tiempo es limitado, como lo declara el Apóstol: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.” “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (2 Cor. 6:2; Heb. 3:15). Este día aceptable (o este año aceptable, o este período o época aceptable) comenzó con nuestro Señor Jesús y su consagración. Él fue *llamado*. Él no se atribuyó este honor, y esto ha continuado desde entonces: “nadie toma para sí esta honra” (Heb. 5:4). Temerario sería en efecto el hombre que se arrogaría el derecho a un cambio de la naturaleza humana a la naturaleza divina, que quisiera abandonar su condición como miembro de la familia de Adán y coheredero de su estado de decaimiento, para ser coheredero de Cristo en todas las riquezas, en la gloria y en la honra de las cuales se hizo (en respuesta al llamamiento que se le dirigió) el heredero legítimo a perpetuidad.

La clausura de este llamamiento, o “día de salvación”, o “el tiempo favorable”, vendrá tan ciertamente como comenzó. Un número determinado y positivo fue fijado por Dios para constituir la Nueva Creación; tan pronto como este número sea completo, la obra de la Edad Evangélica será cumplida. También podemos observar que tan pronto como el número previsto haya sido llamado, el llamamiento mismo debe cesar. No sería lógico en efecto por parte de Dios de llamar un solo individuo además de lo que había predestinado, aunque sabía por anticipado cuántos llamados no serían obedientes hasta el final, no harían firmes su vocación y su elección y deberían ser reemplazados en consecuencia por otros. Parece que la lógica exige que el Todopoderoso aun no tenga la apariencia de bromear con sus criaturas hasta el punto de proponer una sola invitación que no sería posible de cumplir si viniera a ser aceptada. Las Escrituras emiten la idea de que para este número limitado, elegido, miembros del Sacerdocio real, ha sido provisto un número correspondiente de coronas. El que acepta el llamado del Señor y se consagra a él en esta base, una de las coronas se pone de lado para él. Por lo tanto, no sería conveniente suponer que el Señor llamara a alguien que, presentándose y aceptando el llamamiento, debería ser informado que no hay ninguna corona disponible todavía para él, sino que él debe esperar hasta que alguien hubiera perdido el derecho a la suya por su infidelidad, para obtenerla. La exhortación del Señor: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” parece implicar no sólo que el número de coronas es limitado, sino que al fin y al cabo, a la conclusión de esta Edad, vendría el tiempo en que los que no vivieron fielmente a la altura de su pacto serían rechazados, y que otros durante este tiempo serían en espera para recibir su corona. —Apoc. 3:11

Según nuestro entendimiento, el llamamiento general a esta coherencia con nuestro Redentor como miembros de la Nueva Creación de Dios, se acabó en 1881. Sin embargo, comprendemos que un gran número de cristianos de todas las diversas denominaciones de la cristiandad (probablemente veinte o treinta mil) que han hecho en aquella época una plena consagración de sí

mismos, no han permanecido fieles a su pacto de sacrificio personal. Uno por uno, una vez acabada su prueba completa, son eliminados, en caso de infidelidad, de la asamblea de los elegidos, para que otros que, entre tanto, se consagraron, no siendo del llamado general, puedan estar plenamente admitidos en esta comunión de Cristo y sus coherederos. Si, a su turno, son encontrados infieles en consecuencia de su prueba, de los mismos son quitados mientras que otros todavía, ya esperando en una actitud de consagración, tomarán su lugar. Dada esta disposición, es evidente que ningún llamado general fue necesario desde 1881. Los que ahora son admitidos pueden así tener este privilegio y esta ocasión favorable sin caer bajo el llamamiento general (o invitación general) que cesó en 1881. Son admitidos a petición y según lo que permite la ocasión para tomar el lugar de los que salen de allí. Esperamos que este vaivén de salidas y de entradas continúe hasta que el último miembro del nuevo orden de creación haya sido encontrado digno, y que todas las coronas hayan sido otorgadas para la eternidad.

El Apóstol declara: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Tes. 5:4). De acuerdo con todos los diversos precedentes de la Escritura, somos llevados a creer que en este tiempo de cosecha de la Edad Evangélica, la atención de todos los consagrados del Señor será atraída por cierto conocimiento de la verdad hacia el plan divino de las edades, la presencia del Hijo del Hombre y la obra de la cosecha. Comprendemos que así, la “verdad presente” constituirá una prueba buena que manifestará las condiciones reales de corazón entre los consagrados actuales, justamente como el mensaje de la presencia de nuestro Señor y la cosecha de la Edad judaica pusieron a prueba al Israel terrestre en el primer advenimiento. Nosotros esperamos en parte que los que, en la actualidad, lleguen a un conocimiento claro de la verdad y den la prueba de la sinceridad de su fe en la sangre preciosa y de una consagración profunda en el servicio del Señor, y a los que se les conceda tener una comprensión clara del plan divino, puedan considerar esto como una prueba de que hayan sido aceptados por

el Señor como herederos en perspectiva con Cristo Jesús, aun si se consagraron después de 1881. Si su consagración se remonta a una fecha más remota, antes de la cesación del llamamiento, podemos deducir de eso que después de un tiempo tan largo ellos alcanzaron la actitud conveniente en el dominio de la consagración y que, por consiguiente, el conocimiento de la verdad presente ha sido concedido como una bendición y una prueba de su comunión de espíritu con el Señor. Si ellos no se encontraron entre el número de consagrados en 1881 o antes, habría que concluir que han sido aceptados en lo sucesivo a asociarse con la clase elegida en sustitución de alguien que haya sido llamado antes, pero que se había manifestado como ausente de celo (no siendo frío ni hirviente, y en consecuencia siendo rechazado). Este último tendrá parte en el tiempo de angustia que se acerca y donde aprenderá por la disciplina y el castigo lecciones preciosas que debería haber aprendido de la Palabra de Dios. A través del tiempo de la gran tribulación, él adquirirá un lugar en la “Gran Multitud” mientras que debería haber alcanzado, de buen grado y con alegría, aunque por la tribulación, un lugar con Cristo en el trono.

CÓMO DIOS LLAMA

“Pero por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” —1 Cor. 1:30.

CRISTO, NUESTRA SABIDURÍA

La sabiduría se da aquí como la primera, y en este sentido como la más importante entre las etapas de la salvación. El testimonio del Sabio está de acuerdo con esto cuando dice: “Lo principal es la sabiduría; adquiere sabiduría, y con todo lo que obtengas adquiere inteligencia” (Prov. 4:7, *La Biblia de las Américas*). Por muy bien dispuestos que podamos ser, si débiles o si fuertes, la sabiduría permanece esencial cada vez que se trata de tomar la línea de conducta decente. Es una cosa generalmente

reconocida entre los hombres, y toda la gente, por poco inteligentes que sean, procuran crecer en conocimiento y en sabiduría; aun los que se meten en caminos más insensatos alcanzan allí en general sendas que, por el momento, no les parecen irrazonables. Fue el caso con Eva, nuestra madre: Ella anhelaba el conocimiento, la sabiduría, y el mismo hecho que el árbol prohibido parecía ser el medio de adquirir esta sabiduría constituyó, para ella, la tentación de desobedecer a su Creador. ¡Cuán necesario es tener un consejero sabio para guiarnos en los caminos llenos del encanto de la sabiduría y por sus sendas de paz!

¡Y si madre Eva, hasta en su perfección, necesitaba a un guía sabio, cuánto más tenemos nosotros necesidad de tal guía, sus hijos caídos e imperfectos! Llamándonos formar parte de la Nueva Creación, nuestro padre Celestial previó todas nuestras necesidades: que nuestra propia sabiduría no bastaría para nosotros, y que la sabiduría del Adversario y sus discípulos engañados se ejercitaría a nuestro perjuicio dejando ver tinieblas lo que es luz y viceversa; es por eso que encontramos en nuestro texto que Cristo debe ser nuestra sabiduría. Aun antes de venir a Dios, aun antes de recibir el mérito de la propiciación, o, por él, de alcanzar la posición de hijos, necesitamos ayuda, guía, sabiduría, de tener los ojos de nuestra comprensión abiertos, con el fin de que podamos discernir lo que Dios ha suministrado por su Hijo.

Entonces, con el fin de tener una oreja atenta a la sabiduría que viene de arriba, un corazón ferviente es necesario. Nosotros debemos poseer una medida de humildad, de otro modo seríamos llevados a considerarnos más que somos, a no reconocer nuestras propias debilidades, manchas e indignidades desde el punto de vista divino. Debemos también poseer cierta cantidad de honradez, o de franqueza, para admitir, reconocer los defectos, que el espíritu humilde discierne. Desde este punto de vista, los que anhelan la justicia y la armonía con Dios, son invitados por los medios providenciales del Señor a considerar a Jesús como el Salvador. Cualquiera que sea la manera imperfecta en la que algunos pueden en primer lugar comprender la filosofía de la reconciliación cumplida a favor de nosotros, deben por lo menos captar el hecho

de que eran “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”, pecadores; que el sacrificio de Cristo fue un sacrificio justo y que Dios lo proporcionó y lo aceptó a nuestro favor, con el fin de que por sus heridas, podamos ser curados y que por su obediencia, podamos ser aceptados por el Padre, nuestros pecados siendo considerados como puestos sobre él y siendo llevados por él, y su justicia y su mérito considerados como aplicables a nosotros, un manto de justicia. Debemos comprender esto, saber que Cristo debe hacerse así para nosotros *sabiduría*, antes de que podamos actuar en todo conocimiento para ser luego, después de haber aceptado de todo corazón su mérito, justificados delante del Padre, aceptados, santificados, entonces más tarde, liberados y glorificados. Sin embargo, Cristo no deja de ser nuestra sabiduría cuando se toma el paso siguiente, y se hace nuestra justificación. No: todavía necesitamos a él como nuestra Sabiduría, nuestro Consejero sabio. Bajo su dirección, necesitamos comprender la sabiduría de hacer una plena consagración y una sabiduría de perseguir esta consagración en una vida de santificación, haciendo la voluntad del Padre. A cada paso que hacemos, la sabiduría es la cosa principal. A través de toda la vida de consagración o de santificación, en todas las etapas del viaje hacia la Ciudad celeste, necesitamos la sabiduría que viene de arriba, la cual, como el apóstol lo expresa: “es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Santiago 3:17). La sabiduría terrestre actúa según el egoísmo, la obstinación, la vanidad, el farisaísmo, la suficiencia, y como lo señala el Apóstol, estas cosas llevan a la envidia amarga y a la disputa, porque esta sabiduría, en lugar de ser de arriba, es “terrenal, animal, diabólica”. La sabiduría celeste, al contrario, está de acuerdo con el carácter divino de amor que “no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad”.

Esta sabiduría actúa también según cierto orden, porque si sea verdad que obra en todas las condiciones que menciona más arriba el apóstol Santiago, sin embargo estas condiciones no revisten una

importancia igual. Mientras que el espíritu de la sabiduría de arriba es apacible, en el sentido que desee la paz y se esfuerce para favorecerla, sin embargo, no coloca la paz en primer lugar sino la pureza — “primeramente pura, después pacífica”. Es la sabiduría terrestre que sugiere la “paz cueste lo que cueste” y recomienda a la conciencia quedarse tranquila para favorecer una paz egoísta. La sabiduría que es pura, simple, sincera, honorable, está abierta: le gusta la luz; ella no pertenece ni a las tinieblas, ni al pecado, no favorece nada que necesite estar escondido: ella reconoce las obras escondidas como generalmente unas obras de las tinieblas, las cosas secretas como ordinariamente unas malas cosas. Ella es apacible para que esto pueda concordar con la honradez y la pureza; ella desea la paz, la armonía, la unidad. Sin embargo, ya que la paz no viene en primer lugar, la sabiduría puede estar moralmente en paz y plenamente en armonía sólo con las cosas que son puras y buenas.

Esta sabiduría celeste es dulce, no es dura ni grosera ni en sus planes o en sus métodos. Su moderación, sin embargo, viene después de la pureza y su carácter apacible. Los que la poseen no son moderados principalmente, y luego puros y apacibles, sino primero, o principalmente, son puros, santificados por la verdad. Desean la paz, y están dispuestos a favorecerla; es por eso que son moderados y conciliadores. No obstante, pueden ser conciliadores sólo en armonía con la paz y la moderación: No son fácilmente conciliadores si se trata de animar alguna mala obra, porque el espíritu de la sabiduría celeste prohíbe tal comportamiento.

La sabiduría celeste está llena de misericordia y de los buenos frutos: ella se regocija en la misericordia, en la cual ve un elemento esencial del carácter divino que trata de imitar. Es cierto que el corazón iluminado de esta sabiduría de arriba desarrolle la misericordia y todos los buenos frutos del Espíritu Santo del Señor que se desarrollaron allí y maduraron allí; pero considerando con simpatía a los pecadores ignorantes e involuntarios, y procurando socorrerles, la misericordia no puede simpatizar ni asociarse con pecadores voluntarios, porque el espíritu de sabiduría no es misericordia principalmente sino pureza. La misericordia de esta

sabiduría puede intervenir plenamente sólo en provecho de los pecadores ignorantes o involuntarios.

Esta sabiduría celeste es, declaramos, “sin parcialidad”. La parcialidad implicaría la injusticia; ahora bien, la pureza, la paz, la moderación, la misericordia y los buenos frutos del Espíritu de sabiduría de arriba nos conducen a no hacer más acepción de personas a menos que el carácter no demuestre su valor real. Los rasgos exteriores del hombre natural, el color de la piel, etc., no entran en cuenta para el Espíritu del Señor, para el Espíritu de sabiduría que viene de arriba, porque es imparcial y desea lo que es puro, apacible, moderado, verídico, dondequiera que esté y en cualesquiera circunstancias.

Esta sabiduría de arriba es, además, “sin hipocresía”. Es tan pura, tan apacible, tan moderada, tan llena de misericordia hacia todos, que dondequiera que reine, no hay ninguna necesidad de recurrir a la hipocresía. En cambio, ella no puede estar ni en armonía, ni en simpatía, ni en comunión con todo lo que es pecado, porque está en comunión, en simpatía con todo lo que es puro o lo que contribuye a la pureza, a la paz y a la moderación; también en tales condiciones, no puede intervenir la hipocresía.

En cuanto a todas estas cosas, Dios nos dio la sabiduría celeste por su Hijo, no sólo en el mensaje de su obra redentora, sino que también por el hecho que manifestó las gracias del Espíritu y la obediencia al Padre enseñándonos así a la vez por la palabra y por el ejemplo. Además, esta sabiduría de arriba nos viene por los apóstoles, como los representantes de Cristo, por sus escritos — así como por todos los que recibieron este Espíritu de sabiduría de arriba y que procuran hacer relucir su luz cada día para glorificar a su Padre que está en los cielos.

CRISTO, NUESTRA JUSTIFICACIÓN

Hasta cierto punto ya hemos discutido la reconciliación entre Dios y el hombre, por la cual nuestro Señor Jesús, fue hecho

Justificación* para todos los que le aceptan. Deseamos, aquí, examinar más particularmente el significado de este término ordinario, justificación, que parece ser comprendida sólo de una manera imperfecta por la mayoría de los hijos de Dios. El principal pensamiento contenido en el término “justificación” es la (1) de la justicia, o de una regla de derecho; (2) que algo está en desacuerdo con esta regla — no responde a sus exigencias; (3) que se trae la persona o la cosa deficiente en conformidad con esta regla justa y conveniente. Podríamos ilustrar esto por una balanza: en una de las bandejas, un peso representaría la Justicia y en la otra bandeja, cualquier objeto que representaría la obediencia humana debería hacer equilibrio a la Justicia. Entre todos los humanos, hay más o menos deficiencia, y esta deficiencia exige una compensación que se obtiene añadiendo algo para asegurar su justificación, su equilibrio. Si aplicamos esta ilustración de manera más particular, vemos que Adán estuvo al principio, creado perfecto, en armonía con Dios obedeciéndole. Tal era su condición recta, conveniente y justa, en la cual habría debido perseverar. Entonces, por el pecado, cayó bajo el golpe de la sentencia divina y fue rechazado al instante, como que no respondía más a la exigencia de la medida divina. Desde entonces, su posteridad, “dada a luz en la iniquidad y concebida en el pecado” (Sal. 51:5 — *Darby*) vino a la vida en un plano aun más bajo que el de su padre Adán — más alejado aun del modelo requerido por la Justicia divina. Habiendo admitido esto, es inútil para cualquiera de los descendientes de Adán de pedir al Creador una nueva pesada, una nueva prueba, para darse cuenta si está en condiciones de alcanzar el nivel de la justicia infinita. Nosotros concedemos que tal prueba sería absolutamente inútil, que si el hombre perfecto perdió su posición por su desobediencia, con cuánto mayor razón nosotros que somos imperfectos, decaídos, no podríamos abrigar ninguna esperanza de satisfacer las exigencias de la Justicia, o de añadir lo que falta en nosotros, para justificarnos, delante de Dios. “Todos pecaron, y

* Vol. V, Cap. XV (en inglés).

están destituidos de la gloria de Dios” en la cual nuestra raza fue creado al principio, de manera representativa, en el padre Adán.

Por lo tanto, si discernimos que como raza, todos somos injustos, todos inicuos, todos imperfectos; si también vemos que nadie puede, por cualquier obra, satisfacer las exigencias de la Justicia, comprendemos ciertamente que “un hombre no podrá de ninguna manera rescatar a su hermano ni darle a Dios su rescate” (Sal. 49:7 — *Darby*). Nadie puede colmar la deficiencia de otro, porque él no sólo no tiene ninguna demasía de mérito o de peso, o de virtud para aplicar por otro, sino que tampoco tiene lo suficiente para sí mismo pues “todos pecaron, y están destituidos”. Preguntamos por lo tanto: ¿Puede Dios aceptar a los injustos, a los caídos y ocuparse de ellos después de haberles condenado ya como no mereciendo su favor y haber declarado que morirán porque son indignos de vivir? Él nos muestra que tiene un medio de hacerlo — un medio por el cual le es posible permanecer justo al justificar el que cree en Jesús. Él muestra que estableció a Cristo como el Mediador del Nuevo Pacto, y que Cristo rescató al mundo por su sangre preciosa (por su sacrificio) y que, al debido tiempo, durante la Edad milenaria, Cristo tomará su gran poder, reinará como el Rey de la tierra y bendecirá a todas las familias por el conocimiento de la verdad y por la ocasión favorable de una restauración en la imagen de Dios representada en la persona del padre Adán, y fortificada por las experiencias de la caída y de la restauración. Esta obra que consistirá en devolver la humanidad a la perfección será la obra de justificación — de *justificación real* [o efectiva — *Trad.*]* distinta de la justificación considerada como tal o “justificación por la fe” imputada a la Iglesia en el transcurso de la Edad Evangélica. La justificación real comenzará al mismo tiempo que el reino milenar de nuestro Señor, y progrese paso a paso hasta que “todo hombre” haya gozado de la ocasión más perfecta (con experiencias suplementarias muy útiles) para

* Haciendo efectivamente perfecto — Distinta de nuestra justificación, una “justificación por la fe” — *Editor*.

recobrar todo lo que fue perdido por el padre Adán. ¡Agradecemos a Dios por este período de justificación efectiva — donde todo será hecho auténticamente conforme a la regla — dónde los hombres de buena voluntad y obedientes serán efectivamente devueltos de la imperfección a la perfección, tanto física como mental y moral!

Pero, por el momento, examinamos especialmente la Nueva Creación y las disposiciones tomadas por Dios para la justificación de esta pequeña clase de la humanidad que él llamó a la naturaleza divina, a la gloria y a la inmortalidad. Igualmente como el mundo, los miembros de esta Nueva Creación necesitan ser justificados, porque por naturaleza son “hijos de ira como los demás”. En efecto, lo mismo que Dios no pudiera tener una relación con el mundo mientras esté bajo la sentencia de muerte como pecador, no pudiera tampoco, en esta base, tratar con los que llama a formar la Nueva Creación. Si hace falta que el mundo sea justificado (traído a la perfección) antes de que Dios pueda de nuevo estar de acuerdo con él, ¿cómo pudiera estar en comunión con la Iglesia o llamarla a ser coheredera de su Hijo, sin que primero fuera justificada? Por lo tanto, debemos convenir que la justificación es una condición previa necesaria antes de nuestro llamado a la Nueva Creación,* ¿pero cómo puede ser efectuada para nosotras la justificación? ¿Es necesario que seamos restablecidos a la perfección absoluta y efectiva — físicamente, mentalmente y moralmente? Respondemos: no; Dios no proporcionó tal justificación real para nosotros, sino una justificación de otro género que las Escrituras llaman “*justificación por la fe*”, la cual no es una justificación efectiva sino una justificación considerada como tal † (a “reckoned” one). Dios supone que los que, durante este período en que continúan reinando el pecado y la muerte, oirán el mensaje de su gracia y de su misericordia por Cristo, y vendrán en acuerdo con la sabiduría de arriba que confesarán su mala condición y,

* Antes de que nosotros nos hagamos Nuevas Criaturas — *Editor*.

† Sino, no obstante, vital — *Editor*.

creyendo en el mensaje de la misericordia y de la gracia del Señor en Cristo, que se arrepentirán del pecado y repararán sus culpas dentro de lo posible, éstos, en lugar de volver a la perfección real y humana, serán considerados por Dios como teniendo sus imperfecciones cubiertas por el mérito de Cristo. En sus relaciones con ellos, los considerará como justos o rectos, justificándolos por la fe.

Esta justificación considerada como tal, o justificación por la fe, es válida siempre y cuando la fe persista y sea sostenida por esfuerzos de hacer la voluntad del Señor. (Si la fe y la obediencia cesan, la justificación deja de ser imputada en seguida). En cambio, ella no cesa si se toma el paso siguiente (de la *santificación*). Ella nos acompaña, como Nuevas Criaturas, y nos cubre, no sólo de la condena adámica sino de todas las debilidades y las imperfecciones de palabras, de pensamientos, de acciones, imputables a la carne, debido a la herencia, (y no voluntarias). Ella continúa así cubriendo a los hijos del Señor como Nuevas Criaturas aun hasta el fin de su viaje, a través de todos los exámenes y todas las pruebas que son necesarias para ellos como candidatos y miembros aspirantes de la Nueva Creación. En conformidad con este pensamiento el Apóstol declara: “Ahora, pues, *ninguna condenación* hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:1), aunque el tesoro de la nueva naturaleza esté en un vaso de barro, constantemente empañado por faltas involuntarias la menor de las cuales bastaría hacernos indignos de la recompensa de la vida eterna en cualquier plano, si este vaso no fuera cubierto por los méritos [plural en el texto — *Trad.*] de nuestro vestido de boda, el manto de justicia de Cristo, nuestra justificación imputada, la justificación por la fe. Necesitaremos bien esta justificación, y continuará siendo nuestro manto, mientras quedemos en Cristo, estando todavía en la carne, pero cesará completamente cuando nuestra prueba se haya acabado a causa de nuestra admisibilidad como vencedores, y que se nos concederá tener parte en la Primera Resurrección. Así como lo explica el Apóstol: es sembrado en corrupción, en deshonra, en debilidad, pero resucitará en

incorrupción, en poder, en gloria, en plena semejanza con nuestro Señor, el Espíritu vivificante, que es la imagen exacta de la persona del Padre. Cuando esta perfección haya sido alcanzada, no habrá más necesidad de una justicia imputada, porque entonces seremos realmente justos, realmente perfectos. El hecho de que la perfección de la Nueva Creación estará en un plano superior al aquello del mundo no tiene ninguna importancia en cuanto a la justificación; es decir, respecto a la justificación, esto no entra en cuenta. Los que reciban la gracia de Dios bajo la forma de una restauración a la perfección en la naturaleza humana serán también justos o *perfectos* cuando se acabe esta obra, pero justos o perfectos en un plano inferior al plano espiritual. Los que ahora son llamados a la naturaleza divina y que son justificados por la fe antes de tiempo, para hacer posibles su llamado y su prueba como hijos de Dios, no serán realmente justificados o hechos perfectos hasta la Primera Resurrección, cuando hayan alcanzado esta plenitud de vida y de perfección donde no subsistirá más el menor rastro de la imperfección actual: su perfección actual sólo se considera como tal o es imputada.

LA CAUSA O LA RAZÓN DE NUESTRA JUSTIFICACIÓN

La confusión respecto a este tema en muchas mentes fue causada por haber descuidado de comparar las declaraciones de la Palabra de Dios. Algunos, por ejemplo, observando la expresión del Apóstol que “somos justificados por la *fe*” (Rom. 5:1; 3:28; Gál. 3:24), sostienen que la fe tiene un valor tan grande delante de Dios que *ella* cubre nuestras imperfecciones. Otros, dándose cuenta de la declaración del Apóstol que nosotros “somos justificados por la *gracia* de Dios” (Rom. 3:24; Tito 3:7), creen que Dios justifica quien quiere, de manera arbitraria, sin preocuparse de sus cualidades, mérito, fe u obras. Aún otros observan la declaración bíblica que “somos justificados por *su sangre*” (Rom. 5:9; Heb. 9:14; 1 Juan 1:7) para deducir de eso que la muerte de Cristo justificó a todos los hombres sin consideración a su fe y a su

obediencia. Otros todavía se apoyan en la declaración bíblica que Cristo “*fue resucitado* para nuestra justificación” (Rom. 4:25) para pretender que la justificación viene a nosotros por la resurrección de Cristo. Otros finalmente, tomando el texto que dice que “el hombre es justificado por las obras” (Santiago 2:24), pretenden que después de todo, nuestras obras deciden el favor o la desaprobación de Dios hacia nosotros.

El hecho es que estas expresiones son totalmente verdaderas y simplemente representan aspectos diferentes de la misma gran cuestión, lo mismo que podemos observar un gran edificio de frente, por detrás, de lado o de diversos ángulos. Al expresarse como lo hicieron, los apóstoles en diferentes momentos trataban puntos de vista distintos del tema. Nos incumbe reunirlos todos, y discernir de esta combinación toda la verdad sobre el tema de la justificación.

En primer lugar, somos justificados por la *gracia de Dios*. El Creador no fue obligado a hacer, de ningún modo, lo que sea para librarnos del castigo justo que hizo caer sobre nosotros. Fue un efecto de su propio favor o gracia que, previendo la misma caída antes de nuestra creación, tuvo compasión de nosotros y suministró, en su plan, para nuestra redención, al Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo. Resolvemos esta pregunta de nuestra reconciliación con el Padre, sabiendo que es toda gracia de su parte, cualquiera que sea el medio que le complació emplear para realizarla.

En segundo lugar, somos justificados *por la sangre de Cristo*, por su obra redentora, por su muerte; es decir, la gracia del Creador se manifestó hacia nosotros tomando *esta* disposición por nosotros: “Jesucristo, por la gracia de Dios, probó la muerte por todos” y pagó así el castigo por Adán. Ya que el mundo entero es condenado en Adán, el efecto definitivo será la anulación del pecado del mundo entero. Estemos seguros de este punto como del primero, sabiendo que la gracia de Dios obra sólo por este único canal, de modo que “el que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” pero queda bajo la sentencia de muerte. —1 Juan 5:12.

En tercer lugar, también es verdad que Cristo Jesús fue resucitado de entre los muertos para nuestra justificación. Él entraba en el plan divino, no sólo que el Mesías sería el redentor del pueblo, sino también bendeciría o restauraría a todos los que desearían volver en armonía con el Padre. Si, por lo tanto, la muerte de Jesús fuera de primera importancia como base de nuestra reconciliación, nunca habría podido ser el instrumento para bendecirnos y para restaurarnos si se hubiera quedado en la muerte. Es por eso que el Padre que había proporcionado el precio de nuestra redención por la muerte de Jesús, suministró también por su resurrección de entre los muertos para que éste pudiera ser, al debido tiempo, el agente para la justificación del hombre, para la restauración de la humanidad a una condición recta y justa, en armonía con Dios.

En cuarto lugar, nosotros (la Iglesia) somos justificados por la fe en el sentido de que la disposición tomada por el Señor no es una justificación real [o efectiva — *Trad.*] o la restauración real de ninguna persona, durante esta Edad, sino simplemente una restauración considerada como tal o por la fe; esto, desde luego, puede aplicarse sólo a los que ejerzan la fe. Ni nuestra fe, ni nuestra incredulidad no tienen influencia sobre los arreglos divinos que Dios ha tomado, que ya ha realizado y que cumplirá al debido tiempo, sino nuestra participación en los favores que son ofrecidos a nosotros antes del mundo depende de nuestra fe. Durante la Edad milenaria, la longitud y la anchura del divino plan de salvación serán manifestadas a todos — el Reino de Dios será establecido en el mundo, y aquél que rescató la humanidad y recibió el poder de bendecir, al hacer conocer la verdad a todos, justificará *realmente*, o restaurará a la perfección a todos los que lo deseen y acepten el favor divino en las condiciones fijadas por Dios.

En verdad podemos decir que, aun entonces, la *fe* será esencial para el progreso de la marcha hacia la *justificación real*, porque “sin fe es imposible agradar a Dios”, y también porque las bendiciones y las recompensas de la restauración serán concedidas en condiciones que exigirán la fe. Sin embargo, la fe que habrá que manifestar entonces para hacer progreso en la restauración diferirá

mucho de aquella que ahora se requiere de los “que son llamados a ser santos”, “coherederos de Jesús”, “Nuevas Criaturas”. Cuando el Reino de Dios esté completamente instalado, cuando Satanás esté atado y cuando el conocimiento del Señor haya llenado la tierra, todos se darán cuenta del cumplimiento de estas promesas divinas, y, así, la *vista* o el *conocimiento* comprenderá realmente muchas cosas que ahora pueden ser discernidas sólo por el ojo de la fe. Sin embargo, la fe será necesaria con el fin de que ellos puedan proseguir hasta la perfección. Así es que la justificación real, que se podrá obtener hacia el fin del Milenio, sólo será alcanzada por los que hayan perseverado en la fe y en las obras. Aunque de esta época está escrito: “Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, *según sus OBRAS*” (Apoc. 20:12 en parte), en contraste con el juicio actual de la Iglesia “*según su FE*”, sin embargo sus obras no irán sin fe, no más que nuestra fe debe estar sin obras en la medida de nuestra capacidad.

La declaración del Apóstol según la cual Dios justificará a los gentiles por la *fe* (Gál. 3:8), quiere decir (según el contexto) que la reconciliación, por medio de la restauración, no resultará del Pacto de la Ley, sino de la gracia bajo las condiciones del Nuevo Pacto en el cual todos los que quieran beneficiarse deben creer, obedecer y someterse. La diferencia que existe entre la justificación actual y la futura justificación, es que los creyentes* del tiempo presente son asegurados *instantáneamente* por el ejercicio de la verdadera fe, de la comunión con el Padre, gracias a la justificación *considerada como tal* [o tentativa — *Trad.*], por la fe; mientras que bajo las condiciones más favorables de la próxima Edad, el ejercicio de una fe obediente no aportará en absoluto una justificación *de prueba* sino una justificación real y una comunión con Dios solamente al final del Milenio. Durante este intervalo, el mundo estará en las manos del gran Mediador, cuya tarea consistirá en representar delante de los hombres la voluntad divina, en ocuparse de ellos, en corregir, en restaurar a los que obedezcan,

* “Los consagrados” — *Editor*.

hasta el momento en que les haya justificado *realmente*. Entonces, él los presentará, sin defectos, al Padre, en el momento de entregar su Reino a Dios, al Padre mismo. —1 Cor. 15:24.

El Señor ahora busca a una clase especial que constituirá la Nueva Creación. Nadie ha sido invitado a este llamado celestial si no sea uno de los que hayan sido traídos al conocimiento de la gracia de Dios en Cristo y que hayan sido capaces de aceptar este arreglo divino por la fe. Ésos tienen tal confianza en el último resultado del plan de Dios, que su fe en este plan ejercerá una influencia, una orientación en el transcurso de su vida terrestre hasta tal punto que estimarán como trascendental la vida por venir y que la vida actual y sus intereses les parecerán, en comparación, como una pérdida y escoria. Ejerciendo su fe en esta época triste en la cual el poder del mal parece poner en tela de juicio la sabiduría, el amor y el poder del Creador, los creyentes son considerados por Dios como si hubieran vivido durante la Edad milenaria y tenido la experiencia de la restauración a la perfección humana. Esta posición, considerada como adquirida, se les concede con el fin de que puedan ofrecer en sacrificio esta perfección humana a la cual alcanzarán pronto bajo arreglos divinos. De esta manera, ellos pueden presentar sus cuerpos (considerados como perfectos) y todos sus privilegios de restauración, sus esperanzas, fines e intereses terrestres, como sacrificio vivo, intercambiándolos por las esperanzas y las promesas celestiales de la naturaleza divina y de la coherencia con Cristo, a las cuales son ligadas, como pruebas de nuestra sinceridad, las condiciones de sufrimiento y de pérdida tocantes a los intereses terrestres y los honores humanos.

En quinto lugar, esta clase justificada ahora por su fe, no debe renegar esta fe por obras voluntariamente contrarias. Es necesario que sus miembros sepan que si Dios, por su gracia, actúe con ellos desde el punto de vista de la fe, no imputándoles sus transgresiones, sino estimándolas totalmente cubiertas por su Redentor en el Calvario, es decir, que no les imputa sus ofensas sino actúa con ellos según su espíritu o su voluntad o intención, y no según la carne o las acciones reales, no obstante, él espera que la carne se

someta a la nueva mente tanto como se puede, “tanto como depende de nosotros” y que coopere con todas las buenas obras según sus ocasiones y sus posibilidades. Es en este sentido y en esta medida que nuestras obras entran en cuenta con nuestra justificación, como un testimonio corroborativo, una prueba de la sinceridad de nuestra devoción. No obstante, el Señor no nos juzga según nuestras obras sino según la fe: si fuéramos juzgados según nuestras obras, seríamos todos “privados de la gloria de Dios”, pero si las Nuevas Criaturas son juzgadas según su corazón, sus intenciones, pueden ser aprobadas por el modelo divino bajo las condiciones del Pacto de la Gracia por el cual el mérito del sacrificio de Cristo cubre sus faltas involuntarias. Ciertamente, no podríamos encontrar a repetir el hecho de que el Señor espera a vernos llevar los frutos de la justicia, de la rectitud, que nos hallamos en estado de producir en las condiciones de la imperfección actual. Él no pide más que esto, y no hay que esperar que él acepte y recompense menos que esto.

Para ilustrar esta operación general de la justificación por la gracia, por la sangre y por nuestra fe así como su relación con las obras consideremos el servicio de los tranvías eléctricos. La única central eléctrica representará hasta cierto punto la fuente de nuestra justificación: la gracia de Dios. El cable que transporta la corriente representará insuficientemente a nuestro Señor Jesús, el Agente del Padre en nuestra justificación; los coches representarán los creyentes y los troles la fe que debe ejercerse; estos troles deben quedarse en contacto con el cable. (1) Todo depende de la corriente eléctrica. (2) Viene luego en importancia el cable que nos aporta la corriente. (3) Sin el brazo de la fe que toca y se apoya en el Señor Jesús, el canal de nuestra justificación, nosotros no recibiremos ninguna bendición. (4) La bendición que llega a nosotros a causa del contacto con el Señor Jesús puede corresponder a la iluminación del tranvía por la corriente, que indica que hay una energía que se puede utilizar; pero (5) el conductor del tranvía y su palanca representan la voluntad humana mientras que (6) el motor mismo representa nuestra actividad, nuestra energía bajo el poder que viene a nosotros por medio de la fe. Todas estas

combinaciones de fuerzas son necesarias para nuestro progreso que consiste en recorrer el circuito para llegar definitivamente a la “estación” la cual, en esta imagen, corresponde a nuestro lugar como Nueva Creación en la casa de nuestro Padre, la cual contiene numerosas moradas o condiciones para los numerosos hijos de numerosas naturalezas.

LA JUSTIFICACIÓN Y LOS BENEMÉRITOS DE LA ANTIGÜEDAD

Echando una ojeada hacia atrás, podemos ver según el relato del Apóstol que, en un pasado lejano, antes de que la sangre preciosa hubiera sido dada para nuestra justificación, hubo beneméritos de la antigüedad: Enoc, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, David y diversos otros santos profetas que fueron justificados por la fe. Ya que no pudieron tener fe en la sangre preciosa, ¿qué tipo de fe pudo justificarlos? Respondemos por lo que está escrito — “Ellos creyeron a Dios y les fue contado por justicia [justificación]”. Es verdad que Dios no les reveló como nos ha revelado, la filosofía de su plan, con el fin de que podamos comprender cómo él podía ser todo justo en justificar a aquel que cree en Jesús; es por eso que ellos no eran responsables por no haber creído lo que todavía no había sido revelado. En cambio, ellos creyeron bien lo que Dios había revelado en su época, y esta revelación encerraba, en total, todo lo que ahora tenemos, pero bajo una forma condensada, de la misma manera que una bellota contiene un roble. Enoc profetizó la llegada del Mesías y las bendiciones que resultarían de eso. Abrahán creyó a Dios quien le dijo que su posteridad sería tan favorecida que, por ella, todas las naciones serían bendecidas. Esta promesa implicaba una resurrección de entre los muertos, porque muchas de las naciones de la tierra ya habían descendido en la tumba. Abrahán creyó que Dios era capaz de resucitar a los muertos, hasta tal punto que cuando fue puesto a prueba, hasta consintió a separarse de Isaac en quien, sin embargo, radicaba la promesa, considerando que Dios

era capaz de resucitarle de entre los muertos. Hasta cuál punto él y otros discernieron distintamente los métodos exactos por los cuales Dios establecería su Reino en el mundo, traería la justicia eterna justificando a todos los que obedecieran al Mesías, no podemos saberlo de manera determinada; pero según las mismas palabras de nuestro Señor, Abrahán por lo menos, comprendió con una claridad suficiente, el pensamiento de la llegada del día milenario, y, tal vez también, hasta cierta medida, la idea del sacrificio por los pecados que Jesús estaba cumpliendo, cuando dice: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” —Juan 8:56.

Todos no ven distintamente la diferencia que existe entre la justificación de Abrahán y de las otras figuras del pasado, la justificación a la *amistad* con Dios antes de que Dios hubiera completado el fundamento de esta amistad en el sacrificio de Cristo, y la justificación de *vida* durante esta Edad Evangélica. Sin embargo, hay una gran diferencia entre estas bendiciones, aunque la fe sea necesaria en ambos casos. Todos estaban bajo la sentencia justa de muerte y, por consiguiente, nadie podía considerarse liberado de esta sentencia, “la justificación de vida” (Rom. 5:18.), hasta que el gran sacrificio por los pecados hubiera sido hecho por nuestro Redentor; así como el Apóstol lo precisa, este sacrificio era necesario *primero* para que “Dios sea *justo*” en este asunto (Rom. 3:26). Sin embargo la Justicia, previendo la ejecución del plan de redención, no podía hacer objeción a lo que fuera anunciado simplemente por anticipado (como prueba del favor divino) a los que poseían la fe requerida, justificándolos en esta medida y esta prueba de comunión [o amistad — *Trad.*] con Dios.

El Apóstol habla de una “justificación de *vida*”^{*} (Rom. 5:18) como el arreglo divino por Cristo, que estará abierto eventualmente a todos los hombres; es la justificación que da la vida que los que son llamados a la Nueva Creación son considerados como habiéndola obtenido ahora, antes del mundo y por el ejercicio de la

^{*} EUNSA, Jerusalén, y Torres-Amat: “que da la vida”. RV1995: “que produce la vida”.

fe; ellos no sólo obtienen una justificación según la comunión con Dios como amigos y no más como extranjeros, enemigos, sino además, es una justificación que, por la misma fe, los pone en condiciones de aprovecharse de los derechos a la *vida* de la restauración que les asegura el sacrificio del Redentor, con el fin de sacrificar luego estos derechos a la vida terrestre a título de cosacrificadores y de “subsacerdotes” en asociación con el Sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.

Mientras que los beneméritos de la antigüedad pudieron entrar en armonía con Dios por fe en el cumplimiento de un plan que no les fue revelado plenamente y que aún no había recibido un comienzo de ejecución, parecería imposible que la justicia divina hubiera podido ir más lejos para ellos hasta que la propiciación por el pecado hubiera sido efectivamente cumplida mediante el sacrificio de Cristo. Esto concuerda plenamente con la declaración del Apóstol según la cual “Proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros [la Iglesia del Evangelio, la Nueva Creación], para que no fuesen ellos [los humildes y fieles beneméritos de la antigüedad] perfeccionados aparte de nosotros” (Heb. 11:40.). Esto también está de acuerdo con la declaración que hizo nuestro Señor concerniente a Juan el Bautista: aunque no hubiera un profeta más grande que él, sin embargo, ya que murió antes de que el sacrificio de reconciliación hubiera sido realmente cumplido, el más pequeño en el Reino de la clase celestial, la Nueva Creación, justificado a la *vida* (después de que el sacrificio por el pecado haya sido ofrecido efectivamente) y llamado a sufrir y reinar con Cristo, será más grande que él. —Mat. 11:11.

Ya hemos notado el hecho de que Cristo y la Iglesia en la gloria efectuarán, a favor del mundo, una obra de justificación (restauración) durante la Edad milenaria. No será una justificación por fe (o considerada como tal) como la nuestra es ahora, sino una justificación *efectiva* (o real — *Trad.*) — una justificación por obras, en el sentido que, aunque cierta fe sea agregada a ellas, la prueba final se efectuará a la base de obras, “según sus obras” (Apoc. 20:12). Actualmente, es menester que la Nueva Creación ande por fe y no por vista. Su fe se pone a prueba y se exige que

ella “se sostiene como viendo al Invisible”, como creyendo cosas que, si se las considera de las indicaciones exteriores, son improbables, irrazonables para la mente natural. Entonces esta fe, sostenida por nuestras obras *imperfectas*, tiene también el apoyo de las obras *perfectas* del Señor a nuestro favor y se encuentra tan aceptable por Dios según el principio que si, a pesar de tales condiciones imperfectas, nos esforzamos, de la mejor manera de nuestra capacidad, para complacer al Señor y para compartir el Espíritu de Cristo hasta el punto de regocijarnos en sufrir por lo que es justo, demuestra que, bajo condiciones favorables, seguramente no seríamos menos fieles a los principios. Cuando el *conocimiento* del Señor llene toda la tierra y cuando la oscuridad y las brumas que ahora rodean los fieles de Dios hayan desaparecido; cuando el gran Sol de Justicia inunde el mundo con la verdad, con el conocimiento de Dios, su carácter y su plan; cuando los hombres vean las pruebas del favor y del amor de Dios, y la reconciliación por Cristo en el levantamiento gradual de todos los que procuren entonces ponerse de acuerdo con él; cuando la restauración mental, física y moral se haya hecho *evidente*, entonces, la fe estará de un gran grado diferente de la fe ciega que se necesita ahora. Entonces los hombres no verán más “a través de un vidrio [oscuramente]”. En cambio, el ojo de la fe no se cansará para discernir la prueba evidente de las cosas gloriosas reservadas actualmente para los que aman a Dios, porque estas cosas gloriosas se manifestarán más o menos distintamente a los hombres. Mientras que entonces los hombres crean en Dios y tengan *fe* en Él, habrá una diferencia enorme creer lo que los sentidos perciben y la fe que la Nueva Creación debe ejercer, tocante a las cosas que no vemos. La fe que Dios busca actualmente en su pueblo es preciosa a su vista, porque caracteriza a una clase especial poco numerosa; es por eso que él proporcionó tal precio, tal recompensa a esta fe. Cuando la Edad milenaria esté plenamente en curso, será imposible poner en tela de juicio las realidades de entonces, y, por consiguiente, sería fuera de lugar seguir ofreciendo una recompensa especial para los que no duden.

Sin embargo, aunque el conocimiento del Señor llenará toda la tierra y aunque no necesitará más decirle a su prójimo: ¡Conoce a Jehová! no obstante, el hombre tendrá que sufrir una prueba diferente de la obediencia (no concerniente a la fe, sino las obras), porque “toda alma que no oiga [*no obedezca*] a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hechos 3:23). Es ahora, durante el tiempo de oscuridad para lo que toca al cumplimiento del plan divino, mientras el pecado abunda y mientras Satanás es el príncipe de este mundo, que nuestro Señor recompensa la fe. Él dice: “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mat. 9:29) y de nuevo “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4). No obstante, en lo que concierne a la prueba o al juicio del mundo en la Edad milenaria, o Día del Juicio, leemos que todos serán juzgados según sus *obras* apoyadas por la fe. Se les hará según sus obras y se encontrarán aprobados o desaprobados al fin de la Edad milenaria. —Apoc. 20:12.

Como ya hemos visto, la justificación es la vuelta del pecador al acuerdo completo con su Creador. En ninguna parte, leemos que sea necesario, para el pecador, de ser justificado delante de Cristo, sino más bien que, por el mérito de Cristo, debe ser justificado delante del Padre; examinando por qué es así, puede ayudarnos a comprender el tema en su conjunto: es porque el Creador es el representante de su propia ley, y porque al principio colocó al padre Adán y a su raza bajo esta ley precisando que su favor, su bendición y la vida eterna dependerían de su obediencia, pero que en cambio su desobediencia ocasionaría la supresión de todos estos favores. Esta posición no puede ser anulada. Es por eso que, antes de que la humanidad pueda estar en comunión con Dios y sacar provecho de las bendiciones de la vida eterna, debe de alguna manera volver a un acuerdo completo con su Creador, y, por consiguiente, regresar a esta perfección que sostendrá la plena luz de la inspección divina y la prueba completa de la obediencia. Así que el mundo se encuentra, para decirlo así, fuera de ataque del Todopoderoso que hizo tales leyes para que los humanos estuvieran fuera de ataque de la Justicia; hizo necesarios su plan actual de redención y una restauración, una justificación o una

vuelta a la perfección de aquellos de buena voluntad y de los obedientes gracias al Redentor que, en el ínterin, se actuará como su Mediador o intermediario.

El Mediador* aunque perfecto, no tuvo ley para mantener. Él no pronunció contra Adán y su raza ninguna sentencia que le impidiera tenerlos en cuenta y ser misericordioso con respecto a sus imperfecciones. Por el contrario, él compró al mundo en su estado de pecado y de imperfección, dándose cuenta de su condición caída. Él toma la humanidad tal como es y, en el transcurso de la Edad milenaria, él mismo tratará a cada ser humano según su propia condición particular, ejerciendo la misericordia con respecto a los débiles, reclamando más de los fuertes, poniéndose al alcance de todos y adaptando las reglas de su Reino a todo caso de peculiaridad, a las taras, a las debilidades, etc., que encuentre, porque “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22). El Hijo pondrá a luz delante de la humanidad el nivel perfecto de la ley divina a la cual ella debería alcanzar definitivamente antes de que pueda ser justa y aceptable para Dios, al final de la Edad milenaria; pero no será intransigente con respecto a este nivel y no tendrá por trasgresor el que no lo alcance absolutamente porque necesitará apropiarse la gracia necesaria para cubrir cada transgresión aun involuntaria y no premeditada. Al contrario, toda esta *propiciación* [o reconciliación: “atonement” — *Trad.*] por toda violación de la ley perfecta e inmutable de Dios se acabará antes de que tome las riendas del gobierno, en cualquier grado que sea.

Cristo ya pagó[†] el precio por su propio sacrificio. Él ya aplicó[‡] una parte de este mérito a la familia de la fe. Hacia el fin de esta Edad Evangélica él aplicará el resto del mérito de la ofrenda por el pecado[§] a favor de “todo el pueblo” — todo el género humano. Dios demostró por el tipo del Día de la Expiación

* En perspectiva — *Edit.*

† “Cristo ya dio” — *Edit.*

‡ “Generosamente imputó” — *Edit.*

§ “hará una aplicación positiva de la ofrenda por el pecado entero” — *Edit.*

que este mérito será aceptado, y que el resultado de esta aceptación será la toma por Cristo y su Iglesia de la gobernación del mundo bajo una ley que se pueda llamar una ley marcial, un poder despótico que pone a un lado las leyes y las reglas ordinarias a causa de las necesidades de la situación y aplica la ley de una manera que conviene, no a los que se encuentran en una condición perfecta y recta (así como lo hacen las leyes del imperio del Señor), sino en la condición de rebelión y de anarquía creada en el mundo por el pecado. Esta dominación de urgencia (en la cual el Rey gobernará no sólo como un rey, sino también como juez y sumo sacerdote) tiene como objetivo, como acabamos de ver, de justificar al mundo de manera real y no considerada como tal [o tentativamente — *Trad.*] por obras como prueba modelo o final — apoyadas por la fe. Esta justificación efectiva [o real — *Trad.*] se realizará no a principios del reino milenar, sino como el resultado de este reino, a su fin.

La justificación por la fe al presente tiene como objetivo permitir un pequeño número que Dios planeó de llamar a su servicio especial, a participar en el Pacto abrahámico a título de Descendencia [o Simiente — *Trad.*] de la promesa como *cosacrificadores* y como coherederos de Jesús. Aun con éstos, Dios no puede hacer ningún contrato directo sino, por decirlo así, hasta después de haber sido justificados por la fe y por el mérito de su Redentor, son todavía considerados como incompetentes e informados que son aceptados sólo en el Amado — en Cristo; todos sus contratos de pacto por sacrificio, si no fueran aprobados por él, no serían de ningún valor.

Entonces, es muy evidente que el único propósito de esta Edad Evangélica es de llamar de entre los humanos un rebaño pequeño para formar los miembros de la Nueva Creación. También es evidente que el arreglo tomado para justificar a los creyentes, *para la vida* y por la fe, tiene como objetivo darles delante de Dios una posición que les permite contraer las obligaciones de pacto exigidas de los candidatos de la Nueva Creación. Como ya hemos notado, la condición exigida para que sean aceptados en la Nueva Creación es la del sacrificio de sí mismos; entonces, ya que Dios

no quiere recibir en sacrificio lo que es imperfecto, nosotros como miembros de la raza imperfecta y condenada, no podríamos ser aceptables si primero no fuéramos considerados como justificados de todo pecado, con el fin de que podamos como lo expresa el Apóstol “presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, *santo, agradable* a Dios, que es nuestro culto racional”. —Rom. 12:1.

LOS JUSTIFICADOS TENTATIVAMENTE*

Dado esto, ¿que diremos de los que lleguen a la posición de fe en Dios y a la justificación[†] que resulta y que, viendo que una nueva avanza en el camino del Señor, significa el sacrificio de sí mismo, la abnegación, etc., se detienen, sin embargo, negándose a entrar por la puerta estrecha y el camino angosto de una plena y entera consagración — hasta la muerte? ¿Diremos que Dios está enojado con ellos? — No. Debemos suponer que, hasta cierto punto, progresando en las sendas de la justicia, ellos agradaban a Dios. El Apóstol declara claramente que ellos reciben una bendición, diciendo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Esta paz implica cierto discernimiento del plan divino respecto a la futura borradura de los pecados del creyente (Hechos 3:19); ella también implica una adhesión bastante fuerte a los principios de la justicia, porque la fe[‡] que justifica siempre es reformadora. Nos regocijamos con todos los que la alcanzaron; estamos felices que ellos tengan esta ventaja sobre las masas humanas quienes el dios de este mundo cegó completamente y que, por consiguiente, ahora no pueden discernir y apreciar la gracia de Dios en Cristo. Les instamos quedar en el favor de Dios alcanzando la obediencia completa.

* Subtítulo del Editor.

† “y a cierta medida de justificación y que . . .” — *Edit.*

‡ “porque la fe en Cristo . . .” — *Edit.*

“NO RECIBÁIS EN VANO LA GRACIA DE DIOS”

Sin embargo, cualquiera que sea la alegría que podamos probar a propósito de estos creyentes, cualesquiera que sean la paz y la alegría que puedan sentir del hecho de que se esfuercen por andar por el camino de la justicia, pero evitando el camino angosto del sacrificio, debemos señalar, en toda sinceridad, que “reciben la gracia de Dios en vano” (2 Cor. 6:1.), porque la gracia de Dios en la justificación recibida, estuvo destinada a ser el medio de tener acceso a los privilegios y a las bendiciones aún más grandes del supremo llamamiento de la Nueva Creación. Ellos reciben la gracia de Dios en vano, porque no sacan provecho de esta ocasión única que nunca fue ofrecida antes a nadie y que, en la medida en que las Escrituras lo indican, no será ofrecida de nuevo nunca más. Ellos reciben la gracia de Dios en vano porque las ocasiones favorables de restauración que se les ofrecerá en la próxima Edad serán a todos los demás miembros de la raza rescatada. La gracia de Dios, en esta Edad, consiste simplemente en el hecho de que ellos tuvieron conocimiento de la bondad divina por anticipado del mundo, con el fin de que, por la justificación, puedan alcanzar el conocimiento del llamado y la participación en el premio glorioso que debe otorgarse al cuerpo elegido de Cristo, al sacerdocio real.

Si consideramos el “mundo cristiano” nominal, parece evidente que la misma gran masa de creyentes *sinceros* nunca haya sobrepasado este grado preliminar de la justificación: estos creyentes han “gustado la benignidad del Señor”, y esto fue suficiente para ellos. Deberían haber, en lugar de esto, por este sabor anticipado, tenido un hambre más grande y una sed más grande de rectitud y de la verdad, de un conocimiento más grande del carácter y del plan divinos, de un crecimiento más grande en gracia, en conocimiento y en amor, y querido alcanzar una mejor comprensión de la voluntad de Dios que les concierne, y que vamos a considerar bajo el subtítulo de la Santificación.

Hasta donde podemos discernirlo, la ventaja de estos creyentes justificados [tentativamente — *Ed.*] tiene que ver simplemente con esta vida presente y con el alivio que ahora

experimentan en cuanto al carácter misericordioso de Dios y en cuanto a sus futuros tratos con ellos. Pero, su conocimiento sobre este punto es tan insuficiente que cantan a veces:

“A menudo, ansioso, pienso:
¿Soy suyo o no lo soy?”

De hecho, aunque Cristo haya sido su sabiduría hasta el punto de mostrarles que necesitaban a un Salvador, y hasta de revelarles algo de la salvación que lleva, sin embargo, no está en el plan divino que él deba continuar siendo su sabiduría y guiándoles en “las cosas profundas de Dios” excepto si, por la consagración y la devoción, se hacen discípulos andando en sus pisadas. El creyente justificado* no es en ningún sentido una Nueva Criatura aun si, comprendiendo algo de los caminos y las exigencias divinas, procura vivir una vida moral y honrada en el mundo. Todavía es de la tierra, terrestre. Él nunca dio el paso hacia adelante para intercambiar sus derechos humanos y terrestres (asegurados en Jesús) por las cosas celestes sobre las cuales, por su justificación† el Señor le abrió la puerta. Así como en el tipo, los Levitas no fueron permitidos a entrar en los santos lugares del Tabernáculo, ni aun ver las cosas que se encontraban allí, así, en el antitipo, no se les permite a los creyentes justificados de comprender las cosas profundas de Dios ni de discernir y de apreciar su grandeza si, en primer lugar, ellos no se hacen miembros del Sacerdocio real por una plena consagración.

Esperar recibir de la mano del Señor, durante la Edad milenaria, una preferencia y un favor especial, porque en la vida presente se recibió en vano su favor, se volvería a esperar una bendición especial porque anteriormente haya empleado mal o poco apreciado otra bendición. ¿No sería en armonía con los tratos divinos en el pasado, si encontráramos que algunos de los que no habrían sido favorecidos durante esta Edad Evangélica, reciban los

* “el creyente no consagrado” — *Ed.*

† “por su sacrificio” — *Edit.*

principales favores en la próxima Edad? ¿No estaría esto mucho más en armonía con las palabras de nuestro Maestro: “Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros”? En realidad, el Apóstol muestra distintamente que cuando la Nueva Creación haya sido compuesta y la Edad milenaria introducida, el favor especial de Dios regresará a Israel natural, de la cual fue quitado a principios de la Edad Evangélica. —Rom. 11:25-32..

Los que, antes de esta Edad, fueron justificados a comulgar con Dios, que mantuvieron su justificación y que, en recompensa, serán establecidos como “príncipes sobre toda la tierra” sometidos al Reino de los cielos, la mantuvieron sólo al precio de renunciaciones terrestres (Heb. 11:35). Los de la Edad actual que quieren emplear rectamente y mantener su justificación, deben hacerla al precio de la carne. Los miembros del rebaño pequeño, fieles a un grado excepcional, darán su vida en el servicio de la verdad y de los hermanos, y serán así unas copias del Jefe de nuestra Salvación. Hace falta que los miembros de la segunda clase, considerada en otra parte como la “Gran Multitud”,^{*} alcanzan su recompensa al precio de la carne también, aunque, habiendo demostrado menos celo en este sacrificio, ellos pierden la gran recompensa de la Nueva Creación y sus privilegios del Reino. Estas tres clases parecen ser las únicas que se aprovechan, más allá de la vida presente, de las ocasiones favorables especiales ofrecidas durante esta Edad de la justificación por la fe.

Es evidente que las actividades del Reino, a la luz de un pleno conocimiento y desde el punto de vista de las obras atraerán muy fuertemente y por diversas razones, a Israel según la carne primero. Cuando su ceguera se haya acabado, se hará extremadamente celoso por el Ungido de Jehová y dirá como en la profecía: “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará” (Isaías 25:9). Sin embargo, mientras que Israel será naturalmente el primero que se reúne bajo el nuevo orden de cosas, las bendiciones y las ocasiones favorables del Reino, gracias a Dios, se extenderán rápido a través del mundo, con el fin de que

^{*} o “Gran Muchedumbre” — *Darby — Trad.*

todas las naciones puedan hacerse hijos de Abrahán en el sentido de que tendrán parte en las bendiciones que le fueron prometidas, según lo que está escrito: “He aquí mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes; todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente.”

CRISTO NOS HA SIDO HECHO SANTIFICACIÓN

Lo mismo que la sabiduría o el conocimiento de Dios nos vino como el resultado del sacrificio de nuestro Señor Jesús a nuestro favor, y lo mismo que la justificación nos vino entonces gracias a su mérito, cuando aceptamos su reconciliación* y abandonamos el pecado para volvernos hacia la justicia, así nuestra satisfacción es por él. Ningún otro hombre puede santificarse en el sentido de rendirse digno de ser aceptado y ser adoptado en la familia de Dios, la Nueva Creación, engendrado de su Espíritu (Juan 1:13; Heb. 5:4). Lo mismo que el mérito de Cristo fue necesario para nuestra justificación, así nuestra aceptación por él como miembros de su cuerpo, el subsacerdocio real, y su ayuda continua, son indispensables para hacer firme nuestro llamamiento y nuestra elección. El Apóstol condena a los que “no se mantienen unidos a la Cabeza” (Col. 2:19 — *Darby*) y comprendemos que es esencial que cada miembro de la Iglesia reconozca a Cristo Jesús no sólo como el Redentor del pecado, sino que también como el Jefe (Cabeza), representante, guía, instructor y protector del cuerpo (la Iglesia). Nuestro Señor nos muestra esta necesidad, para nosotros, de quedar bajo su guardia, diciendo repetidas veces: “Permaneced en mí. . . Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí” (Juan 15:4, *La Biblia de las Américas*). “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7.). El Apóstol

* “. . . reconciliación y consagramos nuestro todo a Dios; así nuestra satisfacción es por él” — *Edit.*

subraya la misma necesidad de quedar en Cristo, diciendo: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:31.). Para precisar su pensamiento, él sigue citando la profecía: “Porque nuestro Dios es fuego consumidor”. El amor de Dios, lo mismo que su justicia, se incendia contra todo pecado. Entonces, “toda injusticia* es pecado”. “Él no puede ver [admitir] el pecado”. No actúa en el sentido de proteger a los pecadores sino en el sentido de ayudarles a salir de la enfermedad y de su castigo de destrucción.

Esto nos asegura, de acuerdo con diversas declaraciones de las Escrituras, que el momento viene en que el pecado y los pecadores con todo lo que acompaña el pecado, el dolor, la aflicción y la muerte, habrán desaparecido. ¡Gracias a Dios! también podemos regocijarnos de este rasgo distintivo del carácter divino, que Dios sea un fuego consumidor, cuando sabemos que proporcionó un refugio en Cristo Jesús para el período de nuestras imperfecciones involuntarias, y que en él suministró también nuestra liberación definitiva del pecado, de la muerte y de toda debilidad, para revelar a nosotros su semejanza perfecta: la perfección de la naturaleza divina y su plenitud para la Nueva Creación, y la perfección en un plano correspondiendo un poco a aquello de los ángeles para la “Gran Multitud”, con el fin de que sus miembros sean ministros, compañeros de la Iglesia glorificada — “Vírgenes irán en pos de ella, compañeras suyas” (Sal. 45:14). Luego vendrán los beneméritos de la antigüedad, perfectos en la naturaleza humana, imágenes de Dios en la carne, los representantes gloriosos del Reino celestial, intermediarios (o canales — *Trad.*) por los cuales la bendición divina visitará a todas las familias de la tierra. Finalmente, cuando las pruebas, las ocasiones favorables y los juicios de la Edad milenaria hayan traído a todos los hombres de buena voluntad y obedientes a la perfección y ellos hayan manifestado su fidelidad a Dios, estos hombres habrán alcanzado la perfección humana, la imagen de Dios en la carne. Entre ellos, la voluntad divina será tan

* o “iniquidad” (*Biblia de Jerusalén*)

perfectamente comprendida y ejecutada — y esto de todo corazón — que el Señor dejará de ser para ellos un fuego consumidor, porque habrán sido purificados de su escoria bajo la disciplina del gran Mediador a la cual todos fueron sometidos por el amor y la sabiduría del Padre. Entonces, Cristo “verá [fruto] del trabajo de su alma, [y] estará satisfecho” de los resultados.

Santificación significa puesto aparte para el santo servicio. Los pecadores no son llamados a la santificación, sino al arrepentimiento. Los pecadores arrepentidos no están obligados a la consagración, sino deben *creer* en el Señor Jesucristo para su justificación. La santificación se impone sólo a la clase justificada, a los que creen en las promesas de Dios, concentradas en Cristo y aseguradas por su sacrificio en rescate. Esto no quiere decir que la santificación o la santidad no es lo que convenga a toda la humanidad; esto significa sencillamente que Dios previó que mientras un hombre se encuentre en la posición de un pecador no arrepentido, sería inútil invitarle a ponerse aparte para llevar una vida de santidad. Él debe en primer lugar darse cuenta de su culpabilidad y arrepentirse. Esto no quiere decir que el pecador arrepentido no debe alcanzar la santificación, ser puesto aparte para una vida de santidad, sino más bien que una santificación que omitiera la justificación sería completamente vana. En el orden de las disposiciones tomadas por Dios, debemos saber primero que la bondad divina proporcionó todo lo que es necesario con respecto a nuestros pecados; debemos aceptar su perdón [“su arreglo” — *Ed.*] como un don gratuito por Cristo, antes de que estemos en una actitud apropiada para contemplar la consagración y santificarnos en su servicio. Además, el objetivo de todo este arreglo de la Edad Evangélica — el llamamiento al arrepentimiento, la proclamación de las buenas nuevas de una justificación posible, una invitación hecha a los justificados [a todos los creyentes — *Ed.*] de santificarse, de consagrarse a Dios, son tantos elementos o partes del único gran plan que Dios está realizando ahora: el desarrollo de la Nueva Creación. Dios predeterminó que todos los que constituyan la Nueva Creación deben ser sacrificadores — del

“Sacerdocio real”, y que cada uno de ellos debe tener algo para ofrecer a Dios, a ejemplo de nuestro Sumo sacerdote que “se ofreció a Dios” (Heb. 7:27; 9:14). Todo el subsacerdocio [Los sacerdotes que están bajo la autoridad del Sumo sacerdote — *Trad.*] también debe *ofrecerse a sí mismo* a Dios. Como les invita a eso el Apóstol: “Les exhorto pues hermanos [hermanos, porque son justificados y por eso admitidos en la comunión con Dios] por las compasiones de Dios [el perdón ya experimentado de los pecados] a *presentar sus cuerpos en sacrificio vivo y santo, agradable a Dios, [lo que es] su servicio inteligente*” (Rom. 12:1. — *Darby*). Y ahora, observe que, ya que nuestros cuerpos no son efectivamente “santos”, hace falta que se consideren como tales antes de que puedan ser “aceptables a Dios”, contados como “santos”; es decir, debemos ser justificados por la fe en Cristo *antes* de tener cualquier cosa santa y aceptable para depositar en el altar de Dios. Y esta cosa aceptable debe ser puesta en el altar de Dios, sacrificada y aceptada por él, saliendo de las manos de nuestro gran Sumo sacerdote, antes de que podamos ser considerados como miembros de su “Sacerdocio real”.

La santificación será exigida por el gran Rey durante la Edad milenaria. El mundo entero será llamado a santificar, a separarse de toda impureza, de cualquiera que sea el pecado, y a obedecer la voluntad divina representada por el Reino y sus príncipes. Puede que algunos observen entonces una santificación o una santidad de vida totalmente exterior sin tener el ánimo santificado: éstos puedan hacer progreso tanto mental como moral y físico — hasta el límite extremo de la restauración a la plena perfección; al hacerlo ellos disfrutarán en el ínterin, de las bendiciones y las recompensas que caracterizarán este glorioso período hasta su mismo término; pero si, entonces, la santificación no penetra sus propios pensamientos y las intenciones de sus corazones, no serán limpios para las condiciones eternas más allá de la Edad milenaria, donde nada se admitirá que no esté absolutamente en conformidad con la regla divina en pensamiento, en palabra y en acción.

Sin embargo, habiendo trazado así el desarrollo de la santificación como principio general y de su acción en el mundo en

el futuro, no perdamos de vista el hecho de que las Escrituras fueron especialmente escritas “para *nuestra* instrucción” — para la instrucción de la Nueva Creación. Cuando haya venido el tiempo para el mundo de ser instruido en el sentido de la santificación, el Gran Maestro, el Sol de Justicia estará allí para inundar la tierra con el conocimiento de Dios. No habrá más Babel de teorías y de doctrinas confusas porque el Señor prometió que en este día: “Devolveré yo a los pueblos pureza de labios [mensaje puro], para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento” (Sof. 3:9). Es sólo a la Nueva Creación que el Apóstol se dirige cuando declara que Cristo, “*nos* ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. Por lo tanto, prestemos la más seria atención en estas cosas escritas para *nuestra* instrucción y que son necesarias evidentemente para nosotros si queremos hacer firme nuestro llamamiento y nuestra elección para formar parte de la Nueva Creación.

Lo mismo que el Señor dijo a los Israelitas típicos: “Santificaos, pues, y sed santos” y “os santifico” (Lev. 20:7, 8; Ex. 31:13), así él invita al Israelita según el espíritu a consagrarse, a presentar su cuerpo en sacrificio vivo, a ofrecerse a Dios gracias a, y por, el mérito de la reconciliación de Cristo; son solamente éstos que lo hacen durante el “tiempo favorable” que el Señor acepta y pone aparte como santos escribiendo sus nombres en el libro de la vida del Cordero (Apoc. 3:5). Además, les otorga las coronas de gloria, de honra y de inmortalidad que recibirán si se encuentran fieles en todos sus compromisos, lo que, tenemos la seguridad, es sólo un “servicio razonable” —Apoc. 3:11.

Lo mismo que en el tipo, la consagración de los Levitas era una consagración parcial, para seguir la justicia, pero no era una consagración con vistas al sacrificio, así el paso siguiente de la santificación que es tomado por los que aceptan el llamamiento de Dios para formar parte del Sacerdocio real, fue simbolizado en el tipo por la consagración de Aarón y sus hijos en la función sacerdotal — una consagración para el sacrificio. Esto fue simbolizado por los vestidos blancos de lino fino que representaban la justicia, la justificación, y por el aceite de unción

y por el oficio del sacrificador en el cual todos los sacerdotes tomaban parte. —Heb. 8:3.

En los tipos levíticos, dos consagraciones son distintamente indicadas: (1) la consagración general de todos los Levitas; (2) una consagración especial de algunos Levitas que eran sacrificadores o sacerdotes. La primera de estas consagraciones representa la consagración general a una vida santa y a una obediencia a Dios que hacen todos los creyentes, y que, por la gracia de Dios a través de Cristo, obtiene para ellos, tentativamente [o considerada como tal — “Reckonedly”^{*} — *Trad.*] la “justificación a la vida” y la paz de Dios. Esto es lo que todos los verdaderos creyentes comprenden y experimentan en esta Edad. Pero, como lo explica el Apóstol: “el propósito de este mandamiento, es el amor[†] nacido de un corazón limpio” (1 Tim. 1:5) es decir, Dios preve que nuestra sumisión a nuestra primera consagración, nuestra sumisión a los términos de nuestra justificación durante la Edad presente, nos conducirá a la meta de esta justificación, a la consagración como sacerdotes para el sacrificio.

¿Cómo es así? Porque una vida santa y una obediencia a Dios comprenden un “amor que viene de un corazón limpio” por Dios y por nuestros semejantes. El amor por Dios significa un amor “de todo nuestro corazón, de todo nuestro pensamiento, de toda nuestra sustancia, de toda nuestra fuerza”; tal amor no espere ser ordenado, sino se ofrezca para el servicio, diciendo: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” En el primer advenimiento, todo “Israelita verdadero” fiel había hecho esta primera consagración representada por aquella de los Levitas. Es a aquellos que el Señor dirigió el llamado especial del Evangelio, aquel de la consagración a la muerte, al sacrificio de sus intereses terrestres para obtener las riquezas celestes, el llamamiento a hacerse discípulos que siguen las pisadas de Jesús, el Jefe de nuestra Salvación sobre el camino angosto que conduce a la gloria, la honra y la inmortalidad. Los que respondieron a esta invitación fueron aceptados como

^{*} O “tentatively” (sinónimo): “experimentalmente” — *Trad.*

[†] Griego *agape*: amor desinteresado.

sacerdotes, como miembros del *cuerpo* del Sumo sacerdote de nuestra profesión y “hijos de Dios”. —Juan 1:12.

Durante toda la Edad Evangélica, los mismos trámites prevalecen: (1) Es la consagración a la obediencia y a la justicia que hace de nosotros Levitas antitípicos. Descubrimos, entonces, que la justicia significa un amor supremo por Dios y un deseo de entender y de hacer su voluntad; luego, más tarde, nos damos cuenta de que toda la creación es tan pervertida ahora, tan desnaturalizada y tan en desacuerdo con Dios que, de hecho, estar de acuerdo con Dios es estar en desacuerdo con toda injusticia tanto aquella que habite en nosotros como aquella que existe en otros; entonces nos dirigimos al Señor, le clamamos a Él para saber por qué nos llamó, por qué aceptó nuestra consagración, y por qué, sin embargo, Él aparentemente hizo esto posible sólo por sacrificio. A este clamor el Señor responde: “Han sido llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Ef. 4:4), y este llamamiento tiene por objetivo la coherencia con nuestro Señor en la gloria, la honra y la inmortalidad del Reino (Lucas 12:32; Rom. 2:7); él añade que el camino es angosto y difícil porque es indispensable, para aquellos que quieren así honrar y sufrir estas pruebas con éxito (Mat. 7:14; Rom. 8:17). (2) Esto fue después de haber oído el llamado de Dios a través del Apóstol: “Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom. 12:1, *La Biblia de las Américas*), después de haber respondido a este llamamiento y después de habernos consagrados *hasta la muerte* que fuimos contados como *sacerdotes* del “Sacerdocio real”, miembros del Gran Sumo sacerdote de nuestra profesión (u orden) Cristo Jesús, Nuevas Criaturas.

Estos creyentes que, después de haberse dado cuenta de que “el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio”, se niegan a ir hasta este fin, se niegan a aceptar el llamado al sacrificio, y se niegan por consiguiente a someterse a lo que

Dios contempló justificándoles,* éstos fracasan en su pacto basado en la obediencia a la justicia, a causa de la estrechez del camino, y niegan así la “sola esperanza de su llamado”. ¿No reciben ellos la gracia de Dios [la justificación a la vida, considerada como tal]† *en vano*? Si se recuerda los beneméritos de la antigüedad, y que observa cuánto les costó para recibir “buen testimonio mediante la fe” y para “agradar a Dios”, para guardar así su *justificación a la amistad* (Heb. 11:5, 32-39), ¿podemos esperar nosotros que la *justificación a la vida*, concedida durante esta Edad Evangélica a los que se hacen Levitas antitípicos, pueda mantenerse por un menor grado de fidelidad de corazón al Señor y a la justicia? Debemos concluir con certeza que los que son aceptados como creyentes justificados‡ (Levitas antitípicos) y que “calculan los gastos”, lo que les cuesta para ser discípulos (Lucas 14:27, 28) — al cual les conduce su consagración ya hecha — y entonces se niegan a ejercer la fe en la ayuda prometida por el Señor, rehúsan o fallan a avanzar para cumplir su “servicio razonable”, completando su consagración — aun hasta la muerte — éstos han recibido el favor del Señor en vano. No podemos considerarlos seguramente como teniendo ahora esta justificación a la vida, ni aun la justificación a la comunión especial con Dios; así ellos caen de su posición privilegiada de Levitas antitípicos y no deben ser considerados más en lo sucesivo como tales.

Sin embargo, entre los que aprecian bien el favor de Dios, y cuyos corazones responden en toda lealtad a los privilegios y al “servicio razonable” de una plena consagración, y que emprenden por el pacto de obediencia a Dios y a la justicia aun hasta la *muerte*, hay las dos clases siguientes:

(1) Los Levitas antitípicos que, con alegría, “*entregan su vida*” voluntariamente, buscando los caminos y los medios de servir al Señor, a los hermanos y la Verdad, considerando como un

* tentativamente — *Edit.*

† o tentativa — *Trad.*

‡ tentativamente — *Edit.*

placer y un honor de *sacrificar* así su bienestar terrestre, sus gustos, el tiempo, la influencia, los medios y todo lo que constituye la *vida presente*. Estos sacrificadores voluntarios y alegres, los sacerdotes antitípicos, serán glorificados en poco tiempo, y, con su Señor, formarán el “Sacerdocio *real*”. Una vez acabado su sacrificio, ellos no serán más en lo sucesivo tipificados por Aarón y sus hijos que cumplirán sacrificios para el pueblo, sino por Melquisedec — un sacerdote sobre su trono — que difundirá por el mundo durante el Milenio, las bendiciones aseguradas por los “sacrificios más excelentes” ofrecidos en el transcurso del Día de la Expiación antitípico — la Edad Evangélica.

(2) Otra clase de creyentes responde al llamado del fondo del corazón y consagra alegremente su todo al Señor y a su “servicio razonable”. Ellos demuestran así que son dignos de ser Levitas antitípicos porque no reciben la gracia de Dios en vano. ¡Pero por desgracia! aunque respondan al llamado y entren así en “la sola esperanza de nuestra vocación” y en todos los privilegios de los elegidos, su amor y su celo no son desarrollados, sin embargo, hasta el punto de incitarles a cumplir el sacrificio que habían prometido hacer. Puesto que su amor y su fe no son bastante ardientes, ellos fallan de colocar o de mantener su sacrificio sobre el altar. No podemos considerarlos por lo tanto como “copias” verdaderas o imágenes de nuestro Gran Sumo sacerdote a quien le encanta hacer la voluntad del Padre; ellos no combaten victoriosamente y no pueden ser contados, por lo tanto, entre los “vencedores” que tendrán parte con su Señor en el Reino de los cielos a título de miembros del “Sacerdocio *real*”. Ellos fallan de hacer firme su vocación y su elección no sometándose completamente a los términos de su pacto.

¿Pero qué hay de éstos? ¿Perdieron todo por el hecho de que corriendo por el premio, fallaron en la prueba de celo y de amor exigida para ganarlo? No, gracias a Dios. Aun si, sometido a pruebas cruciales, su fe y su celo fueron encontrados suficientes para que puedan ser clasificados entre los sacrificadores (o sacerdotes — *Trad.*), sin embargo, su grado de fe y de celo para consagrarse aun hasta la muerte demuestra la sinceridad de su

corazón como Levitas. Sin embargo, no basta que se hayan consagrado plenamente; ellos deben *demostrar* absolutamente que aman al Señor de todo corazón y que no *le renegarán a ningún precio*, aun si no son bastante fieles para buscar el sacrificio en su servicio. Entonces, ¿qué es la prueba que probará que son dignos del encargo de los Levitas en el Reino? ¿Y cómo se aplicará?

Nosotros ya hicimos alusión a esta “gran multitud” de verdaderos consagrados al Señor descrita en Apocalipsis 7:13-15. “Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto, están delante del [y no *sobre* el] trono de Dios, y le sirven día y noche [continuamente] en su templo [la Iglesia]; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos” [él les asociará con sí mismo y su Esposa glorificada en la condición espiritual y sus servicios]. “¡Vírgenes insensatas!” Ellas dejaron escapar la ocasión favorable de hacerse miembros de la Esposa, pero son *vírgenes*, puras, sin embargo, en cuanto a las intenciones de su corazón. Ellas pierdan el *premio* pero más tarde procuran, a través de pruebas duras, tener parte en el festín nupcial del Esposo y de la Esposa, “vírgenes irán en pos de ella, compañeras suyas”. Serán también presentadas al Rey. “Serán traídas con alegría y gozo; entrarán en el palacio del rey” (Sal. 45:14, 15). Como Levitas, ellas no procuraron obtener el premio del Sacerdocio Real, pero todavía son Levitas y pueden servir a Dios en su templo glorificado, la Iglesia, aunque no puedan ser ni, “columnas” ni “piedras vivas” en este templo (Apoc. 3:12; 19:6, 7; Sal. 45:14 y 15.). El versículo que sigue la última cita enfoca nuestra atención en los Levitas antitípicos de la época anterior que Israel según la carne llamaba “los padres”, y nos asegura que serán recompensados siendo hechos “príncipes sobre toda la tierra”.

También, los tres hijos de Leví (Gersón, Coat y Merari) parecen representar cuatro clases: (1) Moisés, Aarón y toda la familia sacerdotal de Amram (hijo de Coat) cuyas tiendas se elevaban delante [al lado] del Tabernáculo. Ellos tenían la carga entera de todas las cuestiones religiosas — sus hermanos, todos ellos Levitas — siendo sus ayudantes o servidores honrados. (2)

Acampada en el lado sur se encontraba la familia de Coat, sus parientes más cercanos, quienes tenían la carga de los objetos más sagrados: los Altares, el Candelabro (versión *Zadoc-Kahn*: “alumbrado”), la Mesa y el Arco. (3) Acampados al norte del Tabernáculo se encontraban los Levitas de la familia de Merari, los próximos en honor en el servicio y que estaban a cargo de las tablas cubiertas con oro del tabernáculo, las columnas y las bases, etc. (4) Detrás se encontraban los Levitas de la familia de Gersón. Ellos estaban a cargo de los servicios menos importantes — lo de transportar, etc., los cordajes, las cortinas exteriores, la puerta, etc.

Estas familias distintas de Levitas pueden representar muy bien cuatro clases distintas de la humanidad *justificada*, cuando se haya acabado la obra de reconciliación: los santos o Sacerdocio Real, los Beneméritos de la Antigüedad, la “Gran Multitud” (la Gran Muchedumbre — *Trad.*) y el mundo liberado. Así como pasa a menudo cuando se trata de tipos, los nombres parecen ser significativos: (1) La familia de Amram escogida para formar el sacerdocio. El nombre AMRAM quiere decir *pueblo elevado o exaltado*. ¡Qué nombre bien apropiado para el tipo del “rebaño pequeño” cuya Cabeza es Jesucristo! “Altamente elevados”, “altamente colocados”, tales son las declaraciones bíblicas que se refieren a estos sacerdotes. (2) COAT significa *aliado o compañero*. Estuvo en la familia de Coat que los hijos de Amram fueron escogidos para hacerse una nueva casa de sacerdotes. Los Levitas de la familia de Coat podrían representar bien a los Beneméritos de la Antigüedad cuya fe, obediencia, fidelidad a Dios, la diligencia que hay que sufrir por la justicia, fueron tan plenamente atestiguadas y con quienes sentimos tan entroncados. Fueron verdaderamente los aliados del Señor y los nuestros y, de cierto modo, están más cerca de Cristo de toda manera que lo esté cualquiera otro. (3) MERARI quiere decir *amargo*. Los Levitas de la familia de Merari parecerían representar a la “gran multitud” de los engendrados del espíritu que no ganaron el premio del Sacerdocio real y que son salvos como a través del fuego, elevándose por una “gran tribulación” y experiencias *amargas* a la posición de honor y de servicio que ocuparán. (4) GERSON

significa *refugiados*, *rescatados*. Los Levitas de la familia de Gersón parecerían representar bien a los humanos salvos, a todos aquellos del mundo que hayan encontrado un refugio, que hayan sido socorridos y que serán liberados de la ceguera y de la esclavitud de Satanás.

Por consiguiente, los primeros en orden tanto como en rango entre estos Levitas antitípicos o justificados, serán los miembros del Sacerdocio real a los cuales serán confiados el Reino milenario y todos sus intereses. A su derecha estarán sus aliados más cercanos — los Beneméritos de la Antigüedad que establecerán como “príncipes sobre toda la tierra”. A su izquierda se encontrarán sus hermanos fieles de la Gran Multitud* Y finalmente, vendrán todos los que serán liberados del pecado y de la muerte durante el Milenio y cuya lealtad habrá sido demostrada plenamente en la gran prueba que acabará la Edad milenaria. —Apoc. 20:7-9.

Todos los que pertenezcan a estas clases de Levitas, serán los que hayan sido probados y hayan manifestado la lealtad de su *corazón* en sus pruebas. Sin embargo, esto no implica que los que son ahora justificados por la fe, por anticipado del mundo[†] y que descuidan o se niegan a avanzar y a alcanzar el *propósito* del mandamiento — el amor que viene de un corazón limpio — y que reciben por consiguiente esta gracia de Dios *en vano* no tendrán una nueva ocasión favorable. Si, cuando ellos “cuentan los gastos” de la participación en el servicio sacerdotal del sacrificio, y declinan la oferta que se les hace, es bien seguro que no se puede ni alabar ni recompensar tal apreciación del “servicio razonable” hacia Dios, pero en toda justicia su falta de sabiduría no merece

* El último pensamiento del autor es que ciertos textos de las Escrituras parecen enseñar que los *Beneméritos de la Antigüedad* no tendrán la precedencia, sino que ocuparán un rango inferior a la *Gran Multitud* durante el Milenio, y recibirán la naturaleza espiritual y los honores más grandes al fin. [Durante el Milenio, ellos ocuparán un rango inferior en cuanto a su naturaleza; pero ocuparán entonces un rango más elevado en cuanto a su ministerio. — *Edit.*]

[†] “Fe, en el sentido experimental y que. . .” — *Edit.*

tampoco un castigo; de otro modo, el llamado a la gloria, a la honra y a la inmortalidad no es una gracia sino una necesidad, no es una invitación sino un mandamiento, no es un sacrificio sino una obligación. La pérdida o la anulación de su justificación no impide que todavía formen parte del mundo rescatado exactamente en la situación donde se encontraban antes de aceptar a Cristo por la fe, excepto que el incremento de su conocimiento aumenta también su responsabilidad en cuanto a hacer el bien. En otras palabras, la prueba por la vida o la muerte eternas en la actualidad sólo incluye a los que, de buen grado, hacen una plena consagración al Señor “aun hasta la muerte”. El resto de la raza todavía no está en juicio por la vida o la muerte eternas, y no lo será antes de que el Reino milenarío haya sido establecido. No obstante, mientras tanto cada ser humano, en proporción con la luz que haya recibido, edifica o destruye su carácter, y hace así sus condiciones en la Edad milenaria y sus esperanzas de vida eterna, sean mejores o sean peores, según que obedezca o desconozca su conocimiento y su conciencia.

Sin embargo, para los que son plenamente consagrados la cosa es diferente. Por su consagración más completa *hasta la muerte*, ellos renuncian totalmente la vida terrestre, intercambiándola por la vida espiritual que será la suya si son fieles hasta la muerte, pero no de otro modo. En consecuencia, para ellos, la infidelidad significará la muerte eterna como lo será también para todos los seres humanos que, al fin del Milenio, serán infieles.

Ninguno de los Levitas tuvo una herencia en la tierra de Canaán. Este hecho es significativo: habiendo consagrado su todo al Señor, y estando plenamente de todo corazón en armonía con su justicia, las condiciones imperfectas de pecado de la actualidad *no son su herencia*. Canaán representaba la condición donde se efectuaba la lucha durante el estado de prueba; las conquistas sobre los enemigos representaban la victoria sobre los dolores, etc. especialmente durante el Milenio; pero Dios proporcionó una mejor herencia, una herencia pura y perfecta, para todos los que Él *justifica* completamente como Levitas antitípicos. Los primeros de

entrar en posesión de esta herencia más excelente serán los Sacerdotes que tendrán parte en la Primera Resurrección y recibirán la perfección de la naturaleza divina. Los “Beneméritos de la Antigüedad” vendrán luego y entrarán en su herencia perfecta por la resurrección como seres humanos perfectos.* La “Gran Multitud” seguirá en orden y se hará perfecta en el plano espiritual. En último lugar, la clase de Gersón, elevada, levantada y probada durante el Milenio, entrará en su herencia por esta resurrección gradual, un levantamiento de la muerte a la vida se alcanzará plenamente al fin del Milenio.

Lo mismo que sólo los creyentes que se consagran hasta el límite extremo — hasta la muerte — son engendrados del Espíritu Santo y contados como miembros del Gran Sumo sacerdote, así lo demostraban los tipos, porque los Levitas en general no recibían el santo aceite de unción, el tipo del Espíritu Santo, sino sólo los sacrificadores, los sacerdotes solos. Todos ellos fueron rociados del aceite mezclado con sangre, con el fin de mostrar que el Espíritu Santo dispensado a los miembros de Cristo se les concede sólo en virtud de la sangre difundida: (1) el sacrificio de Cristo Jesús en su favor los justifica, y (2) su compromiso en tomar parte en el sacrificio con Cristo — entregando sus vidas en su servicio. —Éxodo 29:21.

La *unción* del Sumo sacerdote era todavía una cosa diferente; ella representaba la unidad, la solidaridad de la Iglesia elegida, porque esta unción fue derramada sólo sobre el que debería asumir la dignidad sacerdotal como gran sacerdote — primero sobre Aarón solo — pero sobre cada uno de sus hijos, en el mismo momento en que sucedían en el oficio del gran sacerdote “para ejercer el *sacerdocio* delante de mí” (Éxodo 28:41; 40:13, 15). Cristo Jesús nuestro Señor, la Cabeza de la Iglesia que es su cuerpo fue “ungido con óleo de alegría [el Espíritu Santo] *más que* [la cabeza está encima] a sus compañeros” o coherederos, los miembros del “Sacerdocio real”. Fue totalmente derramado sobre

* Véase nota en la página 126.

él, y “de su plenitud [abundancia] tomamos todos, y gracia sobre gracia” [Juan 1:16]. Fue un “don inefable” que de ser perdonado y ser justificado por el mérito de su sacrificio. Y ahora es casi imposible creer que seamos llamados a ser sus coherederos en el Reino y que nuestra consagración sea “sellada” por una aspersión de sangre y de aceite teniendo parte en la unción de nuestra Cabeza [o Jefe — *Trad.*].

El Señor guió al profeta David para darnos una descripción escrita de la unción y mostrarnos como fue totalmente derramada sobre nuestra Cabeza, y cómo hace falta que se baje de él sobre nosotros (Sal. 133:1-3; 45:7; Lucas 4:18). Los miembros de la Iglesia son los “hermanos” a quienes el espíritu incita a “habitar juntos en armonía”. Es necesario que todos los que son uno con la Cabeza estén en armonía con los otros miembros de la Iglesia que es su cuerpo, y es sólo en proporción donde lo estén que reciben el Espíritu Santo de unción.* Este aceite de la santa unción representaba al Espíritu Santo y la iluminación que trae a aquellos que Dios acepta como miembros en perspectiva del Sacerdocio Real, la Nueva Creación, miembros que son “sellados”, es decir, marcados por el Espíritu Santo que se les da así como lo mostramos anteriormente.*

Todos los que son *marcados* así con el Espíritu Santo como miembros en perspectiva de la Nueva Creación, el Señor lo afirma: “no son del mundo como no soy del mundo”. “Yo os elegí a vosotros [de en medio del mundo], y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”. “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:16, 19; 17:16). Aunque, hasta cierto punto, el mundo pueda discernir estas *marcas* de santificación, no debemos esperar que ellas susciten su admiración o su aprobación, sino más bien que el mundo considerará estos testimonios del Espíritu Santo sobre las Nuevas Criaturas como pruebas de debilidades y de naturaleza afeminada. El mundo aprecia y aprueba lo que le parece ser una vida enérgica

* Vol. V, Cap. IX (en inglés).

y bien llena — sin demasiado rectitud. Nuestro Señor nos explica por qué el mundo no aprueba a sus discípulos: es porque las tinieblas odian la luz, porque el nivel de los pensamientos, palabras y las acciones de su Sacerdocio Real es tan más elevado que el de los humanos en general, que parece condenar más o menos su modo de vivir. Le gusta al mundo más bien ser aprobado, halagado, y todo lo que, a cualquier grado, lo censura, lo evita si no se opone a eso. Esta desaprobación de los sabios mundanos de la cristiandad constituye un aspecto de la prueba de los miembros del Sacerdocio Real, y si su consagración no sea absolutamente sincera, no sólo les faltará la amistad del mundo y desearán hasta tal punto su aprobación que no lograrán cumplir en el espíritu conveniente el sacrificio de los intereses terrestres que habían emprendido: no serán sacerdotes, ni, por consiguiente, miembros de la Nueva Creación. Sin embargo, debido a sus buenas intenciones, el Señor puede hacerlos pasar por pruebas ardientes por la *destrucción* de la carne que no hayan tenido el celo de ofrecer en *sacrificio*. Así, puedan ser considerados dignos de tener parte en las bendiciones y en las recompensas de la Gran Multitud que saldrá de la gran tribulación para servir delante del trono en el cual el Rebaño Pequeño se sentará con el Señor.

La santificación no consiste solamente de dos partes, a saber: la parte del hombre que se consagra totalmente y la parte de Dios que la acepta sin reserva, sino implica también un elemento de progresión. Si hace falta que nuestra consagración al Señor sea sincera y *completa* con el fin de que pueda ser aceptada por él, no obstante, se acompaña de una cantidad relativamente restringida de conocimiento y de experiencia. Debemos crecer, día tras día, en santificación así como en conocimiento. Al principio, nuestro corazón estaba lleno, rechazamos toda voluntad personal; pero la capacidad de nuestro corazón era pequeña. A medida que aumenta, la santificación debe andar de par, llenar todas las partes. Así, el Apóstol nos exhorta en ser “llenos del Espíritu” y también “que el amor de Dios sea difundido en sus corazones y abunde allí cada vez más”. El medio preparado para esta expansión del corazón, se

expresa en la oración que hizo nuestro Redentor por nosotros: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. —Juan 17:17.

Fue la Palabra, o mensaje de Dios, la “*sabiduría*” de Dios por Cristo, que comenzó a manifestar hacia nosotros el favor divino, y nos condujo paso a paso hasta el punto de la consagración; y ahora todavía es la misma Palabra, o mensaje de Dios por Cristo, que debe ampliar nuestro corazón tanto como llenarlo. Sin embargo, si pertenece a Dios de proporcionar la verdad que debe llenarnos y santificarnos, pertenece a nosotros de manifestar esta condición consagrada de corazón en la cual tengamos hambre y sed de esta verdad santificante, que comamos cada día y por la cual nos hagamos así capaces de crecer en el Señor y en el poder de su fuerza. No basta que nos consagramos al Señor; él no desea meros candidatos en la Nueva Creación, sino es menester que éstos sean ejercidos, disciplinados y probados con el fin de poner en evidencia y de desarrollar diversos rasgos de carácter; además, cada rasgo debe estar sometido a una prueba completa de fidelidad a Dios, con el fin de demostrar que siendo puestas a prueba y probadas en todos puntos, estas Nuevas Criaturas sean encontradas fieles a aquél que las “llamó”, y así contadas dignas de entrar en las alegrías gloriosas de su Señor participando en la Primera Resurrección.

Lo mismo que la justificación^{*} trajo una gran bendición de paz con Dios, así es el paso siguiente de una plena consagración al Señor de todos los intereses y todos los asuntos de la vida, todas las esperanzas y todas las ambiciones. Intercambiar esperanzas, ambiciones y bendiciones terrestres con las celestiales ofrecidas a la Nueva Creación, trae un alivio grande y muy satisfactorio, un gran descanso del corazón, a medida que nosotros discernimos y apropiamos para nosotros — hasta las promesas muy grandes y preciosas que Dios hizo para la Nueva Creación. Estas promesas se encuentran condensadas en ésta: “Todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28). Tal es la Segunda Bendición en el verdadero sentido

^{*} “Lo mismo que esta justificación a la amistad trajo la paz de Dios.” — *Edit.*

de esta expresión, no obstante, no que sea acompañada de manifestaciones exteriores de la carne, sino porque introduce en nuestro corazón un descanso profundo, una plena confianza en Dios, y que permite hacer nuestras las promesas extremadamente grandes y preciosas de las Escrituras.

A causa de las diferencias en temperamentos, habrá necesariamente diferencias de experiencias en relación con esta plena consagración. Para algunos, un abandono total al Señor y una comprensión que son el objeto de sus cuidados especiales como miembros de la futura Iglesia elegida les traerán simplemente una paz satisfactoria, un descanso del corazón, mientras que para otros de una naturaleza más exuberante, será una efervescencia de alegría, de alabanza y de regocijo. Debemos acordarnos de estas diferencias de temperamentos naturales, y simpatizar con aquellos cuyas experiencias difieren de las nuestras, recordando que unas diferencias análogas se manifestaron entre los doce apóstoles, que algunos — en particular Pedro, Santiago y Juan — eran más demostrativos que los otros en lo que concernía a todas sus experiencias, inclusive aquellas del Pentecostés. Que los hermanos que tienen una disposición exuberante y efervescente aprendan la moderación que el Apóstol recomendaba; en cambio, que los hermanos que, por naturaleza, son más bien demasiado fríos y demasiado impasibles, rueguen y busquen una apreciación más grande de las virtudes de aquél que nos llamó de las tinieblas a su luz maravillosa, y una libertad más grande para proclamarlas. Acordémonos que Santiago y Juan, dos de los apóstoles particularmente muy amados del Señor, llamados los “hijos del trueno” a causa de su celo y de su impetuosidad, necesitaron, en una ocasión por lo menos, ser regañados y censurados para recordarles de cuál espíritu fueron animados (Lucas 9:54, 55). El apóstol Pedro, otro discípulo muy amado y celoso, fue bendecido en cambio por su reconocimiento pronto del Mesías, pero por otra parte censurado como un adversario, a causa de un celo inoportuno. Sin embargo, el Señor mostró distintamente cuánto apreciaba el temperamento hirviente y ardiente, estos tres discípulos que fueron sus compañeros íntimos, los únicos que él tomó con sí a la

montaña de la Transfiguración, y en la habitación donde reposaba la chica de Jairo que el Maestro despertó del sueño de la muerte; fueron también sus compañeros particulares, un poco más cerca de él que fueron los otros en el jardín de Getsemaní. La lección que se saca de esto para nosotros, es que el celo agrada al Señor y que nos une a él, pero que debemos siempre reverenciar al Jefe y ser guiado por su palabra y por su Espíritu.

La santificación no significa perfección humana, como algunos la interpretaron mal; la santificación no cambia la cualidad o la condición de nuestro cerebro, y no quita de manera milagrosa las imperfecciones de nuestro cuerpo. Es una consagración o una devoción de la voluntad que el Señor acepta como perfecta por Cristo: es una consagración del cuerpo en sacrificio, “aun hasta la muerte”, y como lo hemos visto, este cuerpo no se hace realmente perfecto gracias a la justificación por la fe, sino es simplemente considerado como perfecto según nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestra intención. Como lo recomienda el Apóstol, la nueva voluntad debería procurar traer toda facultad, todo talento, todas las condiciones favorables de su cuerpo en pleno acuerdo con el Señor, y ejercer una influencia en la misma dirección sobre todos los hombres con los cuales viene en contacto. Esto no quiere decir que en pocos años (cinco, diez, veinte, cincuenta) de la vida presente, la nueva voluntad será capaz de traer a la perfección su propio pobre cuerpo imperfecto (o los cuerpos imperfectos de los demás del cual es un espécimen). Al contrario, el Apóstol nos afirma, tocante a la Iglesia, que en la muerte el cuerpo “se siembra en corrupción, se siembra en debilidad, se siembra en deshonor, se siembra en cuerpo natural [imperfecto]”, y que es sólo en la Resurrección donde recibiremos un nuevo cuerpo, vigoroso, perfecto, glorioso, inmortal, honorable, que habremos obtenido la perfección que buscamos, la que, según la promesa del Señor, será eventualmente la nuestra, si en el tiempo presente de debilidad y de imperfección, le manifestamos la lealtad de nuestro *corazón*.

Sin embargo, la lealtad de corazón hacia el Señor significará un esfuerzo continuo para someter toda la conducta de nuestra vida, aun más, los pensamientos, las mismas intenciones de nuestro

corazón, a la voluntad divina (Heb. 4:12). Tal es nuestro primer deber, nuestro deber continuo, y será el fin de nuestro deber porque “la voluntad de Dios es vuestra santificación”. “Sed santos, porque yo [el Señor] soy santo” (1 Tes. 4:3; 1 Ped. 1:16). La santidad absoluta debe ser el ideal que nuestro *espíritu* puede adoptar y vivir alegre y plenamente, pero que nosotros nunca alcanzaremos realmente y físicamente siempre y cuando seamos sometidos a las debilidades de nuestra naturaleza caída y a los ataques del mundo y del Adversario. Sin embargo, a medida que “somos enseñados por Dios” día tras día y alcanzamos un conocimiento más grande de su carácter glorioso, cada vez más la apreciación de este carácter llena nuestro corazón, el nuevo entendimiento ganará cada vez más influencia, fuerza, poder sobre las debilidades de la carne, cualesquiera que puedan ser, y estas debilidades varían con los diferentes miembros del cuerpo.

La santificación verdadera del corazón con respecto al Señor significará la diligencia en su servicio; significará la proclamación de las buenas nuevas a otros; significará la edificación mutua en la santísima fe; significará que deberíamos hacer bien a todos los hombres cuando tengamos la oportunidad, en particular con la familia de la fe; significará que de estas diversas maneras nuestra vida, consagrada al Señor, se entregará a favor de los hermanos (1 Juan 3:16), día tras día, ocasión después de ocasión como se presenten a nosotros; significará que nuestro amor por el Señor, por los hermanos, por nuestras familias y, por simpatía hacia la humanidad en general, llenará de manera creciente nuestro corazón, a medida que crezcamos en gracia, en conocimiento y en obediencia a la Palabra divina y al ejemplo divino. Sin embargo, todas estas aplicaciones de nuestra energía en interés de otros son simplemente muchos medios por los cuales, bajo la providencia del Señor, *puede cumplirse nuestra propia santificación*. Así como hierro con hierro se aguza [Prov. 27:17], así la energía que gastamos por otros nos trae bendiciones. Además, mientras que deberíamos cada vez más alcanzar esta condición noble de amor por nuestro prójimo como por nosotros mismos — y especialmente por la familia de la fe, no obstante, el móvil de todos estos

esfuerzos debería ser nuestro amor supremo por nuestro Creador y Redentor, y nuestro deseo de ser y de hacer lo que le agrada. Hace falta por lo tanto que en primer lugar nuestra santificación sea para Dios, que afecta primero nuestro propio corazón y nuestra propia voluntad, y como el resultado de tal devoción a Dios, que encuentra a emplearse en interés de los hermanos y de todos los hombres.

SANTIFICADOS POR LA VERDAD

De lo que precede, es claro que la santificación que Dios desea — la que es esencial para obtener un lugar en la Nueva Creación será posible sólo para los que están en la escuela de Cristo y que son enseñados por él, “santificados por la verdad”. El error, no más que la ignorancia, no santifica. Por otra parte, no debemos cometer el error de suponer que toda verdad tiende a la santificación: al contrario, aunque la verdad en general sea admirable para todos aquellos que aman y que odian el error en la misma proporción, es “*Tu verdad*” sola que santifica según la palabra de nuestro Señor. Vemos que todo el mundo temporal (“secular”) persigue ostensiblemente la verdad, entra en competición y en lucha para obtenerla. Los geólogos tienen una parte del campo, los astrónomos, los químicos, los físicos, los estadistas, etc., tienen otras partes, pero no encontramos que estas diversas ramas de la búsqueda por la verdad conduzcan a la santificación. Al contrario, encontramos que por regla general, ellas conduzcan a la dirección opuesta, de acuerdo con el Apóstol que declara que “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Cor. 1:21). El hecho es que, en pocos años de la vida presente y en nuestra condición presente caída, imperfecta y corrompida, nuestra capacidad es totalmente insuficiente para tratar útilmente de comprender toda la verdad de todos los temas; es por eso que vemos que los que tienen éxito en el mundo son especialistas. El hombre que consagra su atención en la astronomía tendrá más que puede hacer para conservar su posición; él sólo

dispondrá de poco tiempo para la geología o la química o la botánica o la medicina o para la más noble de todas las ciencias “*Tu verdad*” — del plan divino de las Edades. Es por esta razón que el Apóstol, él mismo un hombre instruido de su tiempo, aconseja a Timoteo huir del “conocimiento” [teorías y ciencias humanas] así falsamente llamado. El término ciencia significa la verdad; podemos estar seguros de que el Apóstol no quería discutir la sinceridad de los sabios de su tiempo, ni implicar que falsificaban intencionalmente la verdad, sino que — y la historia de la ciencia lo demuestra plenamente — sus palabras nos dan el pensamiento de que aunque haya una verdad relacionada con todas estas ciencias, sin embargo, las teorías humanas llamadas ciencias no constituyen la verdad; no son absolutamente exactas. Son simplemente las mejores conjeturas que los sabios bien educados en estas ramas de estudios fueron capaces de presentar, y pasa de vez en cuando, como la historia lo demuestra claramente, que estas conjeturas se contradicen entre sí. Lo mismo que los sabios de hace cincuenta años rechazaron la ciencia de los tiempos anteriores, de igual modo las deducciones y los métodos de raciocinio de estos sabios son rechazados a su turno por los sabios de hoy.

El apóstol Pablo no fue solamente un hombre sabio, un hombre totalmente consagrado y un miembro del Sacerdocio real, mejor cualificado por sus dones naturales para seguir en las pisadas del gran Sumo sacerdote que muchos de sus compañeros, sino además, siendo uno de los “doce apóstoles escogidos del Cordero” para reemplazar a Judas, fue también el objeto de la guía divina (en particular con respecto a sus enseñanzas), designado por el Señor para instruir la familia de la fe a través de toda la Edad Evangélica. Las palabras de un ejemplo tan noble de fe no menos que el ejemplo de su consagración, deberían ser un gran peso para nosotros cuando estudiamos la carrera que emprendimos como consagrados y miembros aceptados del Sacerdocio real. Él nos exhorta a rechazar toda carga y toda traba del pecado, y a correr con paciencia la carrera que está delante de nosotros, fijando los ojos en Jesús, el jefe de nuestra fe, hasta que se haga el consumidor (Heb. 12:2). Como amonestación, él nos ofrece sus

propias experiencias, diciendo: “Una cosa hago”. Encontré que mi plena consagración al Señor no permitirá la revalorización de mis talentos en todas las direcciones, ni aun para el estudio de cada verdad. La verdad de la revelación de Dios, que penetró en mi corazón y que dirige cada vez más mis talentos ya santificados y consagrados, me mostró claramente que si quisiera ganar el gran premio, es menester que aportara a eso toda mi atención, lo mismo que los que buscan recompensas terrestres deben preocuparse de eso en consecuencia. “Una cosa hago” [olvidando las cosas que están detrás, olvidando mis primeras ambiciones como estudiante, mis primeras esperanzas como ciudadano romano y como hombre de una instrucción superior que la media; olvidando el atractivo de las diversas ciencias y los laureles que otorgan a los que corren por sus vías] y tendiendo con esfuerzo hacia las que están delante [manteniendo el ojo de mi fe, de mi esperanza, de mi amor y de mi afecto fijado en la oferta sublime de la herencia con mi Señor en la naturaleza divina y en la gran obra del Reino para la bendición del mundo], corro derecho al fin por el premio del llamamiento celestial”. —Fil. 3:13, 14.

EMOCIÓN NO ES SANTIFICACIÓN

Una gran confusión reina entre los cristianos concerniente a los testimonios o las pruebas de la aceptación concedidas por el Señor a los que, en la Edad presente, son sacrificadores fieles. Unos esperan sin razón una manifestación exterior tal como la que fue concedida a la Iglesia al principio de la bendición del Pentecostés.* Otros esperan sentir interiormente sensaciones de alegría, esperando, que, si ella no se realiza, provoca la decepción y la duda por toda la vida en cuanto a su aceptación por el Señor. Sus esperanzas se basan, en gran parte, en los testimonios de los hermanos que tuvieron la experiencia de tal exuberancia. Es importante por lo tanto que todos sepan que, en ninguna parte, las

* Véase Vol. V, Cap. IX (en inglés).

Escrituras nos autoricen tales esperanzas: todos nosotros “somos llamados a una sola esperanza de nuestra vocación”, y a todos los que acepten las condiciones del llamamiento pertenecen las mismas promesas del perdón de los pecados pasados, de la sonrisa alentadora del Padre, de su favor que nos ayuda a correr y a obtener el premio que él nos ofrece: la gracia suficiente en el momento de la necesidad. No obstante, los miembros del pueblo del Señor difieren ampliamente en su manera de recibir cualquier promesa o todas las promesas, sean materiales o espirituales, si vienen del hombre o vienen de Dios. Algunos son más vivos y emotivos que otros, y por consiguiente más demostrativos, tanto por sus gestos como por sus palabras describiendo las mismas experiencias. Además, el comportamiento del Señor con respecto a sus hijos varía evidentemente en cierta medida. Para que sepamos, el gran Jefe de la Iglesia, nuestro Señor Jesús, quien, a la edad de treinta años, hizo una consagración entera de su todo hasta la muerte para hacer la voluntad del Padre, fue ungido con el Espíritu Santo sin moderación, no tuvo ninguna experiencia de un carácter exuberante. Sin embargo, sin duda, él tenía la certeza de que su conducta era buena, que el Padre la aprobaba, y que recibiría su bendición cualesquiera que sean las experiencias que tendría. Sin embargo, en lugar de ser transportado sobre la cima de la alegría, nuestro Señor fue conducido por el Espíritu en el desierto, y las primeras experiencias que tuvo como Nueva Criatura, engendrada del Espíritu, fueron las de una tentación extrema. Fue permitido al Adversario asaltarle y procurar disuadirlo de hacer la voluntad del Padre sugiriéndole otros planes y otras experiencias para cumplir la obra que había venido para hacer, planes que no le obligaba a morir en sacrificio. Creemos que es así para algunos de los discípulos del Señor en el momento de su consagración, y durante cierto tiempo después de su consagración. Son asaltados por dudas y temores, sugerencias del Adversario que discute la sabiduría divina o el amor divino respecto a la necesidad para nosotros de sacrificar las cosas terrestres. No juzguemos en absoluto unos a otros en tales temas, sino que si alguien puede regocijarse en un transporte de sentimientos, que todos los demás que se consagraron

como él se regocijen con él en su experiencia. Si otro, después de haberse consagrado, se encuentra en la prueba y es cruelmente asaltado, que los demás simpaticen con él y que se regocijen también discerniendo cuán semejante es su experiencia a la de nuestro líder.

John y Charles Wesley, que fueron unos hombres amados de Dios, eran sin duda alguna de los consagrados. Sin embargo, si sus concepciones tocantes a los resultados de la consagración hicieron bien a algunos, les hicieron en cierta medida de mal a otros creando una expectación no bíblica que todos no podían experimentar; a estos últimos, causó un perjuicio desanimándolos. Fue un gran error de su parte de suponer y de enseñar que la consagración al Señor significaba en todos los casos el mismo grado de demostración exuberante. Los que nacieron de padres cristianos, educados en el ambiente santificante de un hogar cristiano, instruidos en cuanto a todos los asuntos de la vida, de acuerdo con la fe de sus padres y de la instrucción de la Palabra de Dios y que, en estas circunstancias, siempre procuraron entender y hacer la voluntad de Dios, no deben esperar cuando alcancen la edad de juicio y se consagren personalmente al Señor, a sentir la misma alegría desbordante que pudiera experimentar el que, hasta entonces, hubiera sido un pródigo, un extranjero y un desconocido por las cosas santas.

La conversión de este último significaría un cambio radical y un viraje hacia Dios de todas las corrientes y las fuerzas de la vida que, anteriormente, se alejaban de él hacia el pecado y el egoísmo. En cuanto a los anteriores, cuyos sentimientos, reverencia y devoción, desde su infancia más tierna, fueron orientados hacia el Señor y su justicia por sus padres piadosos, ellos no podrían sentir tal cambio, tal revolución en sus sentimientos y no deberían esperar nada semejante. Tales personas deberían discernir que, siendo hijos de padres creyentes, ellas estuvieron bajo el favor divino hasta el momento de su responsabilidad personal, y que su aceptación personal en este momento significaba un pleno reconocimiento de su sumisión pasada a Dios y una consagración entera de todos sus talentos, facultades e influencias por el Señor,

por su verdad y por su pueblo. Ellas deberían darse cuenta de que su consagración es sólo su “servicio razonable”; deberían saber por la Palabra que habiéndole presentado así completamente a Dios su naturaleza humana ya justificada, ahora pueden apropiarse de un grado mucho más grande que antes las promesas más grandes y más preciosas de las Escrituras — las que pertenecen sólo a los consagrados y a sus hijos. Si, además, se les concede un conocimiento más grande del plan divino, o hasta del principio de este plan, deberían considerar esto como una prueba del favor divino para con ellas en cuanto al supremo llamamiento de esta Edad Evangélica, y regocijarse de eso.

La expresión del Apóstol: “Andamos por la fe y no por la vista” es aplicable a toda la Iglesia de esta Edad Evangélica. El deseo del Señor es que desarrollemos nuestra fe, que aprendemos a confiar en él hasta donde no podemos seguirlo. Para esto, él deja numerosas cosas en una oscuridad relativa en cuanto a la vista humana o en cuanto al juicio humano, a solo fin de que la fe pueda ser desarrollada de tal manera y a tal grado que sería imposible si algunos signos o portentos fueran concedidos a nuestros sentidos terrestres. Los ojos de nuestro entendimiento deben estar abiertos hacia Dios por las promesas de Su Palabra, por el discernimiento y la comprensión de la verdad, con el fin de aportarnos la alegría de la fe en estas cosas que todavía no vemos y que no podemos reconocer de manera natural.

El Apóstol explica que aun esta abertura de los ojos de nuestro entendimiento es una cosa gradual. Él ora por aquellos que ya están en la Iglesia de Dios, los cuales él denomina “santos” o consagrados, con el fin de que los ojos de su entendimiento puedan estar abiertos, para que puedan con todos los santos (porque ningún otro puede comprender) captar cada vez más la longitud y la anchura, la altura y la profundidad del conocimiento y del amor de Dios. Este pensamiento, que las bendiciones espirituales de la Nueva Criatura que siguen su consagración, no son tangibles a sus sentidos terrestres, sino solamente a su fe, se ilustra en las figuras del Tabernáculo, por el velo exterior del primer “Santo” que esconde aun de los Levitas (tipos de los justificados) los objetos

sagrados que contiene y que son unas figuras de las verdades más profundas. Éstas pueden ser conocidas, o apreciadas, sólo por los que entran en el Santo como miembros del Sacerdocio real.*

Es frecuente que la exuberancia sentimental que algunos sienten a causa de su temperamento, los abandone por la misma razón, pero la experiencia, la bendición y la alegría que pueden poseer perpetuamente si continúan quedando en el Señor, si continúan andando en sus pisadas, son las *alegrías de la fe* que las nubes y las aflicciones terrestres no pueden enturbiar; Dios quiere que estas alegrías nunca se oscurezcan en las preguntas espirituales, excepto tal vez momentáneamente como fue el caso de nuestro Señor cuando, en la cruz, exclamó — “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Tomando el lugar del Adán condenado, era necesario que nuestro Maestro probara todas las experiencias de Adán como pecador; aun si fuera sólo por un momento. ¿Y quién puede decir si momentos tan difíciles no se les permitirían a los más dignos de los discípulos del Cordero? Sin embargo, tales experiencias no se les permitirían por mucho tiempo, y el alma que confiara en el Señor en estos momentos sombríos, sería recompensada abundantemente por el ejercicio de su fe y de su confianza cuando la nube se hubiera desaparecido y el sol de la presencia del Señor brillara de nuevo.

El poeta sugiere una diferente causa por una oscuridad parcial en los versos siguientes:†

“No quieras esconder jamás
De mi la gloria de tu faz.”

Las nubes que se interponen entre los hijos de Dios plenamente consagrados y su Padre celestial y su Hermano mayor, nacen ordinariamente de la tierra. Ellos provienen del hecho de que nosotros permitimos que nuestras afecciones sean atraídas por cosas terrestres en lugar de establecerlas en las cosas de arriba, o

* Véase *Sombras del Tabernáculo de los Sacrificios Mejores*, pp. 87-88.

† Himno 273 — *Trad.*

bien que descuidamos nuestro voto de consagración, que nos descuidamos de desvivirnos y de dedicarnos en el servicio del Señor, de entregar nuestra vida a favor de los hermanos, o de hacer bien a todos los hombres como tenemos la oportunidad. En tales momentos, nuestros ojos siendo atraídos lejos del Señor y de su dirección, las nubes comienzan a amontonarse rápidamente, y en poco tiempo, la claridad del sol de la comunión, de la fe, de la confianza y de la esperanza se oscurece sensiblemente. Es un período en que el alma está enferma y enturbiada. En su benevolencia, el Señor permite tales aflicciones pero no nos suprime de su favor. Si él nos esconde su cara, es solamente para permitirnos comprender mejor cuán solitaria y poco satisfactoria sería nuestra condición si no tuviéramos la luz del sol de su presencia que ilumina nuestra senda y hace que todas las cargas de la vida parezcan ligeras; así como el poeta lo expresó muy bien en estos versos:

“Alegre de contemplar su rostro,
Mi todo a Jesucristo es sometido,
Ningún placer, ningún lugar,
No puede desviar mi espíritu.
Bendecido por su amor duradero,
Un palacio sería sin valor,
La prisión, un sitio deseable
Si estoy allí con mi Salvador”.

“EL QUE SANA TODAS TUS DOLENCIAS”

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias; el que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila.”. —Sal. 103:2-5

Si el Señor permite que tales enfermedades, a las cuales acabamos de hacer alusión, sacudan a las Nuevas Criaturas, él está listo a curarlas tan pronto como estas Nuevas Criaturas vuelvan a la actitud de corazón conveniente. Hay que acercarse al trono de la gracia celeste tan pronto como se trata de tal enfermedad del alma

(de tal debilitamiento de la Nueva Criatura), con el fin de que la vida espiritual, la vitalidad y la salud puedan regresar a la luz del favor divino. El Apóstol nos exhorta así: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Heb. 4:16). Todas las Nuevas Criaturas han tenido experiencias a este respecto; las que son bien ejercidas por ellas se fortifican cada vez más en el Señor y en el poder de su fuerza; así, hasta sus caídas y sus debilidades (su necesidad de pedir la ayuda y de apoyarse por la fe en el brazo del Señor) son para ellas unos medios de bendición espiritual por los cuales crecen como no pudieran hacerlo si fueran exentas de pruebas y de dificultades, si el Señor no les quitara el favor de su corazón cuando se hacen frías o sobrecargadas o negligentes respecto a sus privilegios espirituales. Cada vez que la Nueva Criatura siente la necesidad de buscar misericordia y socorro, se acuerda de nuevo de que la obra de reconciliación del Redentor es necesaria; ella se da cuenta de que el sacrificio de Cristo no sólo es suficiente para los pecados pasados (para el pecado de Adán y para nuestras propias faltas personales en el momento en que nosotros vinimos al Padre por el mérito del Hijo), sino que además, su justicia por su sacrificio único cumplido por todos, cubre todas nuestras faltas mentales, morales y físicas cometidas involuntariamente. Así que la Nueva Criatura recuerda sin cesar durante todo su progreso en el camino angosto que fue comprada por un precio, por la sangre preciosa de Cristo; sus experiencias, hasta sus fracasos, la atraen continuamente más cerca del Señor porque aprecia a la vez su obra pasada como Redentor y su obra actual como Ayudante y Libertador.

Muchas Nuevas Criaturas, sin embargo, no aprendieron cómo actuar con estas enfermedades o malestares del alma. Ellas tienden más bien a decirse: “Fallé de nuevo. No puedo acercarme al trono de la gracia celeste antes de haberle demostrado al Señor mis buenas intenciones por una victoria.” Así que vuelven a posponer aquello con lo que deberían comenzar. Procurando ganar la victoria por sus propias fuerzas, con su espíritu agotado por sus debilidades anteriores, ellas no están en una condición favorable

para “pelear la buena batalla de la fe” y contra su propia carne, y contra el Adversario; también la derrota es casi asegurada, y con ella las Nuevas Criaturas gradualmente vendrán a dejar de invocar al Señor y de someterse cada vez más a las nubes que intervienen para esconder de ellas el brillo del sol del favor divino. Poco a poco, vendrán a considerar que en *su caso*, estas nubes son inevitables.

Es todo lo contrario que se debe hacer: Tan pronto como se discierne que haya fallado o sea en palabras, en actos, o en acciones y tan pronto como se esfuerce para reparar el error cometido en contra de otro en toda medida posible, hay que ir prontamente al trono de la gracia en la fe, sin dudar. No debemos creer que nuestro Señor desee encontrarnos culpables o que sea propenso juzgarnos duramente; al contrario, debemos recordar que su bondad y su misericordia son tan grandes que decidió proporcionar una redención *mientras todavía éramos pecadores*. Ciertamente, después de que nos hiciéramos sus hijos y que fuéramos engendrados del espíritu, que buscamos (tropezando a pesar de nuestros mejores esfuerzos) andar por sus caminos según el espíritu y no según la carne, su amor por nosotros en tales circunstancias debe abundar mucho más aún que cuando éramos “hijos de ira, lo mismo que los demás”. Debemos recordar que “así como un padre [terrestre] tiene compasión de sus hijos, el Señor tiene compasión de los que le temen [reverencian]”. Debemos considerar nuestros mejores amigos terrestres, su simpatía, su amor y su compasión, y si, por analogía, consideramos a Dios, comprobamos que él es mucho mejor y aun más fiel que la mejor de sus criaturas. Es tal fe — tal confianza — que él pide, y que recompensa. Todos los que, al principio, tenían bastante fe para acercarse al Señor, tienen bastante fe para acercarse a él día tras día con sus pruebas, sus dificultades y sus faltas, si lo quieren. Si ellos permiten que las nubes se interpongan y declinan la invitación de la Palabra de acercarse al trono de la gracia para restablecer la paz y la armonía, acabarán por ser contados indignos de ocupar un lugar en la clase especial que el Señor está escogiendo. “A los tales el Padre busca que le adoren” — a los que

le aman y confían en él. “Sin fe es imposible agradar a Dios”. “Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe” —Juan 4:23; Heb. 11:6; 1 Juan 5:4, *La Biblia de las Américas*.

Naturalmente, hay dificultades en el camino, pero el Señor suministra los socorros y los consejos necesarios, tanto por su Palabra como por los hermanos que él “colocó” en el cuerpo para este fin (1 Cor. 12:18). Es una ayuda, por ejemplo, de comprender exactamente donde se encuentra el error del cual uno sea víctima, como en el caso indicado más arriba, de discernir que al posponer nuestra visita al trono de la gracia para obtener la misericordia, hasta que podamos traer en nuestras manos algo para justificarnos, es mostrar que no apreciamos plenamente la gran lección que Dios nos enseña desde hace siglos, a saber, que todos somos imperfectos, y que no podemos hacer las cosas que quisiéramos hacer; es por eso que era necesario que el Redentor viniera con el fin de levantarnos. El que procura justificarse intenta lo imposible, y lo más pronto que lo aprenda, lo mejor sea para él. Nuestras cuentas con el Señor deben ser rendidas cada día, sea grande o pequeña la dificultad afrontada; si el corazón del consagrado sea muy sensible y acostumbrado a una comunión continua con el Señor, el consagrado encontrará una bendición de acercarse *prontamente* al trono de la gracia tan pronto que se surge cualquier dificultad, sin esperar hasta el fin del día para hacerlo. Por nada del mundo no debemos postergarlo al día siguiente, mientras el trono de la gracia nos está abierto a cada momento; descuidar esto, es demostrar una disposición contraria a la que inculca la Palabra del Señor.

La dificultad que algunos experimentan es que, después de acercarse al trono de la gracia, no discernen la bendición que buscan, a saber: el perdón de los pecados y la reconciliación con el Padre. Esta dificultad puede tener una de las tres causas siguientes: (1) tal vez carecen de la fe, y como el Señor actúa actualmente según la fe, no podemos obtener nada sin ella. “Así como has creído, te sea hecho” (2) tal vez no han corregido el error que confiesan haber cometido, pedido perdón con respecto a aquello que causaron daño; o sea, si la transgresión haya sido hecha contra el Señor, quizás procuran obtener la paz sin haberlo confesado a Él

y sin pedir su perdón. (3) En muchos casos de este género que hemos podido observar, los suplicantes nunca habían hecho una *consagración* auténtica al Señor; buscaban la paz y la alegría divinas y la luz del sol de su favor, es decir, las bendiciones representadas por la luz del Candelabro de oro y por los Panes de la proposición del Tabernáculo, mientras que en realidad se encontraban siempre aparte de estas cosas, aparte de la consagración, hacia fuera por consiguiente del Sacerdocio real, siendo simplemente Levitas que, hasta allí, recibieron en vano la gracia o el privilegio especial de la actualidad.

El verdadero remedio a la falta de fe sería de cultivarla por un estudio de la Palabra de Dios, en la meditación de la bondad divina pasada y presente, y esforzándose por discernir que es misericordioso, “más allá” de todo lo que hubiéramos podido pedir o pensar. En el segundo caso, el remedio consistiría en presentar prontamente y sin reticencia, sus disculpas, y en toda la medida posible reparar el daño causado o resarcir a la víctima; y luego regresar al trono de la gracia en plena seguridad de fe. En cuanto al remedio para el tercer caso, se trataría de hacer la plena consagración que el Señor requiere por parte de todos los que quieren gozar de los privilegios y de los arreglos especiales de esta Edad Evangélica.

Ahora debemos examinar otra clase de consagrados: la de los consagrados enfermos espiritualmente. Éstos, aparentemente justificados por la fe y sinceros en su consagración, parecen hacer poco o ningún progreso en la sujeción de su carne. En realidad, en ciertos casos, parecería que su fe en la bondad y la misericordia de Dios, aflojando los frenos del temor, les dejaron más bien más expuestos a la tentación a causa de las debilidades de la carne que estaban en primer lugar, cuando conocían menos al Señor. Sus experiencias son muy penosas, no sólo para ellos mismos, sino que también para toda la familia de la fe con la cual vienen en contacto; su vida parece ser una continuación de fracasos y de arrepentimientos, algunos de estos fracasos siendo debidos a inconsecuencias pecuniarias, otros a delitos morales y sociales.

¿Qué es el remedio para este estado de cosas? Respondemos que tales personas deberían ser informadas claramente que la Nueva Creación no será compuesta de los que *deciden* simplemente renunciarse a sí mismos, sacrificarse en cuanto a las cosas terrestres y andar no según la carne sino según el Espíritu, sino de los que, a causa de la fidelidad en su esfuerzo voluntario para *guardar* [u observar — *Trad.*] este pacto, serán estimados vencedores por el que lee los corazones. Deberían ser instruidos en la verdadera manera de actuar para todos los consagrados: siendo liberados por el Hijo, deberían ser tan deseosos de obtener todas las bendiciones resultando del favor divino que quisieran hacerse voluntariamente esclavos [o servidores — *Trad.*] — imponiéndose en sí mismos ciertas restricciones, ciertos límites, cierta obligación concerniente a sus palabras, su conducta, sus pensamientos y deseando ardientemente, por la oración, la ayuda prometida del Señor como lo expresa el Apóstol: “Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad” (*La Biblia de las Américas*). Cada vez que se dan cuenta de que pecaron, no sólo deben pedir perdón de aquellos que ofendieron, sino hacer confesión al Señor, y por la fe, obtener su perdón; deben prometer ser más prudentes desde ahora en adelante, y *aumentar las restricciones de sus propias libertades* tocantes al género de debilidad manifestado por su último fracaso.

Así velando y orando, poniendo una guardia en las acciones y en las palabras en su vida, “llevando cautivo todo pensamiento” a la voluntad de Dios en Cristo (2 Cor. 10:5), seguramente no se requerirá mucho tiempo para que puedan asegurarse y asegurar a los hermanos también de la sinceridad de su *corazón*, y para que puedan andar por la vida con tanta circunspección que todos puedan ser capaces de discernir no sólo que estuvieron con Jesús, sino que también aprendieron de él, que buscaron y emplearon su ayuda para obtener victorias sobre sus debilidades. El caso de estos hermanos o estas hermanas parece ser lo que el Apóstol llama “andar desordenadamente”, y no según el ejemplo del Señor y de los apóstoles. En otro capítulo, veremos las instrucciones que da el Señor respecto a la manera en la que deberían ser tratados por los

hermanos los que son débiles en la carne y que echan el deshonor y el descrédito a la causa del Señor.

Observemos, no obstante, que mientras ellos den cierta prueba de arrepentimiento a causa de su mala conducta, y del deseo de su corazón de seguir en el camino recto y de guardar la fe y la confianza en el Señor, se debe estimarlos como hermanos. Sin embargo, puede ser necesario demostrarles sólo una amistad reservada, hasta que hayan demostrado una evidencia exterior y tangible, del poder de la gracia en su corazón produciendo el dominio de sus debilidades carnales. No obstante, hay que continuar animándolos a creer que el Señor es muy misericordioso para con los que confían en él y que, de todo corazón, desean andar por sus caminos; pero no podemos animarlos a esperar que se consideren dignos de formar parte de la clase de los vencedores, a menos que lleguen a ser tan ardientes en su celo para la justicia que su carne logra demostrar por una prueba convincente que está sometida al Nuevo Entendimiento.

Hemos visto algunos, entre el pueblo consagrado del Señor, que estaban [espiritualmente — *Trad.*] flacos y hambrientos, deseando ardientemente una plena comunión con él, pero fallando en la instrucción necesaria para saber cómo obtenerla y conservarla. Es bien verdadero que tenían la Biblia, pero su atención fue desviada de ella, y habían aprendido a esperar más de instructores y catecismos, etc., al recorrer tras las tradiciones de los hombres y no tras la Mentalidad o el Espíritu de Dios; es por eso que les faltaba el alimento espiritual apropiado. El resultado fue que el formalismo no les satisfizo sin que por esto hayan aprendido cómo acercarse al Señor de todo corazón, porque no conocían su bondad y las riquezas de su gracia ni en Cristo Jesús, ni el gran plan de salvación cuya culminación está cerca para el mundo, ni tampoco el llamamiento de la Iglesia a la Nueva Naturaleza. Esta condición de inanición necesita, en primer lugar, “la leche pura de la palabra” (*La Biblia de las Américas*), y luego el “alimento sólido” de la revelación divina. No hay que despreciar ni descuidar esta categoría de personas aun si, después de haberse dado cuenta del vacío de las iglesias en general, han sido llevadas a buscar algo

más para satisfacer su corazón hambriento, inclusive ciertas distracciones del mundo, etc.: Conocimos a ciertas personas de esta clase que habían llegado a una indiferencia por las cosas espirituales después de haber tratado vanamente de encontrar en diversas direcciones algo para satisfacer las necesidades de su corazón; sin embargo, habiendo recibido la “Verdad presente”, ellas se desarrollaron de una manera más notable en las gracias espirituales y el conocimiento. Creemos que existe buen número de tales personas en diversas denominaciones, y que es el privilegio de los que han recibido la luz de la Verdad presente de ofrecerles una mano para salir de las tinieblas y entrar en la luz maravillosa, para salir del estado de hambre espiritual a uno de una superabundancia de gracia y de verdad. Sin embargo, para ser empleado por el Señor para bendecirles a ellos, es necesario que tanto la sabiduría como la gracia que vienen de arriba, se busquen en la Palabra y que se ejerzan con dulzura, fidelidad y persistencia.

LA JUSTIFICACIÓN DEBERÍA CONDUCIR A LA SANTIFICACIÓN*

Ya hemos indicado que la justificación[†] no es simplemente un asentimiento mental al hecho de que Cristo haya muerto como el Redentor del hombre y que ciertas bendiciones de reconciliación con Dios fueron aseguradas así a la raza, sino que, además, para hacerse un creyente justificado, esto implique cierto grado de *consagración*. Tal justificación implica un reconocimiento del hecho de que el pecado es profundamente malo (Rom. 7:13), y un deseo de separarse de eso, de ser liberado de su poder tanto como de su castigo — un deseo, por lo tanto, de estar de acuerdo con el Creador justo y con todas las leyes de la justicia. Ella implica además que el creyente tomó en su entendimiento, en su voluntad,

* “LA JUSTIFICACIÓN TENTATIVA PRECEDE LA SANTIFICACIÓN” — *Edit.* [de acuerdo con el prefacio del autor. — *Trad.*]

[†] tentativa — *Edit.*

la determinación de *ejercer la justicia* en todos los asuntos de la vida. La fe en el Redentor, acompañada por tal consagración, trae la justificación* pero no implica sacrificio. Dios tiene el derecho de exigir que todas sus criaturas aprueben la justicia y odien la iniquidad; si no, él las considera como extranjeros para él — sus enemigos. Entonces, Dios no exige que *sacrifiquemos* nuestra vida en su servicio, ni en cualquier otra causa. El sacrificio, según las Escrituras, es un acto voluntario no exigido por la ley, aun si, según la declaración del Apóstol es un “culto razonable”, y si nos compromete vivamente en él: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” —Rom. 12:1.

Para algunos, una consagración con sacrificio puede seguir de muy cerca su fe en el Señor y su deseo de caminar por las sendas de la justicia [rectitud — *Trad.*]; pero hace falta que los siga; ella no puede precederlos, porque así como nosotros ya hemos visto — es necesario que [por lo menos] seamos justificados† por la fe antes de que podamos tener lo que sea para ofrecer a Dios que él pueda aceptarlo sobre su altar como cosacrificio con aquello de nuestro Redentor. Otros alcanzan esta condición de justificación y la mantienen por un tiempo aun antes de contemplar una consagración *completa*, o el sacrificio de los intereses terrestres por el Señor y por su causa. Sin embargo, en las condiciones actuales, los que escogen el camino de la justificación, la senda de la rectitud, el camino de acuerdo con Dios no irán muy lejos en esta senda sin encontrar la oposición, o sea del interior, o sea por parte del mundo o del Adversario.

Ellos encuentran que la senda de la rectitud sube gradualmente, haciéndose más abrupta, más difícil. Si quieren continuar siguiendo esta senda de la rectitud en medio de las condiciones presentes del pecado, esto les costará finalmente el

* tentativa — *Edit.*

† tentativamente — *Edit.*

sacrificio de sus intereses terrestres, sus ambiciones terrestres, sus amistades terrestres, etc. Estamos aquí en la encrucijada de los caminos: aquél que sube y conduce a la gloria, la honra, y la inmortalidad, podemos tomarlo sólo pasando por la puerta baja de la humildad, de la abnegación y del sacrificio de uno mismo. Una vez que entremos en él, encontraremos que es un camino áspero en el cual, no obstante, los espíritus invisibles sirven ayudando a los peregrinos, y en el cual aquí y allá brillan las misericordiosas promesas de Cristo, el Guía, para animarles, asegurándoles que Su gracia es suficiente para ellos y que les ayudará hasta el final del viaje; su perseverancia probará que toda cosa concurre junto para su bien más grande: su admisión final como miembros de la Nueva Creación y su participación en la obra gloriosa del Reino milenar. En esta puerta — que significa la *plena consagración* aun hasta el sacrificio — hasta la muerte, un buen número de creyentes justificados* se detienen bastante tiempo antes de entrar, contando el precio, escuchando la voz de la Palabra que les invita y que, por sus buenas promesas, fortifica su corazón antes de que emprendan el viaje.

Fuera de esta puerta, hay numerosos caminos desviados por los cuales muchos de los que han llegado hasta allá han procurado, pero en vano, encontrar una vía más fácil para llegar a la gloria, la honra y la inmortalidad. Hay centenas de estos caminos desviados; algunos suben un poco e implican cierto sacrificio de sí mismos; otros ceden y descienden cada vez más hacia los favores y las esperanzas del mundo. Sin embargo, no podemos encontrar en ninguno de estos caminos desviados las promesas que inspiran sólo a los que entran por la puerta baja del sacrificio y van sobre el “camino angosto” de la comunión con su Señor, renunciando sus ambiciones terrestres para obtener la asociación íntima con Cristo Jesús en la gloria venidera.

La alegría y la paz vienen a partir del momento en que se tiene fe en el Señor, donde se acepta la reconciliación que él ofrece, donde se toma la resolución de practicar la justicia y de huir del

* tentativamente — *Edit.*

pecado. Esta alegría y esta paz son completas hasta que se alcance la puerta baja que conduce al camino angosto, pero cuando la búsqueda de la justicia exija la renuncia de uno mismo y el sacrificio de uno mismo, y no se cumpla este sacrificio, y no se alcance la puerta baja, entonces se oscurecen la paz y la alegría del favor divino. Sin embargo, ellas no serán retiradas completamente por un tiempo, mientras el creyente justificado* busca otras maneras de servir la justicia que ama siempre, mientras aprecia siempre el favor divino pero que se queda atrás y se niega por el descuido a entrar por la puerta baja. La plenitud de la alegría y de la paz no puede ser la porción de los que actúan así, porque se dan cuenta muy bien de que una plena consagración de cada una de sus facultades al Señor sería sólo un “servicio razonable”, un reconocimiento razonable para los favores divinos ya recibidos, el perdón de los pecados.

Muchos guardan esta actitud durante largos años, mientras que otros se extravían en las vías del mundo. Nadie puede hacerse un candidato para la Nueva Creación si no entre por la puerta baja del sacrificio de sí mismo. Durante mucho tiempo, el Señor no les quita los privilegios especiales que se les concede sólo para conducirlos a la puerta baja; sin embargo, no entrando por ella, ellos confiesan de hecho que “recibieron la gracia de Dios [el perdón de los pecados y el encaminamiento hasta esta puerta] en vano”, porque habiendo alcanzado esta condición, se niegan o se descuidan de sacar provecho de la “sola esperanza de nuestra vocación”. El Señor podría muy bien decirles: “Le quito inmediatamente todos los privilegios especiales de toda clase. Ustedes no eran más dignos de mi favor que el resto del mundo; desde ahora en adelante, tendrán los mismos privilegios y oportunidades que aquellos que tengo la intención de extender a toda la humanidad durante la Edad milenaria; pero no tendrán de mí ni privilegios, misericordias, cuidados, atención, etc. especiales en la vida presente, ni preferencia en la vida que viene.” Sin

* el creyente sincero — *Edit.*

embargo, él no lo hace de inmediato y dispone de una gran paciencia con respecto a muchos.

Las grandes y preciosas promesas de la Palabra del Señor como, por ejemplo, aquella que nos asegura que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”, se aplicarán sólo a los que han sido favorecidos por Dios, conducidos a la puerta baja del sacrificio de sí mismos por la cual han entrado con alegría, porque son solamente éstos que *aman a Dios* sumamente, los que aman a él más que a sí mismos. “Porque todas las cosas pertenecen a usted [a ellos] y usted a Cristo, y Cristo a Dios” [1 Cor. 3:22]. Han entrado en la escuela de Cristo, y todas las instrucciones, todos los estímulos y todas las disciplinas de la vida serán dirigidos, en consecuencia, para su preparación definitiva con vistas al Reino. No obstante, estas lecciones, estas instrucciones y estas bendiciones no son para los que rehúsan entrar en la escuela, que se niegan a someter su voluntad a aquella del gran Instructor.

Hablando con propiedad, los que reciben la gracia de Dios en vano no tienen ninguna razón válida para acercarse al Señor, aun por la oración. ¿Cómo, en efecto, podríamos esperar recibir cuidados y privilegios especiales del Señor, mientras nos descuidamos de responder apropiadamente a las bendiciones ya recibidas? ¿Debemos razonar de tal modo que puesto que ya recibimos del Señor una bendición de sabiduría y de justificación* el Señor estaría obligado en consecuencia a conceder otras gracias? ¿No deberíamos decirnos más bien que ya habiendo recibido estas bendiciones del Señor además del favor general concedido hasta aquí a la raza rescatada, ya recibimos más que nuestra parte? Que rehusando a continuar de acuerdo con la voluntad del Señor, ¿deberíamos esperar más bien que otras gracias y favores divinos irían a los que, hasta aquí, no habían sido privilegiados tan ampliamente y que, por consiguiente, no habían despreciado al mismo punto, la oferta graciosa del Señor? Sin embargo, el Señor está lleno de piedad y de gran misericordia, es por eso que nos es

* tentativa — *Edit.*

posible esperar que siempre y cuando alguien quede en la actitud de la fe el Señor no le rechazará completamente.

¿Qué sería el remedio para los que se encuentran en esta actitud y que desean pertenecer totalmente al Señor y merecer plenamente sus favores? Respondemos que ellos mismos deberían hacer una consagración entera al Señor abandonando su voluntad tocante a todas las cosas: sus aspiraciones, sus esperanzas, sus perspectivas, sus medios y hasta sus afecciones terrestres, todo debería estar abandonado al Señor. En cambio, ellos deberían aceptar, como ley de su existencia y como regla de su futura conducta, la guía de su Palabra, de su Espíritu y sus medios providenciales, asegurados de que todo concurrirá no sólo en más gloriosos resultados en cuanto a la vida venidera, sino que también en bendiciones más grandes del corazón en la vida actual.

¿Cómo harán esto? Respondemos que esto debería hacerse de todo corazón, con veneración, en oración: el contrato debería hacerse de manera definitiva con el Señor, y si es posible, en voz alta; deberían pedir la gracia, la misericordia y la bendición divinas, siendo éstas la ayuda necesaria en el cumplimiento de este sacrificio.

¿Y qué deberían hacer los que “suspiran tras Dios” y que, sin embargo, no sienten completamente listos a rendirse totalmente a su voluntad? Respondemos que ellos deberían ir al Señor en oración con este tema, pedirle su bendición sobre el estudio de la Verdad con el fin de que puedan cada vez más darse cuenta, en primer lugar, de que el servicio debido a Dios es razonable; en segundo lugar, que la bendición que resulta de eso está segura, y en tercer lugar, que el Señor es fiel en el cumplimiento de todas las promesas benévolas que ha hecho a la clase que se sacrifica, de ayudarla y de fortificarla. Ellos también deberían pedir que el Señor les haga capaces de pesar y de evaluar exactamente las cosas terrestres, con el fin de que puedan discernir, y si sea necesario, experimentar cuán pasajeras y poco satisfactorias son todas las cosas asociadas con el egoísmo de hoy en día y las cosas que el espíritu del hombre natural desea, para que puedan ser tan capaces de hacer una consagración y apreciar el privilegio de poner su

afecto en las cosas de arriba y no en las de abajo, de sacrificar las últimas por las primeras.

Otra pregunta se plantea aquí: dado que el “supremo llamamiento” se acabó y que, por consiguiente, el que se consagra no puede tener la plena seguridad que tiene una ocasión favorable de obtener el premio de la nueva naturaleza y de su gloria, de su honra y de su inmortalidad, ¿qué diferencia puede hacer esto en cuanto a la consagración? Respondemos que esto no puede hacer ninguna diferencia, porque la consagración es en resumen la única línea de conducta razonable y apropiada para los hijos de Dios: una plena consagración, y nada menos, será exigida de todos los que quieran vivir y gozar de las bendiciones de la Edad milenaria. En cuanto a las ocasiones favorables y en cuanto a las recompensas que resultarán de eso, ya hemos indicado que, según nuestra comprensión, muchos se admitirán todavía en los privilegios del “supremo llamamiento” para tomar los lugares de los que ya se han consagrado pero que “no corran de tal manera” para obtener el premio y que, por consiguiente, serán excluidos de la carrera. Sin embargo, podemos estar seguros de que nadie estará admitido para gozar de estos privilegios si, previamente, no haya entrado por esta puerta baja de consagración y de sacrificio.

Probablemente haya sido verdad de todos los que han entrado por la puerta baja, que no vieron claramente ni comprendieron totalmente las grandes y ricas bendiciones que Dios tiene en reserva para su Nueva Creación fiel; en primer lugar, comprendieron simplemente el servicio razonable, y más tarde aprendieron mejor la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de la bondad de Dios y los privilegios de su supremo llamamiento. Así es de los que entran ahora: no pueden apreciar plenamente las cosas celestiales y espirituales mientras no hayan aceptado de cumplir su servicio razonable en una plena consagración. Y podemos estar seguros de que quienquiera que se consagra y cumple un sacrificio entero de sí mismo en interés de la causa del Señor, después de que la clase celestial sea completa, encontrará que el Señor todavía está dispuesto a darles abundantes bendiciones de otro género; y que todas sus bendiciones son para

tales consagrados que han hecho el sacrificio de sí mismos. Es posible que puedan ser incluidos con los Beneméritos de la Antigüedad que tenían esta disposición en el sacrificio que agrada a Dios, antes del comienzo del “supremo llamamiento”.

CONCEPCIONES ERRÓNEAS DE LA SANTIFICACIÓN

Considerando el desorden general de las ideas entre los cristianos respecto al plan divino, y del llamado a la justificación y a la santificación indicado por las Escrituras, no debemos sorprendernos que prevalezca una confusión importante. Ciertamente, desde el punto de vista erróneo (sostenido, es verdad, por una proporción comparativamente pequeña de los hijos de Dios, pero a su gran daño personal) consiste en aspirar a la santidad y a la perfección *reales*. Así es que se oye a algunos de sus partidarios declarar a veces que “no han pecado desde hace años”, etc. Ésos encuentran sus homólogos en los fariseos del tiempo de Jesús que “confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros”, y que, teniendo el sentimiento de esta propia justicia, no hacían ningún caso de los privilegios y de las gracias que el Señor les preparaba en su obra redentora.

No obstante, esta supuesta “gente de la santidad” y “sin pecado” tiene, a causa de este error y a un grado importante, su espíritu apartado de la fe en el Señor — fe en su obra redentora — confianza en el mérito de su sacrificio, etc.; ¿por qué, en efecto, deberían apoyarse en su mérito o en su gracia si, ellos mismos, pueden guardar y guardan de una manera perfecta la ley divina? Una de las dificultades que los conduce a esta posición es una falta de reverencia de su parte por el Señor, y otra es la apreciación demasiado alta que tienen de sí mismos. Si reverenciaran apropiadamente al Señor, discernirían su grandeza, su majestad, y como su ideal de santidad, la perfección de su propio carácter, mientras que una estimación justa de sí mismos les convencería rápidamente (como lo hace para otros) que están lejos de alcanzar el ideal divino en palabras, en acciones y en pensamientos.

Otra clase de esta supuesta “gente de la santidad” no va tan lejos para pretender estar sin pecado, sino reconociendo su imperfección, aspira a la santidad, a la santificación entera, etc., ya que procura evitar el pecado — vivir sin pecado, etc. Como ya hemos demostrado, estamos de acuerdo plenamente con el pensamiento de que todos los verdaderos consagrados deben evitar el pecado en toda la medida de su capacidad. El error de los que desaprobamos es que consideran la acción de evitar el pecado como el único objetivo, el único propósito de su consagración. Al hacerlo, se equivocan completamente en este tema: ninguna criatura de Dios nunca tuvo el derecho de pecar, y por consiguiente, el abstenerse de pecar — de hacer lo que no tiene el derecho de hacer — no podría en ningún sentido llamarse un “*sacrificio*”, ni considerarse como tal. La Palabra de Dios no nos invita en ninguna parte a sacrificar pecados. Estos queridos amigos, cuya consagración se limita a evitar el pecado, hacen en realidad sólo lo que todos los justificados deben hacer; en realidad, ellos todavía no han entrado por la puerta baja del sacrificio de sí mismos, lo cual significa el abandono de estas cosas que son *justas, legales y apropiadas*, es decir, la renuncia voluntaria de estas cosas con el fin de que podamos servir mejor al Señor y su causa.

CRISTO HECHO POR NOSOTROS, REDENCIÓN

El término redención se emplea aquí en el sentido de liberación, salvación — como el resultado de la obra redentora — aquel de un rescate, o de un precio correspondiente. El pensamiento contenido en este término nos transporta al acto final de la victoria de la Iglesia, a la condición de pleno nacimiento de la Nueva Creación; es verdad que, en nuestro texto, se puede aplicarlo muy a propósito también a las liberaciones intermediarias e imprevistas de los fieles a lo largo del camino angosto que se culmina en la salvación “para siempre” (Heb. 7:25, *La Biblia de las Américas*) en la gloria, la honra y la inmortalidad de la Primera Resurrección.

El Apóstol nos asegura que el sacrificio de nuestro Señor obtuvo para nosotros la “redención eterna”, alcanzó una liberación eterna fuera de la esclavitud del pecado, y de su castigo — la muerte (Heb. 7:25; 9:12). Es verdad que esta redención es para el mundo entero; definitivamente, nuestro Señor les asegurará a todos los que vendrán en armonía con las exigencias divinas una redención eterna fuera, a la vez, del pecado y de su castigo (la muerte); pero como ya hemos visto,* esta *liberación eterna* que, en la próxima Edad, se aplicará al mundo entero trayendo todos los humanos al conocimiento de la verdad y bajo el gobierno del Reino del Dios, actualmente pertenece sólo a los miembros de la familia de la fe, y aun entre éstos, es completamente sólo a los que andan por el sacrificio de sí mismos, en las pisadas del Sumo sacerdote como miembros del “Sacerdocio real”. Su “redención eterna”, fuera del pecado y de la muerte, se les concederá como miembros de la Nueva Creación, coronados de gloria, de honra y de inmortalidad.

Examinemos algunos otros textos en los cuales el mismo término griego *Apolutrosis* (liberación, salvación) se vierte como redención. Nuestro Señor, dirigiendo nuestra atención a la salvación que se nos trae por la Primera Resurrección, dice a los que viven en el fin de la Edad y que discernen ciertos signos de los tiempos: “Erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra *redención* está cerca” (Lucas 21:28). El Apóstol, dirigiéndose a la misma clase de Nuevas Criaturas, les exhorta diciendo: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la *redención*” (Ef. 4:30). En estos textos también, no es cuestión de la obra de redención cumplida por el sacrificio de nuestro Señor, sino los resultados de esta obra tales como se cumplirán en el perfeccionamiento de la Iglesia, que es su cuerpo, en la Primera Resurrección. En la misma epístola (1:7) el Apóstol declara: “Tenemos redención por su sangre”. Aquí, él habla evidentemente de las bendiciones de las que gozamos actualmente por los méritos [así, plural, en el texto inglés — *Trad.*] del

* “*Sombras del Tabernáculo*”, página 68.

sacrificio de nuestro Señor que cubre nuestras faltas y produce más allá de toda medida, un peso eterno de gloria, produciendo en nosotros el querer y el hacer según el buen placer de Dios. El pensamiento que quisiéramos destacar es que Cristo es hecho para nosotros *liberación* actualmente: él nos da la victoria en los combates actuales como nos la dará finalmente de manera completa haciéndonos perfectos a su propia semejanza.

Este pensamiento es desarrollado aun más por el mismo escritor que nos da (Rom. 3:24) la seguridad de que la gracia de Dios nos justificó gratuitamente (y que sigue manteniendo nuestra justificación mientras quedamos en Cristo) “por la redención que es en Cristo Jesús” y que será completa, en lo que nos concierne, cuando seremos hechos semejantes a él, que le veremos tal como es y que compartiremos su gloria en el día de la redención (liberación). En la misma epístola (8:23), el Apóstol habla de nuevo del acabamiento de nuestra redención o liberación y nos dice cómo debemos esperarla hasta el tiempo fijado por Dios. Después de habernos mostrado que “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora . . . aguardando la manifestación de los hijos de Dios [la Nueva Creación glorificada]” él añade: “y no sólo ella, sino que también nosotros mismos [llamados y engendrados a la Nueva Creación] que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la *redención* [liberación] de nuestro cuerpo” — el cuerpo de Cristo, la Iglesia cuya cabeza es Jesús y nosotros los miembros en perspectiva. Esto será el fin de la obra redentora en lo que nos concierne, porque aunque tengamos parte, en la actualidad, en numerosas bendiciones y ventajas por medio de la redención, no obtendremos nuestra redención completa antes de este tiempo. —Rom. 8:20-23.

Tocante a nuestra condición actual — la parte que ya tenemos en la redención — nuestro Señor declara: “El que cree [en mí] tiene la vida eterna” (Juan 6:47) y el Apóstol: “El que tiene al Hijo tiene la vida” (1 Juan 5:12). No debemos comprender que se trata allí sólo de un asentimiento simple y mental a ciertos hechos asociados con el plan divino de salvación; es en realidad una fe en

el sacrificio de reconciliación, y una conducta de acuerdo con su oposición al pecado. En una palabra, es una fe viva que se manifiesta por una obediencia del corazón. También, no debemos comprender por estos textos que los creyentes tienen la vida eterna en el sentido completo del término, tal como la tendrán eventualmente en la Primera Resurrección. Debemos comprender más bien que los creyentes consagrados son engendrados a una novedad de vida, que tienen la nueva vida comenzada en ellos en el sentido de que su voluntad es aceptada por Dios como el comienzo de la Nueva Criatura que serán en la Primera Resurrección.

Nosotros debemos comprender que estas declaraciones están en pleno acuerdo con aquella del Apóstol, a saber, que “somos salvos en esperanza” — por la fe — considerados como salvos y no completamente salvos. Es por eso que debemos esperar con paciencia la terminación de la buena obra que Dios comenzó en nosotros, es decir, esperar “la gracia [salvación] [que] se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado”, “cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos” —2 Tes. 1:10; 1 Ped. 1:13.

La redención (liberación) que está en Jesucristo — aquella de la cual gozamos ahora, tanto como aquella que pronto se completará en nosotros — se identifica por todas partes en las Escrituras con el sacrificio que hizo nuestro Señor a nuestro favor. Si es verdad que su muerte constituyó el precio de nuestro castigo, su resurrección era esencial, porque un Salvador muerto no podría ayudar a los rescatados de reencontrar lo que se perdió. Tenemos la seguridad que las propias experiencias de nuestro Salvador, en relación con el sacrificio, lo cualifican aun más para la obra grandiosa que será la liberación de la creación gimiente rescatada por su sangre. El Apóstol declara: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”, es decir, capaz de *liberarlos* de las tentaciones que, de otro modo, podrían dominarlas. “No os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”. Él puede permitir que tropecemos, pero siempre y cuando confiemos en él, no

permitirá que seamos totalmente rechazados que caigamos en la Segunda Muerte. —Heb. 2:18; 1 Cor. 10:13.

Permitirnos tropezar puede ser uno de los medios de enseñarnos a veces unas lecciones preciosas concernientes a nuestras propias debilidades y a la necesidad para nosotros de contar con él como nuestro Pastor tanto como nuestro Redentor, de sentir nuestras propias debilidades, con el fin de que así podamos hacernos fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza. Él se mantiene delante de nosotros como nuestro Sumo sacerdote, que puede compadecerse con nuestras dolencias y posee el poder completo para socorrernos en la hora de la tentación. Se menciona de modo preciso cómo “se muestre paciente con los ignorantes y extraviados”, y cómo puede “salvar perpetuamente” (Heb. 7:25) los que se acercan al Padre por su mediación y que siguen quedando en él con una fe viva, lo que implica la obediencia en la medida de su capacidad. Así debemos regocijarnos en nuestro Redentor como un Libertador actual, como será pronto el Libertador de los que están en la tumba por una resurrección — el Consumador de nuestra fe. —Heb. 2:17, 18; 4:15, 16; 5:2; 7:25, 26.

ESTUDIO IV

LA NUEVA CREACIÓN PREDESTINADA

EXPOSICIÓN GENERAL DE LA ELECCIÓN — EL PENSAMIENTO EXACTO — NINGÚN DAÑO PARA LOS NO ELEGIDOS — DISTINCIÓN ENTRE LOS “ELEGIDOS” Y LOS “MISMOS ELEGIDOS” — “HAY UN PECADO QUE LLEVA A LA MUERTE” — “HORRENDA COSA ES CAER EN LAS MANOS DEL DIOS VIVO” — LA GRAN MULTITUD [O MUCHEDUMBRE — *Trad.*] — SUS VESTIDOS BLANQUEADOS EN LA SANGRE DEL CORDERO — LA VID ELEGIDA Y SUS SARMIENTOS — DIVERSAS ELECCIONES EN EL PASADO — NINGUNA DE ELLAS ERA ETERNA — JACOB Y ESAÚ: TIPOS — “A JACOB AMÉ, MAS A ESAÚ ABORRECÍ” — FARAÓN — “PARA ESTO MISMO TE HE LEVANTADO” [ROM 9:17.] — DIOS NUNCA FUERZA LA VOLUNTAD — EL FARAÓN NO FUE UNA EXCEPCIÓN A ESTA REGLA — “JEHOVÁ ENDURECIÓ EL CORAZÓN DE FARAÓN” — LA NACIÓN ELEGIDA DE ISRAEL — “¿QUÉ VENTAJA TIENE, PUES, EL JUDÍO? MUCHO, EN TODAS MANERAS” — LA “NUEVA CREACIÓN” ELEGIDA — LO QUE SIGNIFICA LA “GRACIA” — EL EJEMPLO DE “LA GUARDIA DEL REY” — PREDESTINADOS A “ESTAR CONFORMES A LA IMAGEN DE SU HIJO” — “LOS QUE CONFORME A SU PROPÓSITO SON LLAMADOS” — CUALIFICACIONES Y CARACTERÍSTICAS DE LOS LLAMADOS — “SI DIOS ESTÁ POR NOSOTROS” — PARÁFRASIS DE LA ARGUMENTACIÓN DEL APÓSTOL — HACER FIRME NUESTRA VOCACIÓN Y NUESTRA ELECCIÓN — LA CARRERA — “PROSIGO A LA META” — “CONOCEMOS, HERMANOS AMADOS DE DIOS, VUESTRA ELECCIÓN.”

La doctrina de la elección, tal como la comprendemos generalmente, es muy repelente, llena de parcialidad y de injusticia, pero esto es el resultado de una mala comprensión de la Palabra divina sobre este tema. La elección enseñada en las Escrituras que vamos a esforzarnos a exponer, debe ser reconocida por todos como una de las doctrinas más importantes de la Biblia: está fundada no sólo en la gracia sino que también en la justicia, la equidad, y está desprovista totalmente de parcialidad. En resumen, según la concepción errónea de la elección, Dios habiendo condenado a toda la raza humana al tormento eterno, escogió para salvar de ella un “rebaño pequeño” solamente, permitiendo al inmenso resto de los humanos descender en los horrores indecibles

a los cuales la presciencia divina les hubo predestinado antes de su creación. La confesión de Westminster que expone con la más competencia esta concepción falsa y todavía existente, declara de modo preciso que este “rebaño pequeño de elegidos” no debe ser considerado como salvo debido a cualquier mérito o dignidad, sino sencillamente y solamente por la voluntad de Dios.

El pensamiento exacto tocante a la elección, el que toda la Biblia sostiene, como vamos a demostrar, es todo lo contrario de lo que precede. Es la *muerte* (y no la vida eterna en el tormento) que fue el castigo infligido sobre nuestra raza y azota a cada uno de sus miembros a causa de la desobediencia de uno solo. Es la gracia de Dios manifestada en la redención por Jesús que rescató al mundo entero por su sacrificio el cual fue la “propiciación [satisfacción] por nuestros pecados [los de la Iglesia] y no solamente por los nuestros, *sino también por [los pecados de] todo el mundo*” (1 Juan 2:2). Dios decidió que su Hijo unigénito debía tener el privilegio de rescatar a la raza al precio de su propia vida, y que en recompensa sería altamente elevado a la naturaleza divina* y, finalmente, “bendeciría a todas las familias de la tierra” despertándolas del sueño de la muerte, trayéndolas al conocimiento de la verdad, y ayudando a los bien dispuestos y a los obedientes a obtener la plena perfección de la vida humana y todas las bendiciones y las condiciones superiores a las de Edén.

Dios también decidió tener cierto número de “santos” bajo su Unigénito como sus coherederos en la gloria, la honra y la inmortalidad de la Nueva Creación y en la obra de bendición de la humanidad por la restauración. La Edad presente del Evangelio no ha sido destinada a bendecir y restablecer así el mundo, sino simplemente a llamar fuera del mundo un rebaño pequeño que constituiría los “mismos elegidos” de Dios después de haber aguantado victoriosamente dificultades y pruebas de fe, amor y obediencia y de esta manera “haber hecho firme su vocación y su elección (2 Ped. 1:10). Sin embargo, el llamado y la elección de este “rebaño pequeño” efectuándose *de esta manera* no causan

* Vol. V, Cap. V (en inglés).

ninguna dificultad, ningún daño a los no elegidos, los cuales no están en ningún sentido condenados más porque no son llamados — porque son puestos a un lado. Es lo mismo también para la gran mayoría de la gente de este país: no son perjudicados ni condenados cuando se efectuó una elección para nombrar a funcionarios del gobierno y que ellos no fueron entre los elegidos. Lo mismo que el fin de las elecciones terrestres es para designar a personas competentes capaces de trabajar por el bien de la gente en general gracias a las leyes y una administración sabia, así la bendición preparada por Dios no causa ningún daño a los no elegidos, sino está destinada a favorecerles: los elegidos constituirán los jueces reales, los reyes y los sacerdotes de la Edad milenaria y bajo su administración todas las familias de la tierra serán bendecidas.

Encontramos en las Escrituras muchas numerosas referencias a los “elegidos” y a los “mismos elegidos”: esta última expresión implica que se puede comprender que el término “elegidos” se aplique a todos los que entran en cierta condición de parentesco con Dios, en la cual tienen la esperanza, o la perspectiva de la inmortalidad, siendo de los miembros de la Iglesia glorificada; no obstante, es también posible que ellos caigan y que así dejen de formar parte de la clase elegida. En otras palabras, todos los de la clase consagrada, los que aceptan el llamamiento superior de Dios a la Nueva Creación, son contados en total de los *elegidos* cuando sus nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero y que una corona es reservada para ellos, pero como la infidelidad puede conducir a la borradura de estos nombres y a la atribución de sus coronas a otros (Apoc. 3:5, 11), así dejarían entonces de formar parte de la Iglesia elegida. Al contrario, los “mismos elegidos” serían los que, finalmente, obtendrán las bendiciones a las cuales Dios llamó a los fieles en la presente Edad Evangélica, a los que “hacen firme su vocación y su elección” por su fidelidad a los arreglos y a los requisitos, hasta la misma muerte.

Las Escrituras llaman nuestra atención a dos clases que fallan de hacer firme su llamado y su elección. Una de estas clases — poco numerosa, sin embargo, tenemos razones para creerlo — no

sólo perderá las recompensas de los elegidos, sino que además perderá la vida misma — en la Segunda Muerte. Es a esta clase que hace alusión el apóstol Juan cuando, hablando de la clase de la Iglesia, dice: “Hay un pecado que no lleva a la muerte . . . [y] hay un pecado que lleva a la muerte; por el cual yo no digo que se pida” (1 Juan 5:16). Será inútil orar o tener esperanza por los que cometen el pecado que conduce a la muerte. Este pecado se menciona en las Escrituras como un pecado contra el *Espíritu Santo* de Dios; se comete no involuntariamente ni por ignorancia, sino como el resultado de una obstinación a hacer lo que, por lo menos al principio, había sido reconocido claramente como malo; si esta testarudez persiste, acaba en devenir una aberración monstruosa porque el Señor abandona estos obstinados al error que prefirieron a la Verdad. —2 Tes. 2:10-12..

Los apóstoles Pedro y Judas hablan de esta clase en términos más o menos semejantes (véase Judas 11-16; 2 Ped. 2:10-22.). Todos éstos, en un tiempo, estuvieron entre los elegidos en la Iglesia (ninguno de ellos es del mundo, el cual no está bajo prueba o juicio ahora sino lo estará pronto bajo el Reino milenario). En lugar de andar según el Espíritu en las pisadas del Señor, en la vía del sacrificio, ellos “andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho”, procuran complacer a los hombres porque ven allí su propio interés; ellos están lejos de su pacto de consagración hasta la muerte (Judas 16). Pedro hace de esta clase de personas una descripción más explícita aún. Él declara que habían “escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos” así como el “perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”. Él las compara con Balam abandonando el camino de la rectitud por una ganancia terrestre. Sus palabras implican que se encontrará esta clase principalmente entre los doctores de la Iglesia, y sobre todo al fin de la Edad actual; su mala conducta consistirá en parte en “despreciar el señorío” — aquellos que Dios ha honrado y “colocado” en el cuerpo. —2 Ped. 2:1, 10.

En la epístola a los Hebreos, tenemos dos descripciones de

esta clase que cae, que deja de formar parte de los elegidos. En la primera (6:4-9), el Apóstol parece designar a los que, después de haber probado el don celestial y los poderes del siglo venidero, después de haber tenido parte del Espíritu Santo y haber sido aceptados como miembros de la clase elegida, recaen en el pecado — no a causa de la debilidad inevitable de la carne y de las seducciones del Adversario, sino abandonando voluntariamente y con conocimiento la rectitud. Ésos, el Apóstol nos asegura, no podrán ser renovados al arrepentimiento. Habiendo tenido su parte de los beneficios que provenían del gran sacrificio del rescate y habiendo escogido despreciar el favor de Dios, ellos usaron así y abusaron de su parte en la reconciliación; en consecuencia, no queda nada más por ellos. Por otra parte, como es de propósito deliberado que tomaron esta posición, las llamadas de la justicia (“righteousness”) no tendrán en lo sucesivo ningún efecto en ellos.

En otro capítulo (10:26, 27, 31), el Apóstol describe aparentemente a otra clase de gente que, en lugar de recaer en una vida de pecado y de mala reputación, abandona *la fe* que le justificaba y que es indispensable para su conservación como justificadas en sus relaciones con Dios. En ambos casos, observaremos que es el hecho de pecar *voluntariamente* que constituye la gravedad del mal: “Si pecáremos *voluntariamente* después de haber recibido el conocimiento de la verdad [después de haber sido favorecidos por Dios en Cristo, en sabiduría, justificación y santificación] ya no queda más sacrificio por los pecados”. El sacrificio que Cristo hizo a favor de todos fue por el pecado original, por el pecado adámico y las debilidades hereditarias que arrastró a nosotros, hijos de Adán. Nuestro Señor no dio ningún precio de rescate por cualquier pecado voluntario de nuestra parte; por consiguiente, si pecamos voluntariamente, no queda nada del mérito original para aplicar a causa de nuestras transgresiones voluntarias. Seríamos obligados a pagar el castigo de nuestros pecados voluntarios. Si los pecados fueran premeditados, plenamente voluntarios, sin que ninguna medida de debilidad o de tentación pudiera conceder circunstancias atenuantes, y si fueron cometidos después de haber tenido un

conocimiento claro de nuestra posición y de nuestro pacto con Dios, serían pecados que llevan a la muerte (la Segunda Muerte); no habría nada más a esperar, sino solamente la espera terrible de un juicio, de una sentencia, una indignación ardiente que devorará a todos los adversarios de Dios, a todos los que, a sabiendas, se opusieron a él, a su justicia y a su plan el cual aseguraba esta justicia por la redención que está en Cristo Jesús nuestro Señor.

En el versículo 29, el Apóstol parece implicar que se remite aquí a los que, después de haber comprendido la obra de reconciliación de Cristo como Redentor, desafían esta obra que estima profana (u ordinaria) su sangre preciosa que garantiza el Nuevo Pacto y que desprecia así el Espíritu de gracia, la gracia de Dios que proporcionó esta reconciliación y de esta comunión con nuestro Redentor en su sacrificio y su recompensa. Los que despreciaron a Moisés y la Ley de la que era el mediador, murieron sin misericordia, aunque la sentencia de muerte que les azotó no estuviera destinada a ser eterna. Sin embargo, los que desprecian al Moisés antitípico, y que, así, desprecian el privilegio de la comunión en la sangre de Cristo, desprecian al mismo tiempo a Dios que hizo este arreglo en su favor, serán considerados dignos de un castigo más severo que el que azotó a los violadores del Pacto de la Ley. Será más severo en el sentido de que será una pena de muerte de la cual no habrá *ninguna redención*, ninguna resurrección, ninguna restauración; será la Segunda Muerte. No es asombroso que el Apóstol nos advierta, en cuanto a este tema, que tengamos cuidado de la manera en la que nos portamos con respecto a las disposiciones de la gracia divina; él nos asegura que si no somos protegidos más por el cuidado protector de nuestro Abogado que Dios designó — Jesús — esto volvería a nada menos que caer en manos del Padre, el gran Juez que no puede admitir ningún pecado, aceptar ninguna excusa, cuya provisión abundante pero única para la misericordia hacia pecadores es la redención por Cristo Jesús nuestro Señor.

LA GRAN MULTITUD*

Así como lo hemos declarado, aparte de los que, cayendo de la posición de los elegidos, van a la Segunda Muerte, todavía existe otra clase traída a nuestra atención: sus miembros no hacen firme su llamado y su elección, sino no irán en la Segunda Muerte porque no pecaron voluntariamente en casos graves, ni rechazaron el mérito de la sangre preciosa. Esta clase, nosotros ya mencionamos como la “Gran Multitud” que saldrá de la gran tribulación; sus miembros lavarán sus vestidos y los blanquearán en la sangre del Cordero; sin embargo, aunque ellos obtienen una naturaleza espiritual y una gran bendición, participando como invitados en el banquete de las bodas del Cordero, no obstante, ellos perderán el gran premio que debe ir a los verdaderos elegidos solamente, a los vencedores fieles, a los que seguirán los pasos de Jesús con alegría y de todo corazón (Apoc. 7). Esta Gran Multitud no consigue mantener su lugar entre los elegidos, no consigue formar parte de los “mismos elegidos” a causa de su celo insuficiente por el Señor, la Verdad y los hermanos, porque los miembros de esta clase “son en parte sobrecargados por las preocupaciones de esta vida”. Sin embargo, ya que su corazón es leal al Redentor y que mantienen su fe en la sangre preciosa, que la mantienen firme y no la reniegan, en consecuencia, el Señor Jesús, nuestro Abogado, el Jefe de nuestra Salvación que lleva a los verdaderos elegidos a la gloria por el camino del sacrificio voluntario, llevará también a sus miembros de la Gran Multitud a una bendición espiritual — a la perfección en un plano inferior de ser espiritual porque tuvieron confianza en él y no renegaron ni su nombre, ni su obra.

En su parábola de la Vid, nuestro Señor hace alusión a la Iglesia elegida, la Nueva Creación; él nos dice que es la Vid y que sus discípulos fieles y consagrados que andan en sus huellas son los sarmientos. Él nos asegura que el hecho de ser sarmientos no signifique que serán exentos de pruebas y de dificultades, sino que

* O Muchedumbre — Trad.

al contrario, el Padre, el gran Viñador, procurará que tengamos pruebas de fe, paciencia y devoción, que estas cosas puedan cortarnos, de modo que nuestras afecciones se apoyen menos en cosas, esperanzas y ambiciones terrestres; él hará así para que podamos producir más frutos del Espíritu: dulzura, paciencia, amabilidad, longanimidad, afecto fraternal, amor, y que estas cosas puedan estar en nosotros y que abundan cada vez más de suerte que se pueda concedernos una entrada rica en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, como miembros de la Nueva Creación. —2 Ped. 1:11.

Sin embargo, nuestro Señor nos avisa que el hecho de obtener un lugar entre los verdaderos sarmientos de la verdadera vid no es suficiente: hace falta que el Espíritu de la Vid esté en nosotros, hace falta que la disposición que lleva el fruto de la Vid esté en nuestro corazón. El Viñador nos permitirá quedar como sarmientos durante un tiempo razonable, con el fin de que pueda saber si damos la prueba que llevamos los frutos apropiados; si no, él nos condenará como incapaces. Somos advertidos también que él no esperará a encontrar racimos maduros en el joven sarmiento, ni tampoco uvas verdes. Él buscará más bien en primer lugar las indicaciones débiles de brotes en los frutos, luego la abertura de éstos en las flores de la uva, luego el fruto verde, y aún más tarde su madurez sabrosa. El Viñador muestra una paciencia larga en la espera o el desarrollo de este fruto de la Vid “que la diestra de mi Padre plantó” (Sal. 80:15.); pero si, después de un tiempo razonable, no encuentra ningún fruto, suprime este sarmiento como un retoño que absorbería la fuerza y el alimento de la Vid para su propio desarrollo y no para la producción del fruto deseado. Así es como nuestro Señor nos señala claramente que debemos hacer firme nuestra vocación y nuestra elección produciendo frutos de santidad cuyo fin, o recompensa, es la vida eterna.

DIVERSAS ELECCIONES EN EL PASADO

Notemos algunas otras elecciones traídas a nuestra atención en las Escrituras, con el fin de que así nuestro entendimiento pueda

ser ampliado y desarrollado respecto a este tema antes de considerar la forma de elección particular que nos interesa en primer lugar: la de la Nueva Creación. Debemos distinguir claramente entre las elecciones que precedieron el primer advenimiento de nuestro Señor y la elección de la Nueva Creación con Cristo como Cabeza, Jefe, Guía, etc. De esta última clase, se dice: “Fuisteis también llamados en *una misma esperanza* de vuestra vocación” [Ef. 4:4], pero las elecciones de los tiempos anteriores sirvieron otros fines y cumplieron diversas intenciones de Dios. Abrahán fue elegido [o escogido — *Trad.*] para ser un tipo del Señor (Jehová), y su mujer Sara un tipo del Pacto abrahámico por el cual vendría el Mesías. La criada Agar fue elegida para ser un tipo del Pacto de la Ley, y su hijo Ismael un tipo de los Israelitas naturales [o según la carne — *Trad.*]. Aunque nacido primero, Ismael no debía ser un coheredero de Isaac, el hijo de la promesa. Isaac fue elegido para ser un tipo de Cristo, y su mujer Rebeca un tipo de la Iglesia, la Esposa, la mujer del Cordero, mientras que Eliezer, el servidor de Abrahán, para ser un tipo del Espíritu Santo cuya misión sería de invitar la Iglesia, de ayudarle finalmente y traerla con las vírgenes, sus compañeras, a Isaac.

Estas elecciones no involucraban ni concernían en ningún sentido al futuro eterno de ninguna de estas personas, sino en la medida en que estos tipos elegidos sirvieron al Señor, ellos recibieron probablemente ciertas bendiciones de compensación en la vida presente. En la medida en que ellos entraron en el espíritu del plan divino, estímulo y alegría les recompensaron plenamente por todos los sacrificios y pruebas ocasionados por su selección [o elección — *Trad.*] y su servicio como tipos. Pensando en este mismo tema de la elección, y tratando de mostrar que ninguna injusticia había sido hecha a Israel según la carne del hecho de que Dios se dirigió hacia las Naciones [o Gentiles — *Trad.*] para encontrar entre ellos el número complementario de los elegidos de la Nueva Creación, el Apóstol destaca que el Todopoderoso tiene favores a dispensar y que le incumbe exclusivamente decidir a quién irán ellas. Él demuestra que Dios le dio a Israel según la carne (o Israel natural) como nación, ciertos privilegios y favores,

y a algunos de sus antepasados, como individuos, privilegios y favores empleándoles como tipos y bendiciéndoles en consecuencia. Pero el Apóstol también muestra que el Señor no estaba en ningún sentido de la palabra obligado de continuar concediendo sus bendiciones a ellos, preferentemente a otros más dignos. Al contrario, era perfectamente justo que el Señor dejara de concederles sus favores a los que no querían servirse de eso, y de atribuirlos a otros. — Romanos, capítulos 9; 10; 11.

Además, el Apóstol quisiera darnos a entender que el Señor previó qué sería el resultado de sus favores concedidos al Israel natural: después de haber sacado provecho de sus bendiciones, este pueblo (excepto un pequeño “resto” —Rom. 9:27-32.) no estaría en una condición apropiada para recibir la más grande de todas las bendiciones que él tenía para dar, la del premio del “llamamiento superior” para formar la Nueva Creación. Como ejemplo, él enfoca la atención en ambos hijos de Isaac y nos muestra que Dios previó qué sería la situación cientos de años más tarde al operar una elección arbitraria entre ambos hijos de Rebeca, Jacob y Esaú. El Señor hizo dos tipos de estos gemelos, uno para representar a los fieles, la Nueva Creación, el otro para representar a Israel natural, que preferiría las cosas de la vida presente y vendería sus privilegios celestes por un plato de lentejas — por buenas cosas terrestres. En el caso de Jacob y de Esaú, la elección de Jacob para ser un tipo de vencedores fue ciertamente una bendición para él, aunque se lo costara mucho, pero el de Esaú para ser un tipo de la clase de los que tienen el espíritu dirigido hacia las cosas naturales que prefieren las cosas celestes, no estuvo de ninguna manera en su desventaja. Esto no significaba de ningún modo que él debería ir al tormento eterno, ni que debería sufrir lo que sea en la vida presente. Al contrario, fue bendecido — lo mismo que los hombres del mundo, hoy, los hombres naturales tienen bendiciones de un género que el Señor, con benevolencia, ha negado a las Nuevas Criaturas elegidas por causa de ser menos favorables a sus intereses espirituales; también, él le negó a Jacob algunas de las bendiciones terrestres, con el fin de que, en sus decepciones, etc., pudiera ser un tipo de esta clase; sin embargo, Jacob tuvo alegrías

y bendiciones que Esaú no tuvo y que no habría apreciado. También, ahora, la Nueva Creación en el seno de las pruebas y decepciones del tiempo actual, experimenta una paz, una alegría y una bendición de la cual el hombre natural no es consciente.

La declaración: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Rom. 9:13) es para muchos “una palabra dura” porque la palabra “*aborrecer*” parece marcar un antagonismo que sería injustificado (en la medida en que puede discernirlo el entendimiento humano): Esaú no hizo daño más que otros hombres y su inclinación [para las cosas terrestres — *Trad.*] estaba en él desde su nacimiento “antes de que no haya hecho ni bien ni mal”. El término “aborrecer” significaba evidentemente “*amar menos*”, como también es el caso en Deut. 21:15-17. El pensamiento es que Jacob fue favorecido por el Señor y que Esaú lo fue menos, y que ambos, como lo demuestra el Apóstol, fueron unos tipos del Israel natural y espiritual. El favor de Dios para el Israel natural representado por Esaú fue menor que su favor para el Israel espiritual, nacido después, representado por Jacob. Con este pensamiento, todo es armonioso y lógico.

“PARA ESTO MISMO TE HE LEVANTADO”

Como prueba de que el Señor siempre ha ejercido la autoridad, la soberanía en los asuntos de la humanidad con pleno reconocimiento de su derecho de hacerlo, el Apóstol cita el caso de Faraón que era rey de Egipto al tiempo de la liberación de Israel. Él cita las palabras del Señor relatadas por Moisés (Éxodo 9:16): “Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra”. “De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”. —Rom. 9:17, 18.

Hace tiempo, el gobierno francés puso de lado varios presos que la justicia había condenado a muerte, y los dejaron en manos de hombres de ciencia para que pudieran experimentar lo que puede hacer el miedo al género humano. Uno fue colocado en una celda y le dijeron que un preso había muerto allí la noche

precedente de la viruela, que, probablemente, contraería la misma enfermedad y moriría antes de la mañana. La predicción se realizó, aunque la celda nunca había sido ocupada por un enfermo infectada de viruela. Otro tuvo los ojos vendados y pasaron su brazo a través de una separación muy delgada. Le dijeron que, en interés de la ciencia, iban a sangrarle a muerte con el fin de darse cuenta del tiempo que se necesitaría para traer la muerte a un hombre sangrándolo por una pequeña herida hecha en una arteria del brazo. Fue simplemente arañado y perdió sólo unas gotas de sangre, pero lo arreglaron de modo que un hilo delgado de agua, mantenido a la temperatura del cuerpo, fluyera a lo largo del brazo y que oyera el líquido que goteaba de los dedos en un recipiente. Él murió al cabo de unas cuantas horas. Nadie aprobaría que tal tratamiento fuera aplicado a ciudadanos respetuosos de la ley, pero nadie tampoco pudiera razonablemente encontrar a criticar esta manera de actuar con respecto a hombres cuya vida ya fue condenada por la ley. Es precisamente lo que es el comportamiento del Señor con respecto a la familia humana: si el hombre hubiera continuado obedeciendo a Dios, no se habría expuesto a la condena de muerte, y en esta posición habría tenido ciertos derechos bajo la ley divina que ahora no posee. Como raza, todos nosotros somos declarados culpables del pecado y condenados a la muerte (Rom. 5:12) y complació al Señor manifestar su poder y su sabiduría con respecto a algunos de estos condenados de una manera, y con respecto a otros condenados de otra manera, según su voluntad. Ya observamos el mismo principio a propósito de los Amalecitas, de los Heteos y de los Cananitas que Israel había recibido el orden de destruir, Israel tipificando a los fieles del Señor en el futuro, y sus enemigos tipificando a los pecadores y los enemigos voluntarios de la justicia en la futura Edad. Hemos observado la ilustración del mismo principio en la destrucción de Sodoma y de Jericó, en las matanzas, por plagas, de millares de Israelitas y en herir a muerte a Uza por haber puesto simplemente la mano en el arca para sostenerla, violando así su santidad y el mandamiento del Señor.

El empleo por el Señor de Faraón y las diversas plagas sobre los Egipcios, incluso la matanza de los primogénitos de los

hombres y de los animales y finalmente la destrucción completa de los ejércitos egipcios en el Mar Rojo, entran en el marco de estas ilustraciones; los Egipcios, en efecto, formando parte del género humano, eran unos condenados bajo la sentencia de muerte; podían por lo tanto, sin menor injusticia, ser tratados como tales para propagar la dignidad de Dios y para proclamar su poder por la liberación de su pueblo típico, Israel. Por otra parte, de manera semejante, Dios favoreció abundantemente a algunos de estos condenados — a Abrahán, Moisés y otros — haciendo de ellos tipos de buenas cosas que se proponía cumplir completamente y efectivamente en el futuro próximo, y esto, sin liberar en ningún sentido del término a Abrahán, Moisés, Faraón u otras de su parte en la sentencia de muerte, pero dejando este trabajo que debe ser cumplido por la redención que está en Cristo Jesús nuestro Señor.

Después de haber discernido claramente el hecho que Dios ejerció una autoridad soberana entre sus criaturas condenadas, que decidió que algunas harían tal experiencia y que otros harían otra experiencia, y que todas estas cosas eran sólo unas lecciones explicativas del tema para preparar, como lo demuestra el Apóstol, la gran elección de la Nueva Creación durante esta Edad Evangélica, necesitamos comprender que, en ningún caso, Dios forzó o violó la voluntad humana en cualquiera de estas elecciones. Esto nos convencerá que sería contrario al programa divino de forzar la voluntad humana. Escogiendo a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a Moisés, y otros, para servir como tipos e ilustraciones, Dios escogió a hombres cuya mentalidad estaba en acuerdo general con sus planes y sus revelaciones; no obstante, ninguna fuerza se ejerció para obligarlos de alguna manera, si habían querido actuar de otro modo. También, escogiendo a hombres para ilustrar el lado opuesto y los principios opuestos, tales como Ismael, Esaú, los cananitas, los sodomitas, los egipcios, el Señor empleó también a hombres según sus tendencias naturales. Lo que nos gustaría destacar, es que Dios no forzó la voluntad de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de Moisés, etc., no más que él forzó a aquellos de los que hicieron daño, e ilustraron ciertos malos principios. El Señor actúa simplemente con clases particulares según sus propias

inclinaciones.

Diciendo de Faraón que es con el mismo fin que lo había levantado, no debemos comprender que Dios quisiera decir al haber formado en Faraón un mal carácter, que lo había “levantado” en el sentido de obligarle a ser un mal personaje. Debemos comprender que entre diversos herederos al trono de Egipto, según las costumbres de este pueblo, Dios procuró que, por la muerte de ciertos pretendientes de la familia real, fuera este Faraón particular quien subiera al trono *porque poseía tal carácter obstinado* que su lucha contra Dios y contra Israel necesitaría con razón las plagas que Dios había preordenado no sólo como una marca de su favor hacia Israel y de fidelidad a las promesas hechas a Abrahán, Isaac y Jacob, sino que además porque estas plagas sobre Egipto estuvieron destinadas en cierta medida a prefigurar, a ilustrar las plagas por las cuales se acabaría la presente Edad Evangélica — las tres primeras y “las siete últimas plagas”. —Apoc. 15:1.

Sin embargo, lo que molesta el espíritu de muchas personas, es el rasgo particular de esta ilustración de Faraón que se encuentra en la siguiente declaración: “Dios endureció el corazón de Faraón para que no dejara ir al pueblo”. A primera vista, esto aparecería estar en contradicción con lo que acabamos de decir, a saber que Dios no atenta contra la voluntad humana. Creemos, sin embargo, que esta contradicción aparente desaparece si recordamos cómo el Señor endureció el corazón de Faraón, es decir, cuál modo de actuar por parte del Señor tuvo por resultado de hacer a Faraón más obstinado. Fue la *bondad* de Dios que endureció a Faraón, su buena voluntad de escuchar su oración para obtener el socorro y de aceptar su promesa de dejar ir a Israel, es decir, fue la misericordia de Dios. Si Dios hubiera mantenido la primera plaga (o el primer castigo) hasta que Israel fuera liberado, esta única plaga habría sido suficiente para cumplir la liberación; pero cuando el Señor librara al pueblo y el país de una plaga, Faraón concluiría que todo había pasado, y que tal vez no habría otra plaga; y así, a poquitos la misericordia divina producía en él una hostilidad cada vez más grande. Visto el tema desde este ángulo, la libertad de voluntad de Faraón aparece a todas luces, y el Señor se declara inocente de

toda cooperación con el mal. “Toda su obra es perfecta”, aun si la bondad de Dios que debería conducir a los hombres al arrepentimiento, pueda, a causa de condiciones imperfectas actuales, ejercer a veces una influencia opuesta en ellos.

LA SELECCIÓN* DE LA NACIÓN DE ISRAEL

Todos los cristianos, familiarizados con su Biblia, supondrán fácilmente que Dios escogió a Israel de todas las naciones del mundo para ser su pueblo y para tipificar al Israel según el espíritu. El profeta Amós (3:2) declara muy a propósito: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”. Por la boca de Isaías (45:4) el Señor dijo a Ciro, el rey de Persia que debía permitirle a Israel regresar de su cautividad: “Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi *escogido*, te llamé por tu nombre”. El hecho de que nos sea posible ver en esta declaración cierta aplicación típica a Cristo y a la liberación, fuera de la Babilonia mística, del Israel nominal según el espíritu, no contraria el hecho que el Israel típico sea designado aquí como el “elegido”. En sus argumentos claros y poderosos concernientes al traslado del favor divino de Israel natural al Israel espiritual (Rom. 9:11), el Apóstol demuestra distintamente que, por un tiempo, el favor divino fue concedido al Israel natural como tipo del pueblo elegido de Dios, aunque el Señor hubiera sabido por anticipado y predijera su rechazo de la posición de favor especial y su sustitución por otro Israel según el espíritu a esta posición representada por Jacob.

El Apóstol muestra cómo Israel, como nación favorecida o elegida de Dios por un tiempo, tuvo “una gran ventaja de toda manera” sobre todas las naciones cercanas del mundo, que a éste pertenecían las promesas, que formaba las ramas del olivo, y que Dios suprimía de su favor sólo aquellas de las ramas naturales que no estaban de acuerdo con la raíz de la promesa y con el tronco, representado típicamente por Abrahán, Isaac y Jacob. Él indica que “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos [los

* O la elección — *Trad.*

dignos —Juan 1:12, 13] sí lo han alcanzado, y los demás fueron”. Aunque al principio, la nación entera fuera escogida para recibir los favores más excelentes de Dios, sin embargo, sólo los fieles estarían en la condición apropiada de corazón para hacerse Israelitas según el espíritu cuando viniera el tiempo de este favor. Ésos fueron los mismos elegidos de esta nación que, a la clausura de la Edad judaica, pudieron entrar en la dispensación más elevada, pasando de la casa de servidores a aquella de hijos (Heb. 3:5; Juan 1:12.). El Apóstol señala que nosotros, que por naturaleza éramos Gentiles, “extranjeros, forasteros y advenedizos” en las alianzas y en las promesas hechas al Israel típico, ahora hemos desarrollado por la gracia de Dios la fe y la obediencia semejantes a las de Abrahán; somos llamados a estar entre los miembros de la *esposa* de Cristo, la verdadera simiente de Abrahán, tomando así el lugar de las ramas suprimidas en el plan original de Dios y en las promesas que están relacionadas a eso, pero aunque estas ramas suprimidas hayan sido tratadas como enemigas durante esta Edad Evangélica, sin embargo “en cuanto a la *elección*, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. —Rom. 11:28, 29.

Se nos informa así que ciertos rasgos característicos de la elección original todavía están vinculados con el Israel natural, aunque, como un pueblo, haya sido rechazado del principal favor en el plan divino, el de formar parte del Israel espiritual elegido. Así como las promesas hechas a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a los profetas deben cumplirse y que se harán los “príncipes” o representantes del Reino espiritual por toda la tierra durante la Edad milenaria, no hay duda de que todo esto concurra ampliamente en provecho de muchos de los Israelitas naturales que están actualmente en una condición de alejamiento y de tinieblas. Ellos podrán y vendrán más rápido de acuerdo con sus propios gobernantes del pasado que el resto del mundo; así Israel, como pueblo, recuperará el lugar más importante entre las naciones a principios del Milenio. “Porque Dios sujetó a todos [judíos y naciones] en desobediencia, para tener misericordia de todos”. —Rom. 11:32.

LA NUEVA CREACIÓN ELEGIDA

Ahora llegamos al aspecto más importante de nuestro tema, dotados, sin embargo, de cierto conocimiento tocante a las elecciones del pasado, y de una comprensión de que muchos de ellas tipificaban o prefiguraban esta gran obra de Dios: la elección de la Nueva Creación. Ya hemos visto que esta elección no implicaba que los no elegidos serían perjudicados, sino que al contrario esto implica la bendición de los no elegidos al debido tiempo. Podríamos añadir, a propósito de eso, que ni la Justicia ni el Amor podrían objetar lo que sea al hecho de que un favor especial sea concedido a algunos y no a otros, aun si los que son favorecidos no estuvieron destinados a ser canales de bendiciones para los menos favorecidos o para los desfavorecidos. Tal es el sentido del término gracia o favor: él implica que se hace algo que no fuera reclamado especialmente o exigido por la Justicia, y estos términos “gracia” y “favor” son empleados muchas veces en las Escrituras a propósito de esta clase elegida de esta Edad Evangélica.

“Por gracia sois salvos”; y otros pasajes bíblicos análogos nos hacen sentir bien que no era una obligación por parte del Todopoderoso de levantar a cualquier miembro de la raza de Adán de la sentencia de muerte, ni de darle a quienquiera la oportunidad de obtener la vida eterna gracias a una redención; además, Dios no fue obligado a ofrecer de ninguna manera el llamamiento superior (de formar parte de la Nueva Creación) a ninguna de sus criaturas. Todo esto es favor divino: “gracia sobre gracia”, o favor sobre favor; y quienquiera que no tenga claramente este pensamiento en mente, nunca apreciará de manera conveniente lo que está cumpliéndose.

El apóstol Pedro nos asegura que, como clase, fuimos “*elegidos* según la presciencia de Dios Padre”. Sin embargo, su declaración no se para allí, sino continúa así: “en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Ped. 1:2). Esto significa que Dios preconoció a la Nueva Creación como clase, que determinó de antemano a *justificar a los*

miembros por la fe, gracias a la sangre de Cristo; que él preconoció que hubiera suficientes, para completar esta clase, con los que serían obedientes y alcanzarían la santificación por la Verdad. Nada, en ningún pasaje bíblico, implica un preconocimiento divino de los *individuos* que componen la clase elegida, con la excepción de la Cabeza (o Jefe — *Trad.*) de la Iglesia. Se nos dice que Dios preconoció a Jesús como su elegido. No queremos decir que el Señor está limitado en su capacidad de identificar a los individuos que compondrían la clase elegida, sino simplemente que, cualquiera que sea su poder con respecto a esto, él no declaró que tenía la intención de ejercerlo. Él determinó que Cristo sería el Redentor del mundo, y que en recompensa sería elevado como el primer miembro: Cabeza, Señor, jefe de la Nueva Creación. Él también ordenó que cierto número específico fuera escogido entre los hombres para ser sus coherederos en el Reino — participando con él en la Nueva Creación. Tenemos toda razón para creer que el número definido, fijado de los elegidos es lo que se menciona muchas veces en el Apocalipsis (7:4; 14:1), es decir, 144.000 “redimidos *de entre* los hombres”.

Antes de la fundación del mundo, Dios escogió o predeterminó que hubiera tal clase elegida. Comprendemos esto por analogía con la decisión que, en el ejército británico, habría cierto cuerpo de soldados que formaría “La Guardia personal del Rey”; él estaría compuesto de hombres de estatura fuerte y de medidas especiales, diversos detalles concernientes al corte, al peso, etc. siendo determinados de antemano, y el efectivo de la tropa fijado de manera definitiva, aun antes del nacimiento de los miembros actuales que forman parte de ella. Lo mismo que el decreto real fijó estas condiciones físicas de cumplir y con cuántos hombres se elevaría el efectivo de esta tropa, así el decreto real del Creador fijó y limitó el número de los que constituirían la Nueva Creación de Dios; él no define sus medidas físicas, sino sus cualidades morales y sus condiciones de corazón. Lo mismo que no fue necesario predeterminar los nombres de los que formarían “la guardia real”, no fue necesario para nuestro Creador de predeterminar los nombres de los individuos que él consideraría

aceptables como Nuevas Criaturas en Cristo, en las condiciones y las reservas prescritas.

Este punto es traído muy particularmente a nuestra atención en un pasaje bíblico que se recuerda y que se cita en general, pero en parte solamente: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó”. El pueblo del Señor no debería contentarse con tomar una parte de la Palabra divina y separarla de su contexto inmediato. Si leemos el resto del pasaje tal como está escrito, el tema entero aparece claramente en nuestra mente: “A los que antes conoció, también *los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo*, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. —Rom. 8:29.

En realidad, esta predestinación es diferente de la que fue generalmente comprendida por los que han sostenido la doctrina de la elección en el pasado. Según su concepción y su enseñanza, deberíamos comprender el pasaje así: a los que él preconoció, él también los predestinó a escapar del tormento eterno y a recibir bendiciones eternas en la gloria. ¡Cómo esta opinión difiere de la que presenta la Escritura de manera razonable y conveniente! Dios predestinó que su Unigénito fuera la Cabeza de esta Nueva Creación y había predeterminado mucho tiempo antes de llamar a quien sea entre nosotros, que nadie sería miembro de la Nueva Creación si no se hiciera una copia de su Hijo. ¡Cuán bella, cuán razonable es la doctrina bíblica de la elección! ¿Quién podría poner en tela de juicio la Sabiduría, la Justicia o el Amor de tal elección, con condiciones tales como las del carácter que debe parecerse a Jesús, y con vistas a tal obra grandiosa que Dios proyectó? — con el fin de ser coherederos de Cristo para bendecir a todas las familias de la tierra.

“LLAMADOS SEGÚN SU PROPÓSITO” — Rom. 8:28-30

Para estudiar este tema, no podemos hacer mejor que seguir con cuidado las palabras del Apóstol y su argumentación lógica. En los versículos (22, 23.) precedentes él nos muestra cuál es la intención de Dios en llamar a la Nueva Creación: recibir una gran

bendición y también dar una a otros, a saber, a la creación gimiente que suspira y está con dolores de parto, esperando la manifestación de estos hijos elegidos de Dios de la Nueva Creación (vs. 21, 22.). El Apóstol continúa luego mostrando que toda cosa concurre a favor de esta clase que Dios llama a la Nueva Creación, que tal es el sentido de las decepciones actuales, pruebas, vejaciones, oposiciones del mundo, de la carne y del Adversario, a saber, que estas experiencias están destinadas a producir en nosotros los frutos apacibles de justicia, el “eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación” [2 Cor. 4:17], a la cual hemos sido llamados, y a la cual aspiramos con razón. El Apóstol descubre con nosotros los medios providenciales del Señor con respecto a estos llamados para que toda cosa concorra favorablemente. Debemos pensar en nuestro llamado sólo con relación a nuestro Hermano mayor y bajo su dirección. Nadie pudiera precederlo, porque es sólo por observar sus pasos y por seguirlos que podemos esperar a hacernos participantes de su gloria. Según la predestinación divina, todos estos hermanos de Cristo deben ser copias de su Hermano mayor, si quieren devenir participantes de la Nueva Creación. Esto no nos dejaría ninguna esperanza que cualquier miembro de la familia humana alcance esta gloria, si el Señor no nos mostrara muy claramente por otra parte, las disposiciones que tomó por nosotros, gracias a la redención que está en Cristo Jesús nuestro Señor: así, las debilidades carnales que heredamos y que no podemos dominar completamente, son totalmente cubiertas por el mérito del sacrificio del Redentor; así, el Señor puede disculparnos de no ser copias perfectas de su Hijo en la carne; él puede aceptarnos según su predestinación, si nos encuentra ser tales copias de corazón, de intención, de voluntad, es decir, si probamos nuestra voluntad dominando la carne tanto como nos es posible hacerlo; nuestro Señor Jesús, por su “gracia que basta para nosotros” cubre entonces nuestras manchas hechas involuntariamente.

Persiguiendo la descripción de esta clase de llamados, así predestinada, el Apóstol dice: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”. Este pasaje es

habitualmente mal comprendido: algunos lectores tienen, en general, la impresión que aquí el Apóstol vuelve a trazar experiencias cristianas como a lo ordinario, tales como las que hemos encontrado en el capítulo precedente donde considerábamos cómo Cristo es hecho por nosotros sabiduría, justificación, santificación y liberación. Entonces, aquí, el Apóstol toma un punto de vista opuesto y comienza con el otro final. Aquí él contempla la Iglesia finalmente acabada como la elegida de Dios bajo Cristo su Cabeza: la Iglesia, los “mismos elegidos” en la gloria. Él vuelve a trazar *al revés* el desarrollo de la Iglesia, la Nueva Creación. Él demuestra que nadie alcanzará la alta posición de los gloriosos elegidos de Dios excepto los que son *llamados* a eso [aceptados — *Edit.*] por la gracia de Dios, que todos los llamados deben haber sido *justificados* previamente, porque Dios llama o invita sólo a los creyentes para correr por este gran premio. Y estos justificados deben haber sido *honrados* antes [y no “glorificados” como en la versión común], honrados por Dios que se dio a conocer a ellos e hizo conocer su amado Hijo, el Camino, la Verdad y la Vida.

Es un honor más grande que muchos lo supusieron sólo de haber oído hablar de la gracia de Dios en el tiempo presente. Así como la salvación es un don de Dios que debe ser concedido al mundo durante la Edad milenaria, es un honor especial de tener conocimiento de la gracia de Dios, y una ocasión favorable en el tiempo presente de ser reconciliado a él, con anticipación del mundo; habiendo sido honrados así, y teniendo así el conocimiento necesario para nuestra justificación por la fe, ésta se hace la *segunda* etapa, así como hemos visto, que conduce a la santificación de acuerdo con el llamado; y esto conduce también, por la fidelidad, a “la gloria que será revelada en nosotros”, haciendo de nosotros miembros de los “mismos elegidos” de la Nueva Creación.

“SI DIOS ESTÁ POR NOSOTROS”

Sigamos al Apóstol en el examen que hace de esta elección, y

parafraseemos lo que dice de eso: “¿No vemos, hermanos, que Dios persigue la ejecución de un gran plan maravilloso? ¿No vemos que, habiendo decidido escoger cierta clase que cooperaría con este plan, él nos hace el favor de revelarnos el arreglo y las condiciones — justificándonos y llamándonos de este llamamiento celestial? Esto quiere decir que *Dios está por nosotros*: él desea que formemos parte de esta clase elegida; él tomó todas las disposiciones necesarias para que podamos alcanzar esta posición. ¿Probamos a veces que, aunque el Señor esté por nosotros, Satanás, el pecado, nuestras propias debilidades hereditarias están todos contra nosotros, procurando tomarnos a la trampa y hacernos tropezar? Reflexionemos que, el Todopoderoso estando de nuestro lado, ninguna de estas oposiciones debe hacernos temer o temblar, porque es poderosamente capaz de hacernos atravesarlas todas. Miremos hacia atrás y observemos cómo él nos favoreció, mientras que todavía éramos pecadores, previendo la redención que está en Cristo Jesús. Reflexionemos que si él hizo todo esto por nosotros mientras que éramos pecadores, él hará mucho más por nosotros, ahora que nos hemos hecho sus hijos, ahora que hemos oído su voz, ahora que hemos aceptado a su Hijo, ahora que hemos confiado en él, hemos sido justificados por su mérito, ahora que hemos oído el llamado a la naturaleza divina, que nos hemos consagrado, depositando nuestro débil todo sobre el altar. Seguramente, Dios quiere favorecernos y obrar por nosotros mucho más, aunque no podamos pensar cómo podría hacer más que lo que representa el don de su Hijo. Se nos permite tener la seguridad de que aquel que no cambia todavía nos ama, que él está siempre por nosotros, y que él usará su poder para hacer concurrir junto toda cosa a nuestro bienestar espiritual más elevado, y con el fin de que obtengamos, definitivamente, un lugar en la Nueva Creación si quedamos en él en la fe, en el amor y con un corazón sumiso — sin importar cuán débiles e imperfectos puedan ser nuestros mejores esfuerzos para dominar la carne. Estemos asegurados que dándonos a su Hijo y abriéndonos el camino para llegar a alcanzar el llamado a la Nueva Creación, el Señor proporcionó en Cristo, todo lo que podemos necesitar. En él, él dio libremente toda cosa.

¿Alguien sugiera que, tal vez, la Ley nos condenara a pesar de Dios? Digámonos que es Dios quien nos condenó por su Ley, y que es el mismo Dios que, como gran juez, nos condenó, este mismo es el que, ahora, decretó nuestra justificación. Él declaró que “éramos justificados gratuitamente de todas las cosas de las cuales la Ley no podía justificarnos”, por su gracia, por Cristo Jesús nuestro Señor. Siendo esto así, “¿quién intentará acusación contra los elegidos de Dios” [Rom. 8:33], que él favoreció así? ¿Quién podría condenarnos por las debilidades o faltas involuntarias? A éstos responderíamos: Es Cristo quien murió, además, el que se resucitó, subió al cielo para representarnos y el que aplicó en nuestro favor una parte suficiente de su propio mérito para cubrir todas nuestras imperfecciones. —Rom. 8:34.

¿Todavía sostendríamos que algo pudiera intervenir para separarnos del amor de Dios o de Cristo y de su amor y de su misericordia; que así podamos ser dejados a nosotros mismos y que podamos hacer naufragio en cuanto a nuestra fe y en cuanto a nuestro futuro tocante a la Nueva Creación? Respondemos: al contrario, Cristo tuvo un gran amor por nosotros, si no, no nos habría rescatado. Todo su comportamiento manifestó su amor y no debemos permitir que lo que sea nos separe de este amor. Que vengan tribulaciones, permitamos solamente que esto sea para acercarnos al Señor como el único que pueda socorrernos. Si el desamparo, o la persecución, o el hambre, o la indigencia debieran caerse sobre nosotros, ¿deberíamos por temor de estas cosas, dejar de amar al Señor, renegar su nombre y su causa, no seguir más sus huellas y escoger más bien una línea de conducta más fácil en la vida? ¡Oh! ¡No! Es por las mismas experiencias que debemos ser desarrollados como vencedores. ¿Cómo podríamos ser designados como vencedores si no hubiera nada para vencer, si el camino entero fuera unido y sin declividad difícil? Recibimos en depósito las misericordias y las bendiciones de Dios; ahora él nos pone a prueba para ver a cuál punto somos dignos de quedar en su amor y en sus favores. Está totalmente dispuesto a vernos quedar allí; él tomó todas las disposiciones necesarias; no obstante, él no puede forzar nuestra voluntad. Estoy persuadido, tengo confianza que

somos determinados que nada nos separe del amor de Dios manifestado en Cristo — ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni ninguna de las otras criaturas de Dios interceptará ni desviará de nosotros el favor de Dios — ni ángeles, ni principados, ni potestades creadas este día o los que quedan a crear. En todas estas cosas, nosotros simplemente más que vencedores, somos adoptados como hijos de Dios en el plano divino, por el que nos amó.

“HACER FIRME NUESTRA VOCACIÓN Y NUESTRA ELECCIÓN”

—2 Ped. 1:10, 11—

“Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás: [las cosas especificadas anteriormente, es decir, de poner a eso toda diligencia, añadid a su fe, virtud; y a la virtud, conocimiento; y al conocimiento, dominio propio; y al dominio propio, paciencia; y a la paciencia, piedad; y a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal el amor; Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”

En esta elección, vemos que las etapas importantes pertenecen a Dios, a saber: (1) La predeterminación de tener tal Nueva Creación; (2) La invitación hecha a algunos de desarrollar el carácter necesario; (3) El arreglo de las cosas de modo que los invitados puedan ser capaces de alcanzar una condición aceptable de acuerdo con el llamado.

Por otra parte, las medidas importantes deben ser tomadas por los que llegan a ser los elegidos: (1) Pertenece a los que son llamados, por quienes todas estas preparaciones y estos arreglos han sido hechos, de aceptar el llamado — de hacer una plena consagración. (2) es menester que sean tan penetrados del espíritu de su llamado y que aprecian hasta tal punto sus bendiciones que se conformen con celo a las condiciones y a las limitaciones de este llamado.

Ya hemos visto que estas condiciones y estas limitaciones son, en resumen, parecerse de corazón al querido Hijo de Dios; sin

embargo, analizando esta *semejanza* de manera más particular, encontramos que ella significa, así como indica aquí el apóstol Pedro, que debemos llevar los frutos del espíritu de santidad. Dios es santo, y los elegidos deben tener su espíritu, su disposición de amar la justicia y que se opone a la iniquidad. En el pasaje citado más arriba, el Apóstol expone diversos elementos de este espíritu santo de Dios, y llama la atención en el hecho de que no alcanzamos su semejanza perfecta (el amor perfecto) al principio de nuestra carrera, sino más bien que es la *meta* o el modelo que indica el fin de la carrera. El amor, como término general, cubre todos estos elementos de carácter que son verdaderamente algunas partes del amor. La humildad, la dulzura, la bondad fraternal, la piedad, son todos los elementos del amor.

Alguien sugirió que se pudiera definir estos frutos del espíritu de Dios de la manera siguiente, con la cual estamos de acuerdo totalmente:

- (1) La alegría: El amor triunfante.
- (2) La paz: El amor apacible.
- (3) La longanimidad: El amor que sostiene.
- (4) La dulzura: El amor hacia otro.
- (5) La bondad: El amor en acción.
- (6) La fe: El amor sobre el campo de batalla de la vida.
- (7) La paciencia: El amor en la resignación.
- (8) El dominio propio (moderación): El amor en desarrollo.

Cuando comenzamos por la carrera, resueltos de hacerla porque Dios nos había justificado por su gracia y nos había invitado a correr esta carrera por el premio del llamamiento superior de la Nueva Creación, dijimos en primer lugar: pondremos a un lado las cargas y los obstáculos de las ambiciones terrestres consagrandó nuestra voluntad al Señor y tomaremos la resolución de hacer sólo una cosa, a saber: buscar y obtener por la gracia del Señor las bendiciones a las cuales él nos llamó. Al mismo tiempo, decidimos echar fuera, en la medida de nuestra capacidad, nuestros pecados que nos rodean tan fácilmente, cualesquiera que puedan ser (que sean o no los mismos que otros

envueltos en la carrera), y de correr fielmente en esta carrera por el gran premio.

La entrada en la carrera corresponde a nuestra consagración. Fue el comienzo. Nosotros nos consagramos al Señor para ser dirigidos por su espíritu de amor; no obstante, nos dimos cuenta que debido a la caída, nos faltaban seriamente los elementos de carácter que el Padre quisiera aprobar. Sin embargo, corremos y perseveramos con el fin de alcanzar, según su voluntad, esta semejanza al carácter de su Hijo, que es la condición de nuestra comunión con él. A este respecto, diferimos de nuestro Señor porque, siendo perfecto, no tuvo que subir grado tras grado al desarrollo del amor, fue llenado del espíritu desde el comienzo donde ya se encontraba a la *meta*; su prueba consistía en determinar si él se mantendría fiel a esta meta del amor perfecto por Dios y por su pueblo, y por sus enemigos. En lo que nos concierne, nosotros necesitamos correr y luchar para alcanzar este fin.

Podríamos dividir esta carrera en cuatro etapas, y decir que en la primera, reconocemos el amor como la *exigencia* divina y procuramos obtenerla, aunque seamos capaces de comprenderlo sólo desde el ángulo del *deber*. Sentimos hacia Dios un amor-deber porque, siendo nuestro Creador, tiene el derecho de exigir que le obedezcamos, que le seamos devotos; también sentimos un amor-deber hacia nuestro Señor Jesús porque nos amó, y porque entonces en toda justicia, debemos amarlo en cambio; sentimos un amor-deber hacia nuestros semejantes, porque comprendemos bien que tal es la voluntad de Dios.

La segunda etapa de la carrera nos trae un poco más adelante, un poco más cerca del “fin”, de modo que estas cosas que, en primer lugar, procuráramos hacer por *amor-deber*, gradualmente logramos a considerarlas con apreciación y no simplemente como un deber. En lo sucesivo, vemos que las cosas que Dios nos ordena por medio de derecho y de deber son *cosas buenas*; que los principios más nobles de los cuales tenemos cierta concepción se identifican con la Justicia, el Amor y la Sabiduría que el Señor ordena y presenta delante de nosotros, y que a partir de este

momento comenzamos a apreciar. Comenzamos a amar a Dios no simplemente porque es nuestro deber hacia nuestro Creador, sino además y sobre todo, porque vimos a él mismo en posesión de estos elementos nobles de carácter que son exigidos de nosotros, porque es la personificación de toda gracia y de toda bondad. Los que alcanzan esta segunda etapa hacia el fin (el amor) aman al Señor, no simplemente porque él nos amó primero, y porque es nuestro deber de amarle en cambio, sino porque ahora los ojos de nuestro entendimiento han sido abiertos suficientemente para permitirnos discernir un poco de la majestad gloriosa de su carácter, un poco de la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de la Justicia, de la Sabiduría, del Amor y del Poder de nuestro Creador.

Llamaremos amor por los hermanos la tercera etapa de esta carrera. Al principio, sentimos hacia los hermanos un amor-deber como por el Padre pero de un grado menor, porque ellos habían hecho menos por nosotros. Los admitimos sobre todo porque tal era la voluntad del Padre. Pero cuando logramos a discernir los principios de justicia y a apreciar al Padre y a comprender que el Padre mismo nos ama, a pesar de nuestras faltas involuntarias, nuestros corazones comenzaron a ampliarse y a aumentarse con respecto a los hermanos. Cada vez más, nos hicimos capaces de no ver más sus imperfecciones, defectos y errores involuntarios, cuando podíamos discernir en ellos pruebas del deseo de su corazón de andar en las pisadas de Jesús y de acuerdo con los principios del carácter divino. El amor por los hermanos se hizo distintamente manifiesto en nuestras experiencias. ¡Por desgracia! Muchos de los queridos hijos del Señor evidentemente no han alcanzado todavía esta tercera etapa de la carrera hacia el premio de nuestro llamamiento superior. Hay gran necesidad entre nosotros de desarrollar la benevolencia fraternal, la longanimidad, la paciencia, que las Escrituras enseñan con persistencia y que se encuentran necesariamente mucho más frecuentemente pruebas en nuestras relaciones con los hermanos que en nuestras relaciones con el Padre y con nuestro Señor. Podemos darnos cuenta que el Padre y el Hijo son perfectos y que ellos no tienen ninguna imperfección; podemos discernir que son magnánimos a nuestra

consideración y que, personalmente, tenemos para con ellos algunas faltas; sin embargo, cuando consideramos a los hermanos y encontramos en uno alguna debilidad, en otro otra debilidad, la tentación es demasiado frecuente, por desgracia, de decirle a un hermano: “Déjame retirar la paja de tu ojo”, en lugar de darnos cuenta que el hecho de tener esta disposición de criticar, de reñir, de encontrar en los hermanos una falta, es una prueba que todavía estamos contendiendo personalmente con una gruesa viga de impaciencia y de falta de amor. A medida que nos acercamos a esta tercera etapa, retiramos gradualmente la viga de nuestros propios ojos; vemos así nuestras propias taras y apreciamos cada vez más las riquezas de la gracia de nuestro Señor hacia nosotros. Esto influye en nuestro corazón y produce una medida más grande del espíritu de dulzura, de paciencia y de amabilidad hacia todos; así esto nos permite a no ver o cubrir una multitud de pecados, una multitud de imperfecciones entre los hermanos, con tal que discernimos que son ciertamente hermanos, que confían en la sangre preciosa y procuran correr la misma carrera para obtener el mismo premio.

La cuarta etapa, la etapa final de nuestra carrera es el Amor perfecto hacia Dios, hacia nuestros hermanos, hacia todos los hombres; es la que todos nosotros debemos ardientemente procurar alcanzar, y esto tan rápido como posible. No se trata de remolonear en las etapas, sino de correr con paciencia, perseverancia y energía. En un sentido, no debemos amar “al mundo, ni las cosas que están en el mundo”, sino en otro sentido, debemos amar y hacer “bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gál. 6:10); este amor aun se extiende a nuestros enemigos. Él ni anula ni reduce nuestro amor por el Padre y ni los principios de su carácter, ni nuestro amor por los hermanos; al contrario, él los intensifica hasta el punto de incluir en el amor la benevolencia y la simpatía, toda la pobre creación gimiente que sufre los dolores de parto y espera la manifestación de los hijos de Dios. “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”, tal es el mandamiento del Maestro. Hasta que hayamos alcanzado este

grado de amor (el amor mismo por nuestros enemigos), no debemos creer por un instante que alcanzamos la *meta* que el Señor ha colocado delante de nosotros sus discípulos. Es sólo cuando hayamos alcanzado esta posición que seamos unas copias del amado Hijo de Dios.

Debemos alcanzar este grado de amor antes de ser considerados dignos de un lugar en la Nueva Creación, y no debemos creer que cada uno de los discípulos del Señor alcance esta meta sólo justo en el momento de morir. Todo lo contrario. Debemos esperar a alcanzarlo tan temprano como posible en nuestra experiencia cristiana y, entonces, recordamos las palabras del Apóstol: “Habiendo acabado todo, estar firmes” (Ef. 6:13). Nosotros necesitamos ser puestos a prueba en nuestro amor después de que alcanzáramos el fin, y los esfuerzos que hacemos para mantenernos allí, para conservar este nivel en nuestra vida fortificarán nuestro carácter. En esto, especialmente, nuestras experiencias corresponderán a las de nuestro Señor; en efecto, aunque no necesitó correr para alcanzar el fin, él tuvo que también, estando *a la meta*, pelear la buena batalla de la fe con el fin de no ser desviado de allí, con el fin de no ser vencido por los diversos ataques del mundo y del Adversario. “Prosigo a la meta”, dice el Apóstol; cada uno de nosotros debe mantenernos firmemente a la meta cuando la alcancemos, y procurar que en todas las pruebas que el Señor permita para nosotros, seamos estimados por él como vencedores, no por nuestra fuerza personal, sino en aquella de la ayuda de nuestro Redentor.

Ataques vendrán contra nosotros para apartar la vista del amor perfecto hacia el Padre, para que consintamos a devolver menos que la plenitud del homenaje y de la obediencia que le debemos. Tentaciones nos vendrán así con respecto a nuestros hermanos, para sugerirnos de no permitir al amor por los hermanos cubrir una multitud de faltas, y para sugerirnos de enfadarnos con los que hemos aprendido a amar y a apreciar y con cuyas debilidades hemos aprendido a simpatizar. Ataques vendrán contra nosotros a propósito de nuestros enemigos, después de que hayamos aprendido a amarles, sugiriéndonos que son casos

excepcionales, y que nuestra magnanimidad hacia ellos debe tener sus límites. Felices somos nosotros si, en estas tentaciones, nos mantenemos firmes, atándonos a la meta, esforzándonos de retener esta posición ya alcanzada, peleando la buena batalla de la fe, manteniéndonos con firmeza a la vida eterna considerada como la nuestra por Jesús.

“CONOCEMOS, HERMANOS AMADOS DE DIOS, VUESTRA ELECCIÓN”

“Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” —1 Tes. 1:4, 5.

Hemos demostrado en otra parte que lo que constituye la indicación, la prueba que somos hijos de Dios, es nuestro engendramiento del Espíritu Santo, nuestro sello, nuestra vivificación*. Nosotros no nos repetiremos aquí, sino llamaremos simplemente la atención, en general, al hecho de que quienquiera que tenga parte en esta elección, tiene diversas pruebas las cuales se puede discernir no sólo por sí mismo, sino que dentro de poco “los hermanos” con quienes viene en contacto lo disciernen también. En esta elección, hay una potencia tanto como un mensaje. Este mensaje, o llamado, o “palabra” de la elección no es solamente el Evangelio o las buenas nuevas para la clase elegida, sino es más que esto para ella: es el poder de Dios que obra en ella el querer y el hacer según Su buen placer. Este poder aporta a los elegidos el Espíritu Santo y mucha seguridad, y ellos a su turno están dispuestos a proclamar cueste lo que cueste la Palabra del Señor.

Escribiendo a los Colosenses (3:12-14) respecto a esta clase elegida, el Apóstol declara que estos elegidos deberían abandonar la antigua estimación que tenían de las cosas y adoptar una nueva que reconocería a los elegidos, no según su nacionalidad ni según

* Vol. V, Cap. IX (en inglés).

su confesión, sino reconocería *todos los en Cristo*, y ellos solamente, como la Nueva Creación *elegida*. Él dice: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.”

Hablando de la Iglesia elegida en su conjunto, nuestro Señor anuncia que diversas experiencias y pruebas deben sobrevenirle, y parece implicar que serán más intensas hacia el fin de esta Edad Evangélica y permitidas a tal punto como seducirán a todo el mundo, con la excepción de los “mismos elegidos”. —Mat. 24:24*

Hay en eso un estímulo: esto no implica que los “mismos elegidos” tendrán una capacidad mental superior que los haga capaces de discernir diversas sutilezas del Adversario en este mal día, ni que hayan adquirido tal perfección en la maestría en su vaso terrestre que no pudieran equivocarse; esto significa más bien que a los que quedan a Cristo, será concedido una gracia *suficiente*, una sabiduría *suficiente*, una ayuda *suficiente* en el tiempo de sus necesidades. ¡Qué consuelo para todos los que buscaron su refugio en la esperanza colocada delante de nosotros en el Evangelio! ¡Qué confianza esto nos da de sentir que somos anclados por dentro del velo, en Cristo! Tal predestinación es fortificante, consolante como lo declaraba el Apóstol: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos [al fin] santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad . . . de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros [la Nueva

* Véase Vol. IV, Cap. XII (en inglés).

Creación] los que primeramente esperábamos en Cristo”. —Ef. 1:4-11.

**“A TRAVÉS DE MUCHAS TRIBULACIONES ENTREMOS
EN EL REINO DE DIOS” —Hechos 14:22**

La necesidad de los esfuerzos y de la victoria en la edificación del carácter que Dios fijó al llamado de los “mismos elegidos” de la Nueva Creación, no es sin tener paralelos en la naturaleza. He aquí una ilustración:

“Nos cuentan que un hombre que deseaba enriquecer su colección de insectos de una [mariposa] pavón de noche, tuvo la suerte de obtener un capullo que suspendió en su biblioteca por todo el invierno. En la primavera él encontró la mariposa tratando de salir del capullo. El agujero era tan pequeño y la mariposa luchaba tan desesperadamente, parecía, contra la fibra resistente, que el coleccionista agrandó el agujero con sus tijeras. Pues, la mariposa magnífica y gruesa salió, pero nunca pudo volar. Más tarde, alguien le dijo que los esfuerzos del insecto eran necesarios para forzar la introducción de los jugos del cuerpo en las grandes alas de la mariposa. Ahorrarle estos esfuerzos era una bondad mal comprendida. El esfuerzo estuvo destinado a la salvación de la mariposa. La lección que hay que sacar es evidente. Las luchas que los hombres deben llevar para su bienestar material, desarrollan su carácter como no se pudiera hacer de otro modo. Es bueno también, que debamos luchar para obtener el enriquecimiento espiritual.”

Ya hemos indicado* que las Escrituras enseñan, de manera más explícita, la doctrina de la “gracia libre” que será introducida de manera grandiosa tan pronto como los elegidos hayan sido cumplidos (“completed”) — glorificados. Durante el Milenio, ellos (la “Simiente de Abrahán”) bendecirán a todas las familias de la tierra ofreciéndoles las oportunidades favorables más completas para que lleguen a obtener caracteres perfectos, una restauración completa y la vida eterna.

* Vol. I, p. 96.

Estudio V

LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN

LAS “PIEDRAS VIVAS” PARA EL TEMPLO ESPIRITUAL — LA NUEVA CREACIÓN NOMINAL CON RELACIÓN A LA REAL — EL “MISTERIO DE DIOS” Y EL “MISTERIO DE LA INIQUIDAD” — LA ORGANIZACIÓN DEL GRAN ANTICRISTO — LAS ESCRITURAS SON DIGNAS DE FE — LIBERTAD PERMITIDA EN EL MUNDO Y EN LA CRISTIANDAD — EL ORDEN FUERA DE LA CONFUSIÓN — “AL DEBIDO TIEMPO” — “LOS FINES DE LOS SIGLOS” — LA VID PLANTADA POR EL PADRE — “LOS DOCE APÓSTOLES DEL CORDERO” — PABLO, EL SUCESOR DE JUDAS — EL NÚMERO DE LOS APÓSTOLES ES LIMITADO A DOCE — LA MISIÓN APOSTÓLICA — CARACTERES FUERTES DE LOS APÓSTOLES — EL APÓSTOL PABLO “NO FUE INFERIOR EN NADA” A LOS OTROS APÓSTOLES — LA INSPIRACIÓN DE LOS DOCE — VIGILANCIA DIVINA DE LOS ESCRITOS DE LOS APÓSTOLES — “SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA” — ARMONÍA DE LOS EVANGELIOS — LLAVES DE LA AUTORIDAD — INFALIBILIDAD APOSTÓLICA — EXAMEN DE ALGUNAS OBJECIONES — “UNO ES VUESTRO MAESTRO” — LA IGLESIA VERDADERA ES “EL REBAÑO DE DIOS” — APÓSTOLES, PROFETAS, EVANGELISTAS, MAESTROS — LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN POR EL SEÑOR ES ABSOLUTAMENTE PERFECTA — ES TAMBIÉN SU SUPERINTENDENTE — LOS DONES DEL ESPÍRITU SE ACABARON CUANDO NO FUERON MÁS NECESARIOS — UNIDAD DE LA “FE QUE DE UNA VEZ PARA SIEMPRE FUE ENTREGADA A LOS SANTOS” — LA UNIDAD POR FUERZA ES ANTICRISTIANA — OBISPOS, ANCIANOS, DIÁCONOS — VERDADERO SIGNIFICADO DE “PROFETA” — LA HUMILDAD ES ESENCIAL PARA LA CALIFICACIÓN DEL ANCIANO — OTRAS CALIFICACIONES NECESARIAS — DIÁCONOS, MINISTROS, SIERVOS — LOS MAESTROS [LOS QUE ENSEÑAN —*TRAD.*] EN LA IGLESIA — MUCHOS DEBERÍAN SER CAPACES DE ENSEÑAR — “HERMANOS MÍOS, NO OS HAGÁIS MAESTROS MUCHOS DE VOSOTROS” — “NO TENÉIS NECESIDAD DE QUE NADIE OS ENSEÑE” — “EL QUE ES ENSEÑADO” Y “EL QUE ENSEÑA” — PAPEL DE LA MUJER EN LA IGLESIA — LAS MUJERES COMO COLABORADORAS — “QUE SE CUBRA”

Así como la Nueva Creación no alcanzará su perfección o su terminación hasta la Primera Resurrección, así su organización se acabará sólo entonces. La forma de la pirámide ilustra esto: como piedras vivas, ahora somos llamadas o invitadas a obtener un sitio

en el templo glorioso y, como lo explica el Apóstol (1 Ped. 2:5), venimos a Jesús quien, en calidad de representante del Padre, nos forma, nos cincela, nos ajusta y nos pule para colocarnos en el glorioso Templo del futuro — el lugar de reunión de Dios con el mundo. Lo mismo que en el templo típico construido por Salomón, cada piedra fue completamente preparada en la cantera para estar colocada en el edificio, así es para nosotros: todo el trabajo de preparación se hace en la vida presente. Lo mismo que en el tipo cada piedra cortada fue puesta en su sitio sin que se oyera el ruido del martillo, así es en el antitipo: las piedras vivas que ahora se someten alegremente a la preparación que les hace experimentar el Señor, serán completamente organizadas bajo él, la piedra de cumbre, cuando sean unidas con él, más allá del velo, sin confusión, sin que necesite allí algún otro arreglo (o preparación).

Sin embargo, las Escrituras reconocen una unidad o un parentesco entre estas piedras vivas durante el período de su preparación. En realidad, ellas van aun más lejos y reconocen una *organización temporal* que le permite a cada miembro del Reino en perspectiva colaborar con el gran Maestro y Empresario en la obra preparatoria consistente que “edifica uno al otro en la santísima fe”, para ayudarse mutuamente en la formación de caracteres conforme a las normas del modelo, nuestro Señor Jesús. Examinando con cuidado los arreglos divinos para el tiempo actual, muchos pueden estar sorprendidos de descubrir la gran libertad que el Señor ha dejado a cada miembro individual de la Nueva Creación, pero cuando reconocemos el hecho que él busca a adoradores de buena voluntad, sacrificadores bien dispuestos, por amor del Señor y de los principios de justicia, que entregan su vida a favor de los hermanos y para colaborar con él, entonces es claro que el plan escogido por el Señor de conceder una gran libertad es el mejor plan — el que prueba más seguramente la lealtad del corazón, desarrolla más completamente el carácter y pone a prueba la voluntad de cada uno de seguir con otros la Ley de Amor, haciendo con otros lo que quisiera que ellos le hicieran.

Tal libertad, o tal independencia relativa, es bien adaptada al objetivo del Señor en el tiempo presente: la selección de los

miembros del rebaño pequeño y su perfeccionamiento de carácter, su instrucción para el Sacerdocio real del futuro. En cambio, ella estaría totalmente fuera de línea e insuficiente para la obra de la conversión del mundo que, según lo que se supone generalmente, el Señor está haciendo. Es a causa de la doctrina falsa (esta suposición que Dios encargó a la Iglesia con conquistar al mundo y someterle toda cosa durante la Edad actual), que muchas personas de buen juicio se maravillan a la sencillez de la organización de la Iglesia por el Señor y los apóstoles. Dándose cuenta que tal arreglo sería insuficiente para *convertir al mundo*, los hombres se propusieron perfeccionar la organización como lo vemos en diversas organizaciones eclesiásticas de la Cristiandad. Una de ellas es el Papado, una de las organizaciones más péfidas y poderosas que se pueda imaginar. El sistema episcopal metodista también es de primera clase, pero sobre un plano más elevado; él gobierna una clase diferente. Es la organización completa de estos dos grandes sistemas que les dio su éxito y su poder en “el mundo cristiano”. En el transcurso de nuestro estudio, veremos que estos sistemas y todas las “*iglesias*” humanas, en sus organizaciones, son completamente diferentes de la Iglesia que el Señor instituyó, que los caminos de ellos no son sus caminos, lo mismo que sus planes no son los planes de él; así como son más altos los cielos que la tierra, así son los caminos del Señor más altos que los del hombre (Isaías 55:8, 9). Dentro de poco, los hombres de corazón sincero verán que se equivocaron ampliamente abandonando la sencillez de Cristo y tratando de ser más sabios que Dios en la conducta de su obra. Los resultados demostrarán su sabiduría y la locura del hombre.

LA VERDADERA NUEVA CREACIÓN Y LA NOMINAL

Lo mismo que en el pueblo típico todos eran Israelitas de nombre, pero pocos en comparación eran “Israelitas verdaderos”, así en el antitipo no debemos estar sorprendidos de encontrar una Iglesia de nombre [o iglesia nominal —*Trad.*] tanto como una Iglesia real, una Nueva Creación nominal tanto como una Nueva

Creación real. Desde que el Cristianismo, hasta cierto punto, se hizo popular, “la cizaña” — “el trigo de imitación” — ha infestado siempre el campo de trigo, pretendiendo ser el verdadero trigo. Por muy difícil que pueda ser para un hombre que no puede leer los corazones para determinar lo verdadero de lo falso, el trigo de la cizaña, el Señor nos asegura que conoce los corazones, que “conoce a los que le pertenecen”. En realidad, él espera que sepamos distinguir entre las verdaderas ovejas y los lobos en ropa de oveja, y entre la verdadera vid que lleva los verdaderos frutos y las espinas y los cardos que pueden procurar hacerse pasar por miembros de la verdadera Vid; el Señor nos dice hacer esta distinción. No obstante, él no le permite a su pueblo ir más allá de este juicio general, más allá de un examen liberal de las características generales exteriores. Él declara: “No juzgue nada antes del tiempo”. Entre aquellos que vosotros reconocéis como sarmientos legítimos de la Vid, no tratáis de decidir el tiempo que les faltará para producir los frutos maduros. Debemos dejar esto al Padre, el Viñador que corta cada sarmiento, y que finalmente, suprimirá todo sarmiento o todo miembro que “no lleva fruto”. Lo dejamos por lo tanto al Viñador el cuidado de podar la “Vid” (de corregir a cada verdadero miembro consagrado de la Iglesia de Cristo), de proceder a la excomunión, reconociendo que es él quien plantó, roció y favoreció el crecimiento de cada sarmiento en la verdadera Vid. Debemos encontrar en cierta medida el espíritu de la Vid en cada sarmiento o miembro que debemos animar y ayudar en su crecimiento. El amor debe ser la ley entre todos estos sarmientos y es solamente en la medida en que se escucha la Palabra divina (y nada más allá de su autorización) que cualquier sarmiento tiene el derecho de criticar, de censurar o bajo otros aspectos de cortar o de hacer lo que esté en contra de otro sarmiento. Al contrario, el espíritu de amor debe incitar a la misericordia, a la bondad, a la longanimidad y a la paciencia hasta los mismos límites permitidos por el gran Viñador, los límites que, como ya hemos sugerido, son anchos y liberales, están destinados a desarrollar el carácter de cada sarmiento.

Todo esto es diferente en algunas organizaciones humanas en

la proporción donde han descuidado o abandonado la sencillez del arreglo divino. Ellas han establecido reglas arbitrarias para decidir quien puede ser reconocido como miembro o sarmiento de la Vid, y quien no puede estar admitido plenamente en la comunión; ellas han hecho intervenir preguntas pecuniarias, establecido diversas reglas y reglamentos que no hicieron las Escrituras, fijado numerosos credos y confesiones de fe que las Escrituras no fijaron, prescrito en caso de infracción penas que no impusieron las Escrituras, y establecieron reglamentos tocantes a la privación temporal del amor fraternal, la excomunión, etc. en oposición con toda autorización dada a la Iglesia verdadera — el Cuerpo de Cristo, la verdadera Vid, la Nueva Creación.

Ya hemos enfocado la atención al hecho de que la Iglesia de Cristo se llama, en las Escrituras, el “Misterio de Dios”^{*} porque, contrariamente a toda espera, la Iglesia debería ser el *Cuerpo* mesiánico que, bajo su Cabeza ungida, Jesús, gobernará y bendecirá al mundo. Este misterio, o secreto, ahora revelado a los santos, debería ser escondido en el transcurso de las Edades y las dispensaciones pasadas (Ef. 3:3-6.). Es el misterio de Dios que pronto se acabará con la terminación de la Nueva Creación al fin de la presente Edad Evangélica. También hemos notado que las Escrituras se refieren a Babilonia como un sistema fraudulento (madre e hijas — algunas más corruptas, otras menos, algunas siendo mejores falsificaciones que otras), que ellas designan como el “Misterio de la Iniquidad”. No queremos decir que los fundadores de estos sistemas fraudulentos los organizaron a sabiendas e intencionalmente con el propósito de engañar al pueblo de Dios. Debemos recordar más bien que es Satanás quien, en las Escrituras, es acusado “de haber engañado al mundo entero” en este tema, dejando parecer por malo lo que es bueno y por bueno lo que es malo, la luz por las tinieblas y las tinieblas por la luz. Satanás “ahora opera en los hijos de la desobediencia” (Isaías 5:20; Ef. 2:2), al igual que él ofreció su cooperación a nuestro Señor Jesús. Él se complace a colaborar con todos los discípulos de

^{*} Vol. I, cap. V.

Cristo que puede seducir y hacerlos salir de las pisadas del Maestro. De la misma forma que él trató de persuadir a nuestro Señor de que había mejores caminos — caminos que necesitaban menos sacrificio personal y abnegación que los del Padre por los cuales pudiera bendecir a todas las familias de la tierra, así, durante esta Edad Evangélica, ha sido determinado a persuadir a los hermanos verdaderamente consagrados del Señor de adoptar los planes de él, de no prestar mucho cuidado a los planes y a las reglas del Padre. Él quisiera hacerlos suficientes, persuadirlos de que pueden servir mejor al Señor por otros métodos que los demostrados en las Escrituras. Él quisiera hincharlos por sentimientos de celo y de orgullo por sus sistemas humanos, por el trabajo que cumplen y por las organizaciones que han establecido. El Adversario no tuvo ningún éxito con el Maestro, su respuesta siendo invariablemente: “Está escrito”. Pero no era lo mismo con sus discípulos. Muchos de ellos descuidan lo que está escrito; no prestan atención a las palabras y al ejemplo de los Apóstoles y están resueltos a ejecutar por Dios un plan que él aprueba (así lo esperan y lo creen) y que contribuirá a su alabanza.

Cuántos de éstos se darán cuenta que se equivocaron cuando, poco a poco, vean el Reino tal como Dios lo planeó al principio y desde entonces ha estado ejecutando su plan según sus propias intenciones. Ellos descubrirán entonces cuán preferible es esforzarse a dejarse ser enseñados por el Señor que tratar de enseñarle a él, a hacer su trabajo a su manera en vez de trabajar por él de un modo que no apruebe. El éxito de estos planes humanos como en el Papado, el metodismo, y en proporción, en otras denominaciones — contribuye a hacer de estos sistemas “poderes engañosos”.

El Señor no se metió en el crecimiento de la “cizaña”, no la impidió crecer en el campo de trigo durante esta Edad Evangélica. Al contrario, él advirtió a su pueblo de esperar que el trigo y la cizaña crecieran juntos hasta el tiempo de la “cosecha”, cuando él mismo estaría presente, vigilando la separación, recogiendo el trigo en su granero (la condición glorificada), y velando por el atar de la cizaña para el gran tiempo de angustia por el cual se acabará la

Edad, y que destruirá esta “cizaña”, esta *imitación de Nuevas Criaturas* sin destruirla como seres humanos. En realidad, muchos de los que forman la “cizaña” son respetables, morales, y como el mundo los menciona, de “buena gente”. Así, entre todas las religiones paganas, hay también elementos de bondad, aunque mucho menos que entre la “cizaña” que ha sido bendecida y favorecida ampliamente de toda forma por su contacto estrecho con el verdadero “trigo”, y del discernimiento parcial que ha tenido del espíritu del Señor en este trigo.

El apóstol Pablo declara que este Misterio de la Iniquidad (“Babilonia”, Confusión, Cristiandad) ya estaba manos a la obra entre el pueblo del Señor en sus días, pero evidentemente este trabajo fue poco importante hasta que después de la muerte de Pablo y de los otros apóstoles. Mientras los apóstoles estuvieron con la Iglesia, ellos pudieron señalar a algunos de los maestros falsos por los cuales el Adversario procuraba introducir secretamente, en privado, confidencialmente, herejías abominables con el fin de zapar la fe y de desviar a los fieles de las esperanzas, promesas y de la sencillez del Evangelio (2 Ped. 2:1.). El apóstol Pablo también habla de algunos de ellos en términos generales, como emprender las obras de iniquidad, pero menciona alguno de ellos en forma personal como Himeneo y Fileto, y otros “que se desviaron de la verdad”, etc. — “trastornando la fe de algunos” (2 Tim. 2:17). Con respecto a estos maestros falsos y sus errores, él advierte de nuevo a la iglesia a través de los ancianos de Éfeso, señalando que iban a prosperar después de su muerte lobos crueles que no perdonarían el rebaño (Hechos 20:29). Estas palabras concuerdan de manera notable con la predicción de nuestro Señor en la parábola (Mat. 13:25, 39). Nuestro Señor muestra claramente que estos maestros falsos y sus doctrinas falsas eran los agentes del Adversario que sembraron la cizaña entre el trigo que él y los apóstoles habían sembrado. Él declara: “Mientras los hombres [los siervos especiales, los apóstoles] *dormían*, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo”.

Podemos estar seguros que no pasó mucho tiempo después de que los apóstoles se hubieran dormido, para que el espíritu de

rivalidad bajo la dirección del Adversario condujera, paso a paso, a la organización definitiva del gran sistema de Anticristo — el Papado. Como ya hemos visto* su organización no se estableció de manera instantánea, sino gradual; comenzando a ejercer su poder cerca del cuarto siglo. El gran Anticristo prosperó por un tiempo, a tal punto que todas las obras de historia escritas a partir de este momento hasta la “Reforma”, ignoraron prácticamente el derecho, para cada individuo y clase el derecho de ser cristiano o de ser considerado como ortodoxo y fiel si no pertenecía o apoyaba a este sistema anticristo. Otros no se les permitió existir, excepto en privado y al margen de la sociedad, y si había historias de ellos, aparentemente fueron destruidas; no obstante, como aquellos que andan en la luz de la verdad presente hoy, los fieles de ese tiempo eran tan insignificantes tanto en número como en influencia que nadie hubiera pensado que valía la pena mencionarlos frente al gran sistema lleno de éxito al cual habían intentado oponerse, y que se había elevado tan rápido a la posición influyente de poder a la vez en asuntos temporales y espirituales.

Desde la “Reforma”, el Adversario ha demostrado de nuevo su astucia organizando en otro Anticristo cada partida (cada nuevo esfuerzo para obtener la verdad), de modo que hoy tenemos, no sólo la “madre de las rameras” original, sino que también sus numerosas “hijas”† En vista de estos hechos, no buscaremos obras históricas sobre la Iglesia verdadera, excepto lo que encontramos concerniente a ella en el Nuevo Testamento y lo que, a toda luz, ha sido preservado para nosotros como una cosa muy santa y en su integridad, a pesar de una interpolación ocasional como en Juan 21:25 y en 1 Juan 5:7.

Queremos, sin embargo, enfocar brevemente la atención en ciertos hechos que, no sólo nos prueban que las Escrituras han sido preservadas en cierta pureza, sino también atestiguan al mismo tiempo, que los numerosos sistemas que aspiran haber sido organizados por el Señor y por los apóstoles, son totalmente

* Vol. II, cap. IX (en inglés).

† Véase Vol. III, pp. 29, 158, 160 (en inglés).

diferentes del que estos últimos organizaron y cuyo relato se nos da en el Nuevo Testamento.

(1) Si la Iglesia primitiva hubiera sido organizada a manera del Papado u otras denominaciones de hoy, los relatos habrían sido completamente diferentes de lo que son. Habríamos tenido una referencia a la gran ceremonia de entronización de los apóstoles presidida por nuestro Señor, él mismo ocupando un escaño con pompa como un Papa, recibiendo a los apóstoles en vestidos púrpuras como cardenales, etc.; habríamos tenido leyes y reglas estrictas concernientes al Viernes, a la abstención de carne, etc. — algo tocante al “agua bendita” rociada sobre los apóstoles o sobre la multitud, y algo respecto a hacer la señal de la Cruz. María, la madre de nuestro Señor, no habría sido olvidada. Un informe habría sido dado de su presunta concepción inmaculada; habría sido presentada como “la madre de Dios”, y Jesús mismo habría sido representado como rendirle un homenaje especial, y como instruir a los apóstoles de acercarse a él por medio de ella. Un orden terminante habría sido hecho en cuanto a los “santos cirios” cuándo y cómo y dónde deberían de usarse; instrucciones habrían sido dadas respecto a la invocación de los santos, de la “misa”, y cómo Pedro, reunido con otros discípulos, fue reconocido como Papa, cómo se postraron ante él y cómo hizo la misa por todos declarando que tenía el poder de recrear a Cristo en el pan y de sacrificarlo de nuevo para las transgresiones personales. Tendríamos algún relato del entierro de Esteban; cómo Pedro o los otros apóstoles le “consagraron” una tumba con el fin de que pudiera descansar en “tierra consagrada”, cómo pusieron en su mano un “santo cirio” mientras recitaban oraciones sobre él. Habríamos tenido reglas y reglamentos respecto a las diversas órdenes del clero, y cómo los laicos no son en absoluto “hermanos” para ellos sino que están sometidos a ellos. Tendríamos por turno órdenes entre el clero por turno, superior e inferior, Reverendo, Reverendísimo, Muy Reverendo, Obispos, Arzobispos, Cardenales y Papas; y directivas especiales para saber cómo cada uno y todos deberían hacer para alcanzar sus posiciones, procurando honrarse uno al otro y quien debería ser el más grande.

El hecho que los apóstoles no hacen la menor alusión a estos temas es *a primera vista* la prueba que los sistemas que aseveran ser, en totalidad o en parte, tales divisiones de la Iglesia, de tener tales autoridades, tales oficios, etc. no fueron organizados por los apóstoles o bajo su dirección, ni por el Señor que los estableció y reconoció su trabajo. —Juan 15:16; Hechos 1:2; Apoc. 21:14.

(2) Prueba, además, que la Biblia no ha sido confeccionada por estos organizadores hábiles, porque si tal hubiera sido el caso, podemos estar seguros que habrían añadido abundantes referencias tales como aquellas que hemos sugerido.

(3) Teniendo tal fuente autorizada y la prueba que el sistema de la “madre” y los numerosos sistemas de las “hijas” en nuestros días no fueron establecidos por el Señor y los apóstoles, sino que resultaron de las corrupciones de sus enseñanzas simples, que por consiguiente son sólo instituciones simples y humanas (intentando ser más sabias que Dios en la ejecución de la obra divina), tengamos la confianza más grande en la Palabra de Dios, y prestemos la atención más grande a los menores detalles que nos expone sobre este tema y sobre todos los temas.

Durante seis mil años de la historia del mundo hasta nuestros días Dios les permitió a los humanos en general resolver los problemas de la vida lo mejor posible. El hombre fue creado con cualidades mentales que lo inclinaban a honrar y a adorar a su Creador, y estas cualidades de espíritu no desaparecieron totalmente como consecuencia de la caída. La “depravación total” no es ciertamente verdad de la raza en general. Así como Dios les permitió a los humanos ejercer otras cualidades de espíritu según su elección, así también les permitió ejercer sus características morales y religiosas según sus inclinaciones. Podemos ver que, aparte del Israel natural y del Israel espiritual, y de las influencias que ellos tuvieron en el mundo, Dios ha dejado al mundo solo — él lo dejó hacer lo mejor lo que podía hacer para desarrollarse, etc. En su ignorancia y su ceguera, el hombre se hizo una presa fácil para los artificios de Satanás y de los ángeles caídos que, por medio de diversas formas de superstición, de religiones falsas, de magia, etc. desviaron las masas lejos de la Verdad. El Apóstol explica la

situación así: “Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.” [Rom. 1:21]; también Dios los abandonó a sí mismos: él los dejó escoger el camino que preferían; así ellos aprenderían ciertas lecciones en contacto con su propio decaimiento, y manifestarían por la degradación en la cual caerían, la culpabilidad extrema del pecado, y la falta de sabiduría que hay en escuchar cualquier consejo excepto aquel de su Creador.

Como ya hemos visto, no es el propósito del Señor dejar a la humanidad en esta condición de debilidad y de decaimiento, sino, por medio de la Nueva Creación, a su propio debido tiempo, el conocimiento del Señor alcanzará a cada miembro de la familia humana, con toda oportunidad favorable de llegar al conocimiento de la Verdad y a todas las bendiciones aseguradas gracias a la redención. Sin embargo, el punto en el cual deseamos insistir especialmente aquí, es que lo mismo que Dios dejó así a las naciones paganas por sí mismas, también él deja la presunta “Cristiandad” por sí misma. Él les permite a los hombres que han recibido cierta luz de la revelación divina emplearla como les plazca, y que traten de mejorar el plan divino, de organizar sistemas humanos, etc. Todo esto no significa que él no tiene el poder de intervenir ni que aprueba estos planes diversos y organizaciones opuestas y más o menos perjudiciales de la humanidad y de la cristiandad. Estas experiencias constituirán otra lección que, pronto, lo reprobará mucho cuando ellos aprecien el resultado glorioso del plan divino y comprendan cómo Dios laboró de modo sostenido, llevando a cabo el cumplimiento de sus intenciones originales, prácticamente no teniendo en cuenta los planes y los proyectos del hombre, obteniendo sus resultados sirviéndose a veces de ellos y a veces en oposición completa con ellos. Así hizo él al fin de la Edad judaica cuando les permitió a ciertos miembros de esta nación cumplir su plan persiguiendo y crucificando al Señor y a sus apóstoles. Asimismo, algunos de ellos que eran “Israelitas verdaderos”, que fueron luego bendecidos, exaltados y hechos participantes de los sufrimientos de Cristo con

el fin de que más tarde también puedan ser participantes en su gloria, así hay probablemente ahora “Israelitas verdaderos” según el espíritu que, a semejanza de Pablo, serán liberados de las trampas del Adversario.

Hay otro punto digno de observación: el Señor tiene un tiempo especial para comenzar este Reino, un tiempo especial por consiguiente en el cual su Nueva Creación elegida será desarrollada y preparada para este servicio; parece que estuvo previsto en su plan que una luz especial debería brillar al principio y a finales de este período. El Apóstol lo sugiere cuando hace alusión a nosotros “quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Cor. 10:11). Fue en el *traslapo* de las Edades judaica y evangélica que el Camino, la Verdad y la Vida primero fueron manifestados; luego vinieron “siglos de tinieblas”, y ahora, en el tiempo del traslapo de las Edades evangélica y milenaria, la luz brilla como nunca antes — “sobre cosas nuevas y cosas viejas”. Si debemos suponer que los que, al principio de la Edad, estuvieron en armonía con el Señor y recibieron una luz especial, y que los del mismo espíritu que, al fin de la Edad, tendrán el favor de la luz de la Verdad Presente con el fin de que por ella, puedan ser santificados, no debemos creer que la misma medida de luz fue necesaria para la santificación durante los siglos de intervalo, algunos de los cuales son llamados los “siglos de las tinieblas”. No debemos suponer que el Señor nunca se ha quedado sin testigos, aunque éstos habrían sido ignorados en las páginas de la historia, sino debemos considerar que no se retuvo sus nombres a causa de su insignificancia relativa y también porque no estaban en relación ni simpatizaban con los grandes sistemas anticristianos, aun si algunos de ellos pudieron estar en estos sistemas. También el llamado del Señor, que ahora se oye, indica claramente que deberíamos esperar a encontrar muchos de sus hijos en Babilonia, confusos y extraviados por el sectarismo: “Ha caído la gran Babilonia.” “Salid *de ella*, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” —Apoc. 18:2, 4.

Habiendo echado así una ojeada rápida a la Iglesia y a la parte de su historia, vayamos más particularmente a un examen de

la Iglesia tal como fue instituida al principio por nuestro Señor. Así como hay únicamente un solo *Espíritu* del Señor que todos los que le pertenecen deben poseer, así también hay únicamente una sola Cabeza (o Jefe) en el *centro* de la Iglesia, nuestro Señor Jesús. Sin embargo, debemos recordar que, en toda su obra, él reconoció ampliamente la preeminencia del Padre y que según su propia exposición, la obra del Hijo se efectuó en nombre del Padre, por la autoridad del Padre: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada” (Mat. 15:13). La Iglesia verdadera, la Nueva Creación es la plantación del Padre. Nuestro Señor dice: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos y mi Padre es el viñador*. Más tarde, él nos señala que hay una “vid de la tierra”, una iglesia nominal, una iglesia falsa que no ha sido plantada por el Padre y que será desarraigada. El fruto de la Vid verdadera, es el Amor y es precioso al Padre, pero el fruto de la Vid de la Tierra, es el egoísmo bajo diversas formas; él será pisado definitivamente en el gran lagar de la ira de Dios, durante el gran tiempo de angustia por el cual se acabará esta Edad. —Juan 15:1-6; Apoc. 14:19.

Todos los que estudian la Biblia seguramente han observado que nuestro Señor y los apóstoles no reconocieron ninguna división en la Iglesia y rechazaron todo lo que era cisma, tanto en hecho como en nombre. Para ellos, la Iglesia era una e indivisible, como lo eran su única fe, su único Señor y su único bautismo. Desde este punto de vista, la designaban como la Iglesia, la Iglesia de Dios, la Iglesia del Dios vivo, la Iglesia de Cristo, la Iglesia de los primogénitos, y llamaban a sus miembros “hermanos”, “discípulos”, “cristianos”. Nos servimos de todos estos nombres para designar sin discriminación toda la Iglesia tanto como las agrupaciones más pequeñas — hasta de dos o tres individuos, en Jerusalén o en Antioquia o en otra parte. La variedad de estos nombres y su uso general implican claramente que ninguno de ellos no estuvo destinado a hacerse un nombre propio. Todos ilustraban simplemente el gran hecho que nuestro Señor y sus apóstoles exponían continuamente, a saber, que la Iglesia (*Ecclesia*, cuerpo, asamblea) de los discípulos del Señor está compuesta de sus “elegidos” para tener parte en su cruz, aprender lecciones que

ahora son necesarias para ellos, y para estar asociados pronto con él en su gloria.

Esta costumbre debería haber sido mantenida, pero fue cambiada durante los siglos de las tinieblas. Cuando el error se hubo desarrollado, el espíritu sectario lo acompañó y resultó con nombramientos singulares: iglesia de Roma, iglesia bautista, iglesia luterana, iglesia anglicana, santa iglesia católica, iglesia wesleyana (o metodista —*Trad.*), iglesia cristiana, iglesia presbiteriana, etc. Éstos son signos del *espíritu carnal* como lo señaló el Apóstol (1 Cor. 3:3, 4); y así como la Nueva Creación se libra de la oscuridad profunda que cubrió por tanto tiempo al mundo, se hace claro sobre este punto también, observando el error y la apariencia del mal, ella no sólo sale del sectarismo, sino que rechaza ser conocida por estos nombres no bíblicos — respondiendo de buena gana a cualquier nombre o a todos los nombres que sean bíblicos.

Ahora examinemos los fundamentos de la única Iglesia que fue establecida por el Señor:

LOS DOCE APÓSTOLES DEL CORDERO

El Apóstol declara que nadie puede poner otro fundamento que aquel que está puesto, el cual es Jesucristo (1 Cor. 3:11). Sobre este fundamento, nuestro Señor, como representante del Padre, comenzó a erigir su Iglesia y para hacerla, llamó a los doce apóstoles — no por casualidad, sino a propósito exactamente como no fue por casualidad que las tribus de Israel fueron doce en total, sino conforme al plan de Dios. El Señor no sólo no escogió más de estos doce apóstoles para esta posición, sino que después nunca dio la autoridad a ningún otro — a excepción del hecho que, Judas probándose indigno de ocupar una posición entre los doce, perdió su lugar y fue reemplazado por el apóstol Pablo.

Observamos con qué cuidado el Señor veló sobre los apóstoles: su solicitud por Pedro, su oración por él a la hora de su prueba, su llamado especial más tarde para apacentar sus ovejas y sus corderos. También notamos su atención por Tomás que dudaba,

y su buena voluntad de hacerle la demostración completa de su resurrección. De los doce, él no perdió a ninguno excepto al hijo de la perdición cuya defección predicha en las Escrituras él preconocía. No podemos admitir la selección de Matías relatada en Hechos como en cualquier sentido del término siendo la del Señor. Sin duda él era un buen hombre, pero los once lo escogieron sin autoridad alguna. Habían recibido el orden de quedar en Jerusalén y de esperar allí para ser revestidos del poder de arriba por el Espíritu Santo en el Pentecostés; es durante este período de espera y antes de ser revestidos de poder donde ellos escogieron sin razón a Matías echando suertes con el fin de que tomara el lugar de Judas. El Señor no los censuró por haberse metido en sus asuntos, sino simplemente no tuvo ninguna cuenta de su selección, y en su propio tiempo eligió al apóstol Pablo, declarando: “Instrumento escogido me es éste” y de nuevo tenemos la declaración del Apóstol que fue elegido del vientre de su madre para ser un siervo especial y, además, que no fue en nada inferior a los grandes Apóstoles. —Gál. 1:15; 2 Cor. 11:5.

De lo que precede, podemos ver que estamos en desacuerdo completo con los puntos de vista del Papado, de la iglesia protestante episcopal, de la iglesia católica apostólica y de los Mormones, conceptos que pretenden que el número de los apóstoles no ha sido limitado a doce, que desde sus días han habido sucesores que hablaron y escribieron con una autoridad igual a la suya. Rechazamos esta opinión, apoyándonos, para hacerlo, en la manera particular con que el Señor escogió estos doce, lo que nos recuerda de la importancia del número doce en las cosas sagradas que se relacionan con esta elección; para completar, señalamos la figura simbólica de la Iglesia glorificada presentada en Apocalipsis 21. Allí se encuentra muy claramente descrita la Nueva Jerusalén (el símbolo del nuevo gobierno milenario, la Iglesia, la Esposa unida con su Señor) y la imagen afirma de una manera muy notable que los doce fundamentos de la ciudad son preciosos y que sobre estos doce fundamentos están inscritos los nombres de los “doce apóstoles del Cordero” — ni más, ni menos. Cuál mejor prueba pudiéramos tener que nunca hubo otros

apóstoles que estos doce apóstoles del Cordero, y que todos los demás fueron, como lo sugiere el apóstol Pablo, “falsos apóstoles”. —2 Cor. 11:13.

Tampoco es necesario tener otros apóstoles, porque todavía tenemos estos doce con nosotros (por su testimonio y el fruto de sus trabajos) bajo una forma mucho mejor que para los que estuvieron en contacto con ellos personalmente durante su ministerio. Poseemos los relatos de su ministerio, así como las palabras, los milagros, etc. del Señor. Sus discursos en diversos temas de la doctrina cristiana, los tenemos hoy en sus epístolas bajo una forma muy satisfactoria. Todas estas cosas son “suficientes”, como lo explica el Apóstol, “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” Desarrollando el tema, el Apóstol declaró: “No he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios.” ¿Qué hace falta además? —2 Tim. 3:17; Hechos 20:27.

Inmediatamente después de sus cuarenta días de meditación y de prueba por el Adversario en el desierto, y después de haber decidido qué sería su propia conducta, nuestro Señor comenzó a predicar el evangelio del Reino venidero y a invitar las personas a seguirle las cuales se llamaron discípulos. Está finalmente entre los discípulos que él escogió los doce (Luc. 6:13-16). Todos ellos provenían de lo que se podría llamar condiciones sociales muy humildes; muchos de ellos eran pescadores y en cuanto a ellos se relata, sin desaprobación, que los jefes del pueblo “se habían percibido que eran hombres analfabetos [sin instrucción]” (Hechos 4:13). Según toda apariencia, los doce fueron llamados de los “discípulos” en general que habían adoptado la causa del Señor y la confesaban sin dejar sus ocupaciones diarias. Los doce fueron invitados a asociarse con el ministerio del Evangelio y se nos informa que ellos dejaron todo para seguirle (Mat. 4:17-22; Marcos 1:16-20; 3:13-19; Lucas 5:9-11). Los “setenta”, cargados de misión más tarde, nunca fueron considerados como apóstoles. Lucas nos da un relato particular de la selección de los doce; él nos informa que, antes de este acontecimiento, nuestro Señor se retiró sobre la montaña para rezar, evidentemente para tomar consejo del Padre

sobre lo que debía hacer y sobre lo que debían hacer sus colaboradores. Él pasó toda la noche en oración, y cuando vino el día él llamó a sí mismo a sus discípulos (en griego: **mathetes** — alumnos o aprendices) y entre ellos, él escogió doce que nombró también *Apóstoles* (en griego: **apostolos**, enviados). Así es como los doce fueron escogidos — separados y distintos — de los discípulos. —Lucas 6:12, 13, 17.

Los otros discípulos que no fueron escogidos para el apostolado fueron también bien amados del Señor, y sin duda alguna ellos aprobaron totalmente el nombramiento de los doce, reconociendo que se hizo en interés de la obra en general. No sabemos sobre cuales bases el Señor eligió, pero se nos informan los términos de su oración: “Tuyos eran, y me los diste” y también: “a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición” — Judas. En qué sentido o a qué grado el Padre eligió a los doce, esto no tiene ninguna importancia para nosotros. La característica que ellos poseían sin duda alguna era la humildad. Indudablemente, su condición humilde y sus experiencias anteriores en la vida habían sido tales que habían contribuido no sólo a hacer de ellos hombres humildes, sino que además caracteres fuertes, determinados y perseverantes, etc. a un grado que ninguna otra ocupación no habría podido alcanzar. Aprendemos que si la selección de los doce se efectuó en este momento, en lugar de esperar hasta el Pentecostés (la fecha del engendramiento de la Iglesia), fue en gran medida con el propósito de permitir a estos doce de estar en una meta particular con el Señor, de contemplar sus obras, de oír su mensaje, con el fin de que de esta manera, pudieran al debido tiempo, ser testigos únicos y hacernos conocer y a todos los hijos de Dios las obras prodigiosas de Dios y las palabras sublimes de vida manifestadas por medio de Jesús. —Lucas 24:44-48; Hechos 10:39-42.

LA MISIÓN APOSTÓLICA

No encontramos en ninguna parte la menor sugerencia que los apóstoles debieran ser unos señores sobre la herencia de Dios,

considerarse como diferentes de los otros creyentes, escapando de la ley divina, o especialmente favorecidos o asegurados en cuanto a su herencia eterna. Ellos debían recordar continuamente que “todos vosotros sois hermanos” y que “uno es vuestro Maestro, el Cristo”. Ellos debían recordar siempre que era necesario para ellos hacer firme su llamamiento y su vocación, y que a menos que obedezcan a la Ley de Amor y sean humildes como niños, de ningún modo “entrarían en el Reino”. Ellos no recibieron ningún título oficial ni alguna instrucción concerniente a un vestido especial o a un comportamiento particular; pero ellos debían ser simplemente en todas estas cosas ejemplos para el rebaño, con el fin de que otros viendo sus buenas obras glorifiquen al Padre, que otros andando en sus pisadas anden así en las pisadas del jefe también, y que al fin alcancen la misma gloria, la misma honra, la misma inmortalidad — participantes de la misma naturaleza divina, miembros de la misma Nueva Creación.

La misión que habían recibido era una misión de *servicio*. Ellos debían servirse mutuamente, servir al Señor y entregar su vida a favor de los hermanos. Estos servicios debían ser prestados especialmente en relación con la proclamación del Evangelio. Ellos tenían parte en la preunción que ya descansaba en su Maestro — la misma unción que pertenece a todos los miembros de la Nueva Creación, a todos los del Sacerdocio real, y que el profeta describe, diciendo: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque *me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón*”, etc. — Isaías 61:1, 2; Luc. 4:17-21.; Mat. 10:5-8; Marcos 3:14, 15; Luc. 10:1-17.

Aunque esta unción no vino directamente sobre ellos antes del Pentecostés, habían tenido una muestra del hecho que el Señor les confirió una parte del poder de su Espíritu Santo, etc. cuando él los envió a predicar. No obstante, aun en esto, la ocasión especial de enorgullecerse se les quitó cuando, más tarde, nuestro Señor envió setenta otros para hacer un trabajo análogo, y que les dio el poder de cumplir milagros en su nombre. La obra verdadera de los apóstoles no comenzó en absoluto, en el sentido exacto de la

palabra, antes de haber recibido el Espíritu Santo en el Pentecostés. Allí, ellos fueron el objeto de una manifestación especial del poder divino, porque no sólo recibieron el Espíritu Santo y los dones del Espíritu, sino que igualmente y especialmente el poder de conferir estos dones a otros. Desde entonces, por este último poder, fueron puestos de lado todos los demás miembros de la Iglesia. Otros creyentes fueron comprendidos en los miembros del cuerpo ungido de Cristo, hechos participantes de su Espíritu y engendrados de este Espíritu a la novedad de vida, etc. pero ninguno pudo tener un don, o una manifestación especial salvo por medio de estos apóstoles. Sin embargo, debemos tener bien en mente que estos dones de milagros, lenguas, interpretaciones de lenguas, etc. no impidieron en ningún sentido ni reemplazaron los frutos del Espíritu Santo, los cuales deben crecer o desarrollarse en cada fiel gracias a su obediencia a las instrucciones divinas: crecer en gracia, en conocimiento y en amor. La atribución de estos dones que un hombre podía recibir siendo sin embargo un metal que resuena, un címbalo que retiñe, designó, no obstante, a los apóstoles como siervos o representantes especiales del Señor en la obra de la fundación de la Iglesia. —1 Cor. 12:7-10; 13:1-3.

Al escoger estos apóstoles e instruirles, nuestro Señor tenía a la vista de bendecir y de instruir a todos sus discípulos hasta el fin de la Edad. Esto resalta de la oración que él hizo al fin de su ministerio en la cual, refiriéndose a los discípulos, declaró: “He manifestado tu nombre a los hombres [apóstoles] que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras [doctrinas] que me diste, les he dado; y ellos las han recibido. . . Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son. . . Mas no ruego solamente por éstos [apóstoles], sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos [toda la Iglesia del Evangelio], para que todos sean uno [en intención, en amor]; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; [luego, mostrando el último fin de esta elección, tanto de los apóstoles como de toda la Nueva Creación, añadió] para que el

mundo [amado de Dios aunque todavía pecador y rescatado por la sangre preciosa] crea que tú me enviaste” — para rescatar al mundo y restablecerle. —Juan 17:6-9, 20, 21.

Aunque sin instrucción, los apóstoles eran manifiestamente de caracteres fuertes, y gracias a la enseñanza del Señor, su falta de sabiduría y de instrucción según el mundo fue más que compensada por “el espíritu de sobrio sentido común”. Por lo tanto, no es extraño que estos hombres hayan sido reconocidos unánimemente por la Iglesia primitiva como guías en el camino del Señor, instructores designados de una manera especial, “columnas en la Iglesia”, que la autoridad venía inmediatamente después de aquella del Señor mismo. De diversas maneras el Señor les había preparado para esta posición.

Ellos estaban con él continuamente y podían testificar de todo lo que concernía su ministerio, sus enseñanzas, sus milagros, sus oraciones, su simpatía, su santidad, de su sacrificio hasta la misma muerte, y finalmente testificar de su resurrección. No sólo la Iglesia primitiva necesitó todos estos testimonios, sino que también todos los que, después, han sido llamados por el Señor y han aceptado su llamado para formar parte de la Nueva Creación — todos los que huyeron para encontrar un refugio y pusieron su confianza en las gloriosas esperanzas concentradas en su carácter y en su muerte en sacrificio, en su exaltación suprema y en el plan de Dios que tiene por misión de cumplir; todos ellos necesitaron tal testimonio personal en todos estos dominios, con el fin de que pudieran tener una fe firme y un consuelo poderoso.

Setenta otros discípulos fueron enviados más tarde por el Señor, para proclamar su presencia y la cosecha de la Edad judaica, pero su trabajo, en muchos aspectos, fue diferente de aquel de los doce. En verdad, pareció que el Señor, de todos modos, hecho de lado a los apóstoles de una manera tan especial, que podemos, con toda la Iglesia, tener en ellos una confianza absoluta. Sólo ellos participaron con él en la última Pascua y en la institución de la nueva “conmemoración” de su propia muerte; sólo ellos estuvieron con él en Getsemaní; también fue a ellos a quienes él se manifestó especialmente después de su resurrección, y sólo ellos sirvieron

especialmente como portavoces del Espíritu Santo en el Día del Pentecostés. Once eran “hombres de Galilea”; así como lo observaron algunos que los oyeron: “¿No son galileos todos estos que hablan?” —Hechos 2:7; Lucas 24:48-51; Mat. 28:16-19.

Aunque, según el relato, nuestro Señor se hubiera revelado después de su resurrección a cerca de quinientos hermanos, no obstante, los apóstoles estuvieron particularmente en contacto con él; ellos debían ser “testigos [particulares] de todas las cosas que él hizo, en la tierra de los Judíos y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero; A éste levantó Dios al tercer día. . . Y nos mandó que predicásemos al pueblo”, etc. —Hechos 10:39-45; 13:31; 1 Cor. 15:3-8.

Aunque el apóstol Pablo no fuera directamente un testigo al mismo grado que los once, él fue sin embargo el testigo de la resurrección de nuestro Señor por una aparición subsecuente que se le dio de su presencia gloriosa, así como él mismo lo dice: “Y al último de todos, como a un abortivo [antes del tiempo], me apareció a mí” (1 Cor. 15:8, 9). El apóstol Pablo no tuvo realmente el derecho de ver al Señor en la gloria antes del resto de la Iglesia en su Segundo Advenimiento, cuando todos sus fieles serán cambiados, hechos semejantes a él y le verán tal como es; sin embargo, para que el Apóstol pueda ser un *testigo* se le concedió esta aparición, y además, algunas visiones y revelaciones más que a todos ellos. Tal vez de esta manera, fue bien resarcida su falta de contacto personal con el Maestro. No obstante, sus experiencias especiales no fueron simplemente para su propia ventaja, sino podemos presumirla, sobre todo para el bien de la Iglesia entera. Es cierto que las experiencias, las visiones, las revelaciones, etc. particulares concedidas al Apóstol quien tomó el lugar de Judas, fueron de una ayuda más grande que aquellas de cualquier de los otros apóstoles.

Sus experiencias le permitieron entender y apreciar no sólo “las cosas profundas de Dios” (las mismas cosas que no se permite al hombre expresar —2 Cor. 12:4), sino la iluminación que ellas dieron al espíritu del Apóstol, a través de *sus escritos*, ha brotado sobre la Iglesia desde este tiempo hasta nuestros días.

Estas visiones y estas revelaciones fueron las que le permitieron al apóstol Pablo comprender la situación, apreciar la nueva dispensación y captar tan claramente la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del carácter y del plan divinos; era porque él mismo apreciaba claramente estas cosas que fue cualificado para exponerlas en sus enseñanzas y sus epístolas de tal manera que fueron una bendición para la familia de la fe a lo largo de la Edad. En realidad, hasta hoy, la Iglesia podría más fácilmente pasarse sin los testimonios de cualquier de los otros apóstoles o de todos ellos más bien que de perder el suyo. Sin embargo, nosotros somos felices de tener todo el testimonio, felices de apreciarlo en su conjunto, tanto como de apreciar los caracteres nobles de todos los doce apóstoles. Observe el testimonio que indica su apostolado: en primer lugar, las palabras del Señor: “Éste mismo me es un vaso escogido, para llevar mi nombre delante de los gentiles, y de los reyes, y de los hijos de Israel” (Hechos 9:15, *Versión Moderna*). El Apóstol mismo declara: “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gál. 1:11, 12). Él añade: “El que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión [los judíos], actuó también en mí para con los gentiles” (Gál. 2:8). No sólo su celo por el Señor y por los hermanos, y su diligencia de entregar su vida a favor de los hermanos (dedicando su tiempo y su energía para su bendición) constituyen la prueba de su dignidad en un rango igual a aquel de cualquier de los apóstoles, sino que cuando su autoridad apostólica en la Iglesia fue acusada y discutida por algunos, enfocó francamente la atención en este punto y en la bendición que el Señor le había concedido por sus revelaciones y sus servicios, etc., probando así que él “no fue en nada inferior a los más eminentes apóstoles”. —1 Cor. 9:1; 2 Cor. 11:5, 23; 12:1-7, 12; Gál. 2:8; 3:5.

No era la intención del Señor que los apóstoles debieran hacer una obra entre los judíos solamente: la Escritura informa todo lo contrario. Él informó a los once que su obra y su mensaje concernían finalmente a todos los pueblos, aunque debieran quedar en Jerusalén hasta que fueran revestidos de poder, y que era allá

dónde debían comenzar su testimonio. “Recibiréis poder”, él les dijo, “cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Este testimonio continuó no sólo durante la vida de los apóstoles, sino que todavía continúa. Aún recibimos su predicación, ellos siguen instruyendo a los fieles, animándoles, amonestándoles, censurándoles. Su muerte no puso fin a su ministerio. Ellos aún hablan, aún testifican, y aún son portavoces del Señor a sus fieles.

LA INSPIRACIÓN DE LOS APÓSTOLES

Es bueno que tengamos confianza en los apóstoles como testigos o historiadores fieles, y que tomemos nota que sus testimonios llevan el sello de la honestidad en que no buscaron ni la riqueza ni la gloria entre los hombres, sino que sacrificaron todos sus intereses terrestres en su celo por el Maestro resucitado y glorificado. Su testimonio todavía sería inestimable aun si no tuviera otro peso que ése, pero también encontramos en las Escrituras que el Señor se valió de ellos como sus agentes inspirados, y que los guió de manera especial en cuanto al testimonio, en cuanto a las doctrinas, en cuanto a las costumbres, etc. que establecerían en la Iglesia. Ellos llevaron testimonio no sólo en cuanto a las cosas que habían oído y visto, sino además, en cuanto a la instrucción que recibieron por medio del Espíritu Santo; así fueron administradores fieles. “Que *todo* hombre nos considere de esta manera: como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”, dice Pablo (1 Cor. 4:1, *La Biblia de las Américas*). Nuestro Señor expresa el mismo pensamiento cuando dice, hablando de los doce: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”, y luego: “Pastorea mis ovejas” “Apacienta mis corderos”. El Apóstol también dice: El misterio [las verdades profundas del Evangelio concernientes al supremo llamamiento de la Nueva Creación — el Cristo] escondido de todo tiempo y en todas las Edades, es ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. Él explica que el fin de esta

revelación debe ser “de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio [para cuales condiciones es posible tener parte en la Nueva Creación] escondido desde los siglos en Dios” (Ef. 3:3-11). Además, describiendo cómo la Iglesia debe ser edificada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, Jesucristo siendo la principal piedra angular, el Apóstol declara: “Por esta causa [para la edificación de la Iglesia, el templo de Dios] yo Pablo, [soy] prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles”. —Ef. 2:20, 22; 3:1.

El Consolador fue prometido para “enseñaros todas las cosas y recordaros todo lo que yo os he dicho” y “haceros saber las cosas que habrán de venir” (Juan 14:26; 16:13). Indudablemente y en cierta medida, esto es aplicable a la Iglesia entera, pero se aplica muy especialmente a los apóstoles, y en realidad todavía obra con respecto al resto de la Iglesia por medio de los apóstoles, sus palabras que todavía son los medios por los cuales el Espíritu Santo nos enseña tanto las cosas nuevas como las antiguas. De acuerdo con esta promesa, nos es posible comprender que la inspiración apostólica presentó tres características: (1) El refresco de su memoria les permitió recordar y reproducir las enseñanzas personales del Señor. (2) Ellos fueron guiados en la apreciación de la verdad tocante al plan divino de las Edades. (3) Ellos recibieron revelaciones especiales de cosas venideras, de cosas a propósito de las cuales nuestro Señor había declarado: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.” —Juan 16:12.

No debemos suponer que el refrescar de la memoria de los apóstoles implicaba un dictado de la fraseología exacta o de un orden exacto de las palabras de nuestro Señor. Ni siquiera los escritos apostólicos no dan la prueba de tal dictado. Sin embargo, la misma promesa del Señor es una garantía de la exactitud de sus declaraciones. En cada uno de los cuatro Evangelios, tenemos una historia del principio de la vida del Señor y de su ministerio; sin embargo, en cada uno de ellos se manifiesta la personalidad del autor. Cada uno, en su propio estilo, informa los detalles que le parecen los más importantes, y bajo la dirección del Señor, estos

diversos relatos proporcionan juntos una historia tan completa como necesaria para el establecimiento de la fe de la Iglesia, para la identificación de Jesús como el Mesías de los profetas, en el cumplimiento de las profecías que le concierne, en los acontecimientos de su vida y en sus enseñanzas. Si la inspiración hubiera sido verbal (un dictado palabra por palabra), no habría sido necesario que varios hombres rehicieran el relato; sin embargo, es notable que si cada escritor pudo libremente ejercer su manera personal de expresarse y escoger los acontecimientos más importantes y más dignos de ser informados, el Señor por su espíritu dirigió las cosas de modo que nada importante fuera omitido: todo lo que es necesario se relata escrupulosamente “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. Es interesante notar que el relato del apóstol Juan completa los tres otros relatos (Mateo, Marcos y Lucas), y que habla sobre todo de circunstancias y de incidentes importantes omitidos por otros.

La promesa del Señor que, por el Espíritu Santo, él guiaría a los apóstoles, y por éstos, la Nueva Creación, “a toda la Verdad”, implica que esta dirección sería de un carácter general más bien que personal e individual a toda la verdad; el cumplimiento de esta promesa hecho de esta manera está puesto en evidencia por los relatos. Aunque los apóstoles, excepto Pablo, fueran unos hombres simples y sin instrucción, sus exposiciones bíblicas son, sin embargo, muy notables. Ellos fueron capaces de “avergonzar a los sabios” teólogos de su tiempo, y siempre lo hacían después. Por muy elocuente que sea el error, no puede sostenerse delante de la lógica de sus deducciones sacadas de la Ley y de los Profetas y de las enseñanzas del Señor. Los doctores judíos de la Ley estaban asombrados por eso, y como leemos “reconocían que habían estado con Jesús”, que habían aprendido su doctrina e imitado su espíritu. —Hechos 4:5, 6, 13.

Las epístolas apostólicas constan de estos argumentos lógicos basados en los escritos del Antiguo Testamento y en las palabras del Señor. Todos los que, a través de esta Edad Evangélica, han tenido parte en el mismo espíritu según la argumentación que el

Señor, por su portavoz, ha expuesto delante de nosotros, son conducidos a las mismas conclusiones verídicas; así nuestra fe descansa, no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Cor. 2:4, 5). Sin embargo, en estas enseñanzas tanto como en sus relatos históricos, no tenemos ninguna prueba que hayan sido dictados palabra por palabra, ninguna prueba que los escritores hayan sido simplemente unos secretarios del Señor, hablando y escribiendo de manera mecánica como hicieron los profetas de antaño (2 Ped. 1:21). Los apóstoles tuvieron más bien una iluminación clara del entendimiento que los hacía capaces de comprender, de apreciar las intenciones divinas y así, de exponerlas claramente; ha sido exactamente lo mismo desde entonces para todos los del pueblo del Señor quienes, según su dirección, pudieron crecer en gracia, en conocimiento y en amor, y de esta manera, “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento [humano]”. —Ef. 3:18, 19.

Sin embargo, somos plenamente justificados a creer que sus otras enseñanzas, tanto como sus relatos históricos, fueron vigilados hasta tal punto por el Señor que el empleo de palabras inapropiadas fue evitado y que la verdad fue expuesta de tal manera que constituye el “alimento al debido tiempo” para la familia de la fe desde entonces. Esta vigilancia divina de los apóstoles fue predicha por las palabras de nuestro Señor: “Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mat. 18:18). Esto no significa que el Señor abandonaría sus prerrogativas y se haría el que obedecería las órdenes de los apóstoles sino que éstos serían tan bien guardados, tan bien guiados por el Espíritu Santo, que sus decisiones en la Iglesia acerca de las cosas que deberían considerarse como obligatorias y acerca de las que deberían considerarse como facultativas, serían unas decisiones válidas, y que la Iglesia en general podía saber que los temas han sido fijados, establecidos, concluyendo así que tal es la decisión del Señor tanto como la de los apóstoles.

SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA

Estuvo en pleno acuerdo con esto que, después de que el apóstol Pedro hubiera relatado el testimonio que nuestro Señor era el Mesías, “Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque *esto* no te *lo* reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro [**petros** — una piedra, una roca]; y sobre esta roca [**petra** — una masa rocosa — el gran peñasco fundamental de la verdad, que acabas de expresar] edificaré mi Iglesia” (Mateo 16:17,18, *La Biblia de las Américas*). El Señor mismo es el constructor, como lo proclaman ser el fundamento: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Cor. 3:11). Él es el gran peñasco y el hecho, para Pedro, de reconocerlo como tal, era un testimonio sólido, una declaración de los principios fundamentales en los cuales descansa el plan divino. Así es como el apóstol Pedro entendió el tema y así es como expresó su comprensión (1 Ped. 2:5, 6). Él declaró que todos los verdaderos creyentes consagrados son “*pedras vivas*” que vienen al gran Peñasco del plan divino, Cristo Jesús, con el fin de ser edificados en un santo templo de Dios uniéndose a él, el fundamento. Pedro mismo negaba toda pretensión de ser la piedra fundamental y se clasificaba correctamente entre todas las demás “*pedras vivas*” (en griego: **lithos**) de la Iglesia — aunque **petros**, peñasco, significa una piedra de dimensión más grande que **lithos**, y que todos los apóstoles como piedras “de fundamento” tendrían, en el plan y en el orden divinos, una importancia más grande que sus hermanos. —Apoc. 21:14.

LLAVES DE LA AUTORIDAD

En el mismo orden de ideas, el Señor le dice a Pedro: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos”, etc. Así la misma autoridad dada a los apóstoles en su conjunto fue expresada de modo preciso a Pedro con el privilegio o el honor suplementario de poseer las

llaves, el poder o la autoridad de abrir. Nosotros nos acordamos de la manera en la que el apóstol Pedro se sirvió de las llaves del Reino y les *abrió* la obra de la nueva dispensación en primer lugar a los judíos en el Pentecostés, y más tarde, a los Gentiles en la casa de Cornelio. En el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado, leemos que “Pedro, poniéndose en pie con los once”; él tomó la iniciativa; él *abrió*, otros siguieron, y la invitación del Evangelio fue lanzada así abiertamente a los judíos. En el caso de Cornelio, el Señor le envió mensajeros a Pedro, y por una visión lo hizo de manera especial a seguirles; así él lo empleó de manera particular para abrir la puerta de la misericordia, libertad y privilegio a los Gentiles con el fin de que también pudieran entrar y tener parte en el llamamiento superior de la Nueva Creación. Estas cosas están en pleno acuerdo con lo que discernimos concerniente a las intenciones del Señor sobre la selección de los doce apóstoles. Cuanto más el pueblo del Señor discierne claramente el hecho que estos doce hombres han sido designados como los representantes especiales de la nueva dispensación y que sus palabras son los canales especiales de la verdad respecto a la Nueva Creación, más completamente será preparado a aceptar sus declaraciones, y también, menos será propenso a aceptar las enseñanzas de otros que se oponen a su testimonio. “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” —Isaías 8:20.

La última parte de la promesa de nuestro Señor es ésta: “Él [el Espíritu Santo del Padre] os hará saber las cosas que habrán de venir.” Esto implica una inspiración especial de los apóstoles, y de manera indirecta la bendición y la iluminación del pueblo del Señor gracias a sus enseñanzas, hasta el mismo fin de la Edad actual. Así debían ser no sólo santos apóstoles, sino que profetas o videntes anunciando acontecimientos futuros a la Iglesia. No es necesario suponer que todos los apóstoles sirvieron del mismo grado en uno o en todos estos géneros de servicio. El hecho es que algunos fueron honrados más no sólo en privilegios de servicio como apóstoles, sino que también anunciando las cosas venideras. El apóstol Pablo señala diversas cosas venideras: la gran apostasía en la Iglesia; la revelación del “hombre del pecado”; el misterio

tocante a la segunda venida del Señor y, a saber, que no todos dormiremos aunque todos debiéramos ser transformados; el misterio, oculto de todas las Edades y las dispensaciones del pasado que la Iglesia, incluso los Gentiles, sería coheredera de la promesa hecha a Abrahán al efecto que su posteridad bendeciría a todas las familias de la tierra, etc. Él también señala que al fin de la Edad condiciones difíciles prevalecerán en la Iglesia, que los hombres serían “amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”; no respetando sus compromisos, etc. y que “lobos rapaces” (los agentes de la alta crítica destructiva) no perdonarán al rebaño del Señor. En realidad, todos los escritos del apóstol Pablo son brillantemente alumbrados por las visiones y las revelaciones que recibió en calidad de vidente, cosas que, en su tiempo, eran todavía futuras, que no se podía entonces explicar convenientemente sino que, ahora, son claras a los santos gracias a los tipos y gracias a las profecías del Antiguo Testamento; ellas son ahora comprensibles a la luz de las palabras de los apóstoles porque el “debido tiempo” ha llegado para comprenderlas.

El apóstol Pedro, también, como vidente, señala la llegada en la Iglesia de maestros falsos que, en privado, en secreto, introducirán herejías condenables, aun llegando a negar que el Señor les haya rescatado. Mirando hacia nuestra época, él profetiza, diciendo: “En los postreros días vendrán burladores. . . diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento [la *presencia* de Cristo]?”, etc. También profetizó que “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche”, etc.

El apóstol Santiago, también, profetiza acerca del fin de la Edad presente, diciendo: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. . . Habéis acumulado tesoros para los días postreros”, etc.

Sin embargo, el apóstol Juan fue el vidente, el profeta más notable de todos los apóstoles: sus visiones que constituyen el libro del Apocalipsis, describen de manera más notable, las cosas venideras.

LA INFALIBILIDAD APOSTÓLICA

De lo que precede, estamos plenamente justificados de creer que los apóstoles fueron tan bien guiados por el Señor por medio de su Espíritu Santo, que todas sus declaraciones públicas fueron hechas bajo la inspiración divina para la instrucción de la Iglesia, y no más infalibles que las de los profetas de la dispensación precedente. No obstante, aunque estando asegurados que su testimonio es verídico y que todas sus declaraciones hechas a la Iglesia tienen la aprobación divina, es bueno que examinemos con cuidado cinco diferentes circunstancias mencionadas en el Nuevo Testamento, que se considere habitualmente como contrario al pensamiento que los apóstoles no se equivocaron en sus enseñanzas. Vamos a examinarlos de cerca separadamente.

(1) La negación de Pedro antes de la crucifixión de nuestro Señor. Es indiscutible que Pedro cometió una falta grave de la que se arrepintió más tarde sinceramente. Sin embargo, no debemos olvidar que esta transgresión, aunque cometida después de su selección como apóstol, fue antes de su unción por el Espíritu Santo en el Pentecostés, antes de ser investido por Dios como el apóstol en el sentido más completo. Además, la infalibilidad que reivindicamos para los apóstoles es la que tuvo relación con sus enseñanzas y con sus escritos *públicos*, y no con todos los incidentes y los detalles ínfimos de su vida. No hay duda que éstos fueron afectados por las taras de su vaso terrestre desfigurado por la caída en la cual todos los hijos de Adán han sufrido. Las palabras del Apóstol: “Tenemos este tesoro en vasos de barro”, se aplicaban evidentemente a sí mismo y a los otros apóstoles, tanto como a todos los miembros de la Iglesia que han recibido el Espíritu Santo. La parte que tenemos individualmente en la gran obra de reconciliación de nuestro Maestro, cubre estas debilidades de la carne que son contrarias a nuestros deseos como Nuevas Criaturas.

El encargo de los apóstoles para el servicio del Señor y de la Iglesia era totalmente independiente de las debilidades simples de la carne; se les confirió no porque eran hombres perfectos, sino

más bien de su propia confesión eran “hombres teniendo las mismas pasiones” que nosotros (Hechos 14:15). Este encargo no les trajo la restauración, la perfección de su cuerpo mortal, sino simplemente el nuevo entendimiento y el Espíritu Santo para guiarlos. El no devolvió sus pensamientos y sus acciones perfectas, sino que los gobernó simplemente de tal modo que las enseñanzas públicas de los doce son infalibles: ellos son la Palabra del Señor. Tal es el género de infalibilidad que reivindican los papas, a saber, que cuando el papa habla *ex-cáthedra* (u oficialmente), es dirigido por Dios y no se le permite equivocarse. Esta imposibilidad para los papas de equivocarse es reivindicada por ellos porque también aspiran a ser apóstoles; haciéndolo, ellos pasan bajo silencio y fingen ignorar el hecho que las Escrituras enseñan que hay sólo “doce apóstoles del Cordero”.

(2) En cierta ocasión, Pedro “disimuló”, fue culpable de duplicidad de espíritu (Gál. 2:11-14). Esto se apunta como una prueba de que los apóstoles no eran infalibles en su conducta. Convenimos en esto ya que los apóstoles mismos lo admitieron (Hechos 14:15), pero repetimos que no fue permitido que estas debilidades humanas perjudicaran su trabajo o su utilidad como apóstoles — los cuales “han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo” (1 Ped. 1:12; Gál. 1:11, 12) no con sabiduría del hombre, sino con la sabiduría de arriba (1 Cor. 2:5-16). Este error cometido por Pedro, Dios lo corrigió prontamente sirviéndose del apóstol Pablo que, con bondad pero con firmeza, “le resistió cara a cara, porque era de condenar” [Gál. 2:11]. Ambas epístolas de Pedro demuestran con abundancia que el apóstol Pedro aceptó de manera conveniente la lección y que supo vencer completamente esta debilidad con respecto a los judíos, de la preferencia que tenía por ellos; no encontramos en esto ningún indicio de incertidumbre acerca del tema, ni ninguna falta de fidelidad al Señor.

(3) Se pretende que los apóstoles esperaban que el segundo advenimiento del Señor llegara muy rápido, tal vez aun durante sus vidas, y que sobre este punto, se equivocaron en la doctrina, mostrando así como sus enseñanzas son indignas de fe.

Respondemos que el Señor dejó a los apóstoles en la incertidumbre en cuanto al tiempo de la segunda venida y del establecimiento del Reino. Les dijo simplemente a ellos y a todos de velar con el fin de que cuando se presentara el acontecimiento, pudieran saberlo y no estar en las tinieblas respecto a este tema como lo será el mundo en general. Cuando, después de la resurrección del Señor, ellos le preguntaron acerca de este tema, les respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” [Hechos 1:7]. ¿Deberíamos de criticar a los apóstoles en cuanto a un tema que, según el Señor, por un tiempo, debía quedar un secreto divino? Ciertamente que no. No obstante, sabemos que, guiados por el espíritu respecto a las “cosas venideras”, los apóstoles estaban muy circunspectos hablando del tiempo del segundo advenimiento, y lejos de esperar este acontecimiento en sus vidas; sus palabras expresan lo contrario.

Por ejemplo, el apóstol Pedro declara distintamente que escribió sus epístolas para que su testimonio pudiera acompañar a la Iglesia después de su muerte, lo que prueba claramente que no esperaba a vivir hasta el establecimiento del Reino (2 Ped. 1:15). Cuando el apóstol Pablo declara que “el tiempo es corto”, no aspira fijar la duración. En realidad, al ser considerado desde el ángulo de una semana de siete días de mil años y el séptimo traería su Reino — más de cuatro sextos del tiempo de espera ya habían transcurrido, y el tiempo estaba avanzado. Hablamos exactamente de la misma manera a propósito de las cosas terrestres, cuando el jueves, decimos que la semana va a acabarse pronto. Pablo también habló del tiempo de su partida, declarando que estaba dispuesto a sacrificar su vida y también que la deseaba. Él indica que el día del Señor vendría como un ladrón en la noche. Él corrigió ciertas impresiones falsas respecto a este tema, diciendo: “. . . que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición” [2 Tes. 2:2, 3], etc.

“... ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste” [vs, 5, 6].

(4) Se objeta que Pablo quien escribió: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo” (Gál. 5:2), hizo circuncidar a Timoteo (Hechos 16:3). Y nos preguntan: haciéndolo, ¿no dio una enseñanza falsa, en contradicción con su propio testimonio? Respondemos: No. Timoteo era judío porque su madre era una judía (Hechos 16:1), y la circuncisión era, entre los judíos, una costumbre nacional que había comenzado *antes* de la Ley de Moisés y continuado después de que Cristo “anul[ó] el acta de los decretos [el Pacto de la Ley] que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” [Col. 2:14]. La circuncisión fue dada a Abrahán y a su posteridad cuatrocientos treinta años antes de que la Ley fuera dada a Israel como nación en Sinaí. Pedro fue designado como el apóstol de la circuncisión (es decir, de los Judíos), y Pablo, el Apóstol de la incircuncisión (es decir, de los Gentiles). —Gál. 2:7, 8.

Su argumentación en Gal. 5:2 no se dirigía a los judíos. El Apóstol se dirigía a los Gentiles cuya única razón para desear (o aun para pensar en) la circuncisión era que ciertos maestros falsos echaban confusión en sus mentes diciéndoles que debían observar el Pacto de la Ley *tanto como* aceptar a Cristo; así induciéndolos a descuidar el Pacto de la Gracia. Aquí, el Apóstol muestra que para ellos, circuncidarse (*por esta razón o por cualquier otra razón semejante*) significaría rechazar el Pacto de la Gracia, y por consiguiente, rechazar la obra entera de Cristo. Él no encontró nada para criticar a los judíos que mantenían su costumbre nacional de la circuncisión, así como lo prueban sus declaraciones en 1 Cor. 7:18, 19, tanto como su comportamiento con respecto a Timoteo. No es que fuera *necesario* para Timoteo o para cualquier otro judío circuncidarse, pero esto no era inconveniente, y además, como él iba a hacer una gran obra entre los judíos, esto sería a su ventaja, asegurándole la confianza de los judíos. No obstante, vemos la resistencia firme de Pablo sobre este tema, cuando algunos que habían comprendido mal la cosa, procuraron hacer

circuncidar a Tito — un griego puro. —Gál. 2:3-5.

(5) La conducta de Pablo registrada en Hechos 21:20-26 sería, se dice, contraria a sus propias enseñanzas de la verdad, mostrando así que él es falible en cuanto a las doctrinas y las prácticas. Se pretende que es a causa de su mala manera de actuar en este caso que él debió sufrir tanto como preso, y que en fin de cuentas fue enviado a Roma. Sin embargo, esta opinión no es sostenida por los hechos registrados en las Escrituras. Al contrario, el relato muestra que en toda esta experiencia Pablo recibió la simpatía y la aprobación de todos los demás apóstoles y, por encima de todo, el favor constante del Señor. Fue a petición de los otros apóstoles que había actuado como lo había hecho. Un profeta le había advertido, antes de que fuera a Jerusalén (Hechos 21:10-14) que los lazos y el encarcelamiento le esperaban allí, y estaba convencido de su deber que afrontó todas estas adversidades predichas. Y estuvo en el mismo seno de su prueba que “se le presentó el Señor y le dijo: “Ten ánimo, Pablo, pues como *has testificado de mí en Jerusalén*, así es necesario que testifiques también en Roma.” Más tarde, encontramos que el Señor le mostró su favor, así como leemos: “Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparescas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo.” —Hechos 23:11; 27:23, 24.

A causa de estos hechos, debemos procurar comprender la conducta de Pablo de acuerdo con la que siempre tenía, intrépida y noble, de estimar muy altamente la obra y el testimonio que Dios no sólo no desaprobó, sino que aprobó plenamente. Examinando después Hechos 21:21-27, observamos (versículo 21) que Pablo no había enseñado que los conversos judíos no debían circuncidar a sus hijos, ni que rechazaba la ley de Moisés, sino más bien que la honraba señalando las realidades más grandes y más excelentes que la ley de Moisés tipificaba con tanta fuerza. Por consiguiente, bien lejos de rechazar a Moisés, él le honraba y honraba la Ley, diciendo: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” [Rom. 7:12]; él mostraba que, por ella, *se entendía* mucho mejor cuán detestable es el pecado,

que la Ley era tan grandiosa que ningún hombre imperfecto podía cumplirla perfectamente y que observándola, Cristo había ganado la recompensa ofrecida por ella y que ahora bajo el Pacto de la Gracia, él ofrecía la vida eterna y bendiciones como un don a los que eran *incapaces de guardar la ley*, pero que, por la fe, aceptaban para cubrir sus imperfecciones, su obediencia perfecta y su sacrificio perfecto, y se hacían sus discípulos en el camino de la justicia.

Ciertas ceremonias de la dispensación judaica, tales como los ayunos, la celebración de las lunas nuevas y de los días del sábado y de las fiestas — eran unos tipos de las verdades espirituales que pertenecían a la Edad Evangélica. El Apóstol muestra claramente que el Evangelio del Pacto de la Gracia no los impone ni no los prohíbe (la Cena del Señor y el Bautismo siendo las únicas órdenes de un carácter simbólico que se nos ordenan, y ellas, siendo nuevas). —Col. 2:16, 17; Luc. 22:19; Mat. 28:19.

Uno de estos ritos simbólicos judíos, llamado “purificación”, fue observado por Pablo y los cuatro judíos en el caso que nos ocupa. Siendo judíos, ellos tenían el derecho de consagrarse no sólo a Dios, en Cristo, sino que también cumplir el símbolo de esta *purificación*. Y esto es lo que hicieron: los hombres que acompañaban a Pablo hicieron, además, el voto de humillarse delante del Señor y delante del pueblo afeitando su cabellera. Estas ceremonias simbólicas costaban algo, y los gastos constituían probablemente la “*ofrenda*” de dinero — tanto por cabeza, para cubrir los gastos del Templo.

El apóstol Pablo nunca les enseñó a los judíos que fueron *liberados* de la Ley, sino, al contrario, que la Ley dominaba a cada uno de ellos mientras vivían. No obstante, él mostró que si un judío aceptaba a Cristo, y “*moría con él*”, esto ajustaba las exigencias de la Ley sobre este judío, y hacía de él un *hombre libre* de Dios en Cristo (Rom. 7:1-4). Sin embargo, él enseñó bien a los conversos de entre los Gentiles que nunca habían sido sujetados al Pacto de la Ley judaica y que, para ellos, tratar de practicar las ceremonias y los ritos de la Ley judaica implicaría que tenían confianza en estos símbolos como su salvación, y que no se confían totalmente en el

mérito del sacrificio de Cristo. En esto, él tuvo el asentimiento de todos los apóstoles. —Véase Hechos 21:25; 15:20, 23-29.

Nuestra conclusión es que Dios se sirvió maravillosamente de los doce apóstoles, que hizo de ellos ministros muy capaces de su verdad, y que les guió de manera sobrenatural en los temas sobre los cuales escribieron. Así, nada de lo que era provechoso para el hombre de Dios no ha sido omitido, y en los mismos términos de sus escritos originales, Dios manifestó un cuidado y una sabiduría por encima de lo que aun los apóstoles mismos podían comprender. ¡Qué Dios sea alabado por esta base segura de nuestra fe!

LOS APÓSTOLES NO SON SEÑORES SOBRE LA HERENCIA DE DIOS

¿Debemos considerar, en cualquier sentido, a los apóstoles como *señores* en la Iglesia? o, en otras palabras: cuando el Señor y Jefe [o Cabeza —*Trad.*] de la Iglesia se fue, ¿tomó el lugar del Jefe uno de ellos? ¿O constituyeron juntos una cabeza compuesta (“composite”) para tomar su lugar así como las riendas del gobierno? O sea, ¿eran ellos, o uno u otro de ellos, los que los papas de Roma pretenden ser como sus sucesores: los vicarios o los sustitutos de Cristo para la Iglesia quien es su cuerpo?

Contra tal hipótesis, tenemos la exposición clara de Pablo (Ef. 4:4, 5) “hay un cuerpo” y “*un Señor*”, y, en consecuencia, entre diversos miembros de este cuerpo, cualquier que pueda ser la importancia relativa de algunos de ellos, sólo debemos reconocer al *único Señor y Jefe* (Cabeza). Esto, el Señor también enseñó cuando, dirigiéndose a la muchedumbre y a sus discípulos, declaró: “Los escribas y los fariseos. . . aman. . . que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos” (Mat. 23:1, 2, 6-8). Dirigiéndose a los apóstoles, Jesús dijo entonces: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. *Pero no será así entre vosotros*, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que

de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” —Marcos 10:42-45.

No tenemos tampoco cualquier prueba que la Iglesia primitiva haya considerado alguna vez a los apóstoles como señores en la Iglesia, o que los apóstoles hayan asumido alguna vez a tal autoridad o dignidad. En realidad, su línea de conducta fue muy alejada de la idea que el papado se hace del señorío, y de la que se hacen los ministros a la vista en todas las sectas cristianas. Por ejemplo, Pedro nunca se llamó “el príncipe de los apóstoles” como los papistas lo llaman; ni él, ni los otros apóstoles nunca atribuyeron a sí mismos títulos, ni recibieron jamás tal homenaje de la Iglesia. Cuando los apóstoles se dirigían a uno de ellos o hablaban de él, lo nombraban simplemente Pedro, Juan, Pablo, etc. o hasta hermano Pedro, hermano Juan, etc. y todos los miembros de la Iglesia también fueron saludados como hermanos y hermanas en Cristo (Véase Hechos 9:17; 21:20; Rom. 16:23; 1 Cor. 7:15; 8:11.; 2 Cor. 8:18; 2 Tes. 3:6, 15.; Filemón 7, 16). Aun está escrito que hasta el Señor mismo no tenía vergüenza de llamarles a todos “hermanos” (Heb. 2:11), tan lejos está él de toda actitud dominadora en la ejecución de su señorío o autoridad verdadera y reconocida.

Ninguno de estos grandes servidores de la Iglesia primitiva circulaba tampoco en vestidos de sacerdote, o con una cruz y un rosario, etc. mendigando la veneración y el homenaje de la gente, porque así como el Señor les había enseñado, los más grandes entre ellos eran los que servían más. Así, por ejemplo, cuando la persecución dispersó la Iglesia y la echó de Jerusalén, “los once” resistieron valientemente, queriendo quedarse allí cueste lo que cueste porque en este tiempo de prueba, la Iglesia, en el extranjero, les esperaba en Jerusalén, para recibir de ellos estímulo y ayuda. Si hubieran huido, toda la Iglesia habría sido consternada y golpeada de pánico. Así es como encontramos a Santiago pereciendo por la espada de Herodes, Pedro, prometido con el mismo destino, encarcelado y encadenado a dos soldados (Hechos 12:1-6); Pablo y Silas, batidos con un gran número de golpes en el transcurso de su

ministerio, luego encarcelados y puestos en grilletes, Pablo experimentando un “gran combate de padecimientos” (Hechos 16:23, 24; 2 Cor. 11:23-33). ¿Ponían ellos aires de señores y actuaban como señores? Ciertamente que no.

Pedro era muy explícito respecto a este tema cuando aconsejó a los ancianos de “apacentar *la grey de Dios*”. Él no dice *vuestro* rebaño, *vuestro* pueblo, *vuestra* iglesia como muchos ministros de culto lo dicen hoy, sino *el rebaño de Dios, no como señores* de la herencia, sino como modelos del rebaño, en humildad, en fidelidad, en celo y en piedad (1 Ped. 5:1-3). Y Pablo dice: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo. . . nosotros [somos] despreciados. . . padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor. 4:9-13). En todo esto, ellos apenas se parecían a señores, ¿no es así? También, oponiéndose a la idea de algunos de los hermanos que parecían buscar la autoridad sobre la herencia de Dios, Pablo dijo con ironía: “Ya estáis saciados, ya estáis ricos, *sin nosotros* reináis”; pero luego, él aconseja el único camino derecho que es el de la humildad, diciendo. “Os ruego que me imitéis” en este respecto. Entonces dice: “Así, pues, téngannos los hombres por *servidores* de Cristo, y *administradores* de los misterios de Dios.” —1 Cor. 4:8, 16, 1.

El mismo Apóstol añade: “Según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros,

como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.” (1 Tes. 2:4-7). Los apóstoles no lanzaron ni bulas, ni anatemas, sino en cambio encontramos en sus súplicas afectuosas algunas expresiones como éstas: “Siendo infamados, *rogamos*”; “Y te ruego a ti también, fiel compañero de yugo”. “NO reprendas al anciano, sino antes *exhórtale* como a padre.” —1 Cor. 4:13; Fil. 4:3; 1 Tim. 5:1. (*Versión Moderna*)

La Iglesia primitiva tenía, con razón, consideraciones por la piedad, el conocimiento espiritual superior y la sabiduría de los apóstoles; ella los consideraba como eran realmente, es decir, como embajadores especialmente escogidos por el Señor para ella, y los miembros de esta Iglesia se sentaban a sus pies como alumnos, no obstante, no con mentes que estaban vacías y no plantaban ninguna pregunta, sino al contrario dispuestas a probar los espíritus y su testimonio (1 Juan 4:1; 1 Tes. 5:21; Isaías 8:20). Enseñándoles, los apóstoles ordenaban esta actitud de espíritu que exigía una razón para su esperanza; ellos la animaban y ellos mismos estaban listos para satisfacerla, no con palabras seductoras de sabiduría humana (de filosofía o de conceptos humanos), sino por *una demostración de espíritu y de poder*, con el fin de que la fe de la Iglesia no descansa en la sabiduría de los hombres sino que en el poder de Dios (1 Cor. 2:4, 5). Los primeros cristianos no cultivaron en su lugar una veneración ciega y supersticiosa.

Leemos que los judíos de Berea “eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Fue el esfuerzo constante de los apóstoles de mostrar que el Evangelio que proclamaban era el mismo Evangelio que los antiguos profetas habían expresado de manera oscura, porque “a éstos se les reveló que no para sí mismos, sino *para nosotros* [el cuerpo de Cristo], administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los [los apóstoles] que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Ped. 1:10-12). Los apóstoles demostraron que era el mismo Evangelio de vida y de inmortalidad puesto en evidencia por el Señor mismo; que su desarrollo más

grande y todos los detalles particulares que revelaban a la Iglesia, bajo el conducto y la dirección del Espíritu Santo sea por revelaciones especiales, o sea por otros medios más naturales (los dos fueron empleados) eran el cumplimiento de la promesa hecha por el Señor a los apóstoles, y por su medio a la Iglesia entera: “Aún tengo *muchas cosas* que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” [Juan 16:12].

Estaba bien para los bereanos escudriñar las Escrituras para ver si el testimonio de los apóstoles concordaba con el de la Ley y el de los profetas, y de compararlos también con las enseñanzas del Señor. Nuestro Señor también les exhortaba a verificar su testimonio por la Ley y los profetas, diciendo: “Escudriñad las Escrituras porque... ellas son las que dan testimonio de mí.” Todo el testimonio divino debe ser armonioso; sea que fuera dado por la Ley, los profetas, el Señor o los apóstoles. Su acuerdo completo es la prueba de su inspiración divina. ¡Gracias a Dios! encontramos que tal armonía existe, de modo que las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento constituyen lo que el Señor mismo designa bajo el nombre del “arpa de Dios” (Apoc. 15:2). Los diversos testimonios de la Ley y de los profetas son en este arpa tantas cuerdas que, afinadas por el Espíritu Santo que vive en nuestro corazón, y punteadas por los dedos de los fervientes servidores e investigadores de la verdad divina, dejan oír las armonías más encantadoras que nunca hayan resonado en las orejas de un mortal. ¡Alabado sea el Señor por la suave melodía del “Cántico [bendito] de Moisés y del Cordero”, que aprendemos gracias al testimonio de sus santos apóstoles y profetas, de quienes el Señor Jesús es el jefe!

Sin embargo, si el testimonio del Señor y de los apóstoles debe estar en armonía con aquel de la Ley y de los profetas, debemos esperar también que demuestren cosas *nuevas*, tanto como *antiguas*, porque los profetas nos anunciaron que sería así (Mat. 13:35; Sal. 78:2; Deut. 18:15, 18; Dan. 12:9). Así, encontramos que ellos no sólo exponen las verdades escondidas de la profecía de antaño sino que también descubren nuevas revelaciones de la verdad.

APÓSTOLES, PROFETAS, EVANGELISTAS, MAESTROS

Según lo que se piensa generalmente en la Cristiandad, el Señor había dejado, tocante a la organización de la Iglesia, instrucciones totalmente inapropiadas a los fines que había fijado, y había contado con su pueblo para que ése emplee su propia sabiduría con el fin de organizarse. Un buen número de hombres de diferentes opiniones aprobó organizaciones más o menos precisas, y así encontramos hoy a través del mundo, cristianos organizados de modos diferentes y sobre bases más o menos rígidas, cada uno aseverando la superioridad de su denominación particular, de su sistema particular de organización. ¡Esto es falso! No es razonable creer que Dios, habiendo preconocido esta Nueva Creación antes de la fundación del mundo haya descuidado su propio trabajo hasta el punto de dejar a su pueblo fiel sin comprensión clara de su voluntad y sin arreglo suficiente, una organización conveniente, para su bienestar. El espíritu humano se lleva o hacia la anarquía por una parte, o hacia una organización rígida y la esclavitud por otra parte. Evitando estos dos extremos, el arreglo divino traza para la Nueva Creación una organización simple al grado más alto y evite todo lo que tiende a la esclavitud. En realidad, las Escrituras prescriben para cada cristiano individualmente: “Estad, pues, firmes en la *libertad* con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” —Gál. 5:1.

Exponiendo este arreglo divino, hay que restringirnos totalmente a las exposiciones divinas, y debemos poner a un lado completamente la historia eclesiástica, recordando que la “apostasía” predicha ya había comenzado a obrar al mismo tiempo de los apóstoles, que después de la muerte de estos últimos, había progresado rápidamente para alcanzar su punto culminante en primer lugar en el sistema papal. Tomando la exposición de la Biblia, se nos permite incluir con los relatos del Nuevo Testamento los arreglos típicos establecidos bajo la Ley, pero debemos recordar continuamente que estos tipos representaban no sólo las cosas relacionadas con esta Edad Evangélica, sino que los arreglos

para la Edad milenaria venidera. Por ejemplo, el Día de la Expiación (“Atonement”) y la obra que se hacía allí, representaba, como hemos visto, la Edad Evangélica actual. En este día, el sumo sacerdote no llevaba sus trajes de “gloria”, sino simplemente los trajes santos o los vestidos de lino; esto ilustraba el hecho que durante la Edad Evangélica actual, ni el Señor ni la Iglesia ocupan un lugar de distinción o de gloria respecto a los hombres; su posición entera es simplemente representada como una posición de pureza, de justicia — tipificada por los vestidos de lino que, en el caso de la Iglesia, simbolizan la justicia (“righteousness”) de su Señor y Jefe. Es después del Día de la Expiación que el sumo sacerdote revestía sus trajes de gloria, representando la gloria, la dignidad, etc. de la autoridad y del poder de Cristo durante la Edad milenaria. La Iglesia también es representada con su Señor en las grandes distinciones de esta figura, porque lo mismo que la cabeza del sumo sacerdote representaba a nuestro Maestro y Señor, así el cuerpo del sacerdote representaba la Iglesia; en consecuencia, los trajes de gloria representaban las altas funciones y los honores de todo el Sacerdocio real cuando haya venido el tiempo de la exaltación. La jerarquía papal pretende falsamente que el *reino* de Cristo está cumpliéndose por vía de delegación, que los papas son sus representantes y que los cardenales, los arzobispos y los obispos representan la Iglesia en gloria y en poder. Ella trata así de ejercer el poder civil y el poder religioso en el mundo e imita la gloria y la dignidad de la Nueva Creación elegida, en los trajes suntuosos que sus miembros llevan. Sin embargo, los miembros del verdadero sacerdocio real, todavía llevan los vestidos blancos de sacrificio y esperan el verdadero Señor de la Iglesia y la verdadera exaltación a “la gloria, la honra y la inmortalidad”, cuando el último miembro de los elegidos haya terminado su parte en la obra de sacrificio.

Es del Nuevo Testamento en particular que debemos esperar a recibir nuestras instrucciones tocantes a la organización y las reglas de la Iglesia durante el período de su humillación y de su sacrificio. El hecho de que estas reglas no se encuentran condensadas no debe impedirnos de esperar y de encontrar que

constituyan sin embargo un sistema completo. Debemos luchar contra la espera natural de nuestro juicio torcido concerniente a las leyes, y recordar que los miembros de la Iglesia como hijos de Dios reciben una “ley perfecta de libertad” porque no son en lo sucesivo más servidores, sino hijos; los hijos de Dios deben aprender el uso de la libertad de los hijos y, por este medio, al grado más alto, su obediencia absoluta a la ley y a los principios de amor.

El Apóstol nos describe una imagen de la Nueva Creación que ilustra el tema completo: la de un cuerpo humano cuya cabeza representa al Señor, y las diversas partes y los miembros representan la Iglesia. En 1 Cor. 12, este tema se trata con grandes detalles y de una manera muy simple. La explicación dada es: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo [un solo cuerpo (o compañía) constado de muchos miembros]. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en *un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. El Apóstol prosigue llamando la atención en el hecho de que si el buen estado de un cuerpo humano depende de una medida amplia de unidad, de armonía y de cooperación de todos sus miembros, así es con la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Si un miembro sufre de dolores, o de degeneración o de malformación, todos los miembros están afectados, si lo quieran o no, y si un miembro es especialmente bendecido o reconfortado o refrescado, todos los demás tienen una parte de las bendiciones. Él observa (v. 23) que procuramos cubrir y esconder las debilidades, las taras, etc. de nuestro cuerpo natural y que procuramos socorrerlo y ayudarlo. Así debería ser con la Iglesia, el cuerpo de Cristo: los miembros más débiles deberían recibir una solicitud especial lo mismo que ser cubiertos por la caridad (el amor) “para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros”, del más humilde tanto como del más favorecido —versículo 25.

Según lo que precede, la organización de la Iglesia hecha por

el Señor, es verdaderamente una organización muy completa, pero lo es en gracia como en la naturaleza: donde la organización es completa, no hay necesidad en absoluto de horcates ni de vendas. Un árbol es totalmente organizado y forma un todo desde la extremidad de las ramas hasta las raíces, y por eso las ramas no son tenidas por ataderos especiales o por cuerdas, o tablillas o reglamentos y leyes escritas; así es para el cuerpo de Cristo. Si sus diversos miembros son convenientemente adaptados, concedidos y unidos según las directivas dadas por el Señor, no es necesario de ninguna manera de tener cuerdas, horcates o tablillas para mantener juntos los diversos miembros, es decir, ninguna necesidad de leyes, de credo y de medios humanos impresionantes para reunirlos o mantenerlos juntos. El Espíritu solo es el lazo que une, y siempre y cuando el espíritu de vida queda, una unidad, o acuerdo (conjunto de los miembros) del cuerpo también debe quedar, y esta unión será fuerte o débil según la abundancia del Espíritu del Señor.

El Apóstol va más lejos y demuestra que Dios es el superintendente de los asuntos de esta organización, la Nueva Creación que Él mismo proyectó e inauguró. Así él se expresa: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos *puso* Dios en la iglesia [*Ecclesia*, cuerpo], primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.” [v. 27]. Será un pensamiento nuevo para muchos que tienen la costumbre de colocarse a sí mismos y de colocar unos a otros en puestos de gloria, de honor, de confianza y de servicio en la Iglesia, de darse cuenta que Dios prometió ser el superintendente en este asunto entre los que le esperan a él para ser guiados y que son dirigidos por su Palabra y por su Espíritu.

Si se reconocía esto, ¡cuán pocos se atreverían a buscar los primeros lugares e intrigarían de una manera política para asegurarse de los puestos de honor! Discernir el cuidado que toma Dios de la Iglesia verdadera es, en primer lugar, distinguirla de entre los sistemas nominales; luego es procurar, con reverencia y

humildad, a conocer la voluntad divina tocante a todos los arreglos, los servicios y los servidores de la Iglesia verdadera. El Apóstol pregunta: “¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros?” Al hacerlo, él implica que uno reconocerá, en general, que tal no es el caso, y que quienquiera que se reconoce como aquel que ocupa una u otra de estas posiciones, debería ser capaz de proporcionar una prueba evidente que lo hace por parte de Dios; debería ejercer su ministerio, o su servicio, no para complacer al hombre, sino para complacer al gran superintendente de la Iglesia, a su Jefe y al Señor. El Apóstol llama nuestra atención al hecho de que estas diferencias en la Iglesia corresponden a las mismas que existen en los miembros del cuerpo natural, y que cada miembro es necesario y que ninguno debe ser despreciado. No se permite al ojo decir al pie, a la oreja, a la mano: no te necesito. ¿Si todos eran un solo y único miembro, dónde estaría el cuerpo? porque “el cuerpo no es un solo miembro sino muchos”. —Versículos 19, 14.

Es verdad que ya no existe más la misma variedad de miembros en la Iglesia, porque como el Apóstol lo señala: “Las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos”, como también fue el caso con los milagros. Cuando murieron los apóstoles en los cuales residía el poder de conferir estos *dones* del Espíritu y cuando murieron los que habían recibido de ellos estos dones, estos milagros — *dones* — como nosotros ya hemos visto, cesaron en la Iglesia. No obstante, para cada hombre y para cada mujer, todavía habría en la Iglesia un trabajo correspondiente, una ocasión favorable de servir al Señor, la Verdad y a los otros miembros del cuerpo de Cristo, y esto según las capacidades naturales de cada uno. Mientras cesaban estos milagros, el desarrollo en la Verdad, en el conocimiento del Señor y en las gracias del Espíritu los reemplazó. Hasta cuando estos dones inferiores de curación, de lenguas, de interpretaciones, y de milagros existían en la Iglesia, el Apóstol exhortaba a los hermanos en “procurar, pues, los dones mejores”. [v. 31]

Ellos no podían razonablemente desear o esperar un sitio como Apóstol ya que había sólo doce, sino podían desear ser

profetas (comentadores) o maestros. “Mas yo os muestro”, añade el Apóstol, “un camino aun más excelente” (v. 31.). Él prosigue mostrando que bien por encima de cualquier de estos dones o servicios en la Iglesia, hay un honor de poseer en una gran medida el espíritu del Maestro, el Amor. Él destaca que el miembro más humilde de la Iglesia que alcanza al amor perfecto, en los ojos del Señor, ha alcanzado una posición más elevada y más noble que la de cualquier apóstol o profeta o maestro que falla de la gracia del amor. Él declara que cualesquier que sean los dones, si el amor falta, todo es vano y poco satisfactorio en los ojos del Señor. En realidad podemos estar seguros que nadie puede ser aprobado mucho tiempo del Señor en la posición de apóstol o de profeta o de maestro en la Iglesia si no alcanzara esta fase del amor perfecto, o por lo menos si no procuraba alcanzarlo. En caso contrario, se le permitiría ser arrastrado ciertamente en las tinieblas, y tal vez hacerse un maestro del error en lugar de ser un maestro de la Verdad, de hacerse un servidor de Satanás para cribar a los hermanos.

En su carta a los Efesios (4:1-16), el Apóstol reitera esta lección de la unidad de la Iglesia bajo el aspecto de un solo cuerpo compuesto de numerosos miembros, sometido a la sola Cabeza, Cristo Jesús, y unido por un solo espíritu, un espíritu de amor. Él exhorta a todos estos miembros de andar de una manera digna de su llamamiento por la humildad, la dulzura, la longanimidad, el apoyo mutuo afectuoso, esforzándose por conservar la unidad del Espíritu en el lazo de la paz. En este capítulo, el Apóstol presenta a diversos miembros del cuerpo designados para cumplir algunos servicios especiales y nos señala qué es el *objetivo* del servicio, diciendo: “Él dio algunos [como] apóstoles, a otros [como] profetas, a otros [como] evangelistas, a otros [como] pastores y maestros; *con vistas a la perfección de los santos*, para la obra del servicio [que los prepara para el glorioso ministerio de servicio del Reino milenar], para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos nosotros alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo: con el fin de que,

siendo verdaderos en el amor, crezcamos en todas las cosas aun en aquel que es el Jefe [la Cabeza], el Cristo; de quien todo el cuerpo, bien ajustado y ligado juntos por cada coyuntura de cohesión, produce el crecimiento del cuerpo para la edificación en el amor.” —Ef. 4:11-16.

Observamos la imagen que el Apóstol dibuja para nosotros: el de un cuerpo humano pero pequeño y no desarrollado. Él nos enseña que es la voluntad de Dios que todos los diversos miembros crecen hasta el desarrollo completo, en la fuerza y en el poder: “el estado de un hombre maduro” es la imagen que representa la Iglesia en su condición conveniente y completa. Conservando esta imagen a través de la Edad hasta el tiempo presente, vemos que uno tras otro los miembros se durmieron a la espera de la organización grandiosa de la mañana milenaria en la Primera Resurrección. También vemos que todos estos miembros fueron reemplazados continuamente de modo que la Iglesia nunca fue sin organización completa, aunque a veces haya podido haber debilidades más grandes en un miembro y una fuerza más grande en otro. Sin embargo, de todo tiempo, cada miembro debe hacer todo lo que está en su poder para edificar el cuerpo, para fortificar a los miembros y para perfeccionarlos en las gracias del Espíritu — “hasta que todos nosotros alcancemos la unidad de la fe”.

La unidad de la fe es deseable; hay que hacer todo lo posible para obtenerla, no obstante no el tipo de unidad que se busca en general. La unidad debe hacerse en el sentido de “la fe que ha sido una vez dada a los santos” en su pureza y su sencillez, cada miembro teniendo la plena libertad de adherirse a diferentes opiniones sobre puntos secundarios, no obstante, ninguna enseñanza teniendo relación con especulaciones y teorías humanas, etc. La idea bíblica de la unidad descansa en los principios fundamentales del Evangelio: (1) Nuestra redención gracias a la sangre preciosa, y nuestra justificación por la fe en ella.* (2) Nuestra consagración, santificación puesta de lado para el Señor, la Verdad y su servicio, incluso el servicio de los hermanos. (3)

* “Por una fe manifestada en ella”. —*Edit.*

Aparte de estos puntos esenciales sobre los cuales se debe exigir la unidad, no puede haber comunión conforme a la Escritura; sobre otro punto, la libertad más grande puede ser concedida sin embargo con un deseo de discernir y de ayudar a otros a discernir el plan divino en todos sus rasgos y sus detalles. Así, cada miembro del cuerpo de Cristo, manteniendo su propia libertad personal, es tan completamente consagrado a la Cabeza y a todos los miembros que su placer será de entregar su todo, su vida misma, a favor de ellos.

Ya hemos examinado el trabajo especial de los apóstoles, y el hecho de que su número fue limitado y que todavía cumplen su servicio en la Iglesia, hablando en calidad de portavoz del Señor a su pueblo a través de su Palabra. Ahora examinemos estos otros servicios de la Iglesia a los cuales se refiere el Apóstol como los dones del Señor en el cuerpo general, o *Ecclesia*.

El Señor provee los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores, los maestros, para la bendición del cuerpo general, concerniente a la vez su bienestar presente y su futuro bienestar. Él regresa a los que descansan sinceramente en el Señor, la Cabeza, el Guía de la Iglesia, su cuerpo, de confiar, de buscar y de observar sus dones en todos estos detalles, de aceptarlos y de emplearlos, si quieren obtener la bendición prometida. Estos dones no están impuestos en la Iglesia, y los que los descuidan cuando se les ofrecen, sufren una pérdida correspondiente. El Señor colocó estos dones en la Iglesia desde el principio y nos dio así el arreglo ideal de la Iglesia, dejándole a su pueblo el cuidado de seguir el modelo así propuesto y de recibir bendiciones en proporción, o de despreciar el modelo y de tener las dificultades y las decepciones correspondientes. Busquemos, siendo los que desean ser conducidos y enseñados por el Señor, a aprender cómo al principio, él colocó a los diversos miembros, y cuáles dones de este género le concedió después a su pueblo, con el fin de que podamos así apreciar cuáles de estos dones están en nuestra disposición y sacar provecho de éstos con el más posible celo en el futuro.

El Apóstol declara que al Señor le gusta que no haya ningún cisma en el cuerpo, ninguna escisión, ninguna división. Con

métodos humanos, las divisiones son inevitables, excepto en el período de triunfo del Papado, donde el sistema nominal se hizo muy poderoso y utilizó métodos muy duros de persecución con respecto a todos los que no estaban de acuerdo con él. No obstante, esta unidad fue una *unidad de fuerza*, de coacción, una unidad aparente y no una unidad de corazón. Aquellos que el Hijo libera nunca pueden tomar parte de todo corazón en tales uniones, en las cuales la libertad personal es totalmente destruida. Para las denominaciones protestantes, la dificultad no consiste en que ellas son demasiado liberales y, que en consecuencia, se separaron en numerosas sectas, sino más bien en que conservaron mucho de la institución-madre, sin poseer el poder que tuvo en cierta época para sofocar y suprimir la libertad de pensamiento. Sorprenderemos sin duda a muchos diciendo, que en lugar de tener demasiadas divisiones o escisiones del género que vemos en todas partes, la necesidad verdadera de la Iglesia de Cristo es de *más libertad aún*, hasta que cada miembro individual sea libre e independiente de todo lazo, credo, humanos, confesiones, etc. Si cada cristiano individualmente permaneciera en la libertad por la cual ha sido liberado por el Señor (Gál. 5:1; Juan 8:32) y si cada cristiano individualmente se uniera escrupulosamente al Señor y a su Palabra, discerniríamos muy rápidamente la unidad original que las Escrituras inculcaban, y todos los verdaderos hijos de Dios, todos los miembros de la Nueva Creación, se encontrarían atraídos unos hacia otros igualmente libres, y ligados unos a otros por los lazos del amor mucho más fuertemente que son los hombres en los sistemas y las sociedades terrestres. “Porque el amor de Cristo nos *constríne* [*nos une estrechamente* — *Martín*, versión francesa]”. —2 Cor. 5:14.

Todos los miembros de la familia de Aarón eran elegibles en los servicios del sacerdocio; sin embargo, había ciertas restricciones respecto a este tema, ciertos obstáculos y ciertas ineptitudes para el servicio. Es así entre el “Sacerdocio real” antitípico: todos son sacerdotes, todos son miembros del cuerpo ungido, y la *unción* significa para cada uno una plena *autoridad* de predicar y de enseñar las buenas nuevas, así como está escrito: “El

Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque *me ungió Jehová; me ha enviado a predicar* buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón”, etc. [Isaías 61:1]. Aunque estas palabras se hubieran aplicado especialmente a la Cabeza de Cristo, la Nueva Creación, el Sacerdocio real, también se aplican a todos los miembros; es por eso que, en un sentido general, cada hijo de Dios consagrado tiene, por su unción del Espíritu Santo, una plena autorización o un poder de predicar la Palabra, “para anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”. —1 Ped. 2:9.

Sin embargo, lo mismo que los sacerdotes típicos debían ser exentos de ciertas tareas y haber alcanzado cierta edad, así entre los miembros del Sacerdocio real, a algunos les faltan las calificaciones que otros poseen para el servicio público. Pertenece a cada uno (Rom. 12:3, 6) de buscar seriamente por sí mismo la medida de los dones de Dios que posee y, por ahí, la medida de su capacidad de servir y de su responsabilidad. De la misma manera, todos los miembros deben informarse de las calificaciones tanto naturales como espirituales, así como los conocimientos de los otros miembros y, consecuentemente, juzgar la voluntad divina. En el tipo, la edad era un elemento de apreciación, pero tocante a los sacerdotes antitípicos, esto significaría la experiencia, el desarrollo de carácter; en el tipo, el afecto del estrabismo significaría para el sacerdocio antípico una falta de clarividencia y de comprensión en las cosas espirituales, lo que sería un impedimento en el servicio público en la Iglesia. Del mismo modo, todas las diversas defectuosidades que constituían un impedimento para el sacerdocio típico, representarían diversas incapacidades morales, físicas o intelectuales entre el Sacerdocio real antitípico.

No obstante, como en el tipo, los sacerdotes que tenían defectos físicos disfrutaban de todos los privilegios entre los que gozaban los otros por lo que era de su propio alimento, del consumo de los panes de proposición, de sacrificios, etc. así es para nosotros en el antitipo; las ineptitudes que pudieran impedir a un miembro del cuerpo de Cristo de ser un servidor público de la Iglesia y de la Verdad no impiden necesariamente su desarrollo

espiritual, ni que se lo reconozca como el que posee plenamente los derechos que tienen otros en la mesa espiritual del Señor y en el trono de gracia. Lo mismo que nadie podía ejercer la función del sumo sacerdote si presentaba una malformación física o no tenía la edad requerida, así los que quisieran servir como ministros de la Verdad “en la palabra y la doctrina” no deberían ser novicios, sino miembros del cuerpo que la madurez de carácter, de conocimiento y de posesión de los frutos del Espíritu cualificaría para tal servicio. Ésos debían ser admitidos como ancianos, no necesariamente ancianos según su edad de vida natural, sino ancianos, mayores o hermanos de edad madura respecto a la Verdad y su aptitud de aconsejar y amonestar a los hermanos según las directivas de la Palabra del Señor.

Comprendiendo así el sentido del término “Anciano”, reconocemos como razonables las Escrituras que declaran que todos los que ejercen ministerios de la Verdad son designados a propósito por el término “Anciano”, que ellos hagan el servicio de un apóstol, de un profeta, de un evangelista, de un pastor o de un maestro. Para desempeñar apropiadamente cualquiera de estas posiciones de servicio, hay que ser reconocido como Anciano en la Iglesia. Así es como declararon los apóstoles que eran ancianos (1 Ped. 5:1; 2 Juan 1). Cuando es cuestión de ministros (siervos) de la Iglesia y de su selección, encontramos en nuestras versiones bíblicas tres nombres para designarlos:

OBISPOS, ANCIANOS, PASTORES

Estos tres términos inducen sin embargo a error, por causa de su mala aplicación en las iglesias de diversas denominaciones; es por eso que es necesario que expliquemos que la palabra obispo significa simplemente *superintendente*, y que cada Anciano establecido fue reconocido como el superintendente de un gran o pequeño trabajo. Así, por ejemplo, en cierta ocasión el Apóstol fue recibido a Éfeso por los ancianos de la Iglesia. Despidiéndose de ellos, él les dijo: “Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho

obispos (*supervisores*) para pastorear la iglesia de Dios.”
—Hechos 20:28, *Nueva Biblia de los Hispanos*.

Sin embargo, por los medios providenciales del Señor, algunos de estos ancianos recibieron un campo más grande de influencia o de vigilancia en la Iglesia, y pudieran de este hecho ser llamados a propósito *superintendentes generales*. Tales fueron todos los apóstoles: el apóstol Pablo tuvo un campo más grande de vigilancia, en particular entre las iglesias establecidas — entre los Gentiles, en Asia Menor y en Europa meridional. No obstante, esta posición de superintendente general no fue reservada para los apóstoles: en su providencia el Señor levantó a otros para servir la Iglesia de esta manera, “no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto”, con el deseo de servir al Señor y a los hermanos. Al principio, Timoteo se emprendió en este servicio bajo la dirección del apóstol Pablo y en parte como su representante, y fue recomendado a diversas asambleas o *ecclesias* del pueblo del Señor. El Señor era, y todavía es, completamente competente para continuar enviando a tales superintendentes a merced de su selección con el fin de aconsejar y de amonestar su rebaño. De su lado, el pueblo del Señor debería ser completamente competente para juzgar el valor de la opinión dada por estos superintendentes. Estos últimos deberían tener una vida piadosa, una conducta humilde y un espíritu de abnegación; ellos no deberían buscar absolutamente ni el honor ni la ganancia sordida, y su enseñanza debería poder sostener el examen de los que estudian seriamente la Biblia, escudriñando cada día las Escrituras para ver si lo que se les presenta está en conformidad a la vez con la letra y el espíritu de la Palabra. Como hemos visto, así se procedía con las enseñanzas de los apóstoles (estos últimos sí mismos invitaban a los hermanos a hacerlo), elogiando especialmente a los que actuaban así con prudencia sin ser puntillosos, hipercríticos.
—Hechos 17:11.

No obstante, para que podamos juzgarlo según la historia de la Iglesia, el espíritu de rivalidad y el amor de los honores tomaron rápido el sitio del espíritu de devoción humilde y de abnegación, mientras que la credulidad y el halago suplantaron fácilmente el

examen de las Escrituras. El resultado fue que los superintendentes se hicieron gradualmente dictadores, aspiraron gradualmente a la igualdad con los apóstoles, hasta que, finalmente, se elevara entre ellos una rivalidad, y que algunos de ellos se dieran conocer y observar por el título jefes-obispos o arzobispos. Pronto después, una rivalidad entre estos arzobispos condujo a la exaltación de uno de ellos a la posición de papa. Después, el mismo espíritu prevaleció a un grado más o menos grande, no sólo en el papado, sino que entre los que habían sido engañados y extraviados por su ejemplo, lejos de la sencillez de la organización primitiva. En consecuencia, encontramos hoy que tal organización vigente en la Iglesia primitiva, es decir, sin nombre sectario, y sin gloria, sin honor y sin autoridad por parte de una minoría sobre la masa, y sin distinción entre clero y laicos, es considerada como *no ser en absoluto una organización!* Estamos sin embargo felices colocarnos entre estos desestimados para imitar estrechamente el ejemplo de la Iglesia primitiva y para gozar, de modo correspondiente, de libertades y de bendiciones similares.

Así como los ancianos de la Iglesia deben vigilar a todos, guardar los intereses de Sión, velar sobre ellos, algunos en el terreno local, otros en un sentido más ancho y más general, lo mismo también, cada uno de ellos según sus talentos y sus capacidades, podía servir al rebaño, uno como evangelista si poseía las calificaciones y si las condiciones le permitían ir a predicar la verdad a los principiantes, encontrar los que tenían un oído para oír las buenas nuevas, etc.; otro como pastor que sirve al rebaño, a causa de sus calificaciones especiales desde el punto de vista social que le permitían velar por los intereses del pueblo del Señor, de manera personal, individual, visitándoles en casa, animándoles, fortificándolos, manteniendo la unión entre ellos y defendiéndolos contra los lobos en ropa de ovejas que quisieran morderlas y devorarlas. Los “profetas” también tenían sus calificaciones especiales para el servicio.

En nuestros días no empleamos más en general la palabra “profeta” en el sentido ancho que tenía en los antiguos tiempos, sino la entendemos más bien en el sentido de un vidente, o de

alguien que predijera el futuro. Sin embargo, profeta, en el sentido estricto de la palabra, significa un *hombre que habla en público*, un orador. Un hombre que tuviera visiones o revelaciones podría ser así un profeta, en el sentido que las expresa, pero ambas ideas son distintamente separadas. En el caso de Moisés y de Aarón, Moisés era el más eminente, siendo el representante de Dios que le dijo: “Mira, yo te he constituido dios (el poderoso o el superior) para Faraón; y Aaron, tu hermano, será tu profeta” — tu intérprete, tu portavoz (Éxodo 7:1). Ya hemos visto que muchos de los apóstoles eran unos videntes en el sentido que recibieron el conocimiento de las cosas venideras: ahora observamos que fueron casi todos oradores públicos, en particular Pedro y Pablo. No obstante, hubo muchos otros oradores públicos, o profetas. Por ejemplo, Bernabé fue uno, y está escrito: “Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas [oradores públicos], consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras.” —Hechos 15:32.

Nada en las Escrituras da la menor idea de que una persona inepta que cumple una tarea determinada, debería ser considerada como designada por el Señor a esta posición para la cual no es adaptada particularmente; al contrario, es el deber de cada miembro del cuerpo de Cristo de servir a otros según sus talentos (según sus capacidades), y de ser bastante modesto, bastante humilde, de no tener “más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura”, según el valor real de los talentos que el Señor le concedió. La Iglesia tampoco no debería aceptar a los que, en su pecho, desean ser los más grandes *sobre este punto particular*. Al contrario, ella debería tener en cuenta la humildad como una de las calificaciones esenciales para ser anciano o para servir de otro modo. Si, por lo tanto, dos hermanos parecen tener el mismo talento, pero que uno es ambicioso y atrevido, y que el otro es humilde y tímido, el Espíritu del Señor que es el espíritu de sabiduría y de sobrio sentido común, le enseñará al pueblo del Señor que aprecia al hermano más humilde como al que el Señor quisiera favorecer especialmente, al que desearía ver ocupar el sitio preponderante en el servicio.

Concebimos fácilmente que, en el rebaño del Señor, los

“machos cabríos” y las ovejas de carácter de macho cabrío aspiran a la gobernación; concebimos peor que las verdaderas ovejas que reconocen la voz del Maestro, que conocen su Espíritu y que procuran hacer su voluntad, puedan con docilidad permitir a estos machos cabríos o a estas ovejas que se les parecen, de conducirlos. Es bueno que persigamos la paz con todos los hombres, pero si por el amor de la paz, desconocemos la Palabra y el Espíritu del Señor, es seguro que resultará en un daño más o menos grande. Es bueno que todos tengan la naturaleza dócil de la oveja, pero es necesario también que las ovejas tengan *carácter*, si no, ellas no pueden ser vencedoras. Si tienen carácter, deben recordar las palabras del Gran Pastor: “Mis ovejas oyen [obedecen] mi voz. . . y me siguen”, “mas al *extraño* no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños” (Juan 10:5, 27). Por lo tanto, es el deber de cada oveja de examinar con cuidado el mensaje y el comportamiento de cada hermano antes de contribuir a ponerlo como superintendente, sea en el terreno local o sea en el terreno general. Primero, las ovejas del Señor deben estar convencidas que él tiene las calificaciones reales de un Anciano en la Iglesia, que es bien fundado en las doctrinas fundamentales del Evangelio: la reconciliación, la redención por la sangre preciosa de Cristo, y la plena consagración a él, a su mensaje, a sus hermanos, en su servicio. Ellas deben ejercer la caridad y la simpatía hacia los más débiles de los corderos y para con todas las ovejas achacosas mentalmente y moralmente, pero harían violencia al arreglo divino en escogerlas para hacer sus guías o ancianos. Ellas no deben sentir ninguna simpatía hacia los machos cabríos, o hacia los lobos en ropa de ovejas que luchan por obtener sitio y autoridad en la Iglesia.

Debemos suponer que la *Ecclesia* es mucho mejor sin servidor público que de tener como guía un “macho cabrío” con lengua de oro, que “no encaminaría los corazones al amor de Dios”, sino que los seduciría y los conduciría en malos caminos. El Señor advirtió la Iglesia contra tales guías; el Apóstol los describe, diciendo: “Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas [falsas, doctrinas engañosas] para arrastrar

tras sí a los discípulos [para arrastrar por astucia tras sí a los discípulos]”. El Apóstol dice que muchos seguirán sus caminos de perdición, y a causa de ellos el camino de la Verdad será blasfemado. —Hechos 20:30; 2 Ped. 2:2.

Es lo que vemos hoy. Muchos predicán a sí mismos más bien de recomendar el Evangelio, las buenas nuevas del Reino; ellos arrastran a discípulos tras sí y en sus denominaciones, en lugar de atraerlos y de unirlos al Señor solamente, como miembros de su cuerpo. Procuran ser jefes de iglesias en lugar de procurar que todos los miembros del cuerpo miren directamente al Señor como la Cabeza. De todos éstos deberíamos apartar la vista: las verdaderas ovejas no deberían animarlos en su mal camino. El Apóstol habla de ellos como los que tienen la apariencia de piedad, pero han negado la eficacia de ella (2 Tim. 3:5). Son partidarios feroces de días, de ritos, de ceremonias, de autoridades eclesiásticas, etc. y son altamente estimados entre los hombres, pero odiosos en los ojos del Señor, dice el Apóstol. Las verdaderas ovejas no sólo deben estar atentas para reconocer la voz del verdadero Pastor y para seguirle, sino que también ellas deben recordar igualmente que es menester que no sigan, ni apoyen, ni animen a los que, por egoísmo, trabajan por sí mismos. El que la Iglesia considera digno de su confianza para ser un Anciano, ya debería ser suficientemente bien conocido para justificar esta confianza. Es por eso que el Apóstol dice: “No *debe ser* un recién convertido.” Un recién convertido podría hacer daño a la Iglesia y también enorgullecerse y así alejarse del Señor, del buen espíritu y de la senda estrecha que conduce al Reino.

El apóstol Pablo (1 Tim. 3:2; 5:17; 1 Tes. 5:12; Santiago 5:14) da una opinión muy explícita concerniente a aquellos que la Iglesia pudiera bien aceptar como ancianos, describiendo en detalle lo que debería ser su carácter, etc. En su carta a Timoteo respecto a este tema (1 Tim. 3:1-7), él confirma la misma cosa en términos ligeramente diferentes. Dirigiéndose a Tito (Tito 1:5-11) que, evidentemente, era otro superintendente general, él precisa los deberes de los ancianos para con la Iglesia. Sobre el mismo tema, el apóstol Pedro dice: “Ruego a los ancianos que están entre

vosotros, yo anciano también con ellos. . . Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella. . . no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.” —1 Ped. 5:1-3.

Deben ser hombres generosos, de vida pura, teniendo sólo una mujer, y si tienen hijos, se debe considerar hasta cuál punto el padre ha ejercido una influencia sana en su propia familia; en efecto, se puede razonablemente creer que si él descuidara sus deberes para con sus hijos, sería probablemente poco sabio y negligente en sus consejos y sus servicios entre los hijos del Señor en la *Ecclesia*, la Iglesia. Él no debe ser trapacista o engañoso, gritón o pependenciero. Él debe tener una buena reputación entre los de la parte exterior: no es que el mundo jamás amaré o apreciará con justicia a los santos, sino que en el sentido que el mundo no pueda criticarlos por algo que sea indigno de su carácter en cuanto a la honradez, a la rectitud, a la moralidad, a la veracidad. No hay ninguna limitación en el número de ancianos en una Iglesia o *Ecclesia*.

Además de las restricciones hechas más arriba, un Anciano debe ser “apto para enseñar”, es decir, que debe ser capaz de enseñar, de explicar, de exponer el plan divino, y así ayudar al rebaño del Señor por la palabra y por la doctrina. No es esencial que el anciano posea el talento o las calificaciones de un “profeta” o un orador público. Puede ser que, en la misma Iglesia, se encuentran varios que tengan la capacidad de instructor, de pastor u otras calificaciones de un Anciano, pero que ninguno de ellos posea aquellas de un orador público capaz de exponer el plan divino. Debemos confiar en el Señor que puede, si es necesario, levantar a tales servidores, y si no lo haga, es que la *necesidad* no se siente allí. Pudiéramos observar aquí que algunas de las *Ecclesias*, asambleas o congregaciones más prósperas son las donde no hay grandes talentos para hablar en público, y en las cuales, por consiguiente, los estudios de la Biblia son la regla más bien que la excepción. Las Escrituras nos muestran claramente que tal era la costumbre en la Iglesia primitiva también y que, en el

momento de las reuniones de sus miembros, una ocasión favorable fue dada para la ejecución de los diversos talentos que poseían diversos miembros del cuerpo: a uno para hablar, a otros para orar, a muchos si no a todos, para cantar. La experiencia parece mostrar que estos grupos del pueblo del Señor que siguen de muy cerca esta regla, reciben más bendiciones y desarrollan caracteres más fuertes. Lo que sólo se oye, tan bien expresado y por muy bueno que sea, no graba en el corazón tan profundamente como si uno ejerce su mente sobre el tema que es seguramente el caso en un estudio bíblico bien conducido en el cual se debe animar a todos los asistentes para tomar parte en él.*

Entre los ancianos que no tienen tantas aptitudes para enseñar, algunos en cambio pueden estar completamente en su elemento en las reuniones de oraciones y de testimonios que deben ser una parte importante de las diversas agrupaciones del pueblo del Señor. El que se encuentra poseedor del buen talento de la exhortación, debe ejercer este talento más bien que de dejarlo inactivo tratando de ejercer un talento que no posee a ningún grado especial. El Apóstol dice “Que el que exhorta se ata a la exhortación”, que ejerce su capacidad y sirve en esta dirección donde el que enseña [que tiene tal talento para exponer claramente la Verdad] se ata a su enseñanza.

Lo mismo que el término obispo o superintendente tiene una gran variedad de sentidos, así es con el término pastor. Nadie más que un Anciano es competente para ser un pastor, o un superintendente. Un pastor de un rebaño, es un superintendente del rebaño; ambos términos son prácticamente sinónimos. El Señor Jehová es nuestro Pastor en el sentido más amplio del término (Sal. 23:1), y su Hijo Unigénito, nuestro Señor Jesús, es el gran Pastor y

* A los de entre nuestros lectores que comprenden el inglés, aconsejamos el uso de la Biblia comentada [*Berean Bible Teachers' Manual*] con sus referencias a los seis tomos de los *Estudios de las Escrituras*, a los *Reprints* y a los folletos y con un índice temático especial (Tal índice para los 6 tomos debe aparecer después del tomo presente). Ella no sólo les ayudará eficazmente a progresar en el estudio de la Verdad, sino que también en la aplicación personal de esta Verdad para la edificación de su carácter. —*Trad.*

el Obispo (superintendente) de nuestras almas — de todo el rebaño, por todas partes. Los superintendentes y los “Peregrinos” generales son todos pastores, velando por los intereses del rebaño general, y cada Anciano local es un pastor, un superintendente en el terreno local. Procuraremos por lo tanto que los ancianos en la Iglesia posean, en primer lugar, las calificaciones generales apropiadas para su servicio, y en segundo lugar, que sus calificaciones naturales especiales determinan en cuál rama de servicio pueden servir mejor la causa del Señor. Para algunos, será en la obra de evangelización y para otros, será en la obra pastoral entre las ovejas ya evangelizadas, ya en el aprisco: algunos en el terreno local, otros en un campo más vasto.

Leemos: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Tim. 5:17, 18). Apoyándose en estas palabras, la iglesia nominal estableció una clase de Ancianos que dirigen, y reivindicó para cada anciano una posición de decisión o de autoridad si no de dictadura entre los hermanos. Tal definición de “dirigir” está en contra de todo lo que presentan las Escrituras sobre este tema. Timoteo que ocupaba la posición de un superintendente general, recibió del Apóstol la instrucción siguiente: “No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre”, etc. [1 Tim. 5:1]. “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos” [2 Tim. 2:24]. Es cierto que nada aquí sancione una gobernación autocrática, o un comportamiento dictatorial. La humildad, la dulzura, la longanimidad, el afecto fraternal, el amor, deben ser las calificaciones notables de los que son aceptados como ancianos. Hace falta, en todo caso, que sean ejemplos para el rebaño. Si, por lo tanto, deben ser dominadores, según su ejemplo todo el rebaño debe ser dominador, pero si deben ser humildes, longánimos, pacientes, dulces y afectuosos, entonces todos tomarán ejemplo de ellos. Una traducción más literal del pasaje examinado muestra que significa que el honor debe ser devuelto a los ancianos en la proporción donde manifiestan su fidelidad en las responsabilidades de servicio que aceptaron. Pudiéramos verter el pasaje de la manera siguiente: Que los

ancianos eminentes sean considerados dignos de un honor doble, especialmente los que se dan trabajo por la obra pesada de la predicación y de la enseñanza.

DIÁCONOS, MINISTROS, SIERVOS

Lo mismo que el término obispo significa simplemente superintendente y que en ningún sentido significa un señor o un dueño como llegó a ser comprendido así gradualmente por la gente, así es con el término diácono que significa literalmente un servidor, o un ministro. El Apóstol habla de sí mismo y de Timoteo como “ministros de Dios” (2 Cor. 6:4). La palabra vertida aquí por ministros viene del griego *diakonos* que significa siervos. El Apóstol luego dice: “Nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto” (2 Cor. 3:5, 6). Aquí, también la palabra griega *diakonos* es vertida por ministros y significa siervos. De hecho, el Apóstol declara que él mismo y Timoteo eran diáconos (siervos) de Dios y diáconos (siervos) del Nuevo Testamento — el Nuevo Pacto. Entonces podemos ver que todos los ancianos verdaderos en la Iglesia son así diáconos, o siervos de Dios, de la Verdad y de la Iglesia, si no, no deberíamos en absoluto reconocerlos como ancianos.

No queremos dar la idea que, en la Iglesia primitiva, no había ninguna distinción tocante al servicio obtenido. Todo lo contrario: lo que queremos establecer es que aun los apóstoles y los profetas que eran los ancianos en la Iglesia eran todos diáconos, siervos, así como lo declaró nuestro Señor: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo [*diakonos*]” (Mat. 23:11). El carácter y la fidelidad del siervo deberían determinar el grado de honor y de estima que debería serle devuelta en las *ecclesias* de la Nueva Creación. Lo mismo que había en la Iglesia siervos no cualificados por talentos, etc. para ser aceptados como ancianos porque eran menos aptos para enseñar o menos experimentados, así aparte de todo nombramiento hecho por la Iglesia, los apóstoles y los profetas (maestros) en diversas ocasiones escogieron a ciertas personas como siervos, o ayudantes, o diáconos; por ejemplo,

cuando Pablo y Bernabé estaban juntos, ellos tenían con ellos por un tiempo Juan Marcos que les servía, les ayudaba. También, cuando Pablo y Bernabé se separaron, Bernabé tomó a Juan [Marcos] con él, mientras que Pablo tomó a Silas con él para servirle, ayudarle [Hechos 15:39, 40]. Estos ayudantes no se consideraban como los iguales de los apóstoles, ni como los iguales, en materia de servicio, de otros que tenían talentos y experiencia más grandes que ellos mismos, sino que se regocijaban del privilegio de ayudar y de servir bajo la dirección de aquellos que reconocían como *siervos de Dios* y de la Verdad, cualificados y aceptados. No necesitaban ser escogidos por la Iglesia para servir a los apóstoles; lo mismo que la Iglesia escogía a sus siervos o a los diáconos, así los apóstoles escogían los suyos. No era tampoco asunto de coacción, sino de opción. Se nos permite suponer que Juan [Marcos] y Silas consideraron que ellos podían servir mejor al Señor de esta manera que de un modo muy diferente, y fue de su pleno grado y sin menor coacción que aceptaron este servicio; hubieran podido, con una conveniencia igual, negarlo si hubieran creído emplear más escrupulosamente sus talentos de otra manera.

No obstante, este término *diácono* se aplica, en el Nuevo Testamento, a una clase de hermanos útiles como siervos del cuerpo de Cristo y honrados en consecuencia, pero sin ser cualificados tanto como otros para la posición de ancianos. Sin embargo, bajo cualesquiera condiciones, su selección con vistas a un servicio especial en la Iglesia implicaba un buen genio, la fidelidad a la Verdad y el celo para el servicio del Señor y de su rebaño. Así, en la Iglesia primitiva, cuando fue decidida la distribución de alimento, etc. a los pobres del rebaño, los apóstoles mismos se ocuparon de eso primero, pero más tarde, cuando se levantaron reclamaciones pretendiendo que algunos fueron descuidados, los apóstoles les sometieron la pregunta a los creyentes, a la Iglesia, diciendo: Buscad de entre vosotros hombres competentes para este servicio, y daremos nuestro tiempo, nuestro conocimiento y nuestros talentos al ministerio de la Palabra. —Hechos 6:2-5.

Recordamos que siete siervos, o diáconos, fueron escogidos,

y que de entre estos siete se encontraba Esteban que, más tarde, se hizo el primer mártir: él tuvo el honor de ser el primero de andar en las pisadas del Maestro, aun hasta la misma muerte. El hecho que Esteban fue escogido por la Iglesia para ser diácono, no le impedía de ningún modo de predicar la Palabra como fuera de alguna manera y según las ocasiones favorables. Vemos así la libertad perfecta que prevalecía en la Iglesia primitiva. Toda la comunidad, reconociendo los talentos de uno o de otro miembro del cuerpo, podía pedirle prestar un servicio; no obstante, la demanda de la comunidad y la aceptación del miembro solicitado no constituían en ningún sentido una esclavitud: ellas no le impedían de ninguna manera emplear sus talentos por otra vía como la ocasión favorable se presentaba. Esteban, el diácono, fiel en el servicio de las mesas, en el reglamento de los pagos por cuenta de la comunidad, etc. fue bendecido por el Señor y recibió ocasiones favorables de ejercer su celo y sus talentos de manera más pública en la predicación del Evangelio. Su carrera demostró que el Señor le había reconocido como un Anciano en la Iglesia antes de que los hermanos se hubieran dado cuenta de su capacidad. No hay duda que si hubiera vivido más tiempo, los hermanos también habrían discernido sus calificaciones de Anciano y de intérprete de la Verdad, y lo habrían admitido como tal.

Sin embargo, el punto que deseamos destacar, es la libertad completa de cada individuo de emplear sus talentos como se siente capaz, *en calidad de evangelista*, sea él designado o no directamente por la *Iglesia* (Esteban no hubiera podido enseñar sin embargo en la Iglesia, a menos que fuera escogido por ella para este servicio). Esta libertad absoluta de la conciencia individual y de los talentos personales, la ausencia de todo lazo o de toda autoridad restrictiva, es uno de los rasgos notables de la Iglesia primitiva que hacemos bien de imitar en espíritu y en acción. Así como la Iglesia necesita ancianos cualificados y competentes para enseñar, y evangelistas para predicar, así también necesita diáconos para prestarle otros servicios, como porteros de estrados, tesoreros, etc. Son siervos de Dios y de la Iglesia, y son honrados en consecuencia; los ancianos son siervos, aunque su servicio sea

reconocido como aquel de un orden más elevado: la obra en la palabra y en la enseñanza.

MAESTROS EN LA IGLESIA

Como acabamos de ver, “la aptitud para la enseñanza” es una calificación necesaria para la posición o para el servicio de los ancianos en la Iglesia. Podríamos multiplicar las citas de las Escrituras para mostrar que San Pablo se clasificaba no sólo como un *Apóstol* y como un *Anciano* y un *siervo*, sino que como un *maestro* [o instructor —*Trad.*], “no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Cor. 2:13). Él no era un profesor de lenguas ni de matemática, ni de astronomía, ni de alguna otra ciencia, excepto de la única ciencia grande a la cual se refiere el Evangelio del Señor, las buenas nuevas. Tal es el significado de las palabras del Apóstol que acaban de citarse, y es bueno que los hijos del Señor se acuerden de eso escrupulosamente. No sólo los que enseñan y predicán, sino que los que escuchan, deben procurar que sea la sabiduría de Dios y no la del hombre que se proclama. Así el Apóstol exhorta a Timoteo: “Prediques la palabra” (2 Tim. 4:2). “Esto manda y enseña” (1 Tim. 4:11). “Esto enseña y exhorta” (1 Tim. 6:2). Yendo más lejos todavía, el Apóstol indica que todos los miembros de la Iglesia, tanto como los ancianos, deben procurar que los maestros de doctrinas falsas, de la filosofía y de “la falsamente llamada ciencia” no estén admitidos a enseñar la Iglesia. El Apóstol recomienda: “Si alguno enseña otra cosa”, etc. apartaos de eso: no sostengáis otro Evangelio que aquel que vosotros recibisteis que os ha sido anunciado por los que predicaron el Evangelio mediante el Espíritu Santo enviado del cielo. —1 Tim. 6:3-5; Gál. 1:8.

Sin embargo, hay algunos que son competentes para enseñar, para exponer claramente a otros el plan divino en privado, pero son incapaces de hablar en público, como oradores, como “profetas”. Los que pueden, en privado, hablar del Señor y de su causa, no deben ser desanimados sino, al contrario, debemos animarles para

aprovecharse de todas las ocasiones favorables para servir a los que tienen un oído para oír, y para anunciarles las virtudes de nuestro Señor y Rey. Aun aquí, debemos distinguir entre “enseñar y proclamar [o predicar —*Trad.*]” (Hechos 15:35). Predicar, es discursar en público; la enseñanza puede ser más eficaz generalmente en privado (en una clase de estudios bíblicos o en una conversación particular). Los predicadores, los oradores públicos o “profetas” más capaces han encontrado a veces que su trabajo público prospera más cuando es apoyado hábilmente por los discursos menos públicos, por las exposiciones hechas en privado de las cosas profundas de Dios en auditorios más restringidos.*

El don del evangelista, el poder de animar los corazones y los espíritus en busca de la Verdad, es un don especial que todos no poseen hoy aun más que en el tiempo de la Iglesia primitiva. Además, el cambio de las condiciones modificó más o menos el carácter de esta obra, de modo que hoy, a causa de la educación general entre el pueblo, el trabajo de evangelización puede hacerse ampliamente por medio de la página impresa. Muchos son los que, actualmente, están involucrados en esta obra, distribuyendo tratados y ejemplares de *The Watch Tower*[†] y vendiendo de forma ambulante los *Estudios de las Escrituras*.[‡] El hecho de que estos evangelistas trabajan más bien según métodos adaptados a nuestra época que según los métodos del pasado, no es más que un argumento contra esta obra que lo es sólo el hecho de que ellos viajan gracias al vapor y gracias a la electricidad en lugar de ir a pie o sobre el lomo del camello. La evangelización se hace por la presentación de la Verdad (el plan divino de las Edades — la

* Es por esta razón que recomendamos, cuando los “Peregrinos” les visitan, que reservan sólo una o dos reuniones para “profetizar” o predicar en público, y que emplean el resto de su tiempo para enseñar en las agrupaciones de personas profundamente interesadas, o, en caso de imposibilidad, para visitar y enseñar en privado.

† La publicación dirigida por el hermano Russell hasta su muerte en 1916. —*Trad.*

‡ Véase el Prefacio del Autor del Vol. I. —*Trad.*

Palabra de Dios — las “buenas nuevas de gran gozo”). Según nuestro juicio, no hay, en nuestros días, otro trabajo de evangelización que produzca resultados tan grandes como éstos. Hay muchos que poseen el talento, las calificaciones para ocuparse en este servicio y que no son preparados para ocuparse en otras ramas de la obra. Numerosos segadores todavía no han entrado en la vid; oramos continuamente en su favor para que el Señor de la cosecha quiera enviarlos allí, les conceda de discernir sus privilegios y las ocasiones favorables de ocuparse en este ministerio de evangelización.

Cuando Felipe, el evangelista, había hecho lo que podía por la gente de Samaria, Pedro y Juan les fueron enviados (Hechos 8:14). Así son nuestros evangelistas vendedores ambulantes: después de haber estimulado el espíritu sincero de sus oyentes, ellos les presentan los *Estudios de las Escrituras**, y *Zion's Watch Tower* [la publicación dirigida por el Autor hasta su muerte —*Trad.*] que serán para ellos unos instructores que puedan entender y con los que puedan conferenciar luego tocante al camino del Señor. Lo mismo que Pedro, Pablo, Santiago y Juan, mensajeros y representantes del Señor, escribieron epístolas a la familia de la fe, actuando como pastores para aconsejar y animar al rebaño del Señor, de igual modo en nuestros días, *The Watch Tower* [véase nota precedente —*Trad.*] visita a los amigos, personalmente y colectivamente, de manera regular, procurando confirmar su fe, formar y cristalizar sus caracteres según los métodos establecidos por el Señor y por sus apóstoles.

MUCHOS DEBERÍAN SER CAPACES DE ENSEÑAR

El Apóstol les escribió a algunos: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo [que estuvieron en la Verdad], tenéis necesidad [a causa de una falta de celo por el Señor y de un espíritu mundano] de que se os vuelva a enseñar cuáles son los

* Véase el cambio de título hecho por el hermano Russell en su prefacio del Vol. I. —*Trad.*

primeros rudimentos de las palabras de Dios” (Heb. 5:12). Esto implica, en un sentido general por lo menos, que toda la Iglesia, todo el sacerdocio, los miembros de la Nueva Creación, deberían ser expertos en la Palabra de su Padre hasta el punto de estar “siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Ped. 3:15). Así vemos de nuevo que la enseñanza, considerada desde el punto de vista bíblico, no se limita a una clase clerical, que cada miembro de la Nueva Creación es un miembro del Sacerdocio real, “ungido para predicar”, y también plenamente autorizado para anunciarles las buenas nuevas a los que tienen oídos para oír, cada uno según su capacidad de presentarla con fidelidad y claridad. Sin embargo, interviene aquí una declaración de un carácter particular hecha por otro apóstol:

“HERMANOS MÍOS, NO OS HAGÁIS MAESTROS MUCHOS DE VOSOTROS” —Santiago 3:1

¿Qué quiere decir esto? El Apóstol responde, diciendo: “sabiendo que recibiremos mayor condenación”, sabiendo que, tanto las tentaciones como las responsabilidades aumenten proporcionalmente en cada grado de elevación en el cuerpo de Cristo. El Apóstol no quiere decir que nadie debería hacerse maestro, sino que el que cree poseer un talento para la enseñanza recuerde que es una responsabilidad ocuparse en cualquier que sea el grado de ser el portavoz de Dios; él debe asegurarse de que ningún discurso no sea pronunciado que pueda representar falsamente el carácter y el plan divinos, y deshonorar así a Dios como ofender a los que pudieran oírlo.

¡Cuán provechoso sería esto para la Iglesia si todos quisieran aceptar este consejo (esta sabiduría de arriba) y seguirlo! Por cierto, pudiera haber mucho menos enseñanza que se da ahora, pero el efecto tanto sobre los que enseñan como sobre los que aprenden sería no sólo una reverencia más grande por el Señor y la Verdad, su Palabra, sino que una liberación más grande de los errores desconcertantes. A propósito de eso, las palabras de nuestro

Maestro implican que algunos cuyas enseñanzas no han estado completamente de acuerdo con el plan divino, serán admitidos en el Reino, pero en una posición inferior a la que habrían tenido si hubieran prestado mucha más atención a no enseñar otra cosa que el mensaje divino. He aquí estas palabras: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos.” —Mat. 5:19.

“NO TENÉIS NECESIDAD DE QUE NADIE OS ENSEÑE”

“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”

“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.” —1 Juan 2: 27, 20.

Debido a los numerosos pasajes bíblicos que animan a la Iglesia a aprender, a crecer en gracia y en conocimiento, a edificar mutuamente en la santísima fe y a esperar que el Señor levante a apóstoles, a profetas, a evangelistas, a maestros, etc. esta declaración hecha por el apóstol Juan parece muy extraña hasta que haya sido comprendida bien. Ella ha sido un escollo para un número bastante grande pero podemos estar seguros que el Señor no permitió a todos cuyo corazón estaba en una actitud apropiada para con él, de recibir un daño. La tendencia general de la Escritura hacia la idea contraria — línea sobre línea, mandamiento sobre mandamiento — no menos que las experiencias de la vida, bastan para convencer totalmente a toda persona humilde de espíritu de que hay algo radicalmente falso en la traducción de este pasaje o en las ideas que se sacan generalmente de eso. Los que tropiezan son usualmente gente muy autosuficiente cuya presunción los conduce a preferir que el Señor los considere por separado y separados de todo el resto de la Nueva Creación. Sin embargo, esto está en contradicción absoluta con la enseñanza general de las Escrituras que el cuerpo es uno, y que tiene numerosos miembros

unidos en él, que los alimentos proporcionados en el cuerpo van a cada uno de sus miembros para alimentarlo y fortificarlo por medio de o conjuntamente con los otros miembros. Así el Señor quiso hacer que los miembros de su pueblo dependan unos de otros, con el fin de que no pueda haber ningún cisma en el cuerpo, y es a este fin que él nos ha exhortado por el Apóstol en no descuidar a nuestras asambleas, sino en recordar que le es particularmente agradable encontrar en todo lugar la Ecclesia, el cuerpo, aun si solamente dos o tres están reunidos en su nombre.

Examinando el texto, encontramos que el Apóstol combate un error que prevalecía en su tiempo, un gran error que, en nombre de la Verdad, en nombre del cristianismo, en nombre de la calidad de discípulo del Señor, anulaba virtualmente toda revelación. Él declara que este sistema erróneo no forma parte ni de la Iglesia verdadera ni de sus doctrinas, sino que al contrario, es anticristo u opuesto a Cristo prevaleciéndose de su nombre, navegando así bajo un pabellón falso. Hablando de los partidarios de este sistema, él declara: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros [a saber, que nunca hayan sido verdaderos cristianos o que hayan cesado de serlos]; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros”. Él destaca su error, a saber, que las profecías concernientes al Mesías eran figurativas, que nunca se cumplirían por medio de la naturaleza humana, y declara que es una negación completa de la declaración según el Evangelio que el Hijo de Dios ha sido hecho carne, que fue ungido como el Mesías en su bautismo por el Espíritu Santo y que nos rescató.

El pensamiento del Apóstol es el siguiente: todos los que de todos modos se hicieron cristianos, todos los que comprenden a cualquiera que sea el grado el plan divino, deben suponer en primer lugar que ellos y todos los demás son pecadores y que necesitan un Redentor, y en segundo lugar, que Jesús, el Ungido, les rescató por el sacrificio de su propia vida. El Apóstol declara además que ellos no necesitan que alguien *les enseñe esta verdad fundamental*. No podrían ser de ningún modo cristianos si ignoraran el elemento fundamental de la religión cristiana (a saber, que Cristo murió por *sus* pecados según las Escrituras, y que se

resucitó para su justificación), y que nuestra justificación, y nuestra santificación que resulta de eso, que nuestra esperanza de la gloria, todo esto depende del sacrificio de Cristo y de su valor en nuestro favor. Él hace ver que si fuera posible confiarse y creer en el Padre sin creer en el Hijo antes de la manifestación de este último, sin embargo ahora, quienquiera que niegue al Hijo de Dios niega al Padre al mismo tiempo, y nadie puede confesar al Hijo de Dios sin confesar al Padre al mismo tiempo y el plan del Padre es su centro y el agente ejecutivo.

Asimismo, ahora podemos entender exactamente lo que quiso decir el Apóstol, a saber, que toda persona que había sido engendrada del Espíritu Santo primero tenía que creer en el Señor Jesús, creer que era el unigénito del Padre, que fue manifestado en la carne, santo, inocente, y separado de los pecadores, que se dio a sí mismo como nuestro rescate y que el sacrificio fue aceptado por el Padre y testificado por su resurrección como el glorioso Rey y Libertador. Sin esta fe, nadie puede recibir al Espíritu Santo, la unción, y por lo tanto, cualquier persona que tenga la unción no necesita que alguien pierda tiempo discutiendo la cuestión fundamental si Jesús era el Hijo de Dios o no, si era el Redentor o no, si era el Mesías ungido que cumplirá al debido tiempo de Dios las preciosas promesas de las Escrituras. Incluso si la unción que hemos recibido, permanece en nosotros, ésa nos asegura que estas cosas son ciertas: “Según ella os ha enseñado, permaneced en él.” Cualquier persona que no vive en él, la Vid (como el sarmiento suprimido), se secará sin duda, toda persona que permanece en él seguramente permanecerá en su Espíritu también, y no puede negarle.

“En cuanto a vosotros, vosotros tienen una unción que viene de Aquel que es santo, y todos vosotros lo saben” [1 Juan 2:20 —*Diaglott*; véase *Stapfer* (versión francesa) y la nota en el Nuevo Testamento de Tischendorf]. Durante toda la dispensación judaica, el Espíritu Santo fue tipificado por el aceite santo que, derramado en la cabeza del sumo sacerdote, se difundía sobre todo su cuerpo; así quienquiera que hace parte del cuerpo de Cristo está bajo la unción, bajo la influencia del Espíritu, y por todas partes donde

esté el Espíritu del Señor, hay unción, dulzura, lubricación. Su tendencia es de buscar la paz con todos los hombres en toda medida posible, compatible con la fidelidad a la justicia. Está opuesto a la fricción (a la cólera, a la malicia, al odio, a la contienda). Los que están bajo su influencia están felices de ser enseñados por el Señor, y lejos de pelearse respecto a su plan y su revelación, ellos los aceptan prontamente y reciben de modo correspondiente la lubricación prometida: la unción, la dulzura, la paz, la alegría, la santidad de espíritu.

Los que han recibido el Espíritu del Señor en este sentido del término, aportándoles la paz, la alegría y la armonía en su corazón, saben que las tienen por parte del Señor ya que creyeron en el Señor Jesús y lo aceptaron como el Ungido. Esta unción es una prueba no sólo para sí mismos, sino que sobre todo para otros que son miembros del cuerpo de Cristo. En cambio, los que no tienen esta paz y esta alegría, y cuyos corazones están llenos de malicia, de lucha, de odio, de pelea, de contienda y disputa ciertamente no tienen la prueba de la unción, de la lubricación, de la dulzura que acompaña el Espíritu del Señor. Es verdad que nosotros no somos todos semejantes, y que esta dulzura puede, en los asuntos corrientes de la vida, no manifestarse tan rápidamente en algunos como en otros; sin embargo, muy rápidamente en la experiencia cristiana, uno debe sentir en su corazón esta dulzura que prueba que hemos estado con Jesús, que hemos aprendido de él y recibido su Espíritu, y pronto debería comenzar a ser observado por otros en la vida diaria.

Vemos que nada en las Escrituras se opone a la línea general de la Palabra del Señor tocante a la necesidad de tener maestros y de conocer por su intermediario el pensamiento del Señor. No es que sostengamos que Dios depende de los que enseñan, y que *no pudiera* instruir, desarrollar y edificar a los miembros de la Nueva Creación por otro medio u otra acción, sino que su Palabra declara que tales *son* los medios y el método que él ha escogido para instruir y para edificar la Iglesia, el cuerpo de Cristo, con el fin de que no pueda haber ningún cisma en el cuerpo y que cada miembro pueda aprender a simpatizar con cada otro miembro, cooperar con

él y ayudarle.

Nosotros ya hemos considerado el hecho de que no se debe tomar a estos maestros como infalibles, sino que debe pesar y medir sus palabras con la ayuda de las reglas divinas: las palabras del Señor, de los apóstoles y de los santos profetas de las dispensaciones pasadas que hablaron y escribieron, llevados por el Espíritu Santo para advertirnos, sobre quienes han llegado al fin de los tiempos. Ahora enfocamos la atención en la declaración del Apóstol: “El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye.” —Gál. 6:6.

“EL QUE ES ENSEÑADO” Y “EL QUE ENSEÑA”

Este texto bíblico, de acuerdo con todos los demás, nos muestra que Dios tomó sus disposiciones para que sus hijos se instruyan unos por otros, y que aun el más humilde de su rebaño piensa por sí mismo y desarrolle así una fe individual tanto como un carácter individual. ¡Por desgracia! ¡Cómo este tema importante es generalmente descuidado entre aquellos que invocan el nombre de Cristo! Este texto bíblico admite instructor y alumnos, pero los alumnos deben sentirse libres de comunicar, de hacer conocer a los instructores todo lo que viene a su conocimiento y lo que parece relacionarse con el tema bajo discusión, no para reemplazar al instructor, sino como un estudiante inteligente con respecto a otro estudiante mayor de edad. Ellos no deben ser unas máquinas ni tener miedo de hablar, sino planteando preguntas, llamando la atención a lo que les parecen ser unas malas aplicaciones de las Escrituras o aun en otras cosas, contribuyen así a mantener puros el cuerpo de Cristo y sus enseñanzas; así ellos deben ser críticos, y en lugar de desanimarlos a actuar así, en lugar de decirles que no hace falta que ellos critiquen al instructor o que pongan en tela de juicio sus exposiciones, al contrario son invitados a participar, a criticar.

No debemos suponer, no obstante, que el Señor desea animar un espíritu crítico exagerado, o una disposición de combatir, de encontrar constantemente a censurar. Tal espíritu está completamente contrario al Espíritu Santo, y no sólo esto, sino que

sería muy peligroso, porque quienquiera, en un espíritu de contradicción, que expone como falso un caso hipotético que él no cree ser la Verdad, simplemente con el fin de desconcertar a su opositor, de tener una “controversia”, etc. está seguro de perjudicarse a sí mismo tanto como puede estar más o menos seguro de perjudicar a otros por actuar de tal manera. La honradez con respecto a la Verdad es una cualidad absolutamente primordial para progresar en ella: oponerse a lo que se cree ser la Verdad, o hasta sostener temporalmente lo que cree ser un error, “para reírse”, o por otra razón, será seguramente injurioso hacia el Señor y atraerá alguna retribución justa. ¡Por desgracia! ¡Cuánto se propusieron “ver solamente lo que se podía decir” contra una posición que ellos creían sin embargo ser la Verdad, y que han sido enredados, totalmente cautivos y cegados persiguiendo tal línea de conducta! Después de Dios, la Verdad es la cosa más preciosa que haya en el mundo: no debemos bromear con ella, ni jugar con ella, y quienquiera que es negligente sobre este punto sostendrá un daño. —Véase 2 Tes. 2:10, 11.

Es conveniente observar que la expresión “*hacer participar*” tiene un sentido amplio y no comprende solamente la participación respecto a los pensamientos, a los sentimientos, etc. sino también puede entenderse en el sentido de que el que es enseñado y el que recibe beneficios espirituales, debería estar contento participar de alguna manera en el apoyo de los que enseñan, dándoles al Señor, a los hermanos, a la Verdad, una parte de los frutos de su trabajo y sus talentos. Tal es la misma esencia de la santa disposición de la Nueva Creación. Al principio de la experiencia cristiana, cada uno aprende el significado de las palabras del Maestro: “Más bienaventurado es dar que recibir” [Hechos 20:35], y es por eso que todos los que tienen este espíritu están contentos verdaderamente de dar cosas terrestres al servicio de la Verdad, y esto, en la proporción donde reciben bendiciones espirituales en buenos y honrados corazones. En otro capítulo, consideraremos la pregunta de la manera de dar y de la sabiduría que se debe ejercer para hacerlo.

LA ACTIVIDAD DE LA MUJER EN LA IGLESIA

En ciertos aspectos, es después de haber examinado las relaciones generales del hombre y de la mujer en el orden divino donde se puede considerar mejor este tema de la actividad de la mujer en la Iglesia; sin embargo, es por un motivo serio que lo consideramos apropiado de presentarlo aquí; otros puntos de vista concordantes que presentaremos más tarde corroborarán, creemos, lo que ahora decimos al respecto.

Nada es más claro que, en la selección de su *Ecclesia* de la Nueva Creación, el Señor no tiene en cuenta los sexos. Tanto los hombres como las mujeres son bautizados y se hacen miembros del “solo cuerpo” del cual Jesús es la Cabeza. Por eso, son dignos de ser escogidos para participar en la Primera Resurrección y en su gloria, en su honra y en su inmortalidad bajo la condición general: “si sufrimos con él, también reinaremos con él.” Los dos han sido mencionados de manera honorable y en los términos más cálidos por nuestro Señor y por los apóstoles. Es por eso que debemos comprender que toda restricción impuesta a la mujer tocante al carácter y a la medida del servicio del Evangelio, se aplique simplemente al tiempo presente, mientras que todavía está en la carne; no debemos suponer de ninguna manera que se trata de una preferencia divina para los hombres. Vamos a tratar de mostrar que las discriminaciones hechas entre los sexos son de un orden simbólico y típico: el hombre simboliza a Cristo Jesús, a la Cabeza (Jefe) de la Iglesia, mientras que la mujer simboliza la Iglesia, la Esposa, sometida a la Cabeza (Jefe) que Dios le dio.

El amor de nuestro Señor por su madre, y por Marta, María y “otras muchas que le servían de sus bienes” aparece muy distintamente en el relato, aun independientemente de la afirmación categórica que él las “amaba” (Juan 11:5); sin embargo, cuando él escogió a sus doce apóstoles, y más tarde los “setenta”, él no escogió a ninguna de ellas. No podemos suponer tampoco que fue un olvido de su parte, no más que fue un olvido que las mujeres de la tribu de Leví no tuvieron nada para hacer en los servicios públicos durante los dieciséis siglos precedentes. No

podemos tampoco explicar el asunto suponiendo que las mujeres, encontrándose en total de los amigos de nuestro Señor, no fueron instruidas suficientemente para el servicio, porque a propósito de los que fueron escogidos, el relato declara que se percibió prontamente “que eran hombres sin letras y del vulgo” [Hechos 4:13 —véase *Diaglott*]. Por eso, debemos concluir que la intención divina era que de entre los “hermanos”, sólo los hombres serían escogidos para ser servidores públicos especiales y embajadores del Evangelio. Y se debe notar aquí, que este arreglo divino está en contra del método del gran Adversario que, estando dispuesto a servirse del uno o del otro sexo como instrumento, siempre encontró en la mujer su representante más competente.

La primera mujer fue el primer instrumento [literalmente, “embajador” —*Trad.*] de Satanás: un instrumento también que consiguió para extraviar al primer hombre y sumergir toda la raza en el pecado y en la muerte. Las brujas del pasado, y las médiums espiritistas, los “científicos cristianos” en nuestros días son tantas confirmaciones como la propaganda de Satanás hecha por las mujeres de manera casi tan manifiesta como la propaganda divina hecha por los hombres. Además, el programa divino va en contra de la tendencia natural de todos los hombres que estiman especialmente a las mujeres en las preguntas religiosas, atribuyendo al sexo femenino un grado más elevado de pureza, de espiritualidad, de comunión con Dios. Esta tendencia se nota en los relatos del pasado tanto como en los del presente, como lo demuestran la diosa egipcia Isis, la diosa asiria Astarot, la diosa griega Diana, y Juno y Venus y Belona, y la Mariolatría que, desde hace siglos, domina completamente dos terceros de los que apelan al nombre de Cristo a pesar del nombramiento más explícito del hombre como el portavoz y el representante del Señor en su Iglesia.

Aparte del significado simbólico de esta distinción de los sexos, la Palabra de Dios no nos informa si hay otras razones para hacerla, y nuestras suposiciones respecto a este tema pueden ser exactas o no: nuestra opinión, sin embargo, es que algunas de las cualidades de corazón y del espíritu que se encuentran asociadas en

los tipos más nobles de las mujeres, las hacen impropias para los servicios religiosos públicos. Por ejemplo, la mujer tiene, por naturaleza y afortunadamente, el deseo de complacer y de ser *aprobada* y alabada. Esta cualidad es una bendición inestimable en el hogar; es a ella que se debe la preparación de platos succulentos y la decoración atractiva del hogar que la diferencia de las viviendas de solteronas viejas y de solterones viejos. La verdadera mujer está contenta cuando se esfuerza por hacer feliz a su familia, y se regocija cuando los suyos le manifiestan la apreciación de sus esfuerzos (cocina, etc.); nunca deberíamos negarle los elogios que le son debidos seguramente, que su naturaleza desea ardientemente y que son absolutamente indispensables para su salud y para su desarrollo.

Entonces, si la mujer es educada fuera de su esfera (ya tan vasta y tan importante que el poeta dijo con razón: “La mano que meneas la cuna es la que gobierna al mundo”), si se produce en público a título de conferenciante o profesor o escritor, entonces se coloca en una posición muy crítica; en efecto, muchas de las particularidades que ella posee como mujer (y ya hemos mencionado una) que tienden a hacer de ella una mujer verdadera, atrayente para los hombres verdaderos, competirán en condiciones *contrarias* a la naturaleza que perjudica a su feminidad dándole características “masculinas”. La naturaleza fijó los confines y los límites de los sexos, no sólo en la forma física y la cabellera, sino que en las cualidades del corazón y de la cabeza: ella adaptó todo tan perfectamente que cualquier interposición en sus leyes o cualquier desprecio de ellas causa infaliblemente un perjuicio en fin de cuentas, sin importar cuán benéficos que puedan parecer los cambios por un tiempo.

El deseo ardiente de *alabanzas* (“approbativeness”) que la naturaleza le concedió tan generosamente a la mujer y que, correctamente empleado es tan útil para ella así como en su hogar y en su familia, casi se le hace de seguro una trampa si se lleva con respecto al público (buscando la aprobación de la Iglesia o del mundo). La ambición de brillar, de parecer más sabia y más capaz que otros, es un peligro que amenaza a todos los que afrontan un

público; no hay duda que haya hecho tropezar a muchos hombres que habían sido hinchados de orgullo y que cayeron así en una trampa del Adversario; sin embargo, la misma feminidad de la mujer la expone singularmente no sólo a tropezar en su esfuerzo a brillarse, sino que también a hacerla tropezar a otros. Alejándose del camino recto, ella está segura de recibir del Adversario un aceite falsificado que da una luz falsa por la cual muchos pudieran ser desviados del camino del Señor. Es por eso que la advertencia del Apóstol “No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que [nosotros que enseñamos] recibiremos mayor condenación” (Santiago 3:1), tendría todavía más fuerza si fuera aplicado a las hermanas. En realidad, el peligro para ellas sería tan grande que ninguna de ellas estuviera establecida para enseñar; y el Apóstol escribió: “No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.” —1 Tim. 2:11, 12.

Sin embargo, esta declaración enérgica y formal no puede significar que nunca se les permite a las hermanas de la Nueva Creación llevar una bendición contando la vieja, vieja historia. El mismo Apóstol habla con el respeto más grande de las mujeres nobles de su época que eran unas *ayudantes* en el ministerio. Por ejemplo, él menciona a Priscila tanto como a su marido como “compañeros de obra” o “colaboradores” (Rom. 16:3). Esto significa que no eran simplemente huéspedes que recibían al Apóstol en sus hogares, sino que trabajaban con él, no sólo en fabricar tiendas, sino que especialmente en su obra principal de ministro del Evangelio. Más lejos (v. 6), él hace mención de manera diferente a los servicios prestados por María, diciendo: “Saludad a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros.” Es evidente que ella no fuera una colaboradora. Los servicios que ella le prestaba al Apóstol y que se complacía a reconocer eran unos servicios personales, tal vez del lavado o del remiendo. El servicio de Priscila, al contrario, se designa igualmente a los servicios de Urbano (v. 9). En realidad, ya que el nombre de Aquila se menciona después de aquel de su mujer, podemos suponer razonablemente que la mujer era la más competente de los dos como “compañero de servicio”. Trifena y Trifosa (v. 12) son las

dos otras hermanas cuyo “trabajo para el Señor” se informa honradamente.

Toda interpretación de las palabras del Apóstol que llegaría a privar a las hermanas la ocasión de “trabajar para el Señor” sería manifiestamente errónea. Está en las reuniones de la Iglesia (de dos o tres personas o más) con vistas a un culto de alabanza y a una edificación mutua que las hermanas deben tener un sitio subordinado y no tratar de dirigir y de enseñar; hacerlo sería *usurpar* la autoridad del hombre sobre quien, tanto por naturaleza como por precepto, el Señor ha colocado la responsabilidad de los ministerios de liderazgo; es sin duda alguna por razones sabias que él lo hizo, que podamos admitirlas o no.

Las restricciones del Apóstol concernían a todas luces las reuniones del género de aquellas que él describe en 1 Corintios 14. Las hermanas asistían también a estas reuniones y tenían ciertamente parte en sus bendiciones: ellas se unían a los salmos, a los himnos, a los cánticos espirituales y a las oraciones hechas por uno u otro. El Apóstol deseaba inculcar la necesidad del orden en las reuniones para el provecho más grande de todos. Él recomienda que haya únicamente un solo orador que hable o profetice a la vez, y que todos los demás presten atención, que en la misma reunión no haya más de dos o tres oradores o profetas que hablen, con el fin de que no haya una diversidad demasiado grande de sentimientos en el transcurso de la misma sesión. También, el que hablaba sólo en lenguas extranjeras debía guardar el silencio a menos que alguien presente pudiera interpretarlo.

Las mujeres no debían hablar en absoluto en tales reuniones; no obstante, aparte de las reuniones o en la casa, ellas podían “preguntar a sus maridos”; ellas podían sugerir sus opiniones o plantear preguntas a través de los hermanos (hombres) que conocían mejor — a sus maridos, si fuera posible, o a los hermanos con quienes conversaban por el camino de vuelta regresando de las reuniones, etc. La expresión “*en casa*” en este texto [“at home”, versión inglesa: “en casa”] tiene aquí el sentido de familia o de reunión de personas que se conocen. El pensamiento es lo siguiente: que ellas planteen sus preguntas a través de los hombres

de su conocimiento. El Apóstol persigue así: “no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, *como también la ley lo dice.*” —1 Cor. 14:34-36.

A todas luces, se encontraban en la Iglesia de Corinto algunos partidarios con la idea de los “derechos de las mujeres”, pretendiendo que en la Iglesia, ambos sexos tenían derechos idénticos. Sin embargo, el Apóstol no sólo refuta este pensamiento sino, además, él reprime su audacia de pensar en inaugurar un procedimiento no admitido por otros miembros del pueblo de Dios. Él se expresa así: “¿Acaso ha salido de vosotros la palabra [mensaje] de Dios, o sólo a vosotros ha llegado? Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son *mandamientos del Señor*” y no simplemente mis opiniones personales, o mis caprichos. Desde entonces, no más que los Corintios, nosotros no debemos ejercer nuestras preferencias o nuestros juicios personales respecto a este tema, sino debemos inclinarnos delante de las declaraciones del Apóstol como el mandamiento del Señor. Si alguien discute los consejos del Apóstol sobre este tema, que sea lógico y le rechaza *in toto*, como Apóstol.

A propósito de eso, es bueno enfocar la atención en las palabras del Apóstol cuando habla de los dones concedidos por el Señor a la Iglesia, a partir del Pentecostés. Él declara: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4:11, 12). En griego, el *artículo* indica el género: masculino, femenino o neutro. Este texto es excelente para decidir en cuál sentido particular el Señor, por el Espíritu Santo, ha determinado el género de los servidores activos dados a su Iglesia. ¿Pues, qué es el género indicado en griego para el texto más arriba? Respondemos que el artículo **tous** (el *masculino* plural, en el acusativo) se encuentra delante de “apóstoles, profetas, evangelistas y pastores”, y que no hay ningún artículo delante de “maestros”, término que, aparentemente, designa aquí “ayudantes” (1 Cor. 12:28), o sea tiene un sentido muy extenso que se refiere a los

apóstoles-hombres, a los oradores-hombres, a los evangelistas-hombres y a los pastores-hombres como siendo *todos* maestros.

Observemos no obstante que el hecho para una hermana de enfocar la atención de la asamblea en las palabras del Señor o de los apóstoles a propósito de un sujeto en discusión, sin dar su propio punto de vista, no puede ser considerado como la enseñanza ni en sentido alguno como una usurpación de autoridad sobre el hombre; al contrario, ella, en ese caso, sólo recordaría las palabras de instructores reconocidos y autorizados. De manera semejante, si una hermana, para explicar las Escrituras, se refiere a la obra presente o a otra de nuestras publicaciones, o si les hace la lectura a otros, ella no puede ser considerada como enseñando algo de ella misma, sino por el autor citado. De esta manera, vemos que las disposiciones tomadas por el Señor [o sus arreglos —*Trad.*] salvaguardan su rebaño y, al mismo tiempo, se ocupan abundantemente de sus necesidades.

Es posible que todos obedezcan al mandato divino, pero es cierto que nadie capte el sentido si no discierne que en el uso bíblico, una mujer simboliza a la Iglesia y un hombre simboliza al Señor, la Cabeza o el maestro de la Iglesia (véase Ef. 5:23; 1 Cor. 11:3). Lo mismo que la Iglesia no debe tratar de enseñar al Señor, así la mujer que simboliza a la Iglesia, no debe asumir el papel de instructora del hombre que representa simbólicamente al Señor. Con este pensamiento en mente, ninguna hermana debe sentirse despreciada y ningún hermano puede hincharse de orgullo a causa de esta regla bíblica. Más bien, todos tendrán en mente que el Señor es el único instructor y que los hermanos no deben atreverse a expresar su propia sabiduría, sino simplemente a presentarles a otros lo que su Cabeza expone como la Verdad. Apliquemos así este pasaje (1 Tim. 2:11, 12) al Señor y a la Iglesia: “Que una iglesia aprenda en silencio, en toda sumisión. No permito a una iglesia enseñar ni ejercer autoridad sobre Cristo, sino debe quedar en silencio.”

“QUE SE CUBRA”

Ya hemos señalado* que el sumo sacerdote que tipificaba a Cristo, el sumo sacerdote de nuestra profesión, tenía sólo la cabeza descubierta cuando fue revestido de sus trajes sacerdotales, y que todos los subsacerdotes que tipificaban a la Iglesia, “el Sacerdocio real”, llevaban sobre la cabeza una cobertura llamada “tiara”. La enseñanza de este tipo está en pleno acuerdo con lo que acabamos de ver, porque en las agrupaciones de la *Ecclesia* de la Nueva Creación, el Señor, el sumo sacerdote antitípico, es representado por los hermanos, mientras que la Iglesia o el Sacerdocio real es representada por las hermanas, las cuales, dice el Apóstol, también deben llevar una cobertura para indicar la misma lección, la sumisión de la Iglesia al Señor. El Apóstol demuestra esto en detalle en 1 Cor. 11:3-7, 10-15.

Algunos han deducido que, ya que el Apóstol presenta una cabellera larga de mujer como una cobertura dada por naturaleza, él no quisiera decir nada más, sino el versículo 6 muestra claramente lo contrario. El Apóstol quería decir que las mujeres no sólo deberían dejar crecer su cabellera como la naturaleza lo quiso, sino que además, ella debería llevar una cobertura como *señal*, declara él en el versículo 10, o como reconocimiento simbólico que está sometida al hombre, o bajo su autoridad, enseñando simbólicamente que toda la Iglesia está sometida a la autoridad de Cristo. El relato del versículo 5 a primera vista parece estar en contradicción con la exigencia que las mujeres deben guardar silencio en las *ecclesias*. Creemos que aunque, en el servicio general de la Iglesia, las mujeres no deben tomar una parte pública, no obstante, en las reuniones generales de oraciones y de testimonios, y no de enseñanza doctrinal, no habría ninguna objeción al que las hermanas participen en eso con la cabeza cubierta.

En cuanto a este tema de mantener entre las hermanas la costumbre de cubrirse típicamente la cabeza, el Apóstol la aconseja

* *Sombras del Tabernáculo*, p. 28-29.

fuertemente pero no la presenta como un mandato divino. Al contrario, él añade: “Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso [sobre el tema], nosotros no tenemos tal costumbre [una ley dogmática en la Iglesia], ni las iglesias de Dios.” No debería ser considerado como un tema de primera importancia, aunque todos los que procuran hacer la voluntad del Señor no deban descuidar este detalle no más que otros, en el momento en que ellos disciernen la propiedad como símbolo. Las palabras “por causa de los ángeles” parecen referirse a los ancianos escogidos de la Iglesia, que representan especialmente al Señor, la Cabeza en las *ecclesias*. —Apoc. 2:1.

* * *

Para resumir, sugerimos que la interpretación más liberal posible sea dada a las palabras inspiradas del Apóstol concernientes a la extensión de la libertad de las hermanas en los asuntos de la Iglesia. He aquí nuestro juicio respecto a este tema:

(1) Las hermanas gozan de la misma libertad que los hermanos en cuanto a la elección de los siervos de la Iglesia, los Ancianos y los Diáconos.

(2) Las hermanas no pueden servir en la Iglesia como ancianos o maestros porque, dice el Apóstol: “No permito a la mujer enseñar” (1 Tim. 2:12). Sin embargo, no se trata aquí de impedir a las hermanas de participar en las reuniones distintas de aquellas de enseñanza o de predicación, tales como las reuniones de oraciones y de testimonios, los estudios bereanos, etc. porque el Apóstol declara que si una mujer reza o profetiza (habla) debe tener la cabeza cubierta, reconociendo por ahí que el Señor, el Gran Instructor, es especialmente representado por los hermanos (1 Cor. 11:5, 7, 10). Tal participación no debe ser considerada como enseñanza, porque los hermanos que participan no son instructores tampoco. Así como lo dice el Apóstol: “¿[Son] todos maestros?” No. Los maestros (instructores) o Ancianos son escogidos especialmente y siempre de entre los hombres. —Ef. 4:11; 2 Tim. 2:24; 1 Cor. 12:28, 29.

Estudio VI

ORDEN Y DISCIPLINA EN LA NUEVA CREACIÓN

SIGNIFICADO DE LA ORDENACIÓN — SOLAMENTE LOS DOCE APÓSTOLES PLENIPOTENCIARIOS — EL CLERO Y LOS LAICOS — ELECCIÓN DE ANCIANOS Y DIÁCONOS — ORDENACIÓN DE ANCIANOS EN CADA ECCLESIA — QUIÉNES PUEDEN ELEGIR A ANCIANOS Y CÓMO — LAS MAYORÍAS INSUFICIENTES — VARIEDAD DE MINISTERIOS — ¿UN MINISTERIO REMUNERADO? — LA DISCIPLINA EN LA ECCLESIA — LOS FALSOS LLAMADOS A LA PREDICACIÓN — “AMONESTÉIS A LOS OCIOSOS (INDISCIPLINADOS)” — AMONESTAR NO ES EL ASUNTO DE TODOS — LAS REPRIMENDAS PÚBLICAS SON RARAS — “QUE NINGUNO PAGUE A OTRO MAL POR MAL” — “Y CONSIDERÉMONOS UNOS A OTROS PARA ESTIMULARNOS EL AMOR Y A LAS BUENAS OBRAS” — “NUESTRA CONGREGACIÓN” — CARÁCTER GENERAL DE LAS REUNIONES — LA DOCTRINA QUE AÚN ES NECESARIA — OCASIONES FAVORABLES PARA PLANTEAR PREGUNTAS — EJEMPLOS DE REUNIONES PROVECHOSAS — “CADA UNO ESTÉ PLENAMENTE CONVENCIDO EN SU PROPIA MENTE” — SERVICIOS FUNERALES — DIEZMOS, COLECTAS, ETC.

Al considerar este asunto es conveniente que tengamos una idea clara de la unidad de la Iglesia, y mientras que toda la Iglesia en el mundo es única, sin embargo, en otro sentido de la palabra, cada conjunto o compañía individual de creyentes es una representación del todo. Por ello, cada *Ecclesia* individual debe considerar al Señor como su Cabeza y a los doce apóstoles como las doce estrellas brillantes, los maestros, a quienes el Señor sostuvo de manera especial en su mano y controló, usándolos como sus portavoces para instruir a su Iglesia en cualquier lugar, en toda reunión, a lo largo de esta edad.

Aunque esté compuesta de solamente dos o tres miembros, en cada congregación o *Ecclesia* deben buscar reconocer la voluntad de la Cabeza con respecto a todos sus asuntos. Deben sentir una unidad con todas las estimadas *ecclesias* de “la misma fe” en el sacrificio de nuestro querido Redentor y en las promesas de Dios, dondequiera que sea. Deben estar deseosas de conocer su bienestar

y reconocer el hecho de que el Señor, como supervisor de su obra, puede hoy en día, como también en cualquier periodo, usar algunos instrumentos especiales para el servicio de la *Iglesia como un todo*, así como también usar a ciertos miembros de cada pequeña compañía local. Acudiendo al Señor de esa manera y reconociendo el carácter de los servidores que él usaría (humildes, entusiastas, claros en la Verdad, dando evidencias de tener el untamiento y la unción del Espíritu) ellos estarían preparados para *esperar* dichos ministerios generales para las necesidades de toda la Iglesia, y *buscar* una participación en la bendición y dispensación del “alimento (espiritual) a su debido tiempo” que el Maestro nos prometió. También, ellos recordarán de manera especial cómo él prometió las bendiciones especiales al final de esta era y que él proporcionaría cosas nuevas así como también antiguas para la familia de la fe por medio de los canales apropiados de su elección (Mateo 24:45-47).

Los medios, los canales de estas bendiciones, el mismo Señor los supervisará y dirigirá. Todos los miembros del cuerpo unido a la Cabeza deben tener confianza y buscar el cumplimiento de sus promesas; pero no obstante, deben “probar los espíritus”, para probar las doctrinas, provengan de quien provengan. El poner a prueba no implica una pérdida de confianza en aquellos que son reconocidos como canales de la Verdad divinamente dirigidos, sino que esto implica una fidelidad al Señor y a la Verdad como algo superior a todos los maestros humanos y sus declaraciones; esto implica también que ellos no están escuchando la voz del hombre, sino la voz del Pastor Principal; que ellos se dan un banquete con sus palabras y las aman, “aman masticarlas y digerirlas”. Estos miembros del cuerpo crecen más fuertes y más rápidamente que los demás, en el Señor y en el poder de su fuerza, porque están más atentos a la guía e instrucciones del Señor.

Sin embargo, esta unidad general del cuerpo, esta afinidad general, esta enseñanza general a través de un canal general, que el Señor ha proporcionado para la reunión de sus joyas con él mismo durante su segunda presencia (Malaquías 3:17, Mateo 24:31), no interfiere con un reconocimiento apropiado del orden en cada una

de las pequeñas compañías, o *ecclesias*. Por muy pequeña que sea la compañía, debería haber orden en ésta. Sin embargo, mediante esta palabra “orden” nosotros no queremos decir “frialdad” o “formalismo”. El orden que mejor y más satisfactoriamente funciona es aquel que funciona silenciosamente y del cual los mecanismos están fuera de la vista. No obstante, si la reunión fuera tan pequeña como tres, cinco o diez, deberían acudir al Señor para determinar su guía respecto de cuáles de ellos deberían ser reconocidos como ancianos, o más avanzados en la Verdad, teniendo las diversas calificaciones de un Anciano como ya las hemos visto esbozadas en la Palabra inspirada: claridad en la Verdad, aptitud para enseñarla, vida intachable con respecto al carácter moral, y habilidad de preservar el orden sin la innecesaria fricción, como podría estar ejemplificado en su familia, etc.

Si, de esa manera, la pequeña compañía tiene la Palabra y el Espíritu del Señor ante ellos y actuando sobre ellos, el resultado de sus opiniones conjuntas, como está expresado en una elección de servidores, debería ser aceptado como la opinión del Señor respecto del asunto, las personas elegidas como ancianos serían muy probablemente los mejores y los más apropiados en el grupo. Sin embargo, se debe tener cuidado de que tales elecciones no sean realizadas sin la debida consideración y oración, de aquí que es aconsejable que se haga el debido anuncio por anticipado, y que sea reconocido que solamente aquellos que sostengan ser miembros de la Nueva Creación (hombres y mujeres) intentarán expresar la opinión del Señor respecto del asunto, en el voto. Deberían haber tales que hayan pasado el punto de *arrepentimiento* por el pecado y *restitución* en la medida de su habilidad y *aceptación* del sacrificio del Señor Jesús como la base de su armonía con Dios; y quien, por lo tanto, haya realizado una completa consagración de sí mismo al Señor, y de ese modo haya estado sujeto a la unción y a todos los privilegios de la “casa de los hijos”. Estos son los únicos competentes para apreciar y expresar la opinión, la voluntad, de la Cabeza del cuerpo. Estos son los únicos que constituyen la Iglesia, el cuerpo de Cristo, aunque otros que todavía no han dado el paso de la consagración, pero que

confían en la preciosa sangre, pueden ser considerados como miembros de “la familia de la fe” de cuyo progreso se tiene la esperanza, y cuyo bienestar debe ser considerado.

Ordenación de ancianos en cada Ecclesia

“Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayuno, los encomendaron al Señor, en quien habían creído.” (Hechos 14:23)

La forma de este enunciado con otras referencias a los ancianos, en relación con todas las iglesias, justifica la deducción de que ésta era la *invariable* costumbre en la Iglesia primitiva. El término “ancianos”, como se ve en el texto, incluye a predicadores, pastores, maestros y profetas (o expositores públicos); de aquí que es importante que aprendamos lo que significa esta palabra “ordenado”. En la actualidad, esta palabra se usa generalmente con referencia a una ceremonia de investidura, pero éste no es el significado de la palabra griega *jeirotoneo** que es usada en este texto. Significa “elegir al extender la mano”, que es todavía la forma usual de votar. Esta definición es dada en la *Concordancia Analítica de la Biblia* del Profesor Young. Como este puede ser considerado como una autoridad presbiteriana, también daremos la definición establecida en la *Concordancia Exhaustiva de la Biblia* de Strong, que puede ser considerado como una autoridad metodista. La última define la raíz de la palabra: “Ser uno que alcanza con la mano, o votante (por levantar la mano)”.

Una palabra griega totalmente diferente es usada cuando nuestro Señor declaró respecto de los apóstoles: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que os elegí a vosotros, yo os he puesto para vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, Él os lo dé.” (Juan 15:16). Esta es la misma palabra, *tithemi*,† usada por el Apóstol cuando, al hablar de su ordenación, decía: “Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro

* Ref. Strong, N° 5500. —Trad.

† Ref. Strong, N° 5087. —Trad.

de los gentiles en fe y verdad.” (1 Timoteo 2:7). Pero esta ordenación que el Apóstol declara de manera distinta, “Pablo, apóstol ‘no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos’” (Gálatas 1:1). Todos los miembros del Cuerpo Ungido, unidos con la Cabeza y partícipes de su Espíritu, son por lo tanto ordenados de manera similar, ciertamente no para el apostolado como lo fue Pablo sino para ser ministros (servidores) de la Verdad, cada uno en la medida de sus talentos y oportunidades (Isaías 61:1), los doce solamente fueron ordenados para ser apóstoles, o representantes especiales: ministros plenipotenciarios.

Al recurrir a la ordenación o reconocimiento de los ancianos por medio del voto de la congregación (*Ecclesia*) de la Nueva Creación “extendiendo la mano”, como se vió anteriormente, notamos que éste era el modo tradicional, porque el Apóstol usa la misma palabra griega para decir cómo Tito se convirtió en su ayudante. Él dice en 2 Corintios 8:19: “sino que *también fue designado* por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación”. Las palabras en cursiva provienen de la palabra griega **jeirotoneo** que, como se mostró anteriormente, significa “elegir extendiendo la mano”. Y además, la palabra “también” implica aquí que el mismo Apóstol fue elegido por medio de una votación similar. No elegido ni escogido para ser un apóstol sino para ser un misionero, en esta ocasión un representante de las iglesias y sin duda a costa de ellos.

Evidentemente, sin embargo, algunos de los subsecuentes viajes del Apóstol sucedieron sin el voto o apoyo de la Iglesia de Antioquía (2 Timoteo 1:15). Las regulaciones de la Iglesia Primitiva permitieron que todos ejerzan libremente sus talentos y administración de acuerdo con sus propias conciencias. Las *ecclesias* (congregaciones) podían aceptar o rehusar los servicios de los apóstoles, aun como sus representantes especiales, y los apóstoles podían aceptar o rechazar tales compromisos, cada uno de ellos ejerciendo su propia libertad de conciencia.

Pero, ¿no hay ninguna ordenación de ancianos, etc., que se mencione en el Nuevo Testamento a parte de ésta, una elección?

¿Hay algo que signifique *dar autoridad* o permiso para predicar, como la palabra inglesa *ordain* (ordenar) que ahora es usada generalmente en todas las confesiones en relación con el dar licencia y ordenar ancianos, predicadores, etc.? Nosotros examinaremos estas preguntas.

La palabra *ordain* (ordenar), en relación a los ancianos, es usada solamente en otro lugar y es la traducción de una palabra griega distinta, a saber, *kathistemi*,* que significa: “poner”, *Young*; “colocar”, *Strong*. Esta palabra aparece en Tito 1:5: “Por esta causa te dejó en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses (*kathistemi*) ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé”, esto es, como yo lo dispuse. *Nueva Versión Internacional*, “Y en cada pueblo *nombraba*”. Aparentemente, este texto parece implicar que Tito estaba autorizado para designar a estos ancianos, sin tener en cuenta los deseos de las congregaciones (iglesias, *ecclesias*); y es en vista de esto que se basa la teoría episcopal del ordenamiento eclesial. Católicos, episcopales y metodistas-episcopales, todos reclaman a sus obispos que establezcan una autoridad apostólica, que coloquen o designen ancianos para las congregaciones, sin la extensión de la mano o voto de la Iglesia.

Este texto es el baluarte de esta idea, pero parece ser más bien un débil soporte cuando observamos la última oración: “Así como yo te mandé”, y reflexionamos que sin duda el Apóstol no daría a Tito el “encargo” o la instrucción de actuar de manera distinta de la que él (el Apóstol) actuó sobre este asunto. La explicación del propio procedimiento del Apóstol, traducida correctamente, es muy explícita: “Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayuno, los encomendaron al Señor, en quien habían creído.” (Hechos 14:23).

Indudablemente el consejo del Apóstol y el de Tito, a quien él encomendó especialmente a los hermanos como un ministro fiel de la Verdad, no solamente sería deseado sino que buscado por los hermanos y muy en general seguido; no obstante, el Apóstol y todos quienes siguieron sus pasos buscaron poner la

* Ref. Strong, N° 2525. —Trad.

responsabilidad donde Dios la puso, sobre la *Ecclesia*, cuyo interés debería ser “probar los espíritus (el que enseña y su enseñanza) si son de Dios” (1 Juan 4:1). El Apóstol aconseja, “Si alguien habla en desacuerdo con esta Palabra, es porque no hay luz en él”, y “aléjense de aquellos”; la iglesia no debe votar por aquellos y de ninguna manera aceptarlos como maestros, ancianos, etc.

En cualquier evento, sería necesario el acuerdo de la *Ecclesia*, ya sea expresado por el voto, como está establecido, o no; no obstante supongamos que Tito hubiera designado ancianos que no congeniaban con los hermanos, ¿cuánto tiempo habría prevalecido la paz?, ¿cuánto servicio pastoral u otro tipo de servicio realizaría tal Anciano, detestable para los sentimientos de la Iglesia? Prácticamente nada.

Las prácticas sacerdotales, y no las enseñanzas de nuestro Señor y sus doce apóstoles, son responsables de la división de los santos en dos clases llamadas “clérigo” y “laicos”. Es el espíritu de las prácticas sacerdotales y del anticristo que todavía busca dominar sobre la herencia de Dios, imponiendo prácticas antibíblicas, trayendo consigo la ignorancia en las congregaciones. El Señor y los Apóstoles no reconocen a los ancianos sino a la Iglesia (*Ecclesia*) como el cuerpo de Cristo, y cualquiera que fuera la dignidad u honor que se les atribuya a los ancianos fieles, como servidores del Señor y de la Iglesia, no es simplemente su reconocimiento de ellos mismos ni su reconocimiento por otros ancianos. La elección de la congregación debe conocerlos, debe reconocer sus gracias y habilidades cristianas a la luz de la Palabra de Dios, de lo contrario ellos no pueden otorgarle ninguna posición ni honor. Por ello, ningún Anciano tiene autoridad alguna por medio de su autodesignación. Ciertamente, la posición de ignorar a la Iglesia, el cuerpo de Cristo, y de nombrarse por sí mismo, y por su opinión, superior al conjunto, como de primera clase, tal hermano no tiene una actitud adecuada como para ser reconocido como un Anciano, siendo los principales puntos esenciales para tal servicio: la humildad y un reconocimiento de la unidad de la *Ecclesia* como el cuerpo del Señor.

Ni tampoco ningún hermano debería asumir las responsabilidades públicas en la Iglesia como líder, representante, etc., sin ninguna elección, aunque esté seguro de que no haya ninguna objeción respecto de su aceptabilidad. El método de las Escrituras de ordenar ancianos en todas las iglesias es por elección de la congregación, extendiendo la mano en un voto. Insistir en tal elección antes de iniciar el servicio es seguir la orden de las Escrituras, fortifica al Anciano y adicionalmente, recuerda a la *Ecclesia* sus deberes y responsabilidades como designar a los ancianos en nombre y espíritu del Señor, a medida que expresa la elección de Dios, la voluntad de Dios. Adicionalmente, esta disposición de las Escrituras interesa a los miembros de la *Ecclesia* respecto de todas las palabras y acciones de los ancianos, como sus servidores y representantes. Se opone a la idea muy dominante de que los ancianos poseen y gobiernan la congregación y pone fin a su pensamiento y a su discurso de “mi pueblo”, más que del “pueblo de Dios a quien yo sirvo”.

¿Por qué estos asuntos, tan claramente expuestos en las Escrituras, no son comprendidos ni explicados de manera más general? Porque la naturaleza humana se complace de tener honores y preferencias, y cae fácilmente en condiciones erróneas que le favorecen; porque ellos han sido aceptados durante diecisiete siglos; porque el pueblo permite estas condiciones y las prefiere en lugar de las libertades por las cuales Cristo libera. Además, muchos también se han sentido tan seguros de que las costumbres de Babilonia deben ser correctas que ellos nunca han estudiado la Palabra del Señor respecto de este asunto.

El periodo de servicio de los Ancianos

Según la inspiración, nada está dicho respecto del periodo para el cual debería ser elegido un anciano, por ello estamos en la libertad de ejercer el razonamiento y el juicio en relación con esta cuestión. Muchas personas pueden ser ancianos estimados, o hermanos desarrollados en la Iglesia, y pueden ser útiles y altamente apreciados, y sin embargo, no ser parte de los ancianos

elegidos presentados por la *Ecclesia* como sus representantes: predicadores, maestros, pastores. Las “mujeres ancianas” * son así varias veces aludidas de manera honorable por los apóstoles, sin la menor insinuación de que cualquiera de ellas fuera alguna vez elegida como anciana representante o maestra en la congregación (*Ecclesia*). Algunos elegidos como adecuados para el servicio de la *Ecclesia* podrían dejar de poseer las calificaciones estipuladas; u otros podrían, bajo la divina providencia, avanzar hacia una mayor eficiencia para el servicio de la Iglesia. Un año o sus subdivisiones, un semestre o un trimestre, parecerían ser periodos apropiados para tales servicios, el último si las personas son menos experimentadas y el anterior si son muy experimentadas y favorablemente conocidos. A falta de una ley, o más aun de un consejo o sugerencia, cada congregación debería determinar la voluntad de Dios en cada caso, de la mejor manera posible.

La cantidad de ancianos

La cantidad de ancianos no está limitada por las Escrituras, pero de manera razonable, mucho dependería del tamaño de la *Ecclesia*, así como también de la cantidad disponible: competentes, etc. (No se debería *asumir* a nadie como un creyente ni como plenamente consagrado; tal debería haber recibido, de palabra y de hecho, inequívocas evidencias de su fe y de su consagración mucho antes de ser elegido como Anciano). Nosotros estamos a favor de tener cuantos ancianos posean las calificaciones esbozadas, y los privilegios de los servicios entre ellos. Si el apropiado fervor actúa sobre los ancianos y desean algún tipo de trabajo misionero o de predicación requeriría de algunos de ellos, o parte del tiempo de muchos. Cada *Ecclesia* debería ser de ese modo un seminario teológico del cual saldrían continuamente maestros eficientes hacia campos más amplios del servicio. El Anciano que muestre envidia de los demás y un deseo de dificultar que ellos ministren, debería ser considerado como indigno de

* La posición de la mujer en la Iglesia es tratada en el Cap. V.

continuar; sin embargo, no se debería elegir a ningún incompetente ni novato, para satisfacer su vanidad. La Iglesia, como miembros del cuerpo de Cristo, debe votar de la manera en que ellos confían que la Cabeza los haría votar.

Quizás se debería tener cuidado para evitar elegir un Anciano cuando no haya nadie competente para el servicio, respecto de las calificaciones establecidas por los apóstoles, es mucho mejor no tener ancianos que tenerlos incompetentes. En el ínterin, hasta que se encuentre un hermano competente para el servicio, dejemos que las reuniones sean de un tipo informal, teniendo a la Biblia como libro de texto y al Hermano Russell presente de manera representativa como maestro a través de los *Estudios de las Escrituras*, vuestro Anciano elegido, si así lo prefieren.

¿Quiénes pueden elegir a los Ancianos y cómo?

Solamente la *Ecclesia* (el cuerpo: hombres y mujeres), las Nuevas Criaturas, son electores o votantes, la “familia de la fe”. *Los creyentes que no han sido consagrados*, no tienen nada que ver con tal elección, porque lo que se busca es la elección del Señor a través de su “cuerpo”, que posee su Espíritu. Todos los del cuerpo consagrado deberían votar y cualquiera de ellos puede hacer nominaciones en una reunión general convocada para ese propósito, preferiblemente una semana antes de la votación, de modo que se disponga del tiempo para considerar el voto.

Algunos han pedido que el voto debiera ser mediante balotas, de manera que todos puedan sentirse más libres de expresar su real elección. Nosotros respondemos que cualquier ventaja que haya en esto es anulada por una desventaja, a saber, la pérdida de la disciplina y la formación del carácter realizada por medio de la manera apostólica de “extender la mano”. Cada uno debería aprender a ser abierto y franco, aunque al mismo tiempo, afectuoso y delicado. Recuérdese que el voto es la elección del Señor expresada por los miembros de su cuerpo hasta el límite de su habilidad para percibirlo. Nadie tiene la libertad de rehuir este

deber, ni de favorecer a uno por encima del otro excepto cuando crea que posee y expresa la mente del Señor.

Las mayorías insuficientes

En los asuntos terrenales, la voz de una escasa mayoría es la que decide, pero evidentemente no debería ser así en la *Ecclesia* del Señor, o cuerpo. Más bien, hasta donde sea posible, el mandato de la mayoría debería prevalecer y se debería buscar un veredicto o una decisión unánime. El hermano que reciba una escasa mayoría en la votación apenas se sentiría cómodo en aceptarla como “la elección del Señor”, mucho menos la congregación. Se debería buscar otro candidato capaz de tener el apoyo de todos, o de casi todos, voto tras voto, semana tras semana, hasta encontrarlo o abandonar el asunto; o dejar que todos acuerden respecto de dos o tres o más que puedan servir por turnos y así tener consenso. Pero si prevalece el fervoroso amor por el Señor y la Verdad, con oración en busca de guía y la disposición de preferir otro hermano, cuando los talentos están en igualdad de condiciones, generalmente será fácil unificar criterios en relación con la voluntad divina respecto del asunto. “Nada hagáis por contienda o vanagloria”. “Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.” (Filipenses 2:3, Efesios 4:3).

El mismo orden debería prevalecer con respecto a la elección de los ayudantes llamados diáconos y diaconizas, cuya buena reputación también debería ser tomada en cuenta como una calificación. (Véase 1 Timoteo 3:8-13). Estos pueden ser para cualquier servicio requerido, y ellos deberían tener tantas de las calificaciones de los ancianos como sea posible, incluyendo la aptitud como maestros y las gracias del Espíritu.

Variedad de ministerios

Como ya se vio, los ancianos pueden tener calificaciones especiales en uno u otro aspecto, algunos sobresalientes para exhortar, otros para enseñar, otros para profetizar o para la oratoria,

otros como predicadores, para atraer el interés de los no creyentes, y otros como pastores que supervisan de manera general el rebaño en sus diversos intereses, locales o generales. El discurso del Apóstol Pablo a los Ancianos de la *Ecclesia* en Éfeso nos da un panorama general del ministerio al cual cada individuo debe adaptar y ajustar sus talentos como administrador. Sus palabras son muy dignas de una cuidadosa y piadosa consideración por la cual todos acepten el servicio de un Anciano en cualquier aspecto del trabajo. Él dijo: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por *superintendentes* [mal traducido como *obispos*], para apacentar la iglesia [*ecclesia*] del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.” (Hechos 20:28). ¡Ah claro! Los ancianos en primer lugar deben mirarse *ellos mismos*, no vaya a ser que el pequeño honor de su posición los haga sentirse orgullosos y arrogantes, y no vaya a ser que ellos asuman para sí autoridad y honores que corresponden a la Cabeza, el Pastor Principal. El alimentar al rebaño es competencia del Señor, como está escrito: “Como pastor, sentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas.” (Isaías 40:11). Por ello, cuando alguien es elegido como Anciano, puede representar al Pastor Principal, puede ser el instrumento o el canal a través del cual el gran Pastor del rebaño puede enviar su propio “alimento en el momento oportuno”, “cosas nuevas y viejas”.

“¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño!, dice Jehová. Por tanto, así ha dicho Jehová Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado. He aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová.” Jeremías 23:1,2,4

La imposición de las manos del Presbiterio

(1) “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la *imposición de las manos del presbiterio*” (Reunión de ancianos). 1 Timoteo 4:14.

(2) “A los cuales (los siete diáconos escogidos por la iglesia) presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, *les impusieron las manos*” Hechos 6:6.

La Nueva Creación

(3) “En la Iglesia (*ecclesia*) que estaba en Antioquia... dijo el Espíritu Santo: Apártame a Bernabé y a Saulo para la obra que los he llamado. Entonces habiendo ayunado y orado, *les impusieron las manos* y los despidieron”. Hechos 13:1-3.

(4) “*No impongas con ligereza las manos* a ninguno, ni participes en pecados ajenos”. 1 Timoteo 5:22.

(5) “*Y habiéndoles impuesto Pablo las manos*, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban (predicaban). Hechos 9:6.

(6) “Entonces les *imponían las manos*, (los apóstoles) y *recibían* el Espíritu Santo”. Hechos 8:17-19.

(7) “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la *imposición de mis manos*”. 2 Timoteo 1:6.

De esa manera presentamos el testimonio inspirado con relación a la imposición de manos en la *Ecclesia* de la Nueva Creación. En los últimos tres (5, 6, 7), se pone de manifiesto la referencia sobre el hecho de impartir “dones”, cosa común en la Iglesia primitiva. Así, las manos apostólicas fueron impuestas sobre todos los creyentes consagrados, y a continuación uno o más dones: “lenguas”, etc. “Una cantidad del Espíritu es otorgada a cada hombre para que se beneficie también”.* Los primeros cuatro textos (1, 2, 3, 4) pueden ser agrupados de manera correspondiente a una enseñanza general; es decir, como una marca de aprobación o endose, pero no como un signo de permiso o autorización.

(1) Timoteo, el hijo “adoptivo” de Pablo en el ministerio, ya había sido bautizado y ya había recibido un don del Espíritu Santo de las manos del Apóstol Pablo (véase punto 7) cuando fue con Pablo a Jerusalén (Hechos 21:15-19). Sin duda, en ese entonces y en ese lugar “Santiago y todos los ancianos”, los ancianos apostólicos, reconociendo la devoción de Timoteo y su cercana afiliación con Pablo, lo bendijeron unánimemente, imponiendo sus manos sobre él por medio del endose, y la explicación implica que ellos hicieron esto, no conforme a la usual costumbre ni a todas las instrucciones de Pablo, sino “por medio de la profecía”, indicando que ellos fueron guiados a hacerlo mediante alguna predicción o instrucción del Señor.

(2) Estos diáconos no fueron comisionados, o autorizados para predicar por medio de la imposición de manos de los

* Véase Volumen V, Cap. VIII (en inglés).

apóstoles sobre ellos, porque ellos no fueron elegidos como predicadores sino para servir las mesas; y de todos modos, en virtud de la unción del Espíritu Santo, ellos ya tenían autoridad plena para predicar hasta el límite de sus talentos y oportunidades. Y sin mención alguna de licencia o permiso, u otra ordenación por parte de nadie, nosotros encontramos a Esteban, uno de estos diáconos, predicando tan fervorosamente que él fue el primero después del Maestro en sellar su testimonio con su sangre. De manera evidente, esta imposición de manos significó simplemente la aprobación apostólica y su bendición.

(3) La imposición de manos sobre Pablo y Bernabé no pudo haber sido un permiso para predicar, porque ellos ya estaban reconocidos como ancianos y habían enseñado en la Iglesia de Antioquía por más de un año. Además, anteriormente ellos mismos habían estado predicando en otras partes (Compárese Hechos 9:20-29, 11:26). Esta imposición de manos pudo haber tenido solamente la intención de *endosar el trabajo misionero* próximo a ser realizado por Pablo y Bernabé, tanto que la Iglesia de Antioquía se unió en la misión con ellos y probablemente costó sus gastos.

(4) Aquí el Apóstol da a entender que una imposición de manos de Timoteo sobre un labrador en el viñedo significaría su aprobación, o endose: de manera que si el hombre de cualquier modo se comportara mal, Timoteo compartiría su demérito. Hasta donde sea posible, él debe asegurarse de que no influyó para introducir a alguien que ofendería a las ovejas del Señor, moralmente o doctrinariamente.

No se debe correr ningún riesgo, se debe tener cuidado al dar una carta de recomendación o un endose público en la forma de un público ¡Que Dios te acompañe! El mismo consejo aun es apropiado para todo el pueblo del Señor en proporción al grado de su influencia. Sin embargo, nada en esto implicaba que cualquiera fuera dependiente del endose de Timoteo antes de que ellos tuvieran el derecho de predicar: ese derecho de acuerdo a la habilidad que es otorgado por el Señor para todo aquel que reciba el Espíritu Santo de unción.

¿Un sacerdocio remunerado?

La costumbre de un sacerdocio o ministerio remunerado, hoy en día tan generalizada y considerada por muchos inevitable e indispensable, no era la costumbre en la Iglesia primitiva. Nuestro Señor y sus doce elegidos fueron pobres, hasta donde somos capaces de juzgar de los registros inspirados; quizás con excepción de Santiago, Juan y Mateo. Acostumbrados a donar voluntariamente a los levitas, los judíos extendieron de manera evidente esta costumbre a todos los religiosos que argüían ser de Dios. Los discípulos tuvieron un tesorero general, Judas (Juan 12:6; 13:29), y evidentemente nunca tuvieron carencias, aunque es igualmente evidente que ellos nunca *pidieron limosna o contribuciones*. Tampoco hay indicio de algo parecido en el registro de las palabras de nuestro Señor. Él confiaba en la provisión del Padre, y cierta mujer honorable atendió a él y a los suyos con parte de su abundancia. Véase Mateo 27:55, 56; Lucas 8:2,3.

Si los sermones y parábolas de nuestro Señor hubieran estado salpicados con súplicas de dinero, esto hubiera socavado su vida. Nada nos suplica más que la evidente generosidad del Maestro y todos sus elegidos de manera especial, siendo la única excepción Judas, a quien su avaricia le costó su propia caída (Juan 12:5,6). El amor por el dinero y la ostentación y el sistema de limosnas de Babilonia está hoy en día muy en contra de su poderosa influencia; y la ausencia de este espíritu ahora entre los fieles del Señor, como en el primer advenimiento, dice mucho en su favor con aquellos que los estudian como epístolas vivientes, sin apreciar completamente sus enseñanzas. De una manera muy notable, el Señor ha provisto así bastante para su trabajo de “cosecha” sin que se haga ninguna sola petición de dinero; y nosotros creemos que siempre será así, confiando en que ésta es la opinión del Señor.

Dejemos que aquellos que ambicionan la riqueza y los lujos de este mundo los busquen en los ámbitos del comercio o de las profesiones lucrativas, pero no dejemos que se conviertan en ministros del Evangelio de Cristo por ningún motivo distinto al

amor por Dios y por su Verdad y por sus hermanos: un amor que se regocijará en sacrificar la buena vida y la riqueza y el honor de los hombres, no de mala gana, sino de todo corazón. Pero, ¡muy a pesar nuestro!, la Cristiandad nominal ha crecido grandiosamente y de manera mundana, y sus siervos reciben honores con los títulos de Reverendo, Muy Reverendo, Reverendísimo y Doctor en Divinidad; y estos honores y títulos van acompañados de salarios, que no están de acuerdo con las necesidades del ministerio, sino sobre una base comercial de su habilidad para atraer grandes multitudes y gente rica. El resultado natural se ha producido: “Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros”. “Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir” (comodidad) y esos perros comilones son insaciables; y los pastores mismos no saben entender, todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado”. “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oído, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias (alabanzas de los hombres) y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.” (Isaías 56:10,11; Miqueas 3:11; Filipenses 3:2; 2 Timoteo 4:3,4).

Algunos podrían razonar que se debe evitar ambos extremos, grandes salarios y ningún salario, y podrían citar las palabras del Señor, “El trabajador es digno de su salario”, y las palabras del Apóstol, “Si nosotros hemos sembrado en ti cosas espirituales, ¿sería una gran cosa si cosecháramos tus cosas carnales?” No obstante, nosotros debemos recordar que aun estos fuertes enunciados no se refieren a salarios principescos sino a las necesidades simples. Esto lo ilustra el Apóstol mediante la cita: “No pondrás bozal al buey que trilla”. El buey debería estar libre para satisfacer sus necesidades, pero no más. El Apóstol nos ha

dado la idea central de su propio ministerio exitoso, diciendo: “He aquí por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos.” (2 Corintios 12:14,15).

Si seguimos los pasos de Jesús, esto no nos conducirá en la dirección de los salarios, ni los pasos de su principal apóstol, Pablo. Este último, después de mostrar que el pedir una remuneración terrenal por los servicios espirituales no violaría de ningún modo la justicia, nos narra sobre su propio recorrido en este asunto con estas palabras:

“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir.” (Hechos 20:33-35).

“Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros? Pero no hemos usado este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al Evangelio de Cristo”. 1 Corintios 9:12. “Y cuando estaba entre vosotros y tuvo necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia, y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso”. 2 Corintios 11:9

Nuestras libertades son simplemente las mismas que las de los apóstoles respecto de esto, y la fidelidad a la causa nos debería conducir a seguir sus pasos en éste como en todos los asuntos. El Señor, los apóstoles y sus asociados, que viajaron y dieron todo su tiempo para el ministerio de la verdad, aceptaron contribuciones voluntarias de los hermanos para satisfacer sus gastos, y como ya lo insinuó, la imposición de manos de la Iglesia de Antioquía sobre Pablo y Bernabé cuando ellos estuvieron por iniciar su primer viaje misionero, parece haber implicado que la Iglesia se convirtió en responsable de sus gastos y en la misma medida participó en su trabajo.

No hay indicio, directo ni indirecto, de que los ancianos que servían a la Iglesia en casa recibieron salario ni dinero para gastos, y nosotros creemos que será generalmente ventajoso para cada

Iglesia local usar los servicios voluntarios de sus propios miembros, pocos o muchos, grandes o insignificantes. Este método de las Escrituras es espiritualmente saludable: tiende a sacar a todos los diversos miembros hacia el ejercicio de sus dones espirituales, y los conduce a todos a mirar más al Señor como el verdadero Pastor, que lo que hiciera el método de contrato. A medida que el número de maestros calificados se incrementa, imitemos el ejemplo de la Iglesia de Antioquía, enviando algunos como misioneros, repartidores de escritos religiosos, peregrinos, etc.

Sin embargo, si cualquier congregación considera que su campo de utilidad es grande y que un hermano podría ventajosamente dar todo su tiempo para ofrecerle su ministerio y para el trabajo misionero, y si ellos de manera voluntaria le ofrecen suficiente dinero para sus gastos, nosotros no sabemos de ninguna escritura que prohíba su aceptación. Pero el anciano servidor y la *Ecclesia* que lo apoya deberían ver que la cantidad proporcionada no sea mayor que los *gastos de vida razonables* para el servidor y para los que dependen apropiadamente de él. Y ambos deberían ver también que *todos* los miembros de la *Ecclesia* sean adiestrados, y particularmente tales de poseer calificaciones para ejercer como ancianos, de lo contrario el espíritu de Babilonia terminará por desarrollarse.

La disciplina en la Ecclesia

—Mateo 18:15-18—

La administración de la disciplina no es solamente función de los ancianos, sino de toda la Iglesia. Si alguien parece estar equivocado o en pecado, su supuesto mal debería ser puesto de manifiesto ante él solamente, por aquel que fue ofendido o por el miembro que descubrió primero la equivocación. Si el reprobado no se arrepiente a sí mismo y *continúa* en el error o en pecado, entonces se debería solicitar a dos o tres hermanos, sin prejuicio previo, que escuchen el asunto y den un consejo a los litigantes. (Pueden o no ser ancianos, pero su condición de ancianos no debería añadir fuerza o autoridad al caso, excepto cuando su juicio

pueda ser el más maduro y su influencia la más poderosa). Si este comité decide unánimemente a favor de cualquier parte, la otra debería consentir, y finalizar el asunto completamente, haciendo la inmediata corrección o restitución hasta donde sea posible. Si alguno de los litigantes originales persiste aun en el camino incorrecto, el que hizo la acusación original o uno de los llamados a formar el comité o preferentemente todos estos juntos, *pueden* entonces (pero no muy pronto) ejercitar su privilegio de llevar el asunto ante la *Ecclesia*, el cuerpo, la Iglesia. De esa manera, es evidente que los Ancianos no fueron de ningún modo destinados para ser jueces de los miembros, la audición y el juicio fueron dejados para el cuerpo local o Iglesia.

Habiendo llevado a cabo los dos pasos preliminares antes mencionados, habiendo sido los hechos certificados por los ancianos, sería deber suyo llamar a una reunión general de la *Ecclesia*, o cuerpo consagrado, a semejanza de una *corte*, para escuchar el caso en todos sus detalles, y en el nombre y reverencia de su Cabeza para establecer una decisión. Y el asunto debería ser tan claro y el condenado haber recibido un tratamiento generoso, que la decisión sería unánime o casi unánime. De esa manera se preservaría la paz y la unidad del cuerpo (la *Ecclesia*). Es posible el arrepentimiento aun hasta el momento de la condena de la Iglesia. Más aun, el gran objetivo de cada paso de estos procedimientos es asegurar el arrepentimiento y la reforma, recuperar al trasgresor; de ningún modo su *castigo* como objetivo. El castigar no es de nosotros sino de Dios: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.” (Romanos 12:19). Si el malhechor se arrepiente en cualquiera de las etapas de este procedimiento, debería ser motivo de regocijo y de acción de gracias para todo el que posea el Espíritu del Señor, y no otros son miembros de su cuerpo (Romanos 8:9).

Ciertamente, aun si el trasgresor se rehúsa a escuchar (obedecer) la decisión de toda la Iglesia, no se debería aplicar ningún castigo ni aun intentarlo. ¿Entonces qué? Simplemente la Iglesia debe retirarle su condición de miembro y cualquier signo o

manifestación de hermandad. Desde ese momento el infractor debe ser tratado “por gentil y publicano.” (Mateo 18:17).

En ningún momento de estos procedimientos deben hacerse públicos las faltas o defectos del infractor, lo que escandalizaría a él y a la Iglesia, y al Señor, la Cabeza de la Iglesia. Ni tampoco se debe hablar de él con severidad aun después de la separación, asimismo nosotros no debemos reprochar o reclamar algo a hombres paganos y publicanos, sino más bien “que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” y “así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Tito 3:2, Gálatas 6:10). El amor es la cualidad que insiste en la más estricta obediencia a estos dos últimos requisitos para “todos los hombres”: cuanto más amor, se insistirá en que un “hermano”, un miembro compañero en la *Ecclesia*, el cuerpo de Cristo, no solamente no sea ofendido con falsas o confusas declaraciones, sino que adicionalmente, sus debilidades o errores o pecados sean cubiertos cuidadosamente, no solamente del mundo adverso, sino también de “la familia de la fe” y aun de la Iglesia, hasta que el paso final de “decírselo a la Iglesia” deba ser de absoluta necesidad. En cada paso, el espíritu del amor esperará que el malhechor esté actuando bajo algún malentendido, y estará orando por sabiduría y gracia para sacar a un pecador del error de su proceder y así (posiblemente) salvar un alma de la muerte (Santiago 5:20).

¡Oh, que el Espíritu Santo, el espíritu del amor, pueda habitar en cada miembro de la *Ecclesia* tan abundantemente que diera pena escuchar un asunto difamatorio sobre cualquiera, y especialmente respecto de algún miembro compañero! Esto eliminaría inmediatamente la mitad de la fricción, o más. Ni tampoco el seguimiento del procedimiento anterior, diseñado por nuestro Señor, conduciría a frecuentes juicios de la *iglesia*: más aun, mientras se elimine el terreno para la animadversión, inculcaría un respeto por la sentencia de la Iglesia como si fuera la sentencia del Señor, y la voz de la Iglesia sería escuchada y por consiguiente obedecida. Además, con el orden y el amor

prevaleciendo así, nosotros podemos estar seguros de que cada uno buscaría, tanto como sea posible, “cuidar sus propios asuntos” y de no intentar reprobar a su hermano o corregirlo, o llevar el asunto ante un comité o ante la Iglesia, a menos que el asunto tuviera alguna importancia con relación a él mismo o a la Iglesia o a la Verdad.

Indudablemente, la mayoría de los problemas de la Iglesia (y también los problemas de la sociedad y la familia) no surgen de un deseo de hacer el mal, ni tampoco de un mal cometido involuntariamente, sino de malentendidos y de malas interpretaciones de intenciones o motivos. La lengua es el causante de daños más generalizado; y por ello, es parte del espíritu de una mente sana establecer una vigilancia sobre la boca así como también sobre el corazón, del cual proceden los sentimientos mezquinos, que expresados por la boca, inflaman las pasiones y a menudo muchas injurias. La Nueva Creación, la Iglesia, tiene instrucciones estrictas de su Señor y Cabeza sobre este importante asunto. Su espíritu de amor los llena a medida que ellos van *solitariamente*, de manera privada, a la persona injuriosa sin hablar o conferenciar previamente con nadie. Ellos no van para hacerlo (o hacerla) *culpable de su conducta*, ni para reprocharle o de otro modo castigarle, sino para asegurar el cese del error y, si es posible, alguna recompensa por la injuria ya recibida. Contar a otros sobre el error, primero o después, es cruel y poco afectuoso, contrario a la Palabra y Espíritu de nuestra Cabeza. Ni tampoco para solicitar *consejo* se debería contar el asunto, nosotros tenemos el *consejo* del Señor y deberíamos seguirlo. Si el caso fuera algo peculiar, se debería buscar al más sabio de los ancianos y pedirle su consejo en el sentido de un hipotético caso, de manera que no se devele el problema real ni al malhechor.

A menos que el problema sea serio, el asunto debe finalizar con el llamado personal al malhechor, ya sea si escucha o se abstiene de escuchar, como para dejarlo allí. Pero si se considera necesario el segundo paso, no se debería explicar el problema a los consultados hasta que se reúnan en presencia del acusador y del acusado. Luego, se deberá evitar las “conversaciones” difamatorias

y el comité de hermanos abrirá el caso de manera imparcial y estará en la mejor condición para dar consejo a ambas partes de manera sabia; porque el problema podría estar en ambas partes o posiblemente de manera total en la parte acusadora. En todos los sucesos, el acusado será impresionado favorablemente por tratamiento tan justo y estará mucho más propenso a rendirse ante tales consejeros si a ellos también les parece que su camino es equivocado. Pero si el que es considerado por el comité como equivocado se rindiera o no, todo el asunto es aun estrictamente privado y no se lo debería mencionar a nadie hasta que sea llevado ante la Iglesia, si se considera lo suficientemente importante, y tratado finalmente. Luego por primera vez, es propiedad común de los santos solamente, y, en proporción a su *santidad*, ellos desearán no decir más de lo necesario a nadie respecto de las debilidades o pecados de alguien.*

Al llevar a cabo las conclusiones de la corte de la Iglesia, el asunto recae sobre cada individuo; de aquí que cada uno debe discernir lo justo de la decisión para sí mismo. La penalidad del retiro de la hermandad está diseñada para que sea una corrección en rectitud, y es prescripción del Señor. Sirve como una protección a la Iglesia, para separar a aquellos que van desordenadamente, no tras el espíritu del amor. No se debe estimar una separación perpetua, sino simplemente hasta que el reprobado reconozca y admita su error y hasta el límite de su habilidad para reparar el daño.

Acusaciones contra ancianos

“Contra un anciano no admitas acusación, sino con dos o tres testigos.”
(1 Timoteo 5:19).

El Apóstol en esta declaración reconoce dos principios. (1) Que un Anciano ha sido reconocido por la congregación como poseedor de un carácter bueno y noble, y de un fervor por la Verdad, y devoto de Dios. (2) Que tales personas, por razón de su

* Adicionalmente, véase Cap. IX: “Si tu hermano peca en contra de ti”.

prominencia en la Iglesia, estarían marcadas por el Adversario como objetos especiales para sus ataques, objetos de envidia, malicia, odio y conflictos por parte de alguien, así como nuestro Señor lo advirtió: “Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?”. “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece”. “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.” (Mateo 10:25, 1 Juan 3:13, Juan 15:18). Cuanto más fiel y capaz sea el hermano, más se aproximará a ser una copia del Maestro, y más apropiada será su elección como Anciano; y cuanto más fiel sea el Anciano, más seguro estará de tener como enemigos, no solamente a Satanás y sus mensajeros, sino también a tantos como Satanás pueda engañar e inducir al error.

Estos principios deberían garantizar a un Anciano contra la condena por medio de la palabra de cualquier persona, si su vida aparece siendo consistente. En cuanto a los rumores u oídas, estos no deben ser considerados completamente; porque ningún compañero verdadero, conocedor de la ley del Señor (Mateo 18:15), circularía rumores o confiaría en la palabra de aquellos que de esa manera harían caso omiso de las instrucciones del Maestro. Para ser escuchados de alguna manera, los acusadores deben manifestar haber sido *testigos*. Y aun si dos o más testigos hicieran acusaciones, no habría otra manera de ver el caso como lo que ya ha sido definido. Cualquier persona que acuse de error en contra del Anciano, después de fracasar en la entrevista personal, debería haber traído con él otros dos o tres que de ese modo se convertirían en *testigos* para la contumacia. Luego el asunto, aun no compensado, podría haber sido llevado por Timoteo o cualquiera ante la Iglesia, etc.

Ciertamente, esta acusación ante dos o tres testigos, siendo el requisito relativo a todos los miembros, da lugar a la suposición de que el Apóstol estaba simplemente clamando que un Anciano debería tener todos los derechos y privilegios que se garantizan a cualquiera de los hermanos. Puede ser que algunos estuvieran inclinados a sostener que, como un Anciano debe tener “buena

reputación”, no solamente en la Iglesia, sino fuera de ella, un Anciano debería ser procesado criminalmente por los más mínimos cargos, debido a su influyente posición. Pero las palabras del Apóstol establecen que las oportunidades de un Anciano deben ser iguales que las de los demás.

Este asunto de los *testigos* debe estar profundamente grabado en la mente de toda Nueva Criatura. Lo que otros reclaman conocer y lo que ellos calumniosamente dicen no es suficiente para hacerles caso, ni para que sean recibidos. Si dos o tres, que siguen los designios del Señor, llevan acusaciones en contra de alguien, sin murmuraciones ni calumnias sino como se ha instruido, ante la Iglesia, aun a ellos no se les debe creer en ese momento; sino que después habrá el tiempo adecuado para que la Iglesia *escuche* el asunto, escuche a ambas partes; y luego dará una decisión piadosa y una amonestación, expresada de manera que ayude al malhechor a que vuelva a la rectitud y no lo empuje hacia la oscuridad exterior.

Los que creen que son llamados a la predicación

Una cantidad considerable de personas declaran que ellos recibieron un *llamado* del Señor para predicar el Evangelio, quizás ellos razonen que nunca supieron por qué, o que ellos son conscientes de que no poseen las calificaciones especiales para el servicio, o que las circunstancias siempre han parecido difíciles para responder al llamado. Al preguntarles respecto de la naturaleza del “llamado”, se llega a la conclusión que fue simplemente algo imaginario o una conjetura. Uno se sintió *impresionado* en algún momento de su experiencia (quizás antes de convertirse completamente en un cristiano) de que debería consagrarse a Dios y a su servicio, y su ideal más alto del servicio de Dios fue de sus experiencias nominales en la iglesia, representado por el predicador a cuyos servicios acudía su familia. Otro se sintió impresionado por su experiencia, y se dijo a sí mismo: Cuánto quisiera ser capaz de vestir el atuendo y recibir el respeto y los títulos y el salario de un predicador, aun de segundo o

tercer nivel. Así también, si estuviera poseído de una gran autoestima, él probablemente se sentiría aun más impresionado de que como los apóstoles elegidos fueron “hombres ignorantes y sin talento”, posiblemente entonces Dios lo tendría en cuenta de manera especial debido a su escasez de talento y educación. Dios ha favorecido a muchos, y a su causa también, al no abrir el camino para sus ambiciones, malinterpretadas como llamados suyos para predicar.

Como ya se indicó, todo miembro de la Nueva Creación es *llamado a predicar*; no por sus ambiciones o imaginaciones, sino por la Palabra, que hace un llamado a todos los que reciben la gracia de Dios, no en vano, “para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.” (1 Pedro 2:9). Por ello, este llamado incluye a todos los engendrados del espíritu de la Verdad, hombres y mujeres, esclavizados y libres, ricos y pobres, cultos e incultos; negros, morenos, rojos, amarillos y blancos. Qué otro encargo es necesario más que éste: “Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Y verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová”. “¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová?” (Salmos 40:3; 107:43).

Es cierto, el Señor *eligió especialmente* y llamó a los doce apóstoles para un trabajo especial; también es cierto que él ha propuesto que en cuanto su pueblo escuche sus palabras, él “colocará a los distintos miembros en el cuerpo” como a él le plazca, algunos para un servicio y algunos para otro, “a cada uno conforme a su capacidad.” (Mateo 25:15). Pero él nos muestra claramente que muchos buscarán “colocarse” ellos mismos como maestros; que es el deber de la Iglesia apreciarlo continuamente como su verdadera Cabeza y Líder, y no para favorecer a los hermanos ambiciosos y egoístas; que desatender este deber significaría desatender sus palabras; en consecuencia, deficiencia de amor y obediencia; y seguramente será para desventaja espiritual de esa *Ecclesia*, así como también para desventaja del autoproclamado maestro.

La ley del Señor sobre esta materia está claramente establecida de modo que: “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.” (Lucas 14:11). La Iglesia debe seguir esta ley, esta idea del Espíritu, en todas las materias en las que ella buscaría saber y obedecer a su Señor. El método del Señor es ascender solamente a aquel cuyo fervor y fidelidad y perseverancia en hacer el bien se haya expresado en cosas pequeñas. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.” (Lucas 16:10). “Y su señor le dijo: bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. “Su señor le dijo: bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21,23). Siempre hay abundancia de espacio en la parte más baja de la escalera de honor. Las voluntades de cualquiera, no deben estar por mucho tiempo sin oportunidad para servir al Señor, a la Verdad y a los hermanos de manera humilde, que los de espíritu orgulloso desdeñarán y descuidarán, buscando un servicio más honorable ante los ojos de los hombres. Los fieles se regocijarán en cualquier servicio, y para ellos el Señor abrirá de par en par, y aun más, las puertas de la oportunidad. De ese modo su voluntad, que ejemplifica la sabiduría del altísimo, debe ser acatada cuidadosamente por cada miembro de la Nueva Creación, especialmente en su voto, al extender su mano como un miembro del cuerpo de Cristo para expresar la voluntad de la Cabeza.

Un hermano egoísta debería ser pasado por alto, aunque sea capaz; y un hermano menos capaz pero humilde debería ser elegido como Anciano. De ese modo, una reprobación hecha con gentileza beneficiaría a todos; aunque no se exprese ninguna palabra respecto de las razones que la determinan. Y en el caso de un Anciano capaz que da evidencia de tener un espíritu dictatorial o que se inclina a considerarse por encima de la Iglesia y como parte de una clase separada, o que insinúa un derecho divino para ser maestro que no proviene de la *Ecclesia* (Iglesia), para cualquiera sería un favor, así como también un deber, que lo desplacen hacia alguna parte menos prominente del servicio o que

lo retiren de todos los servicios especiales por un tiempo, hasta que él tome esta gentil reprobación y se recupere a sí mismo de la trampa del Adversario.

Todos deben recordar que, al igual que otras facultades, la *ambición* es necesaria en la Iglesia así como también en el mundo; pero que en la Nueva Creación no debe haber una ambición egoísta por ser alguien grande y prominente, sino una *amorosa ambición* por servir al Señor y a su pueblo, aun a los más humildes. Todos nosotros sabemos cómo la ambición condujo a la caída de Satanás, desde el servicio y el favor de Dios hacia la posición de un enemigo de su Creador y un oponente a todas sus justas regulaciones. Similarmente, todos quienes adopten su camino, diciendo: “Yo ascenderé por encima de las estrellas de Dios [Yo me *colocaré* por encima de los demás hijos de Dios], yo seré como el Altísimo: [un gobernante entre ellos, un usurpador de la autoridad divina sin nombramiento divino, y en contra de la regulación divina]”, sufrirán de manera segura la desaprobación divina y el proporcional alejamiento del Señor. Y la influencia de tales, como la de Satanás, será con seguridad injuriosa. Como Satanás sería un maestro peligroso, así también serían todos quienes tienen su temperamento presto a conducir hacia las tinieblas a los que buscan la luz; porque ellos no tienen la apropiada actitud para recibir la luz y ser usados como mensajeros.

Por ello, mientras que cualquier hermano se sienta seguro de que es llamado para predicar en algún rol público cuando ninguna puerta del servicio se le ha abierto de la manera designada, si se inclina a imponerse por sobre la Iglesia, sin su casi unánime requisito, o si habiendo sido elegido para la posición de líder o de Anciano, busca mantener la posición y la considera suya por derecho propio, sin los votos regulares de la Iglesia que de tiempo en tiempo requeriría que continúe su servicio, nosotros podemos establecer que el hermano no ha observado las normas del caso, o que él tiene el equivocado espíritu egoísta, incompatible con cualquier servicio en la *Ecclesia*. En cualquier suceso, el camino apropiado será hacer un *cambio* en la primera ocasión apropiada para llevar a cabo una elección, y como ya se sugirió, el primer

domingo del año o del trimestre sería una fecha apropiada que se puede recordar fácilmente.

“Amonestéis a los ociosos (indisciplinados)”

“También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno uno para con otros y para con todos.” (1 Tesalonicenses 5:14,15)

Esta exhortación es para la Iglesia, incluyendo a los ancianos. Pone en conocimiento el hecho que aunque toda la Iglesia, como Nueva Creación de Dios, tiene un prestigio de perfección ante él como Nuevas Criaturas en Cristo Jesús, no obstante, cada una de ellas tienen sus imperfecciones en relación a la carne. Además, muestra lo que todos nosotros reconocemos, a saber, que hay diferencias en los grados y en los tipos de nuestras imperfecciones carnales; de manera que, como en los niños de una familia terrenal los diferentes temperamentos requieren tratamientos distintos por parte de los padres, mucho más en la familia de Dios hay diferencias tan grandes en los temperamentos que requieren ser considerados de manera especial uno con el otro. El fijarse en las imperfecciones de los demás, sería hacernos mucho daño, cultivando en nuestros corazones una disposición de encontrarle defectos a todos, agudamente atenta a las debilidades e imperfecciones de los demás, y quizás proporcionalmente inclinada a estar ciego ante nuestros propios defectos. Este espíritu de crítica es completamente ajeno al espíritu e intención de la exhortación del Apóstol.

Va dirigida a aquellos que han sido engendrados del espíritu de la verdad, del espíritu de santidad, del espíritu de humildad, del espíritu del amor. Los que están de esa manera en las gracias del Espíritu, criticarán y temerán principalmente sus propios defectos; mientras que su amor por los demás los conducirá a ser indulgentes y a hacer tantas excusas mentales por los demás como sea posible. Pero mientras este espíritu de amor perdona apropiadamente las ofensas y las debilidades de los hermanos, sin embargo, debe estar

alerta para hacerlo bien, no mediante discusiones, conflictos, disputas, censuras, crítica maniática y calumnias hacia el otro, sino en una manera similar como la que la Regla de Oro aprobaría. Con delicadeza, docilidad, resignación y paciencia, se buscará ser indulgente con las debilidades de los demás, y al mismo tiempo ayudarse unos a otros, recordando cada uno sus propias debilidades.

Los *indisciplinados* no deben ser confortados ni apoyados ni alentados en su proceder equivocado; pero con amabilidad, con amor, ellos deben ser advertidos que Dios es un Dios de orden; y que a medida que nosotros crecemos a su semejanza y su favor, nosotros debemos observar las reglas del orden. Ellos deberían ser advertidos de que nada está más lejos de la disposición divina que la anarquía, y que como aun la gente mundana reconoce el principio de que es preferible la peor forma de gobierno imaginable a la anarquía, tanto más el pueblo de Dios, que ha recibido el espíritu de una mente sana, el Espíritu Santo, debería reconocer este mismo principio en la Iglesia; y el Apóstol nos exhorta a someternos uno al otro, por amor a los intereses generales de la causa del Señor. Si todos nosotros fuéramos perfectos y nuestra opinión del Señor fuera perfecta, todos pensaríamos exactamente lo mismo, no habría ninguna necesidad particular para que se sometan unos a otros; pero ya que nuestras opiniones difieren, es necesario que cada uno considere al otro y también su punto de vista y su opinión, y que cada uno busque ceder algo por el interés de la paz general; ¡sin duda!, ceder todo con el fin de preservar la unidad del Espíritu en los lazos de paz en el cuerpo de Cristo, excepto cuando el principio sea infringido por determinado comportamiento.

Quizás, los *indisciplinados* o *desordenados* no deban echarle la culpa a nadie por su condición. Mucha gente nace desordenada y propensa a ser así en su vestimenta y en todos sus asuntos de la vida. Por ello, el desorden es parte de su debilidad, que debería ser analizada de manera compasiva y bondadosa, pero, sin embargo, no se debería permitir injuriar a la Iglesia de Dios, ni dificultar su utilidad, ni impedir su cooperación en el estudio y servicio de la

Verdad. No es voluntad de Dios que su pueblo deba tener esa mansedumbre, que ascendería a debilidad, con respecto a las personas desordenadas. De manera bondadosa, amorosa pero firme, ellos deberían recibir muestras de que, como el orden es la primera ley de los cielos, debe ser así altamente estimado entre aquellos que tienen mentalidad celestial; y que sería pecaminoso para la congregación permitir que uno, dos o más de sus miembros viole las regulaciones divinas, como lo expresa la palabra de Dios y como es comprendido generalmente por la congregación con la que él está asociado.

Amonestación al orden

Sin embargo, sería un gran error suponer que el Apóstol, al usar este lenguaje general para la Iglesia, quiso dar a entender que todo individuo en la Iglesia debía hacer semejante advertencia. Advertir sabiamente, amablemente, es ciertamente un asunto muy delicado, y sorprendentemente pocos tienen talento para ello. La elección de ancianos por parte de las congregaciones se entiende como la elección de aquellos del grupo que poseen el nivel más grande de desarrollo espiritual, combinado con las calificaciones naturales para constituirlos en representantes de la congregación, no solamente respecto de la conducción de reuniones, etc., sino también respecto de mantener el orden en las reuniones y advertir a los indisciplinados de manera sabia, amable y firme. En los dos versículos anteriores se muestra que éste es el pensamiento del Apóstol, en ellos dice:

“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan en nosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros.” (1 Tesalonicenses 5:12,13)

Si se ha buscado la sabiduría divina y ésta ha sido ejercida apropiadamente en la elección de los ancianos de una congregación, se deduce que los que son elegidos así eran muy altamente estimados, y ya que los novicios no pueden ser elegidos, se deduce que estos fueron apreciados y seleccionados por el bien

de sus trabajos, porque los hermanos percibieron que ellos tenían una considerable cantidad de espíritu santo de amor y sabiduría y mansedumbre, además de ciertos dones y calificaciones naturales para este servicio. Como el Apóstol exhorta, “Estar en paz entre vosotros” significaría que, habiendo elegido a estos ancianos como los representantes de la congregación, el cuerpo en general *esperaría que ellos realicen el servicio para el que fueron elegidos*, y no intentaría asumir que cada cual es un recriminador, o un amonestador, etc. Ciertamente, como ya lo hemos visto, el pueblo del Señor no debe juzgar a los demás de manera personal; y solamente la congregación como un todo puede excluirle a alguien del grupo su membresía y los privilegios de la reunión. Y como lo hemos visto, esto puede suceder solamente después de que se hayan dado los distintos pasos de naturaleza más privada, después que se hayan tornado infructuosos todos los esfuerzos para causar un cambio, y que los intereses de la Iglesia, en general, estén seriamente amenazados por el erróneo proceder del ofensor. Pero en el texto que está ante nosotros, el Apóstol exhorta a que los miembros de la congregación “conozcan” (esto es, reconozcan, aprecien) a aquellos que ellos han elegido como sus representantes, y espera que cautelen los intereses de la Iglesia, y hagan las advertencias a los indisciplinados hasta el punto en el cual los asuntos sean lo suficientemente serios como para llevarlos ante la Iglesia a manera de corte.

Las reprimendas públicas son raras

En algunas circunstancias, podría ser necesario hacer públicamente esta advertencia ante la congregación, como el Apóstol sugiere a Timoteo: “A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman.” (1 Timoteo 5:20). Tales reprimendas públicas implican necesariamente un *pecado público de naturaleza grave*. Para cualquier desviación leve de las reglas del orden, los ancianos, bajo la ley del amor y la Regla de Oro, de manera segura “considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las

buenas obras”, y al considerar esto ellos sabrían que una palabra en privado probablemente sería mucho más útil para el individuo que una reprimenda pública, que podría herir o lesionar una naturaleza sensible cuando tales acciones son completamente innecesarias, y cuando el amor habría dado lugar a un distinto proceder. Pero aun cuando un anciano debiera reprimir de manera pública un pecado grave, debería hacerlo, afectuosamente y con el deseo de que el reprobado pueda ser corregido y ayudado a regresar, y no con el deseo de hacerlo odioso y de separarlo. Ni tampoco está dentro de la competencia del Anciano reprimir hasta el extremo de prohibirle los privilegios en la congregación. Como ya lo hemos visto, reprimir de ese modo puede provenir únicamente de la Iglesia como un todo, y que después de una completa audiencia del caso, en la que el acusado tenga toda la oportunidad para defenderse o enmendar sus actitudes y ser olvidadas. La Iglesia, la *Ecclesia*, los consagrados de Dios, son como un todo sus representantes, y el Anciano es simplemente el representante de la Iglesia, la mejor concepción de la Iglesia de la elección del Señor. Por ello, la Iglesia, y no los ancianos, constituye la corte como último recurso en tales casos; de aquí que el proceder de un anciano está siempre sujeto a revisión o corrección por parte de la Iglesia, de acuerdo con el juicio unificado de la voluntad de Dios.

Al considerar esta fase del asunto, podríamos hacer una pausa por un momento para preguntarnos hasta qué punto la Iglesia, directa o indirectamente, o a través de sus ancianos, debe ejercer su deber de reprimir al indisciplinado, y excluirlo de la asamblea. No está dentro de las atribuciones de la Iglesia excluir permanentemente. El hermano que, habiendo ofendido a un hermano o a todo el cuerpo de la Iglesia, regresa y dice: “Yo me arrepiento de mi proceder erróneo, y prometo mis mejores esfuerzos para hacer el bien en el futuro” o el equivalente de esto, debe ser perdonado y olvidada su falta, completa y libremente, tan efusivamente como nosotros esperamos que el Señor olvide los pecados de todos nosotros. Nadie con excepción del Señor tiene el poder o la autoridad de separar permanentemente a algún individuo; solamente él tiene el poder de podar una rama de la Vid. Nosotros

sabemos que hay un pecado de muerte por el cual es inútil orar (1 Juan 5:16), y debemos esperar que un pecado intencionado, como los que acarreen así el castigo de la Segunda Muerte, sean tan abiertos, tan flagrantes, en cuanto a que son fácilmente percibidos por los que están en hermandad con el Señor. No debemos juzgar a nadie por lo que hay en su corazón, porque no podemos leer su corazón; pero si comete pecado de muerte intencionado seguramente se pondrá de manifiesto exteriormente por medio de su boca, si éstas son transgresiones doctrinarias rehusando la sangre preciada del sacrificio, o por medio de inmoralidades si ellos se han puesto a seguir a la carne, “como la puerca lavada a revolcarse en el lodo”. Es con respecto de estos, referidos en Hebreos 6:4-8; 10:26-31, que el Apóstol nos advierte a no tener trato en absoluto con ellos, no comer con ellos, no recibirlos en nuestras casas, y no decirles que Dios los acompañe (2 Juan 9-11); porque aquellos que se asocien con ellos o les digan que Dios los acompañe se consideraría que están tomando sus lugares como enemigos de Dios, y participando de las malas acciones o de las malas doctrinas, como pueda ser el caso.

Pero con respecto a los demás, que “caminan indisciplinadamente”, la regulación es muy distinta. Tal hermano excluido, o hermana, no debería ser tratado como un enemigo, ni considerado como tal; pero como hermano equivocado, como el Apóstol dice además en esta misma epístola, “Si alguno no obedece a lo que decimos, por medio de esta carta, a ese señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no tengáis por enemigo sino amonestadle como hermano.” (2 Tesalonicenses 3:14,15). Un caso como éste implicaría alguna oposición pública y abierta por parte del hermano a las reglas de orden establecidas por el Apóstol, como vocero del Señor; y tal oposición pública a los correctos principios debería ser reprimida por la congregación, si ellos deciden que el hermano está tan fuera de orden que necesita ser advertido, y si él no consiente la forma de las sanas palabras, que nos fueron enviadas por el Señor a través del Apóstol, él debería ser considerado en tan desacuerdo como para que no sea más adecuado que deba tener la fraternidad de los hermanos hasta

que consienta estos razonables requisitos. Él no debería ser ignorado en la calle por los hermanos, sino tratado cortésmente. La exclusión simplemente debería ser de los privilegios de la asamblea y de cualquiera de las asociaciones fraternales especiales, etc., características de los fieles. Esto también se insinúa en las palabras de nuestro Señor, “tenle por gentil y publicano”. Nuestro Señor no quiso decir que nosotros debamos injuriar a un hombre pagano o publicano, ni de ninguna manera tratarlo cruelmente; sino simplemente que no deberíamos fraternizar como *hermanos*, buscar su confidencia. La familia de la fe debe ser fortalecida y mantenida unida con el amor mutuo y afinidad, y expresiones de los mismos de distintas maneras. Es de esta carencia de estos privilegios y bendiciones lo que causará que el hermano excluido sufra, hasta que sienta que debe reformar sus maneras y regresar a la unión de la familia. Hay una sugerencia en este sentido hacia lo afectuoso, por lo cordial, por lo verdaderamente fraternal, que debería prevalecer entre los que son miembros del cuerpo del Señor.

“Alentéis a los de poco ánimo”

Continuando con el análisis de las palabras del Apóstol en nuestro texto, notamos que la Iglesia debe consolar a los de poco ánimo. Así, notamos que la recepción del Espíritu Santo no transforma nuestros cuerpos mortales para que puedan superar sus debilidades. Hay algunos que tienen la mente débil, como también hay otros con el cuerpo débil, y cada uno necesita compasión en el sentido de su propia debilidad. Las mentes débiles no pueden ser curadas con milagros, ni tampoco deberíamos esperar que porque las mentes de algunos son débiles e incapaces de captar todas las longitudes, anchuras y alturas, y profundidades del Plan Divino, entonces ellos no son parte del cuerpo. Por el contrario, como el Señor no busca para su Iglesia a aquellos que son de desarrollo físico excelente, fuertes y robustos, así también él no está buscando a aquellos que son fuertes y robustos de mente, y capaces de razonar y analizar de manera profunda y completa, cada aspecto

del Plan Divino. Habrá en el cuerpo algunos que serán calificados de esa manera, pero otros son de poco ánimo, y no igualan el estándar promedio del conocimiento. ¿Qué consuelo deberíamos darles? Respondemos que los ancianos, en sus presentaciones de la Verdad, y todos los de la Iglesia en su relación uno a otro, deberían consolarlos no necesariamente señalando su debilidad y aprobándola, sino más bien en sentido general, no esperando el mismo grado de competencia y discernimiento intelectual en los miembros de la familia de Dios. Nadie debería demandar que aquellos que tienen tales incapacidades no sean, por ello, parte del cuerpo.

La lección es casi la misma si aceptamos la lectura revisada, “alentéis a los tímidos”. Algunos carecen de valor y combatividad, de manera natural, y con buena voluntad y corazones fieles, no pueden “ser fuertes en el Señor” ni “luchar la buena batalla de fe” en público, al mismo nivel que otros en el cuerpo. Sin embargo, el Señor debe ver sus voluntades, sus intenciones, de ser valientes y leales, y así deberían ser los hermanos, si ellos van a alcanzar el rango de vencedores.

Todos deberían reconocer que el juicio del Señor a su pueblo es de acuerdo a sus corazones, y que si estos débiles o de poco ánimo han tenido una comprensión suficiente y de voluntad para captar los fundamentos del Plan Divino de redención por medio de Cristo Jesús, y su propia justificación a vista de Dios por medio de la fe en el Redentor, y si sobre estas bases están luchando por vivir una vida de consagración al Señor, deben ser tratados de todos modos de manera que les permita sentir que son miembros de manera completa y a conciencia del cuerpo de Cristo, y que el hecho que no puedan exponer o no puedan quizás discernir con claridad todos los aspectos del Plan Divino de manera intelectual, y defender los mismos tan valerosamente como los demás, no es para que se considere que ponen en duda su aceptación del Señor. Deberían ser animados a insistir en el sentido del sacrificio en el servicio divino, buscando tales cosas que puedan hacer sus manos, para la gloria del Señor y la bendición de su pueblo, confortados con el pensamiento de que a su debido tiempo todos aquellos que

habitan en Cristo y cultivan los frutos de su Espíritu y siguen sus pasos de sacrificio tendrán cuerpos nuevos con capacidad plena, en los que todos los miembros serán capaces de conocer como ellos son conocidos, y que mientras tanto el Señor nos asegura que su fortaleza se muestra de manera más completa en nuestra debilidad.

“Sostener a los débiles”

Esto implica que hay algunos en la Iglesia que son más débiles que otros, no simplemente en el aspecto físico, sino en el aspecto espiritual, en el sentido de tener organismos humanos con tendencia desenfrenada de modo tal que como Nuevas Criaturas, encuentran gran dificultad en el crecimiento y desarrollo espiritual. Tales no deben ser rechazados del cuerpo, sino por el contrario, debemos comprender que si el Señor los tomó en cuenta como dignos de conocer su gracia, significa que él es capaz de convertirlos en conquistadores por medio de él mismo que nos ama y pagó con su preciosa sangre el rescate. Ellos deben ser apoyados con promesas que ofrecen las Escrituras, con el propósito de que cuando seamos débiles en nosotros mismos, podamos ser fuertes en el Señor y en la fuerza de su poder, proyectando todo nuestro cuidado sobre él, y, mediante la fe, conservar su gracia; que en la hora de debilidad y de tentación ellos encontrarán cumplida la promesa, “bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Toda la congregación puede colaborar en esta acción de consolar y ayudar, aunque desde luego, los ancianos tienen una obligación especial y responsabilidad con ellos, porque son los representantes elegidos de la Iglesia, y en consecuencia del Señor. El Apóstol, al referirse a los distintos miembros del cuerpo, después de hablarles a los pastores y maestros, menciona las “ayudas” o dones (1 Corintios 12:28). Evidentemente, el placer del Señor sería que cada miembro de la Iglesia debiera buscar ocupar tal lugar de utilidad, no solamente ayudando a los ancianos elegidos como los representantes de la Iglesia, sino también ayudándose unos a otros, haciendo el bien a todos los hombres

cuando tengamos la oportunidad, pero especialmente a la familia de la fe.

“Tener paciencia con todos”

Al obedecer esta exhortación para ejercer la paciencia con todos y en todas las circunstancias, las Nuevas Criaturas encontrarán que ellos no solamente están ejerciendo una actitud apropiada con cada uno de nosotros, sino que ellos están cultivando en ellos mismos una de las más grandes gracias del Espíritu Santo, la paciencia. La paciencia es una gracia del Espíritu que podrá ser ejercida en muchas oportunidades en todos los aspectos de la vida, con aquellos que no pertenecen a la Iglesia así como también con aquellos que sí pertenecen, y es bueno que recordemos que el mundo entero *demanda* nuestra paciencia. Discernimos esto solamente cuando se nos aclara la condición de la gimiente creación, que se nos revela a través de las Escrituras. En esto, vemos la paciencia de Dios con los pecadores y su maravilloso amor por su redención, y en las disposiciones que él ha dado, no solamente para bendición y elevación de su Iglesia fuera del fango arcilloso y del horrible abismo del pecado y muerte, sino disposiciones gloriosas también para la humanidad entera. También en esto, nosotros vemos que la gran dificultad con el mundo es que ellos están bajo los engaños de nuestro Adversario, “el dios de este mundo”, quien ahora los ciega y defrauda (2 Corintios 4:4).

¡Con seguridad, este conocimiento debería darnos paciencia! Y si tenemos paciencia con el mundo, mucho más deberíamos tener paciencia con aquellos que ya no son del mundo, pero los que por medio de la gracia de Dios figuran bajo las condiciones de su misericordia en Cristo Jesús, y han sido adoptados dentro de su familia, y están ahora buscando seguir sus pasos. ¡Qué paciencia afectuosa *deberíamos* tener con estos condiscípulos, miembros del cuerpo del Señor! Seguramente, *podríamos* tener nada más que paciencia con ellos, y nuestro Señor y Maestro desaprobaría y de algún modo reprendería la impaciencia con cualquiera de ellos.

Además, tenemos gran necesidad de paciencia aun al tratar con nosotros mismos bajo la actual angustia, debilidad y batalla contra el mundo, la carne y el Adversario. Si aprendemos a apreciar estos hechos, esto nos ayudará a hacernos más pacientes con todos.

“Que ninguno pague a otro mal por mal”

Esto es más que un *consejo* individual: es un mandamiento dirigido a la Iglesia como un todo, y es aplicable a cada congregación del pueblo del Señor. Implica que si alguien de la familia de la fe está dispuesto a tomar venganza, a desquitarse, a hacer el mal por el mal a los hermanos o a los que están afuera, entonces la Iglesia debe intervenir cuando se dé cuenta de tal rumbo. Es deber de la Iglesia *ver* esto. “*Ver* que ninguno pague mal por mal”, significa prestar atención a que un espíritu apropiado sea observado entre los hermanos. Si por ello, los ancianos deben enterarse de tales ocasiones cuando sean cubiertos por este mandamiento, sería su deber advertir amablemente a los hermanos o las hermanas respecto de la Palabra del Señor; y si ellos no escucharan, sería deber llevar el asunto ante la congregación, etc. Y para eso está la comisión de la Iglesia, para tomar conocimiento de tal rumbo impropio por parte de cualquier miembro. No solamente debemos de ese modo vernos unos a otros, y cuidarse de los demás con bondadoso interés, y fijarnos que no se den los pasos incorrectos, sino que por el contrario, debemos ver que todos sigan detrás de lo que es bueno. Deberíamos elogiar y regocijarnos por toda evidencia de progreso de un modo correcto, dando nuestro apoyo como individuos y como congregaciones del pueblo del Señor. Como el Apóstol sugiere, al hacer esto podemos regocijarnos eternamente, y con buena causa; porque ayudándonos así unos a otros, el cuerpo de Cristo crecerá en amor, más y más en semejanza con la Cabeza, y llegando a ser cada vez más aptos para la herencia en el Reino.

**“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.”
—Hebreos 10:24—**

¡Qué bello y afectuoso pensamiento se expresa aquí! Mientras otros consideran criticar o desalentar a sus prójimos, o egoístamente tomar ventaja de sus debilidades, la Nueva Creación debe hacer lo inverso, estudiar cuidadosamente los temperamentos de los demás con el fin de evitar decir o hacer cosas que serían innecesariamente lesivas, despertar la ira, etc., con el fin de incitar en ellos el amor y la buena conducta.

¿Y por qué? ¿No es acaso toda la actitud del mundo, la carne y el demonio lo que provoca la envidia, el egoísmo, los celos y llena de incentivo maligno hacia el pecado, de pensamiento, de palabra y de hecho? ¿Por qué entonces no deberían las Nuevas Criaturas del cuerpo de Cristo no solamente abstenerse de tales provocaciones hacia ellos y los demás, sino también dedicarse a provocar o incentivar en la dirección contraria, hacia el amor y las buenas acciones? Seguramente esto, como cada advertencia y exhortación de la Palabra de Dios, es razonable como también provechoso.

“Nuestra congregación”

“No dejando de reunirnos como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” (Hebreos 10:25).

La exhortación del Señor, por medio del Apóstol, respecto de la congregación de su pueblo, está en completo acuerdo con sus propias palabras, “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí yo estoy en medio de ellos.” (Mateo 18:20). El objetivo de estas reuniones está claramente indicado; ellos están para mejorarse mutuamente en las cosas espirituales (oportunidades para incitar más y más el amor por el Señor y por los demás) y para incrementar las buenas acciones de todo tipo que

glorificarían a nuestro Padre, que bendecirían a la hermandad, y que harían el bien a todos los hombres a medida que tengamos la oportunidad. Si aquel que dice, “yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (1 Juan 4:20), de manera similar nosotros creemos que están equivocados aquellos que dicen: yo anhelo estar con el Señor y disfrutar su bendición y hermandad, si ellos descuidan las oportunidades de reunirse con los hermanos y no disfrutan de su compañía y hermandad.

Está en la naturaleza de las cosas que cada ser humano debe buscar alguna compañía, y la experiencia certifica la veracidad del proverbio, “Las aves del mismo plumaje se juntan”. Si por ello, no se aprecia, ni se anhela, ni se busca la hermandad de los que tienen mentalidad espiritual, si no mejoramos las oportunidades para disfrutarla, podemos estar seguros que éstas son indicaciones poco saludables con respecto a nuestra condición espiritual. El hombre natural ama y disfruta la hermandad natural y la compañía, y hace planes y se organiza con sus asociados respecto de los asuntos de negocios y de placeres, aun cuando sus esperanzas y planes terrenales comunes sean ciertamente muy limitados en comparación con las grandiosas y preciadas esperanzas de la Nueva Creación. A medida que nuestras mentes se transformen mediante la renovación del Espíritu Santo, nuestro apetito por la hermandad no se destruye, sino que simplemente se torna hacia nuevos canales, en los que encontramos un terreno maravilloso para la hermandad, la investigación, la discusión y el disfrute: la historia del pecado y la gimiente creación, pasada y presente; el registro de Dios de la redención y la venidera liberación de la gimiente creación; nuestro gran llamado a la herencia conjunta con el Señor; las evidencias de que nuestra liberación se está aproximando, etc. ¡Qué terreno tan abundante para el pensamiento, para el estudio, para la hermandad y la comunión!

No es extraño que digamos que quien no aprecie el privilegio de reunirse con los demás para la discusión de estos temas está espiritualmente enfermo, en algunos aspectos, ya sea si es capaz de

diagnosticar su propia enfermedad o no. Puede ser que esté afectado con algún tipo de orgullo espiritual y autosuficiencia, que lo conduzca a decirse a sí mismo, yo no necesito ir a la escuela pública de Cristo, para aprender con sus otros seguidores; yo tomaré lecciones privadas del Señor en casa, y él me enseñará por separado lecciones más profundas y más espirituales. Muchos parecen estar afligidos con este egoísmo espiritual, imaginarse que ellos mismos son mejores que los demás hermanos del Señor y que él se apartaría de su usual costumbre y de los métodos señalados en su Palabra, para servirlos de una manera peculiar, solamente porque ellos piensan más de ellos mismos que lo que deberían pensar, y porque ellos lo requieren. Tales hermanos deberían recordar que ellos no tienen ni una sola promesa del Señor de ser bendecidos mientras ellos estén en esta actitud de corazón y conducta. Por el contrario, “el Señor se resistió al orgullo y mostró sus favores al humilde”. El Señor bendice a aquellos que escuchan y obedecen sus instrucciones, diciendo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. Para aquellos que están en una actitud correcta de corazón es bastante suficiente que el Señor haya ordenado que nos reunamos en su nombre, y que él haya prometido bendiciones especiales aun para tantos como dos o tres que le obedezcan, y que la Iglesia es de manera representativa su cuerpo, y que debe prosperar por “lo que cada unión suministra”, y edificarse a sí misma y “desarrollarse los unos a los otros”, como miembros en todas las gracias y frutos del Espíritu. A veces la dificultad no es puramente un egoísmo espiritual sino el hecho de descuidar la Palabra de Dios y una inclinación a la comprensión humana que supone que la promesa: “todos ellos recibirán las enseñanzas de Dios” implica una enseñanza individual, que separa al uno del otro. Las costumbres de los apóstoles, sus enseñanzas y la experiencia del pueblo del Señor son todos contrarios a tal pensamiento.

Por otro lado, no debemos simplemente desear cantidades, alarde y popularidad, sino que debemos recordar que la bendición prometida del Señor es para “dos o tres *de ustedes*”; y nuevamente, mediante el Apóstol, la exhortación es para “la congregación de nosotros mismos”. Lo que el Señor y el Apóstol inculcan aquí no

es un espíritu sectario cuando ellos insinúan que las congregaciones no deben ser reuniones mundanas, en las que el pueblo del Señor deba mezclarse, sino reuniones cristianas donde aquellos que conocen la gracia de Dios y que han aceptado la misma por medio de una completa consagración hacia él y su servicio. No se debe pedir a los mundanos que vengan a estas reuniones. Ellos no son de *ustedes*, así como “Vosotros no sois del mundo”, y si ellos fueran atraídos ya sea por la música u otros aspectos, se perdería el espíritu del mandamiento, porque donde abunda lo mundano, y un deseo de complacer y atraer lo mundano, el adecuado propósito de la reunión sería perdido de vista muy rápidamente. Ese adecuado propósito se explica como: “por lo cual animaos unos a otros, y *edificaos unos a otros*, así como lo hacéis”. “Y considerémonos unos a otros para *estimarnos al amor y a las buenas obras*.” (1 Tesalonicenses 5:11, Hebreos 10:24).

Dejemos que los *de disposición maligna y amor* se junten, si ellos lo desean; que los engendrados del Espíritu *se congreguen* y procedan en el sentido establecido en la Palabra del Señor para su propia edificación. Pero si ellos descuidan esto, no permitamos que las consecuencias desfavorables sean atribuidas a la Cabeza de la Iglesia ni a los fieles apóstoles, quienes enfatizaron claramente el apropiado rumbo y lo ejemplificaron en su propia conducta.

Esto no significa que los extraños sean prohibidos de ingresar a las reuniones de la Iglesia, si ellos están lo suficientemente interesados como para desear venir y “contemplar vuestro orden”, y ser bendecidos con vuestra santa conversación, vuestras exhortaciones a hacer el bien y practicar amor, y vuestra exposición de la divina Palabra de la promesa, etc. El Apóstol da a entender esto de manera muy clara en 1 Corintios 14:24. Lo que observamos es que “nuestra congregación” no es una congregación de no creyentes, donde se hacen constantemente los *esfuerzos para quebrar los corazones de los pecadores*. El pecador debería tener la libertad de asistir, pero se debería dejar que por sí solo vea el orden y el amor que prevalece entre los consagrados del Señor, aunque de ese modo comprenda solamente en parte, que puede ser reprobado de sus pecados al percibir el espíritu de santidad y

pureza en la Iglesia, y pueda ser convencido respecto de sus errores de doctrina contemplando el orden y simetría de la verdad que prevalece entre el pueblo del Señor. Compárese 1 Corintios 14:23-26.

Carácter general de las reuniones

Esto nos lleva a una consideración del pueblo del Señor. Primeramente, observamos que sobre este asunto, como con otros, el pueblo del Señor es dejado sin leyes y regulaciones férreas, dejado en libertad para adaptarse a las condiciones cambiantes del tiempo y del país, dejados en libertad en el ejercicio del espíritu de una mente sana, dejados en libertad para buscar la sabiduría que llegó del cielo, y para manifestar el grado de su realización de la semejanza de carácter con el Señor bajo la disciplina de la Ley del Amor. Esa Ley del Amor sin duda pedirá modestia con respecto a todas las innovaciones en las costumbres de la Iglesia primitiva; sin duda titubeará para hacer cambios radicales con excepción de aquellos en los que se perciba su necesidad, y aun así buscará mantenerse dentro del espíritu de cada advertencia e instrucción, y práctica de la Iglesia primitiva.

En la Iglesia primitiva tenemos el ejemplo de los apóstoles como maestros especiales. Tenemos el ejemplo de los ancianos, haciendo el trabajo pastoral, el trabajo de llevar las buenas nuevas, profetizando o hablando en público; y de una ilustración, dada con particularidad en 1 Corintios 14, podemos juzgar que cada miembro de la Iglesia era alentado por los apóstoles a despertar cualquier talento y don que éste podría tener, para glorificar al Señor y servir a los hermanos, para que ejercitase así y se fortalezca en el Señor y en la verdad, ayudando a otros y siendo ayudado a su vez por otros. Esta explicación de una reunión normal de la Iglesia en los tiempos del Apóstol no podría ser imitada de manera completa y en detalle hoy en día, a causa de los peculiares “dones del Espíritu” temporalmente conferidos a la antigua Iglesia para el convencimiento de los que estaban fuera de ella, así como también para el aliento personal en un tiempo en el

que, sin estos dones, hubiera sido imposible para cualquiera del grupo ser edificado o beneficiado. No obstante, podemos sacar ciertas lecciones valiosas y útiles de esta costumbre antigua, aprobada por el Apóstol, que pueden ser adjudicadas así mismas por las pequeñas compañías del pueblo del Señor en cualquier lugar de acuerdo a las circunstancias.

La lección principal es la de utilidad mutua, “edificándose los unos a los otros en la santísima fe”. No era la costumbre para uno o aun muchos de los ancianos predicar regularmente, ni hacer o intentar hacer toda la edificación. Cada miembro tenía la costumbre de hacer su parte, siendo las partes de los ancianos más importantes de acuerdo a sus habilidades y dones; y podemos ver que esto sería una disposición muy útil y que llevaría una bendición no solamente a aquellos que la escuchen sino también a todos los que participen. Y quienes no saben que aun el orador más pobre o la persona más ignorante puede, si su corazón está lleno de amor por el Señor y devoción hacia él, comunicar pensamientos que seránpreciados por todos los que los puedan escuchar. La clase de reuniones aquí descritas por el Apóstol evidentemente era una muestra de la mayoría de reuniones celebradas por la Iglesia. La explicación muestra que era una reunión mixta, en la que, adaptando la explicación a los tiempos actuales, uno podría exhortar, otro podría exponer, otro podría ofrecer una oración, otro proponer un himno, otro leer un poema que le parece que encaja con sus sentimientos y experiencias, en armonía con el tema de la reunión; otro podría citar algunas escrituras que tienen que ver con el tema en discusión, y así el Señor podría usar cada uno y todos los miembros de la Iglesia en edificación mutua.

Nuestro pensamiento no es que la predicación nunca estuvo presente en la antigua Iglesia. Por el contrario, encontramos que adonde iban los apóstoles eran considerados expositores especialmente capacitados de la Palabra de Dios, quienes estarían presentes por poco tiempo y durante el periodo de su presencia, es probable que ellos hicieran casi todos los discursos en público aunque no dudamos también que se celebraban otras reuniones

sociales^{*} abiertas a todos. Esta misma práctica con respecto a la predicación apostólica sin duda era seguida por otros que no eran apóstoles; como por ejemplo, Bernabé, Timoteo, Apolos, Tito, etc., y las mismas libertades eran disfrutadas también por algunos que las usaron mal y ejercieron bastante influencia a favor del mal: Himeneo y Fileto y otros.

Donde el Señor no haya establecido ninguna ley positiva sería inapropiado para nosotros o para otros fijar una ley. Sin embargo, ofrecemos algunas sugerencias, a saber, que hay ciertas necesidades espirituales de la Iglesia que requieren ser dedicadas a:

(1) La *instrucción*, es necesaria en las materias más puramente proféticas y también en las doctrinas morales y con respecto al desarrollo de las gracias cristianas.

(2) A causa de los métodos más o menos diferentes en el uso del lenguaje, y a causa de la mayor o menor agudeza mental y los variados grados de percepción espiritual, como la que hay entre aquellos que son bebés en Cristo y aquellos que son más maduros en conocimiento y en gracia, es aconsejable que se den las oportunidades en las que cada uno sea alentado a expresar su comprensión de las cosas que ha aprendido, ya sea leyendo o escuchando, con el propósito de que si su comprensión de estas cosas fuera defectuosa, pueda ser corregida mediante declaraciones de otros sobre la materia.

(3) Deberían haber reuniones regulares frecuentes en las que razonablemente se den todas las oportunidades para que cualquiera presente lo que podría creer que es una visión de la verdad, distinta quizás de lo que generalmente se mantiene y es aprobado por la *Iglesia*.

(4) No deberían haber solamente servicios de devoción relacionados con todas las reuniones del pueblo del Señor, pero la experiencia muestra lo provechoso que son *cada uno de estos*, al escuchar a sus hermanos, *confesando con sus propios labios*, en testimonio o en oración, su devoción al Señor.

^{*} “Social Meetings”: reuniones como aquellas de “alabanzas” y de “testimonios” donde cada uno puede más o menos participar. —Trad.

La doctrina que aún es necesaria

Con respecto a la primera proposición: vivimos en una época en la que las doctrinas en general están siendo despreciadas, y en la que una buena mayoría reclama que la doctrina y la fe no tienen valor en comparación con la moral y las acciones. No podemos estar de acuerdo con esto porque está completamente en desacuerdo con la Palabra divina, en la que la fe es colocada en primer lugar y las acciones en segundo lugar. Nuestra fe es lo que el Señor acepta, y según nuestra fe él nos premiará, aunque él esperaría que una buena fe suscite tantas buenas acciones como lo permitan las debilidades del individuo. Esta es la regla de fe establecida en las Escrituras. “Pero sin fe es imposible agradar a Dios.” “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (Hebreos 11:6, 1 Juan 5:4). Por ello, ningún hombre puede de manera alguna ser un vencedor, a menos que ejerza la fe en Dios y en sus promesas; y para ejercer la fe en las promesas de Dios debe comprenderlas; y esta oportunidad y habilidad para fortalecerse en fe estará en proporción a su comprensión del Plan Divino de todas las edades, y las grandiosas y preciadas promesas relacionadas con ello. De aquí que la doctrina, la instrucción, es importante, no simplemente para el conocimiento que el pueblo de Dios debe tener y disfrutar por encima del conocimiento del mundo en cosas que corresponden a Dios, sino especialmente a causa de la influencia que este conocimiento ejercerá sobre todas las esperanzas, objetivos y conductas. “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo” (1 Juan 3:3) es una expresión de las Escrituras que coincide completamente con las declaraciones anteriores. Quien se esfuerce por purificarse para limpiar su conducta, debe, para tener éxito, empezar como empiezan las Escrituras, con el corazón, y debe progresar usando las promesas inspiradas para una limpieza. Y esto significa un conocimiento de las doctrinas de Cristo.

Sin embargo, es apropiado que distingamos y diferenciamos claramente entre las doctrinas de Cristo y las doctrinas de los hombres. Las doctrinas de Cristo son aquellas que fueron

establecidas por él mismo y por los apóstoles inspirados en el Nuevo Testamento. Las doctrinas de los hombres están representadas en los credos de los hombres, muchas de las cuales están groseramente y seriamente en discrepancia con las doctrinas del Señor y todas ellas en desacuerdo entre sí mismas. Más aun, no es suficiente que adoctrinemos una sola vez; porque como da a entender el Apóstol, recibimos los tesoros de la gracia de Dios en pobres recipientes materiales que están muy agujereados, y de ahí que si cesamos de recibirlos dejaremos de tenerlos, por cuya causa es necesario que los tengamos “línea sobre línea, precepto sobre precepto”, y que continuamente renovemos y revisemos nuestro estudio del Plan Divino de las edades, usando la ayuda y asistencia divina que la providencia suministra, buscando en lo posible obedecer el mandamiento del Apóstol de “no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra”, y así “hacedores de la palabra.” (Santiago 1:22-25).

Nuestra segunda proposición es aquella que no puede ser inmediatamente tan apreciada de manera completa como la primera. Hay la tendencia de muchos a pensar que aquellos que pueden expresar la verdad de manera más clara, más fluidamente, de manera más precisa, deberían ser los únicos que la expresen y que los demás deberían callarse, escuchar y aprender. Este pensamiento es correcto en muchos aspectos. No sugerimos que cualquiera sea puesto a enseñar o sea buscado como maestro, o sus palabras recibidas como instrucción, siendo incapaz de dar instrucción y no percibiendo claramente el Plan Divino. Pero hay una gran diferencia entre poner a aquel a enseñar, como en el caso de los ancianos, y tener una reunión en la que todos los miembros de la Nueva Creación tengan una oportunidad de *expresarse brevemente o de hacer preguntas*, entendiendo que sus preguntas, dudas o expresiones no sean consideradas por la Iglesia como los sentimientos de la compañía. En tales reuniones, las ideas equivocadas posiblemente pueden ser presentadas en la forma de preguntas, no con la intención de enseñar estas opiniones ni con el propósito de imponerlas, sino con la visión de hacer una crítica sobre éstas. Pero tengan cuidado de no violar la conciencia

mediante cualquier intento de defender el error. Tal procedimiento debe ser aprobado solamente en presencia de alguien que esté avanzado en la Verdad y que sea capaz de dar una razón bíblica para su fe, y para mostrar de manera más perfecta el camino del Señor. Se preguntan, ¿qué ventaja se puede sacar de tal acción? Contestamos que frecuentemente hemos visto demostraciones de estas ventajas. A menudo es difícil exponer alguna materia en la forma más simple y más directa, y es igualmente imposible para todas las mentes, aunque sean honestas, captar una idea con el mismo grado de claridad que la misma ilustración. De ahí el valor de las preguntas y de una variedad de presentaciones de la misma verdad, como se ilustra en las parábolas de nuestro Señor que presentan ideas desde varios puntos de vista, ofreciendo una visión más completa y armoniosa de la totalidad. Así también, hemos notado que las explicaciones disparatadas y algo torpes de alguna verdad pueden en ciertos momentos tener el efecto de ingresar en algunas mentes en las que haya fallado una declaración más sólida y más lógica (en algunos aspectos, la poca madurez del orador trae consigo un pobre razonamiento y juicio del oyente). Debemos regocijarnos si el Evangelio es predicado y encuentra acogida en los hambrientos corazones, sea cual sea el canal, como lo explica el Apóstol: “algunos a la verdad; predicán a Cristo por envidia y contienda”. Nosotros solamente podemos regocijarnos si algunos son llevados hacia un conocimiento apropiado del Señor, aunque podamos lamentar grandemente los motivos impropios de la presentación, o como en el otro caso, la imperfección de la presentación. Es al Señor, a la Verdad y a los hermanos a quienes nosotros amamos y deseamos servir, y por ello debemos regocijarnos de cualquier cosa que conduzca a los resultados deseados y deberíamos hacer nuestros propios planes de modo que no interfieran con esto, que reconocemos como un hecho. Esto no significa que el incompetente y el falto de lógica deba ser *colocado* para enseñar en la Iglesia, ni que debamos imaginar que las presentaciones ilógicas serían las más exitosas en general. Muy por el contrario. Sin embargo, no debemos *ignorar completamente* que

lo que vemos es a veces un canal de bendición para algunas mentes y que tiene el respaldo de la enseñanza de la Iglesia primitiva.

En apoyo de nuestra tercera proposición: No importa cuán seguros estemos de que tenemos la verdad, ciertamente sería poco prudente para nosotros que cerremos y aseguremos la puerta de la interrogación y de las expresiones contrarias como para excluir completamente todo lo que pueda ser considerado como un error por el líder de la reunión o por toda la congregación. Una sola limitación debería prevalecer como una exclusión total, a saber, que las reuniones de las Nuevas Criaturas no sean para considerar las materias seculares, las ciencias mundanas y las filosofías, sino exclusivamente para el estudio de la revelación divina, y en el estudio de la revelación divina la congregación debería en primer y en último lugar siempre reconocer la diferencia entre los principios fundamentales de las doctrinas de Cristo (que ningún miembro puede cambiar o alterar, ni consentir que hayan sido cuestionadas) y la discusión de las doctrinas avanzadas, que deben estar en completo acuerdo con los principios fundamentales. En todo momento debería haber la oportunidad completa y libre de escuchar estas doctrinas, y debería haber reuniones en las que éstas puedan ser escuchadas. Sin embargo, esto no significa que éstas deban ser escuchadas una y otra vez, y que a algún individuo se le deba permitir confundir y distraer cada reunión y cada tema con algún asunto en particular. Dejemos que su tema tenga una buena audiencia y una buena discusión en el momento apropiado, con la presencia de alguien que sea bien versado en la Verdad, y si está prohibida por la congregación como no bíblica, y el promotor de esa idea no estuviera convencido de eso, por lo menos abstengámonos de importunar el tema mediante notificación de la Iglesia por un largo tiempo, quizás un año, cuando pueda sin falta de propiedad solicitar otra audiencia, que podría o no serle otorgada al tiempo que la congregación debería pensar el asunto como digno o no de audiencia y de investigación.

Lo que nosotros exhortamos es que, a menos que haya algún tipo de apertura, se pueden encontrar dos peligros: Primero, el peligro de caer en la condición que vemos que prevalece ahora en

las iglesias nominales de la Cristiandad, en la cual es imposible encontrar acceso a ser escuchado en sus reuniones eclesíásticas regulares, siendo cuidadosamente vigilada cada vía de aproximación. El otro peligro es que, teniendo el individuo una teoría que apela a su juicio como verdad, sin importar cuán falsa e irracional pueda ser, nunca se sentiría satisfecho a menos que tenga una audiencia, sino estaría continuamente trayendo el tema a colación, mientras que después de haber sido escuchado de manera razonable, aun si no está convencido del error de su argumento, sería neutralizado respecto de lo impropio del tema a aquellos que ya han escuchado y rechazado su razonamiento falaz.

Nuestra cuarta proposición: El crecimiento en conocimiento es muy propenso a quitarle valor a la devoción, tan extraño como pueda parecer. Encontramos que nuestras capacidades son tan pequeñas y nuestro tiempo para los asuntos espirituales tan limitado, que si la atención estuviera dirigida en un canal habría la tendencia a eclipsar en otras direcciones. El cristiano no debe ser todo cabeza y nada de corazón, ni todo corazón y nada de cabeza. El “espíritu de una mente sana” nos dirige a cultivar todas las gracias y frutos que van a llenar y completar un carácter perfecto. La tendencia en nuestros días, en todas las materias, va en la dirección opuesta: la especialización. Un trabajador hace esta parte, otro trabajador esa parte; de modo que muy pocos trabajadores ahora comprenden un oficio de manera completa como en las épocas pasadas. La Nueva Criatura debe resistir esta tendencia, y en consecuencia, debe “tender caminos rectos para sus pies”; no vaya a ser que mientras cultiva un elemento de gracia caiga en peligro mediante la pérdida del ejercicio adecuado de otra facultad o privilegio dado por Dios.

Las cualidades de devoción se encuentran en toda la humanidad en mayor o menor grado de desarrollo. Estas cualidades mentales son llamadas veneración y espiritualidad, y éstas llaman en su ayuda a los órganos de la conciencia, la esperanza, la armonía, etc. Si éstos fueran desatendidos, el resultado sería que el interés y el amor por la Verdad se degeneraría, así que en lugar de que nuestros corazones sean

conducidos al Señor con mayor apreciación de su amor y con mayor deseo de complacerle, honrarle y servirle, encontraríamos que los órganos inferiores se unen más a la controversia, ocupando los lugares de aquellos superiores, y las investigaciones se tornarían más hacia la luz de las filosofías mentales, en las que ingresarían la combatividad y la destructividad, la ambición, los conflictos y la vanagloria. Por ello, la Nueva Creación necesita no sólo unir los servicios de devoción, la oración y las alabanzas, como parte de cada reunión, sino que creemos que necesita además una reunión especial del tipo de devoción una vez a la semana, conjuntamente con lo que deberían ser las oportunidades para dar testimonio respecto de las experiencias cristianas, no bajo la usual costumbre de regresar de uno a veinte años atrás, o más, para contar sobre una primera conversión, etc., sino un testimonio actualizado que se refiera específicamente a la condición del corazón en ese momento e interviniendo durante la semana, desde la última reunión. Tales testimonios actualizados demuestran ser útiles para aquellos que los escuchan, alentándolos a veces mediante la repetición de experiencias favorables, y a veces consolándolos mediante la narración de penurias, dificultades, perplejidades, etc., porque así ellos disciernen que no están solos al tener experiencias duras y a veces fracasos.

De ese modo todos pueden aprender de manera más completa el significado de las palabras del Apóstol, “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido como si alguna cosa extraña os aconteciese” (1 Pedro 4:12). Ellos encuentran que todos los que son del pueblo del Señor pasan por penurias y dificultades, y cada uno aprende de ese modo a simpatizar con el otro, y a medida que el vínculo de simpatía crece, el espíritu de utilidad también, y el espíritu del amor: el Espíritu Santo. Tales reuniones de media semana podrían ventajosamente tener un tema ya sugerido en la reunión del domingo anterior, y al estar este tema ante las mentes de los miembros de la clase, debería inspirar a cada uno a que observe las experiencias de la vida que van pasando y a tomar nota sobre éstas, especialmente en el sentido del particular tema de la semana. Indudablemente, todo

cristiano tiene cada semana una abundancia de oportunidades para tomar nota de las lecciones y experiencias de vida sobre varios temas, pero la mayoría que no piensa, que no toma nota, permite que estas valiosas lecciones pasen desapercibidas, y aprenden principalmente de las mayores y más agrias experiencias de la vida, de las cuales ellos podrían haber aprendido mejor prestando atención al trato diario del Señor a través de sus providencias.

Como ilustración: Supongamos que el tema de la semana ha sido: “La paz de Dios”, del texto: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” (Filipenses 4:7). Cada uno de la hermandad debería haber notado durante la semana hasta qué punto esta escritura se cumple en su propio caso, y qué cosas parecieron interrumpir y evitar esta paz reinante, llevándolo al desasosiego y al descontento. Estas experiencias y las lecciones que se sacan de ellas, contadas por aquellos que son más expertos en el grupo, y por aquellos menos expertos (hombres y mujeres) no solamente llamarían la atención de cada uno de los demás a sus propias experiencias durante la primera parte de la semana, sino que en la segunda parte añadirían a sus propias experiencias las lecciones y experiencias de otros, ampliando así sus simpatías y conduciéndolos cada vez más a discernir las cosas bellas de la paz en contraste con los conflictos (la bendición de la paz de Dios en el corazón), y cómo es posible tener esta paz aun cuando esté rodeada de agitación y confusión o en condiciones de angustia sobre las cuales nosotros no tenemos control. El aspecto de devoción de estas reuniones añadirá en provecho de ellos. El que se dé cuenta más profundamente de sus propios defectos, y que está, de todo corazón, esforzándose más en crecer en las gracias del Espíritu, será el más ferviente en sus devociones al Señor y en sus deseos de complacerlo y de ser partícipe más y más de su Espíritu Santo.*

* Hay reuniones para fortalecer el carácter que se describe aquí que se celebran en varias localidades, que son convenientes para los pequeños grupos que las constituyen. Son dirigidas por varios hermanos-ancianos.

En estas reuniones, como en todas las demás, resulta evidente que el bien más grande puede ser llevado a cabo preservando el orden, no al extremo de destruir la vida y la libertad de la reunión, sino al punto apropiado de preservar mejor su libertad, sin anarquía ni desorden; bajo una sabia, cariñosa y moderada restricción. Por ejemplo: El carácter de la reunión debería ser organizado con anterioridad, y debería ser obligación del líder mantenerlo, con un razonable y afectuoso relajamiento, dentro del propósito ya especificado y acordado. Debería comprenderse que éstas no son reuniones sobre temas generales, ni reuniones para la discusión, ni para la predicación; ya que se dispone de otras reuniones, y que aquellos que deseen asistir a éstas son bienvenidos; y además que estas reuniones tienen un alcance limitado. Para mantener así la reunión en la misma línea y para evitar discusiones privadas o réplicas de un individuo a otro, el anciano o coordinador (que es el elegido para representar al total) debería ser el único que pueda replicar o aconsejar a otros, y desde luego solamente cuando sea *necesario*. Es su ineludible obligación moral velar por que algunos de los testimonios no sean tan largos como para caer aburridos y dificultar que otros tengan oportunidad de participar, y que la reunión no se prolongue más allá de su tiempo razonable, acordado con anterioridad. Todas estas cosas que recaen sobre el coordinador, implican que éste debería ser un Anciano de la Iglesia. Un novato con insuficiente experiencia sería propenso, aun con la mejor de sus intenciones, a ser muy poco estricto o muy rígido al aplicar los principios para tal ocasión, además podría estropear las reuniones con demasiada indulgencia u ofender a algún hermano o hermana dignos mediante una corrección imprudentemente expresada y una aplicación de las apropiadas reglas. Más aun, el coordinador de tal reunión debería ser un Anciano, o alguien competente que sostenga la posición de un Anciano en la Iglesia, de modo que pueda tener un conocimiento suficiente de la Palabra y una suficiente experiencia en gracia y habilidad en la enseñanza para ser capaz de dar una palabra de aliento o de orientación o un consejo útil *en respuesta* a los distintos testimonios a medida que se presenten. “Y la palabra, a su tiempo, ¡cuán buena es!”, cuánto

más útil, a menudo, todo un discurso bajo otras condiciones (Proverbios 15:23).

Aunque en lo anterior hemos señalado varios intereses que deberían ser previstos para las reuniones, nosotros hemos descrito de manera particular sólo el último, que a propósito consideramos que es el más importante de todos: la reunión más útil en el crecimiento espiritual. Demos ahora una mirada a lo que podrían ser buenos planes respecto de otras reuniones. Éstas diferirían de acuerdo a las circunstancias, condiciones y grupos que constituyen la reunión, la *Ecclesia*, el cuerpo. Si el grupo fuera de cincuenta más o menos, y si algunos del grupo fueran particularmente talentosos en la oratoria y en la exposición clara de la Verdad, aconsejamos que un servicio de predicación a la semana podría ser generalmente ventajoso, especialmente como una reunión a la que se puede invitar a amigos, vecinos u otros. Pero si en la providencia del Señor nadie de la compañía está especialmente calificado para la presentación de un discurso relacionado, lógico y razonable sobre algún tema bíblico, creemos que sería mejor que esta forma de reunión no se realice, o que el tiempo sea dividido entre varios que posean alguna habilidad para tratar un asunto bíblico en conexión con el público, siendo el tema el mismo y que los hermanos se turnen en la conducción. O que los ancianos podrían alternarse, uno este domingo, el otro el próximo, etc.; o dos este domingo, dos el siguiente, etc. Pareciera que los mejores intereses de toda la Iglesia se conservan mediante la presentación y otorgamiento de oportunidades a *todos* los hermanos *en proporción* con su habilidad, siempre valorando que la humildad y la claridad en la Verdad sean absolutamente los puntos fundamentales, no los gestos ni la oratoria.

Pero la reunión más importante, a nuestro juicio, la más útil, después de la reunión de devoción que se describió primero, es aquella en la que toda la compañía de creyentes participa a veces bajo un presidente o coordinador, y a veces otro. Para estas reuniones se puede tomar un tema o un texto de las Escrituras para la discusión, y el coordinador, que repase la materia con antelación, debería recibir la autoridad para dividirla entre los hermanos

líderes, si es posible adjudicándoles las partes una semana antes, para que ellos puedan llegar a la reunión preparados para ofrecer sugerencias, cada uno en el sentido de su propia particular sección del tema. Estos participantes principales en el examen de la material (quizás dos o media docena, o más, conforme a cómo lo demande el grupo de personas competentes, el tamaño de la congregación y el peso del tema) encontrarán de mucha utilidad las Biblias Bereanas con las referencias a los *Estudios* y *Reimpresiones** y los Índices de tópicos. Permitámosles que hagan la presentación de la materia en su propio lenguaje o que busquen extractos especiales de *Estudios*, *Reimpresiones*, etc., relacionados con el tema, que ellos podrían leer en conexión con algunas observaciones apropiadas.

Después que la reunión haya sido abierta mediante alabanzas y oraciones, el Presidente puede anunciar los tópicos en su turno adecuado; y después de que cada orador designado haya presentado sus hallazgos sobre su parte del tema se debería dar paso a que toda la clase haga preguntas y se exprese en armonía o en oposición a lo que ya ha sido presentado por el orador líder en el tópico. Si la clase es apática y es necesario que se los anime, el Presidente debería hacerlo mediante preguntas hábiles. El Presidente solamente debería dirigirse a los oradores o intentar *responder* o armonizar sus declaraciones, aunque desde luego, puede llamar a que cualquier orador dé una explicación adicional de su posición o de sus razones. Todos los oradores deberían dirigir sus observaciones al Presidente y nunca a los demás, y de esa manera se puede evitar el peligro de que haya alusiones personales y riñas. A excepción de lo anterior, el Presidente no debería tomar parte en relación con la discusión, pero debería ser capaz de reunir las distintas conclusiones al cierre de la discusión, resumiendo brevemente todo el tema desde su propio punto de vista, antes de finalizar la sesión con una oración y una acción de gracias.

* No disponible en español.

Cada punto puede ser examinado detenidamente, y todo el tema puede ser ventilado e investigado, de modo que sea claramente percibido por todos. O en algunos de los temas más complejos, el Presidente podría sintetizar y dar sus opiniones al cierre del examen de cada tópico. No conocemos otro mejor tipo de reunión que éste para un estudio a fondo de la Palabra divina. Lo consideramos usualmente mucho más ventajoso que la predicación regular para la mayoría de reuniones del pueblo del Señor.

Una reunión de este tipo incluye todos los aspectos cubiertos por las sugerencias 1, 2 y 3, enumeradas anteriormente. Con respecto al primero, aquellos a quienes se les asigna la parte de la conducción tienen toda la oportunidad para ejercer cualquiera de las habilidades que posean. En relación al segundo punto, todos tienen la oportunidad de participar, haciendo preguntas, ofreciendo sugerencias, etc. sobre los distintos puntos, después de cada uno de los oradores. Y respecto al tercer punto, también se acomoda a una reunión como ésta, porque los tópicos para cada semana deberían ser decididos preferiblemente por toda la clase y no por el coordinador, y con al menos una semana de anticipación a su consideración.

Cualquiera que asista a esta clase debería tener el privilegio de presentar su pregunta o tópico, y el espíritu del amor, simpatía, amabilidad y consideración que domine a todos debería ser tal que todos los tópicos apropiados reciban una audición respetuosa. Y en el caso de un requisito especial para un tópico que se supone está en contra de la opinión general de la congregación, aunque completamente dentro de las líneas de los principios fundamentales del Evangelio, la persona deseosa de discutir el tema debería recibir un tiempo razonable para la presentación, y debería ser el orador principal para la ocasión, siendo su tiempo posiblemente limitado, por ejemplo, treinta minutos más o menos, de acuerdo con la importancia del tópico y el interés de la clase en éste. Luego de su presentación, la cuestión debería ser abierta para su discusión por los demás en la clase, teniendo, el que propuso la pregunta, algunos minutos para que subsecuentemente responda de manera

breve a cualquier objeción hecha por otros, teniendo el Presidente la palabra final al cierre de la reunión.

Otro tipo de reunión que ha demostrado ser muy ventajoso en el estudio de la Palabra se conoce como un “círculo Bereano para el estudio de la Biblia”. Estos no son simplemente círculos de lectura, sino un estudio sistemático del Plan Divino en todas sus fases, seguido punto por punto. Los distintos volúmenes de los ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS (SCRIPTURE STUDIES), que tratan los temas, en un orden consecutivo y relacionado, constituyen (con la Biblia) los libros de texto para estos estudios de la Biblia; pero para el provecho de estas clases es necesario que el coordinador y la clase deban diferenciar claramente entre lectura y estudio. Hasta donde se relaciona con la lectura, todos los estimados amigos pueden también, o quizás mejor, hacer su lectura ellos mismos en casa. El objetivo de estos estudios es tomar una cierta porción de cada tópico como se presente en uno o más párrafos, y discutirlo profundamente entre ellos mismos, citando pasajes colaterales de las Escrituras, etc., y ventilando a fondo la materia, y si es posible, consiguiendo que cada miembro de la clase exprese su pensamiento con relación a la materia en particular bajo consideración, procediendo luego al siguiente tópico. Algunos de estos círculos bereanos han demorado uno o dos años para el estudio de un solo volumen de ESTUDIOS DE LAS ESCRITURAS (SCRIPTURE STUDIES), y eso para ganar interés y provecho.*

“Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.”

—Romanos 14:5—

Todas las mentes lógicas se deleitan al llegar a una *decisión*, si es posible, con respecto a cada punto de la verdad; y el Apóstol

* Hay reuniones de este tipo que se celebran en varias localidades, y de manera más conveniente en las noches para que los amigos asistan a cada una de ellas, las que son conducidas por varios hermanos ancianos. En español no están disponibles todos los tomos.

declara que cada miembro de la Iglesia debería esforzarse por alcanzarla para sí mismo, “en su propia mente”. Sin embargo, es un error común intentar aplicar esta buena regla personal a la Iglesia o a una clase en el estudio de la Biblia, intentar forzar todo a *decidir* exactamente la misma conclusión con respecto al significado de la Palabra del Señor. Es apropiado que nosotros debamos desear que todos puedan “coincidir”, pero no es razonable esperar esto cuando nosotros sabemos que todos han caído de la perfección, no solamente de cuerpo, sino también de mente, y que estas desviaciones se dan en varias direcciones, como lo demuestran las varias formas de opiniones que se encuentran en cualquier reunión de personas. Los distintos tipos y grados de educación también son factores importantes que ayudan o dificultan la unidad de opiniones.

Pero el Apóstol, ¿no da a entender que todos nosotros debemos preocuparnos por las mismas cosas?, y que ¿todos nosotros seremos instruidos por Dios de modo que todos tendremos el espíritu de una mente sana?, y que ¿nosotros deberíamos esperar crecer en gracia y conocimiento, edificándonos los unos a los otros en la santísima fe?

Sí, todo esto es cierto, pero no se da a entender que todo se logrará en una sola reunión. El pueblo del Señor no solamente ha desarrollado diferentes opiniones, y diferencias en la experiencia o educación, sino que ellos tienen diferentes edades como Nuevas Criaturas: bebés, jóvenes, adultos. Por ello no nos debe sorprender si algunos son más lentos que otros para comprender y en consecuencia más lentos para ser completamente convencidos en sus propias mentes con respecto a algunas de “las cosas profundas de Dios”. Ellos deben captar las ideas *fundamentales*, de que todos eran pecadores, que Cristo Jesús, nuestro líder, nos *redimió* mediante su sacrificio que finalizó en el Calvario, que ahora estamos en la *Escuela de Cristo* para recibir las enseñanzas y ser preparados para el Reino y su servicio, y que nadie entra a esta Escuela excepto en la consagración de su todo al Señor. Todos deben ver estas cosas y expresar su conformidad siempre y de manera completa, de lo contrario no podríamos reconocerlos como

hermanos bebés en la Nueva Creación, pero todos nosotros necesitamos tener paciencia los unos a los otros, y tolerancia con las peculiaridades de los demás, y detrás de esto debe estar el *amor*, incrementando toda gracia del espíritu a medida que alcanzamos cada vez más cerca su plenitud.

Siendo esto así, todas las preguntas, todas las respuestas y todas las observaciones (en las reuniones en las que participan varios) deberían ser *para* toda la compañía presente (y no de modo personal para nadie ni para cualquier grupo), y deberían por ello *ser dirigidas al Presidente*, quien representa a todos, excepto cuando el Presidente pueda por conveniencia requerir que el orador encare y se dirija directamente a la audiencia. En consecuencia también, después de haber expresado su propia opinión, cada uno debe escuchar en silencio las opiniones de los demás y no sentirse llamado a debatir o a repetir su posición. Habiendo usado su oportunidad, cada uno debe confiar que el Señor guíe, enseñe y muestre la verdad, y no debería insistir en que todos deben apreciar cada punto como él los aprecia, ni tampoco como lo aprecia la mayoría. “Unidad en los puntos esenciales, caridad en los no esenciales”, es la regla apropiada que se debe seguir.

Sin embargo, coincidimos en que cada punto de la verdad es importante y que el más pequeño punto de error es injurioso, y que el pueblo del Señor debería orar y esforzarse por la unidad en el conocimiento, pero no esperamos que esto se logre mediante la fuerza. La unidad de espíritu respecto de los primeros principios básicos de la verdad es la cosa importante, y cuando esto se mantiene debemos confiar que nuestro Señor *guiará* a todos los que la posean dentro de toda verdad oportuna y necesaria para él. Es en relación a esto que los líderes del rebaño del Señor necesitan una sabiduría especial, amor, fuerza de carácter y claridad en la Verdad, de manera que al concluir cada reunión el que haya liderado sea capaz de resumir las conclusiones de las Escrituras y dejar a todas las mentes bajo su bendita influencia (expresándose de manera clara, positiva, afectuosa) pero nunca dogmáticamente, excepto respecto de los principios fundamentales.

Servicios funerarios

En ocasión de los funerales, cuando prevalece la solemnidad entre los amigos presentes, el cadáver frío y silencioso, los corazones heridos y los ojos llorosos, el crespón, etc., todos ayudan a poner de manifiesto la lección general de que la muerte no es amiga de la humanidad, sino su enemiga. Por ello, tales ocasiones son muy favorables para la presentación de la Verdad. Muchos de los que ahora están interesados en la Verdad Presente recibieron sus primeras impresiones de ésta a través de un discurso de funeral. Además, muchos que pudieran ser muy prejuiciosos, muy temerosos de oponerse a los deseos de sus amigos como para asistir a cualquiera de los ministerios regulares de la Verdad, asistirán y escucharán en tal ocasión. Por consiguiente, recomendamos que tales oportunidades sean usadas de manera tan efectiva como las circunstancias lo permitan. Cuando el fallecido es un creyente, y su familia se oponga, éste mientras esté moribundo debería hacer una solicitud de que alguien que represente la Verdad se dirija a los dolientes en ocasión de su funeral. Si el fallecido fuera un niño, y los padres están en la Verdad, no habría dudas respecto del asunto, pero si solamente uno de ellos estuviera en simpatía y el otro en oposición, las responsabilidades del asunto recaerían en el padre, aunque la esposa tendría el perfecto derecho de presentar su opinión del asunto a su esposo, y él debería dar a las sugerencias de ella la consideración razonable; no obstante, sin eludir su propia responsabilidad con Dios como el jefe de la familia.

En muchas de las pequeñas compañías hay hermanos bastante calificados para hacer un discurso interesante y provechoso, conveniente para tal ocasión, sin ninguna sugerencia por parte de nosotros ni de nadie, pero en la mayoría de los grupos pequeños de consagrados se carece del talento especial para tal discurso, y es por esta razón que ofrecemos algunas sugerencias respecto de un método provechoso de conducir tales servicios. El hermano que conduce el servicio sería preferiblemente alguien que no tenga un parentesco cercano con el fallecido, y aun si no hubiera nadie más

que un pariente cercano, no sería impropio que un hijo o un esposo o un padre conduzca el servicio. A menos que sea bastante versado con la oratoria y familiarizado con el asunto, su mejor plan podría ser adaptar a su uso particular y a la ocasión las sugerencias que se dan a continuación, escribiéndolas en forma de manuscrito, del cual él leería a los amigos reunidos. El escrito debería ser a mano o impreso, y debería ser leído varias veces en voz alta antes de intentar hacerlo en público, de manera que pueda ser tan claro y sin complicaciones y fácilmente comprensible como sea posible. Sugeriríamos además que si no se encuentra a ningún hermano competente para la ocasión, no sería impropio que una hermana haga la lectura, llevando algún tipo de cubierta en la cabeza.

Ofrecemos las siguientes sugerencias para la conducción del servicio y para un discurso en el funeral de un hermano en el Señor:

(1) Comenzar el servicio cantando algún himno apropiado con una melodía moderadamente baja del Himnario “La Aurora del Milenio” como, por ejemplo, “Roca de la Eternidad”, “Más Cerca, Oh Dios, de Ti”, “Divina Luz”, “Muchos Duermen, Pero No Por Siempre” u otro.

(2) Si cualquiera de la familia fuera miembro de las iglesias confesionales, y deseara que su ministro tenga asignada alguna parte en el servicio, lo más apropiado para esto sería que lea algunos versículos de las Escrituras sobre la resurrección, o que ofrezca una oración o ambas cosas. Si no hubiera tal requisito, omitan este punto (2) y pasen del (1) al (3).

(3) Esquema sugerido de un discurso de funeral

Queridos amigos: Estamos reunidos para ofrecer un tributo de respeto a la memoria de nuestro amigo y hermano, cuyos restos materiales estamos por dar sepultura, polvo sobre polvo, cenizas sobre cenizas. No obstante el hecho de que no haya nada más común en el mundo que la muerte y los procesos de enfermedad, dolor y aflicción que la acompañan; sin embargo, encontramos que, como seres inteligentes, es imposible acostumbrarnos a semejante

separación penosa de los lazos de amistad, del hogar, de amor, de hermandad. Aun también es penoso curar la herida como nosotros lo haremos, como lo declara el Apóstol, como cristianos, “no nos afligimos como otros que no tienen esperanza”. Y aquí, hoy en día, no podría ser más apropiado que un examen de esta magnífica esperanza, establecida ante nosotros en el Evangelio como el bálsamo de Galaad, que es capaz de sanar las aflicciones como nadie podría hacerlo.

Sin embargo, antes de considerar las esperanzas establecidas en el Evangelio (la esperanza de la resurrección del fallecido, la esperanza de una vida futura en una condición mucho más feliz que la presente) nos preguntamos: ¿Por qué necesitaríamos tal esperanza? ¿Por qué no deberíamos más bien ser eximidos de la muerte en lugar de recibir una esperanza de resurrección? ¿Por qué permite Dios que vivamos unos pocos días o años, y además llenos de dificultades?, ¿por qué somos entonces cortados como el césped que se marchita? y ¿por qué las fibras sensibles de nuestros corazones son rotas, y los planes del hogar y de la familia son alterados por este gran enemigo de nuestra raza que es la muerte, que durante los pasados seis mil años se ha cobrado, miles de millones de seres humanos, nuestros hermanos con relación a la carne, hijos de Adán? Para las mentes reflexivas no hay preguntas más interesantes que éstas.

Los no creyentes nos dicen que, siendo simplemente el grado más superior de los animales; nacemos, vivimos y morimos como las bestias animales y que no hay vida futura prevista para nosotros. Pero mientras nos estremecemos con semejante idea y somos incapaces de demostrar lo contrario mediante cualquier experiencia propia, como hijos de Dios hemos escuchado la Palabra de nuestro Padre “hablando de paz a través de Jesucristo nuestro Señor”. El mensaje de paz, que nuestro Redentor nos da como sus seguidores, no es una negación de los hechos del caso, ni una declaración de que no hay dolor ni aflicción ni muerte, sino lo contrario a esto. Él declara: “Yo soy la resurrección y la vida”. Él nos dice nuevamente que “todos los que están en sus tumbas escucharán su voz y saldrán”. ¡Ah, esta contradicción de la voz de los incrédulos

es dulce para nosotros! Nos trae esperanza, y la esperanza trae paz a medida que aprendemos a conocer y a confiar en el Padre y también en el Hijo, cuyas palabras hemos escuchado y quien está llevando a cabo los misericordiosos planes del Padre.

Pero si el Señor nos da la esperanza de una resurrección, y si el mensaje de la resurrección trae paz, descanso y esperanza, es apropiado preguntar: ¿Por qué Dios primero debería llevar al hombre a la muerte y luego más tarde, mediante la resurrección, decirle a la humanidad en el lenguaje del salmista (Salmos 90:3) “Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: convertíos, hijos de los hombres” ¿Por qué no haberlos mantenido con vida? ¿Por qué no impedir la aflicción, el dolor y la muerte? Respondemos que las Escrituras, y solamente ellas, nos dan una explicación de las condiciones actuales: ninguna otra fuente nos da la más mínima luz sobre el asunto. Su testimonio es que Dios originalmente creó nuestra raza perfecta, justa, a su propia imagen y semejanza, y que por la desobediencia de nuestros primeros padres cayeron de ese estado noble, bajo el castigo del pecado, que es la *muerte*, y que este castigo por el pecado que fue pronunciado contra el padre Adán involucra a toda su raza de un modo natural. El pecado aumentó con el devenir de las generaciones humanas y las enfermedades, el dolor y la salud de igual manera se deterioraron.

Todos hemos recibidos las enseñanzas erróneas de que el pago por el pecado del padre Adán, la maldición, el castigo, debía ser tormento eterno, que nosotros y por lo tanto toda la humanidad heredamos ese indescriptible castigo como resultado del pecado original, y que solamente los que se convierten en seguidores de Jesús, santos consagrados, escaparán de ese tormento eterno. Pero, queridos amigos, nosotros encontramos que la Palabra de Dios no favorece ese plan tan irracional, injusto y falto de afecto, y que las Escrituras establecen muy claramente, por el contrario, que la paga del pecado es la *muerte*, que la vida eterna es la *dádiva* de Dios, y que nadie puede tener esta *dádiva* excepto aquellos que llegan a estar unidos de manera vital con el querido Hijo de Dios. En consecuencia, vemos que, ya que el perverso no recibirá la vida

eterna, ellos no podrían sufrir la miseria eterna. La declaración de las Escrituras es muy sencilla y muy razonable: “Jehová guarda a todos los que lo aman, mas *destruirá* a todos los impíos.” (Salmos 145:20).

Noten cuán claramente fue establecido esto para el padre Adán cuando él fue puesto a prueba, y nuestro Padre Celestial sentenció lo que sería el castigo proveniente de su cólera justificada por su desobediencia. La declaración es que el Señor hizo abundantes provisiones para nuestros primeros padres en los diversos árboles frutales en el Paraíso, y simplemente los puso a prueba con respecto a la obediencia al prohibirles que coman o aun prueben o toquen el fruto de un árbol en particular. Esta desobediencia fue lo que acarreó la exclusión del Paraíso, la exclusión de los árboles (bosque) de la vida, y en consecuencia los condujo gradualmente a las condiciones de muerte que aun prevalece, para todos es sabido que el promedio de vida humano hoy en día es mucho menor que el del padre Adán, quien “vivió novecientos treinta años”.

Las palabras del Señor como se presentan en el libro de Génesis son: “el día que de él comieres, ciertamente morirás”. Este “día” el Apóstol Pedro nos explica, fue un día del Señor, con respecto a lo que él dice: “No ignoréis esto: que para con el Señor, un día es como mil años y mil años como un día”, y fue en este “día” que Adán murió, y nadie de su posteridad ha vivido nunca un día completo de mil años. Después de la trasgresión de Adán, las palabras del Señor de condena muestran muy claramente que él no tuvo la intención de atormentar a sus criaturas y que la maldición no se extendió más allá para la destrucción de la presente vida y de las tribulaciones inherentes relacionadas con la condición de muerte. La expresión del Señor de maldición para Adán fue “con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás.” (Génesis 2:17; 3:19; 2 Pedro 3:8).

Ciertamente es una gran causa de regocijo el darse cuenta que la terrible doctrina del tormento eterno, con su imposición, no solamente sobre nuestros primeros padres, sino sobre todos los de

su raza, todos sus hijos, es una falsa doctrina que no nos llegó de la Biblia, sino de la “Edad de las Tinieblas”. No está en la declaración del Señor en ningún sentido de la palabra. Escuchemos la explicación del Apóstol Pablo sobre el asunto, en completo acuerdo con el relato del Génesis. Él dice en Romanos 5:12: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. ¿Qué podría ser más razonable o sensato o más satisfactorio que esta divina explicación de la muerte?, que es el resultado del pecado; que nuestro padre Adán, cuando fue procesado, perdió todos sus derechos y privilegios por desobediencia y cayó bajo esta maldición de enfermedad, dolor, aflicción, dificultades y muerte, y que nosotros, sin haber sido procesados (siendo inútil procesarnos a nosotros que hemos heredado las tendencias y debilidades pecaminosas) somos partícipes de esta misma sentencia divina contra el pecado; a saber, la *muerte*, y estamos, como raza, decayendo gradualmente en debilidad, enfermedad, dolor y dificultades hacia la tumba.

La explicación es satisfactoria para nuestro criterio, y explica el hecho de que el bebé de una hora, un día, una semana o un mes ya comparte el proceso de dolor y de muerte así como aquellos que viven unos cuantos años más y participan personalmente en la trasgresión de las leyes de rectitud. “He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” es la declaración de las Escrituras sobre este punto. “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”.

Pero ahora, ¿dónde está la esperanza? ¿Qué ayuda puede haber para una condición tan triste? ¿Qué se puede hacer para aquellos que están ahora sufriendo aflicción y muriendo, en todo el mundo, y qué se puede hacer para los miles de millones que ya han caído en la prisión de la muerte? Respondemos que ellos ciertamente no pueden hacer nada por ellos mismos. Seis mil años de esfuerzo humano para salir por sí mismos de la enfermedad, dolor y muerte han demostrado incuestionablemente, lo completamente infundado que son cualquiera de las esperanzas de ese tipo. Aquellos que ejercen la esperanza deben hacerlo

apreciando al Señor, el Dios de nuestra salvación. Él ha propuesto una salvación, y la Biblia es la revelación del glorioso plan de todos los tiempos que Dios está llevando a cabo, paso a paso. El primer paso fue el de la redención, el pago del castigo que fue en contra nuestra, el castigo de la muerte. Fue pagado por nuestro Señor Jesús, quien “murió, el justo por el injusto, que él podría habernos llevado hasta Dios”. Nadie que pertenezca a la raza condenada podría tanto como redimirse así mismo, y desde luego sin duda, como lo indicó el profeta: “Nadie podría dar a Dios un rescate por su hermano”. Pero el pecado del hombre se convirtió en la oportunidad de Dios, y él envió a Jesús, quien dio su *vida incólume* por nosotros, que fue “santa, inofensiva, separada de los pecadores”. Esta vida que Dios acepta como el correspondiente precio y compensación para la vida condenada del padre Adán, y así nos vale para todos nosotros que somos parte de los hijos de Adán, porque nosotros no estuvimos condenados por *nuestra propia* cuenta, sino “por la desobediencia del hombre”, de aquí que Dios puede ser justo y puede librarnos por medio de la obediencia y el rescate de Jesucristo, nuestro Señor. De él se ha escrito que “el cual se dio a sí mismo, en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” (1 Timoteo 2:6).

Queridos amigos, entretanto démonos cuenta, que nuestro Señor Jesús no redimió simplemente a la Iglesia, sino como lo establecen claramente las Escrituras, “Y él es la propiciación (sacrificio) por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros *sino también por los de todo el mundo*” (1 Juan 2:2). ¡Demos gracias a Dios!, que nosotros tengamos un fundamento para la buena esperanza que, como el Apóstol sugiere, permite que no suframos tanto como los que no tienen esperanza o los que tienen una esperanza poco sólida, que no está basada en las declaraciones positivas de la palabra de Dios.

Pero alguien puede decir que fue hace mucho que Jesús murió. ¿Por qué se permite que el pecado y la muerte reinen y devoren a la familia humana? Nosotros respondemos que Dios retrasó el envío del *sacrificio* por cuatro mil años, y aun retrasa el envío de la bendición que fue prometida por éste, que en última

instancia resultará, cuya bendición estará asegurada en la “debida hora” de Dios. El objetivo del retraso, como lo explican las Escrituras, es doble:

Primero, permitir el nacimiento de un suficiente número de miembros de la familia humana que sean apropiados para llenar o poblar toda la tierra, cuando sea llevada a la perfección del Edén, y como un todo sea el Paraíso de Dios restaurado en una mayor y más grandiosa escala. En la actualidad, estos ganan experiencia con el pecado y la muerte, y aprenderán una muy importante lección, a saber, lo excesivamente dañino del pecado y su inconveniencia. Tan pronto como la hora del Señor venga, la cual nosotros creemos que no está muy distante, él cumplirá su promesa y establecerá su Reino en el mundo, que atará a Satanás, restringirá todos los poderes e influencias que hoy están operando mediante el pecado y la muerte, y causarán que el conocimiento del Señor llene toda la tierra. Así Cristo bendecirá a la familia humana y la elevará paso a paso, hacia la gran perfección en la que fue creada, a la imagen de Dios como lo representaba el padre Adán. Este periodo de bendición es llamado el Reino del Milenio y fue por esto que el Señor nos enseñó a orar: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 4:2). Requerirá todo lo de este día de mil años, de bendición y restitución, para establecer la rectitud sobre una base firme en la tierra y para poner a prueba a la humanidad, para establecer qué seres humanos, mediante la obediencia a Cristo, pueden ser considerados como dignos de la vida eterna, y quiénes, a causa de la preferencia por el pecado, serán sentenciados a la Segunda muerte: “la destrucción eterna lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”. Estas bendiciones de la edad del Milenio se aplican no solamente a los miles de millones que ahora viven en la tierra, sino también a los miles de millones que se han ido a la tumba, la gran prisión de la muerte, de la cual nuestro Señor Jesús los llamará hacia las oportunidades del Reino, como él declara: “Y tengo las llaves de la muerte y el Hades.” (Apocalipsis 1:18).

En segundo lugar, queridos amigos, el Señor ha retrasado la venida de la bendición general y de las oportunidades para el

mundo, ya que nuestro Señor nos redimió, para que durante esta Edad Evangélica él pueda reunir, de entre la humanidad, a quienes él ha redimido, un “pequeño rebaño”, una clase “elegida”, discípulos, seguidores, santos. Él está buscando así “un pueblo peculiar”, “un Sacerdocio Real”, para que se asocien con él en ese Reino del Milenio, no para que participen con el mundo en la restitución de las condiciones terrenales, aunque perfectas, grandiosas y gloriosas, y para un hogar Edénico, aunque deseable, pero en todavía un mayor favor, de ser como su Señor, seres espirituales, partícipes de la naturaleza divina, muy por encima de los ángeles, principados y poderes, y partícipes de su gloria. ¡Qué maravillosa esperanza es ésta, y cuán inspiradora para los corazones de todos quienes han escuchado la invitación y que se han convertido en discípulos, en seguidores de Jesús, y que están buscando seguir sus pasos, como él nos ha puesto como ejemplo! ¡Qué bendición será alcanzada para tal gloria, honor e inmortalidad como es ofrecida a la Iglesia en la Primera Resurrección! y qué gran privilegio será el ser asociado con nuestro Señor al dispensar los favores divinos a toda la creación gimiente. ¡Venir al agua de la vida, y participar de esto libremente! Sí, en ese entonces en el Reino, el Espíritu y la Novia dirán “Ven” (porque habrá una Novia, el matrimonio del Cordero que tendrá lugar al final de esta Edad Evangélica), “Y el que quiera tome el agua de la vida gratuitamente.” (Apocalipsis 22:17). ¿No son éstas dos buenas razones por las que Dios retrasó el envío de la bendición tan pronto como fuera finalizado el sacrificio de redención en el Calvario? Con seguridad podemos nosotros regocijarnos en el retraso, y en nuestra consecuente oportunidad de ser llamados y de hacer firme nuestra vocación y elección.

Queridos amigos, ésta es una breve declaración de las gloriosas esperanzas que animaron a nuestro querido hermano(a) en cuya memoria lo honramos hoy día. Estas esperanzas fueron como un ancla para su alma, que le permitió permanecer firme en el lado del Señor y ponerse de parte con aquellos que siguen las pisadas del Maestro, y que buscan llevar su cruz diariamente al seguirlo. Nuestro hermano tuvo cualidades nobles, que sin duda

muchos de ustedes recuerdan, pero no estamos basando nuestras esperanzas y alegrías en la suposición de que él fue perfecto, sino en nuestro conocimiento de que Cristo Jesús fue su perfecto Redentor, y que él confió en él, y que todo aquel que confíe en él nunca será avergonzado, sino que será convertido en conquistador. Sin duda nuestro querido hermano tiene cualidades estimables que todos nosotros podríamos copiar, pero no necesitamos tomar ningún modelo terrenal. Dios mismo nos ha dado en su Hijo un glorioso ejemplo, que todos nosotros, como nuestro querido hermano, debemos esforzarnos por copiar. Hacemos bien en no mirar a los demás, sino a una copia perfecta, Jesús. Hacemos bien en pasar por alto las imperfecciones naturales que toda la humanidad tiene a raíz de la caída, y recordar que todas éstas están cubiertas, por los que son seguidores del Señor, por el manto de su justicia, de modo que somos “aceptados en el Querido Hermano Jesús”.

Queridos amigos, finalmente aprendamos una lección sobre la brevedad de la presente vida, y que mientras Dios tenga grandes bendiciones guardadas para el mundo, nosotros, que ya hemos escuchado de su gracia y salvación en Jesús, tenemos privilegios especiales, oportunidades especiales y en la misma medida responsabilidades especiales en relación con nuestro conocimiento. Como lo declara el Apóstol: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3). Si nosotros esperamos estar con el Señor y compartir su gloria y ser sus asociados en su trabajo en el futuro, sabemos que esto significa que nuestros caracteres deberán ser transformados, que nuestros corazones deben ser renovados, que nosotros debemos llegar a ser no solamente puros en corazón, esto es, en intenciones, en voluntad, en propósito hacia Dios, sino también, en palabra y en hechos, tan cerca como la mente pueda ser capaz, bajo varias circunstancias, para controlar estos cuerpos, imperfectos a causa de la caída. No solamente debemos recordar morar en Jesús y bajo la vestidura de su mérito, sino también cultivar en nuestros corazones las gracias de su Espíritu, y las buenas resoluciones son una gran ayuda en esta dirección. Por ello, permitámonos declarar

de nuevo bajo estas solemnes circunstancias y con estos pensamientos, ante nuestras mentes, que en lo que nos concierne, nos esforzaremos de aquí en adelante para seguir más cerca los pasos del Maestro y para dejar que la luz de su verdad y gracia brille cada vez más a través de nuestras vidas. Esforcémonos por que el mundo sea mejor y más feliz, por cada día que vivimos en éste, y que, hasta donde podamos nosotros, glorificaremos a Dios en nuestros cuerpos y espíritus que son suyos. Amen.

(4) El discurso puede ser seguido de una oración, que debería ser hecha por el orador mismo o por algún hermano competente en la Verdad. Un ministro de otra religión *nunca* debería ser llamado a orar *después* del discurso. Él estaría seguro de orar a los hombres y no a Dios, y de tratar de destruir en las mentes de la audiencia cualquier buen efecto que haya sido producido por el discurso. En la oración se debería dar gracias a Dios de manera especial por su gracia en Cristo Jesús, y se debería pedir su bendición sobre todos los presentes y particularmente sobre los deudos.

(5) El servicio puede ser cerrado de manera apropiada con uno o dos himnos adecuados, como lo sugerido previamente.

(6) Recomendamos unas cuantas palabras de oración en el lado de la fosa después de que el féretro haya sido enterrado.

Variaciones en el discurso, para adaptarse a las diversas circunstancias

El discurso de arriba desde luego sería igualmente apropiado para una hermana, al sustituir la palabra “Hermano” por “Hermana”, pero en el caso de una persona mundana o de alguien que no profesa una completa consagración al Señor, sería necesario hacer varias enmiendas, tales como lo que fácilmente se sugeriría a cualquier persona competente para dar tal discurso.

En el caso de un niño, si fuera de padres creyentes o no creyentes, el discurso podría ser variado para adaptarse, haciendo referencia al difunto como “nuestro joven amigo, cortado del brote de la condición de hombre o de mujer por la sombra de la muerte”, o si fuera un bebé, el texto que podría ser tomado sería “Reprime

del llanto tu voz, y de las lágrimas tus ojos; porque salario hay para tu trabajo, dice Jehová y *volverán de la tierra del enemigo*” (Jeremías 31:15-17). En tal caso, sería apropiado enfatizar el indiscutible hecho de que los niños de edad inmadura no cometen pecado para muerte, y que así se verifica la declaración de las Escrituras, que fue por la desobediencia de un solo hombre y no por la desobediencia universal, que el pecado entró en el mundo, con la muerte como su resultado o penalidad.

Diezmos, colectas, etc.

Hasta donde sabemos, ninguna de las pequeñas compañías del pueblo del Señor de “este camino” (Hechos 22:4) hicieron colectas públicas. Desde las primeras recomendaciones, hemos abogado por la evitación de hacer colectas públicas, no porque creamos que haya algo pecaminoso en el procedimiento ni tampoco porque haya algo en las Escrituras que lo condene sino porque el dinero en cuestión ha sido convertido en algo tan importante a través de la Cristiandad por todas las denominaciones que, en nuestra opinión, el evitarlo iría a favor de la gloria de Dios. Las personas que durante toda su vida han sido acosadas por dinero tienden rápidamente a creer que la predicación y enseñanza, etc., se realiza solamente por ingresos económicos.

Las Escrituras no solamente insinúan que la mayoría de los fieles del Señor serán de los pobres de este mundo, sino que nuestra experiencia da fe, que no hay muchos ricos, ni muy grandes, ni muy nobles, sino “principalmente los pobres de este mundo, ricos en fe”. Estamos seguros que algunos de estos que vienen a las reuniones en las que se defiende la Verdad Presente, tienen un sentimiento de alivio en la ausencia del espíritu mundano y acaparador de dinero; y en algunos casos, al menos este aspecto ha hecho que confíen en la Verdad. Aquellos cuyos ojos se han abierto a la luz de la Verdad Presente han sido poseídos por un fervor y una energía en el servicio de la Verdad, y un deseo muy grande de dejar que su luz brille para la gloria del Padre y del Hijo, que muchos cristianos poco entusiastas se inclinan a preguntarse:

¿Cuál es el motivo? ¿Cuál es el objetivo? ¿Cómo esto te pagará o qué ventaja te trae, que tu debas buscar que yo me interese, que tu debas prestarme libros o gastar tu tiempo en esforzarte por llamar mi atención hacia estos temas bíblicos? El hecho de venir a las reuniones y de encontrar que aun las colectas usuales y los acreedores están ausentes, estos que preguntan son los más convencidos de que ha sido el Amor, por el Señor, por su Verdad y por su rebaño, lo que ha inspirado los esfuerzos realizados para llevar la Verdad. Aun cuando algunos estén inclinados a ser prejuiciosos en contra de la Verdad, estas evidencias de sinceridad y de un espíritu divino de benevolencia y generosidad hacen que ellos se consideren a sí mismos como las manifestaciones del Espíritu del Señor, el espíritu de amor.

Pero mientras se aboga por este principio y se le recomienda a todos los del pueblo del Señor en todas partes, es nuestro deber, por otro lado, llamar la atención sobre el hecho que, sin embargo, cualquiera podría ser innoble, egoísta y mezquino en el momento de su aceptación y su consagración al Señor, Él no podría permanecer identificado con “la Iglesia cuyos nombres están inscritos en los cielos” ni con el Señor, la cabeza de esa Iglesia, sin lograr una considerable victoria sobre su actitud egoísta. Sabemos bien que el egoísmo y la avaricia son extrañas al Espíritu de nuestro Padre Celestial y de nuestro Señor Jesús y deben por ello ser extrañas a todos los que sean, reconocidos como hijos de su Padre, todos los que deban tener la semejanza de la familia, la principal característica de la cual es el amor y la benevolencia. Si por herencia o por un entorno y una educación desafortunada, el espíritu de la maldad se ha desarrollado en la carne mortal de cualquiera que ha sido aceptado como miembro de la Nueva Creación, él encontrará prontamente un conflicto en este sentido. Como lo insinúa el Apóstol, la mente de la carne luchará en contra de la mente del espíritu, la Nueva Criatura, y la mente renovada debe ganar la victoria si en última instancia alcanzan la codiciada posición entre los vencedores. El egoísmo y la maldad deben ser vencidos, la devoción, la libertad y la generosidad, de corazón y de hecho, deben ser cultivadas de manera diligente. Aun en su día de

muerte, tales personas pueden ser obligadas a luchar con la carne, pero no debe haber preguntas acerca de la actitud de la mente, la nueva voluntad; y aquellos que mejor se conocen seguramente percibirán en su conducta las evidencias de la victoria de la mente nueva sobre la mente egoísta y carnal.

Por ello, nuestro pensamiento en relación con el hecho de evitar las colectas y todos los asuntos financieros en las asambleas de la Iglesia es de *no* desalentar las donaciones. Hasta donde podemos observar, aquellos que dan al Señor más abundantemente, más entusiastamente, más alegremente, son los más bendecidos por parte de él en los asuntos espirituales. Se podrá observar que no estamos limitando la expresión, “Porque Dios ama al dador alegre”, a dádivas monetarias; sino que incluyen todas las dádivas y sacrificios que el pueblo del Señor está privilegiado a presentar en el altar del sacrificio, y que Dios nos informa que él está complacido en aceptar a través del mérito de nuestro querido Redentor. Ciertamente, en cualquier lugar y momento en que se nos haya presentado la pregunta: ¿Debería dedicarme a mi negocio y así ser capaz de dar en mayor proporción del producto de mis manos y de mi intelecto por la diseminación de la verdad?, o ¿debería mejor estar contento con la menor habilidad y servicio en esta dirección al tomar otro rumbo que me permitiría dar más de mi tiempo y personalidad a los intereses de la Verdad y su divulgación entre los amigos y vecinos, etc.?, nuestra respuesta universal ha sido que nosotros deberíamos considerar que nuestro tiempo e influencia dados al servicio de la Verdad son aun más apreciados desde el punto de vista del Señor que las donaciones de dinero.

De aquí que si uno posee talento para presentar la Verdad, y también de talento para generar dinero de manera legítima, nuestro consejo sería que se debería ejercer ambos talentos de manera equilibrada, de modo que se pueda dar tanto tiempo, atención y energía como sea posible para el ejercicio de su aun mayor talento de ministrar la Verdad. Y esto se aplicaría también a los ministerios de la Verdad a través de textos impresos, repartición de textos, etc.

“Más bienaventurado es dar que recibir”, es un axioma que todo el pueblo del Señor que ha alcanzado algún buen grado de desarrollo en la semejanza divina puede apreciar de buena manera. Dios es el gran Dador, él está dando de manera continua. Toda la creación en todos sus aspectos es el resultado de esta benevolencia por parte de Dios. Él dio a su Hijo Unigénito. Él ha dado a los hijos angelicales innumerables bendiciones. Él ofreció a nuestra raza, en la persona del padre Adán, la bendición de vida y las abundantes bendiciones de este mundo, que aun en su actual condición de caída y de degradación, son maravillosas. Él no solamente nos proporciona nuestros sentidos, por los que nosotros podemos notar los olores y sabores placenteros, bellos colores y combinaciones de estos, etc., así también él ha proporcionado en la naturaleza, maravillosamente y copiosamente, para la gratificación de estos sentidos: frutas y flores, piedras preciosas y cielo estrellado, él no ha escatimado en otorgar sus dádivas amorosas al hombre mortal.

Y cuando contemplamos las bendiciones que Dios tiene en reserva para el “rebaño pequeño”, la Nueva Creación, como nos revela en su Palabra, reconocemos que éstas son sumamente abundantes, más de lo que nosotros podríamos haber pedido o pensado. “Cosas que ojo no vió ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado a los que le aman. Pero Dios nos la reveló por el Espíritu”. Por ello, la benevolencia o las donaciones, la asistencia, la bendición a los demás son parte de la Divinidad. Entonces, ¿qué maravilla que podamos apreciar el espíritu dador como algo más superior que recibir?

A medida que aprendamos a apreciar las cosas espirituales, y que estemos en hermandad con el Señor, y seamos partícipes de su Espíritu, y el espíritu del amor y de prodigalidad y de generosidad sea derramado en nuestros corazones, en la misma proporción nos encontramos deleitándonos haciendo el bien a todos los hombres, especialmente a la familia de la fe. El amor en nosotros, como en nuestro Padre Universal, no buscó simplemente su propio interés y bienestar, sino que está continuamente en alerta para notar cómo

las bendiciones pueden ser conferidas también a sus criaturas, cómo las vidas de los demás pueden ser alegradas y alentadas, cómo pueden ser reconfortados en sus aflicciones y asistidos en sus necesidades. Ciertamente, es a medida que esta nueva mente es derramada en nosotros, a medida que somos transformados mediante la renovación de nuestras mentes y cambiados de gloria en gloria, es que llegamos a apreciar el gran trabajo que Dios ha planificado para nosotros en el futuro, el trabajo divino de bendecir a todas las familias de la tierra, de ser sus agentes en la distribución de los obsequios celestiales que él ha proporcionado para todos los que llegarán a un acuerdo con él. Por ello, las Nuevas Criaturas encuentran que a medida que ellos crecen en gracia, mientras aprecian aun las glorias personales prometidas, ellos llegan a pensar de manera más particular en los privilegios que serán suyos a través de su herencia conjunta con su Señor, de dedicarse a la restitución y todas sus bendiciones multitudinarias a la pobre creación gimiente, elevando a tantos de ellos como puedan hasta la perfección humana de la que todos cayeron en Adán.

Este espíritu de amor, este deseo de dar, de ayudar a los demás, a medida que crece en nuestros corazones, nos conduce no solamente a la generosidad de pensamiento respecto de los demás, sino también a la generosidad de conducta, a la buena voluntad de sacrificar nuestro tiempo e influencia a favor de los demás, de modo que ellos puedan ser bendecidos con la luz de la Verdad Presente, como hemos sido bendecidos. Y este mismo espíritu nos conduce, si no tuviéramos el talento para enseñar o exponer, a usar nuestras actitudes de tiempo y oportunidad para la distribución de folletos, etc., con una palabra oportuna, aunque breve. Y nos conduce además, si también tenemos bendiciones económicas, a usarlo en el servicio del Señor, para la proclamación del Evangelio. Ciertamente, creemos que el Señor aprecia hoy en día, tanto como apreció el espíritu que estuvo en la pobre viuda que arrojó dos moneditas en el tesoro del Señor y cuya abnegación, exhibida en esta pequeña ofrenda, nuestro Señor la declaró dentro de su estimación y por ello en la estimación del Padre, como una persona generosa en lo más profundo de su corazón: “Más ésta, de su

pobreza hecho todo el sustento que tenía” (Lucas 21:4). Por ello, en su camino ella estuvo trabajando por la causa en el mismo sentido que nuestro Señor. Él estuvo dando, no simplemente una vida, sino entregando su vida misma, cada día, cada hora, en el servicio de los demás; y finalmente en el Calvario, completando su misión divina.

Hemos estado inclinados a preguntarnos por qué nuestro Señor no alertó de algún modo a la pobre viuda que ella estaba haciendo más de lo que debía, pues tenía solamente dos moneditas, debió haberlas guardado al menos una de ellas, para sus necesidades. Si hubiera sido otro, aparte del Señor o de uno de los apóstoles, quien se diera cuenta de este acto de desprendimiento y lo permitió, sin expresar una palabra de advertencia en relación a esto, nos habríamos sentido perfectamente libres de haber hecho esa advertencia. Pero en general, presumimos que muy pocos requieren advertencias en el sentido de la autopreservación. Muy pocos requieren ser prevenidos de dar toda su vida. Pueden haber algunos, pero estamos seguros que sería cierto con aquellos pocos, como con la pobre viuda, que el Señor los recompensará por lo que estaríamos inclinados a considerar su gran generosidad. “Hay quienes reparten y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza” (Proverbios 11:24).

Ya que el Señor no ha establecido ninguna ley sobre su pueblo con respecto a su benevolencia, sino que ha dejado el asunto abierto para los que han consagrado *su todo* a él, es evidente que él intenta que su consagración sea medida por medio de su conducta, sus sacrificios, sus abnegaciones. Luego, la pregunta apropiada llega a cada uno de nosotros de manera individual, ¿Hasta qué punto yo debería dar mi tiempo, mi influencia, mi dinero al Señor? Nosotros respondemos que si la interrogante viene de alguien que ha hecho una *completa* consagración de sí mismo, y se ha convertido en una Nueva Criatura, no puede haber sino una sola respuesta, a saber, que no tenga nada que *dar*, ya que ha *dado* todo lo que tiene al Señor. Si mantuvo algo consigo, no hizo una completa consagración y puede

tener la seguridad de que no tiene la completa aceptación del Señor.

Pero, admitiendo que hemos dado todo al Señor, ¿cómo determinaremos la voluntad divina con respecto a nuestra realización de esta dádiva? Respondemos que cada uno debe considerarse ante el Señor como el *administrador* de su propio tiempo, influencia, dinero, etc., y cada uno debe buscar usar estos talentos con lo mejor de su habilidad, para gloria del Maestro. Y ya que él recibió el privilegio del trono de la gracia, esto significaría que si él está en duda respecto del uso de estos talentos, él puede pedir de Dios quien le dio su sabiduría generosamente, que también lo guíe en estos asuntos. Guiado por esta sabiduría, a medida que su amor y fervor por el Señor crecen día a día por medio del conocimiento de la Verdad y el logro de su espíritu, él se encontrará dando más y más de su tiempo, de su influencia, de los medios que estén a su disposición, para el servicio de la Verdad, y planificar, cómo él puede reducir sus diversas obligaciones personales y familiares de modo que sea capaz de incrementar sus ofrendas y sacrificios.

Como es bien sabido, Dios instituyó con los judíos un sistema de diezmos, bajo el cual la décima parte de todo el incremento de riqueza, ya sea de granos o vegetales o manadas o rebaños o dinero, era separada para ser usada solamente en propósitos sagrados. Pero esto fue sólo un arreglo para “la casa de los *siervos*”. El Señor ha dejado “la casa de los *hijos*” sin ninguna ley o regulación. ¿Esto implica que él espera menos de lo hijos que de los siervos? No, en verdad, el hijo que esté menos interesado en los asuntos de su padre que el siervo sería indigno de su lugar como hijo, y ciertamente lo perdería; se encontraría a otro que posea más del verdadero espíritu de hijo. En el caso de la casa de los hijos, se consagra *todo* y no simplemente un *décimo*, *todo* se sacrifica y *todo* debe ser usado cuando la oportunidad nos indica en los servicios para el Señor y para su causa. Así estamos procediendo

de manera continua, entregando nuestras vidas, nuestro todo, en el servicio de la Verdad.*

El Apóstol llama nuestra atención sobre esta lección en su carta a los Filipenses 4:17, asegurándonos que sus donaciones voluntarias eran útiles y apreciadas, él dice: “No es que busque dádivas, sino busco frutos que abunde en vuestra cuenta”. Él supo de manera tan segura como ellos habían sido engendrados del Espíritu Santo y empezaría a producir los frutos de las buenas acciones y de la benevolencia, y que cuanto más esta benevolencia era evidente, tanto más él tenía demostración de su crecimiento espiritual, que era la cosa que él realmente deseaba. Y así es hoy en día. El Señor nos informa que todo el oro y la plata son suyos, y el ganado que está sobre mil colinas. Él realmente no necesita nada de nuestros esfuerzos, nada de nuestro dinero; sino más bien para nuestra ventaja, nos ayudará en nuestro desarrollo, él permite que su trabajo esté en condición tal que tendrá necesidad de todos los esfuerzos de aquellos que son verdaderamente suyos, y de todos los medios que ellos estuvieran dispuestos a usar en sus esfuerzos para glorificarlo.

¡Cuán llena de gracia es esta disposición! ¡Qué bendiciones ya han llevado estos privilegios al querido pueblo del Señor! No dudamos que ellos continuarán con nosotros hasta el final de nuestro singular rumbo, con la intención de que todos podamos tener el privilegio bendito de ofrecer nuestros talentos, sean los que fueren en el servicio del Señor. Así pues, exhortamos a que, después del ejemplo de la pobre viuda y sus dos moneditas, no haya nadie tan pobre que no pueda mostrar al Señor el deseo de su corazón. El juicio de nuestro Señor parece ser, como se expresa en una parte, que el que sea fiel en pocas cosas será fiel en grandes y mayores oportunidades, y para tal, es que él estará inclinado a dar, no solamente las grandes oportunidades del futuro, sino también las grandes oportunidades del presente.

* Las obligaciones del consagrado con sus familias, y cómo esto tiene que ver con la devoción de su *todo* al Señor, se considera en el Cap. XIII.

Nuestro consejo es que la cuestión del dinero sea dejada, hasta donde sea posible (y nosotros creemos que es *en general*), fuera de consideración de las reuniones de la Iglesia. Aconsejamos que el Espíritu del Señor sea cultivado, y que mientras habite abundantemente, cada uno estará ansioso de hacer su parte para con la reunión, no solamente los gastos corrientes para el mantenimiento de la Iglesia (quizás renta, u otros gastos) sino que estará ansioso también de hacer lo que pueda con relación a la diseminación de la luz que está bendiciendo su propia alma, a otros que todavía están en la oscuridad. Aconsejamos en este mismo sentido que el dinero no sea solicitado a los extraños, aunque no conocemos ninguna razón por la que el dinero ofrecido por los extraños deba ser siempre rehusado. Al menos sería una indicación de su simpatía y sin duda los llevaría, en el presente o en la vida futura, a algún reconocimiento y recompensa de él que declaró que aun una copa de agua fría dada a uno de sus discípulos en su nombre de ningún modo quedaría sin su recompensa. (Mateo 10:42, Marcos 9:41).

Estudio VII

LA LEY DE LA NUEVA CREACIÓN

DAR UNA LEY IMPLICA QUE SE PUEDE OBSERVARLA — LA LEY DIVINA TAL COMO FUE ESCRITA AL PRINCIPIO — UNA LEY DE VIDA NO SE PODÍA DAR A LA RAZA CAÍDA — LA REDENCIÓN NO VIENE DE LA LEY SINO DE LA GRACIA — EL PACTO DE LA LEY CUMPLIDA Y EL NUEVO PACTO SELLADO POR EL SACRIFICIO ÚNICO DE CRISTO — LA LEY DE SINAÍ DADA A ISRAEL SEGÚN LA CARNE SOLAMENTE — LA LEY DEL NUEVO PACTO — EL MANDAMIENTO BAJO EL CUAL LOS SANTOS SON DESARROLLADOS — LA NUEVA CREACIÓN SEPARADA Y DISTINTA EN SUS RELACIONES Y EN SU PACTO CON DIOS — EL CRECIMIENTO EN LA APRECIACIÓN DE LA LEY PERFECTA — CORRER HACIA EL FIN Y MANTENERSE FIRME ALLÍ — LA REGLA DE ORO — LA LEY PERFECTA DE LA LIBERTAD

Cuando cualquier autoridad competente promulga una ley, esto implica la capacidad para aquel que la recibe de observarla, o que algunas disposiciones han sido tomadas para ajustar los casos de infracción. El hecho de promulgar una ley presupone la posibilidad de su violación; es por eso que una ley siempre implica penalidades. En el caso del padre Adán que, nos dicen, fue creado a la imagen y a la semejanza de Dios, y sobre quien vino una sentencia o una maldición a causa de su desobediencia a la voluntad divina, deducimos que es necesario que una ley se le hubiera dado y que ella hubiera sido suficientemente explícita, de otro modo no habría podido ser condenado justamente como transgresor por su Creador. Se nos informa claramente que el pecado cometido en Edén fue la desobediencia a un mandamiento divino. La equidad de la sentencia de muerte que azotó a Adán, y que mediante él, se extendió de manera natural a su posteridad, implica que había comprendido la ley a la cual estuvo sometido, y que la transgredió con conocimiento de causa, si no, la culpa se habría pertenecido al dispensador de la ley. Es también evidente que Adán estaba en el estado de recibir la ley divina y de someterse a ella, que no había ninguna disposición tomada para ajustar las infracciones de esta ley — ningún mediador — pero

como resultado de la violación de la ley, el pleno castigo le azotó.

Ningún relato se nos informa que el Creador les presentó al padre Adán y a la madre Eva un código de leyes grabado sobre piedra o de cualquier otro modo; así como tal codificación de leyes es común hoy a causa de las debilidades humanas, muchos son los que no pueden comprender de cuál manera Adán poseía una ley perfecta bajo la cual fue probado, pronunciado culpable y condenado. Es un error de suponer que es necesario que las leyes sean escritas de manera visible — sobre papel, piedra, etc. — y de no discernir que existe una forma más elevada aún de escribir la ley divina: el de crear al hombre en tal acuerdo con los principios de justicia como sería apropiado decir que la ley divina (la apreciación del bien y del mal) fue escrita en su organismo perfecto. Es de esta manera que la ley de Dios está escrita en su propio ser y en aquel de todas las multitudes angelicales, y de esta manera también la ley divina fue escrita en la misma constitución de Adán y de Eva. No eran propensos al pecado. Eran inclinados, al contrario, a la justicia. Eran rectos, en un medio recto y perfecto, y conscientes de sus obligaciones hacia su Creador, advertidos de sus responsabilidades de obedecer a cada uno de sus mandamientos; ellos sabían, no de manera vaga sino precisa lo que había ordenado. Por lo tanto, estaban sin excusa respecto a su transgresión. Podríamos, por misericordia, encontrarles excusas, haciendo valer su inexperiencia, etc. tocante a las sanciones, pero el hecho que no hubieran podido captar plenamente lo que constituyera estas sanciones contra el pecado no cambia en nada el otro hecho que sabían distinguir la conducta recta de aquella que no lo era. Ellos sabían que estaba bien obedecer a Dios y mal de desobedecerle, y esto completamente aparte de la apreciación que podían tener de las angustias que seguirían la desobediencia. El Apóstol confirma el relato de Génesis en todos sus detalles diciendo que “Adán no fue engañado”, que transgredió con conocimiento de causa, voluntariamente, y que así se había traído la maldición, o el castigo del pecado voluntario que su Creador le había señalado antes: la muerte.

Si miramos alrededor de nosotros hoy, encontramos que el mundo en general perdió, en una medida muy grande, esta semejanza original con Dios a la cual nuestros primeros padres fueron creados. Los hombres perdieron mucho más que una apreciación intuitiva del bien y del mal. La ley divina que había sido grabada clara y distintamente en la naturaleza humana, de gran manera, fue borrada en el transcurso de los últimos seis mil años del “reinado del pecado y de la muerte”. Por sus relaciones con algunos miembros de la familia humana, Dios, de un modo importante, ha reanimado la ley original en muchos corazones, volviendo a trazar más o menos profundamente diversos rasgos característicos de la rectitud, y sin embargo, hasta en las personas más civilizadas y más cristianizadas, nadie se atreve a confiar sin reserva en su propio juicio sobre diversas preguntas, en cuanto a lo que es correcto o no. Pues, aún necesitamos tener delante de nosotros ciertos modelos divinos a los cuales podemos ir, y según los cuales podemos corregir nuestras estimaciones del bien y del mal, y aproximarlos cada vez más al modelo divino. Sin embargo, hasta entre los pueblos más degradados del mundo pagano, encontramos frecuentemente rudimentos de conciencia y ciertas concepciones más o menos crudas del bien y del mal. Éstos son los restos pervertidos y distorsionados de la ley original de la existencia del hombre, según la cual fue creado al principio a “la imagen de Dios”. El Apóstol hace alusión a este estado de cosas entre los paganos, diciendo: “sus pensamientos acusándolos unas veces y otras defendiéndolos”. Él declara que ellos “muestran así la obra de la ley escrita en sus corazones” — restos de la ley original, pruebas fragmentarias que fueron en otro tiempo inherente en la naturaleza humana. —Rom. 2:15.

Entre los hombres, algunas leyes son hechas concernientes a los criminales, otras concernientes a aquellos que no los son: (1) leyes civiles que garantizan la vida, la paz, la libertad, etc. a los que se conforman a ellas, pero que, en cambio, amenazan a los que las violan con la prisión donde pierden la libertad y los privilegios. (2) leyes que rigen a los culpables con una severidad más grande a menos que un mejoramiento intervenga en la conducta; no obstante,

en ningún sentido de la palabra, no se les ofrecen libertades.

Así es también con la ley divina. Tenemos, primero, la ley original bajo la cual Adán fue puesto a prueba. Para comenzar, él tenía privilegios y bendiciones: vida, paz, felicidad, y todo lo que era necesario para él, y la ley se los garantizaba siempre y cuando se mantenía obediente a su Creador; en cambio, la desobediencia le valdría la pena de muerte: “Muriendo, morirás”, y esta pena se extendió a su posteridad de manera natural. En consecuencia, desde el momento de su transgresión, Adán fue un culpable, un condenado, privado de las esperanzas de la vida de las que había gozado, privado de su morada en Edén, privado de la comunión que tenía antes con su Creador. La tierra no preparada se hizo su gran penitenciaría, y la tumba su prisión perpetua. La ley que le regía anteriormente fue ahora derogada en el sentido que, en lo sucesivo, no se le ofrecía ninguna esperanza o perspectiva de vida, sino que ya le había condenado a muerte. En lo sucesivo, él no estaba más bajo la ley de vida, ninguno de sus hijos había nacido bajo esta ley de vida, o con una esperanza o una perspectiva de alcanzar la vida eterna: todos eran presos. En lenguaje figurativo, el pecado y la muerte los han capturado, son sus verdugos y sus carceleros.

Sin embargo, si la ley original no podía aplicarse más en lo sucesivo a ellos puesto que ya había expresado su venganza contra ellos, sin embargo ellos se encontraban bajo ciertas leyes naturales. Ellos encontraron así la ley que seguía operar en su condición de presos: toda violación de su conciencia, todo compromiso más profundo en lo que reconocían ser un pecado, les traían más rápido la degradación y la muerte; al contrario, ya no procuraban con cuidado seguir lo que reconocían ser correcto, ya no encontraban favorable su condición de presos, no obstante sin menor alusión a una liberación.

El Apóstol sugiere que no era posible que Dios debiera dar una ley de vida a nuestra raza caída. Fue condenada según la justicia, y siempre y cuando quedaba esta *condena*, ninguna ley se le podía dar cuya observancia pudiera asegurarle la liberación de la muerte. Antes de que alguna ley de este género se le pueda dar a la

familia humana, es necesario que la sentencia de la primera ley esté satisfecha, y que su maldición o condena sea levantada; *entonces* otras disposiciones [o arreglos —*Trad.*] podrían ser tomadas, incluso las ofertas de vida eterna bajo condiciones, pero no antes de que esta expiación por la primera transgresión y esta anulación de la sentencia hubieran sido cumplidas. El Señor hizo alusiones a su intención de obrar una expiación de este género por el pecado, a solo fin de dar a la humanidad otra oportunidad de vida eterna, en lugar de aquella que fue dada a Adán y perdida por él mismo y por todos sus descendientes. No obstante, las promesas divinas eran extremadamente vagas, justamente suficientes para originar la esperanza; es por eso que hablamos de la familia humana, de los hombres, como presos del Pecado y de la Muerte, como “presos de la esperanza” [Zac. 9:12].

Una de estas alusiones hechas a una expiación*, etc. se encuentra en las palabras del Señor en el momento en el cual él pronunció la sentencia, cuando declaró que la descendencia (o simiente —*Trad.*) de la mujer magullaría al fin, la cabeza de la serpiente (Gén. 3:15). Es en el lenguaje oscuro y figurativo que el Señor anunció la caída de las potestades del mal, la victoria que debía venir a la familia adámica y por ella. Esta descendencia de la mujer, como todos sabemos, alcanzó su cumplimiento en Cristo. Cuatro mil años después de la caída, Dios envió a su Hijo, “nacido de una mujer”, y por eso miembro de la raza condenada y identificándose con ella, “para que por la gracia de Dios, gustase la *muerte* por todos”, sufriera la *pena* por todos, derribando por cada uno el curso de la *maldición*, o la sentencia de muerte, concediéndole así a cada hombre una posición jurídica tal como pudiera permitir de nuevo que se pudiera dar una ley de vida cuya observancia llevaría a la vida eterna como recompensa.

Sin embargo, antes de que el tiempo viniera para Dios de enviar a su Hijo, y de cumplir por su medio la redención de la raza, salvándola de la maldición de la muerte, él trató especialmente con Abrahán y su familia conocida más tarde bajo el nombre de

* O propiciación, o reconciliación. —*Trad.*

Israelitas. En primer lugar, a Abrahán, Isaac y Jacob, Dios hizo promesas más o menos explícitas, informándoles sobre sus intenciones benévolas de bendecir a todas las familias de la tierra. Mensaje igual que venía del gran Juez que había condenado la raza tenía un gran significado: se trataba o de una violación de la Justicia para el levantamiento de la maldición, de la sentencia, o entonces de lo que el gran Tribunal supremo del Universo tenía un plan por el cual podía ser justo y, sin embargo, ejercer la misericordia con respecto a estos miembros de la raza que se mostrarían dignos de ella, viniendo de acuerdo con sus arreglos justos. Los Patriarcas se regocijaron de estas promesas y discernieron más o menos claramente una futura vida por una resurrección de los muertos que, no sólo sería provechosa para ellos y para su posteridad, sino que sería finalmente una bendición para cada criatura de la raza.

Fue debido a la promesa hecha a Abrahán que el Señor les dio una Ley especial a sus hijos los Israelitas, en el Monte Sinaí. Esta Ley fue el fundamento de un Pacto que él hizo con ellos. Si ellos observaran esta Ley entonces todas las promesas serían para ellos. Esta Ley fue reconocida como perfecta, justa y buena en todos sus detalles, pero ya que los Israelitas eran caídos, depravados, imperfectos, era necesario que un mediador se estableciera, a saber Moisés, y luego que un medio se encontrara por el cual las transgresiones del pueblo contra esta Ley podrían ser restablecidas típicamente una vez al año, y que así los Israelitas pudieran perseverar en sus esfuerzos para observar la Ley de generación en generación. La institución de este oficio de mediador de Moisés y de los sacrificios típicos por los pecados, etc. todo esto demuestra que el pueblo al cual fueron dados este Pacto y esta Ley, fue bien reconocido incapaz de una obediencia absoluta. Esto contrasta distintamente con el don original de la Ley en Edén, donde ningún mediador fue establecido y donde ninguna disposición fue tomada por las debilidades de la carne. Este hecho sólo nos dice, de manera irrefutable, que el primer Adán era perfecto a la imagen y a la semejanza de su Creador, y que era capaz de una obediencia absoluta a la Ley divina. También nos

informa que, en el ínterin, la raza había degenerado ampliamente, porque las disposiciones de la Ley mosaica fueron tomadas para convenir a los hombres caídos, depravados.

Además, tenemos la seguridad dada por el Apóstol que ningún judío excepto nuestro Señor Jesús nunca pudo observar la Ley, y que sólo Jesús obtuvo, o hubiera podido obtener las recompensas de este Pacto de la Ley hecha con Israel. El Apóstol declara: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” [Rom. 3:20]. Por lo tanto, esta Ley sirvió la intención doble (1) de mostrar que nadie, entre la raza caída, podía observar la Ley divina, o ser aceptable a los ojos de Dios; y (2) de declarar perfecto a nuestro Señor Jesús ya que observó la Ley, lo que ninguna persona imperfecta podía hacer. Observando así la Ley, se hizo el único heredero del Pacto hecho con Abrahán. Así fue designado como la descendencia (simiente) predicha de Abrahán, en la cual todas las familias de la tierra serían bendecidas. Este pacto, habiendo alcanzado así su cumplimiento en Cristo Jesús, se acabó, en lo que concernía la descendencia prometida que debe bendecir. Sin embargo, si echando una mirada hacia atrás, examinamos de cerca la promesa, encontramos que en ciertos aspectos, por lo menos, ella era doble: ella comprendía una descendencia espiritual e igualmente una descendencia terrestre como implica la promesa: “Tu descendencia [será] *como* las estrellas del cielo y *como* la arena que está a la orilla del mar”. —Gén. 22:17.

Nuestro Señor Jesús, habiendo cumplido el Pacto, dispone en lo sucesivo de todo lo que concierne la bendición de las familias de la tierra; pero según el plan divino bajo el cual actúa y actuará, le convendrá, al fin, emplear ciertos miembros de la descendencia terrestre, el Israel natural, como sus instrumentos o agentes terrestres en esta obra de bendición. Es por eso que el Pacto, en cuanto al Israel según la carne, no se pone a un lado totalmente, sino, como declara el Apóstol, una bendición espera al Israel natural después del establecimiento del Reino de los cielos en el segundo advenimiento del Señor. Así como dice el Apóstol: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. “En

cuanto a la elección, son amados por causa de los padres”: “Para que por la misericordia concedida a vosotros [la Iglesia], ellos también alcancen misericordia”. “Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. El pensamiento sugerido es que “vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad”, y que así Jacob — Israel según la carne pueda cooperar finalmente en la bendición del mundo. —Rom. 11:26-32.

Vemos por lo tanto que, hasta en el primer advenimiento de nuestro Señor, el mundo era sin ley, excepto la ley general de la naturaleza, la ley de nuestra condición de caída y de cautiverio, la que declara que podemos acelerar nuestras dificultades sin poder evitarlas, la ley que declara que si la muerte está segura a causa de la sentencia original, y si no podemos esperar a escapar de eso, sin embargo, nos es posible, en cierta medida, retrasar por un tiempo su ejecución, y atenuar un poco los rigores. Hemos visto que la única otra Ley o Pacto era aquella dada a Israel, con respecto a la cual Moisés declaró categóricamente que no pertenecía a ningún otro pueblo, a ninguna otra nación, diciendo: “No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos” (Deut. 5:3). Nosotros hemos visto que ni con mucho menos que esta Ley hubiera justificado a los Israelitas, y que hubieran obtenido las bendiciones vinculadas con esta Ley, que todos ellos fallaron con la excepción de uno solo — el hombre Cristo Jesús, nuestro Señor y Redentor. Persigamos nuestro examen, y veamos cómo la Ley divina opera ahora.

Nuestro Señor Jesús observó — es decir cumplió — por su muerte las estipulaciones de la Ley divina dada en el Sinaí. Las exigencias de la Ley de Sinaí se resumen así: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El Padre celestial arregló las cosas de tal modo que su Hijo bien amado que había dejado la gloria de la condición espiritual, se hizo un hombre perfecto entre hombres imperfectos y apreció en primer lugar la voluntad del Padre, a saber que debía hacerse el redentor del hombre. No fue forzado en esto; era completamente libre de escoger como le venía en gana, pero actuando así, no habría

cumplido la Ley que declara que todos los que son regidos por ella deben amar a Dios en sumo grado — más que a ellos mismos — encontrar sus delicias para hacer la voluntad divina hasta el punto de sacrificar alegremente su propia voluntad, y aun la vida misma.

Es lo que implican las palabras siguientes: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Tal amor por Dios no vacilaría en entregar su vida, su ser, su fuerza en sacrificio voluntario por el plan divino. Y así, como explica el Apóstol, “estando en la condición de hombre” [Fil. 2:8], y discerniendo claramente el programa divino, nuestro Señor Jesús se dio a sí mismo sin reserva para ser el sacrificio del hombre. ¡Sí! se declara que él lo hizo con alegría, como leemos: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). El amor por los hombres a los cuales se había hecho emparentado por su nacimiento terrestre, también fue un factor aquí; sin embargo, si él les hubiera amado como a sí mismo, esto no implicaría que se sacrificara por ellos. Tal sacrificio implicaba que él mismo les amaba más que a sí mismo. Era la obediencia a la primera parte de esta Ley que empeñaba el sacrificio del hombre Cristo Jesús. Todo esto, lo vemos, era casi inseparable del Pacto de la Ley, porque había nacido bajo el Pacto de la Ley, y sometido a sus condiciones. No hubiera podido hacerse heredero de la promesa abrahámica sin esta obediencia, hasta la misma muerte.

Sin embargo, él cumple otra cosa por su muerte, otra cosa para probar que era digno de ser la Descendencia prometida de Abrahán, competente y digno de bendecir al mundo. Esta otra cosa fue la *redención* de Adán y su raza de (“from”) la sentencia de la muerte original. En el arreglo divino, ambas cosas se efectuaron simultáneamente, por el mismo sacrificio; sin embargo, necesitamos hacer la distinción entre las dos. Nuestro Señor no sólo *cumplió* el Pacto de la Ley por su obediencia hasta la muerte, sino que también *garantizó* un Nuevo Pacto por la misma muerte. Así como hemos visto, el Pacto de la Ley probó su dignidad personal, pero el Nuevo Pacto se relaciona con la humanidad. La sentencia de muerte pesaba sobre la raza y una bendición

permanente se le podía dispensar sólo si, primero, la sentencia original había estado satisfecha y fue anulada. Hasta entonces, nadie podía bendecir la raza o tener autoridad para bendecirla y levantarla de la muerte a la vida, porque, hasta entonces, la sentencia divina de muerte estaba contra ella, y Dios no podía por ningún medio pagar al culpable a costa de su propia Ley. ¡Cuán admirable es la organización divina que, en un solo acto, no sólo probó al Redentor en cuanto a su dignidad para ser el libertador y aquel que levante la raza, sino pagó [proporcionó —*Edit.*] el rescate por el padre Adán y, así, incidentalmente por todos sus hijos que, de manera natural, habían heredado el pecado y la muerte! Ya hemos tratado este tema*, y no entraremos aquí en otros detalles.

Nuestro estudio concierne la Ley divina aquí. Hemos visto que la Ley del Sinaí se extendía sólo a la posteridad natural de Abrahán, y que el resto del mundo fue dejado sin Dios, esperanza, estímulo, ánimo, promesas — extranjeros (Ef. 2:12). Vemos que el Pacto del Sinaí se acabó en cuanto a la gran prueba y su premio. También hemos visto que un nuevo Pacto había sido garantizado (Heb. 7:22), hecho eficaz por la sangre de Cristo; y ahora, nos preguntamos si este Nuevo Pacto entró en vigor, y, en caso afirmativo, si una nueva Ley lo acompaña, como la Ley de Sinaí acompañó el Pacto de la Ley. Respondemos que el Nuevo Pacto todavía no está vigente en cuanto al mundo, que no entrará en vigor plena y completamente antes del segundo advenimiento de Cristo, y que, como acabamos de ver, Israel según la carne será entre los primeros humanos que saquen provecho del Nuevo Pacto.

El Nuevo Pacto no hablará solamente de paz en cuanto a la maldición original, declarando de que está plenamente satisfecha por el Redentor, y que todos los que vienen al Padre por él, pueden por una obediencia posible, tener la restitución de lo que estuvo perdido por la condena original, sino además, ella hablará de misericordia con respecto a Israel según la carne, condenado aun más bajo el Pacto de la Ley. Ella hará conocer a cada criatura que, la redención no sólo ha sido provista en cuanto a los pecados del

* Véase Vol. V, Cap. XIV y XV (en inglés).

pasado, sino que todas las debilidades y las imperfecciones bajo las cuales la raza continúa sufriendo, serán perdonadas; en lo sucesivo, los hombres serán tratados según lo que son realmente y serán ayudados por las leyes del Reino de Cristo mediador, para elevarse cada vez más de las condiciones presentes de la muerte mental, moral y física, más alto, aún más alto, siempre más alto hasta la perfección completa de la naturaleza humana en la cual serán capaces de sostener la prueba delante del Todopoderoso, manifestar su carácter y demostrar que son dignos de la vida eterna bajo las leyes de su Reino. Este nuevo Pacto, por consiguiente, comprende *toda* la misericordia y el favor de Dios destinados al mundo entero de los humanos durante la Edad milenaria. Es el Pacto del perdón, de la bendición y de la restauración para todos aquellos que, una vez que sus ojos y sus orejas estén abiertos, sacarán provecho de esta gracia de Dios en Cristo Jesús.

LA LEY DEL NUEVO PACTO

Se agregará una Ley a este Nuevo Pacto. Será la misma Ley de Dios que no cambia, sino que ha tenido diversas exposiciones más o menos explícitas en diferentes épocas. Todavía será la Ley que proclama la oposición divina al pecado, y el favor y la bendición divinas para los justos. Esta exigencia (“estándar”) absoluta siempre se mantendrá con respecto al mundo durante la Edad milenaria, y necesitará que cada uno se acerque lo más posible al modelo (“estándar”) perfecto; no obstante, tendremos la *cuenta* más grande por cada uno de los esfuerzos que se haga para obedecer, según la medida de sus debilidades, las cuales, bajo estas condiciones benditas de la restauración, desaparecerán gradualmente a medida que progrese paso a paso en el camino de la obediencia. Así que está escrito: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón . . . y no me acordaré más de su pecado”. —Heb. 8:10; Jer. 31:33,34.

En estos textos, tenemos la borradura de los pecados e iniquidades pasados, una obra gradual de la Edad milenaria y

también la obra gradual que consistirá en volver a trazar, en escribir de nuevo la Ley divina en el corazón de los hombres, de quienquiera que lo quiera. Esta reimpresión de la Ley divina en el carácter de los hombres es simplemente otro método de anunciarnos “la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas”, y que debe cumplirse en este gran día del reino de Cristo. No debemos olvidar tampoco esta declaración explícita: “toda alma que no oiga a aquel profeta [el alma que no se someta a esta reimpresión de la Ley divina en su carácter] será desarraigada del pueblo”. —Hechos 3:23.

Sin embargo, volvamos hacia atrás: acabamos de considerar la aplicación del Nuevo Pacto durante la Edad milenaria, durante el tiempo en que aquel que rescató [“rescata” —*Edit.*] al mundo ejercerá su poder y su autoridad de gran Profeta, de gran Maestro, bendiciendo al mundo por las operaciones de la restauración, escribiendo de nuevo el carácter divino en el corazón de los hombres. Ahora, sin embargo, vamos a buscar lo que pasó en el período intermedio — entre la cesación del Pacto de la Ley en su cumplimiento en Cristo Jesús nuestro Señor, y la inauguración de las condiciones del Nuevo Pacto de la Edad milenaria — ¿qué hay en este período intermedio? ¿Hay un Pacto que ahora funciona, y si así es, hay una Ley que sea asociada con él? Respondemos que durante este período intermedio de la Edad Evangélica, el Señor escoge a los miembros de la Nueva Creación, y que un Pacto ahora opera y que tiene una Ley. Para comprenderlo, debemos recordar las palabras del Apóstol: “[La Ley] fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente”. Vemos que el Pacto de la Ley dada en el Sinaí fue una adición a un Pacto anterior, y volviéndonos hacia atrás, vemos que el Pacto abrahámico fue el Pacto original, y que existía desde hace cuatrocientos treinta años antes de que el Pacto de la Ley le fuera *añadido*. El Apóstol llama la atención a esto, diciendo que “la ley que vino cuatrocientos treinta años después”, no podía anular el Pacto original o hacerlo sin efecto. —Gál. 3:19, 17

Así, vemos que cuando el Pacto de la Ley fue cumplido por nuestro Señor Jesús, dejó el Pacto abrahámico original

360

exactamente como era antes de que el Pacto de la Ley le fuera añadido. Este Pacto abrahámico es aquel bajo el cual la Nueva Creación está desarrollándose. He aquí los términos: “Todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente”. El Apóstol explica que esta Simiente de Abrahán bajo cuestión en la promesa es Cristo — Cristo Jesús nuestro Señor, y añade: “Si vosotros sois de Cristo [si se hace miembros en particular del cuerpo de Cristo], ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa. —Gál. 3:16, 29.

Y ahora, conocemos nuestra propia posición, porque, de nuevo, el Apóstol declara: “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa” [Gál. 4:28], en un sentido totalmente diferente de que eran los judíos bajo la Ley. Él indica claramente la distinción entre este Israel según el Espíritu y el Israel natural, informándonos que los hijos de Jacob según la carne no son los hijos de Abrahán que se trata en la promesa, sino que los hijos de la fe son considerados como la Descendencia (Simiente). Él explica que Abrahán tipificaba al Padre celestial; que Sara, su mujer, tipificaba este Pacto original, del cual debe provenir finalmente tantas bendiciones, pero que lo mismo que Sara fue estéril por un tiempo y no llevó la posteridad de la promesa, así el Pacto de Dios fue estéril durante cerca de dos mil años, y solamente comenzó a producir la Descendencia de la promesa cuando nuestro Señor se resucitó de entre los muertos. Es entonces cuando nació la Cabeza de la Descendencia de Abrahán, y finalmente el cuerpo entero de Cristo, el Isaac antitípico, será *librado* (“nacido de los muertos”) en la condición espiritual. Entonces, la Descendencia siendo completa, la promesa, o el Pacto, tendrá su cumplimiento: “todas las familias de la tierra serán benditas”.

Fue en el transcurso de la esterilidad del Pacto original que fue *añadido* otro Pacto, el Pacto sinaítico o judaico, o Pacto de la ley. El produjo hijos, una posteridad carnal, pero no según la promesa, no pudiendo cumplir la promesa original. El Apóstol indica que este Pacto de la Ley fue tipificado por la criada de Sara, Agar, y que los judíos bajo este Pacto de la Ley fueron tipificados

por Ismael, su hijo. Así como Dios dice que el hijo de la esclava (Agar) no sería el coheredero del hijo de la mujer libre (Sara), así, en el antitipo, los judíos bajo el Pacto de la Ley no heredarían la promesa abrahámica original, la cual debe ir a la Descendencia espiritual. Todo este tema es tratado admirablemente en detalle por el Apóstol en su carta a los Gálatas (Cap. IV). La argumentación del Apóstol se refiere contra la enseñanza falsa que los cristianos deben hacerse judíos, y someterse a la Ley de Moisés con el fin de ser herederos bajo la promesa abrahámica original.

Pablo, al contrario, muestra que todos los que están bajo la Ley están bajo un yugo de servidumbre, y que la Descendencia espiritual de Abrahán debe ser libre, como lo era Israel, mientras que Ismael no lo era. Otro de sus argumentos es que si cualquier gentil, quien, al principio, no estaba bajo la Ley, se coloca bajo el Pacto de la Ley de Sinaí, él se separa así de la Descendencia verdadera de Abrahán, y se hace un ismaelita antitípico. El Apóstol declara textualmente: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído”. Al contrario, él incluye a los de los judíos que se hicieron libres de la servidumbre del Pacto de la Ley por la muerte de Cristo, y los gentiles que nunca han estado sometidos al Pacto de la Ley, sino ahora han aceptado a Cristo y el Pacto de la Gracia, diciendo: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”. —Gál. 5:1-4.

Vemos por lo tanto que es la “Nueva Creación” con Cristo como cabeza (jefe), que constituye la Descendencia de Abrahán según este Pacto original o abrahámico, y que es llamada para bendecir al mundo por la redención y la restauración. No estamos sorprendidos que, en el tipo, como en las imágenes empleadas por el Señor y por los apóstoles, esta Nueva Creación sea representada a veces como *un hombre* maduro — la cabeza representando a Cristo Jesús y los miembros representando a la Iglesia, los miembros en particular de su cuerpo (Ef. 4:13; Col. 1:18). Así,

“Hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa” — miembros del Isaac antitípico, y Jesús es su Cabeza (Jefe). Nuestro Señor también se representa como el novio y su Iglesia fiel como su novia, esperando el matrimonio para hacerse su Esposa. El Apóstol emplea la misma figura que declara: “Pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (Apoc. 21:2; 2 Cor. 11:2). Y la misma imagen del matrimonio entre Cristo y la Iglesia es también representada en el tipo, porque Abrahán envió a su siervo Eliezer (que tipificaba al Espíritu Santo), para buscar una novia para Isaac; Rebeca, aceptando la oferta con alegría, fue conducida finalmente hacia Isaac y se hizo su mujer; así somos llamados para hacernos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo nuestro Salvador, en la herencia incorruptible, sin mancha y que no puede marchitarse. Sin importar cuál de estas figuras que examináramos, la lección es la misma, a saber que Cristo, Cabeza y cuerpo, Esposo y Esposa unidos, es el heredero del Pacto abrahámico, y de todas las promesas y las buenas cosas inclusivas.

El Apóstol declara que el Monte Sinaí y la Jerusalén terrestre simbolizaban y tipificaban al Israel natural que no consiguió obtener la bendición espiritual. El resto del Israel natural, encontrado digno de esta bendición espiritual, fue separado de Israel según la carne, y constituyó miembros del verdadero Israel de Dios, coherederos de Cristo resucitado en las cosas celestes que Dios todavía tiene reservadas para los que le aman. Este resto de Israel según la carne, y los otros de la misma clase espiritual que Dios llamó en medio de los gentiles, tienen símbolos superiores a Sinaí y Jerusalén: el Monte de Sión y la Jerusalén celeste, cuya figura simbólica en la gloria es proporcionada por Apoc. 21.

Habiendo establecido claramente el hecho que la Nueva Creación está separada y distinta en la organización y los pactos divinos, no sólo del mundo en general, sino también separada y distinta del Israel según la carne, y habiendo establecido igualmente el hecho que la Nueva Creación no está sometida al Pacto de la Ley o de Sinaí, sino que está bajo el primer Pacto, nos preguntamos: ¿Cuál Ley está asociada con el Pacto abrahámico,

cuál Ley rige la Nueva Creación? El Apóstol dice: “No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. ¡Qué! ¡Es posible! ¿Las Nuevas Criaturas en Jesús no están sometidas a ninguna Ley de mandamientos? ¿Los diez mandamientos del Decálogo no se les imponen? En respuesta, planteamos otra pregunta: ¿Los diez mandamientos ligaban a Abrahán o a Isaac? Si la respuesta es: No, no les fueron dados a ellos y, por consiguiente, Abrahán o Isaac no estuvieron sometidos a la Ley, nuestra respuesta es que estos mandamientos no fueron dados en absoluto a la Nueva Creación tampoco, y que todos los que vienen en parentesco (“relationship”) con Dios como los miembros de la clase espiritual llamada “el Cuerpo de Cristo” y “Nuevas Criaturas en Cristo Jesús” son libres de la condena y libres del Pacto de la Ley.

La posición de esta Nueva Creación con respecto a Dios, con respecto a su Ley, etc. es separada y distinta de aquella de otros. Las Nuevas Criaturas tienen una posición nueva y considerada como tal con y por Dios — por la fe — una posición de justificación o de rectitud (“rightness”)* considerada como tal, así como ya hemos visto. Esta rectitud (“rightness”) considerada como tal, que se les imputa por el mérito del sacrificio de Cristo, no sólo cubre las imperfecciones del pasado, sino que continúa haciéndolo un manto de justicia (“righteousness”) que cubre y justifica, del cual el mérito cubre cada defecto y falta involuntarios, en palabras, en pensamientos o en acciones. Como Nuevas Criaturas, todas ellas son figurativamente vestidas de trajes blancos — la justicia de los santos, la justicia imputada del Redentor, su Cabeza (Jefe). Estas Nuevas Criaturas son aceptadas en su posición y en su parentesco (“relationship”) como miembros del Cuerpo de Cristo a causa de su profesión de Amor. El hecho de su consagración afirma que ellas aprecian tanto la misericordia y la gracia de Dios, manifestadas en la muerte de su Hijo, y su justificación por él, y que *aman* tanto al Donador de todos sus favores, que toman placer de ofrecer sus cuerpos en sacrificio vivo, de acuerdo con la invitación divina.

* Sinónimo de “Righteousness” — *Trad.*

Esta consagración, o sacrificio de los intereses, esperanzas, fines y ambiciones terrestres, es inspirada no por el temor o por un amor egoísta de recompensa, sino por un amor puro, por la apreciación del amor divino, y por un amor sensible (o simpático: “responsive” —*Trad.*) que desea manifestarse hacia Dios y cooperar con todo su plan maravilloso. Estas confesiones de amor y de devoción siendo aceptadas por el Señor, su Espíritu se les concede, y desde entonces estos consagrados se ven como hijos de Dios, engendrados del Espíritu Santo. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser [el cambio que experimentaremos cuando recibamos, en la resurrección, el nuevo cuerpo que el Señor nos prometió]; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es [y este pensamiento nos satisface]”. —1 Juan 3:2.

¿Sometió el Padre celestial a sus hijos angelicales a la Ley de Sinaí? ¿Les avisa Él de no tener otros dioses, de no hacer imágenes ni de adorarles, de no codiciar, ni robar, ni llevar testimonio falso, ni matar, etc.? Respondemos: no; él no impuso ciertamente tal ley en sus hijos angelicales. Entonces, ¿por qué nos esperaríamos que tal ley se dé a la Nueva Creación? ¿No aceptó el Padre celestial estas Nuevas Criaturas como sus hijos? ¿Y no les dio su Espíritu, y pudiera ser necesario dar tales leyes a los que recibieron el Espíritu Santo en lugar de su propia disposición (o voluntad), egoísta natural? Podemos comprender que sea sabio someter a los siervos a las leyes porque no están interesados esencialmente en la prosperidad general, y porque no puedan tener plenamente el espíritu o la disposición de su maestro, sino si suponemos a un maestro perfecto y a hijos perfectos, siendo totalmente imbuidos de su espíritu, tomando placer de hacer su voluntad, y regocijándose de colaborar con él en todas sus intenciones benévolas, ¿cómo pudiera ser necesario que tal padre les imponga tales leyes a tales hijos?

“Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo”, y esta casa de siervos estuvo colocada con razón bajo la ley de Moisés, “añadida a causa de las transgresiones, hasta que

viniese la simiente a quien fue hecha la promesa”. Jesús, como hombre, se despojó a sí mismo, y se hizo un siervo, sujeto a la Ley, con el fin de que pudiera demostrar no sólo que la Ley era justa, sino que él era perfecto según la carne y que podía rescatar al mundo. Fue cuando él se levantó de entre los muertos, y que se hizo “el primogénito de los muertos”, que se hizo el primogénito de muchos hermanos — la Cabeza (Jefe) de la Nueva Creación. Según la carne, estaba bajo la Ley, pero la Nueva Criatura, el Señor resucitado, no está bajo la Ley, y él es quien se hizo la Cabeza (Jefe) de la nueva casa de los hijos; “Cristo como hijo sobre su casa [de hijos], la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. Y, aunque todavía estemos *en* la carne, como Nuevas Criaturas, no somos *de* la carne, y no somos tratadas como si fuéramos “carne”: Dios no nos trata como él trata al resto del mundo, sino como Nuevas Criaturas que, por el presente, permanecen en la carne como en un tabernáculo o una tienda, esperando la adopción, a saber, la liberación de nuestro cuerpo entero para estar con nuestro Jefe (Cabeza) ya glorificado y semejantes a él. “Vosotros empero no estáis [no son considerados por Dios como estar] en la carne, sino en el espíritu, si es así que el Espíritu de Dios habita en vosotros.” —Rom. 8:8, 9.

Nadie puede discernir claramente este tema si no lo contempla desde este punto de vista, desde el punto de vista divino. Estas Nuevas Criaturas, totalmente engendradas del Espíritu Santo, no podrían ocurrirse a tener otro Dios; ellas no podrían pensar en hacerse imágenes cortadas o en adorarlas, ni en blasfemar contra el nombre de Dios, o en robar otros — al contrario, preferirían dar; no podrían pensar en llevar falso testimonio contra otro — más bien el amor que está en ellos procuraría cubrir y esconder los defectos, no sólo de los hermanos, sino que del mundo en general; ellas no podrían pensar en matar a uno de sus semejantes, sino más bien en dar la vida a otros en abundancia; sí, su Espíritu Santo les incitaría más bien a entregar su vida a favor de los hermanos, como el mismo Espíritu Santo impulsó al Jefe de nuestra salvación de darse a sí mismo en rescate por todos. Desde entonces, ¿no vemos

que si Dios hubiera dado una ley a la Nueva Creación, a la casa de hijos, semejante a la que dio a la casa de los siervos, esto habría sido completamente mal apropiado? Los miembros de esta “casa de hijos” no podrían ser justificables de tal ley sin perder el Espíritu Santo, sin dejar de pertenecer a la Nueva Creación; “Y si alguno no tiene el *Espíritu* [“mind”: disposición] de Cristo, no es de él”. —Rom. 8:9.

Sin embargo, ¿cómo pueden estar estas Nuevas Criaturas sin ley alguna, sin algunos reglamentos? Respondemos que la expresión más elevada de la Ley divina es el Amor. Los mandamientos de Dios son de tal alcance, de tal penetración, dividiendo de tal modo entre las coyunturas y las médulas que no pueden ser cumplidos en el sentido completo y absoluto, sino por el Amor. Si pudiéramos suponer que cada detalle de la Ley es estrictamente cumplido y que, sin embargo, el *espíritu* de devoción cariñosa hacia Dios esté ausente, la Ley divina no estaría satisfecha. Al contrario, el Amor es el cumplimiento de la Ley, y donde reine el Amor, cada detalle y cada rasgo del arreglo divino serán buscados y observados de todo corazón y a lo mejor de la capacidad de la criatura, no por coacción, sino con alegría, con amor.

En la consagración, la Nueva Criatura ha confesado tal amor por Dios y por su justicia, y allí, el Amor se hizo su Ley, y es atada firmemente por esta Ley, de Amor — aun hasta la muerte. Todo desfallecimiento en la obediencia a esta ley es una violación, en esta medida, del Pacto de parentesco (“relationship”). La obediencia a esta Ley de Amor, en la medida del conocimiento y de la capacidad, significa la abnegación y la victoria sobre el espíritu del mundo, las debilidades de la carne y las oposiciones del Adversario, la gracia del Señor que compensa las debilidades involuntarias y hace vencedor por su propio nombre y por su propio mérito. Pero, en cambio, la desobediencia porfiada a esta Ley de Amor, la violación deliberada y persistente de la misma Ley, significarían la pérdida del espíritu de la adopción, la extinción del Espíritu Santo, significarían que la Nueva Criatura había muerto, que *dejó de existir*.

El Apóstol reanuda este punto de saber cómo la gracia compensa todas nuestras imperfecciones y plantea una pregunta supuesta a la cual él responde, diciendo: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1,2). Aceptando el perdón en Cristo, nosotros confesamos que estuvimos cansados del pecado, y que en lo que concernía nuestra *voluntad*, ella había muerto al pecado y comenzado una nueva vida de rectitud (“righteousness”). Lo mismo que nuestra vida hacia Dios y la rectitud, como Nuevas Criaturas, implicaba nuestra muerte al pecado, así que si algún día viviéramos de nuevo por el pecado en la medida en que nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestro amor serían por el pecado y la iniquidad (“unrighteousness”), esto significaría que habíamos muerto como Nuevas Criaturas, que no somos considerados más ni por Dios ni por su pueblo como Nuevas Criaturas en Cristo Jesús, de las cuales las cosas viejas han pasado y para las cuales (por lo menos en cuanto a la voluntad), todas las cosas se hacen nuevas [2 Cor. 5:17].

Sin embargo, es a propósito que nosotros paramos aquí para observar la diferencia entre un tropiezo simple de la carne y una caída *voluntaria* de la gracia, después de haber probado la palabra de Dios y las potestades del siglo venidero, después de haber recibido el Espíritu Santo: de esta caída, es imposible levantarse (Heb. 6:4-6; 10:26). Debemos hacer claramente la distinción entre estas dos caídas, porque son totalmente diferentes. Un tropiezo de la carne significa simplemente que nuestro cuerpo mortal ha estado sorprendido en falta a causa de una debilidad que arrastra la herencia o los ataques del Adversario, pero a quien la voluntad, el corazón, no han aprobado en absoluto o no han aprobado plenamente la carne. Es verdad que hay que lamentar tales tropiezos y que se debe combatirlos, etc.; y sin embargo, por la gracia de Dios, ellos se hacen a veces una ayuda en el desarrollo del carácter. Aprendemos así a no poner nuestra confianza en nosotros mismos — ni a jactarnos de nuestra propia fuerza, sino a darnos cuenta de que la victoria que triunfa del mundo se obtiene

por la fe; es por eso que cuando la Nueva Criatura se percibe con pena que en cierta medida su carne ha tropezado, ella debe fortificarse contra la debilidad así revelada, y hacerse más fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza, y menos sujeto a tropezar de nuevo contra el mismo punto.

Así, paso a paso, aprendemos como Nuevas Criaturas, a no colocar nuestra confianza en la carne, sino a esperarnos en el Señor de donde viene nuestra ayuda cada vez que la necesitamos, recordando siempre que todavía somos Nuevas Criaturas y que, porque seguimos morando por la fe bajo el mérito del sacrificio de Cristo y esforzándonos a respetar nuestro Pacto de Amor hasta la abnegación, porque “El Padre mismo os ama” así como dijo el Maestro. Debemos ser valientes, y recordar que la Nueva Criatura no peca — que el pecado no se le imputa, y que siempre y cuando luchemos contra el pecado, nadie puede lanzar acusación contra los elegidos de Dios, porque “Dios es el que justifica . . . Cristo es el que murió”. —Rom. 8:33,34

LA APRECIACIÓN CRECIENTE DE LA LEY PERFECTA

Aunque la Ley de Amor fuera el fundamento de nuestro Pacto con el Señor, bajo el cual nosotros nos hicimos una Nueva Criatura, sin embargo no comprendimos plenamente esta Ley en primer lugar. Después, estuvimos en la Escuela de Cristo, aprendiendo el verdadero sentido del Amor en su plenitud, en su perfección, creciendo en gracia y en conocimiento, añadiendo a nuestra fe diversos elementos y cualidades del amor: la amabilidad, la paciencia, la benevolencia fraternal, etc. Somos puestos a prueba en cuanto al Amor, y el examen final se referirá especialmente a este punto. Sólo los que alcancen el Amor perfecto, el Amor que conduce al sacrificio de sí mismo, serán considerados dignos de formar parte de la Nueva Creación, de los miembros del cuerpo de Cristo.

CORRER HACIA EL FIN Y QUEDARSE FIRME ALLÍ

Tomando otra comparación, el Apóstol representa nuestras experiencias actuales como un hipódromo; él nos exhorta a desembarazarnos de toda carga, de todo pecado que nos atormenta, de toda debilidad de la carne y de toda ambición terrestre, con el fin de que podamos correr con perseverancia por la carrera que nos está abierta en el Evangelio, es decir, con el fin de que podamos alcanzar el *fin* por el premio, y que habiendo superado todo, *nos mantengamos firme* — fieles a este fin, completos en Cristo (Fil. 3:13,14; Heb. 12:1; Ef. 6:13). Esto nos hace pensar en un campo de carrera pedestre, con sus primeras, segundas, terceras y cuartas etapas, en los obstáculos, en las dificultades, en las oposiciones y en los atractivos del trayecto, en nuestra partida en esta carrera, con el deseo de alcanzar el fin del Amor perfecto, sabiendo que si no lo alcanzamos, no seremos copias del amado hijo de Dios, y que así no podemos, en el sentido más elevado, complacer a Dios, ni por consiguiente ser los coherederos de Jesús en el Reino. El trayecto completo de la carrera, es el Amor, desde la partida hasta la llegada. Salvamos la puerta (o la línea de partida —*Trad.*) con un amor agradecido hacia Dios por el favor que nos concede en Cristo, en el perdón de nuestros pecados. Es este *amor-deber* que, al principio, nos conduce a ofrecer nuestro cuerpo en sacrificio vivo. Nos decimos que si Dios hiciera tanto por nosotros, *deberíamos* manifestarle nuestra apreciación: Cristo dio su vida por nosotros, y *deberíamos* entregar la nuestra por los hermanos.

Este “deberíamos”, o amor-deber, es completamente apropiado, razonable, verdadero, pero no es suficiente. Él debe a su turno traernos a un género de Amor más elevado aún; durante la primera etapa de nuestra carrera, todavía tenemos el amor-deber, pero además llegamos a una apreciación del amor. Aprendemos a apreciar mejor el Amor divino, a comprender que el Amor de Dios no es en ningún sentido del término egoísta, sino que es la expresión de su carácter sublime y noble. Llegamos a apreciar algo de la justicia divina, de la sabiduría divina, del poder divino, del

amor divino, y cuando contemplamos estas cualidades de nuestro Creador, llegamos a amarlas, y desde entonces practicamos la justicia, no simplemente porque es nuestro deber, sino porque amamos lo que es recto.

Persiguiendo nuestra carrera, alcanzamos la segunda marca, y encontramos que no sólo hemos aprendido a amar la justicia, sino que en la misma proporción estamos aprendiendo a odiar el pecado. Además, sentimos en nuestro corazón una simpatía creciente hacia el programa divino, el de rechazar la gran ola del pecado que sumergió el mundo y llevó con ella su salario, la muerte. Esta segunda etapa engendra en nosotros una energía, un “estimulante”, una actividad a favor de la justicia y contra el pecado.

Nuestro Amor se desarrolla, y perseguimos la tercera etapa. En el momento en el que alcanzamos la tercera marca, nuestro amor-deber, aumentado en el amor por los principios de la justicia (“righteousness”) ha extendido al carácter divino y ha encerrado la aversión por toda cosa mala que hace de culpa al género humano y que se opone al carácter y al plan divino. Pero además, en esta etapa, alcanzamos una posición de simpatía más grande hacia otros; comenzamos a compartir el sentimiento de Dios, no sólo de la oposición al pecado, sino que también del amor y de la simpatía hacia todos los que buscan el camino de la rectitud y de la santidad. Entonces, somos capaces de ver a los hermanos desde un aspecto un poco diferente que antes. Ahora, podemos verlos como Nuevas Criaturas, y podemos hacer la distinción entre *ellas* y su cuerpo mortal cuyas imperfecciones son evidentes para nosotros. Aprendemos a amar a los hermanos como Nuevas Criaturas y a simpatizar con ellos en diversas debilidades, en los juicios erróneos, etc. de su carne. Nuestro Amor por ellos se hace tan ardiente que tomamos placer en entregar nuestra vida, cada día y en cada hora, sacrificando nuestros propios intereses o placeres o comodidades terrestres, dando de nuestro tiempo, de nuestra influencia, etc. para ayudarles o para servirles.

Sin embargo, perseguimos siempre nuestra carrera hacia el “fin”, porque hay un Amor más elevado aún que debemos alcanzar: la cuarta y última etapa — “al fin por el premio”. ¿Qué es este

Amor? ¿Cómo puede él sobrepasar el amor que se sacrifica por los hermanos, en plena devoción a Dios y a los principios de justicia y de Amor? Respondemos que este Amor más grande aún es aquel que mencionó el Señor cuando dice que debemos aprender a amar también a nuestros enemigos. Es entonces cuando éramos enemigos, extranjeros para con Dios, debido a nuestras malas obras, es entonces cuando “Dios de tal manera amó al mundo”; fue mientras todavía éramos pecadores que él dio por nosotros a su Hijo unigénito. Tal es el modelo del *amor perfecto* y no hay que detenernos antes de haberlo alcanzado. Quienquiera que quiere ser aceptado por el Señor como miembro de la Nueva Creación debe alcanzar este amor de los enemigos.

No es cuestión de amar a sus enemigos *como* amamos a los hermanos, porque tal no es el modelo que se nos da: Dios no ama a sus enemigos *como* ama a sus hijos, sus amigos, y Jesús no amó a sus enemigos *como* amaba a sus discípulos; pero Dios amó a sus enemigos hasta el punto de estar listo y dispuesto a hacer por ellos todo lo que podía hacerse con justicia, y Jesús amó a sus enemigos de tal modo que estuvo dispuesto con toda alma a hacerles bien: él no les guarda ninguna enemistad o rencor por su odio, sino está dispuesto a difundir por ellos al tiempo conveniente sus bendiciones del Milenio, con el fin de que todos puedan alcanzar el conocimiento de la verdad, y que aun los que le traspasaron puedan mirar hacia él y llorar cuando Dios derramará sobre ellos un espíritu de gracia y de súplicas al debido tiempo (Zac. 12:10). Debemos tener por los enemigos el amor que nuestro Señor describe, diciendo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mat. 5:44). No debemos permitir ninguna amargura, ninguna animosidad o rencor de ninguna suerte vivir en nuestro corazón. Él debe estar tan lleno de Amor que hasta un enemigo no pudiera despertar en él un sentimiento mal o malévolo.

¡Oh! ¡Qué longanimidad y qué benevolencia fraternal se necesita para alcanzar tal carácter que nada, aun en un enemigo, pudiera despertar en él la malicia, el odio o la disputa! Y allí está la

“meta” por la cual debemos correr como Nuevas Criaturas. Confesamos que apreciamos este espíritu de Amor; confesamos que somos adictos a eso; consagramos nuestra vida de acuerdo con sus principios, y ahora, somos puestos a prueba para ver a cuál punto nuestra confesión era sincera. Con mucha bondad, el Señor nos da el tiempo de correr esta carrera, de desarrollar este carácter. “Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.” Sin embargo, es esencial para nosotros conformarnos a estos arreglos si queremos ser coherederos del amado Hijo de Dios, como miembros de la Nueva Creación.

Nuestro Señor Jesús, el Jefe de nuestra salvación, no tuvo que correr esta carrera; él no tuvo que desarrollar estos diversos aspectos del amor, porque siendo perfecto él poseía todos a la perfección desde el principio de su carrera. Fue puesto a prueba para saber si sostendría firmemente o no estos principios, estas características, si continuaría amando a Dios y la justicia en sumo grado, a los hermanos hasta el punto de entregar su vida a favor de ellos, y a sus enemigos hasta el punto de tomar placer de hacerles bien, si quedaría firme al nivel del amor perfecto. Sabemos cómo él demostró su fidelidad al Amor en todos sus grados, en lo que dio su vida, no sólo por sus amigos, sino que también por sus enemigos que le crucificaron. Es menester que esta experiencia sea también la nuestra. Debemos *alcanzar* este nivel del Amor perfecto en nuestro corazón, aun si en nuestra carne no podemos siempre ser capaces de expresar totalmente los sentimientos de nuestro corazón.

Es posible que algunos corran la carrera muy rápido pasando uno tras otro estos límites que jalonan las etapas, ellos pueden alcanzar rápido la posición del Amor perfecto. Otros, penetrados de menos celo, habiendo recurrido menos fuertemente al Autor de nuestra fe, hacen progreso más lento en la carrera, y durante años se contentan con el amor-deber, o tal vez van un poco más lejos, hasta amar el carácter divino y los principios de la justicia. Hay sumamente pocos que hayan ido más allá de esta fase para alcanzar el amor de los hermanos que los haría regocijarse en sacrificios personales si pudieran por este medio servir a la familia de la fe; y

hay menos todavía que alcanzan hasta el punto del Amor perfecto, el amor por sus enemigos que, no sólo les impediría hacerles daño, en palabra o en acción, sino que en más, tomaría placer de bendecirles. Si el Señor fuera muy paciente con nosotros, dándonos plenamente la ocasión favorable para alcanzar la “meta”, deberíamos regocijarnos de su compasión y tener tanta energía ahora para alcanzar el “fin por premio”, recordando que el tiempo es corto, y que nada menos que este carácter de amor perfecto será aceptado por el Padre en la Nueva Creación.

Lo mismo que nuestro Señor fue puesto a prueba en el “fin” del Amor perfecto, así seremos nosotros cuando lo hayamos alcanzado. En consecuencia, no debemos esperar simplemente los últimos momentos de nuestra vida para alcanzar este “fin”, sino tan rápidamente como posible. El grado de nuestro celo y de nuestro amor será señalado a Dios y a los hermanos por la rapidez con la cual alcancemos este “fin”.

Las palabras del Apóstol “Habiendo acabado todo, estar firmes” (Ef. 6:13), parecen implicar que después de haber alcanzado el “fin” del Amor perfecto, habrá todavía muchas pruebas para nosotros: pruebas de fe, pruebas de paciencia, pruebas de todos los diversos elementos del Amor. El mundo no es un amigo para animarnos a la virtud, para ayudarnos a avanzar en la buena dirección; Satanás es siempre nuestro Adversario, y capaz de levantar mucha oposición para hacernos retroceder de la posición alcanzada. Tal es nuestra prueba. Debemos mantener firme todo lo que hemos obtenido y “proseguir a la meta” hasta que nos cueste nuestra vida terrestre, dándola al servicio de Dios por los hermanos, y haciendo el bien a todos los hombres como nosotros tenemos la oportunidad. “Fiel es el que os llama”, y nos promete el socorro y la ayuda cada vez que los necesitamos en este camino. Su gracia basta para nosotros. —1 Tes. 5:24; 2 Cor. 12:9.

Esta Ley de Amor, ya lo hemos visto, es la ley de los hijos angelicales de Dios también: su obediencia a la ley divina y la armonía que reina entre ellos descansa en ella. Aunque, durante la Edad milenaria, las leyes y las disposiciones, los reglamentos y las exigencias serán impuestos sobre los humanos para someterlos a

los arreglos benditos del Reino milenario, sin embargo los que, al fin de la Edad milenaria, se consideren dignos de la *vida eterna*, hayan ido — podemos estar seguros de eso — más allá de la obediencia pura y simple a las leyes y a las exigencias: hayan escrito en su corazón la ley original del Dios, la obediencia, y la Ley de Amor que forma parte del carácter divino. Estos hijos de Dios de la restauración, en el plano humano, aceptados entonces por él, tendrán también este espíritu de Amor, sin el cual les sería imposible complacer a Dios, porque él busca sólo a adoradores en espíritu y en verdad. Así vemos que si es necesario que el cielo tanto como la tierra tengan una Ley, y exijan que se obedezca, sin embargo el modelo divino de obediencia es tan superior a nuestras ideas y modelos terrestres e imperfectos que el solo término, Amor, expresa toda la Ley de Dios a la cual todos sus hijos serán sujetados sobre todos los planos de la vida. ¡Cuán maravillosos y gloriosos son el carácter y el plan de Dios! El Amor es el cumplimiento de su Ley, y no podemos concebir de una Ley superior a ésta.

Hasta aquí, tratamos el tema de manera abstracta. Ahora deseamos observar que la Nueva Creación, todavía permaneciendo en la carne, y sujeta más o menos a sus debilidades, oposiciones, etc. debe ajustar su conducta hacia otros miembros y hacia el mundo, por esta Ley de Amor (el Nuevo Mandamiento) que el Señor les dio a todos los que se hacen sus discípulos. Lo llamamos con razón.

LA REGLA DE ORO

Como ya hemos visto, el oro simboliza lo que es divino; por lo tanto la Regla de oro es la regla divina, y^{*} como acabamos de ver, la regla o la ley divina es el Amor. La idea más parecida a esta Ley de Amor [de Justicia —*Edit.*] que el hombre natural puede realmente [ahora —*Edit.*] apreciar — el modelo más elevado

* “Es realmente una regla de justicia más bien que el amor.” —*Edit.*

conocido por el hombre natural, es “No hagas a otro lo que no quisieras que él te hiciera”. Esta bondad es negativa, a lo sumo, pero la Regla de oro [del Amor]^{*} que el Señor ahora da a la Nueva Creación, que ella sólo puede apreciar o hasta comprender ahora, es positiva: “Haz a otros lo que quisieras que ellos te hicieran”. He aquí una bondad positiva[†] [un Amor vivo y activo — expresión suprimida por el Editor]. Si algunos miembros de la Nueva Creación carecen a veces de someterse a cada rasgo de esta Regla de oro [“la Ley de su existencia” — la ley simple de la Justicia —*Edit.*] ellos deben tener mucho pesar y pena a menos que todavía sean sólo “niños” en el nuevo camino. Si toda violación de esta regla provoca pena y pesar, es una indicación que la violación no era voluntaria, con el consentimiento del corazón; no era una violación de principio de la Nueva Creación, sino a lo sumo una violación debida más o menos directamente a la carne, contrariamente a los deseos del espíritu o de la intención. Sin embargo, en la proporción donde el nuevo espíritu (“Mind”: entendimiento) está vivo para Dios y celoso por hacer su voluntad, en la misma proporción será vivo, alerta, enérgico para guardar el “vaso de barro” en el cual reside. Él se revestirá de la armadura de Dios con el fin de poder pelear una buena batalla contra las debilidades de la carne. Si él ha cometido un error, sea en palabra o en acción, exigirá que una reparación sea hecha prontamente con, si es posible, un buen interés. De esta manera, el “vaso de barro” encontrándose contrarrestado y avergonzado, puede hacerse menos activo en su oposición al nuevo entendimiento.

Esta ley [divina —*Edit.*] la Nueva Criatura influye en sus relaciones con Dios. El miembro de la Nueva Creación se da cuenta del significado de la expresión “Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, y con *toda* tu alma, y con *toda* tu mente y con *todas* tus fuerzas”. Él no encuentra allí ningún sitio por sí mismo, excepto si esté plenamente en armonía con Dios. ¿Ejerce esto una

* Suprimido por el Editor

† “Pero la Justicia simple.” —*Edit.*

influencia en sus relaciones con los hermanos, porque cómo pudiera amar a Dios a quien no vio (salvo con los ojos de la fe), si no ama a los hermanos que tienen el Espíritu de Dios, y que vio con sus propios ojos? (1 Juan 4:20,21). A medida que aprenda a reflexionar con cuidado en sus relaciones con ellos, con el fin de hacer por ellos y hacia ellos como él quisiera que hicieran por él y hacia él, se da cuenta que esto obra una gran transformación en su vida, y que no es en absoluto la regla o la ley bajo la cual él y otros han sido acostumbrados a vivir, pensar, actuar, hablar.

Él se da cuenta que si quiere que los hermanos actúen con benevolencia a su consideración y le hablen amablemente, él mismo debe hablarles amablemente y actuar con benevolencia a su consideración. Lo mismo que le gustaría verles aguantar sus imperfecciones y sus debilidades y cubrir sus defectos humanos del abrigo de la caridad, así debería hacerlo a su consideración. Él se da cuenta que lo mismo que no le gusta que los hermanos hablen mal de él, hasta si este mal sea verdad, así debe tener una afección dulce por ellos y “no hablar mal de nadie”, sino “hacer bien a todos los hombres, especialmente a los de la familia de fe”. Así como no le gusta que otros esperen de él más que razonablemente pueda hacer, así él no esperará de otros más que razonablemente puedan hacer. El mismo principio también obraría con respecto al mundo y sus asuntos. Todo el transcurso de la vida se cambia así gradualmente, y como sugiere el Apóstol, este cambio se hace a medida que “contemplamos la gloria del Señor” — a medida que llegamos a apreciar y aprender a imitar la grandeza del carácter divino dirigido por esta Regla de oro* del Amor. —2 Cor. 3:18.

A medida que se desarrolla nuestro nuevo entendimiento (nuestra nueva voluntad) engendrado del Espíritu Santo, él se “cambia gradualmente de gloria a gloria” en la cualidad del corazón, y así cambiado en nuestro corazón, nuestro entendimiento, nuestra voluntad, nuestra intención (y en lo posible en nuestro comportamiento exterior), nos hacemos cumplidos o

* “De la justicia perfecta, juntada a un Amor abundante. —Edit.

“convenientes”, según la promesa divina, para el gran cambio final de la resurrección, cuando lo que es sembrado en la debilidad y la corrupción será levantado en poder y en gloria, una Nueva Creación espiritual — el Cristo de Dios. Los apóstoles nos dan diversos consejos buenos y útiles, exhortaciones y sugerencias que diversos hermanos repiten y confirman porque son provechosos para reprender, para corregir, etc.; sin embargo * después de todo, la Ley, toda la Ley bajo la cual la Nueva Creación está colocada por su Jefe (Cabeza), es esta Ley de Amor, esta Regla de oro. Si ella fuera apreciada justamente, esto significaría que muchas cosas hechas ahora por la Nueva Creación no serían más, y muchas cosas descuidadas ahora por ellas serían cumplidas con celo y diligencia.

LA LEY PERFECTA DE LA LIBERTAD

Si algunos al principio eran propensos a creer que la Nueva Creación es dejada demasiado libre por el Señor, sin restricciones y sin reglas convenientes, ellos han cambiado de idea sin duda alguna cuando lograron discernir la longitud, la anchura y el alcance general de esta Ley de Dios brevemente resumida en esta única palabra, Amor. El Apóstol lo llama “la Ley de la libertad” (Santiago 1:25); no obstante, Dios aplica esta ley de la libertad sólo a la Nueva Creación engendrada de su Espíritu. Ella no es aplicable a nadie más. Otros todavía se encuentran, o bajo la Ley de Moisés como siervos no preparados para “la libertad por la cual Cristo libera” a los hijos, o bajo la condena de la ley original, la condena de muerte; como pecadores condenados, son todavía tratados como extranjeros, como gente de afuera, que son sin Dios y que no tienen ninguna esperanza en el mundo; ellos hasta no conocen la gracia de Dios que lleve definitivamente la salvación del mundo en general, sino que, actualmente, ha sido manifestado sólo un número comparativamente restringido, la mayoría de los humanos siendo impedida por el Adversario de oír el mensaje del

* “Sin embargo, la Ley, la Ley bendita, bajo la cual está colocada la Nueva Creación, es una Ley de Amor que sobrepasa la regla de oro.” —*Edit.*

amor divino y de la redención. Él ciega los espíritus y tapa los oídos de la mayoría de los humanos por las doctrinas de demonios, etc. —2 Cor. 4:4; 1 Tim. 4:1.

La libertad no es para los malévolos, como demuestra la sociedad cuando los encarcela; también la Ley perfecta de la Libertad conviene no a los malévolos, sino a los que están bien dispuestos — *a los perfectos*. El mundo no estará sometido a una Ley de Amor durante el Milenio, sino será gobernado con Justicia y Misericordia por una ley de obediencia al Reino. No será antes del fin del Reino (cuando los malos obstinados hayan sido destruidos en la Segunda Muerte) que la raza — encontrada perfecta y en acuerdo perfecto con el modelo divino — estará colocada bajo la Ley de la Libertad — el Amor, y su Regla de oro. Con tal que los humanos sean menores, serán más bien tratados como siervos (Heb. 13:17). La Nueva Creación, que está ahora sometida a la Ley de la Libertad, es tratada así porque para ella “las antiguas cosas han pasado, todas las cosas se han hecho nuevas”; sus miembros ahora odian el pecado y aman la justicia; ellos se sirven de su libertad, no como una ocasión de satisfacer su carne, sino para mortificarla, no para regocijarse en el pecado, sino para sacrificar los intereses terrestres en cooperación con el Señor para rechazar el pecado y quitar de eso el mundo y librarlo de la muerte, el salario del pecado. Los que son engendrados de nuevo a este nuevo espíritu (o disposición) — el Espíritu de Dios — y que se hicieron alumnos en la escuela de Cristo para ser enseñados de él y para andar en sus huellas — son los únicos que en toda seguridad pueden estar colocados bajo la Ley de la Libertad. Si ellos pierden el espíritu de su adopción [filiación —*Edit.*], dejan de ser hijos, dejan de estar bajo esta Ley de la Libertad.

Los que, ahora, aprenden a usar de esta libertad por la cual Cristo libera, los que por la consagración vienen bajo esta Ley perfecta del Amor, y que, bajo ella, dan su vida por los hermanos y por la causa de la Verdad y por la justicia, estos fieles serán considerados dignos de ser los agentes del Señor y los coherederos de su Hijo bien amado en la gran obra de la bendición del mundo.

La Nueva Creación

¡Cuán necesario es que los que serán los instructores, los ayudantes, los jueces y los gobernantes del mundo, que bendecirán a todas las familias de la tierra durante la Edad milenaria, sean plenamente desarrollados y puestos a prueba en esta calificación del Amor, con el fin de ser Sacerdotes reales misericordiosos y fieles!

ESTUDIO VIII

EL REPOSO, O EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN

EL CAMBIO DE LAS RELACIONES DIVINAS DATA DE LA CRUZ — LA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES EN LAS SINAGOGAS EN EL DÍA DEL SÁBADO NO SIGNIFICA QUE EL SÁBADO O EL SISTEMA JUDAICO COMPROMETE LA NUEVA CREACIÓN — EL EDIFICIO EN EL CUAL SE RECOMIENDA EL EVANGELIO NO AFECTA EL MENSAJE RECOMENDADO — EL DÍA TAMPOCO — ORIGEN DEL PRIMER DÍA DE LA SEMANA COMO SÁBADO CRISTIANO — SU OBSERVANCIA COMENZÓ MUCHO TIEMPO ANTES DEL TIEMPO DE CONSTANTINO — CASI TODAS LAS MANIFESTACIONES DEL SEÑOR RESUCITADO SE EFECTUARON EN EL PRIMER DÍA — LA OBSERVANCIA GENERAL DEL PRIMER DÍA COMO SÁBADO ES UN TEMA DE GRATITUD — SIN EMBARGO, NO ES UN ORDEN DIVINO — FRANCIA Y EL NÚMERO 7 — EL SÁBADO DE ISRAEL ERA UN TIPO — CUANDO COMENZÓ EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN Y CÓMO CONTINÚA

Los estudios que hicimos en el capítulo precedente nos probaron, de manera concluyente, que para los que están en Cristo Jesús, no hay otra ley que aquella que encierra todo, la Ley de Amor. Vimos, de manera clara y distinta, que la Nueva Creación, Israel según el espíritu, no estaba en ningún sentido de la palabra, sometido al Pacto de la Ley, “añadida a causa de las transgresiones” cuatrocientos treinta años después del Pacto bajo el cual la Nueva Creación fue aceptada en el Bien amado. Es verdad que nuestro Señor Jesús, en su vida humana, observó estrictamente el séptimo día de la semana, conforme a la Ley de Moisés, sin estar de acuerdo no obstante con las concepciones falsas de los escribas y de los fariseos. Él observó la Ley porque según la carne, era judío, nacido bajo la Ley de Moisés, y por consiguiente, sometido a todas sus exigencias que cumplió, como declara el Apóstol, “clavándola en su cruz”; así él puso fin a eso en lo que le concernía personalmente y en lo que concernía a todos los judíos que venían al Padre por él. Todos los judíos, que no han aceptado a Cristo,

siempre están sometidos a todas las disposiciones y a todos los reglamentos de su Pacto de la Ley, y, como explica el Apóstol, pueden liberarse de eso sólo al aceptar a Cristo como fin de la Ley — al creer. —Rom. 10:4.

En cuanto a los Gentiles, ya hemos visto que nunca estaban sometidos a la Ley de Moisés, y por consiguiente, no podían ser liberados de ella; ya hemos visto también que nuestro Señor Jesús, la Nueva Criatura, engendrada en su bautismo, y nacida del Espíritu en su resurrección — era la descendencia antitípica de Abrahán, y heredero de todas las promesas hechas en él; que, tanto los judíos como los gentiles acercándose a él por la fe, y al Padre mediante él, cuando son engendrados del Espíritu Santo se consideran también como parte de la Nueva Creación y coherederos de Jesús en el Pacto abrahámico del cual ningún miembro está sujeto al Pacto de la Ley o al Pacto de Moisés que fue añadido. En consecuencia, aunque el hombre Cristo Jesús estuviera bajo la Ley, y sujeto a la obligación de observar el séptimo día como parte de ella, esta sujeción a la Ley cesó para los discípulos de Cristo como para sí mismo, tan pronto como murió, poniendo fin a la Ley en toda rectitud y en toda justicia, para todos los judíos que le aceptaron, y que, gracias a él, murieron al Pacto de la Ley para vivir en el Pacto abrahámico.

No es sorprendente, sin embargo, comprobar que les hizo falta, hasta a los apóstoles, cierto tiempo para captar totalmente lo que significaba el cambio de la dispensación de la Ley a aquella de la Gracia — la Edad Evangélica. Igualmente, vemos que les hizo falta cierto número de años para darse cuenta plenamente de que con la muerte de Cristo, la pared de separación entre los judíos y los gentiles fue derrotada, y que en lo sucesivo los gentiles no deberían ser considerados más como impuros, no más que los judíos; es que en efecto Jesucristo, por la gracia de Dios, había probado la muerte por todos, y desde entonces quienquiera (judío o gentil) que quisiera acercarse al Padre podría ser aceptado por él, aceptado en el Bien amado. Aun años después de la conferencia de los apóstoles, en la cual Pedro y Pablo hicieron testimonio de la gracia de Dios concedida a los gentiles, y de los dones del Espíritu

Santo, las lenguas milagrosas, etc. dones semejantes a los que habían sido testigos del engendramiento del Espíritu sobre los judíos en el Pentecostés, encontramos que Pedro todavía vacila, y cede a los prejuicios de los creyentes judíos, hasta al punto de alejarse de los conversos gentiles aún tratándoles como impuros. Él trajo a sí mismo debido a eso una reprimenda del apóstol Pablo quien, a todas luces, captó más claramente que los otros apóstoles, toda la situación creada por la nueva dispensación. Si un apóstol necesitó así una reprimenda para ayudarle a vencer sus prejuicios raciales, podemos fácilmente suponer que la mayoría de los creyentes (casi todos los judíos) estuvo durante varios años en una confusión muy grande respecto al cambio completo de las relaciones divinas a partir de la cruz.

La costumbre de los judíos, no sólo los de Palestina sino que además aun los que fueron dispersados a través del mundo, comprendía la observancia de un sábado; aunque al principio este sábado no estuviera fijado para ser otra cosa que un día de descanso, una cesación de trabajo, de allí llegó a ser muy a propósito un día reservado, en las sinagogas, para la lectura de la Ley y de los Profetas y para la exhortación. Era un día en que todo trabajo fue suspendido a través de toda Palestina. En consecuencia, los conversos judíos recién llegados al cristianismo se reunían muy naturalmente en el día del sábado para estudiar la Ley y los Profetas, desde el nuevo punto de vista de su cumplimiento comenzado en Cristo, y para exhortar mutuamente a ser firmes, y esto tanto más que veían acercarse el día — el gran día del Señor, el día milenar, “los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios *por boca de sus santos profetas* que han sido desde tiempo antiguo”. Los apóstoles y los evangelistas que viajaban fuera de Palestina encontraron los oídos más atentos al Evangelio entre los judíos que ya esperaban al Mesías, y encontraron su mejor ocasión favorable de impresionarles en sus agrupaciones acostumbradas del séptimo día. Y nada tampoco en la revelación divina no les impedía recomendar el mensaje del Evangelio en el séptimo día no más que en el primer, o en cualquier otro día de la semana. Podemos, en efecto, estar seguros

que estos primeros evangelistas recomendaron sin cesar la Palabra, por todas partes adonde fueron y en toda ocasión, a quienquiera que tenía un oído para escuchar.

El Apóstol que declaró que Cristo puso fin al Pacto de la Ley clavándola en su cruz no dijo ni una sola palabra a la Iglesia primitiva, por lo que muestra el relato, concerniente a una ley o a una obligación fijando la observancia especial del séptimo día de la semana, o de otro día de la semana. Al contrario, ellos siguieron estrictamente el pensamiento de que la Iglesia es una Nueva Creación bajo el Pacto original, y que, como casa de hijos, la Nueva Creación no está bajo la Ley sino bajo la Gracia. Estos instructores inspirados señalaron muy claramente la libertad de la Nueva Criatura, diciendo: “Nadie pues os juzgue en cuanto a *cuestión de comida* o de bebida, o en cuanto a día de fiesta, o novilunio, o sábado: las cuales cosas son una *sombra* de las que habían de venir, pero el cuerpo es de Cristo. —Col. 2:16, 17, *Versión Moderna*.

Ellos quisieran dar a entender a la Iglesia que todas las diversas disposiciones tocantes a las fiestas, los ayunos, los tiempos, las temporadas y los días formaban parte de un arreglo general — un tipo que Dios instituyó con Israel típico, y que eran sólo la *sombra* de las mejores cosas venideras — aplicables a Israel según el espíritu. Para los judíos, estas cosas eran unas realidades que les fueron impuestas y que les ataban por decretos divinos; para la Nueva Creación, son sólo sombras, lecciones que dirigen nuestra atención hacia el grandioso cumplimiento, y nada más. El hecho que los apóstoles eran deseosos de sacar provecho de los días del Sábado y de las sinagogas judías para recomendar el Evangelio de Cristo, no era en ningún sentido una adhesión a la organización y a la ley de los judíos como una regla o una servidumbre impuesta en la Nueva Creación. Hoy, nosotros, hasta si la ocasión se nos ofreciera, recomendaríamos a Cristo en las sinagogas judías, no sólo en el primer día de la semana, sino que lo haríamos con alegría en el día del sábado judío, en el séptimo. Sí, estaríamos dispuestos aun totalmente a recomendar a Cristo en un templo pagano y en un día sagrado para los paganos, pero no

consideraríamos de ninguna manera que actuando así, aceptamos las doctrinas paganas o el día sagrado pagano.

Respecto al primer día de la semana que los cristianos, en general, observan como un sábado o día de descanso, es un error completo de aseverar que este día fue puesto de lado y considerado como un sábado cristiano por decretos de la iglesia católica romana. Es bien verdad que al tiempo de Constantino, más de dos siglos después de que los apóstoles se hubieran dormido, el formalismo se había introducido en la Iglesia en proporciones considerables, que los maestros falsos habían procurado, gradualmente, someter a los discípulos del Señor a la esclavitud del clero, y que las intrigas clericales y la superstición comenzaban a ejercer una influencia enorme. Es verdad también que en aquella época una ley fue promulgada entre los cristianos nominales, ordenándoles de observar el primer día de la semana como una actividad religiosa, etc. y prohibiendo el trabajo manual salvo en los campos donde la recolección de las cosechas podía considerarse como un trabajo necesario. Es verdad que este modesto principio de servidumbre y de sugerencia que el primer día de la semana, con los cristianos, había reemplazado el séptimo día de la semana de los judíos, conduciendo gradualmente y cada vez más a la idea de que todos los mandamientos dados por Dios a los judíos respecto al séptimo día, se aplicaban a los discípulos de Cristo a propósito del primer día de la semana.

Sin embargo, se comenzó a observar con razón el primer día de la semana bien antes de la época de Constantino, no como una servidumbre, sino libremente, como un privilegio. El solo hecho que nuestro Señor resucitó a los muertos el primer día de la semana ya hubiera justificado que este día fuera celebrado entre sus discípulos marcando el reavivamiento de sus esperanzas; pero a esto hay que añadir el hecho de que en el día de su resurrección él encontró sus fieles a quienes les explicó las Escrituras; algunos de ellos recordaron más tarde la bendición recibida, diciendo: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abrió las Escrituras?” (Luc 24:32). Fue el mismo primer día de la semana en que él encontró ambos

discípulos en camino por Emaús donde fue visto cerca del sepulcro por las dos María, donde había aparecido bajo los rasgos de un jardinero a María Magdalena, y donde se hizo reconocer a la asamblea general de los apóstoles, etc. Ellos esperaron una semana entera para ver otras manifestaciones del Maestro resucitado, que reapareció a los once sólo el primer día de la semana siguiente. Y así, por lo que sabemos, casi todas las apariciones de nuestro Señor a los hermanos se efectuaron el primer día de la semana. No es sorprendente por lo tanto que, sin menor mandamiento del Señor o de uno de los apóstoles, la Iglesia primitiva se acostumbró a reunirse el primer día de la semana, para recordar las alegrías sentidas por la resurrección de nuestro Señor, y también para recordar que su corazón ardía dentro de ellos el mismo día de la semana en que él les explicaba las Escrituras.

Ellos hasta siguieron conmemorando la comida fraternal donde, juntos y el mismo día, “partían el pan”; no se trataba de la Cena de la Pascua, o de la Cena del Señor, sino de un recuerdo de la bendición que les habían recibido en Emaús, cuando él partió el pan, sus ojos estuvieron abiertos, y ellos le reconocieron; era también el recuerdo de la bendición que recibieron en el aposento alto, cuando él partió el pan con ellos y les dio pruebas satisfactorias que era verdaderamente su Señor resucitado, aunque cambiado (Luc. 24:30,35,41,43). Leemos que partían el pan con alegría y gozo, no como recuerdo de su muerte, sino de su resurrección. Esto representaba, no su cuerpo quebrantado y su sangre derramada, sino la *verdad refrescante* que les tendía y gracias a la cual su corazón se alimentaba de las esperanzas alegres del futuro garantizadas por su resurrección de entre los muertos. (Nunca es cuestión de la “copa” en las referencias hechas al pan partido.) Estas agrupaciones en el primer día de la semana fueron unas ocasiones de regocijarse en el pensamiento que el nuevo orden de cosas había sido inaugurado por la resurrección de Jesús de entre los muertos.

A medida que la Iglesia se liberó gradualmente de una asociación estrecha con el judaísmo, y en particular después de la destrucción de Jerusalén y la ruptura violenta general de la

organización judaica, la influencia del Sábado del séptimo día decayó; la Iglesia se pegó más o menos al primer día de la semana, al reposo y al refresco espirituales de la Nueva Creación que habían comenzado en la resurrección de nuestro Señor en la gloria, la honra y la inmortalidad.

En cuanto al mundo pagano en general, Dios no le dio ninguna ley especial o ningún mandamiento especial; los paganos tienen pura y simplemente lo que les queda de la ley original escrita en su naturaleza y ampliamente empañada, casi obliterada por el pecado y la muerte. Sólo otro mandamiento ha sido añadido a esta ley. ¡Arrepiéntase! porque una nueva ocasión favorable para obtener la vida ha sido preparada (accesible ahora, o durante el Milenio) y porque toda acción y todos los pensamientos voluntarios tendrán una repercusión sobre la salida final del caso de cada uno. Pero nada más que este mensaje “¡Arrepiéntase!” se da a los que no pertenecen a Cristo. Es sólo a los que se arrepienten que Dios todavía habla, según que tienen oídos para escuchar y un corazón para obedecer su voluntad.

En cuanto a los millones de cristianos nominales de nuestro tiempo, ellos no sólo han fallado de captar el carácter verdadero de la gracia de Dios y el llamamiento presente de la Nueva Creación, sino, en su gran mayoría, han fallado de comprender la ley de la Nueva Creación, y han interpretado mal sus libertades, sus símbolos, etc. La Cristiandad adquirió concepciones falsas del bautismo, la Cena del Señor, etc. tanto como concepciones falsas divinas del Sábado, de la Ley y del Pacto con la Nueva Creación, y ella las enseña al mundo. Es evidente que nunca fue la intención del Señor que la “Cristiandad” nominal debiera comprender o apreciar la verdad respecto a estos temas durante el tiempo presente. Así como declaró el Apóstol: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre [el hombre natural], son las que Dios ha preparado para los que le aman”. La Cristiandad nominal tampoco captó su voluntad y su plan concernientes al “rebaño pequeño”. “Pero Dios nos las reveló a nosotros [nos reveló estas cosas] por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios [su buena, agradable y

perfecta voluntad que nos concierne, ahora y para el futuro]”. La Cristiandad nominal no apreciando el espíritu del llamamiento superior, ni la Ley perfecta de la Libertad que pertenece a los elegidos, no siendo capaz de apreciarlos porque les falta el Espíritu del Señor, no estamos sorprendidos que reglas y ceremonias, días de ayunos, penitencias, restricciones de un tipo u otra, días santos y días de sábado, se hacen hierros y cadenas sobre la Cristiandad nominal. No es sorprendente tampoco como algunos del verdadero pueblo del Señor, los “elegidos” del “rebaño pequeño”, se hicieron más tarde tan enredados en esta servidumbre que fueron privados, en una gran medida, de la libertad verdadera de los hijos de Dios.

No sacamos de eso un argumento contra la observancia del primer día de la semana. Al contrario, nos regocijamos de que, por la providencia divina, este día sea observado de manera tan general a través del mundo civilizado. Gracias a esta observancia general, el pequeño número de los consagrados tiene ventajas y privilegios especiales de los cuales pudieran ser privados si la observancia de este día fuera menos general. Por todas partes, la Nueva Creación puede seguramente regocijarse mucho de tener la ocasión favorable de reservar cada siete días especialmente para el culto, la comunión espiritual, etc. Sería un perjuicio grave que sufrirían todos los fieles de Dios si este uso general viniera a desaparecer. Por esta razón, si no por otra, les conviene a todos los que pertenecen al Señor, no sólo a quienes que emplean este día con reverencia, sobriedad y en el ejercicio y la alegría espirituales, sino además que utilizan su influencia a favor de su observancia, que por sus palabras o por sus actos, su observancia no sea descuidada entre la gente en general.

Sin embargo, lo mismo que algunos se equivocan creyendo que el séptimo día de la semana del Pacto judaico era una servidumbre para todos los hombres, así otros han venido bajo una *servidumbre* semejante en cuanto al primer día, engañados por la idea errónea que, por orden divino, este día había revestido la misma santidad exterior que la del séptimo día entre los judíos sometidos a su Pacto de la Ley como “casa de siervos”, “bajo la Ley” y no bajo la Gracia. En realidad, muchas personas no muy

religiosas ellas mismas, y que no confiesen ninguna consagración, hacen mucho caso de las observancias, y perderían todo aprecio por los verdaderos hijos de Dios que descuidaran en cualquier medida de emplear el primer día de la semana para el culto y la alabanza, o que, al contrario, la emplearan para hacer un trabajo secular. Por todas estas razones, les aconsejamos a todos los que discernen muy claramente la libertad por la cual Cristo libera, de no abusar de su libertad con el fin de no hacer tropezar a nadie, sino al contrario, de emplearla más bien como para Dios y para unos a otros, para las ocasiones favorables que ella da para crecer en gracia, en conocimiento, y en todos los frutos del Espíritu. Aconsejamos que, en todos los límites razonables, el pueblo consagrado del Señor, y, en la medida en que se ejercita su influencia, sus familias — los hijos menores como los miembros adultos — observan escrupulosamente el domingo. Todos deberían saber que tal día es apropiado para el culto y la alabanza, y que es también necesario para el descanso físico, no sólo para la Iglesia, sino para el mundo.

Aunque siendo totalmente libres de la Ley judaica, podemos sin embargo discernir que, ya que sus disposiciones han sido tomadas por el Señor, hay toda probabilidad que además del significado típico de las disposiciones de Israel, también comprendían una ventaja práctica. Por ejemplo, podemos ver un significado típico en el nombramiento de ciertas carnes animales como puras, y otras como impuras e impropias al consumo, y aunque no podamos comprender exactamente cómo y por qué algunos de estos alimentos son malsanos, perjudiciales para la salud, tenemos toda razón para creer que tal es el caso, por ejemplo como la carne del cerdo, del conejo, de la anguila etc. No violamos ninguna ley comiendo estas cosas, porque no somos judíos; sin embargo, nosotros deberíamos desconfiar más bien de eso, y estar sobre aviso para saber a cuál punto ellas convienen o no a nuestra salud, porque estamos obligados a observar todas las leyes de higiene, por lo que sepamos discernirlas.

De manera análoga, podemos ver en el reposo de cada siete días concedido a Israel, no sólo la enseñanza típica, sino que la

medida necesaria para las condiciones humanas actuales. Se admite generalmente, aun entre los que ignoran totalmente la Palabra divina, que un descanso cada siete días es ventajoso, no sólo para la especie humana, sino que también para las bestias de carga. Además, algunos pretenden que esta ley sobre la necesidad de un descanso en consecuencia de un trabajo continuo se aplica a ciertas cosas inanimadas. Por ejemplo, el material móvil de los ferrocarriles, etc. Extraemos lo que sigue del “*London Express*” para ilustrar este punto:

“Puede parecer extraño de oír a personas hablar de un eje acerado y cansado”, o de un “carril cansado”; sin embargo, oímos esto en los ferrocarriles y en sus talleres y consideramos que estas expresiones son exactas. “¡Un metal sin vida que está cansado! ¡Qué idea!” piense tal vez, pero los expertos en la materia declaran que el trabajo fatiga el metal, y que tiene, como ustedes, necesidad de descanso.

“¿Qué es lo que provocó la rotura del eje?” pregunta el director del movimiento. “El cansancio del metal” responde el verificador. Esta respuesta es frecuente, a menudo confirmada por los hechos. A veces, un eje se rompe o una rueda se destempla, bajo una carga mucho menos fuerte que una carga acostumbrada, y el examen más minucioso posible no revela ni defecto ni debilidad, lo que conduce a los ingenieros a hacer responsable el “cansancio del metal”. Los tendones acerados pueden cansarse totalmente como músculos de carne, y el metal que no tiene descanso dejará de hacer su trabajo y pueda presentar un gran peligro. Por lo menos, es lo que dicen los ingenieros, afirmando además que, sin descanso, la atracción de las moléculas de metal unas hacia otras se debilita, hasta que el punto de rotura padezca. Entonces dificultades sobrevienen.”

En Francia, en consecuencia de la Revolución y de su período de incredulidad, se resolvió de suprimir el Sábado bíblico — cada siete días — para reemplazarlo por un día de descanso sobre diez*, pero este arreglo no dio satisfacción; los franceses, con todo lo deseosos que fueran de aplicar sobre eso el sistema métrico, descubrieron rápidamente que la Naturaleza tenía sus propias leyes y que marcaba el número 7 de su aprobación de alguna manera inexplicable. Por ejemplo, ellos encontraron que el punto culminante de una fiebre se efectuaba el séptimo día, el decimocuarto día o el vigésimo y uno día o el vigésimo y octavo día, y que si no se consigue algún mejoramiento el treinta y quinto

* 1793. — Calendario Republicano: véase el diccionario. — *Trad.*

día o antes, es habitualmente la muerte que sobreviene. Fueron incapaces de cambiar esto y de obtener que las fiebres alcancen su punto culminante según el sistema decimal.

Por eso, lejos de abogar por el abandono del domingo cristiano, recomendamos con insistencia que se mantenga en el interés del hombre natural tanto como en el interés espiritual de la Nueva Creación. Recomendamos con insistencia también que nada se haga que pueda en algún sentido o en cualquier grado suspender o rechazar esta gran bendición que nos alcanzó indirectamente por la Ley judaica. En realidad, estaríamos felices si todos pudieran considerar este día como un día de devoción *voluntario* al Señor, pero ya que la mayoría no puede discernirlo así, podemos también permitirles o no quedarse en una ilusión inofensiva respecto a este tema, una ilusión que puede ser realmente a su ventaja.

La Nueva Creación no necesita ninguna opinión especial concerniente al *empleo* apropiado de este día, porque sus miembros comprenden bien que su vida ha sido consagrada completamente, devotada al Señor y a su servicio. No andando según la carne sino según el espíritu, las Nuevas Criaturas procuren sacar provecho especialmente de tal ocasión favorable para glorificar a Dios en su cuerpo y su espíritu. La alabanza, las acciones de gracias, las meditaciones y las exhortaciones, en armonía con la Palabra y el plan divinos son completamente apropiadas este día. No obstante, no insistimos para que el Día del Señor, o el Domingo, sea obligatoriamente reservado exclusivamente para el culto religioso. Dios no dio tal mandamiento, y nadie más tiene el derecho de hacerlo. Sin embargo, donde esté nuestro corazón, donde estén nuestras simpatías y nuestro amor, tomaremos gran placer de encontrarnos en eso, y podemos concluir sin temor que cada miembro de la Nueva Creación encontrará su alegría más grande, su placer más grande, en la compañía y la comunión del Señor y de los hermanos, y que, por consiguiente, se olvidará muy raramente de reunirse con ellos, como las Escrituras nos exhortan pero sin mandarlo. —Heb. 10:25.

Lo que hacemos voluntariamente como para el Señor, sin haber recibido el orden, es la prueba tanto más grande de nuestro

amor y de nuestra lealtad hacia él y hacia los suyos, y sin duda alguna, la apreciará en consecuencia. Un buen número de los miembros de la Nueva Creación tiene hijos o pupilos confiados a su cuidado, a los que deberían aprender correctamente las conveniencias de observar el domingo, sus ventajas y las libertades de las cuales que pueden gozar razonablemente. Nada en la Palabra de Dios sostiene la esclavitud tiránica que se ha colocado en los hogares cristianos bajo la denominación del sábado puritano; según esta ley, una sonrisa el domingo sería un pecado, besar a su hijo sería un crimen, y hacer un paseo apacible o sentarse debajo de los árboles y contemplar la Naturaleza sería una profanación — aun si, en la contemplación, el espíritu se eleva de la Naturaleza al Dios de la Naturaleza. No obstante, teniéndonos muy al lado de esta concepción falsa, no vayamos al otro extremo, como hacen muchas personas que aprueban una conducta exuberante, juegos, una música profana, o un trabajo de cualquier género que pudiera hacerse otro día. Los hijos de la Nueva Creación deberían, de toda manera razonable, reflejar el espíritu de sobrio sentido común que Dios prometió a sus padres por el Espíritu Santo y por la Palabra de la Verdad. Observar de una manera racional y digna el primer día de la semana como día de descanso, de mejoramiento mental y moral, de amable compañía en el seno de la familia y entre miembros de la familia del Señor — la Nueva Creación — traerá seguramente una bendición a todos los interesados.

Otra consideración importante que hay que tomar, concerniente a la observancia del domingo, es aquella de las leyes del poder existente. En numerosos estados, ciertas leyes y ciertas reglas existen tocantes al domingo. El pueblo del Señor debe someterse a las leyes, no menos sino más que los otros, en todo lo que no entra en conflicto con su conciencia. Si, por lo tanto, la ley civil ordenara dos o tres sábados a la semana, la Nueva Creación debería observarlos y considerar esta disposición como una bendición que le multiplica las ocasiones favorables para su desarrollo espiritual. No obstante, dado que estos sábados serían de origen mundano y no un mandamiento divino, la Nueva Creación no debería sentirse obligada a observarlos *más allá* del límite

donde el mundo considera que sus leyes están satisfechas.

EL SÁBADO TÍPICO DE ISRAEL

Ya observamos que la obligación de observar el Sábado de la Ley judaica anunciada en el Sinaí no fue dada a ninguna otra nación que Israel y por consiguiente no fue impuesta a ningún otro pueblo que los judíos. Su primera observancia, informada en las Escrituras, se efectuó después de que se hubiera instituido el primer rasgo de la Ley judaica, la Pascua. Después de que Israel hubiera salido de Egipto y que hubiera entrado en el desierto, recibió su primera lección en la observancia del día de reposo en relación con la recogida del maná, antes de llegar al Monte Sinaí donde se le dio el Decálogo. No se dijo nada a Adán o a Enoc o a Noé o a Abrahán o a Isaac o a Jacob respecto a la observancia de un Sábado. No se menciona, o directamente, o indirectamente. La única mención que se haya hecho anteriormente del término “sábado” está en el relato de la creación donde se nos dice que Dios descansó el séptimo día el cual, ya lo vimos, no fue un día de 24 horas, sino de siete mil años.

Al dar a Israel la orden de descansar el séptimo día, Dios identificó este período de 24 horas de descanso con su propio descanso en una escala más grande y más elevada, y esto nos hace deducir que además de la bendición (cualquiera que fuera la naturaleza) que Israel recibió del reposo semanal, este último comprendía una lección *típica* para la Nueva Creación; de hecho, encontramos lecciones típicas a propósito de cada rasgo de este pueblo y de su Ley.

Bajo la Ley, el séptimo día, el séptimo mes, y el séptimo año eran unas fechas importantes: Este séptimo día era como un período en que se detenía el trabajo, un período de descanso físico; el séptimo mes, como el mes donde se efectuaba la propiciación por el pecado, con el fin de que el pueblo pudiera descansar del pecado; y el séptimo año, aquel de la liberación de la esclavitud, de

la servidumbre. Además, como ya hemos visto* el séptimo año multiplicado por sí mismo ($7 \times 7 = 49$) conducía al quincuagésimo año o el año de Jubileo, en el cual fueron anuladas todas las hipotecas, todas las prendas y todas las sentencias pronunciadas contra personas y propiedades, y donde se le permitió a cada familia regresar en sus propios bienes, liberada de todas las cargas de los errores y malas acciones del pasado, etc. Ya hemos visto que el antitipo del año del Jubileo de Israel sería el Reino milenario, y sus “tiempos de la restauración [general] de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”, el antitipo siendo inmensamente más grande que el tipo, y aplicable a toda la humanidad en general.

Ahora observemos más acerca del séptimo día típico. Como el séptimo año, ése conduce ($7 \times 7 = 49$) a un quincuagésimo día o Día de Jubileo que expresa el mismo pensamiento que el séptimo día, es decir, aquel de *descanso*, pero acentuándolo.

¿Qué bendición a Israel según el espíritu (la Nueva Creación) fue tipificada por el Sábado, o el reposo, del séptimo día de Israel natural? El Apóstol responde a esta pregunta (Heb. 4:1-11), cuando dice: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo [Sábado], alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado . . . Pero los que hemos creído entramos en el reposo [la observancia del Sábado] . . . Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia . . . Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”. Aquí, el Apóstol nos enseña una lección doble: (1) Que ahora tenemos el privilegio de entrar en el reposo, y de hecho, todos los que aceptaron sinceramente al Señor, descansan y se confían convenientemente en él, gozan así del Sábado o reposo antitípico para el presente, el reposo de la fe. (2) Él nos muestra también que

* Vol. II, Cap. VI (en inglés).

si queremos conservar este reposo actual, y asegurar nuestra entrada en el Sábado eterno, el “reposo sabático que queda para el pueblo de Dios”, el Reino de los cielos, será necesario que quedemos en el favor del Señor, que continuemos ejerciendo hacia él la fe y la obediencia.

No es necesario señalar a los miembros de la Nueva Creación cuándo y cómo entraron en el reposo de la fe — cuándo y cómo la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, comenzó a reinar en su corazón, y que la confianza entera en él comenzó a echar fuera el temor y el descontento. Este descanso comenzó con nuestra plena aceptación del Señor Jesús como el sumo sacerdote que cumplió el sacrificio por el cual nuestros pecados fueron cubiertos por el mérito imputado del Redentor, el Mesías; este descanso se intensificó cuando nosotros reconocimos en él la Cabeza (Jefe) de la Nueva Creación, y el heredero de la promesa abrahámica, y que nos reconocimos como siendo llamados por Dios para ser sus coherederos en este Reino de bendición. El *descanso perfecto*, el disfrute del Sábado, vino cuando sometimos nuestro todo al Señor, aceptando con alegría la dirección que él nos prometió en un “camino angosto” hacia el Reino. Allí, *descansamos de nuestras propias obras*, de todo esfuerzo de justificarnos a nosotros mismos; confesamos nuestra imperfección y nuestra indignidad de la gracia divina y nuestra incapacidad de hacernos dignos por nuestros propios medios. Allí, aceptamos con reconocimiento la misericordia divina difundida por nosotros en la redención que está en Cristo Jesús nuestro Señor y la promesa de la “gracia de ayudarnos en todo tiempo de necesidad”, y decidimos ser discípulos de Jesús, andando en sus huellas “aun hasta la muerte”.

El Apóstol declara que nosotros entramos en el reposo *como Dios descansó* de sus obras. Ya hemos visto que Dios había descansado de su obra creativa cuando la hubo acabado haciendo el hombre a su propia semejanza. Después él permitió el pecado y la muerte desfigurar su bella creación; sin embargo él no levantó su brazo poderoso para detener este trabajo, ni ató o reprimió a Satanás, al gran seductor. Dios está descansando, esperando, dejando su obra a los cuidados del Mesías para que la cumpla.

Entramos por la fe en el reposo de Dios cuando discernimos que Cristo es el Ungido de Dios, plenamente autorizado para hacer este trabajo, no sólo para nosotros (la Nueva Creación, los miembros de su cuerpo), sino que una obra de bendición y de restauración para toda la humanidad, para quienquiera que acepte la misericordia divina por él.

Discernimos claramente donde comenzó nuestro descanso, como miembros individuales de la Nueva Creación, pero también nos será provechoso echar una mirada hacia atrás y notar el comienzo de este descanso para la Nueva Creación en su conjunto. Vemos que los apóstoles gozaron de cierta medida de descanso y de confianza mientras que el Señor estaba con ellos en la carne, pero el descanso completo no estaba allí. Ellos se regocijaban porque el Esposo estaba entre ellos; ellos se regocijaban en él, aunque no comprendieran la longitud y la anchura de su amor y de su servicio. Cuando el Maestro murió, su descanso, su alegría y su paz cesaron, y según sus propias palabras, la causa de todo su desengaño fue la siguiente: “Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel” [v. Luc. 24:21], pero fueron decepcionados. Cuando fue resucitado de entre los muertos, cuando apareció a ellos y probó su resurrección, sus dudas y sus temores comenzaron a dar lugar a la esperanza, pero su alegría y su paz no les volvieron completamente. Eran perplejos. Sin embargo, ellos escucharon y siguieron su exhortación de quedar en Jerusalén hasta que fueran revestidos de poder.

Ellos esperaron con esperanza — ¿cuánto tiempo? Respondemos que esperaron siete veces siete días, o sea cuarenta y nueve días, y el día siguiente, el quincuagésimo día, el día sabático del Jubileo, Dios cumplió para ellos la buena promesa que les había hecho y les concedió a todos los que habían aceptado a Jesús de entrar en su reposo, de observar el Sábado más elevado de la Nueva Creación. Ellos entraron en su reposo recibiendo la bendición del Pentecostés que hablaba de “paz por Jesucristo”, que les informaba que aunque Jesús muriera por los pecadores, que fuera llevado al cielo e invisible a sus ojos, fue aprobado sin embargo por el Señor [Jehová], su sacrificio hecho aceptable por el

pecado, y que así podían *descansar en el mérito del trabajo que había cumplido*; ellos podían descansar en la seguridad que todas las promesas de Dios serían sí y amen en él y por él; ellos podían descansar en la seguridad que sus pecados personales fueron perdonados y que fueron aceptados personalmente por el Padre. Esto también les dio palabra que las inmensas y preciosas promesas concentradas en Jesús serían totalmente cumplidas, y que tendrían en ellas una parte gloriosa cuando la gracia haya afinado bien su corazón, si dieran pruebas de su fidelidad en su parte del contrato, y si “hicieran firme su vocación y su elección” permaneciendo en Cristo, obedeciendo la voluntad divina.

Así, todos los miembros de la Nueva Creación que recibieron el Espíritu Santo, entraron en el reposo antitípico, y en lugar de observar todavía un séptimo día de descanso físico, ahora observan un descanso perpetuo del corazón, del espíritu, de la fe en el Hijo de Dios. Sin embargo, este reposo de la fe no es el fin, no es el antitipo completo. El gran “reposo que queda para el pueblo de Dios” vendrá al fin, para todos los que terminen su carrera con alegría. En el ínterin, hace falta que el *reposo de la fe* continúe, porque es nuestra prenda, o nuestra seguridad, del reposo de la futura vida. Para mantenerlo, habrá que obedecer no sólo en toda la medida de nuestra capacidad en pensamiento, en palabra y en acción, sino que también confiarnos en la gracia del Señor. Así es cómo podemos ser fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza, para andar en sus huellas. Debemos tener reposo y confianza en lo que él puede y quiere hacernos salir “más que vencedores”, y hacernos participar en la obra grandiosa del Jubileo antitípico.

ESTUDIO IX

EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN

JEHOVÁ, EL GRAN JUEZ DEL UNIVERSO — TODAS LAS BENDICIONES, TODOS LOS FAVORES, ETC. PROVIENEN DE JEHOVÁ, POR EL HIJO — LA NUEVA CREACIÓN LLAMADA A ASOCIARSE CON CRISTO Y SER SU COHEREDERA — “TODA POTESTAD ME ES DADA EN EL CIELO Y EN LA TIERRA” — EL JUICIO DEL PADRE QUE CONDENA AL GÉNERO HUMANO YA HA SIDO EXPRESADO — EL JUICIO, DURANTE EL MILENIO, SERÁ UN JUICIO DE MISERICORDIA Y DE AYUDA — LA SENTENCIA EJECUTORIA SERÁ JUSTA, SIN MISERICORDIA — EL JUICIO DE LA NUEVA CREACIÓN DURANTE LA EDAD EVANGÉLICA — LA NUEVA CREACIÓN JUZGADA POR LA LEY PERFECTA DE AMOR — LA VIGILANCIA DE LA CABEZA GLORIOSA SOBRE EL CUERPO — “PORQUE CON EL JUICIO CON QUE JUZGÁIS, SERÉIS JUZGADOS” — DEBERÍAMOS JUZGARNOS EQUITATIVAMENTE — “EL QUE ME JUZGA ES EL SEÑOR” — HAY CIERTOS ASUNTOS QUE LA IGLESIA DEBERÍA JUZGAR — “SI TU HERMANO PECARE CONTRA TI” — PERDONE SETENTA VECES SIETE — OFENSAS CONTRA LA IGLESIA — ES NECESARIO QUE TODOS COMPAREZCAMOS DELANTE DEL TRIBUNAL DE CRISTO

Ya hemos visto* que el mundo entero de los humanos ha sido considerado indigno de la vida eterna por el gran Juez supremo, Jehová, cuando Adán, su procreador, sucumbió a la prueba. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte [el castigo, o la sentencia], así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). El fracaso de Adán y la sentencia de muerte sellaron la misma sentencia sobre todos sus hijos. La caída, su imperfección, su pecado, se propagaron a su posteridad de manera natural, y con una fuerza creciente. Ya hemos visto que esta sentencia, de toda manera, era justa y por consiguiente irrevocable: el Gran Juez del Universo, habiendo establecido con justicia que el hombre era indigno de la vida eterna, no podía anular su propia sentencia, declarar bien lo que era malo y al indigno, digno de la vida eterna.

* Volumen I, Cap. VII.

Pero hemos visto, también, que tuvo compasión por nosotros, y que en su plan benévolo, concebido antes de la fundación del mundo, había contemplado y tomado disposiciones por la redención de la raza entera* con vistas de conceder otra prueba, o juicio, a todos sus miembros. Él también previó que Su Hijo Bien Amado, cuya obra redentora hizo posible la reconciliación, debería ser el Mediador de este nuevo arreglo para bendecir y levantar a nuestra raza. Hemos visto también que el período de este juicio y de este levantamiento de los obedientes es la Edad milenaria, puesto de lado como Día de Juicio del mundo, o día de prueba, que debe darle a cada uno una ocasión favorable, no sólo para lograr conocer al Señor y estar en armonía con él, sino que además, para probar por su lealtad y su obediencia, que es digno de la vida eterna. Tenemos las palabras del Apóstol con este fin; “Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, [para esto]†. —Hechos 17:31.

Es incontestable que Jehová mismo es el Juez supremo, y su Ley el modelo supremo, según el cual todas las decisiones deben tomarse concernientes a la vida eterna. Así el Apóstol hace alusión a “Dios”, que es el “Juez de todos” e indica que es cuestión del Padre refiriéndose en la misma frase a Jesús como Mediador (Heb. 12:23, 24). También dice “El Señor juzgará a su pueblo” y “Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Rom. 12:19; Heb. 10:30). En estas citas sacadas del Antiguo Testamento (Sal. 50:4; Deut. 32:35,36), “El Señor” designa a Jehová. El Apóstol dice también: “En el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres [del mundo]” (Rom. 2:16; 3:6.). Jehová fue el primer Legislador y Juez, y conservará para siempre esta posición con relación a todas sus criaturas. Él no dará su gloria a otro (Isaías 42:8). Del mismo modo él nos muestra en las Escrituras que es el Pastor de su pueblo. “Jehová es mi Pastor; nada me faltará” (Sal. 23:1). Él también se designa como el Redentor de su pueblo: “Conocerá todo hombre que yo Jehová soy Salvador tuyo y

* Volumen V (en inglés).

† Volumen I, Cap. VIII.

Redentor tuyo” (Isaías 49:26). En el sentido más elevado de la palabra, Jehová mismo es el centro del plan de toda la salvación y de cada uno de sus rasgos; cualquier otro punto de vista de la cuestión es incompleto.

Sin embargo, como agradó al Padre crear todas las cosas por el Hijo (Juan 1:1), así, en todas las cosas, le complació exaltar a nuestro Señor Jesús como su instrumento honrado. Desde este punto de vista, vemos que toda bendición, toda autoridad, todo favor, proceden del Padre y por el Hijo, y que la Nueva Creación, asociada con el Hijo, se hace ministra y heredera de la gracia de Dios.

Es en un sentido tan completo como el Padre celestial “descansa de sus obras” y que emplea al Hijo como su agente honrado, de modo que nuestro Redentor pudo decir: “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22). Nuestro Señor pronunció estas palabras antes de haber acabado en el Calvario el trabajo que el Padre le había dado a hacer, pero hablaba de eso como si esta obra fuera ya acabada; ya hemos visto, en efecto, que su puesta a prueba personal que concernía su aptitud para cumplir la obra que el Padre le había asignado, debía ser determinada por su fidelidad hasta la misma muerte. Así, él no sólo demostró que era digno de ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso, sino por su propia sangre, garantizó un Nuevo Pacto a favor de la humanidad, abrió el nuevo camino de la vida y obtuvo “las llaves de la muerte y del Hades”, el derecho de decirles a los cautivos de la gran prisión de la muerte, “¡Salgan!” y el derecho de bendecir y de levantar a todos los que oigan Su voz y la obedezcan. Hablando con propiedad, fue en el momento de la resurrección de nuestro Señor que el Padre volvió a poner su *juicio* al Hijo y es entonces cuando declaró: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mat. 28:18); él ejerció por primera vez esta autoridad cuando encargó a sus apóstoles de comenzar, en calidad de representantes, el trabajo de la recolección de los miembros de la clase de la Esposa, la Iglesia, la *Ecclesia*, sus hermanos de la Nueva Creación.

El *juicio* de los hombres por el Padre ya había sido expresado;

él les condenó a todos. Otro juicio de su parte, bajo las leyes de la justicia absoluta, no podría traer ningún provecho particular a cualquier de los miembros de la raza condenada, todos “pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. “No hay justo, ni aun uno”, y el modelo divino no acepta nada que no sea absolutamente recto, la perfección. El arreglo divino preveía que nuestro Señor Jesús sería el Mediador, el intermediario, aquel que satisfaría la justicia y representaría la raza caída, y aquel que la justicia del Padre consideraría como el representante del hombre y aquel que sería el responsable de la raza. Jesús ocupará esta posición de Mediador entre Dios y los hombres hasta que haya cumplido plenamente la obra proyectada, hasta que haya devuelto en plena armonía con Dios toda criatura que, siendo conducida a conocer su Creador y sus leyes justas, deseará estar y actuar en armonía completa con ellas. Además, este “todo juicio” comprenderá la ejecución de sus fallos, porque no recompensará a los obedientes solamente, sino “destruirá a los que destruyen la tierra”, destruirá a los pecadores voluntarios, a todos los de entre el pueblo que no quieran escuchar su voz, sus mandamientos, sus instrucciones; él destruirá su pecado y toda insubordinación, inclusive hasta el último enemigo — la muerte. —1 Cor. 15:25-28; Apoc. 11:18; 2 Tes. 2:8; Heb. 2:14.

Este juicio se hará en parte durante el Milenio por el Mediador que será indulgente para las imperfecciones de la humanidad, y castigará y recompensará con el fin de corregir, y en parte al fin del Milenio, por el vicario o el representante de Jehová que concederá las recompensas eternas de la vida eterna a los que se hallarán dignos de ella, y la destrucción eterna a los que se hallarán indignos. Esta última sentencia ejecutoria se llevará a cabo según la justicia sin misericordia — los empleos y las intenciones convenientes de la misericordia habiendo sido cumplidas por su reino milenario, en el cual la misericordia y la ayuda serán extendidas a cada miembro de la raza por su Redentor. El cuerpo de Cristo (la Iglesia) estará asociado con él en todos los diversos aspectos de la bendición, del juicio, del gobierno, de la corrección, etc. de la Edad milenaria de compasión y de ayuda, y tal vez también para pronunciar e infligir las recompensas y los castigos

finales.

Antes de proceder al examen particular del *juicio* o prueba de la Nueva Creación durante la Edad Evangélica, antes del Reino milenario, deberíamos grabar profundamente en nuestra mente el hecho que todos estos procedimientos, todos estos *juicios*, etc. son del Padre, aunque por el Hijo y por la Iglesia; asimismo también, leemos respecto a la resurrección de los muertos, que Dios resucitó de entre los muertos y por su propio poder a nuestro Señor Jesús, y que igualmente nos resucitará, declaraciones que comprendemos estar en pleno acuerdo con aquella de nuestro Señor que “lo resucite en el día postrero”. “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”. “Yo soy la resurrección y la vida”. —1 Cor. 6:14; Juan 6:39; 14:3; 11:25.

Hace falta que el *juicio* o prueba de la Nueva Creación se efectúe durante la presente Edad Evangélica, antes de que el Milenio sea introducido completamente, porque es la Nueva Creación, la Cabeza y el Cuerpo, que debe efectuar el trabajo de la Edad milenaria. Está de acuerdo con esto que el Señor declara que nosotros “no [vendremos] a condenación [*krisis*, juicio con el mundo — no tendremos parte en el juicio o prueba del mundo durante el día milenario], mas [hemos] pasado de muerte a vida [en avance del mundo]”, justificados por la fe y la obediencia como miembros de su cuerpo (Juan 5:24). Por eso, para cada uno de los consagrados, el tiempo actual, la vida presente es su día de juicio (su día de prueba, su día de puesta a prueba) con el fin de determinar si se considere digno de la vida bajo las condiciones de su llamamiento y de su consagración. Las palabras del Apóstol concuerdan con esto: “Porque es tiempo de que el juicio [*krima*, decisión final] comience por la casa de Dios” (1 Ped. 4:17). Así como sugiere el Apóstol, esto les da a los miembros de la Nueva Creación una idea sublime de las exigencias divinas, las condiciones para obtener la vida eterna, cuando consideran que los que han abandonado el pecado y han tenido empeño de entender y de hacer la voluntad divina, necesitarán atravesar el tiempo de prueba para ser afinados y para perfeccionar su carácter tal como el Señor pueda aprobarlo.

¿QUIÉN ES EL JUEZ DE LA NUEVA CREACIÓN? ¿Y QUÉ ES LA LEY (O EL MODELO) POR LA CUAL ES JUZGADA?

Nosotros respondemos que somos juzgados por la ley perfecta de Amor de nuestro Padre celestial, que fuimos justificados por él (“es Dios quien justifica”), que nuestros votos de consagración fueron ofrecidos a él y que toda la Nueva Creación, la Cabeza (Jefe) tanto como los miembros son sometidos a la jurisdicción del Padre, de “Dios, el Juez de todos”. Sin embargo, esto no cambia ni contradice lo que ya hemos visto concerniente a los métodos que el Padre emplea para tratar con nosotros. Cuando él trata con nosotros y nos permite acercarnos al trono de su gracia celeste, es porque nos hizo aceptables en el Bien Amado, en nuestro Señor y Jefe (Cabeza) gracias a su manto de justicia solamente bajo el cual podemos acercarnos al Padre u obtener su favor. Sin embargo, toda potestad, toda autoridad, pertenecen al Hijo como el agente y el representante del Padre, y es por eso que vemos que aunque tratando directamente con el Padre, nos conceda audiencia sólo por nuestro Abogado, de la misma manera que, en un tribunal terrestre, un procurador judicial representa a su cliente. Durante la Edad milenaria, el mundo no tendrá acceso al Padre, ni tratará directamente con él por un Abogado, sino, al contrario, tratará directamente con Cristo, hasta el fin de esta Edad, hasta que los que hayan alcanzado la perfección sean presentados al Padre.

Todos los miembros de la Nueva Creación son engendrados del Padre; son sus hijos y no los de Cristo, y es el Padre quien castiga a todo hijo que acepta. También es al trono de gracia del Padre que somos invitados a rogar especialmente: es el camino que ha sido abierto por Jesús, nuestro Redentor. Y sin embargo, las palabras de nuestro Redentor son verdaderas en el sentido más absoluto: “Nadie viene al Padre sino por mí”. Las relaciones del Señor Jesús con la Iglesia son las de la Cabeza con el Cuerpo; la Cabeza está informada de todos los intereses del Cuerpo, juzga o decide de la mejor manera estos intereses, dirige la conducta del

Cuerpo, previene sus dificultades, alivia, trae la ayuda general y el consuelo, el apoyo y la fuerza a cada miembro, sirviéndose frecuentemente de otros miembros del Cuerpo como ministros o servidores. Sin embargo, ya que cada rasgo de esta obra se cumple en nombre del Padre y bajo la dirección del Padre, podemos considerar con razón que esta obra es del Padre y por el Hijo. —1 Cor. 8:6.

Esto está de acuerdo con lo que leemos también: “Si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga, etc.” y de nuevo: “Mi Padre es el labrador. Todo sarmiento en mí que no lleva fruto, lo quita; mas todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto” (1 Ped. 1:17; Juan 15:1, 2) Sin embargo, según el mismo Apóstol, es evidente que la mediación [“la posición de Abogado” —Edit.] de nuestro Cristo (Cabeza) es plenamente reconocida, y que estas disciplinas, esta podadura, etc. se cumplen en nosotros y hacia nosotros por él, como representando al Padre: “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo”. Así él nos enseña que no estamos en las manos directamente del Dios vivo, ni directamente bajo el ministerio de su ley inflexible. Estamos *en* Cristo Jesús, cubiertos por su mérito. Dios trata con nosotros, por él, nuestro Jefe (Cabeza) y Maestro bajo las disposiciones misericordiosas del Pacto abrahámico, hecho eficaz para nosotros, por su sangre.

LA VIGILANCIA DE LA CABEZA (JEFE) GLORIOSA SOBRE EL CUERPO

No pudiéramos dudar del amor y del cuidado de nuestro glorioso Jefe (Cabeza) para con su Iglesia (su “Cuerpo”, su “Esposa”), aun si no tuviéramos ninguna declaración explícita al respecto. Sin embargo, en su último mensaje a sus fieles, él muestra de manera muy particular que él es quien se sienta para afinar y purificar a los Levitas antitípicos, inclusive al Sacerdocio real. Escuche sus palabras a las siete iglesias del Asia Menor que representan las siete épocas de la historia de la única Iglesia:

El Juicio de la Nueva Creación

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete . . . pues si no, *vendré* pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar”. “Sé fiel hasta la muerte, y yo *te daré* la corona de la vida”. “Pero *tengo* unas pocas cosas contra ti . . . arrepíentete; pues si no, *vendré* a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca”. “Al que venciere, *daré* a comer del maná escondido”. “*Tengo* unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel . . . Y le *he dado* tiempo para que se arrepienta . . . *yo la arrojo* . . . en gran tribulación . . . Y a sus hijos *heriré* de muerte; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y *os daré a cada uno* según vuestras obras . . . Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, *yo le daré* autoridad sobre las naciones”. “*No he hallado* tus obras perfectas delante de Dios . . . El que venciere . . . *no borraré* su nombre del libro de la vida”. “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”. “He aquí, *yo entrego* de la sinagoga de Satanás . . . he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, *yo también te guardaré* de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”. “Al que venciere, *yo lo haré* columna en el templo de mi Dios”. “Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, *te vomitaré* de mi boca”. “Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico . . . *Yo reprendo y castigo a todos los que amo*; sé, pues, celoso, y arrepíentete”. —Apoc. 2 y 3.

Recordamos también las parábolas de nuestro Señor sobre las Minas y los Talentos; en ellas dos, él muestra que a su vuelta recompensará a sus fieles, “a los que, perseverando en el bien hacer, buscan la gloria, la honra y la inmortalidad, [les dará] vida eterna”; a otros, la ira en el día de la ira. Las palabras muestran claramente la distribución de estas recompensas a sus servidores según su grado de fidelidad, haciendo por un “hombre noble” [“un hombre de alto nacimiento” —Trad.] después de que haya sido investido de su autoridad real, y luego cómo trata a sus enemigos. Y sin embargo, el Apóstol atribuye al Padre el hecho de recompensar y el de castigar. Encontramos la explicación en las palabras de nuestro Señor: “Yo y el Padre somos uno” [Juan 10:30]: actuamos al unísono en todas las cosas.

**“NO JUZGUÉIS, PARA QUE NO SEÁIS JUZGADOS.
PORQUE CON EL JUICIO CON QUE JUZGÁIS, SERÉIS
JUZGADOS” (Mat. 7:1, 2)**

Los jueces competentes de la Iglesia son el Padre y el Hijo, este último es el representante del Padre a quien se ha entregado todo juicio (Juan 5:22,27). Las Nuevas Criaturas no son competentes para juzgarse unas a otras, por dos razones: (1) Pocas de ellas captan y aprecian plenamente la Ley divina de Amor que gobierna todo. (2) A todas luces, pocas de ellas pueden leer su propio corazón sin equivocarse; muchos se juzgan, o con demasiada severidad, o con demasiada indulgencia, y por consiguiente, deberían en toda modestia, negarse a juzgar el corazón de otro del cual puede estar lejos de apreciar los móviles. Es a causa de nuestra incompetencia de juzgar que, asegurándonos que esto será una de nuestras funciones futuras en el Reino, después de haber sido cualificados para tener parte en la Primera Resurrección, el Señor prohíbe todo juicio privado entre sus discípulos ahora; él también los amenaza si persisten en juzgarse unos a otros, hace falta que ellos mismos esperen a no obtener más misericordia y benevolencia que muestran a otros (Mat. 7:2; Luc. 6:38). El mismo pensamiento se confirme en este ejemplo de oración que se nos da: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” —Mat. 6:12.

No se trata allí de una ley arbitraria por la cual el Señor quiere actuar injustamente y sin generosidad con nosotros, si actuamos así con otros: al contrario, se trata de un buen principio. Somos “por naturaleza hijos de ira”, “vasos de ira preparados para destrucción”, y aunque el Señor se propone en su misericordia de bendecirnos y de relevarnos de nuestros pecados, de nuestras debilidades y de hacernos perfectos por nuestro Redentor, él lo hará sólo en la condición que aceptemos su Ley de Amor y que conformemos nuestro corazón a ella. Él no se propone aceptar a los no regenerados y tener “hijos de ira” en su familia. Para ser digno de encontrar cualquier lugar en la casa del Padre en las numerosas moradas [planos de existencia] (Juan 14:2), es menester que todos

dejen de ser hijos de ira y se hagan hijos de Amor: que sean convertidos de gloria en gloria por el Espíritu de nuestro Señor, el espíritu de Amor. Por consiguiente, quienquiera que se niega a desarrollar el espíritu de Amor, pero, al contrario, se obstina a juzgar sin caridad a los otros discípulos, prueba que él no crece en conocimiento y en gracia, que no se convierte de gloria en gloria en la semejanza del corazón en el Señor, que no es un verdadero discípulo del Señor, y que no obtendrá misericordia más allá de lo que él mismo manifiesta convenientemente copiando su Señor. El grado de su semejanza al Señor (en amor) será demostrado por la misericordia, y la generosidad de pensamiento, de palabra y de acción hacia sus compañeros.

¡Oh! si todos los engendrados del espíritu, las “Nuevas Criaturas” pudieran darse cuenta que este espíritu de juicio (de condena), ¡por desgracia! tan difundido (en realidad, es casi “el punto flaco” del pueblo del Señor) mide su falta de espíritu de Amor — su falta del Espíritu de Cristo — el cual, si estuviera totalmente ausente, probaría que “no le pertenecemos” (Rom. 8:9). Estamos persuadidos que cuanto más rápido se da cuenta de este hecho, más rápido progresaremos en la gran transformación “de gloria en gloria”, tan esencial para nuestra aceptación definitiva como miembros de la Nueva Creación.

Sin embargo, pocos miembros del pueblo del Señor se dan cuenta hasta cual punto juzgan otros, y esto con tanta severidad que si fuera aplicada a ellos por el Señor, les prohibiría seguramente la entrada en el Reino. Pudiéramos haber temido que, bajo la promesa liberal de nuestro Señor, que seremos juzgados con tanta indulgencia que juzgamos otros, la tendencia sería de ser demasiado indulgente, demasiado misericordioso y que el “no guardar rencor” podría empujarnos al extremo. ¡Pero no! Todas las fuerzas de nuestra naturaleza caída tienden firmemente hacia la dirección opuesta. Hace más de dieciocho siglos nuestro Señor hizo esta proposición generosa de juzgarnos con tanta indulgencia que lo manifestemos juzgando a otros, y sin embargo, ¡cuán pocas personas podrían reivindicar una gran medida de misericordia en virtud de esta promesa! Será provechoso para nosotros examinar la

inclinación que tenemos de juzgar a otros. Hagámoslo en la oración.

El espíritu (“mind”) caído o carnal es egoísta, y en la proporción donde está *para* sí mismo, está *contra* otros: dispuesto a aprobar o a disculparse a sí mismo y para desaprobar y para condenar a otros. Esto es innato hasta el punto de hacerse una costumbre inconsciente como de pestañear o de respirar. Esta costumbre es pronunciada aun más con una educación superior. El espíritu aprecia ideales y modelos superiores y, acto continuo, midiendo a alguien según ellos, encuentra naturalmente a criticar algo en todos. Él se complace a enumerar los errores y las debilidades de los demás ignorando las suyas en las mismas cosas o en otras, y a veces, hasta revela hipócritamente las debilidades de otros con la misma intención de esconder las suyas o de dar la impresión de un carácter superior sobre el punto bajo cuestión. Tal es la disposición mezquina despreciable de la vieja naturaleza caída. El nuevo espíritu [“Mind”: mentalidad, disposición —Trad.] engendrado del Espíritu del Señor, el Espíritu Santo de Amor, está en contradicción desde la partida con este viejo espíritu de egoísmo, y está bajo la dirección de la Palabra del Señor, bajo la Nueva Ley de Amor [y —Edit.] la Regla de Oro, y se lo hace cada vez más a medida que crezcamos en gracia y en conocimiento. En primer lugar, todas las Nuevas Criaturas son sólo “niños en Cristo” y aprecian sólo vagamente la nueva Ley, pero si no crecen, no aprecian la Ley de Amor y no se conforman a ella, no ganarán el gran premio.

La Ley de Amor dice: ¡es una vergüenza de desvelar delante del mundo las debilidades y las faltas de los hermanos o de otros, una vergüenza que la piedad y la simpatía no se hayan adelantado sucesivamente para decir una palabra en su favor, si es demasiado tarde extender sobre sus faltas un abrigo de caridad para cubrirlas totalmente! Así como lo declaró nuestro Maestro noble y tierno en cierta ocasión, mientras que se le pedía condenar a una pecadora: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. La persona sin debilidades personales pudiera ser excusable, en cierta medida, asumir, sin ser invitada allí por el

Señor, la posición de ejecutor de la Justicia, de sacar venganza de los malhechores, de desenmascararlos, etc. pero encontramos que nuestro Maestro, que no conoció el pecado, tenía tanto amor en el corazón que estuvo más bien dispuesto a disculpar y a perdonar más bien que a castigar, desenmascarar y reprender. Así será sin duda para todos los engendrados de su Espíritu: en la proporción donde crecen en su semejanza, serán los últimos que reclaman la venganza, los últimos a castigar en palabras o de otra manera a menos que el Gran Juez lo haya ordenado. Al contrario, él nos informa para el presente de “no juzgar nada antes de tiempo” y declara “Mía es la venganza”.

El Apóstol nos describió bien el espíritu de Amor, diciendo “El amor es sufrido, es benigno” — hacia el culpable. “El amor no tiene envidia” del éxito de los demás, no trata de quitarles ni de reducir su honor: “El amor no es jactancioso, no se envanece” y, en consecuencia, él mismo no procura eclipsar otros para brillar más. “No hace nada indebido”, inmoderadamente, no tiene deseos excesivos y egoístas y evita los medios extremos. El amor “no busca lo suyo”, no codicia los honores o la riqueza o la fama de otros, sino se regocija de verlos bendecidos, y lo añadiría más bien que de reducirlos. El amor “no se irrita”, aun para castigar justamente: se acuerda del desamparo presente de la raza entera a causa de la caída, demuestra simpatía más bien que la cólera. El amor “no piensa el mal”; él no sólo no inventará y no imaginará el mal, sino que está tan dispuesto a conceder el beneficio de toda duda que las “malas sospechas” son extrañas para él (compárese con 1 Tim. 6:4). El amor “no se goza de la injusticia [iniquidad], mas se goza de la Verdad [rectitud]”; es por eso que, él se regocijaría de desvelar y de hacer conocer palabras o actos nobles, pero no tomaría ningún placer de desvelar palabras o actos innobles y evitaría hacerlo. El amor “cubre todo”, como un manto de simpatía, porque nada ni nadie es perfecto que pueda sostener una inspección completa. El amor va a la delantera y tiene su manto de benevolencia siempre listo. El amor “cree todo”, no está dispuesto a discutir declaraciones de buenas intenciones, sino más bien las acepta. El amor “espera todo”, oponiéndose a la idea de

depravación total tanto tiempo como posible. El amor “aguenta todo”; es imposible fijar un límite más allá del cual rechazaría el corazón verdaderamente arrepentido. “El amor nunca deja de ser”. Otras gracias y otros dones pueden servir cierta intención, y luego desaparecer, pero el amor es tan esencial, que una vez alcanzado, podemos poseerlo para siempre a través de la eternidad. El amor es la cosa principal. —1 Cor. 13:4-13.

Sin embargo, si el hecho de decir la verdad poco halagüeña es una violación de la Ley de Amor y de la Regla de Oro, qué diremos de la costumbre más deshonrosa aún, menos amable, más criminal aún y tan común, no sólo entre la gente mundana y los cristianos nominales, sino que entre los verdaderos cristianos: la costumbre de contar a otros las cosas deshonrosas que no son conocidas positivamente como verdaderas. ¡Oh! ¡qué vergüenza! ¡que entre los hijos de Dios pueda encontrarse los que descuidan la instrucción del Señor de “no hablar mal de nadie”, y que alguien más que los bebés más simples y novicios en la ley de Amor, pueda comprender mal su mensaje en este punto, saber que sin pruebas más irrefutables, sobre la deposición de dos o tres testigos y hasta entonces muy a pesar, no se debe creer el mal de un hermano o de un vecino, y mucho menos repetirlo entonces — calumniar a este hermano o a este vecino sobre una sospecha o sobre un rumor!

DEBERÍAMOS JUZGAR A NOSOTROS MISMOS

“Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados [castigados, corregidos por el Señor]”. —1 Cor. 11:31.

La Regla de Oro ajustaría seguramente esta disposición de “hacer chismes” acerca de otros y acerca de sus asuntos. ¿Quién es el calumniador que quisiera ser calumniado? ¿Quién es el chismero que quisiera que sus asuntos, sus dificultades, y sus debilidades fueran discutidos públicamente o confidencialmente? El “mundo” apenas puede hablar de otra cosa que de habladurías y de maledicencias, sino sería preferible que la Nueva Creación fuera

muda hasta que el amor y el plan de Dios le proporcionen el gran tema del cual los ángeles cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Entonces “los dichos de su boca y la meditación de su corazón” [Sal. 19:14] serán agradables al Señor y una bendición para aquellos con los que vendrá en contacto la Nueva Creación.

Hablando de la lengua, el Apóstol muestra que este pequeño miembro del cuerpo tiene una gran influencia. Ella puede difundir palabras amables que nunca desaparecerán, sino se perpetuarán a la bendición de los vivos y por ellos a los que todavía no han nacido. O por otra parte, “llena de veneno mortal”, ella puede difundir semillas envenenadas de pensamientos para agriar la vida de unos, marchitar y quebrantar la vida de otros. El Apóstol dice: “Con ella bendecimos [honramos] al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres [les hacemos daño] . . . De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?” —Santiago 3:8-11.

Es “de la abundancia del corazón que habla la boca”, de modo que si chismeamos acerca de otros, nosotros “entremetiéndonos” en sus asuntos, esto prueba que una gran parte de nuestro corazón, si no la totalidad, está vacío en cuanto al amor y la gracia de Dios. Este pensamiento debería conducirnos en seguida al trono de la gracia y a la Palabra para llenarnos allí del Espíritu que el Señor prometió a los que tienen hambre y sed. Si tomamos *placer* de escuchar o de hablar mal de otros — lo que es aun peor que la habladuría vana y la intrusión en los asuntos de otros — la condición del corazón todavía es más mala: él se desborda de amargura, de envidia, de malicia, de odio, de espíritu de disputa. Estas son, dice el Apóstol, “obras de la carne y del diablo” (Gál. 5:19-21). Dejemos sacudir y despertar totalmente la “Nueva Creación” respecto a este tema, porque si usted hace estas cosas, caerá seguramente y no se le concederá la entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Para ser dignos de la entrada a este Reino, somos conducidos a la dirección completamente opuesta, como lo declara el apóstol

Pedro: “Añadid a vuestra fe . . . paciencia . . . afecto fraternal, *amor* . . . porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás . . . porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 1:5-10). El apóstol Santiago es muy claro respecto al tema y dice: “Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni *mintáis contra la verdad*; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica (Santiago 3:14,15). Quienquiera que tiene este espíritu maldiciente y amargo tiene el espíritu completamente opuesto al Espíritu de Cristo, al Espíritu Santo, al espíritu de Amor: que no mienta a sí mismo, ni a otros, que no se vanagloria en su vergüenza [Fil. 3:19], que no toma las tinieblas ni para la luz ni el espíritu de Satanás para el Espíritu del Ungido.

Persiguiendo su exposición, el Apóstol declara que el secreto de la confusión y de la agitación que han enturbiado todo el tiempo al pueblo del Señor reside en esta condición impura del corazón, santificada en parte solamente. Él dice “Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación [ansiedad, agitación] y toda obra perversa” (Santiago 3:16). Si se permite que crezcan estas semillas de la vieja naturaleza perdida, no sólo serán perjudiciales, sino que gradualmente, sofocarán y harán morir todas las flores dulces y bellas y las gracias del Espíritu.

EL JUICIO EQUITATIVO DE NOSOTROS MISMOS

Hablando de nuestro crecimiento conveniente como una Nueva Creación y de nuestro juicio equitativo, de la crítica equitativa de nosotros mismos el apóstol Pablo declara: “Puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor. 7:1). “Pruébese cada uno a sí mismo” — que tome nota de las debilidades y de las manchas de su naturaleza carnal caída y procure purificarse, rechazar las obras del “viejo hombre”, de ser renovado, cambiado de gloria a gloria, cada vez más a la imagen del Amado Hijo de Dios que es nuestro Ejemplo tanto

como nuestro Redentor y Señor. Sin embargo, el apóstol Pablo nos incita a purificar no sólo nuestra carne en lo posible, sino que nuestro espíritu, nuestro entendimiento, con el fin de que el nuevo entendimiento, la santa resolución o la voluntad, tenga plena autoridad y a fin de que cada pensamiento sea traído cautivo a la voluntad de Dios tal como es expresada por Cristo e ilustrada en él.

Sería en vano que tratáramos de purificar la carne y de tener su lengua en rienda, si descuidáramos el corazón, el entendimiento, el espíritu donde germinan los pensamientos que simplemente se manifiestan en la mancha de la carne, por palabras y acciones. Es sólo por la oración y la perseverancia que se puede cumplir esta justificación necesaria para tener parte en el Reino: acabando “la santidad en el temor [reverencia] de Dios”. No es que podamos esperar tampoco cumplir una purificación total de la carne. Es aquella de la voluntad, del corazón, del espíritu que el Señor exige (la cual implica una purificación de la carne y de la lengua tan completa como posible). Dondequiera que él ve el corazón puro y verdadero dirigido hacia él, hacia su espíritu y su Ley de Amor, él dará, al tiempo apropiado, el nuevo cuerpo que le convenga. “Bienaventurados los de limpio *corazón*, porque ellos verán a Dios”. —Mat. 5:8.

Así como son apropiadas aquí las palabras del Apóstol (2 Tes. 3:5): “Y el Señor *encamine vuestros corazones* al amor de Dios” — el amor que es dulce, humilde, paciente, longánimo; que se contenta de lo que tiene y que no se jacta, no es envidioso, que no piensa en el mal y no lo dice, sino que está confiado, bueno y lleno de estimación por otros, conforme a la Regla de Oro. Necesitamos tener nuestro corazón *dirigido* a este amor, porque como Nueva Creación, andamos por un camino nuevo — no según la carne, sino según el Espíritu. Y el Señor solo es nuestro guía, nuestro director competente, aunque pueda emplear varios de sus “miembros” como portavoz. “Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él”. —Isaías 30:21.

**“Y AUN NO ME JUZGO A MÍ MISMO; EL QUE ME
JUZGA, ES EL SEÑOR”**

Hay algunos entre la Nueva Creación — extraordinariamente pocos, sin embargo — que parecen ser dispuestos a juzgarse inexorablemente. Con razón, critican cada una de sus faltas y sus debilidades y desean ser quitados de toda imperfección; pero sin razón, olvidan que el Señor así no nos conoce y no nos juzga según la *carne*, sino según el *espíritu* — la intención, la voluntad, el deseo, el esfuerzo. Ellos dan demasiada atención a las palabras del Fariseo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”, y muy poco a las palabras inspiradas del Señor, concernientes a la base de su aceptación y la eficacia de la sangre preciosa en la purificación de todo pecado. En su raciocinio respecto al tema, ellos olvidan que si fueran perfeccionados o si pudieran actuar perfectamente, no necesitarían ni Salvador, ni Abogado. Ellos olvidan que “por gracia sois salvos” y no por obras de la carne.

Ésos necesitan aplicarse a sí mismos las palabras del Apóstol: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia [de mal como ecónomo], no por eso soy justificado; pero el que me juzga [y el que juzga cada uno] es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”. —1 Cor. 4:3-5.

Nuestra confianza está en el Señor y no en nuestra carne débil y caída. Aprendimos a conocer la gracia y la misericordia de Dios hacia todos los que se confían en él y que procuran andar *según* el espíritu de Amor, aunque incapaces de andar plenamente *a* la altura de sus exigencias perfectas. No esperamos ser perfectos en la carne sino perfectos en espíritu, en intención. Esperamos que nuestra fe y nuestro celo se consideren (por el mérito de nuestro Redentor) como compensando nuestras imperfecciones reales que odiamos y combatimos cada día. Cuando reflexionamos sobre este tema, nos preguntamos: ¿Nos ama Dios a nosotros que por

naturaleza éramos hijos de ira como otros? ¿Está dispuesto Él para nosotros a ayudarnos y a llevar para nuestro crédito todo buen deseo, todo esfuerzo sincero, hasta si se acaban sólo en un fracaso parcial o en un éxito parcial? Sí, responde el Señor: “¡el Padre mismo les ama!” el Apóstol añade: “Si Dios nos amó tanto cuando todavía éramos pecadores, que dio a su Hijo Unigénito para nuestra redención, ¿cómo no nos regalará también, libremente, toda cosa [útiles para nosotros en nuestra carrera por precio que colocó delante de nosotros en el Evangelio]?” Ciertamente, si él nos amaba mientras todavía éramos pecadores, él nos ama más tiernamente aún ahora que nos adoptó en su familia, ahora que ve en nuestro corazón un deseo ardiente de hacer su voluntad, Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para *alcanzar misericordia y hallar gracia* para el oportuno socorro. — Heb. 4:16.

Sin embargo, se necesita una palabra de advertencia a propósito del otro lado de esta cuestión. Todos nosotros hemos conocido ejemplos donde la humildad y la falta de confianza, el temor y la duda tocantes a la gracia de Dios han hecho lugar a una condición contraria de confianza en sí mismo impudente, de ceguera total sobre sus faltas y a estos agradecimientos farisaicos que se encuentra mejor que otros hombres. ¡Por desgracia! ¡Éste es un estado muy deplorable y tememos, sin esperanza! La fe es necesaria, pero hace falta que esto sí sea la fe en Dios y no en uno mismo. La causa de tal desviación proviene generalmente de un abandono de la Ley de Amor [y —Edit.] de la Regla de Oro. La perversión del amor por el Señor, amor por su plan misericordioso, amor por los hermanos de la Nueva Creación y amor simpático por los humanos, conducido al amor de sí, de su propia importancia, al honor por sí y a la glorificación personal. Desconfiemos de esta vía muerta que aleja del Señor, de su Espíritu y de su Reino. Aunque los conductores sean expuestos más particularmente a esta trampa, otros lo son también. Algunos que faltan ampliamente de toda calificación como instructores, se hacen terriblemente “hinchados de un orgullo vano por los pensamientos de su carne”, orgullosos, no entendiendo nada, sino poseyendo “un interés corrompido en

discusiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, y constantes rencillas entre hombres de mente depravada, que están privados de la verdad, que suponen que la piedad (la religión) es un medio de ganancia. Pero la piedad, *en efecto*, es un medio de gran ganancia cuando va acompañada de contentamiento”. —1 Tim. 6:4-6, *La Nueva Biblia de los Hispanos*; véase también 1 Juan 3:9, 10.

HAY CIERTOS ASUNTOS QUE LA IGLESIA DEBERÍA JUZGAR

Si, individualmente, no debemos juzgar, o condenar, sino esperar el momento en el cual el Señor manifestará públicamente su decisión con respecto a cada miembro de su cuerpo, la “Nueva Creación”, sin embargo en ciertos casos, la Iglesia [la asamblea — *Ecclesia*] tiene el deber de juzgar. Por ejemplo, el Apóstol menciona un caso de impudicia reconocido públicamente por el transgresor contra las buenas costumbres, y conocido por toda la Iglesia; él declara que al simpatizar con tal libertino declarado, la Iglesia se había equivocado, y en el acto ejerció su autoridad apostólica excomulgando al ofensor, suprimiéndole de la comunión de los creyentes, entregándolo así figurativamente a Satanás, a castigos, con el fin de destruir su sensualidad y para que el Espíritu, la nueva mentalidad pueda salvarse finalmente así, en el día del Señor, en el momento de rendir sus cuentas al fin de esta Edad. —1 Cor. 5:5.

Sólo el Señor mismo o uno de sus Apóstoles (los doce de los cuales Pablo era el último, habiendo sido escogido en el lugar de Judas) tenía la autoridad, el derecho, de proceder de la manera mencionada. También, sólo un Apóstol podía actuar como hizo Pedro con respecto a Ananías y de Safira (Hechos 5:1-11). El Apóstol explica más su posición, diciendo: “Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente [prohibiendo tratos] con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo.” [1 Cor. 5:9, 10]. Hubiera querido

darles a entender que es una cosa entretener asuntos de negocio con la gente no santificada, y otra cosa totalmente diferente considerar a éstos como hermanos—miembros de la Nueva Creación. Bajar el nivel de la moralidad exigida no habría sido tampoco un favor con respecto al transgresor; este último sería mejor socorrido al ver que su impureza le separaba totalmente del pueblo del Señor; por otra parte, si él fuera realmente engendrado del Espíritu de Dios, él se daría cuenta de su posición verdadera más rápido y más profundamente, aprendería la lección y se arrepentiría. La Iglesia había ejercido una caridad mal comprendida hacia el transgresor y, por ahí, arriesgó una desmoralización general entre sus miembros, y también un contagio entre todos los creyentes de las otras asambleas que pudieran haber sido puestos al tanto de lo que pasaba en Corinto.

El Apóstol indica brevemente cuál es el deber de los fieles en tales casos, y parafraseamos sus palabras así: lo que les he escrito, es que de no tener comunión con alguien que, nombrándose “hermano”, sea *inmoral*, o *avaro*, o *idólatra*, o *difamador*, o *borracho*, o *estafador* — de no comer aun con tal hombre. En realidad, yo no trato de juzgar al mundo, sino les insto a ustedes, como Iglesia, a juzgar aquellos que ustedes aceptan como hermanos. Dios juzgará a los que están fuera: su deber es de expulsar a los malvados de entre ustedes. —1 Cor. 5.

El Apóstol continúa esta argumentación criticando el hecho de que cuando se levantan desacuerdos entre hermanos, éstos tienen una tendencia de recurrir a los tribunales del mundo en lugar de aguantar con paciencia la culpa cometida si es soportable o, si no lo es, de llevar el asunto delante de la Iglesia que juzgará en última instancia. El Apóstol hace valer que si Dios ahora escoge la Iglesia para ser el futuro juez del mundo, sus miembros no deberían ser menos equitativos, honorables y justos ciertamente en sus decisiones que el mismo mundo actual. El menos estimado en la Iglesia debería ser digno de confianza en tales asuntos. ¿No hay entre ustedes un solo hombre en cuya sabiduría y integridad todos ustedes pudieran confiar, implícitamente, y cuya decisión los litigantes aceptarían?

“¿Por qué no sufren mejor la injusticia?” ¿Por qué no sufren la injusticia, si consideran que la decisión no es equitativa? ¿Por qué no sufren un daño más bien que de perpetuar disputas o de recurrir a tribunales públicos dónde acusan unos a otros? Mucho más, dice el Apóstol, me percibo que no sólo están dispuestos a sufrir la injusticia a favor de la paz y de la armonía en el cuerpo de Cristo, sino que peor aún, hay entre ustedes los que están dispuestos a hacer daño y a defraudar, hasta a sus hermanos. Como Iglesia del Señor, ¿no buscan obtener el Reino? Y “¿no saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No se dejen engañar: ni los *inmorales*, ni los *idólatras*, ni los *adúlteros*, ni los *afeminados*, ni los *homosexuales*, ni los *ladrones*, ni los *avaros*, ni los *borrachos*, ni los *difamadores*, ni los *estafadores* heredarán el reino de Dios. Y esto eran algunos de ustedes; pero fueron lavados, pero fueron santificados, pero fueron justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”. —1 Cor. 6:1-11, *La Nueva Biblia de los Hispanos*.

Esta exposición de las ofensas que privarían a alguien de la herencia del Reino constituye una guía de las ofensas que deberían privar a alguien de la comunión fraternal en la Iglesia. Es con respecto a todas estas cosas que se aplican las palabras “EXPULSEN AL MALVADO DE ENTRE USTEDES”, quienquiera que pueda ser culpable de cualquier de estas ofensas.

“SI TU HERMANO PECARE CONTRA TI”

Sin embargo, ¿no está esto en contradicción con el mandamiento de nuestro Señor “No juzguéis, para que no seáis juzgados”? En primer lugar, ¿no es necesario que juzguemos al transgresor individualmente, y luego hablar o chismear sobre sus malas acciones, con el fin de que toda la Iglesia pueda estar al tanto y excluir al culpable?

De ningún modo: el arreglo [o disposiciones, u organización —Trad.) divino está plenamente en armonía con sí mismo cuando se lo comprende bien. Si A y B tienen un desacuerdo, y que A se cree perjudicado por B, no hace falta que él juzgue a B en el

sentido de condenarlo. Se le permite solamente decir: “Existe un desacuerdo entre nosotros, y estoy seguro que tengo razón, aunque B también pueda creer que tenga razón y que no he sido perjudicado. No se permite a A privar a B de comunión fraternal por esta razón, porque al actuar así sería *juzgarlo* — *condenarlo*. Es posible que se diga a sí mismo: “después de todo, el asunto es insignificante entre hermanos, y quiero abandonarlo: creo que B, como un hermano en el Señor, no quisiera perjudicarme intencionalmente, y pueda ser que mi manera de verlo sea errónea y no la suya”.

Sin embargo, si no es capaz de ver las cosas de esta manera, todavía no debe juzgar, no debe decidir que tiene razón y que B tiene la culpa, sino es menester que *vaya a B*, y le explique cómo comprende la cosa, y si posible que alcance un arreglo cordial y fraternal, tal vez al precio de concesiones mutuas. Si, sin embargo, no pueden ponerse de acuerdo, él puede pedir a dos o tres de los hermanos más juiciosos de la Iglesia, C y D (hermanos en cuya sinceridad tanto B como él tendrían gran confianza) de *acompañarlo* para ver a B a propósito del asunto, no para condenar a B, porque hasta A sí mismo no debe haberlo juzgado, o condenado, sino para oír el asunto en presencia de A y B y dar su opinión a los dos. El resultado debería dar satisfacción — sobre todo si todos tienen el espíritu de amor uno por el otro y el deseo de actuar con justicia uno hacia el otro como miembros del cuerpo ungido. Sin embargo, si la paz todavía no se restablezca, aún no deben tener ningún juicio, ninguna condena, porque dos o tres hermanos no pueden “*juzgar*”, sólo la Iglesia puede hacerlo.

Si, cuando A tomó con él C y D, estos últimos expresaron una opinión contra A y a favor de B, el asunto debería arreglarse así. En estas condiciones, A no puede someter la cuestión a la Iglesia. Si lo hiciera, él mostraría sin duda alguna que estaba lleno de suficiencia y “testarudo”. Las instrucciones del Señor no le dan otros privilegios (Mat. 18:15), pero si él estaba descontento aún, no conocemos ningún principio que se violara si tomara con él dos o tres otros hermanos capaces y sin prejuicios, E, F, G para ir a ver a B con el fin de oír de nuevo una exposición del litigio y recibir su

opinión.

Sin embargo si, cuando A tomó con él C y D para ir a B, C y D dieron una opinión favorable a A contra B, reconociendo que este último hizo daño a A y se negó de admitirlo, y si, después de un tiempo razonable B se negaba o se descuidaba de reparar su ofensa, A tendría el privilegio conjuntamente con C y D de convocar una reunión de la Iglesia, a la cual sería repetido todo el asunto por A y B a la vez; porque se supone que si B pertenece siempre a la Iglesia, él acepta su consejo y su autoridad, como se supone también que B es concienzudo. Cuando la Iglesia oiga el asunto, no debemos olvidar que sólo los *justificados y santificados* constituyen la Iglesia y que ocupan un escaño en *juicio* en nombre de su Señor y Jefe (Cabeza) y para pronunciar *su juicio*. No se trata de llevar una lucha partidaria en la Iglesia, sino de preservar su unidad en los lazos de la paz. Desde luego, A y B no deberían votar, ni cualquiera otra persona que sentiría en él otro deseo que aquel de expresar el juicio del Señor en este asunto. La decisión debería tomarse en unanimidad o prácticamente así, hasta si esto exigiera una modificación de sentimientos opuestos. Que la justicia siempre sea templada por la clemencia: “Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”. —Gálatas 6:1.

La decisión de la Iglesia debe aceptarse como definitiva por todos, y quienquiera que rehúsa aceptarla y conformarse con sus exigencias sobre tal asunto de costumbres (y no de conciencia) debe ser para otros “como gentil y publicano”, hasta que deje de desafiar la Iglesia; después de que, desde luego, se le perdonará, y será recibido en plena comunión fraternal como antes. No se trata de rechazar completamente al hermano, sino simplemente de mostrarle que se desaprueba su mala conducta con el fin de ayudarle a corregirse. Tratarlo “como un gentil y publicano” no significaría calumniarlo o deshonorarlo hasta después de que hubiera sido rechazado. El pueblo del Señor no debe dejarse ir a la calumnia o a la maledicencia en ninguna circunstancia; el mandamiento general “que nadie difamen” se aplica exactamente a este caso. No debemos denigrar ni mirar con mala cara a los publicanos y a los pecadores, ni rehusar a tratar asuntos con ellos,

sino debemos quitarles la comunión fraternal y la cortesía especiales particulares a los hermanos de la Nueva Creación, poseídos del Espíritu Santo y de su amor, de su alegría y su paz.

Si B se negaba a escuchar a la Iglesia y a dejar de perjudicar a A, y que, más tarde él se arrepienta y sea readmitido en la plena comunión fraternal, convendría recordarle su terquedad si, en cualquier momento, él fuera candidato en la carga de Anciano. Él debería manifestar un cambio positivo antes de ser considerado apto para este servicio, porque hasta si fuera completamente concienzudo, su conducta probaría por lo menos que era más bien terco tocante a su derecho cuando sus intereses personales estaban en juego. En realidad, el hecho de rechazar el consejo de tres hermanos y de necesitar de pedir a la Iglesia para juzgar el asunto, sería una indicación desfavorable, hasta si más tarde escuchara la Iglesia, le obedeciera e hiciera retractación pública a A.

PERDONA SETENTA VECES SIETE

Suponga que cuando A fue a B por primera vez, con el fin de hablar de la injusticia cometida a A, B haya reconocido su culpa y tratado de repararla de la mejor manera de su capacidad, o suponga que él se ha arrepentido así después de la segunda visita de A acompañado de C y de D, ¿cuál debería ser la actitud de A hacia B? Él debería perdonarlo y de todo corazón. Aún no se le permite tener el menor rigor por él, sino debe acordarse de las palabras “¡Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor!” Pero ¿cuántas veces podemos observar esto? ¿Cuántas veces deberemos perdonar si él se arrepiente? ¿Cuánto tiempo debemos aguantar sus debilidades? “¿Siete veces?” preguntó Pedro. La respuesta que le hizo nuestro Señor se dirige a nosotros también: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete”. Debemos perdonar las ofensas de los demás como quisiéramos que nuestro Padre celestial nos perdonara nuestras ofensas contra su ley divina. Si somos tentados de despreciar a nuestro hermano por causa de sus debilidades, debemos pensar en nuestras propias debilidades, y recordar que a aquel que no muestra misericordia, no se le

mostrará misericordia* . —Santiago 2:13.

OFENSAS HECHAS CONTRA LA IGLESIA

Nosotros hemos examinado de cuál manera conveniente es necesario proceder para juzgar ofensas hechas contra los individuos; no obstante, en el caso del fornicador mencionado por el Apóstol, y en otros casos que se pudiera suponer, la ofensa pudiera no hacerse a un miembro particular de la *Ecclesia*, sino contra el conjunto, contra la causa que todos nosotros representamos juntos. ¿De qué manera deberíamos proceder entonces?

Esto pudiera ser de la misma manera que para la ofensa individual, si el pecado no fuera conocido públicamente. Pero si el asunto se difundiera en público, sería el deber de los ancianos de citar al transgresor delante de la Iglesia para ser juzgado, sin recurrir a las visitas privadas preliminares, porque la publicidad que ha sido hecha colocó el asunto más allá de un reglamento posible en privado. También, si fuera un caso de calumnia contra los ancianos o contra cualquier de ellos, el asunto sería la incumbencia de la Iglesia y no de un reglamento en privado. En efecto, si los calumniadores creyeran en conciencia que su causa era justa, sin embargo ellos descuidaron el mandamiento del Señor (“Ve y repréndele estando tú y él solos” y, a continuación, “toma aún contigo a uno o dos”) y difundieron maledicencias y declaraciones difamatorias, hasta *llevaron* por ahí el asunto aparte de la jurisdicción *individual* y la *colocaron* bajo la jurisdicción de la Iglesia.

En casos semejantes, sería apropiado para el Anciano calumniado de convocar el Comité de los Ancianos como representantes de la Iglesia, de rechazar las calumnias y de pedir que los calumniadores sean asignados para responder a las acusaciones de calumnia y de falso testimonio delante de la Iglesia; su ofensa se hizo, en efecto, a la Iglesia (1) en lo que se efectuó

* Véase además el Capítulo VI: “La disciplina en la *Ecclesia*”.

contrariamente a las reglas establecidas por el Jefe (Cabeza) de la Iglesia y contrariamente a la decencia y a las buenas costumbres; y (2) porque la calumnia dirigiéndose contra un Anciano escogido por la Iglesia, era por lo tanto una calumnia lanzada contra la Iglesia entera que lo escogió. Deberíamos condenar, reprender a los calumniadores y exigir que reconozcan su error; pero después de haberlo hecho, ellos tendrían el derecho de proceder contra el Anciano que supuestamente estuviera equivocado, exactamente como deberían haberlo hecho en primer lugar.

**ES NECESARIO QUE TODOS NOSOTROS
COMPAREZCAMOS ANTE EL TRIBUNAL DE CRISTO
—2 Cor. 5:10—**

El “nosotros” de este texto corresponde sin duda alguna a la Iglesia — La Nueva Creación. No debemos, sin embargo, confundirlo con la reunión de “todas las naciones” delante del Hijo del Hombre cuando venga en su gloria y todos los santos mensajeros con él, tal como se nos informa en Mat 25:31-46.. Cuando el Hijo del Hombre “se sienta en el trono de su gloria”, él ha prometido que su fiel *Ecclesia*, su Esposa, compartirá este trono y esta gloria, y tendrá parte en este juicio de las naciones en el Milenio, incluso “todos los que están en sus tumbas”.

El juicio de la Iglesia es representado y descrito evidentemente por nuestro Señor en Mateo 25:14-30 y en Lucas 19:12-26. Se efectuará al fin de esta Edad y será el primer trabajo del Rey en su segundo advenimiento, antes de que comience a ocuparse del mundo. Él hará primero sus cuentas con sus propios servidores a quienes les confió diversas cargas de intendente de riqueza y de influencia, de talento y de ocasiones favorables de servicio, para considerar las cuales emplearon más o menos escrupulosamente en la perseverancia y la abnegación. Hace falta que todas ellas sean tenidas en cuenta, y los fieles serán recompensados y recibirán la gobernación de dos, cinco o diez ciudades designadas de otro modo como “las alegrías de tu Señor”. Las recompensas no serán totalmente idénticas en cuanto a la

gloria y al honor, aunque todas serán gloriosas y honorables. “Una estrella es diferente de otra en gloria”, así serán los que tendrán parte en la Primera Resurrección en “gloria, honra e inmortalidad”. —1 Cor. 15:41.

La fidelidad, el amor, el celo constituirán las pruebas. Los que tienen talentos y los entierran en los asuntos o en los placeres o en la pereza, mostrarán así que carecen de amor y de apreciación; por consiguiente, son indignos del Reino y no entrarán en “las alegrías del Señor” ni tampoco se les permitirá reinar con él para bendecir al mundo.

Estudio X

EL BAUTISMO DE LA NUEVA CREACION

EL BAUTISMO EN EL SEGUNDO SIGLO D. J.C. — PATROCINADORES EN LOS BAUTISMOS — CEREMONIAS DE BAUTISMO EN LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA — EL BAUTISMO DE LOS INFANTES Y POR QUÉ FUE INTRODUCIDO EN EL CRISTIANISMO — TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL BAUTISMO — PERSPECTIVA DE LOS “DISCÍPULOS” — PERSPECTIVA DE LOS “BAUTISTAS” — LA PERSPECTIVA CORRECTA — BAUTISMO EN LA MUERTE DE CRISTO — “POR UN ESPÍRITU TODOS SOMOS BAUTIZADOS EN UN CUERPO” — EL BAUTISMO DE FUEGO — EL BAUTISMO SIMBÓLICO EN EL AGUA — ¿ES EL BAUTISMO SIMBÓLICO NECESARIO? — EL SÍMBOLO APROPIADO — ¿QUIÉN PUEDE ADMINISTRARLO? — LA FORMA DE EXPRESIÓN — LA REPETICIÓN DEL SÍMBOLO — “BAUTIZADOS POR LOS MUERTOS.”

Los cristianos concuerdan en su entendimiento que el Nuevo Testamento enseña el bautismo, aunque haya una gran diversidad y confusión de pensamiento respecto a su práctica y significado.

La gran apostasía de la fe, mencionada por los apóstoles en el Nuevo Testamento, había avanzado mucho para el segundo siglo al grado que algunos conceptos muy supersticiosos respecto al bautismo habían ganado el control en la iglesia nominal para aquel tiempo. Se suponía que el bautismo en agua no sólo llevaría al individuo a una relación con Dios anulando sus pecados anteriores, sino que también le traería ciertas gracias o favores de parte de Dios como un miembro de la Iglesia de Cristo que no podían ser asegurados de otra manera. Por eso, en aquella época primitiva, los creyentes no sólo buscaban el bautismo para sí mismos, sino también para sus niños; y puesto que los infantes no podían creer ni entrar en las promesas de pacto para sí mismos, un arreglo fue hecho por el cual otros individuos en lugar de los padres podrían hacerse patrocinadores para tales niños — “padres espirituales.” Ellos solemnemente prometieron que los niños creerían en el Señor y transitarían en sus caminos, y fueron obligados a emprender la

formación religiosa de aquellos. Tales personas se llamaban padrinos y madrinas.

Tanto los maestros como los enseñados de aquel período progresaron rápidamente en el formalismo y en la elaboración de los símbolos y de su sentido. Fuentes especiales para los propósitos bautismales fueron construidas fuera de las iglesias en el tercer siglo. Consistían de un cuarto privado que estaba conectado con un pórtico exterior, el último siendo abierto al público, en cuya presencia se tomaban los votos bautismales, y luego el candidato era bautizado en privado en la fuente. El ministro oficiante exorcizaba al candidato, para expulsar a los demonios, al soplar en su cara tres soplos de aliento, como una representación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El agua en la cual ocurría el bautismo era consagrada por una fórmula complicada, constituyéndola agua sagrada, y una parte de la fórmula consistía del exorcismo o del lanzamiento de los espíritus malignos del agua. El candidato era despojado de la ropa, como una representación del desposeimiento completo del viejo hombre, y era bautizado tres veces, una vez en el nombre del Padre, una vez en el nombre del Hijo, y una vez en el nombre del Espíritu Santo. Todo esto se hacía fuera de la Iglesia, para señalar que el candidato no era todavía un miembro de la Iglesia y no podía ser un miembro de ella hasta que fuera admitido por este procedimiento. Después del servicio de bautismo, el futuro miembro llevaba ropa blanca hasta el domingo siguiente. Más tarde, se cesó la separación del baptisterio de la Iglesia, y las fuentes bautismales fueron construidas en las iglesias.

Los católicos romanos y griegos todavía mantienen de un grado considerable la ceremonia complicada del tercer siglo, con pequeñas modificaciones convenientes para nuestro día. Las siguientes son las ceremonias bautismales de la Iglesia de Roma, aunque no sean todas de aplicación universal:

“(1) El niño se mantiene fuera de la Iglesia, para significar una exclusión actual del cielo, que es simbolizado por la Iglesia.

“(2) El sacerdote sopla tres veces en la cara del niño, que significa que el diablo puede ser desplazado sólo por el Espíritu de Dios.

“(3) La señal de la cruz se hace en la frente y sobre el pecho del niño.

“(4) El sacerdote, habiendo exorcizado la sal, la pone en la boca del niño, señalando por ella aquella sabiduría que lo protegerá de la corrupción.

“(5) El niño es exorcizado.

“(6) El sacerdote toca su boca y oídos con saliva, pronunciando la palabra *efata*.

“(7) El niño está desnudo, significando el desposeimiento del viejo hombre.

“(8) Él es presentado por los patrocinadores, quienes representan la Iglesia.

“(9) Se hace una renuncia del diablo y de sus obras.

“(10) Es untado con aceite.

“(11) Se hace la profesión de la fe.

“(12) Se le pregunta si será bautizado.

“(13) Se le da el nombre de algún santo, que será su ejemplo y protector.

“(14) Se inmersa tres veces, o se rocía el agua tres veces sobre la cabeza.

“(15) Él recibe el beso de la paz.

“(16) Es untado en la cabeza, para mostrar que por medio del bautismo él se hace un rey y un sacerdote.

“(17) Él recibe la vela encendida, para señalar que ha llegado a ser un hijo de la luz.

“(18) Está envuelto con el alba (un traje blanco), para mostrar su pureza bautismal.” *La Delineación del Romanismo* por Elliott, Vol. I, p. 240. Véase también el Catecismo Católico Romano, p. 252.

Las perversiones susodichas del bautismo fueron sostenidas durante más de 1200 años antes de la organización de las varias denominaciones protestantes actuales. Indudablemente, había algunos del pueblo del Señor que veían los asuntos en una luz más clara, pero podemos decir razonablemente que eran muy pocos, y que prácticamente ningún registro de ellos o de su divergencia de la opinión común llegó a nosotros por las páginas de la historia. No

es sorprendente que los protestantes de los siglos 15 y 16, habiendo heredado estas tradiciones y participado en ellas, estarían bajo su influencia, y que aunque se despojaron de la mayor parte de la ceremonia extrema, mantuvieron los mismos conceptos y costumbres generales. Inclusive hoy en día la gente considerada inteligente tiene un miedo supersticioso en cuanto a lo que podría ser el futuro eterno de sus niños que mueren durante la infancia sin haber sido bautizados — es decir, sin haber recibido el perdón de los pecados, y sin haber sido instalado como miembro de la Iglesia. En armonía con estas supersticiones, encontramos que aunque se haga cada esfuerzo en todas las denominaciones para mantener todo el poder, privilegio y autoridad en las manos del clero y fuera de las manos de los laicos, sin embargo, se admite generalmente que en los casos extremos, donde no se espera que viva el niño, y donde los servicios de un clérigo no pueden ser conseguidos a tiempo, cualquier persona puede realizar un servicio de bautismo — el pensamiento es que ningún riesgo se debe tomar con respecto al bienestar eterno del niño. El privilegio de los laicos en tales circunstancias se reconoce claramente aun en las iglesias católicas romanas y griegas; y en la rúbrica de la Iglesia Anglicana en el tiempo de Eduardo VI el asunto fue ordenado así: “Los pastores y los coadjutores deben amonestar regularmente a la gente que sin gran causa o necesidad no debe bautizar a sus niños en casa; y cuando la *gran necesidad los obliga a hacerlo* que sólo entonces lo administren.”

Citamos la siguiente explicación del Bautismo del Catecismo Católico autorizado (página 248):

“El sacramento primordial y más necesario es el bautismo”; “porque antes del bautismo ningún otro sacramento puede ser recibido”; “y porque sin el bautismo nadie puede ser salvo.” “En el bautismo el pecado original y todos los pecados cometidos antes del bautismo son perdonados: el castigo temporal así como el castigo eterno son remitidos por el bautismo.” “En el bautismo somos limpiados no sólo de todo pecado, sino también somos transformados, de una manera espiritual, hechos santos, hijos de Dios, y herederos del cielo.”

La Iglesia Luterana cumple con una declaración muy semejante sobre este tema.

El Bautismo de la Nueva Creación

La Iglesia Anglicana, aunque tiene una ceremonia ligeramente variada, vincula el mismo significado al bautismo infantil. Los extractos siguientes del Libro de Oración Común demuestran esto:

“Santifique esta agua al lavado místico del pecado; y conceda que este niño, que será bautizado ahora en ella, pueda recibir la plenitud de tu gracia, y permanecer para siempre entre el número de tus hijos fieles y electos.”

“Recibimos a este niño en la congregación del rebaño de Cristo; y lo santiguamos de veras con la señal de la cruz.”

“Reconociendo ahora, muy queridos hermanos, que este niño es regenerado e injertado en el cuerpo de la Iglesia de Cristo, demos gracias al Dios Todopoderoso por estos beneficios.”

“Te cedemos gracias cordiales, Padre más misericordioso, que te agrada efectuar la regeneración de este niño con tu Espíritu Santo.”

El concepto presbiteriano es menos inmoderado. La Confesión de Westminster, Art. 28, dice: “El bautismo es un sacramento... un signo y un sello del pacto de gracia, de su injertar en Cristo, de la regeneración, del perdón de los pecados,” etc. Declara que es aplicable a los infantes donde uno de los padres o ambos sean cristianos, pero no a otros infantes. Y sigue, “Aunque sea un gran pecado para despreciar o descuidar esta ordenanza, sin embargo, la gracia y la salvación no le sean tan inseparablemente anexadas como que ninguna persona pueda ser regenerada o salva sin ello, o que todo lo que sea bautizado es indudablemente regenerado.”

Dando *menos importancia* al bautismo, las reglas presbiterianas no permiten que nadie excepto los ministros realice el servicio, y por medio de sus ministros ponen énfasis en la importancia del bautismo, y comparativamente pocos conocen la última cláusula citada, y resulta que los presbiterianos así como otros temen las consecuencias si sus niños mueren sin bautizarse.

Los Metodistas, y la Iglesia Episcopal Protestante en los Estados Unidos, y las instituciones más modernas, aceptan este último moderado punto de vista de la importancia del bautismo infantil.

Como ilustración de este asunto, una anécdota se relata de cierto médico a quien llamaron tarde por la noche para ayudar a un

niño que estuvo a punto de morir. Él llegó justamente un minuto antes de un clérigo, que había sido llamado al mismo tiempo. Siendo evidente que el médico no podría hacer nada más para el niño, éste se fue de inmediato, mientras que el ministro apresuradamente tomó un plato hondo de agua, roció unas gotas ante el niño, y dijo, “Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.” El niño expiró unos minutos después, y cuando el médico y el clérigo salieron de la casa juntos el anterior dijo al último, “Usted llegó justo a tiempo; dos minutos más y habría sido demasiado tarde. ¿Puedo preguntarle, qué tipo de zapatos lleva usted?” “Polainas de congreso,” respondió el clérigo. “¡Ah, qué afortunado!” dijo el médico. “Si usted se hubiera puesto botas con cordones no habría llegado a tiempo, y ¡imagínese cuán desastroso esto habría sido para el niño!”

La verdad es que muchas personas cristianas más cultas negarían tal pensamiento falso y supersticioso como que Dios entregaría a un niño no bautizado a los demonios, para atormentarlo eternamente, o hacer otra cosa para su perjuicio. Sin embargo, muchas de estas mismas personas manifiestan gran preocupación si, por alguna razón, uno de sus niños moriría sin esta ceremonia; y algunos de los más analfabetos seguramente creen más positivamente en la necesidad del rito y experimentan un gran miedo agonizante de las consecuencias si se omite; tan fuerte es la influencia que ha llegado a nosotros a través de los siglos de las creencias falsas, “La Edad de las Tinieblas.”

Pruebas de que estos conceptos incorrectos concernientes a la naturaleza, la necesidad y la eficacia del bautismo se habían desarrollado tan pronto como en el segundo siglo, se pueden encontrar en la *Historia de Doctrinas* de Hagenbach, p. 72. Más tarde, en el tiempo de Constantino, y apoyado por Tertuliano (*De Bapt.*, c. 18) apareció la opinión de que el bautismo, poseyendo un poder tan mágico para limpiar los pecados anteriores, pero no los subsiguientes, debe ser postergado hasta la hora más cercana de la muerte como sea posible. Aún más tarde, la “extremaunción” llegó a ser el consuelo de los agonizantes, y se emprendió un esfuerzo para traer a todos tan pronto como sea posible en la Iglesia. Fue

“San Agustín” que avanzó la doctrina, “No hay ninguna salvación fuera de la Iglesia”; entonces, como resultado, salió la enseñanza de que los niños serían “perdidos” a menos que se hicieran miembros de la Iglesia, y a partir de aquel tiempo y de aquella teoría comienza el bautismo general de los infantes. El espíritu de la Cristiandad, desde el principio, ha consistido en no reparar en nada que pueda añadir a su influencia y sus números. Así que el carácter y la gobernación de nuestro Creador han sido desprestigiados y se ha invalidado el testimonio de su Palabra, y el cristianismo verdadero, el “trigo”, ha sido perjudicado por esta siembra prolífica de la “cizaña” por el Adversario.

EL BAUTISMO INFANTIL ES RECHAZADO POR ALGUNOS

Entre aquellos que reconocen que el bautismo se impone en los creyentes, y que una persona no puede creer en lugar de otra, se rechaza el bautismo infantil como algo antibíblico. Además, las mismas personas generalmente creen que no hay nada que constituya el bautismo ordenado por nuestro Señor y los apóstoles excepto una inmersión en agua. Éstos llaman la atención al hecho de que la palabra griega que significa bautismo, *baptizo*, tiene el significado de sumergir o tapar o hundir o mojar en agua por completo, y que unas palabras totalmente diferentes son usadas en el griego cuando se hace referencia a rociar o vertir o llover. Los que creen en la inmersión en agua generalmente practican una sola inmersión, de espaldas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, aunque algunos lo practican de frente tres veces, una vez en el nombre del Padre, una vez en el nombre del Hijo, y una vez en el nombre del Espíritu Santo. La explicación de la última forma consiste en que Cristo dobló su cabeza hacia el frente cuando murió, y que, por eso, sus seguidores deben sumergirse en la semejanza de su muerte, de frente. No parece ocurrir a estos amigos cristianos que Cristo no fue sepultado boca abajo, y que el Padre y el Espíritu Santo no murieron, ni tampoco fueron sepultados y que, por lo tanto, tales símbolos son totalmente

inconsecuentes, y que el significado de las palabras “*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” sería correctamente entendido como — *por la autoridad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* — que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se unen al imponer el bautismo para los creyentes.

De entre aquellos que practican una inmersión de espaldas, hay dos denominaciones grandes, a saber, los “Bautistas” y los “Discípulos”, quienes, sin embargo, realizan el servicio con sentimientos muy diferentes en cuanto a su significado y los resultados. El punto de vista de los “Discípulos”, por otra parte llamándose “Cristianos” (y con frecuencia, sin su consentimiento, designados como “Campbelitas”), es que el bautismo (la inmersión en agua) es para *el perdón de los pecados*, y que aquellos que no han sido inmersos en agua están aún en sus pecados, “hijos de ira.” Esta visión del tema excluye la gran masa de la humanidad excepto a los niños (cuyo pecado original parecen ignorar) y aun los cristianos profesos de casi todas las denominaciones — Congregacionalistas, Metodistas, Presbiterianos, Presbiterianos Unidos, Luteranos, Episcopalistas, Católicos Romanos, Católicos Griegos, etc. — serían marcados así como pecadores, no justificados ante Dios y, por lo tanto, expuestos a la *ira de Dios*, de cualquier modo que se entienda la expresión; y por casi todos, inclusive los “Discípulos”, se entiende que esto significa una eternidad de tormento.

Esta es una posición difícil de tomar, no sólo con respecto al mundo, sino con respecto a la masa de los cristianos profesos, y no es de sorprender que nuestros amigos de entre los “Discípulos” generalmente evitan llevar la pregunta a una declaración tan extrema, aunque la lógica de la proposición sea evidente a ellos, en cuanto a todos los demás que la consideran. No podemos aceptar que ésta sea una visión correcta del bautismo — para nosotros no es bíblica ni razonable. No podemos creer que el Señor haya permitido que el bienestar eterno de nuestra raza dependa de un conocimiento de cualquier institución y su obediencia. Sin embargo, nuestros amigos de entre los “Discípulos” se fortifican con ciertos textos de las Escrituras que no se debe pasar por alto; a

saber, la predicación de Juan a los judíos para el arrepentimiento y el perdón de los pecados; la predicación de los apóstoles en el Pentecostés a los judíos, para arrepentirse y bautizarse por el *perdón de sus pecados*, e invocar el nombre del Señor, *lavando sus pecados*. (Mat. 3:6; Juan 4:1,2; Hechos 2:38,41) Consideraremos estas escrituras a su debido tiempo, y veremos cómo y por qué son aplicables a los judíos únicamente, y nunca fueron aplicables a los gentiles, y que cuando ciertos gentiles de la Iglesia de Éfeso admitieron que habían sido bautizados con el bautismo de Juan — al arrepentimiento y al perdón de los pecados — el Apóstol Pablo mandó que fueran bautizados otra vez en el nombre del Señor Jesús. Hechos 19:3–5

Nuestros amigos bautistas, aunque no menos vigorosos en su defensa de la inmersión en agua como el único bautismo, establecen una pretensión totalmente diferente respecto a su eficacia. Niegan que sea para el perdón de los pecados, y aseveran que puede ser experimentado sólo por fe en el Señor Jesucristo, el Redentor. No obstante, creen que el bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia, y que sólo aquellos que son inmersos realmente entran en la Iglesia, y que los demás no deben esperar, ni deben ser concedidos los privilegios y las bendiciones que pertenecen a la Iglesia, en la vida presente o en la vida por venir. En armonía con este pensamiento, los Bautistas en general rehúsan dar la bienvenida a la Mesa de Comunión a todos aquellos que no fueron inmersos en agua, diciendo que la Mesa de Comunión no es para el mundo, sino sólo para *la Iglesia*, y que nadie está en la Iglesia excepto aquellos que han pasado por la *puerta* del bautismo en agua. Las pocas iglesias bautistas que en años recientes han atenuado esta regla lo han hecho en contravención de su teoría. Como ilustración de este tema citamos parte de un artículo escrito recientemente por J. T. Lloyd en el *Heraldo Religioso*. Dice:

“El bautismo cristiano es la inmersión de un creyente en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — nada más se considera como el bautismo. Las iglesias bautistas son las únicas iglesias cristianas existentes. Los pedobautistas [bautizantes de los niños] no tienen ningún derecho a la Cena del Señor. Siempre que participen en la Cena del Señor lo hacen indignamente, y comen y beben condenación a sí mismos.”

Si la teoría bautista sea la correcta, resulta que todos los miembros de las otras denominaciones de los cristianos profesos que no han sido inmersos en agua, se han engañado en el pensamiento de que en cualquier sentido de la palabra pertenecen a la Iglesia de Cristo. Porque, como dicen nuestros amigos bautistas, la inmersión es la *puerta* a la Iglesia; quienquiera que no haya sido inmerso no *esté* en y no *forme parte de* la Iglesia de Cristo, que es el cuerpo de Cristo. No es de sorprender que nuestros amigos bautistas, y sobre todo aquellos de un estándar muy alto de corazón e intelecto, duden en forzar en el público éstas, las únicas conclusiones lógicas de su creencia. El hacer esto sería traer sobre ellos la indignación e insulto de muchos a quienes están obligados a respetar como cristianos, a pesar de su teoría contraria. ¿Pero cuál sería la implicación si esta teoría bautista fuera verdad? Contestamos que según todos los credos distintos de la Cristiandad esto implicaría que sólo las personas que fueron inmersas serían salvas, y que todas las demás, de todas las otras denominaciones, y el mundo fuera de todas las denominaciones, estarían perdidas — pues, ¿no es la teoría de todos los credos que sólo la Iglesia se salvará, y que todos los demás se apresuran a la destrucción o al tormento eterno o a algún otro futuro horrible — el destino al cual se finaliza en la muerte?

Estamos obligados a disentir de todas las anteriores opiniones como teorías humanas imperfectas, cuyas incongruencias son claramente manifiestas. La mera declaración de ellas lleva la convicción inmediata de su equivocación a cada mente inteligente e imparcial. No podemos confesar que la denominación de los Discípulos o la denominación bautista, o ambas, constituyen la Iglesia del Dios vivo, cuyos nombres están inscritos en el cielo, a la inclusión de todos sus miembros inmersos, y a la exclusión de todos los no inmersos de las otras denominaciones. No podemos confesar que, cuando el Hijo del Hombre sembró la semilla buena del Evangelio en el campo, que todo el “trigo” fue recogido en el granero bautista, y que toda la “cizaña” estuvo afuera. Tampoco podemos confesar aun que todo el “trigo” debe encontrarse entre aquellos inmersos en agua, y toda la “cizaña” también, de modo

que las otras denominaciones fueran excluidas de la parábola del trigo y de la cizaña del Señor. (Mat. 13) Afirmamos que todas estas teorías contradictorias están equivocadas — son desaprobadas por Dios. Afirmamos que todas las sectas y las denominaciones son contrarias a la institución divina — una Cabeza, un Cuerpo, una Fe, un Bautismo. No pretendemos que la Iglesia del Señor, la Nueva Creación, tenga muchos miembros, sino que confesamos que consiste en todo de un “rebaño pequeño.”

Debemos incluir a nuestros amigos bautistas y nuestros amigos de entre los Discípulos con nuestros amigos presbiterianos y metodistas y luteranos y episcopalistas y católicos, como parte de una Cristiandad general, por otra parte en las Escrituras llamada “Babilonia”. El Hijo del Hombre y sus seguidores fieles sembraron la semilla buena, que ha producido frutos en todas partes de la Cristiandad, que puede considerarse el campo de trigo de esta Edad Evangélica. El Adversario ha sembrado “cizaña” tan prolíficamente que el “trigo” es casi ahogado, y en algunos aspectos el campo podría ser más correctamente llamado un campo de cizaña que un campo de trigo. Pero ahora, por fin, según la promesa del Señor, ha llegado la “cosecha” de esta Edad Evangélica, y él está enviando a sus segadores para juntar su “trigo” — cada grano de ello — en su granero; y es evidente que está encontrando estos granos del “trigo” verdadero, no todos en las denominaciones de los Discípulos y de los Bautistas, sino también entre los Presbiterianos, los Metodistas, los Episcopalistas, los Luteranos, los Congregacionalistas, los Católicos Romanos, y otros. Esto está en armonía con el hecho de que el mensaje ha salido al pueblo del Señor en todas partes de Babilonia: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” —Apoc. 18:2,4

Siendo esto verdad, es muy evidente que los Bautistas y los Discípulos, así como otros grupos, han hecho errores muy serios con respecto a lo que significa el bautismo, y con respecto a las bendiciones y los privilegios que éste confiere. Hemos examinado brevemente la situación entera hasta ahora, a la intención de que puede ser manifiesto a todos que hay algo radicalmente incorrecto con respecto a todas las varias teorías ahora prevalecientes en lo que concierne al tema del bautismo y que, por lo tanto, podemos estar listos a lo mejor para rechazar todas las tradiciones y las teorías humanas y dirigirnos reverentemente y piadosamente a la Palabra del Señor, mediante sus apóstoles inspirados en cuanto a este tema, el cual reconocidamente es algo importante — una institución divina. Es sólo después de que veamos claramente la confusión implicada en todas las varias teorías de la Cristiandad que estamos totalmente preparados para apreciar la simplicidad del mensaje divino respecto a este tema.

EL TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL BAUTISMO

El ritual judío contenía varias fórmulas con respecto al lavado de los utensilios, el baño y el lavado de las personas etc., pero nada con respecto al bautismo (*baptizo*, inmersión) tal como lo había predicado Juan, al final de la edad Judaica. El bautismo en Juan era para los judíos únicamente, quienes ya eran reconocidos por haber sido lavados típicamente en el día de la Expiación — de las ofensas del pecado. Para ellos el bautismo aplicado por Juan, representaba el arrepentimiento, la confesión del pecado, las violaciones del Pacto de la Ley, y el lavamiento típico de ambos — el volver, o el deseo de estar en una condición justa de corazón. Así los judíos arrepentidos del pecado y lavados o bañados simbólicamente, se sentían restaurados a una condición de armonía con Dios, que anteriormente disfrutaban bajo el Pacto de la Ley. El motivo por el cual Juan predicaba y bautizaba, era la preparación del pueblo para el Reino de Dios y para la revelación del Mesías, la cual Juan anunció ser inminente, y por las cuales el pueblo necesitaría estar

en una condición preparada — de corazón si es que ellos hubieran de recibir la bendición apropiada. Todo judío bajo el Pacto de la Ley, era incluido como un miembro de la casa de Moisés: y “Todos en unión con Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar.” (1 Cor. 10:2).

La casa de Moisés era una casa de siervos, como está escrito, y “Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, *como siervo*.” (Heb. 3:5). Bajo el arreglo divino, todo el que fuese fiel como un miembro de Israel típico o la *casa de siervos* bajo Moisés, él siendo el Mediador del típico o del Pacto de la Ley, estaría en la condición preparada de corazón para cuando el Moisés antípico, el Mesías, Cristo, fuera revelado, ellos tendrían la disposición justa para recibirlo como Moisés en la nube y en el mar, al aceptar a Cristo en lugar de Moisés, nos indica que ellos ya estaban en Cristo como miembros de su cuerpo, él siendo la cabeza, y, mediante la asociación con Él, ellos serían los ministros del Pacto Nuevo, del cual el Cristo glorificado, completo, cabeza y cuerpo, sería el Mediador.

Por lo tanto, Juan no bautizó a los creyentes en Cristo, simplemente al arrepentimiento, devolviéndolos a una condición de armonía con Moisés, en ésta condición, como ramas naturales del olivo (Rom. 11:16–21) ellos necesitarían ser injertados en Cristo, porque Cristo tomaría el lugar de Moisés, quien en ese entonces simplemente simbolizó a Cristo. También, se debe recordar, que lo que se llama el “bautismo en Juan” fue para el “lavamiento de pecado” y no se aplicaba a todos excepto a los judíos — pero los gentiles, al no estar bautizados en Moisés, y al no pertenecer en ningún momento a la casa típica de siervos, no podrían por arrepentimiento de pecado, *volver* a una condición que ellos nunca tuvieron. Por lo tanto, los gentiles creyentes en Cristo deberán ser instalados como hijos en su casa en una manera diferente. Ellos, como lo explica, el Apóstol, eran ramas silvestres del olivo, “hijos de la ira por naturaleza”, extraños, diferentes, extranjeros para la mancomunidad de Israel. Ningún arrepentimiento y reforma haría de estos extraños, diferentes y extranjeros, miembros nuevos de la casa típica de los siervos, a

quien únicamente se les otorgaría el privilegio por fe en Cristo de ser transferidos de la casa de siervos a la casa antípica de los hijos. Si llegaran otros a ser ramas del olivo (Cristo), cuya raíz es la promesa en Abrahán (Gál. 3:16,29), deberán ser *injertados* en las posiciones que resultaron vacantes por el corte de las “ramas naturales” del olivo original — la casa de los siervos, cuyos corazones no estaban en una condición justa para aceptar al Mesías, y quien por lo tanto, él no los podría aceptar como miembros de la casa de sus hijos — “A lo suyo vino (pueblo de Israel), pero los suyos [como su pueblo] no le recibieron. Mas a todos lo que lo recibieron a quienes creen en su nombre, les dio potestad [privilegio] de ser hechos hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:11–13, RV1960) — son los que han llegado a ser miembros de la Nueva Creación — espiritualmente.

El Israel típico abandonó a Egipto (simboliza el mundo) para seguir el liderazgo de Moisés; y cuando ellos llegaron a la gran prueba o juicio en el Mar Rojo, la cual sería definitivamente su destrucción, excepto por la intervención de Dios por medio de Moisés, todos fueron bautizados típicamente en Moisés en el mar y en la nube — el mar estando a su derecha e izquierda, y la nube sobre ellos y así llegaron a ser su casa, o familia, él siendo la cabeza y representante. Ellos salieron del mar, devotos a Moisés, prometiendo seguirle y obedecerle. Su devoción a él era más extensa, por ser el Mediador del Pacto de la Ley del Monte Sinaí, donde todas sus esperanzas estaban ligadas en él, quien declaró — “Un Profeta como yo te levantará Jehová tu Dios de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis.” (Deut. 18:15,18; Hechos 3:22). A todo “Israelita verdadero” estando ya consagrado y unido a Moisés hasta la muerte, y con todas sus esperanzas de la vida sujetas en él, sería un pequeño cambio el aceptar a Cristo en su lugar, como su antípico; y comprender que sus promesas hechas bajo la Ley a Moisés, serían ahora transferidas por arreglo divino a Cristo, el garante del Pacto Nuevo, a quien ellos prometieron servir. (2 Cor. 3:6)

Con los gentiles la situación era totalmente diferente, y la aceptación de Cristo significaría todo lo que estaba pactado para el judío en Moisés sería transferido a Cristo. Por lo tanto, no debería de sorprendernos, al encontrar que las Escrituras enseñan un significado más amplio y más profundo del bautismo, cuando es aplicado a los creyentes que no son judíos, que no están bajo la Ley, ni en Moisés, y que, por lo tanto, no son transferidos de Moisés a Cristo. Para los creyentes, el bautismo significaba un cambio radical total, habiendo sido ilustrado por el Apóstol Pablo (Rom. 11) con el injerto de las ramas silvestres de olivo a un buen árbol de olivo. Esto representaba una transformación completa.

EL BAUTISMO EN LA MUERTE DE CRISTO

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

“Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Rom. 6:3-5)

Nosotros, quienes somos gentiles por naturaleza, lo mejor que podemos hacer es aceptar esta explicación del bautismo verdadero, dirigida por el Apóstol Pablo a los creyentes en Roma, muchos, casi todos, quienes habían sido gentiles, “hijos de la ira”. En tres versículos aquí, el Apóstol trata detalladamente el tema del bautismo como se nos aplica. Estos versículos son usados muy comúnmente para probar todas las diferentes doctrinas del bautismo, las cuales son mencionadas especialmente por nuestros hermanos, quienes reconocen el bautismo como la inmersión en el agua. Sin embargo, hagámoslo notar claramente, que el Apóstol no menciona ni hace referencia al bautismo en agua. El bautismo en agua es únicamente un símbolo, o representación del bautismo verdadero; y el Apóstol, en estos versículos explica, desde diferentes puntos de vista, el verdadero, el bautismo esencial, sin el cual nadie puede considerarse como un miembro del cuerpo, o

Iglesia de Cristo, mientras tanto todos los que reciben este bautismo, sin importar el nombre o lugar, color o sexo, serán incluidos como miembros de la “*Ecclesia*”, miembros de la nueva creación.

El Apóstol cuando se estaba dirigiendo a los que ya eran miembros del Cuerpo de Cristo, les dijo: “O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús” — nos tomamos una pausa aquí para indicar que él no dice, todos los que hemos sido rociados en agua, ni tampoco, todos los que somos inmersos en agua, pero, “todos los que hemos sido bautizados (inmersos) *en Cristo Jesús*.” ¿Qué es lo que se sumerge en Cristo Jesús? El aquí seguramente continúa con la misma idea que desarrolla en 1 Cor. 12:27: “Vosotros pues sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. ¿Cómo participamos en el cuerpo de Cristo? El Apóstol responde que nosotros en él somos bautizados, y, desde ese momento, ahora estamos incluidos como miembros de nuestro Señor; miembros subordinados, él siendo nuestra cabeza, miembros de “la Iglesia que es su cuerpo”.

Pero averiguaremos particularmente cuál es el proceso por el cual nosotros llegamos a ser miembros en Cristo Jesús. El Apóstol contesta la pregunta en su siguiente declaración, “que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús fuimos *bautizados en su muerte*”. Ninguna palabra acerca de que nosotros somos bautizados en él, cuando somos bautizados en agua. ¡No, no! ¡Cuán evidente es que el ser bautizados mil veces en agua no resulta en una participación en el cuerpo de Cristo! Pero, aceptando la declaración del Apóstol, nosotros comprendemos que nuestra unión con Cristo, nuestra participación en su Iglesia o “*Ecclesia*”, cuyos nombres están inscritos en el cielo, comenzó desde el momento que nosotros *fuimos bautizados en su muerte*. Pero, ¿cuándo y cómo nosotros fuimos bautizados en la muerte del Señor? Nuestra respuesta es que el bautismo es la muerte con el Señor, resultado de nuestra incorporación por él como miembros de su cuerpo, como Nuevas Criaturas, el cual tuvo lugar desde el momento cuando nosotros hicimos la rendición total de nuestras voluntades en él —

consagrándonos totalmente, siguiendo y obedeciéndole, hasta la muerte.

La *voluntad* representa todo en la persona, y todo lo que él posee. La voluntad tiene el control del cuerpo, manos, pies, ojos, boca y mente. Y, también, tiene el control del dinero, cuenta bancaria; bienes raíces, etc. Es la que controla nuestro tiempo, nuestro talento, nuestra influencia. No existe ni una sola cosa de valor que nosotros poseamos, que no esté apropiadamente bajo el control de su voluntad; y, desde el momento, que nosotros rendimos nuestras voluntades al Señor, o, como las Escrituras a veces lo representan, nuestros “corazones”, nosotros le entregamos todo, y esta sepultura de nuestra voluntad humana en la voluntad de Cristo, es nuestra muerte como seres humanos. “Porque habéis muerto; y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” (Col. 3:3) Esta muerte, esta sepultura, es nuestro bautismo en su muerte. De aquí en adelante, desde el punto de vista divino, no estamos considerados como seres humanos, de naturaleza humana, de la tierra, del mundo, teniendo fines, objetos y esperanzas del mundo, sino como Nuevas Criaturas en Cristo Jesús.

Al instante de esta sepultura o inmersión de nuestras voluntades en la voluntad de Cristo, le sigue nuestro engendramiento a la novedad de vida — a una naturaleza nueva. Así como nuestro Señor consagró su naturaleza humana hasta la muerte, haciendo la voluntad del Padre, y aún así, él no permaneció en la muerte, porque fue resucitado de la muerte a una naturaleza nueva; de la misma manera nosotros por consagración estamos “*muertos con él*”, participando en su consagración, sin permanecer en un estado de muerte, pero instantáneamente resucitados mediante la fe a una realización de nuestro parentesco con el Señor como Nuevas Criaturas. Así el Apóstol declara: “Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, así es que el espíritu de Dios está en vosotros” (Rom. 8:9) Para el mundo todo esto es un “misterio oculto.”* Ellos no aprecian nuestra justificación por la fe como a la vista del Padre, simplemente nos

* Vol. I, Cap. V.

consideran como los demás hombres, continuando siendo pecadores. Asimismo, ellos no ven una razón el por qué nosotros deberíamos de sacrificar o consagrar nuestras voluntades al Señor — al estar muertos como seres humanos, y poder obtener una participación con él como Nuevas Criaturas. Tampoco el mundo ve nuestra consagración y su aceptación, ni aprecian nuestra resurrección simbólica a una nueva vida, nuevas esperanzas, nuevas ambiciones, nueva relación con Dios mediante Cristo. Nosotros confiamos, desde luego, que ellos vean frutos en nuestras vidas, pero no esperamos que éste sea un fruto de sabiduría o lucrativo, que aparentemente les agrade bajo las condiciones actuales. “Por esto el mundo no nos conoce [como Nuevas Criaturas] porque no conoció a él.” 1 Juan 3:1

En fin los creyentes hacen todo menos seguir los pasos de Jesús — tomando su cruz para seguirle a él. Siendo santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, él no tuvo que esperar por ningún sacrificio por los pecados, porque él “no conocía el pecado” — pero inmediatamente al cumplir la edad viril bajo la Ley (treinta años) él no lo meditó para hacer su consagración total, un sacrificio completo de todos sus intereses del mundo, esperanzas, ambiciones y deseos — para él poder cumplir únicamente con la voluntad del Padre. El lenguaje de su corazón, cuando él vino hacia Juan en el Jordán, fue proféticamente anunciado, “He aquí vengo — en el rollo del libro está escrito de mi — el hacer su voluntad, Dios Mío. Me ha agradado, y su Ley está en medio de mi corazón.” (Sal. 40:7,8; Heb. 10:7). Nuestro Señor, al consagrarse totalmente a la voluntad del Padre, comprendió que la expresión externa de su bautismo simbolizaba la rendición de su naturaleza y vida terrenal, habiendo sido ya inmersa, o sepultada, en la voluntad del Padre — hasta la muerte. Su inmersión en el agua que le precedía, era únicamente una representación simbólica del bautismo, o la sepultura de su voluntad. Desde este punto de vista su bautismo tuvo un gran significado para él, pero tal vez no fue así para Juan, a quien se le hizo extraño ver, que quien “no conocía el pecado” debería de ser bautizado, considerando que el bautismo en Juan era un bautismo

únicamente para los violadores del Pacto de la ley — para la remisión de los pecados.

Nadie como Nuestro Señor Jesús mismo comprendió totalmente porque a él le “correspondía” cumplir con toda la justicia. El fue el único que comprendió que esta clase de inmersión (el lavamiento simbólico de pecado) no era necesaria para él, como si él fuera un pecador, aún, a él era quien le correspondía por ser la Cabeza del cuerpo, para establecer un ejemplo propio y dar una lección muy significativa para todos sus seguidores: y no únicamente para los miembros del “cuerpo” que ya eran de la casa de Israel en carne, pero también para los miembros que eran diferentes, extraños y extranjeros. A él le correspondía simbolizar la consagración total de su voluntad y todo lo que él tenía, hasta la muerte, para que nosotros, al venir después, pudiéramos seguirle en sus pasos.

Se puede demostrar fácilmente que la figura o ilustración de la inmersión en el agua, que nuestro Señor recibió por las manos de Juan no fue la inmersión verdadera. Como evidencia él dejó una huella con sus palabras el día de la última cena “de un bautismo tengo que ser bautizado ¡y cómo me angustia hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50). Aquí nuestro Señor mostró que su bautismo no era un bautismo en agua, sino el bautismo de la muerte — el bautismo a la muerte, en armonía con el arreglo divino — como el precio de redención del hombre, o la ofrenda del pecado.

Habiendo sido consagrado a este bautismo — a la muerte, en el momento más oportuno, cuando él había cumplido treinta años de edad, y llevado a cargo cuidadosamente durante los tres años y medio de su ministerio las provisiones de esa consagración — “cada día morir”, derramando su alma hasta la muerte — agotando su vida, su energía, su fortaleza en el servicio del Padre, en el servicio de sus seguidores y, hasta cierto punto, al servicio de sus enemigos, finalmente, él comprendió al acercarse el final de su bautismo — a la muerte, cuando se cumpliría totalmente la carga de las aflicciones, los juicios, las dificultades, las cuales su peso aumentaba a cada momento sin la compasión de ninguno — “de la

gente que había ahí ninguno estaba con él” — nadie que hubiera entendido las circunstancias y las condiciones, y que pudiera participar con su dolor ofreciéndole una muestra de compasión, de aliento o consuelo — entonces, anhelando por el fin del juicio, él exclamo, — “como me angustió (en la dificultad) hasta que [mi bautismo a la muerte] se cumpla.” (Lucas 12:50) Un poco después de su muerte, su bautismo fue cumplido, clamando — “ha sido consumado”.

El mundo entero se está muriendo, y no únicamente el Señor y la Iglesia, su cuerpo; pero el mundo no participa en la muerte de Cristo, como la Iglesia, su cuerpo. Hay una gran diferencia. El mundo entero está muerto con el padre Adán bajo su sentencia o maldición; pero nuestro Señor Jesús no era del mundo, no era de los que murieron en Adán. Nosotros hemos visto ya que su vida era santificada y separada de todos los pecadores, sin contar con su madre terrenal.* El no estaba bajo condena ¿Por qué, entonces, él murió? La respuesta de las Escrituras indican que él “murió por *nuestros pecados*” que su muerte fue un sacrificio. Y de la misma manera es con la iglesia, su cuerpo, bautizados en él por el bautismo en *su muerte* — participando con él en su muerte de sacrificio. Por naturaleza hijos de Adán, “hijos de la ira, como los demás” primero son *justificados* de la muerte adámica *a la vida*, mediante la fe en nuestro Señor Cristo Jesús y su obra de redención; el objetivo principal de ésta justificación a la vida y liberados de la condena adámica a la muerte, es que ellos podrían tener este privilegio de ser bautizados en Cristo Jesús (hechos miembros de su cuerpo, su *Ecclesia*) al ser bautizados en su muerte — al participar con él en la muerte como co-sacrificio. ¡Ah qué diferencia tan grande hay entre estar muertos en Adán, y estar muertos en Cristo!

El misterio de nuestra relación con Cristo en sacrificio, muertos ahora, por el bautismo, y el nacimiento de la relación y unión con él y la gloria que le sigue, es incomprensible para el mundo. Sin embargo, debería de ser muy apreciada por los fieles

* Vol. V, Cap. IV (en inglés).

del Señor, estando repetidamente afirmado en las Escrituras. “Si sufrimos con él, también reinaremos con él”; “y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.” También “herederos de Dios, y coherederos con Cristo Jesús. Sin embargo, si padecemos juntamente con él [si nosotros tenemos experiencia del bautismo en la muerte con él como miembros de su cuerpo] para que juntamente con él seamos glorificados.” (2 Tim. 2:12; Rom. 6:8; 8:17)

En el cuarto versículo del texto que estamos examinando, el Apóstol repite el mismo pensamiento desde otro punto de vista, diciendo — “porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo.” De nuevo ninguna sugerencia de algún bautismo en agua, pero sí una declaración muy positiva del bautismo — en la muerte, nuestra consagración a la muerte. Continuando, el Apóstol nos da un antitipo de la imagen, afirmando el por qué o la razón de nuestro bautismo en la muerte de Cristo, diciendo, “Como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida”. Indirectamente aquí el Apóstol hace una referencia a nuestra participación en la Primera Resurrección, cuando nosotros participaremos con la gloria de nuestro Señor en su Reino; él se refiere principalmente a la vida actual. Todos los que hacen una consagración total de sus vidas al Señor, a estar muertos con él, y juntamente ser co-sacrificio con él al servicio de la Verdad, tienen que estar separados y ser distintos con los que tenemos alrededor. Deben conducir cambios adecuados durante su vida en este mundo. Ellos hicieron un pacto para morir de las cosas del mundo que son las que atraen a los demás, y por lo tanto, éstas se deberán usar únicamente al servicio de la Nueva Creación. La Nueva Creación vuelve a la vida con perspectivas y cosas celestiales por medio del redentor, las cuales el mundo a nuestro alrededor no ve y no comprende. En armonía con esto, nuestras vidas en el mundo deberán ser nuevas, distintas, y separadas de las vidas de los demás; porque estamos vivificados con un espíritu nuevo, con esperanzas nuevas, con fines nuevos, con lo celestial.

Llegando al quinto versículo, el Apóstol continúa sin hacer la mínima diferencia al bautismo en agua, aunque algunos, al principio, no estuvieron de acuerdo con sus palabras. “Porque si fuimos plantados juntamente con él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección.” Si el ser plantado juntamente en la semejanza de su muerte significa el bautismo en el agua, él lo colocará más énfasis al bautismo en el agua de lo que cualquier otro profesor en el mundo estaría dispuesto a admitir. Como cristianos ¿que es lo que más añoramos? ¿No es acaso el nosotros poder participar en la resurrección del Señor, la Primera Resurrección? El Apóstol lo expresó, como su pensamiento más grande, de la esperanza o ideal que tuvo siempre presente diciendo — “Quiero conocerlo a Él y el poder de *su resurrección* [como un miembro de su cuerpo, su Iglesia], y participar de sus padecimientos hasta llegar a Él en su muerte si es que en alguna manera logro llegar a *la* resurrección de entre *los* muertos.” (Fil. 3: 10,11) Ahora si esto nos diera a entender Romanos 6:5 que la resurrección de Cristo fuera el resultado seguro de una inmersión en el agua se haría a este pasaje contradictorio con todos los demás, y sería una ofensa para la razón ¿Por qué debería una inmersión, o sepultura en el agua resultar en la participación de la Primera Resurrección? Nosotros estamos seguros en asumir que millares han sido sepultados, o sumergidos, en el agua y que nunca compartirán la Primera Resurrección — la Resurrección de Cristo.

Pero cuando nosotros entendemos este versículo en armonía con los dos anteriores, refiriéndose al bautismo *a la muerte* a la inmersión en la muerte, en la semejanza de la *muerte en Cristo*, entonces todo es simple, todo es razonable. Habiendo sido llamados por el Señor para ser coherederos con su Hijo, y para padecer con él y estar muertos con él, para vivir con él y para reinar con él, cuán seguros nosotros podemos estar que si somos fieles a este llamado, si somos plantados o sepultados en su muerte, así como él fue sepultado en la muerte — como soldados fieles de Dios y siervos de la Verdad — eventualmente nosotros conseguiremos la gratificación total que Dios nos promete, es decir,

una participación en la Primera Resurrección — a la gloria, honra e inmortalidad.

El bautismo a la muerte es el bautismo verdadero para la iglesia, como también fue el bautismo verdadero para nuestro Señor, para nosotros el bautismo en agua es únicamente un símbolo, o una imagen así como lo fue para él. Esto ha sido concluyentemente demostrado, por las palabras de nuestro Señor a dos de sus discípulos Santiago y Juan, cuando ellos le dijeron: Maestro querríamos que nos concedas lo que pidamos, danos que en tu gloria, nos sentemos el uno a tu diestra, y el otro a tu siniestra. Respondió nuestro Señor diciendo, “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis ser bautizados con el bautismo que yo soy [estoy] bautizado? y ellos dijeron: lo podemos.” El voto de voluntad en querer participar no únicamente con su ignominia sino también en su bautismo a la muerte, nuestro Señor confirmando les responde, “Del vaso que yo bebo beberéis, y del bautismo de que yo soy seréis bautizados.” (Marcos 10:35–39) Todos los que han sido llamados y estén dispuesto de corazón para tener estas experiencias, el Señor les otorgará el privilegio — y también su asistencia. Estos verdaderamente estarán inmersos en la muerte de Cristo, y por consiguiente, tendrán una participación con él en la Primera Resurrección y en las venideras glorias del Reino. Que nuestro Señor aquí no hizo referencia al bautismo en agua es evidente; porque estos dos discípulos habían estado con él desde el principio de su ministerio, y como sus representantes habían bautizado a multitudes en agua, “para el arrepentimiento y remisión de los pecados” — el bautismo en Juan (Juan 3:22,23; 4:1,2; Marcos 1:4) La pregunta a nuestro Señor con respecto a su disposición en poder participar en su bautismo no fue mal entendida por los apóstoles. Ellos nunca pensaron que él les recomendaría que se bautizaran de nuevo en agua: ellos entendieron muy bien que era un bautismo de sus voluntades, en hacer la voluntad del Padre, y consiguientemente, su participación con él en su sacrificio — cada día morir, entregando sus vidas por los hermanos, hasta el final, hasta la muerte.

“Porque por un espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.”

—1 Cor. 12: 12,13—

No dejemos que el Apóstol sea mal entendido, cuando se hace referencia a nuestro bautismo en la muerte con nuestro Señor — “en su muerte” — dando a entender el bautismo del Espíritu Santo. La muerte y el Espíritu Santo son diferentes, y los dos bautismos son distintos y separados. El bautismo en la muerte es algo muy propio e individual; para el que quiere llegar a ser miembro del cuerpo de Cristo debe consagrar y sacrificar su voluntad. Consecuentemente su sacrificio es aceptado, el Señor por su Espíritu ayuda a todos a entregar su vida en sacrificio de la Verdad y por los hermanos — hasta la muerte. El bautismo del Espíritu Santo fue un bautismo para toda la Iglesia. Tuvo lugar en el aposento alto el día del Pentecostés, y no ha necesitado ninguna repetición, porque no ha cesado de estar con la Iglesia desde entonces. La repetición de algunas manifestaciones exteriores se dieron en el caso de Cornelio, esto fue desde entonces una evidencia para Pedro y todos los creyentes judíos, y para Cornelio y todos los creyentes gentiles.

Dios no hace ninguna distinción o diferencia entre judíos y gentiles. La inmersión en Pentecostés se realizó, se nos cuenta, cuando el aposento alto se llenó con el Espíritu Santo, para que los 120 hermanos presentes, “fueran todos inmersos en el Espíritu Santo”, los apóstoles, además, recibieron un símbolo de favor divino en la aparición de lenguas como fuego que se dividían, posándose sobre cada uno de ellos.

Este ungimiento con el Espíritu Santo, corresponde al equivalente ungimiento de los reyes y sumos sacerdotes de Israel, con el aceite sagrado de la unción. El aceite se aplicaba sobre la cabeza y se corría por todo el cuerpo. La aplicación antitípica sobre la cabeza era la participación del Espíritu Santo a nuestro Señor en el momento de su consagración a los treinta años de edad, cuando el Padre le dio el Espíritu “sin medida.” (Juan 3:34) Cuando el Pentecostés vino totalmente, nuestra Cabeza glorificada había estado en la presencia del Padre, e hizo la propiciación por los

pecados de su gente, y fue cuando se le permitió “derramar el”, Espíritu Santo en Pentecostés, que sumergía a su Iglesia; y de esa forma él demostró su aceptación y la del Padre, como miembros de su *Ecclesia*, su cuerpo — miembros de la Nueva Creación. Su iglesia, su cuerpo, desde entonces continúa, y el Espíritu Santo ha continuado dentro y sobre de ella; y conforme cada miembro nuevo es agregado a la Iglesia, que es su cuerpo, cada uno llega a ser un participante en el único bautismo del Espíritu que pertenece y satura el cuerpo, la Iglesia.

El texto bajo consideración vincula este bautismo Pentecostés del Espíritu, con nuestro bautismo individual a la muerte, y nos muestra la relación de los dos. Por ser hombres justificados es que somos bautizados en la muerte. Por ser miembros de la Nueva Creación nosotros somos ungidos del Espíritu Santo y constituidos miembros de la *Ecclesia*, el cuerpo de Cristo. Como se vio anteriormente, nosotros debemos primero ser justificados del pecado y de la muerte en Adán por la fe en nuestro Redentor, antes de que *nuestro sacrificio sea aceptado* y nosotros podemos estar muertos con él — con nuestro Señor, nuestra Cabeza. De la misma manera, nosotros debemos primero hacer esta consagración, o *sacrificio* de nuestro ser, para ser aceptados como miembros de la Nueva Creación, antes de que comience el proceso agonizante que, por la gracia del Señor, resultará en nuestro *bautismo total a la muerte*, en la semejanza del bautismo de nuestro Señor a la muerte, y así asegurar una participación en su “Primera Resurrección”. Esto está de acuerdo con lo que nosotros hemos visto anteriormente; es decir, que no es nuestra justificación la que nos constituye Nuevas Criaturas— miembros del cuerpo de Cristo — sino nuestro bautismo a la muerte con él así como el Apóstol lo ha declarado, “de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros ... Así también es Cristo. Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo... todos hemos bebido de un mismo Espíritu.” (1 Cor. 12:12,13)

Esta edad Evangélica es “el año aceptable del Señor”, durante el cual ha estado dispuesto en *aceptar* los sacrificios de los creyentes, su consagración total hasta la muerte. Cada co-sacrificio

que responde al llamado de la edad (Rom. 12:1) ha sido en ese mismo momento aceptado como miembro de la “Iglesia de los Primogénitos, cuyos nombres están inscritos en los cielos”. Pero esta aceptación, como nosotros hemos visto, no es el final: se les exige a todos los consagrados que ellos tienen “a cada día morir” — esto es, que su actitud de consagración total debería continuar a diaria hasta que ellos también puedan declarar finalmente, “ha sido consumado”. Se exige por la consagración que esta perseverancia en sacrificio y buena voluntad debe continuar paciente y fielmente, y que nuestro fin, como con el de nuestro Señor y Cabeza, será la muerte literal. Como está escrito: “Yo dije, vosotros sois dioses [*elohim* — unos potentes] e hijos todos vosotros del Altísimo — ustedes morirán como hombres, y caerán como cualquiera de los príncipes” — no como el Príncipe Adán, convictos; sino como el Príncipe Jesús — los participantes en su muerte. (Sal. 82:6,7) Esta fidelidad, esta muerte de cada día es un requisito para hacer nuestro llamado una elección segura; y es a éstos, los que caminan fielmente en los pasos del Señor que él les promete la gloria, la honra y la inmortalidad reservada para los fieles vencedores quienes constituyen los “elegidos verdaderos”, miembros de la Nueva Creación. Las palabras de Nuestro Señor fueron, “Sé fiel hasta la *muerte*, y yo te daré la corona de la vida.” (Apoc. 2:10.) Nosotros vemos, entonces, que así como lo es con la Iglesia, también lo fue con su Señor y *Cabeza* — que la consagración trae los primeros frutos del Espíritu, y por fidelidad y bendición del Espíritu, diariamente continúa aumentando, los frutos y los regocijos, llevando adelante el cumplimiento fiel del pacto hasta la muerte, que es lo esencial para recibir la herencia total — la participación en la Primera Resurrección con sus glorias y honores (Ef. 1:12-14; Rom. 8:16-17).

EL BAUTISMO DE FUEGO

Nosotros ya hemos llamado la atención en gran parte*, a la declaración que hizo Juan el Bautista a los judíos con respecto a Jesús: “El os bautizará en Espíritu Santo y en fuego” (Mateo 3:11), así indicando la bendición Pentecostés sobre los Israelitas fieles y el fuego, la ira de Dios, “ira hasta el extremo” (1 Tes. 2:16) que vino sobre el resto de esa nación. El bautismo de fuego no es una bendición, ni tampoco tiene sentido que la gente cristiana a veces sin pensarlo ore por éste. Así como hubo un bautismo de fuego sobre la “paja” de esa nación al fin de la edad judaica, también nuestro Señor indica que habrá en el fin de esta edad un “fuego” similar que caerá sobre la clase “cizaña” de la Cristiandad — un bautismo de fuego, de angustia, de tribulaciones, “cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces.” Dan. 12:1

EL BAUTISMO SIMBÓLICO EN EL AGUA

Nosotros mencionamos ya anteriormente acerca de los diferentes bautismos en agua que están de moda entre muchos cristianos y que casi universalmente lo confundan con el bautismo verdadero, nosotros hemos demostrado cuán falsas e inconscientes son las pruebas que son la base de estos bautismos en el agua, las cuales no pueden afectar el corazón y que en su gran mayoría son símbolos, pero no son reconocidos como símbolos por sus defensores, porque ellos no distinguen claramente el *bautismo verdadero a la muerte con Cristo*. ¡Tan simples y preciosas son estas pruebas del bautismo verdadero relacionado a la Iglesia de Cristo — el “Cuerpo”, la *Ecclesia*, cuyos miembros están inscritos en el cielo — sin tener que depender de una matrícula terrenal! Este bautismo verdadero es, por lo tanto, la puerta a la iglesia verdadera porque nadie puede ser admitido o matriculado como un miembro de la Iglesia, el cuerpo de Cristo, y que tengan sus nombres inscritos en el cielo como tales, excepto quien hubiera

* Vol. V, Cap. IX (en inglés).

tenido primero la experiencia del bautismo de su voluntad, de su corazón, a la *muerte con Cristo*, y así ser admitidos como miembros en su Iglesia, que es “lo que falta de las aflicciones de Cristo” (Col. 1:24) ¡Ah, sí! Estos creyentes, haciendo tal consagración, tal bautismo en la muerte con el Señor, todos ellos tienen que ser el “trigo” verdadero — ninguno de éstos es la “cizaña”. La puerta del agua tal se deje entrar a la vez a la “cizaña” y al “trigo” en la Iglesia; pero el bautismo a la muerte como una puerta, admitirá únicamente a la clase de trigo a la Iglesia verdadera, porque además a estos no les importa estar bajo condiciones adversas, a pesar de que hay algunos que pueden imitarlos con cierta medida, así como las “cizañas” son las imitaciones del “trigo”.

Desde este punto de vista, se observará que puede haber miembros de la Iglesia verdadera — bautizados en Cristo, al ser bautizados en su muerte — dentro de los Presbiterianos, Metodistas, Luteranos, Episcopistas, Congregacionalistas, Católicos Romanos, etc., así como también dentro de los Discípulos y Bautistas. Por otra parte, indudablemente la gran mayoría en todas las denominaciones (incluyendo a los Discípulos y Bautistas inmersos en agua) no tiene ni parte ni destino en el cuerpo de Cristo, la *Ecclesia* verdadera, a causa de no haber entrado por la *puerta verdadera* a la *iglesia verdadera*, porque el bautismo verdadero en “su muerte” es una proposición incontrovertible.

Habiendo colocado así todo el énfasis, como el Apóstol lo hace, sobre el bautismo verdadero, nosotros volvemos hacia el símbolo, el bautismo en agua, y primero, averiguamos, ¿Es éste el símbolo apropiado o necesario para los que ya tienen el bautismo verdadero? Segundo, si es así ¿cuál es el símbolo apropiado?

¿ES NECESARIO EL BAUTISMO SIMBÓLICO?

El testimonio del Señor y de los apóstoles indican claramente lo apropiado que es el bautismo simbólico o en agua, porque no únicamente ellos fueron bautizados en agua, sino que también

enseñaron el bautismo en agua con respecto a otros no únicamente a los judíos — sino también a los gentiles convertidos. Nosotros ya lo mostramos anteriormente que el bautismo de nuestro Señor Jesús fue separado y distinto al bautismo en Juan, que generalmente era únicamente para los judíos, y que no era para el arrepentimiento y para la remisión de pecados porque Juan comprendió la materia; y nuestro Señor, instituyendo el símbolo con su propia muerte, no intentó explicar lo que Juan y otros en ese tiempo no hubieran entendido, porque el Espíritu Santo aún no era dado, porque Jesús no había realizado aún su sacrificio por nuestros pecados, ni había sido glorificado para presentar el sacrificio por parte nuestra. Nosotros notamos la comisión dada por nuestro Señor a los apóstoles, y a nosotros mediante ellos, como está registrado en Mateo 28:19,20: “Por lo tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre [por la autoridad] del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Esta comisión se ha aplicado a toda la edad Evangélica y bajo la misma a todos los ministros de la Verdad que hoy laboran. El Señor no se refirió aquí al bautismo del Espíritu Pentecostés, porque en ese entonces no estaba en el poder de los apóstoles para bautizar. El Señor mismo, y él únicamente, tenía y mantuvo esta autoridad. Fue, sin embargo, otorgada a los apóstoles, y a todo los profesores fieles de la Palabra del Señor, para instruir a la gente con respecto a la gracia de Dios en Cristo — con respecto a su justificación, y con respecto a su santificación, consagración, o bautismo en la muerte con Cristo, si llegaran a ser participantes de su nueva naturaleza y de su gloria venidera. El bautismo incluye también al simbólico, o el bautismo en el agua, lo cual sería la señal exterior para dar a conocer, el fondo, o la consagración de corazón del creyente y manifestado a los demás, así como nuestro mismo Señor primero hizo su consagración del corazón al Padre, y luego lo simbolizó en agua.

Los inspirados apóstoles entendieron muy bien su comisión y la muestra es evidente por todas sus enseñanzas. Ellos primero enseñaron a la gente todo con respecto a la gracia de Dios en la obra de la redención, alentándolos para creer en la justificación a la

vida. Implorándoles que hicieran una consagración total de corazón, diciendo, “Así que *hermanos os ruego* [sin ser pecadores, pero justificados* mediante la fe en Cristo, y, aquí en adelante, designados miembros de “la familia de la fe” o hermanos], por las misericordias de Dios [que en parte ustedes ya recibieron en su justificación], que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo santo [justificados], agradables a Dios, que es vuestro verdadero culto”. (Rom. 12:1) Esta era la invitación para consagrar, o sacrificar o ser “*bautizados en su muerte.*” Muchos que escucharon la palabra con regocijo, con la condición apropiada de corazón, se bautizaron — no sólo fueron realmente bautizados en su voto de consagración, sino también simbólicamente fueron bautizados en agua, siendo este testimonio exterior.

Note los siguientes testimonios acerca del bautismo practicado por todos los apóstoles — no únicamente con los judíos, sino también con los gentiles. Nosotros leemos esto acerca de la gente de Samaria. “Más cuando creyeron a Felipe... se bautizaban, hombres y mujeres [no niños]” (Hechos 8:12). El eunuco etíope convertido por Felipe el predicador se bautizó también en agua (Hechos 8:35-38) después de que Pedro había predicado a Cornelio y su familia, “El Espíritu Santo cayó sobre todos los que *escuchaban* [apreciaban] el sermón [ningún niño, por lo tanto],... él les mandó a bautizar.” (Hechos 10:44-48) Nuevamente nosotros leemos, “Muchos de los corintios oyendo creían, y se bautizaban.” (Hechos 18:8) Nuevamente nosotros leemos, “Lidia, que vendía púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía... y cuando fue bautizada junto con su familia.” (Hechos 16:14,18) El carcelero Filipense, cuando él había creído, era bautizado por Pablo y Silas en la prisión. (Hechos 16:33) De nuevo, nosotros leemos “y también bauticé la familia de Estefanía.” (1 Cor. 1:16)

Es cierto, el Apóstol en este último caso menciona que a muy pocos él había bautizado, pero esto, indudablemente, fue por la

* tentativamente —*Edit.*

espina en su carne, su vista imperfecta; y a los pocos quien él bautizo probablemente recibieron este servicio por sus propias manos porque no había nadie que estuviera convenientemente disponible. Él le dio gracias a Dios por haber bautizado a muy pocos, pero esto no significa que él había cambiado su forma de parecer con respecto a lo apropiado del bautismo verdadero o de su símbolo; pero en vista de que una disputa había surgido en la Iglesia — con un espíritu disidente o de facción que conducía a algunos a decir, “Yo soy de Pablo, otros, yo soy de Apolo, y otros, yo soy de Pedro”, — el Apóstol estaba satisfecho el poder decir que él mismo había bautizado a muy pocos de ellos por temor a que algunos de ellos hubieran afirmado que él había hecho discípulos personales, bautizándolos en su nombre propio, en vez de hacer discípulos para Cristo, bautizándolos en el nombre de Cristo.

A la luz de estas declaraciones simples de las Escrituras con respecto a los preceptos y práctica del Señor y los apóstoles, sería audaz, quien declarase que el bautismo simbólico en el agua no era enseñado por las Escrituras; o que se enseñase que la aplicación era únicamente para los judíos; o que su propósito fue únicamente como una obra introductoria. Por el contrario, ambos han sido enseñados y practicados desde el principio de la edad al tiempo presente, si bien con ceremonias y formas diferentes, y sin más ni menos con una concepción incorrecta de su significado, confundiendo el símbolo y perdiendo de vista al bautismo verdadero. Es seguramente con una buena razón que toda la gente cristiana repita al bautismo en el agua como una institución divina. Si alguien todavía tiene la tendencia en controvertir esta pregunta, nosotros no tenemos nada que discutir con ellos, pero crean que si hay alguien honesto que ha cumplido en su corazón el bautismo verdadero de hacer la voluntad del Señor — y si para él mismo y para el mundo ha muerto, y vive hacia Dios, mediante Cristo Jesús nuestro Señor, Dios se lo revelará todo a su debido tiempo (Fil. 3:15)

Mientras tanto, nosotros nos regocijamos con los que han encontrado el bautismo verdadero, y que ahora son participantes:

los felicitamos sobre la verdad porque es mucho mejor ver y disfrutar el bautismo verdadero sin perder de vista al símbolo, que poder ver el símbolo y perder de vista al verdadero. Por lo tanto, sin importar cuánto favorecemos el bautismo simbólico, no podríamos basar en éste la fraternidad cristiana, sino únicamente en el bautismo verdadero a la muerte con Cristo. Todos, los que confiesan al Señor como su Redentor, y confiesan una consagración total de corazón y de vida a él, los aceptamos como hermanos en Cristo Jesús, miembros de la *Ecclesia*, cuyos nombre están inscritos en el cielo — la Nueva Creación en Cristo, que son por nacimiento judíos o gentiles, esclavos o libres, varones o hembras, bautizados con agua o bautizados sin agua.

Por otra parte, no se olviden que cada aumento de conocimiento trae no únicamente un mayor privilegio y regocijo, sino también un aumento de responsabilidad. Por lo tanto, cualquiera que pueda apreciar la belleza y la autoridad del símbolo en el agua, reconoce a la vez otra prueba con respecto a la *muerte* de su voluntad — respetando su bautismo verdadero en la muerte con su Señor. Ser desobediente al símbolo bajo estas circunstancias, se notará muy fácilmente, y significaría un alejamiento del sacrificio y un fracaso para asegurar su llamado y elección.

EL SÍMBOLO APROPIADO DEL BAUTISMO

Nosotros no intentamos una discusión de los diferentes puntos de vista a favor o en contra de la aspersion, derrame o la inmersión — para saber cuál era la forma apostólica original para aplicar el bautismo simbólico. Nosotros sugerimos, sin embargo, que ningún infante podría estar en la condición mental de corazón que le permitiría hacer una consagración o bautismo de su voluntad en la voluntad de Cristo, al grado de llegar a estar muerto con él, con uno mismo y el mundo. Nosotros insistiremos enfáticamente, que el bautismo simbólico *no se podría* efectuar con anterioridad al bautismo verdadero, con alguna validez; porque el propósito del bautismo simbólico es la expresión o confesión exterior de lo que

ya había transcurrido en nuestros corazones, con nuestras voluntades, y con el Señor, en secreto.

Estas cosas estando en lo cierto, implican que la gran mayoría de la gente cristiana nunca ha tenido un bautismo simbólico o en el agua el cual pueden recibirlo únicamente después de hacer inteligentemente su voto de consagración. La inmersión de los adultos con anterioridad *a la consagración* no sería más efectiva que un baño ordinario, o más que un bautismo simbólico o que la aspersión de un infante que no está consagrado. Es la responsabilidad de todos, por lo tanto, investigar seriamente cuál es el bautismo verdadero en agua, el símbolo verdadero, diseñado por nuestro Señor, obedeciendo inmediatamente, con todo el corazón consagrado, o “verdaderamente muerto.” Es la voluntad propia y en la opinión del mundo, estará sobre alerta para conocer y hacer la voluntad del Señor en esto y en todo lo relacionado a la fe. Esta vigilancia se implica en la expresión, “Así también vosotros consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor Nuestro”. (Rom. 6:11)

Supongamos que hubiera una total confusión sobre el tema de la forma del bautismo, y el testimonio con respecto al procedimiento por la Iglesia primitiva fuera tan confusa, que nosotros no tuviéramos nada en lo absoluto para orientarnos y determinar si la forma apostólica del bautismo en el agua fue por medio de la aspersión, derrame o en la inmersión, ahora nos encontramos en una posición donde, vemos claramente lo que constituye el bautismo verdadero; para nosotros si es posible ver claramente lo que o no constituye los símbolos o imágenes. Investigando detalladamente todas las formas practicadas, hay una sola, la que *representa* la muerte y la sepultura con Cristo. Nosotros hemos fallado en reconocer el símbolo de muerte para uno mismo, y para el mundo, y con Cristo, con muchas o pocas gotas de agua sobre la frente, o con un cubo lleno de agua sobre toda la persona. Si hay alguna semejanza simbólica de muerte en uno de estos símbolos nosotros no lo hemos percibido. Pero en lo que nosotros consideramos la inmersión, nosotros ahí vemos a primera vista una maravillosa, una llamativa, una notable

ilustración adecuada de todo lo que representa el bautismo verdadero a la muerte. No únicamente la palabra *baptizo* en griego significa inmersión, cobertura, sepultura, sino todo lo relacionado con el procedimiento y con la inmersión hacia el agua, de espaldas, en el nombre de Cristo es la representación más llamativa de una sepultura, adecuada en todo lo particular. El administrador del símbolo representa a nuestro Señor. Cuando el candidato va hacia él en el bautismo también en nuestros corazones vamos al Señor para el bautismo. Confesando que por nuestra voluntad para sí mismo y para el mundo, nos entregamos en las manos del Señor, pidiendo que acepte la voluntad para el acto, y pedimos que, al rendir nuestras voluntades, *él nos sepulte en su muerte* — que él ocasionará ciertas experiencias, disciplinas, condiciones y castigos, en la forma más adecuada para que se nos permita cumplir nuestro pacto de consagración. Cuando el candidato ha rendido su voluntad, el administrador suavemente lo va sumergiendo en el agua, y mientras él está de espaldas, incapacitado en el agua, proporciona una ilustración completa de nuestra incapacidad para ayudarnos mientras estamos en la muerte; y cuando el administrador de nuevo le levanta poniéndole de pie, nosotros vemos representado exactamente lo que nuestro Señor nos ha prometido, la resurrección de la muerte a su debido tiempo por su poder propio. No tenemos el propósito en limitar las conciencias de los que no están de acuerdo con nosotros; pero nos parece evidente y claro que el autor de este símbolo fue el Señor. ¿Quién más pudo haber creado un cuadro o un símbolo tan perfecto sobre esta materia?

El que ya ha ejecutado su bautismo verdadero, el que ya se ha entregado en las manos de Cristo para llegar a estar muerto con él, sepultado en la semejanza de su muerte, es el que ve la belleza de este cuadro simbólico, y es cuando, creemos nosotros, debemos sentir un deseo intenso propio para llevar a cabo su cumplimiento. El lenguaje de su corazón seguramente es, “¡Me agrada hacer tu voluntad, oh Dios mío!”

¿Qué ventajas se acumularán por la obediencia a este símbolo? Nosotros contestamos que no se acumula ninguna ventaja sobre el cumplimiento de una de las partes de nuestro voto de consagración,

pero será para nuestro beneficio antes que nada, cumplir con todos los requisitos — todo, incluyendo la rendición total de nuestras voluntades en la voluntad del Señor, y con el propósito total de caminar en sus pasos. Pero mientras todo el beneficio no se realizara sino hasta llegar a la meta final, en la Primera Resurrección, y su Gloria, Honra e Inmortalidad, sin embargo, hay cierto beneficio que debemos de disfrutar ahora. La paz mental, la paz del corazón, el hecho que, así como con nuestro Señor, nosotros también tenemos el propósito en — “cumplir con todo lo justo” — y es eso lo que contribuye a tener la paz de Dios que corre como un río, regularmente, constantemente y enérgicamente, mediante las vidas de los que son suyos — la paz de Dios que sobrepasa todo el entendimiento, de nuestros corazones.

El testimonio del Apóstol es, que hay “Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos.” (Ef. 4:4-6) continúa que como hay un solo bautismo apropiado también hay un solo símbolo apropiado; y la gente Cristiana en general está de acuerdo que la inmersión en el agua es la que más le corresponde al lenguaje Bíblico. Como ilustraciones de este acuerdo, anoten lo siguientes comentarios de las personas que a pesar de haber sido bautizadas en la muerte de Cristo, estaban tan confusas que no sabían como identificar el símbolo en agua, y llegaron a la conclusión de que éste no era importante.

ALGUNOS TESTIMONIOS SOBRE EL BAUTISMO

Juan Calvino, Reformador, dice: “La palabra misma *baptizo* significa sumergirse. Es muy seguro que la inmersión era practicada por la iglesia primitiva.” (*Instituciones*, Lib. IV, Cap. XV, par. 19)

Dr. Macknight, Presbiteriano: “En el bautismo la persona bautizada está sepultada debajo del agua”. “Cristo se entregó para ser bautizado; esto es, estar sepultado debajo del agua.”

Dr. Felipe Schaff, Presbiteriano: “La inmersión, y no la aspersión, fue indudablemente la forma normal original. Esto lo

demuestra el verdadero significado de las palabras griegas *baptizo*, *baptista*, *bautismos*.” *Historia de la Iglesia Apostólica*, página 568

En una publicación posterior — en 1885 — él escribe más acerca de estas “comparaciones,” y todos “están a favor de la inmersión, en lugar de la aspersión, así como lo es totalmente aceptado por los mejores catedráticos, católicos, protestantes, ingleses y alemanes.” *Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles*, páginas 55, 56

Martín Lutero, Reformador: “Bautismo es una palabra griega y puede ser traducida como (Inmersión).” “A los que van a ser bautizados, yo los voy a sumergir en agua.” *Las Obras de Lutero*. Vol. 1, página 336.

Juan Wesley, fundador del Metodismo: “Sepultados con él por el bautismo al referirse al método antiguo de la inmersión.”

Wall, Episcopalista: “La inmersión fue con toda probabilidad el único camino para nuestro santificado salvador, y seguramente fue la forma más común y ordinaria para la cual los cristianos antiguos recibieron su bautismo”. *Historia del Bautismo Infantil*, Vol. 1, página 571, Oxford. 1862.

Dean Stanley, Episcopalista: “Por los primeros trece siglos la forma mas universal practicada — del bautismo — es la cual nosotros leemos en el Nuevo Testamento, y la cual representa el verdadero significado de la palabra ‘Baptizo’, comparado a los que fueron bautizados siendo lanzados, sumergidos, inmersos en el agua.” *Instituciones Cristianas*, página 17.

Brenner, Católico Romano: “Por mil trescientos años el bautismo fue general y regularmente la inmersión de la persona por debajo del agua.” *Exhibición Histórica de la Administración del Bautismo*, página 306.

“La persona completa es inmersa en el agua.”, *Enciclopedia de Kitto*

“Bautismo, es, sumergir, o inmersión.” *Enciclopedia Americana*

“El bautismo fue administrado originalmente por la inmersión.” *Enciclopedia de Brande*

“El bautismo significa inmersión.”, *Diccionario de la Biblia Smith*

“Bautizo, estar en o bajo el agua.” *Léxico Griego de Liddell y Scott*

“Inmerso, hundirse.” *Léxico Griego de Robinson*

“Inmerso, sumergirse, hundirse.” *Léxico de Greenfield*

¿QUIÉN PUEDE ADMINISTRAR EL BAUTISMO EN EL AGUA?

Como todos los consagrados, los que han sido bautizados en la muerte de Cristo, constituyen el Sacerdocio Real, “y miembros del cuerpo ungido del Señor”, es natural que no únicamente están comisionados por Mateo 28:19 para enseñarle a la gente, y así conducirlos al bautismo, o la sepultura de sus voluntades en el Señor, sino también son comisionados igualmente para realizar el símbolo de esta consagración, el bautismo en agua. Y, además si no está al alcance conveniente ninguna persona consagrada para el servicio del símbolo, nosotros no tenemos ninguna objeción concreta en contra de su ejecución por un creyente que no está consagrado, o tal vez por una persona del mundo, un incrédulo; porque el contrato verdadero está entre el Señor y el individuo que se está consagrando; y como el bautismo en el agua no es el verdadero, sino únicamente un símbolo, el administrador no es el Señor, simplemente un hombre, ya sea un hombre bueno o malo, él actuaría simplemente como un representante para la conveniencia y el servicio del que ha recibido la inmersión. No obstante, hay un orden y aptitud general que es bueno observar en éste como en todas las cosas relacionadas a la *Ecclesia*; esto indicaría que las personas más indicadas para este servicio serían los ancianos elegidos.

LA FORMA DE EXPRESIÓN

Ninguna forma de expresión en particular para este servicio está ante nosotros establecida en las Escrituras, y todos pueden

observar fácilmente que las palabras son de segunda importancia — que el bautismo podría ser igualmente válido si no se usara ni una sola palabra; porque como fue mencionado anteriormente, el contrato verdadero está entre quien ha sido bautizado y el Señor, y el *acto* del bautismo en el agua es la confesión externa. No está, por lo tanto, basado en las creencias y opiniones del administrador, pero sí está basado en el pensamiento y la intención de corazón del que ha sido simbólicamente bautizado. No obstante, basando nuestro juicio sobre las palabras del Señor, en Mateo 28:19, y en las palabras del Apóstol, en Romanos 6:3, nosotros recomendamos una forma simple y pura de palabras para esta ocasión:

“Hermano Juan [u otro nombre cristiano], en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por ésta autoridad, yo te bautizo en Cristo.”

LA REPETICIÓN DEL SÍMBOLO

Porque desde hace mucho tiempo se perdió el significado verdadero del bautismo, nosotros hemos recibido muchas preguntas de los que ya han sido inmersos en agua, son relacionadas a la validez de su bautismo en el agua, y si sería apropiado repetir el símbolo. Nuestra respuesta es que el símbolo no necesita repetirse; porque no tiene ningún significado, o más virtud, que cualquier otro baño o inmersión en el agua, al menos que sea *precedido* por la consagración total a la muerte, y eso cada uno debe de decidirlo basado en la obediencia de este testimonio, si el conocimiento sobre el tema estaba deficiente, no sería necesario repetirlo — si es que el bautismo en agua se aplicó después de la consagración, o bautismo a la muerte.

EL BAUTISMO PARA LOS MUERTOS

“¿Qué harán los que se bautizan por los muertos, si de ninguna manera los muertos resucitan?” —1 Cor. 15:29

Una equivocación del significado de las palabras anteriores por el apóstol condujo, durante la “Edad de las Tinieblas”, a un

bautismo de sustitución: Gente cristiana, cuyos amigos habían muerto sin haber sido bautizados, se bautizaban por estos muertos en una forma representativa. Los puntos de vista correctos de lo que constituye el bautismo verdadero, nos muestran rápidamente la inconsistencia de este procedimiento. Una persona no puede de ninguna forma consagrarse, o querer transferir su vida natural o su vida espiritual por otra persona. El mal entendimiento de las palabras del Apóstol, sin embargo, ha conducido a la confusión en las mentes de muchas personas que no pueden reconocer qué grande era la apostasía que tuvo lugar poco después de la muerte de los apóstoles, y qué absurdo e irrazonables eran muchas de las teorías y costumbres presentadas en ese entonces.

El tópico del Apóstol era la resurrección de los muertos, y él aquí mantenía y elaboraba esta doctrina. Evidentemente se efectuaron varios movimientos en contra de la fe de la Iglesia en Corinto, con respecto a la resurrección de los muertos. Como parte de su argumento, en el versículo bajo consideración, él llamó la atención a la Iglesia con el hecho que todos ellos habían sido bautizados, y que su bautismo significó o simbolizó la muerte, como nosotros lo hemos examinado. Él entonces, para demostrarles la inconsistencia de la posición nueva, les pregunta que adonde estaría la sabiduría o el valor de tal consagración a la muerte, como su bautismo lo había sugerido, si fuera verdad la teoría nueva de que los muertos no resucitarían. Ellos se habían consagrado para ser miembros, para morir uno con el otro, en la fraternidad con Cristo, y así estar muertos con él, como miembros de su cuerpo, miembros del gran sacrificio de la Expiación *en nombre del mundo muerto*, porque sus esperanzas estaban en la resurrección prometida.

El argumento del Apóstol es que la posición cristiana en conjunto se mantiene firme o se cae si no hay resurrección de los muertos, entonces los que han caído dormidos en Cristo se han perdido, así como el resto del mundo; y si así fuese el caso, que no hubiera una futura esperanza para la Iglesia, o para el mundo mediante la Iglesia, ¿por qué deberíamos consagrar nuestras vidas a la muerte? Nosotros estamos bautizados a la muerte con Cristo,

La Nueva Creación

bautizados por los muertos, con el propósito de que estemos asociados con él como el donador de la vida al mundo — la Simiente de Abrahán.

Estudio XI

LA PASCUA DE LA NUEVA CREACIÓN

BAJO EL YUGO DE EGIPTO Y LA LIBERACIÓN, EN TIPO Y ANTITIPO — “LA CONGREGACIÓN DE LOS PRIMOGÉNITOS, QUE ESTÁN INSCRITOS EN LOS CIELOS” — NOSOTROS, CON SER MUCHOS, SOMOS UN SOLO CUERPO” — LA CONMEMORACIÓN AÚN APROPIADA — QUIÉNES PUEDEN CELEBRAR — QUIÉNES PUEDEN OFICIAR — UNA ORDEN DE SERVICIO — LA PASCUA: EASTER-PASSOVER, EXTRACTOS DE LA ENCICLOPEDIA DE MCCLINTOCK Y STRONG.

“Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.” (1 Corintios 5:7,8)

LA PASCUA era una de las experiencias más notables del Israel típico. La Fiesta de la Pascua, que se celebraba cada año durante siete días, empezaba en el decimoquinto día del primer mes. De manera general, celebraba la liberación del pueblo de Israel del cautiverio en Egipto, pero particularmente la liberación del sufrimiento, o el perdón de la vida, del primogénito de esa nación durante la plaga de muerte que azotó a los egipcios, y que, como la última de las plagas, finalmente los obligó a liberar a los israelitas de su forzada servidumbre. El perdón de la vida del primogénito de Israel se convirtió en el precursor de la liberación de toda la nación de Israel y de su paso a salvo por el Mar Rojo hacia la libertad del cautiverio en Egipto. Podemos darnos cuenta fácilmente que un suceso tan solemne sería conmemorado adecuadamente por los israelitas, identificándolo estrechamente con el nacimiento de su nación; y así lo celebran los judíos hasta hoy en día. Los miembros de la Nueva Creación están interesados en aquellos sucesos del mismo modo que están interesados en todas las actividades y planes de su Padre Celestial con respecto a su pueblo típico, Israel carnal, y con respecto a la humanidad entera. Pero la Nueva Creación tiene un interés aún más profundo

en aquellos asuntos que ocurrieron en Egipto, en vista de que el Señor les ha revelado el “misterio” de que aquellas cosas que le ocurrieron al Israel natural tuvieron la intención de tipificar y anunciar aun cosas más grandes en el Plan Divino concerniente al Israel Espiritual antitípico, la Nueva Creación.

Haciendo referencia a estos asuntos espirituales, el Apóstol declara que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente. Pero Dios nos la reveló a nosotros (la Nueva Creación) por el Espíritu.” (1 Corintios 2:14,10). Dios usó a los apóstoles como sus portavoces para darnos pistas certeras mediante las cuales, con la guía de su Espíritu, podamos comprender los profundos asuntos de Dios. Una de estas pistas se encuentra en el texto que encabeza este capítulo. Después de la explicación del Apóstol, vemos claramente que Israel, de acuerdo con la carne, caracterizaba a todo el pueblo de Dios, todos aquellos que en última instancia se convertirán en su pueblo hasta el fin de la edad Milenaria; que los egipcios representaban a los oponentes del pueblo de Dios, el Faraón su gobernante que representaba a Satanás, el príncipe del mal y la oscuridad; y los sirvientes y jinetes del Faraón que representaban a los ángeles caídos y a los hombres que se han asociado o que se asociarán con Satanás como los oponentes al Señor y de su pueblo, la Nueva Creación y en general la familia de la fe. Como el pueblo de Israel deseaba su liberación y estaban agobiados por sus opresores, eran débiles e incapaces de liberarse por sí mismos, y no se habrían liberado del yugo de Egipto si no hubiese sido por la intervención del Señor en su favor, y el nombramiento y envío de Moisés para que sea su liberador, de modo que nosotros vemos a la humanidad, en la actualidad y a lo largo del pasado, gimiendo y sufriendo tribulaciones bajo las amenazas del “príncipe de este mundo” y sus subalternos, el Pecado y la Muerte. Estos cientos de millones de seres humanos ansían su libertad del cautiverio de sus propios pecados y debilidades, así como también su liberación de las penalidades de éstos, el dolor y la muerte. Pero sin la ayuda divina, la humanidad es impotente. Unos cuantos realizan una

pujante lucha y logran algo, pero ninguno logra liberarse totalmente. Toda la raza de Adán está en cautiverio con el pecado y la muerte, y su única esperanza está en Dios y en el Moisés antitípico, a quien él ha prometido que liberará a su pueblo a su debido tiempo, llevándolos a través del Mar Rojo, que representa la Segunda Muerte en la que Satanás y todos quienes se afilian o simpatizan con él y con su camino del mal serán eternamente destruidos, como fue tipificado en el aplastamiento del Faraón y sus huestes en el Mar Rojo literal. Pero el pueblo del Señor “no sufrirá la Segunda Muerte”.

Lo anterior es la representación general, pero dentro de este cuadro existe una representación particular, que no está relacionada a la humanidad en general y a su liberación del cautiverio del pecado y la muerte, sino solamente a una clase especial entre ellos, los primogénitos. En correspondencia con estos como su antitipo, hemos puesto nuestra atención por medio de la palabra inspirada “la Congregación de los primogénitos, que están inscritos en los cielos”, la Nueva Creación. En el tipo, los primogénitos ocuparon un lugar especial, ellos fueron los herederos, un lugar especial también en el que ellos estuvieron sujetos a una prueba especial o padecimiento antes de sus hermanos. Ellos estaban sujetos a la muerte antes del éxodo general, y cuando se produjo el éxodo estos primogénitos tuvieron un lugar especial, un trabajo especial por hacer en relación con la liberación general, porque ellos se convirtieron en una clase separada, representada por la tribu de Leví. Fueron separados de sus hermanos, renunciando a toda su herencia en la tierra. Y, de acuerdo a la disposición divina, ellos serían los maestros de sus hermanos.

Esta tribu o casa de Leví representa claramente la familia de la fe, que está representada a su vez por el Sacerdocio Real preparatorio, que renuncia a su herencia de cosas terrenales en favor de sus hermanos, y realmente constituirán dentro de poco el Sacerdocio Real, cuyo Sacerdote Principal es el Señor, y que bendecirá, reinará e instruirá al mundo durante la Edad Milenaria. Como los primogénitos de Israel en Egipto estuvieron sujetos a la

muerte, pero fueron liberados, escaparon de ésta y perdiendo su herencia terrenal se convirtieron en un sacerdocio, de ese mismo modo la Iglesia antitípica de primogénitos en la actualidad está sujeta a una Segunda Muerte, teniendo su prueba por una vida eterna o muerte eterna antes del resto de la humanidad, y pasa de la muerte a la vida mediante el mérito de la muerte-sangre del Redentor.

Al convertirse en partícipes de la gracia del Señor, ellos se sacrifican con él o renuncian a la herencia terrenal, la parte terrenal, la vida terrenal, ya que ellos pueden alcanzar en el cielo “vida más abundante”. Así, mientras la Iglesia de los primogénitos, la Nueva Creación, “toda muere como los hombres”, y con respecto a las cosas terrenales, es más propensa a perderlas y a renunciar a ellas que los demás; sin embargo, aunque el hombre natural no lo comprende, éstos son liberados o rescatados de la muerte y, como el Sacerdocio Real, serán partícipes, con su Sacerdote Principal, Jesús, de la gloria, honra e inmortalidad. Estos, cuya liberación ocurre durante la noche de la Edad Evangélica, antes de que amanezca el día Milenario y salga su Sol de Rectitud, deberán ser los líderes de las huestes del Señor, para liberarlos del cautiverio del Pecado y de Satanás. Tengan en cuenta cómo esto concuerda con el lenguaje del Apóstol (Romanos 8:22, 19) “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”, esperando la completa liberación de la Iglesia de los primogénitos en la Primera Resurrección, hacia la gloria, honra e inmortalidad.

Pero ahora es importante otro aspecto del tipo. Para efectuar la liberación de los primogénitos y la consecuente liberación de todo el pueblo del Señor en el tipo, fue necesario que el cordero de la Pascua debiera ser sacrificado, que su sangre sea derramada sobre los marcos de las puertas y sobre los dinteles de la casa, que su carne sea comida esa noche con hierbas amargas y con pan sin levadura. De esa manera cada casa de Israel representó la familia de la fe, y cada cordero representó el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y el primogénito de cada familia representó el

Cristo, Cabeza y Cuerpo, la Nueva Creación. Las hierbas amargas representaron las pruebas y aflicciones de estos tiempos, que, aun más, sirven para estimular el apetito de la familia de la fe hacia el Cordero y el pan sin levadura. Más aun, como cada casa debía comer con el bastón en la mano y preparado para un viaje, representaba que el primogénito antitípico y la familia de la fe, que debían de esa manera participar del Cordero durante la noche de esta edad Evangélica, serían los peregrinos y forasteros en el mundo, quienes se darían cuenta del cautiverio del pecado y de la muerte, y estarían deseosos de ser guiados por el Señor para ser liberados del pecado y de la corrupción, hacia la libertad de los hijos de Dios.

La Commemoración de nuestro Señor

En armonía con este tipo de sacrificio del cordero de Pascua en el 14° día del primer mes, el día anterior a la Fiesta de Pascua de siete días que era celebrada por los judíos, fue que nuestro Señor murió como el Cordero de Pascua antitípico, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. En ningún otro tiempo fue posible que nuestro Señor cumpliera en muerte el sacrificio que él empezó cuando tenía treinta años de edad, en su bautismo hasta la muerte. De aquí que sucedió que, aunque los judíos buscaron muchas veces detenerlo, ningún hombre puso sus manos sobre él, porque “aún no había llegado su hora.” (Juan 7:8,30).

A medida que los judíos recibieron la orden de seleccionar el cordero del sacrificio en el décimo día del primer mes y de recibirlo dentro de sus casas en esa fecha, el señor se ofreció apropiadamente a ellos en esa fecha, cuando cinco días antes de la Pascua, él ingresó a la ciudad sobre un asno, la multitud gritó “¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! A lo suyo vino, y los suyos (como una nación) no lo recibieron. Mas a todos los que le recibieron (individualmente) a los que creen en su nombre les dio *potestad de ser hechos* hijos de Dios”. La nación, por medio de sus representantes, los gobernantes, en vez de recibirlo, lo rechazaron

y de esa manera ellos mismos se identificaron en ese entonces con el Adversario. No obstante, por la gracia de Dios la sangre del Nuevo Pacto también es efectiva para la casa de Jacob, y para todo aquel que desee estar en armonía con Dios, y ellos serían partícipes de los méritos del Cordero, aunque rechazaron comer del Cordero antitípico, perdieron la oportunidad de convertirse en una nación: los primogénitos, el Sacerdocio Real, la nación santa, el pueblo del Mesías, perdiendo la oportunidad de ser *liberados* y de convertirse en miembros de la Nueva Creación, con vida más abundante en gloria, honra e inmortalidad; pero estamos gustosos de leer en otra parte de las Escrituras que, sin embargo, ellos tendrán una gloriosa oportunidad de aceptar al Cordero de Dios, de saborear, apropiadamente, de su carne, su sacrificio y así escapar del cautiverio del pecado y de la muerte, bajo el liderazgo del Señor y de sus fieles hermanos, el Israel espiritual, la Iglesia antitípica de los Primogénitos. Romanos 11:11-26.

Fue al término del ministerio de nuestro Señor, en el 14° día del primer mes, en “la *misma noche* en la que él fue traicionado”, y en el *mismo día*, que él murió como el Cordero antitípico. Nuestro Señor celebraba con sus discípulos la Pascua típica de los judíos, comiendo con sus doce apóstoles el cordero típico que él mismo representó, su propio sacrificio por los pecados del mundo y de la “misma carne”, en virtud de la cual sólo se obtienen la vida, las libertades y las bendiciones de los hijos de Dios. La celebración de esta cena en la noche anterior a la muerte de nuestro Señor, y aun el mismo día, fue posible debido a la costumbre judía que empezaba cada día, no a medianoche, sino a la puesta del sol. Evidentemente el Señor dispuso todos los asuntos de Israel de conformidad con los tipos que ellos debían cumplir.

Al igual que los judíos “nacidos bajo la Ley”, era obligatorio para nuestro Señor y sus apóstoles que celebraran este tipo, y fue después de que ellos observaran la Cena judía, comiendo el cordero con el pan sin levadura y las hierbas, y, como era la costumbre, “el fruto de la vid”. Nuestro Señor, tomando el pan sin levadura y el fruto de la vid que conmemoraba la Cena judía, el tipo, instituyó entre sus discípulos y para toda su Iglesia, a quienes

ellos representaban (Juan 17:20), un nuevo objetivo, que con ellos, como el Israel espiritual, la Iglesia de los Primogénitos, la Nueva Creación, debería tomar el lugar, y *reemplazar* a la Cena de la Pascua judía. Nuestro Señor no estuvo instituyendo otro *tipo* superior de Pascua. Por el contrario, iba a empezar su cumplimiento, y por lo tanto, no sería ya apropiado para sus discípulos que aceptaron el cumplimiento. Nuestro Señor, como el Cordero antitípico, iba a ser sacrificado, como lo expresa el Apóstol en el texto que inicia este capítulo: “porque nuestra Pascua (nuestro Cordero de Pascua), que es Cristo, ya fue sacrificado por nosotros”.

Nadie que acepte a Cristo como el Cordero de Pascua, y de ese modo que acepte el antitipo en lugar del tipo, podría jamás, con propiedad, preparar un cordero típico y comérselo en conmemoración de la liberación típica. A partir de entonces lo apropiado para todos los creyentes en Jesús, como el verdadero Cordero de Pascua, sería el derramamiento de su sangre en los marcos de la puerta del corazón: “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificado los corazones de mala conciencia, dándose cuenta que por sus pecados fue derramada su sangre, y que a través de su sangre ellos tienen ahora el perdón de sus pecados”. Estos, de ahora en adelante, deben comer, o detentar para ellos mismos, los méritos de su Redentor, los méritos del hombre Cristo Jesús que se dio a sí mismo en rescate por todos. Mediante la fe, deben participar de esos méritos y darse cuenta que, como sus pecados fueron cargados sobre el Señor y él murió por ellos, de ese modo sus méritos y su rectitud les son impuestos. Estas cosas ellos las comen o las detentan mediante la fe.

Si en ese entonces, la Cena de nuestro Señor reemplazó a la Cena de Pascua, aunque no como un tipo superior, habiendo comenzado el antitipo, ¿qué fue eso? Nosotros respondemos que fue una *Conmemoración* del antitipo, un recordatorio para sus seguidores del comienzo del cumplimiento de la Pascua antitípica.

Así el aceptar el Cordero, y de ese modo el conmemorar su muerte, significa la expectativa relacionada con la liberación

prometida del pueblo de Dios, y por ello significa que aquellos que aprecian y conmemoran inteligentemente, mientras están en el mundo, no serán del mundo, pero serán como peregrinos y como forasteros, quienes buscan condiciones más deseables, libres de las plagas, de las penurias y del cautiverio de los tiempos actuales del reino del Pecado y de la muerte. Estos participan de la verdad, del pan sin levadura antitípico: ellos buscan tenerlo en su pureza, sin la corrupción (levadura) de la teoría humana, plagas, ambiciones, egoísmos, etc.; así ellos pueden ser fuertes en el Señor y en el poder de sus fuerzas. Participan también de las hierbas amargas de la persecución, de acuerdo con la palabra del Maestro, que el siervo no es superior que su Señor, y que si el Señor mismo fue injuriado y perseguido y rechazado, ellos deben esperar tratamiento similar, porque el mundo no los conoció, así como no lo conoció a su Señor. Sin duda, su testimonio es que los que buscan la aprobación del mundo no serán aceptados por él. Sus palabras son, “bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.” (Mateo 5:11,12; 2 Timoteo 3:12).

Cuando nuestro Señor instituyó la Cena Conmemorativa, llamada la Última Cena, estableció un nuevo símbolo, edificado sobre el tipo de la Pascua antigua y relacionado con ésta, aunque no parte de ésta, siendo una conmemoración del antitipo. A medida que leemos, “y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y le dio diciendo: esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí”. La evidente intención de nuestro Señor fue fijar en la mente de sus seguidores el hecho de que él es el Cordero antitípico para los primogénitos antitípicos y para la familia de la fe. La expresión “*Haced esto en memoria de mí*”, implica que esta nueva institución debería reemplazar a la anterior en sus seguidores, y que en adelante debe convertirse en obsoleta a causa del cumplimiento la Pascua judía. “Asimismo, tomó también la

copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”, la sangre del pacto, la sangre que sella el Nuevo Pacto. “Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí”. No comprenderíamos que esto implica la realización de lo mismo sin tener en cuenta la hora ni el lugar, etc., sino con la significación de que cuando esta copa y este pan sin levadura fueron usados desde ese entonces como una celebración de la Pascua, en cada ocasión se debería considerar como una celebración, no del tipo sino del antitipo. Como no habría sido legal, adecuada o típica la celebración de la Pascua en *cualquier otro momento distinto* al que determinó el Señor, de la misma manera aun no es apropiado celebrar el antitipo en cualquier otro momento distinto al de su aniversario. 1 Corintios 11:23-25.

El Apóstol añade: “Así, pues, todas las veces que comiereis *este pan* y bebiereis *esta copa*, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.” (1 Corintios 11:26). Esto nos muestra que los discípulos comprendieron claramente que desde ese entonces la *celebración anual* de la Pascua del Señor debe tener un nuevo significado para todos los seguidores del Señor: el pan partido que representa la carne del Señor, la copa que representa su sangre. Sin embargo, esta nueva institución no se impuso sobre sus seguidores como una ley, y aunque no se impusieron penalidades debido a la falta de un cumplimiento apropiado, no obstante, el Señor sabía bien que todos aquellos que confiaran en él y que lo apreciaran como el Cordero antitípico de Pascua estarían gustosos de hacer suya la Conmemoración que él ordenó de esa manera. Y aun es así. La fe en el rescate continúa hasta el punto de ser ilustrada en esta simple conmemoración: “hasta que él venga”, no solamente hasta la *parousia* o presencia de nuestro Señor en la cosecha o fin de esta era, sino que durante su *parousia* hasta que uno tras otro sus fieles se hayan reunido con él, más allá del “Velo”, allí para participar en un grado aun más pleno, y como lo declaró nuestro Señor, participar de éste “nuevamente en el Reino”.

“Nosotros, con ser muchos, somos un solo cuerpo”

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros con ser muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.” (1 Corintios 10:16,17).

El Apóstol, bajo la guía del Espíritu Santo, establece aquí ante nosotros un pensamiento adicional con relación a esta Conmemoración instituida por nuestro Señor. Él no niega, sino que afirma que fundamentalmente el pan representa el cuerpo partido de nuestro Señor, sacrificado a favor nuestro; y que la copa representa su sangre que sella nuestro perdón. Pero ahora además, él demuestra que nosotros, como miembros de la *Ecclesia*, miembros del cuerpo de Cristo, los futuros Primogénitos, la Nueva Creación, nos convertimos en partícipes con nuestro Señor, en su muerte, copartícipes en su sacrificio, y como él lo estableció en otro momento, es una parte de nuestro pacto “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.” (Colosenses 1:24). El pensamiento aquí es el mismo que lo expresado por las palabras: “Nosotros somos bautizados en *su muerte*”. Así mientras la carne de nuestro Señor fue el pan partido por el mundo, los creyentes de esta edad Evangélica, los fieles, los elegidos, la Nueva Creación, son tomados en cuenta como partes de un solo pan, “miembros del cuerpo de Cristo”; y por lo tanto, en el partimiento del pan, después de reconocerlo como el sacrificio de nuestro Señor a favor nuestro, debemos reconocerlo además como el partimiento o sacrificio de toda la Iglesia, de todos aquellos que están consagrados a morir con él, a ser partidos con él, a compartir sus sufrimientos.

Este es el pensamiento exacto que está contenido en la palabra “comunión”, unión común o participación común. De ahí que con cada *celebración anual* de esta Conmemoración no solamente reconocemos que la fundación de todos nuestros pensamientos se basan en el sacrificio del amado Redentor por nuestros pecados, sino que revivimos y renovamos nuestra propia consagración para “morir con él, que también podemos vivir con

él”, para “sufrir con él, que podemos también reinar con él”. ¡Cuán grandiosamente amplio es el significado de esta celebración divinamente instituida! No estamos colocando los símbolos en lugar de la realidad, con seguridad nada podría estar más allá de la intención de nuestro Señor, ni más allá de la comprensión de nuestra parte. La comunión del corazón con él, la alimentación del corazón en él, la comunión del corazón con los miembros compañeros del cuerpo, y la comprensión del corazón del significado de nuestro pacto de sacrificio, es la comunión real, que, si somos fieles, realizaremos día a día a lo largo del año, siendo partido diariamente con nuestro Señor, y alimentándonos continuamente de su mérito, creciendo en fortaleza en el Señor y en la fuerza de su poder. ¡Qué bendición recibimos con la celebración de esta Conmemoración! ¡Qué ardor en el corazón por una mayor apreciación y crecimiento en gracia y conocimiento, y por una mayor participación en los privilegios del servicio para los que hemos sido llamados, no solamente en relación al presente sino también en relación al futuro!

Se debería tener en cuenta que el Apóstol incluye la copa por la que nosotros alabamos a Dios. “¿No es la comunión [unión común o participación común] de la sangre de Cristo?”. ¡Oh, qué pensamiento, que el verdaderamente consagrado “rebaño pequeño” fiel de la Nueva Creación a través de esta edad Evangélica, ha sido Cristo en la carne, y que el sufrimiento y tribulaciones y oprobio y muerte de estos a quienes el Señor ha aceptado y reconocido como “miembros de su cuerpo” en la carne, son todos considerados como partes de su sacrificio, porque son asociados con él y bajo él que es nuestra Cabeza, nuestro Sacerdote Principal! ¿Quién que comprenda la situación, quién que aprecie la invitación de Dios para ser miembro de su *Ecclesia*, y la consecuente participación en el sacrificio de la muerte ahora, y en el trabajo glorioso del futuro, no se regocija de ser tomado en cuenta como digno de sufrir reproches en nombre de Cristo, y para dedicar su vida en el servicio de la Verdad, como miembros de su carne y de sus huesos? ¿Qué importa a estos que el mundo no nos conozca, así como no lo conoció? (1 Juan 3:1) ¿Qué importa a estos, aunque ellos deberían

sufrir la pérdida de la más exquisitas ventajas terrenales, si ellos como el cuerpo de Cristo no pueden sino ser considerados dignos de una participación con el Redentor en sus futuras glorias?

A medida que éstos crecen en gracia y conocimiento y fervor, cada uno de ellos es capaz de sopesar y juzgar la materia desde el punto de vista del Apóstol, cuando dijo: “Y ciertamente aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Filipenses 3:8; Romanos 8:18).

Otro pensamiento está en relación con el amor mutuo, la simpatía y el interés que debería prevalecer entre todos los miembros de este “cuerpo único” del Señor. A medida que el Espíritu del Señor recae más y más para dirigir nuestros corazones, esto nos hará regocijar en toda ocasión para hacer el bien a todos los hombres mientras tengamos la oportunidad, pero especialmente a la familia de la fe. A medida que nuestro amor crece por la humanidad entera, este amor debe crecer especialmente hacia el Señor, y consecuentemente, de manera especial también hacia aquellos que él reconoce, quienes tienen su espíritu y que están buscando seguir sus mismos pasos. El Apóstol indica que la magnitud de nuestro amor por el Señor será indicada mediante nuestro amor por nuestros hermanos, los miembros compañeros de su cuerpo. Si nuestro amor debe ser tal que soporte todas las cosas y resista todas las cosas en relación con los demás, ¡cuánto más esto será cierto con respecto a estos miembros compañeros del mismo cuerpo, que están unidos tan estrechamente a nosotros a través de nuestra Cabeza! No sorprende que el Apóstol Juan declare que una de las prominentes evidencias de nuestro paso de la muerte a la vida es que amamos a nuestros hermanos (1 Juan 3:14). Ciertamente, recordamos que al hablar de cómo colmamos la magnitud de las aflicciones de Cristo, el Apóstol Pablo añade: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi

carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.” (Colosenses 1:24).

El mismo pensamiento está nuevamente presente en las palabras: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.” (1 Juan 3:16). ¡Qué tal hermandad es la que, de esa manera, esto implica! ¿De qué otra manera podríamos nosotros encontrar semejante amor hacia los hermanos que renunciando a la vida misma a favor de ellos? Estamos ahora hablando de cómo el Señor puede estar gustoso de aplicar el sacrificio de la Iglesia, representado por “el macho cabrío para Jehová” como parte de los sacrificios del Día de la Expiación.* Nosotros simplemente, con el Apóstol, notamos el hecho que, hasta donde nos concierne, el sacrificio, la renunciación a la vida, se debe hacer principalmente por los hermanos, en su servicio; el servicio hacia el mundo corresponde principalmente a la edad que está por llegar, el Milenio. Bajo las condiciones actuales, nuestro tiempo, talentos e influencia y medios son más o menos gravados a los demás (la esposa o hijos o los padres ancianos u otros que dependan de nosotros), y estamos obligados también a la provisión de las “cosas necesarias”, “decentes” y “honestas ante todos los hombres” como nuestra responsabilidad. De aquí que encontramos comparativamente poco lo que queda a nuestra disposición para el sacrificio, para entregarse por los hermanos, y este poco, el mundo y la carne y el mal están continuamente intentando reclamarnos, y desviarnos del sacrificio al cual nos hemos consagrado.

En estos tiempos en los que prevalece el mal, la elección de la Iglesia por parte del Señor es para intentar que las circunstancias del entorno puedan poner a prueba la magnitud del amor y la lealtad de cada uno hacia él y lo suyo. Si nuestro amor fuera indiferente, los reclamos del mundo, la carne y el Adversario serán demasiado para nosotros, y atraerán nuestro tiempo, nuestra influencia, nuestro dinero. Por otro lado, en esa misma proporción tendremos el placer de sacrificarlos para él, no solamente para dar

* Sombras del Tabernáculo de los Mejores Sacrificios, p. 45.

nuestro excedente de energía e influencia y medios, renunciando a estos mientras encontremos la oportunidad en el servicio a los hermanos, sino que adicionalmente, este espíritu de devoción hacia el Señor nos empujará a restringir dentro de los razonables límites económicos las demandas del hogar y de la familia, y especialmente de uno mismo, que podamos tener lo máximo para sacrificar en el altar del Señor. De la misma manera que nuestro Señor estuvo durante tres años y medio partiendo su cuerpo, y durante tres años y medio dando su sangre, su vida y sólo finalizó estos sacrificios en el Calvario, de ese mismo modo con nosotros: la renunciación a nuestras vidas por los hermanos está en los pequeños asuntos del servicio, temporal o espiritual, siendo superior el espiritual, y por lo tanto el más importante, aunque aquel que cierre su compasión hacia un hermano que tenga una necesidad temporal daría evidencia de que él no tuvo al Espíritu del Señor dirigiendo su corazón correctamente.

La Conmemoración aún apropiada

Como ya lo hemos visto, la celebración original de la Conmemoración de la muerte de nuestro querido Redentor (con el significado aun mayor atribuido a él por el Espíritu Santo a través del Apóstol, que incluye nuestra participación o comunión con él en su sacrificio) era en una fecha particular: el decimocuarto día del primer mes, según el calendario judío.* Y la misma fecha,

* El año hebreo empieza en la primavera, con la primera aparición de la luna nueva después del Equinoccio de Primavera. El 14° día se puede contar fácilmente, pero no se debe confundir con la Semana de Fiesta que empezaba el 15° día y continuaba durante una semana (la celebración judía). Esa semana de pan sin levadura, celebrada por los judíos con regocijo, corresponde al futuro entero de un cristiano, representando especialmente el año completo hasta la próxima celebración de la Cena Conmemorativa. Para los judíos, el sacrificio del cordero era un medio para lograr el fin, un inicio de la fiesta de la semana, que tenía su especial significado. Nuestra Conmemoración se relaciona con la muerte del Cordero y pertenece por lo tanto al 14 de Nisán (el primer mes). Más aun, nosotros debemos recordar que con el cambio del conteo de las horas del día, la noche del 14 de Nisán correspondería con lo que ahora llamaríamos la noche del 13.

considerada con el mismo método de conteo, aun es apropiada y llamará la atención a todos aquellos que se están preguntando por los “antiguos caminos” y están deseosos de caminar por ellos. Esta conmemoración anual de la muerte del Señor, etc., de la manera en que fue instituida por nuestro Señor y observada por la Iglesia de los primeros cristianos, ha sido restablecida recientemente entre aquellos que ingresan a la luz de la Verdad Presente.

No es sorprendente que, mientras se iba perdiendo de vista cada vez más el significado real de la cena simbólica del Señor, el decoro que va adjunto a su celebración anual también fue descuidado. Esto se hará más fácil de comprender cuando entendamos la historia de este asunto, como sigue:

Después que los apóstoles y sus sucesores inmediatos murieron, aproximadamente en el siglo tercero, el Catolicismo Romano empezó a influir en la Iglesia. Una de sus falsas doctrinas era en el sentido de que mientras la muerte de Cristo aseguraba la cancelación de la antigua culpa, no podía compensar las transgresiones personales después que el creyente haya entrado en relación con Cristo, después del bautismo; pero que un nuevo sacrificio era necesario para tales pecados. En base a este error se edificó la doctrina de la Misa, que como ya lo hemos explicado de algún modo, era considerada como un nuevo sacrificio de Cristo para los pecados particulares del individuo para quien se ofrecía la Misa, o sacrificio, el nuevo sacrificio de Cristo realizado para hacer parecer razonable la afirmación de que el sacerdote que oficiaba la Misa tenía el poder para convertir el pan y el vino en el cuerpo real y en la sangre real de Cristo, y de ese modo, al partir la hostia, partir o sacrificar al Señor nuevamente por los pecados del individuo por quien se realizaba la Misa. Ya hemos mostrado que desde el punto de vista divino esta enseñanza y esta práctica era una aversión ante el Señor, “y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora.” (Daniel 11:31; 12:11).*

Esta falsa doctrina se hizo sombría y a raíz de ésta se produjeron los innumerables errores de la Iglesia, la gran caída o

* Vol. II, Cap. IX, y Vol. III, Cap. IV (en inglés).

apostasía que constituyó el sistema romano, el principal de todos los anticristos. Siglo tras siglo se sucedieron con esta visión como la predominante, la controladora sobre toda la Cristiandad, hasta que en el siglo decimosexto se inició el movimiento de la Gran Reforma para suscitar una oposición, y de manera proporcional se comenzó a encontrar las verdades que habían estado escondidas durante la Edad Media bajo las falsas doctrinas y las falsas prácticas del anticristo. A medida que los Reformistas recibieron mayores luces respecto del testimonio completo de la Palabra de Dios, esas luces incluyeron perspectivas más claras sobre el sacrificio de Cristo y ellos empezaron a ver que la teoría papal y la práctica de la misa eran en realidad la “abominación desoladora”, y ellos lo desautorizaron con gran autoridad. La Iglesia de Inglaterra revisó su libro de oraciones en 1552 y excluyó la palabra misa.

La costumbre de la Misa reemplazó prácticamente a las celebraciones anuales de la Cena Conmemorativa del Señor, pues las Misas eran oficiadas a intervalos *frecuentes* con vistas a limpiar repetidamente a la gente del pecado. Como los Reformistas vieron este error, ellos intentaron regresar a la simplicidad original de la primera institución y desconocieron la Misa romana considerándola como una celebración impropia de la Cena Conmemorativa del Señor. Sin embargo, al no ver la cercana relación entre el tipo de la Pascua y el antitipo de la muerte de nuestro Señor, y la Cena como una *conmemoración* del antitipo, ellos no captaron el pensamiento de la corrección de su observación en base a su repetición *anual*. De aquí que nosotros encontramos que entre los protestantes algunos la celebran mensualmente, otros cada tres meses y algunos cada cuatro meses, usando cada confesión su propio criterio, celebrándola los “Discípulos” semanalmente debido a un malentendido respecto del bautismo. Ellos basan su celebración semanal de la cena en las afirmaciones de los Hechos de los Apóstoles en el sentido de que la Iglesia de los primeros cristianos se reunía el primer día de la semana y en tales reuniones realizaban el “partimiento del pan” (Hechos 2:42, 46; 20:7).

Ya hemos observado* que estas celebraciones semanales no eran conmemoraciones de la muerte del Señor, sino por el contrario, eran fiestas de amor que conmemoraban su resurrección y el número de particiones del pan que ellos disfrutaron con él en los varios primeros días durante los cuarenta días antes de su ascensión. La remembranza de estas particiones del pan, en las que sus ojos fueron abiertos y ellos lo conocieron, probablemente los condujo a reunirse cada primer día de la semana desde ese entonces y no incorrectamente, los condujo a tener una comida social, un partimiento del pan. Como ya lo hemos notado, *la copa nunca se menciona en relación con éstos*, mientras que, en cada mención de la Cena Conmemorativa del Señor, ésta ocupa plenamente un lugar tan importante como el que ocupa el pan.

¿Quiénes pueden celebrar?

Ante todo, nosotros respondemos que nadie que no confíe en la preciosa sangre de Cristo, como sacrificio por los pecados, debería participar de la Pascua. Nadie debería participar de la Pascua excepto por la fe que tenga en la sangre del derramamiento sobre los marcos de las puertas y dinteles de su tabernáculo terrenal, que habló de paz para nosotros, en vez de llamar a la venganza como lo hizo la sangre de Abel (Hebreos 12:24). Nadie debería celebrar la fiesta simbólica a menos que en su corazón tenga la verdadera fiesta y haya aceptado a Cristo como su Dador de vida. Además, nadie debe participar de la Pascua a menos que sea un miembro del cuerpo único, del pan único, y a menos que haya considerado sacrificar su vida, su sangre con la del Señor en el mismo cáliz o copa. Aquí hay una clara línea que diferencia no solamente a los creyentes y a los no creyentes, sino también a los consagrados y a los no consagrados. Sin embargo, la línea debe ser trazada por cada individuo para sí mismo, mientras que lo que profesa sea bueno y atestiguado razonablemente por medio de su conducta externa. Ningún miembro debe ser el juez de otro, ni

* Véase el capítulo anterior.

tampoco la Iglesia debe juzgar, a menos que, como ya se ha indicado, el asunto haya llegado ante ésta de alguna forma definida de acuerdo con las regulaciones prescritas. Por el contrario, los ancianos o representantes de la Iglesia deberían establecer ante aquellos que se congregan, estos términos y condiciones: (1) *fe en la sangre*, y (2) *consagración al Señor* y a su servicio, aun hasta la muerte. Ellos deberían entonces invitar a todos los que piensan así y se consagran así para unirse y celebrar la muerte del Señor y la suya propia. Ésta y todas las invitaciones relacionadas con esta celebración deberían ser establecidas muy ampliamente de modo que no provoque ninguna impresión de sectarismo. Todos deberían ser bienvenidos para participar, si ellos están en completo acuerdo con respecto a estas verdades fundamentales, la redención por medio de la preciosa sangre y una completa consagración hasta la muerte, dándoles justificación.

Aquí es apropiado considerar las palabras del Apóstol:

“De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el juicio del Señor, juicio come y bebe para sí.” (1 Corintios 11:27-29).

La advertencia del Apóstol aquí parece estar en contra de una descuidada celebración de esta Conmemoración, que haría de ésta una fiesta, y en contra de invitar a personas de una manera confusa. Ésta no es tal fiesta. Es una Conmemoración solemne, dirigida solamente a los miembros del “cuerpo” del Señor, y cualquiera que no perciba esto, cualquiera que no perciba que el pan representa la carne de Jesús y que la copa representa su sangre, estaría bajo juicio al ser partícipe de ella, no bajo “condena” como dice la versión común, sino un juicio ante el Señor, y un juicio también ante su propia conciencia. Por ello, antes de participar de estos símbolos, cada individuo debería decidir por sí mismo si cree y confía o no en que el cuerpo partido y la sangre derramada de nuestro Señor es su precio de rescate, y en segundo lugar, si ha hecho la consagración o no de su todo, de manera que pueda ser tomado en cuenta como un miembro de ese “cuerpo único”.

Habiendo notado quiénes están excluidos y quiénes tienen de manera apropiada acceso a la mesa del Señor, vemos que todo miembro verdadero de la *Ecclesia* tiene el derecho de participar, a menos que el derecho haya sido retirado por medio de una acción pública de toda la Iglesia, de acuerdo con la regla dictada para eso por el Señor (Mateo 18:15-17). Todos pueden celebrar, todos desearán celebrar, ajustándose a la amonestación final de nuestro Maestro, “Comed de ello todos; bebed de ella todos”. Ellos se darán cuenta que a menos que comamos la carne del Hijo del Hombre, y bebamos su sangre, nosotros no tenemos vida en nuestro interior, y que si ellos han participado realmente en corazón y en mente de los méritos del sacrificio del Señor, y de su vida, que es a la vez un privilegio y un placer de conmemorarlo, y de confesarlo ante los demás y ante el Señor.

¿Quiénes pueden oficiar?

La falsa doctrina de la Misa y la creación de una clase en la Iglesia llamada clérigo, para administrar a ésta y en los servicios, han creado en la mente de la gente la profunda impresión de que es imprescindible la presencia de clérigos, así mismo los protestantes aun hoy en día sostienen que la presencia de “un ministro ordenado” para pedir una bendición y para oficiar en tales servicios conmemorativos, es de necesidad absoluta, y que cualquier otro procedimiento sería un sacrilegio. Se puede reconocer muy fácilmente cuán tremendamente equivocada es esta teoría cuando recordemos que todos los que tienen el privilegio de participar de esta Conmemoración son miembros consagrados del “Sacerdocio Real”, cada uno completamente comisionado por el Señor para predicar su Palabra de acuerdo con su talento y oportunidades, y completamente ordenado también para realizar cualquier servicio o ministerio del cual ellos sean capaces para él y los miembros de este cuerpo, y en su nombre para otros. “Todos ustedes son hermanos” es la ley del Señor, y no es para olvidarlo cuando estemos en comunión con él, y celebremos su obra redentora, y

nuestra unión común con él y con cada uno de los demás como miembros de su cuerpo.

Sin embargo, en cada grupo pequeño del pueblo del Señor, en cada pequeña *Ecclesia*, o cuerpo de Cristo, como ya lo hemos señalado, las Escrituras indican que *debería haber orden* y que una parte de ese orden es que debería haber “ancianos en cada Iglesia”. Mientras cada miembro de la *Ecclesia*, la Nueva Creación, tenga una ordenación suficiente del Señor para permitirle participar en relación con la Cena Conmemorativa, aun la Iglesia, al elegir a los ancianos, indica que ellos deberían ser representativos de toda la *Ecclesia* respecto de tales materias como ésta. Por ello, el deber de disponer y ministrar esta Conmemoración recaería en ellos como un servicio para el que ellos ya han sido seleccionados por la Iglesia.

La declaración de nuestro Señor, “Cuando dos o tres de ustedes se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en el medio”, nos muestra de manera concluyente que, donde sea posible, esta conmemoración debería ser celebrada en compañía de miembros del cuerpo. La bendición adjunta tenía la intención de atraer a los miembros uno hacia el otro, no solamente en esta *reunión anual*, sino mientras sea posible. Donde sea que aun dos o tres puedan reunirse para clamar por esta promesa, siendo imposible o inconveniente reunirse con un grupo mayor, ellos están privilegiados para celebrar como una Iglesia, como una *Ecclesia*, completa; y aun cuando un individuo pueda estar pasando por tales circunstancias que no le fuera posible reunirse con otros, nosotros sugerimos que su fe salga con suficiente fuerza hacia el Señor para clamar por la promesa, considerando al Señor y a él mismo como dos. Nosotros aconsejamos que no se permita que semejante inevitable aislamiento dificulte ninguna de las celebraciones anuales del gran sacrificio por el pecado, y de nuestra participación en ellas con el Señor, que el individuo solitario se agencie de pan (pan sin levadura como galletas de soda o galletas de agua, si es

posible) y el fruto de la vid (jugo de pasas o de uvas, o vino^{*}) y que celebre en comunión de espíritu con el Señor y con los miembros compañeros del cuerpo, de los cuales está obligadamente separado.

Una orden de servicio

Ya que el Señor no estableció ninguna regla u orden de servicio, no nos corresponde hacerlo, aunque nosotros creemos, sin falta de corrección, que podemos sugerir lo que encuentra aceptación entre nosotros como una moderada, razonable y ordenada celebración de esta Conmemoración. Lo hacemos así, no con la intención de dar una regla o una ley, sino con el propósito de ayudar a una visión moderada del asunto, del que algunos han estado acostumbrados a ceremonias elaboradas y otros que no han estado acostumbrados a nada parecido. Permitamos entonces que nuestra expresión sea considerada de manera simple, a la luz de la sugerencia, sujeta a modificaciones, etc., como pueda parecer aconsejable. Es como sigue:

(1) La apertura del servicio con uno o más himnos, apropiados para la ocasión, de espíritu solemne y atrayendo las mentes en la dirección de la Conmemoración.

(2) Oración por la bendición divina sobre la concurrencia, y especialmente sobre aquellos que participarán, recordando también a los miembros compañeros del mismo cuerpo, conocidos de nosotros y desconocidos, en todo el mundo y especialmente los que están celebrando esta Conmemoración en su aniversario.

* Hasta donde somos capaces de juzgar, el Señor usó el vino fermentado cuando instituyó esta Conmemoración. Sin embargo, en vista de que no especificó el vino sino simplemente “el fruto de la vid”, y en vista también del hecho de que el hábito alcohólico ha obtenido un poder tan grande y tan maligno en nuestros días, nosotros creemos que tenemos la aprobación del Señor en el uso del jugo de uva no fermentado, o jugo de pasas, al que, si es conveniente, se pueden añadir unas cuantas gotas de vino fermentado, con el fin de satisfacer las conciencias de quienes podrían estar inclinados a considerar que la obediencia al ejemplo del Señor requeriría el uso de vino *fermentado*. De esta manera no habrá peligro para ninguno de los hermanos del Señor, aun para el más débil en la carne.

(3) El Anciano que tenga a cargo el oficio podría leer de la Escrituras una explicación sobre la institución original de la Conmemoración.

(4) Luego, él u otro Anciano podría presentar una explicación del asunto, el tipo y el antitipo, hablando improvisadamente o si lo desea, con igual propiedad leyendo algo de esa explicación como por ejemplo, la disertación anterior.

(5) Llamando la atención sobre el hecho de que nuestro Señor bendijo el pan antes de partirlo, el Anciano podría en ese momento llamar a un hermano competente para que pida una bendición sobre el pan, o si nadie está presente sino él mismo es competente, debería invocar la bendición divina sobre el pan y sobre aquellos que lo comerán, que los ojos de su comprensión podrían ser abiertos ampliamente hacia una apreciación o comprensión de las profundidades del significado que está participando correctamente, y que todos los que participan podrían tener la comunión bendita con el Señor en el uso del símbolo de su carne y para hacer una renovación de su propia consagración para ser quebrados con él.

(6) Luego, uno de los pedazos del pan sin levadura podría ser partido, usando las palabras del Señor, “Tomad, comed, esto es mi Cuerpo”; y uno de los hermanos o la misma persona que realiza el oficio podría servir la bandeja, si la congregación fuera grande, se podrían servir simultáneamente varias bandejas de pan por dos, cuatro, seis o cualquier número de hermanos consagrados.

(7) Se debería mantener silencio durante el paso de los emblemas, excepto de breves observaciones, y lo que es más, respetando la significación del pan y de cómo nos alimentamos del Señor, podría no ser apropiado aunque generalmente estaría bien que este asunto sea cubierto por el Anciano o algún otro orador cuando se explique la significación de la celebración en general, antes de la distribución, que la comunión de los participantes no sea interrumpida.

(8) Luego, se debería pedir una bendición sobre la copa, mientras leemos que nuestro Señor “y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: “bebed de ella todos”, y la dio a sus discípulos. Algún hermano podría ser llamado para esta oración de

gracias y de petición por la bendición del Señor sobre los que participan, y debería ser realizada de la misma manera en silencio.

(9) Al terminar el servicio de esa manera, recomendamos que se siga el curso del Señor y de los apóstoles hasta el final, que se cante un himno al concluir, y que la congregación sea así despedida, sin ninguna oración de finalización. Aconsejamos que en esta ocasión se prescindan de los acostumbrados saludos, pedidos por la salud, etc., y que cada uno se vaya a su casa evitando como sea posible cualquier cosa que pudiera interrumpir sus reflexiones y comunión, y que hasta donde sea posible cada uno busque continuar en comunión, no solamente esa noche sino durante el siguiente día, teniendo en mente las experiencias del Señor en el Getsemaní, y su necesidad de simpatía y ayuda, y el hecho de que cada miembro de su cuerpo pueda también tener momentos similares, y necesite del consuelo y la ayuda de los compañeros discípulos.

Sobre el Maestro se escribió: “Entonces, todos los discípulos, dejándole, huyeron”, nadie fue capaz de simpatizar con él en su propia hora de sufrimiento. Con nosotros es distinto. Nosotros tenemos miembros compañeros del cuerpo, bautizados de manera similar en la muerte, comprometidos igualmente a ser “quebrados” como miembros de un sólo pan, y aceptados y ungidos con el mismo Espíritu Santo. Y mientras recordamos esto, busquemos con la máxima seriedad ser útiles para los miembros compañeros del cuerpo, recordando que todo lo que se haga sobre el más insignificante miembro del cuerpo es hecho sobre la cabeza, y es apreciado por él. Al mismo tiempo, nosotros podemos recordar adecuadamente el ejemplo de Pedro, su ferviente impulsividad como siervo del Señor y aun su debilidad en un momento de prueba, y su necesidad por la ayuda del Señor y sus oraciones. “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. El recordar esto puede ser una ayuda especial para nosotros, como sin duda lo fue posteriormente para el Apóstol Pedro. Nos permitirá aun más para nosotros buscar al Señor por “gracia para ayudarnos en todo momento de necesidad”.

Al mismo tiempo, estará bien que recordemos a Judas, y que su caída surgió a raíz del egoísmo, ambición, codicia; y mientras recordamos cómo cada vez más entró en él Satanás a través de esta puerta de egoísmo, puede ayudarnos el estar alertas, no vaya a ser que caigamos de manera similar en una trampa del Adversario; no vaya a ser que por cualquier consideración neguemos al Señor que él nos ha comprado; no vaya a ser que, en el sentido amplio de la palabra, traicionemos en algún momento al Señor o a sus hermanos o a su Verdad. Al día siguiente tengamos en la memoria las experiencias de nuestro querido Redentor, no solamente para que podamos así entrar más entusiastamente en simpatía con él, sino para que adicionalmente podamos sentirnos extraños a las muy fuertes penurias que pueden sucedernos como seguidores suyos, sino para que también podamos seguirlo hasta la consumación y mantener por siempre en la memoria sus palabras agonizantes: “Consumado es”, y darnos cuenta que esto significa una finalización de su ofrenda por el pecado a favor nuestro, de modo que por medio de los azotes que le dieron podamos darnos cuenta que estamos curados y así podamos también darnos cuenta que alguna vez vivió y resucitó para interceder por nosotros y para prestarnos ayuda en todo momento de necesidad.

La Pascua: *Easter-Passover*

La palabra inglesa *Easter* (la “Pascua de Resurrección”, el término hoy usado) aparece una sola vez en las Escrituras (Hechos 12:4) y allí hay una mala traducción, debería ser interpretada como *Passover* (la Pascua de los judíos). El nombre *Easter* fue adoptado de los paganos. Es de origen sajón y denota a una diosa de los sajones, o más bien del Este, *Eoestre*, cuyo festival se celebraba en la primavera, más o menos durante la Pascua judía. La adopción de este nombre y su aplicación al periodo en que se celebra la muerte y resurrección de nuestro Señor y su ascensión, hasta la llegada de la bendición Pentecostal, fue evidentemente un intento para permitir que las instituciones cristianas reemplacen más fácilmente a las del paganismo. Al igual que la mayoría de estas concesiones,

ésta data aproximadamente del siglo tercero. Este origen pagano del nombre *Easter* no debe provocar ninguna diferencia en nuestras mentes, porque nosotros no la usamos más para celebrar a la diosa del Este. Definitivamente, entre los protestantes el nombre ha estado ligado a un solo día en vez de un periodo, como en los tiempos antiguos, y como todavía lo usan los católicos. Ese día único es llamado *Easter Sunday*. Cualquier conmemoración de la resurrección de nuestro Señor será siemprepreciada por su pueblo, pero para aquellos que aprecian correctamente el asunto, cada domingo es un *Easter Sunday*, porque cada “Domingo de Resurrección” es una Conmemoración de la resurrección de la muerte de nuestro Señor.

Nuestro pensamiento, al introducir aquí este asunto, es muy en particular para llamar la atención sobre la visión más amplia del término *Easter*, mantenido por los católicos, que incluye al Viernes Santo así como también al Domingo de Resurrección (*Easter Sunday*), y es usado simplemente como un sinónimo de la temporada de Pascua. La introducción de la Misa y su observación frecuente habrían tenido la intención de anular completamente la celebración anual de la muerte de nuestro Señor en su aniversario, pero no fue así. La costumbre original de la Iglesia de los primeros cristianos de celebrar el gran acontecimiento central, y la misma fundación de su existencia, continuó aunque cesó la celebración de la cena en su fecha adecuada, sustituida por los numerosos sacrificios de la Misa, y de esa manera esta única conmemoración particular perdió su significado.

Durante siglos, era costumbre contar la fecha de la crucifixión de nuestro Señor de acuerdo con el calendario judío, como ya lo hemos explicado, pero posteriormente con el deseo de zanjar hasta donde sea posible con las instituciones judías, fue instituido un cambio en el método de contar la fecha de la muerte de Cristo, nuestra Pascua. “El Concilio Ecuménico” de Nicea decretó que desde ese entonces la *Easter* debería ser celebrada el viernes siguiente al primer plenilunio después del equinoccio de primavera. Esto no solamente fijó de manera universal la celebración de la muerte del Señor para un día viernes, llamado

“Viernes Santo”, sino que adicionalmente aseguró que la celebración estuviera, muy rara vez, de acuerdo con la celebración judía de la Pascua. La diferencia en el método de conteo, que debería ser recordada, es que los judíos en ese entonces esperaban y aun esperan hasta el equinoccio de primavera, e inician su mes con la primera luna nueva a partir de entonces, y guardan la Pascua en ese plenilunio, o sea el 14° día. Ocasionalmente, este cambio produce una diferencia de casi un mes entre los dos métodos de conteo.

No nos corresponde decir cuál es el mejor método, pero nuestra preferencia es apegarnos a lo que el Señor y los apóstoles practicaron; no con una sumisión ciega que nos haría sentir que hemos cometido un crimen si erramos en el cálculo y celebramos en una fecha incorrecta, sino por el contrario con la satisfacción de que hemos intentado seguir tan cercanamente como sea posible la institución divina, el modelo. Alguien podría quizás sugerir que aun sería mejor establecer la fecha de acuerdo con nuestro calendario moderno, es decir el 15 de abril o el 1 de abril u otra fecha, y todos los cálculos, etc. serían por consiguiente innecesarios. Nosotros respondemos que evidentemente el Señor tuvo una razón para acomodar el calendario judío como lo hizo, y en este asunto preferimos continuar reconociendo su institución.

De manera particular, vemos que como el sol es el símbolo del Reino espiritual de Dios, la luna es el símbolo del Pacto de la Ley, y del pueblo que estuvo bajo ese Pacto de la Ley. De ese modo, fue especialmente apropiado que nuestro Señor sea crucificado por ellos exactamente en el plenilunio, y eso por predeterminación divina respecto de la fecha, de manera que ellos no pudieron apresarlos antes, aunque ellos desearon hacerlo, porque “Entonces procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano porque aún no había llegado su hora.” (Juan 7:30; 8:20). Su crucifixión durante el *plenilunio* y el hecho de que la luna empezara a menguar inmediatamente, pone en énfasis una lección en el sentido de que Israel, como nación, incurrió en rechazo divino, simbolizado por la luna menguante, que representó su decadencia.

Aquí adjuntamos algunos extractos de una autoridad reconocida, que corrobora lo anterior, como sigue:

De la Enciclopedia de McClintock y Strong

“*EASTER*, esto es, *PASSOVER*: *Easter* es una palabra de origen sajón y denota a la diosa *Eáestre* de los sajones, o más bien del Este, en honor de quien se ofrecían cada año sacrificios, aproximadamente durante la temporada anual de Pascua (la primavera); el nombre empezó a ser ligado por asociación de ideas al festival cristiano de la resurrección, que ocurría durante el tiempo de Pascua, de aquí que nosotros decimos *Easter-day* (día de Pascua), *Easter Sunday* (Domingo de Pascua), pero de manera muy inapropiada, pues esto de ninguna manera se refiere al festival que en ese entonces se dedicaba a la diosa de los antiguos sajones. Así, se usa la actual palabra alemana *Ostern*, para *Easter*, y se refiere a la misma diosa, *Eáestre*. La aparición de esta palabra en la Versión Autorizada de la Biblia (*Versión del Rey Jaime*) (Hechos 12:4): “El cual prendido, le echó en la cárcel, entregándole a cuatro cuaterniones de soldados que le guardasen: queriendo sacarle al pueblo después de la pascua de resurrección (*Easter*)”, se evidencia principalmente como un ejemplo de la falta de consistencia en los traductores... En la última revisión, ‘*Passover*’ (Pascua) fue restituida en todos los pasajes...”

“Las iglesias de Asia Menor celebraban la muerte del Señor el día correspondiente al 14 del mes Nisán, en el cual ocurrió la crucifixión, de acuerdo con la opinión de toda la iglesia antigua. Por otro lado, las Iglesias Occidentales (Roma) eran de la opinión de que la crucifixión debería ser conmemorada anualmente el preciso *día de la semana* en que ocurrió, esto es, el Viernes... Las Iglesias Occidentales veían el día de la muerte de Cristo como un día de luto y ellos no finalizaban el tiempo de ayuno hasta el día de la resurrección. Por otro lado, las Iglesias de Asia Menor consideraban completamente la muerte de Cristo en cuanto a la

redención de la humanidad, y finalizaban el día de ayuno en la hora de la muerte de Cristo, tres de la tarde, e inmediatamente después celebraban el ágape y la cena del Señor. Ambas partes (las Iglesias Ortodoxas Orientales y las Iglesias Occidentales) adoptaron el término PASCHA (*Passover*, Pascua), por el cual ellos consideraban a veces los especiales días festivos de esta semana, y a veces la semana completa para conmemorar la Pascua.”

“La primera disputa seria entre ambas partes dentro de la antigua Iglesia sucedió aproximadamente en el año 196 d.c., cuando el Obispo Víctor de Roma emitió una circular a los obispos líderes de la Iglesia, requiriéndoles que celebren sínodos en sus diversas provincias y que introduzcan la práctica occidental (la práctica de celebrar el Viernes y el Domingo, en lugar de hacerlo el día exacto, el 14 y el 16 de Nisán). Algunos cumplieron con el pedido, pero el sínodo celebrado por el Obispo Polícrates, de Éfeso, lo rechazó enfáticamente y aprobó la carta del Obispo Polícrates, quien en defensa de la práctica asiática refirió a Víctor la autoridad de los Apóstoles Felipe y Juan, de Policarpo y de siete de sus parientes quienes antes que él habían sido obispos de Éfeso...”.

“Hasta aquí, la controversia entre las Iglesias Asiática y Occidental (Romana) había involucrado solamente dos puntos, a saber: (1) si se debería conmemorar el día de la semana o el día del mes en el que sucedió la muerte de Cristo, (2) si el ayuno debía ser finalizado. Ahora surgió un tercer punto en la disputa, respecto del tiempo en el que realmente ocurrió el 14° día de Nisán. Muchos de los Padres de la Iglesia son de la opinión que, de acuerdo con el cálculo original de los judíos hasta la época de la destrucción de Jerusalén, el 14 de Nisán había ocurrido siempre después del equinoccio de primavera, y que solamente fue, que a raíz de ese mal cálculo de los judíos posteriores, que el 14 de Nisán ocasionalmente caía antes del equinoccio. Ellos insistieron por ello en que el 14 de Nisán, que para ambas partes dentro de la Iglesia determinaba el tiempo de la Pascua, debería ser siempre después del equinoccio”.

“Como el año de los judíos es un año lunar y el 14 de Nisán siempre es un día de *plenilunio*, los cristianos que adoptaron la idea astronómica anterior, celebrarían la muerte de Cristo un mes después de la Pascua judía siempre que el 14 de Nisán caiga antes del equinoccio. Como los cristianos ahora no podrían confiar más en el Calendario judío, ellos tuvieron que hacer sus propios cálculos respecto del tiempo de Pascua. Estos cálculos diferían frecuentemente, en parte por las razones ya expuestas, y en parte porque la fecha del equinoccio era fijada por algunos el 18 de marzo, por otros el 19, por otros el 21 de marzo. En el año 314 el Concilio de Arles intentó establecer la uniformidad, pero sus decretos no parecieron haber tenido gran efecto. Por ello, el Concilio Ecuménico de Nicea discutió nuevamente el asunto y procedió decretando que la Pascua debería ser celebrada por toda la Iglesia después del equinoccio, el Viernes posterior al 14 de Nisán. También se estipuló que la Iglesia de Alejandría, al ser distinguida por su ciencia astronómica, debía informar anualmente a la Iglesia de Roma en qué día de las Calendas (el primer día de cada mes en el antiguo calendario romano) se debería celebrar los Idus (en el antiguo calendario romano, el 15° día de marzo, mayo, julio, octubre; o el 13° del resto) de Pascua, y la Iglesia de Roma debía notificar a todas las Iglesias del mundo. Pero aun estos decretos del Concilio de Nicea no pusieron un alto a todas las diferencias, y quedó reservado al cálculo de Dionisius Exiguus el introducir gradualmente la uniformidad en la práctica de la Iglesia antigua. Algunos países, como Gran Bretaña, no abandonaron su antigua práctica hasta después de una gran resistencia. La *uniformidad* [en observar el Viernes y en desechar la consideración judía del día de plenilunio] parece haber sido establecida en el tiempo de Carlomagno, y [por ello] *no se encuentra ningún rastro* [de la observación] *del Quarto decimani (la celebración de acuerdo con el verdadero día: el 14 de Nisán, el plenilunio después del equinoccio de primavera)...*”.

“La revisión del Calendario por el Papa Gregorio XIII, retuvo totalmente la era dionisiana, pero determinó de manera más precisa el plenilunio de Pascua, y previó cuidadosamente para evitar

cualquier desviación futura del calendario respecto del tiempo astronómico. Sin embargo, por medio de estos minuciosos cálculos, la Pascua cristiana coincide a veces con la Pascua judía contrariamente a los decretos del Concilio de Nicea”.

La misma autoridad dice respecto de la palabra:

PASSOVER: “Era el festival representativo del año, y en esta posición única mantuvo cierta relación con la circuncisión como el segundo sacramento de la Iglesia hebrea (Ex. 12:44). Nosotros podemos ver esto en lo que ocurrió en Gilgal, cuando Josué, al revisar el pacto divino, celebró la Pascua inmediatamente después de la circuncisión del pueblo. Pero la naturaleza de la relación en la que estos dos ritos se mantuvieron juntos no llegó a desarrollarse completamente hasta que todos sus antitipos fueron realizados, y *la cena del Señor ocupara su lugar* como la fiesta sacramental del pueblo elegido de Dios”.

ESTUDIO XII

PRIVILEGIOS Y DEBERES MATRIMONIALES Y OTROS DE LA NUEVA CREACIÓN

DIVERSAS OBLIGACIONES DE LA NUEVA CREACIÓN — “VOSOTROS SOIS UNO EN CRISTO JESÚS”— ESTO NO IMPLICA UNA ASOCIACIÓN EN COMÚN — EL HOMBRE Y LA MUJER EN EL ORDEN DIVINO — EL HOMBRE ES LA “CABEZA” (JEFE) Y NO UN TIRANO — MATRIMONIO DE LA NUEVA CREACIÓN — CONSEJOS PARA LAS NUEVAS CRIATURAS EN SUS DIVERSAS CONDICIONES DE UNIÓN CONYUGAL — EN CASO DE DESERCIÓN — LA CONCIENCIA, EL CRITERIO DECISIVO — EUNUCOS, VÍRGENES, CELIBATO — “SÓLO QUE SEA EN EL SEÑOR” — RESPONSABILIDADES DE LOS PADRES

“Todos los que fueron bautizados en Cristo, de Cristo se han revestido. No hay Judío ni Griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús. —Gál. 3:27, 28.

Al principio, la Nueva Criatura sólo consiste de una *voluntad* recientemente engendrada que tiene la promesa de un cuerpo nuevo, perfecto y espiritual en la resurrección si ella prueba su lealtad a sus obligaciones de pacto con el Señor. La Ley de Amor le obliga, en primer lugar, hacia Dios, que significa una obediencia de todo corazón a la voluntad divina en toda cosa. Su segunda obligación le compromete hacer bien para con sus hermanos de la Nueva Creación. La tercera obligación consiste en hacer bien a todos los hombres según tiene la oportunidad, y en la medida en que las dos primeras obligaciones lo permitan. Aunque la Nueva Criatura, la nueva voluntad, no tenga su propio cuerpo conveniente por medio del cual pueda actuar y ejercitarse, no es sin cuerpo; en efecto, como sucesor de la voluntad de la carne y de la mentalidad (“mind”) natural, ella goza, como parte de su activo, tanto de los privilegios como de las obligaciones del cuerpo carnal en el cual debe residir temporalmente, y por el cual sólo puede manifestarse.

Aun si el cuerpo humano fuera perfecto en todo punto, la nueva voluntad sentiría dificultades en servirse de eso, porque es de la tierra, terrestre. Se adapta a condiciones terrestres, y sus ambiciones y sus deseos son terrestres, tan puros y tan nobles que puedan ser, mientras que las ambiciones y los deseos de la nueva voluntad son de inspiración celeste gracias a las grandes y preciosas promesas del mensaje divino. Tal fue exactamente el caso de nuestro Señor Jesús cuyo cuerpo era “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores”. Sin embargo, conforme a su pacto, y según las condiciones en las cuales esta nueva naturaleza creciera rápido y estuviera lista para el nuevo cuerpo en la resurrección, fue obligado a crucificar la carne — de oponerse a ella, de consagrarla, someterla, sujetarla a su nueva voluntad. Él hasta debió sacrificar sus gustos, preferencias y deseos naturales convenientes, cada vez que se oponían a la voluntad del Padre, a su arreglo, a sus direcciones providenciales; y todo esto comprometía el sacrificio de la carne, hasta la misma muerte, como necesaria para la plena adopción de la Nueva Criatura y para su glorificación en el plano divino.

Otros miembros de la Nueva Creación, el Sacerdocio real, teniendo cuerpos imperfectos cuyo sacrificio no sería aceptable por Dios a causa de sus taras, sus pecados, de su imperfección, en primer lugar necesitan ser justificados por el sacrificio de su Señor Jesús. Gracias al mérito de su reconciliación, los pecados y las imperfecciones de sus cuerpos mortales son cubiertos y no son imputados más, y de esta manera sus cuerpos son considerados como sacrificios aceptables. El Apóstol proclama esta justificación al decir: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios [cubriendo sus pecados, por la fe en Cristo], que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. —Rom. 12:1

Fue cuando este sacrificio de nuestra carne *considerada como* [“reckonedly”] *justificada* se efectuó, que fuimos engendrados individualmente por el Espíritu para ser hijos de Dios — hijos en el plano espiritual en lugar de estar en el plano humano. Fue entonces que la *voluntad* consagrada fue aceptada como Nueva Criatura, que

comenzó su existencia, la cual debe prosperar en la medida en que permanece fiel a Dios y al pacto hecho de sacrificar el cuerpo mortal y sus intereses. El cuerpo mortal así ofrecido en sacrificio y considerado como [“reckoned”] muerto con Cristo debe ser “vivificado” o “estimulado” por la *nueva voluntad* (la Nueva Criatura), y gobernado por ella, hasta tal punto que el resto de la vida se declara figurativamente una vida de resurrección. La Nueva Creación, la nueva voluntad, actuando en estos cuerpos mortales y por ellos, se describe en lenguaje simbólico como haber sido resucitada con Cristo, viviendo por las cosas de arriba y buscándolas. —Col. 3:1

Es en hablar de esta novedad de vida, de esta resurrección figurativa, en la cual la nueva voluntad se sirve del cuerpo mortal para servir a Dios, que el Apóstol declara:

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Rom. 8:11). En la medida pues, donde la nueva voluntad llega así a gobernar nuestro cuerpo mortal y a servirse de eso en la vida presente como el mejor y el único sustituto que tiene para el cuerpo espiritual que se podrá obtener sólo en la resurrección, en esta medida no podría ser inconveniente considerar los cuerpos mortales de la Nueva Creación como sustitutos temporales de los cuerpos espirituales esperados.

Sin embargo, toda esta cuestión de *estimación*^{*} es espiritual, y puede ser comprendida y apreciada sólo por los que son engendrados del Espíritu y que así son hechos capaces de considerar las cosas desde el punto de vista divino. Desde el punto de vista del mundo, todo esto es falso, quimérico — “locura”. La gente mundana discierne bien una diferencia entre sus metas, sus ambiciones, su conducta y aquellas de los engendrados del Espíritu, pero no saben cómo interpretarlo. Son propensos a considerarlo como una novedad, o una manía, o una actitud de “más santo que

* “reckoning”: de “to reckon”: en sentido figurado: mirar como, estimar, valorar como, contar como, considerar como —Trad.

ti”, o como hipocresía. Podemos negar que, según toda apariencia, existan numerosas falsificaciones de la Nueva Criatura, la cizaña que se parece exteriormente al trigo, pero difiere de eso por el corazón. La Nueva Criatura no debe estar sorprendida o decepcionada de no ser comprendida por el mundo, sino ella debe recordar la advertencia divina, que el mundo no nos conoce, igualmente como él no conoció a nuestro Señor. Es un criterio de nuestra fidelidad a Dios que, para seguir las pisadas de Jesús, es necesario que seamos desestimados por los que amamos y cuya estima podemos razonablemente desear. El hecho que la amistad del mundo y su estima constituyen la enemistad contra Dios y la infidelidad al pacto de la consagración, debe ajustar el asunto para las Nuevas Criaturas.

“A mi Señor, debo ser fiel,
A Él que me rescató por su sangre.”

La búsqueda que hacemos actualmente concierne a la línea conveniente de conducta de estas Nuevas Criaturas, estas nuevas voluntades que actúan en estos cuerpos consagrados y por su medio, que tienen ciertas relaciones con otros seres humanos y por eso ciertas responsabilidades hacia ellos, según la carne. Es la voluntad de Dios que la Nueva Criatura respete estas obligaciones de su carne mortal en todas las cuestiones de justicia: honradez, deber, responsabilidades que incumben con razón a su carne mortal. En las condiciones actuales, por consiguiente, la Nueva Criatura no puede actuar en todos los puntos como preferiría hacerlo, sino en ciertos casos debe ser gobernado por las obligaciones de la carne, porque la orden divina es de “procurar lo bueno delante de todos los hombres”. Además, “si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” —Rom. 12:17; 1 Tim. 5:8

En vista de estos hechos, nos daremos cuenta rápidamente de que la nueva voluntad tiene delante de ella una tarea ardua: (1) Complacer a Dios en el cumplimiento del sacrificio de la carne; (2) discernir distintamente cuáles deseos y cuáles exigencias del

parentesco carnal deben ser tenidas en cuenta y satisfechas; (3) hasta cuál punto estas exigencias y estas concesiones pueden estar satisfechas de manera conveniente sin infringir y anular el pacto que está en la vida o la muerte: “Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”, alcanzaremos definitivamente la perfección en la resurrección. Aquí surge otra dificultad. La carne no muere voluntariamente: hace falta que la voluntad, la mentalidad, la Nueva Criatura, la ponga a muerte, y así encontrar que se debe hacer ciertas concesiones, según la voluntad de Dios, la carne es muy pronta a sacar provecho de estas concesiones y reivindicar no sólo una admisión más grande que “las cosas necesarias”, sino también unas libertades y derechos en dominios que no son obligaciones, y que en cambio serían unas trabas en el pacto por sacrificio.

Estos esfuerzos hechos por nuestro cuerpo mortal, a veces para disculpar el pecado y a veces para evitar el sacrificio, frecuentemente confunden la Nueva Criatura; lo hacen tropezar muy a menudo temporalmente hasta que, a poquitos, ella aprenda a conocer la naturaleza engañosa de su propia carne y sus debilidades, que gradualmente crezca en la gracia y en la sabiduría que viene de arriba y que logra cada vez más dominar el cuerpo, manteniéndolo “*sujetado*”, a la nueva mentalidad (“mind”) —1 Cor. 9:27. Así, frecuentemente por la experiencia amarga, la Nueva Criatura aprende a apreciar lo que dice la Palabra del Señor, a saber, que el corazón natural (la voluntad de la carne), aunque puesto a muerte y en ningún sentido autorizado para dirigir, sea “*engañoso* más que todas las cosas” y a veces, “*perverso*” [Jeremías 17:9], desesperadamente resuelto en su esfuerzo de volcar la autoridad de la nueva voluntad, y así destruir la Nueva Criatura con el fin de que la vieja criatura pueda revivir, y andar según la carne y no según el Espíritu.

“TODOS UNO” NO IMPLICA UNA ASOCIACIÓN EN COMÚN

El Señor nos enseña claramente, a través del Apóstol, que sus preferencias y sus favores son semejantes para todas las Nuevas Criaturas, según su celo, según el amor que tienen por Él y por los principios que representa; que las condiciones de sexo, de raza, de color, etc. del cuerpo mortal no tienen ningún peso cuando juzga a su pueblo, cuando lo aprecia y cuando atribuye las recompensas finales. Conociendo así la opinión del Padre respecto a este tema, hace falta que todos los miembros de la Nueva Creación tengan una opinión semejante; ellos deben estimar todas las Nuevas Criaturas en Cristo Jesús como “hermanos”, demostrar una tierna afección hacia todos, procurar servirles a todos, no mostrar ninguna parcialidad entre los hermanos, excepto la que el Señor mismo mostró favoreciendo y honrando a los que manifestaban el mayor celo por su causa. Sin embargo, toda esta imparcialidad que no tiene en cuenta el sexo, el color, la raza, etc. nos concierne sólo como miembros de la Nueva Creación y afecta en parte sólo nuestros cuerpos mortales y su relación unos con otros y con el mundo; es por eso que es menester que la Nueva Creación mantenga las conveniencias en la conducta y las relaciones entre los sexos.

En realidad, estas Nuevas Criaturas deberían poseer mucho más sabiduría y prudencia que el mundo, en la misma razón de su engendramiento al espíritu de dominio propio. Ellas deberían, en consecuencia, darse cuenta de que, formando parte de la Nueva Creación, procurando andar no según la carne, sino según el Espíritu, sería conveniente para ellas, de ser aun más circunspectas que el hombre del mundo, el hombre natural, en cuanto a la debilidad de su carne y tocante a la conveniencia de ciertos límites y medidas de conducta apropiada, de modestia, de reserva, etc. entre los sexos. En la medida en que la Nueva Criatura busca la vida espiritual, y en la medida en que discierne que los apetitos sexuales hacen la guerra con los intereses de la Nueva Creación, en la misma medida, ellas deberían (aun más que lo hace el mundo en

general) esforzarse de “hacer rectas las sendas para sus pies”, y de levantar todos los obstáculos formidables posibles entre ellas y las tentaciones.

La misma demostración se aplica a las distinciones raciales. Hay un parentesco del Espíritu y una unidad del Espíritu totalmente diferentes de un parentesco y una unidad en la carne. Creemos que los intereses de la Nueva Creación serán conservados en general manteniendo cierta medida de separación en la carne, porque los ideales, los gustos, los deseos, las disposiciones, etc. de una raza, están necesariamente más o menos en conflicto con los ideales, etc. de otra raza; es por eso que diversas razas de la humanidad probablemente encontrarán sus intereses espirituales como Nuevas Criaturas mejor preservados por cierta medida de separación. No habrá ninguna dificultad respecto a este tema si se discierne claramente la distinción entre las Nuevas Criaturas y los cuerpos carnales. Lo mismo que las palabras del Apóstol no se pueden sancionar una vida en común de hombres y de mujeres bajo el pretexto de que son “todos uno”, todos hermanos en Cristo Jesús, así no debemos comprenderlas como implicando una asociación entre razas distintas. Sin embargo, estas palabras establecen para nosotros el modelo de aprecio espiritual, de parentesco y de obligación para cada uno y para todos en cuanto a las preguntas tanto espirituales como temporales.

EL HOMBRE Y LA MUJER EN EL ORDEN DIVINO

El Apóstol declara que “Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo” (1 Cor. 11:3). Tal es la enseñanza uniforme de las Escrituras. Así como lo demuestra el Apóstol, la creación del hombre primero y de la mujer luego, como parte separada del hombre, indica la intención divina de hacer al hombre, el jefe. Discutiendo este mismo tema, el Apóstol declara: “Él [el hombre] es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer [para ser el ayudante de

ella], sino la mujer por causa del varón [para ser la ayudante de él]. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza.” —1 Cor. 11:7-12

Se observará que no se trata aquí de una exposición tocante a las relaciones que existen por contrato entre maridos y mujeres, sino de una demostración más ancha todavía, basada en el parentesco de los sexos según el orden de la creación y de la instrucción divinos. No hay nada en lo que el Apóstol dice aquí o en lo que las Escrituras prescriben en otra parte, que sugiere que el hombre es un dueño y la mujer su esclava; esta es una idea falsa que algunos sostienen a veces, pero nunca, creemos, los que tienen “la mente de Cristo”. Según el arreglo divino la familia es, en el tiempo presente, la unidad, y todo hombre que ha alcanzado la madurez, tiene el privilegio de fundar una familia en la cual él debe ser un jefe y un representante responsable delante de Dios y delante de los hombres.

EL HOMBRE, UN JEFE PERO NO UN TIRANO

Que esta posición de jefe no implica una tiranía resalta a todas luces de la declaración hecha por el Apóstol, que Cristo es la Cabeza de la Iglesia, la Cabeza del hombre, así como Dios, el Padre, es la Cabeza de Cristo. No encontramos ninguna tiranía en las relaciones del Hijo con respecto a la Iglesia, no más que en las del Padre con respecto al Hijo. No obstante, la posición de jefe implica bien una responsabilidad, una carga, una solicitud, una previsión. Así es como el Padre celestial tomó disposiciones por el Hijo, y ¡qué disposiciones espléndidas! Es verdad que la ejecución del plan divino ocasionó los sufrimientos y el sacrificio del Hijo; sin embargo, el Padre amoroso no hizo el plan ni más doloroso, ni más crucial que era necesario en la ejecución de la gran y maravillosa intención en la cual el Hijo, exaltado ahora por encima de los principados, potestades y de todo nombre que se puede nombrar, tiene una parte tan honorable. El Hijo se regocijó del privilegio que tuvo para sacrificarse y para obedecer el plan del Padre, y también se regocija de las glorias en las cuales ha entrado,

y de las que han de venir. Así es la posición del Señor Jesús como Jefe (Cabeza) sobre la Iglesia. Bien lejos que su posición de jefe significa para nosotros una tiranía, es sinónima de amor, de solicitud y de asistencia para todos los miembros de la Nueva Creación. De manera semejante, la posición del marido como jefe (cabeza) sobre la mujer y los hijos significa una responsabilidad, una solicitud especial para ocuparse, prever, ajustar, proteger, guiar, dar el ejemplo. ¡Oh! ¡Qué todos los padres puedan discernir propiamente sus deberes, sus responsabilidades, sus privilegios naturales bajo el arreglo divino, y comprendiéndolos, puedan usarlos y no abusarlos!

Cuando en Génesis, leemos esta parte de la maldición o sentencia que azotó a Eva, la madre, e indirectamente todas sus hijas “Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”, y que luego miramos para ver cómo esta regla ha sido aplicada a través del mundo, encontramos que en numerosos casos, fue una regla tiránica, y que la fuerza mental y física del hombre caído se ejercitó frecuentemente en detrimento de la mujer y de los hijos en lugar de ser para su bienestar y su provecho. Todos los hombres y todas las mujeres, de buen y noble corazón, deben desaprobador tal estado de cosas; no podemos suponer tampoco que tal abuso de poder sea otra cosa que una ofensa e ignominia en los ojos del Creador.

El abuso de la fuerza física y mental por parte de ciertos maridos y padres provocó sin duda alguna una reacción contra su propia felicidad y favoreció la degradación general de la raza: si, en efecto, la mujer está por naturaleza, llevada a esperar a un jefe (cabeza), a buscar lo que ella acepta como una autoridad justa (“su deseo hacia su marido”) y que le obedece, no obstante los abusos de la posición de jefe y los malos ejemplos de una y otra parte han desviado, a un grado notable, lo que era y todavía es, el substrato de la disposición natural de la mujer. Ésta siendo forzada por la necesidad de defenderse contra exigencias irrazonables, de egoísmo y de tiranía, el resultado general ha tenido un efecto desmoralizante para la raza entera; es por eso que si se acepta de manera muy general el orden natural y el orden bíblico, ni los

hombres, ni las mujeres en conjunto, no saben cómo adaptarse a las condiciones actuales confusas y desordenadas de los asuntos sociales.

Como consecuencia, encontramos frecuentemente los hombres caídos haciendo todo esfuerzo para obtener una autoridad y una dirección que sobrepasan ampliamente su competencia: ellos lo hacen a sólo fin de abusar de eso para satisfacer sus intereses egoístas al mismo tiempo que no saben discernir la autoridad y la responsabilidad que poseen con razón como protectores de la familia. Vemos a la mujer, también depravada y egoísta, dispuesta a rebelarse no sólo contra una autoridad marital irrazonable e inconveniente, sino que también a oponerse a toda proposición, a discutir y a pelear con todo asunto; no aspirando ocuparse de las necesidades de la familia, sin embargo ella se esfuerza, de manera directa o indirecta, por usurpar a la autoridad del jefe de la casa y por acaparar de la bolsa y de la dirección de la familia. Por todas partes donde estas condiciones prevalecen, contrario a la intención divina y a sus arreglos, ellas producen, tarde o temprano, frutos más o menos amargos, cuán juiciosos o necesarios que puedan parecer por el momento. No podemos esperar los frutos apacibles de la justicia [rectitud —*Trad.*] a menos que se observe el orden natural divino. Podemos aspirar que, en las condiciones actuales de las cosas, las confusiones de este género son inevitables: los hombres egoístas atravesarán los límites del orden y de las intenciones de Dios y las mujeres egoístas lo harán también; en consecuencia, la paz, el orden y la bendición destinados al hombre perfecto no pueden ser obtenidos por sus hijos caídos, y el único remedio a la vista para las aflicciones actuales de la familia a causa de la caída de Adán y de la falta de aprecio por el plan divino, es la restauración. Compartimos este punto de vista, y nos juntamos de todo corazón a la oración del Señor: “Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.”

No vamos a considerar ahora la posibilidad de poner orden al desorden que reina entre los humanos, sino cuál es el arreglo, la línea conveniente de conducta para la Nueva Creación en relación con el hogar, la familia, etc. y los deberes recíprocos entre el

marido y la mujer, los padres y los hijos. Podríamos con razón examinar este tema bajo el título de los deberes y las obligaciones de los cristianos y de las cristianas, si el término “cristiano” no hubiera perdido tanto su sentido primitivo, que hoy se lo emplea para designar quienquiera que no sea judío ni pagano. En el sentido estrecho del término, “cristiano” significando un creyente en Jesús de Nazaret y uno de sus discípulos, sólo se puede aplicar a la Nueva Creación. Es a causa de la desviación del sentido tan corriente, tan general, que queremos diferenciar a los creyentes verdaderamente consagrados como la Nueva Creación.

El Apóstol muestra distintamente que la alianza del matrimonio entre los humanos es un arreglo divino destinado a figurar o a ilustrar la alianza que une a Cristo y a la Iglesia, su Esposa — su cuerpo. Sus declaraciones son muy explícitas: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.” —Ef. 5:22-33

El hecho que las uniones, en el tipo, sean tan imperfectas y tan poco satisfactorias en general, no anula la idea que el matrimonio debía servir de tipo, lo mismo que muchos de los

sacrificios de los Israelitas eran imperfectos e insuficientes pero constituían no obstante tipos del verdadero sacrificio. La Nueva Creación debería estimar el matrimonio típico, terrestre y los deberes y las responsabilidades que se lo atan con razón, a un grado tanto más elevado que ella aprecia la unión antitípica entre Cristo y su Iglesia. Considerado el matrimonio de esta manera, cada cristiano encuentra el ejemplo más sublime de sus deberes y sus responsabilidades hacia su mujer, en la solicitud del Señor por la Iglesia, por cada uno de sus intereses temporales, espirituales, presentes y futuros, hasta sacrificando su propia vida por ella. Igualmente, la mujer que aprecia los deberes y las responsabilidades de la Iglesia hacia el Señor, discierne una idea más elevada de su deber de mujer y de su posición de ayudante con respecto a su marido. Sin embargo, no debemos esperar que estas relaciones especiales y su aplicación conveniente puedan ser discernidas claramente excepto por los que tienen la mente de Cristo. Es por eso que, recomendando a todos los que se casan de concebir lo más completamente como posible el ideal divino, observamos sin embargo que ninguno puede captar, apreciar y aplicar todos los principios y los ideales ligados a este tipo excepto los que han sido engendrados por el Espíritu — La Nueva Creación — porque sólo ellos tienen la mente de Cristo.

Se pudiera alegar que los individuos de la raza humana no siendo caídos al mismo grado, sucede muy frecuentemente que la mujer posee cualidades de espíritu y de corazón superiores a las de su marido. La pregunta se plantea entonces: En tales circunstancias dónde una mujer está dotada de un talento, de un juicio y de una capacidad superior, ¿deberíamos considerarla como el jefe de la familia, y el marido como su ayudante? Respondemos: no. Las instrucciones divinas han sido descuidadas en tal matrimonio, porque ninguna mujer debería casarse con un hombre que le sea inferior en carácter y en talentos, alguien a quien no pudiera considerar con razón como su “jefe” (cabeza). Y ningún hombre debería casarse con una mujer que le sea superior. El o la que se hizo una Nueva Criatura en Jesucristo no debería tampoco unirse desigualmente con alguien que todavía es de la tierra, terrestre, sin

importar cuán noble y honorable que pueda ser la persona. Que la Nueva Criatura se case “*solamente en el Señor*” es un consejo que no se debería descuidar. El hecho de no haberlo seguido ha traído serias dificultades a buen número de los hijos de Dios.

MATRIMONIO DE LAS NUEVAS CRIATURAS

Sin embargo, una vez que el matrimonio sea concluido, es demasiado tarde para arrepentirse de él, y no queda nada más a hacer para el hijo de Dios que de observar implícitamente la alianza del matrimonio, en letra y en espíritu, en la medida de su capacidad. Si ambos esposos son Nuevas Criaturas, y que están bien emparejados, no debería haber ninguna dificultad de un lado o del otro para decidir los arreglos y las reglas en la casa; sin embargo, se conviene tomar en justa consideración la compatibilidad en las disposiciones naturales y los gustos de cada uno. El marido verdaderamente cristiano, poseyendo el espíritu de Cristo, amará a su mujer, recordará que emprendió a quererla, a ocuparse de ella, a proveerle sus necesidades no sólo materiales sino también las de su corazón y sus afectos. Tal marido no creará que hizo todo su deber asegurando pura y simplemente las cosas necesarias y el bienestar material en alimento, en trajes y en vivienda, sino comprenderá que se debe de tener en cuenta también los intereses mentales, morales y espirituales de su mujer. Él no sostendrá que su tiempo sea totalmente absorbido por los deberes y las preocupaciones de la familia, sino buscará en la medida de su capacidad, a cultivar su espíritu, su corazón; para hacerlo, él usará su posición de marido para arreglar los asuntos de la familia de modo que su mujer tenga el tiempo razonable para la comunión espiritual y el estudio de la Verdad. Tal marido no olvidará que, como para todo el resto de la familia, el egoísmo es más o menos suprimido en su carne mortal, y en su cualidad de Nueva Criatura, tendrá cuidado que esta disposición no cause sufrimiento o daño a otros, y sobre todo a su mujer y a sus hijos que son carne de su carne y hueso de sus huesos.

La autoridad de cabeza de familia así ejercida favoreciendo el bienestar de los que son confiados a sus cuidados, guiando, aconsejando, etc. tanto como ocupándose de las cosas que son necesarias para ellos, será lejos de ser la tiranía. El espíritu de amor de tal marido no ignorará tampoco voluntariamente lo que le gusta o lo que no le gusta a su mujer, ni los consejos sabios que ella puede darle. Él admitirá el hecho que si Adán perfecto poseía todas las cualidades de un ser humano, la separación de Eva implicaba también la separación de algunas de estas cualidades: él supondrá también que, si por el arreglo divino, el hombre posee la fuerza del espíritu y del cuerpo que hace de él la cabeza de familia, sin embargo la mujer posee muy especialmente ciertas cualidades de carácter. La humildad que pertenece al espíritu de amor impedirá al marido ser ciega en cuanto a las estimables cualidades de las que el Creador dotó a la mujer y él supondrá que sus propias cualidades de corazón y de inteligencia necesitan ser completadas por otras cualidades que, por naturaleza, la mujer posee en particular. En consecuencia, en la medida en que él tenga “el espíritu de dominio propio”, él deseará la *ayuda* de su mujer, su cooperación, sus opiniones, su simpatía, su amor, y los apreciará altamente.

Esto no quiere decir que buscar el consejo de su mujer, es en todos los casos, seguir su manera de ver: pertenece al marido de pesar, de considerar, de comparar, de decidir, interpretando los sentimientos de su mujer convenientemente, razonablemente y con benevolencia. La responsabilidad de la dirección incumbe al marido que debe asegurarla. Es una cosa que le está impuesta por Dios, una parte de su carga por la cual, finalmente, deberá rendir cuentas.

Igualmente, la mujer que es una Nueva Criatura, que se casó “en el Señor” y que, habiendo ejercido buen discernimiento, está bien emparejada, debería tener poca dificultad en comprender los deberes, las responsabilidades y los privilegios de su posición

según la carne. “Que la mujer respete^{*} a su marido” dijo el Apóstol [véase Ef. 5:33 —*Trad.*]. Ella no debe esperar que otros le hagan observar que no tiene el respeto de una mujer por su marido; ella no debe esperar tampoco que su marido le dé a entender que no le trata con el respeto que le es debido según el contrato de matrimonio y según las indicaciones bíblicas tocantes al deber de una mujer. Al contrario, considerando para ella misma cuáles son los deberes y las responsabilidades de una mujer, que se ocupa de respetar a su marido y de comprender que esta es la dirección de su voto de matrimonio conforme a las Escrituras — cualquiera que sea el significado que le dan el mundo y las diversas concepciones humanas. El respeto en cuanto al marido tiene un gran significado; él penetra realmente todos los asuntos de la vida; él concierne e influye cada acción, cada palabra y cada pensamiento relacionados con el hogar y con sus intereses.

El apóstol Pedro llama la atención al mismo tema, empleando expresiones un poco semejantes [a las del apóstol Pablo —*Trad.*], diciendo: “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor” (1 Ped. 3:1-6). Al igual que el hombre que honra a su mujer se honra a sí mismo, así la mujer que respeta a su marido se honra a sí misma. Sin embargo, esta reverencia [véase nota precedente —*Trad.*] por el marido como por el señor o dueño o jefe de la casa no significa esclavitud, porque la Iglesia no ocupa delante del

^{*} Versión Jünemann: “tema”; Nácar-Colunga, Versión Moderna, EUNSA, versión inglesa y Diaglott: “reverencie”; Biblia en Lenguaje Sencillo: “deba respetar”; Biblia de Jerusalén, Dios Habla Hoy, Torres-Amat: “respete”.

Señor una posición de esclavo, no siente tampoco un temor de esclavo, sino una reverencia de amor, de devoción, y allí está el ejemplo.

Esta reverencia por el marido no implica que la mujer no deba ejercer su juicio ni llevar a la atención de su marido las pruebas o las dificultades o las cargas demasiado pesadas para ella, etc. sino que ella no debería presentar su modo de ver, sus esperanzas y sus deseos de manera imperativa, sino con deferencia, reconociendo a su marido como jefe (cabeza) y que procura estar feliz y satisfecha con sus decisiones después de que le hubiera expuesto sus pensamientos respecto a temas de interés mutuo. Ella debería procurar estar tan atenta, tan sabia en la dirección de los asuntos de la casa que el marido le confié, que ganaría cada vez más su confianza y sería cada vez más capaz de desempeñar en el hogar, grande o pequeño, las tareas importantes de una compañera. El pensamiento que es una ayudante y el deseo que ella tiene de ser aprobada por su marido, se revelará estar en estricto acuerdo con la sugerencia que hace el Apóstol a propósito de la actitud conveniente de la Iglesia con respecto al Señor, en la fidelidad, y el deseo de recibir su aprobación. Pero lo mismo que, en la Iglesia, sería una ofensa grave de ignorar voluntariamente el Jefe (Cabeza), el Señor, a cualquier grado, tocante a la obra y sus intereses, así la mujer debería sentir que su conducta sería gravemente ofensiva y en violación de su alianza si tratara de ajustar el hogar terrestre y de ignorar voluntariamente a cualquier grado a aquel que ella emprendió a respetar como jefe de la familia.

En el caso de dos Nuevas Criaturas mal emparejadas — donde la mujer es manifiestamente superior — hay peligro de dificultad en arreglar las cosas. Si la mujer tiene mejor juicio para dirigir su hogar, para los gastos de la gobernación de la casa, para la educación de los hijos, etc. ella no tiene por eso la libertad de tomar la dirección de la familia, de darle órdenes a su marido o de dirigirle como si fuera uno de sus hijos o un criado. Tal violación del arreglo divino sólo puede producir de seguro un perjuicio espiritual, si no financiero y en los asuntos temporales, no sólo para el hombre sino que también para la mujer.

En tales condiciones, el hombre perdería a poquitos la virilidad que poseía; él abandonaría gradualmente toda cosa en las manos de su mujer, y se haría pura y simplemente su instrumento, su esclavo justo bueno para asegurar la subsistencia y para ejecutar a las órdenes de su mujer. Condición igual no estaría en provecho del marido a su cualidad de Nueva Criatura; degradación igual de su carne reaccionaría seguramente sobre él de manera desfavorable, le desanimaría y le impediría crecer en gracia, en conocimiento y en el servicio de la Verdad. Sobre la mujer, también, el efecto se revelaría desastroso en la proporción donde la conducta ordenada es más o menos mala. Si se trata de un caso extremo — o sea que el marido deje caer todo, a poquitos, sobre su mujer, o sea que la mujer haya usurpado gradualmente las responsabilidades de un marido — la mujer siente todo el peso de esta carga sobre ella, además de sus obligaciones maternas. En su tentativa de ser a la vez el marido y la mujer, el padre y la madre, está segura de hacerse más o menos una “mujer de negocios”, más o menos testaruda e imbuida de su papel. Es posible que sus amigas admiren la fuerza de carácter que manifiesta, consideren que ella también no puede actuar de otro modo y aún la animen y la propongan como ejemplo laudable de “mujer de carácter”; sin embargo, ninguna de ellas le *amará* a ella como le habría amado si hubiera desarrollado las características de una verdadera mujer y de una verdadera esposa. Además, las cualidades naturales que desarrollarían esta línea de conducta reaccionarían desfavorablemente sobre ella como Nueva Criatura en Cristo, y de manera inconsciente, ella se haría menos espiritual y más cohibida en las cosas concernientes a la Iglesia.

En caso de matrimonio mal emparejado entre Nuevas Criaturas, lo mejor para el marido, es de decirse: “Tomé a una mujer sin tener en cuenta el arreglo divino. Corrí así el gran riesgo de ser desgraciado en la gobernación de la casa. La única cosa posible, ahora, es de hacer todo lo que puedo para alcanzar el ideal más elevado para mí del verdadero marido, imitando en lo posible el ejemplo del Señor. Necesitaré vigilar aún más todas mis palabras y todas mis acciones, buscar tanto más ardientemente la

sabiduría que viene de arriba con el fin de que pueda cumplir lo mejor posible de los deberes de jefe de esta casa, tarea por la cual no me siento cualificado naturalmente.”

En un caso parecido, la mujer debería decirse: “Me descuidé de observar las instrucciones divinas del Señor y estoy mal casada en el sentido de que no puedo reverenciar a mi marido, dándome cuenta instintivamente que tengo más talentos naturales que él. Debo sacar la mejor parte de la situación. Debo desempeñar mi papel con fidelidad, y en la medida en que vea a mi marido inferior a su tarea, actuaré con tacto y rogaré para obtener la sabiduría de arriba con el fin de saber cómo ayudarle, cómo *elevarle* con el fin de hacer un carácter noble y de aumentar sus capacidades lo más posible, de suerte que yo pueda así amarle y reverenciarle más. Tal es mi deber estricto de esposa; lo haré escrupulosamente como para el Señor. En cuanto a sus debilidades y en cuanto a su pobre juicio, no sólo las esconderé a los de afuera, sino que en lo posible a yo misma; si debo dar parte de eso a mi marido, procuraré evitar hacerle algún reproche o hacer alarde de mis capacidades superiores. Quiero esperar que con el tiempo, sus propios fracasos le recomienden a apelar a mi juicio más seguro que, no obstante, no quiero imponerle, ni incitarle a adoptar, sino que le expondré simplemente, de manera amable, como una *compañera* debe hacerlo. Espero que dentro de poco él busque mi opinión y le conceda cada vez más peso en todos los asuntos de su vida, y que así, día tras día, año tras año, podremos crecer juntos en armonía con el divino modelo de la alianza entre Cristo y la Iglesia. Seré bendita como mujer cultivando la humildad y la sumisión al arreglo divino: mi esposo será bendito por la influencia ennoblecida que podré tener sobre él; así, el matrimonio mal emparejado que pareció en primer lugar tan desventajoso pueda, por la gracia del Señor — según las instrucciones de su Palabra — tener como resultado el traernos los dos más cerca del modelo divino presentado por el Apóstol”.

Otro caso diferente puede presentarse: aquel, por ejemplo, de dos Nuevas Criaturas, bien emparejadas según la carne, que, después de años de comunión y de asistencia, podrían desunirse.

Tal conclusión después de un principio tan favorable implicaría que el uno o el otro ha perdido el espíritu santo de amor, si no totalmente, por lo menos en una medida muy grande; que el uno o el otro descuidó la exhortación del Apóstol y toda la reglamentación divina de los deberes del marido para con su mujer y de la mujer para con su marido. Si la culpa incumbía al marido y que él dejaba de satisfacer las necesidades de su mujer, de amarla y si, al contrario, él la abandonara o sea en su corazón, o sea en su afección o realmente, esto implicaría que estaba alejado seriamente del Señor, de la guía de su Espíritu y de “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos”. En tales circunstancias no podríamos considerar a tal persona como aprobada del Señor, como un “vencedor”, a menos que no se reformara.

La dificultad podría venir del lado de la mujer. Ella podría hacerse rebelde, orgullosa, presuntuosa y gradualmente perder toda estima por su marido; ella aun podría mostrarlo bajo una luz falsa, perjudicarlo, y decir falsamente toda suerte de mal. Tal estado de cosas indicaría una condición de corazón muy mala, bien alejada de la que inculca la Palabra, e implicaría ciertamente una decadencia espiritual, sin importar a cuál grado se pudiera conservar una *forma* exterior de piedad. Tal persona estaría seguramente en una condición triste para aparecer delante del Esposo celestial con la menor esperanza de recibir su aprobación, porque tal conducta con respecto al esposo terrestre significaría ciertamente un aprecio pobre de los deberes de la Iglesia hacia su Señor. Si ella es infiel al marido que ha visto, esto probaría e implicaría ciertamente la infidelidad al Esposo celestial que no ha visto.

Las relaciones terrestres como marido o mujer, entre una Nueva Criatura y una que no la es, son para algunos, un tema de gran perplejidad, y numerosos son los que se encuentran en esta condición. Cuando ambos cónyuges se encuentran bien emparejados según la carne, el problema ya es bastante difícil, pero cuando no están emparejados ni físicamente, ni espiritualmente, las dificultades se multiplican aun más. Si el esposo forme parte de la

Nueva Creación y la mujer tenga el espíritu del mundo, su verdadera religión y “el espíritu de dominio propio” que ella da poco a poco respecto a todos temas, y la moderación que inculca en todos los asuntos, deberían aumentarle cada vez más en la estima de su mujer mundana, a condición de que sea, por naturaleza, noble de carácter y bien dispuesta. Las obsequiosidades que él tendrá por ella, la plena libertad religiosa que le concederá de pleno grado y su afecto personal al principio, todo tenderán a hacer de esta unión una unión feliz, excepto que el marido no encontrará en casa de su mujer esta comunión espiritual, que como Nueva Criatura, él debe apreciar por encima de cualquier otra comunión. Sin embargo, sus oraciones a favor de tal esposa al espíritu noble, su ejemplo personal, la presentación razonable que él haga de la Verdad, ganará según toda probabilidad, a tal mujer al Señor y hará de ella una compañera espiritual tanto como una compañera natural. De esta manera, la paciencia del marido y su fidelidad a sus obligaciones maritales podrían ser recompensadas ampliamente, mientras que la fidelidad de su mujer a los principios también traería a esta última la bendición y la felicidad.

Si sea que la mujer es un miembro de la Nueva Creación y que el marido tenga el espíritu del mundo, si por otra parte estén bien emparejados, el problema será asimismo comparativamente fácil de resolver. El marido de un carácter noble, aun si es mundano, respetará las acciones razonables de su mujer hechas por motivo de conciencia; su deseo de ocuparse de sus necesidades mentales, morales y espirituales, como se lo debe un marido, le proporcionaría todo lo que ella desearía como mujer, excepto la compañía espiritual de su esposo. Con tal esposo de espíritu noble, la fidelidad de su mujer hacia el Señor y hacia él mismo en todos los deberes de la vida, podría ser bendecida eventualmente al causar la consagración del marido al Señor, la mujer podría tener deseos y ambiciones laudables de orden temporal o hasta espiritual que su marido no podría apreciar, por muy noble que él pudiera ser. En ese caso, ella debería tener en cuenta el consejo que el Señor le da a su pueblo, de ser *moderado* en toda cosa; ella debería estimar la gran liberalidad de su marido, y no haciendo ningún

compromiso de conciencia o de principio, debería recordar que, entre sus obligaciones de mujer reconocidas por el Señor, hay una que exige que ella reserve para su marido una parte de su tiempo para tenerle compañía. Esto podría — pero no sería inconveniente — impedirle de asistir a *algunas* de las reuniones de la Iglesia, pero ella debería, en cambio, tener cuidado en su deseo de complacer a su marido, de no violar su propia conciencia ni de ponerle traba en sus responsabilidades y en su obediencia al Señor, Su Esposo celestial. Ella debería recordar su exhortación de no olvidar el reunirse de nosotros mismos. Todo lo que recomendamos aquí, es la moderación, la estima por su marido, etc. para compartir en cierta medida el tiempo con él reservando para él una parte razonable de su compañía.

Cuando los cónyuges son mal emparejados — el uno un incrédulo y el otro una Nueva Criatura — y que además lo son según la carne de suerte que la mujer sea superior intelectualmente a su marido, etc. — el caso es mucho más complicado y exige más sabiduría y gracia aún por parte del creyente. Dirigiéndose especialmente a los que se encuentran en esta situación, él les da el consejo siguiente: “Si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone... Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?” —1 Cor. 7:13-16

El único punto que es completamente claro tocante al deber del creyente, es que debe hacer *su deber*, y buscar de todas maneras convenientes y honorables que conserva la paz del hogar y su bienestar general, evitando toda causa de riña sin comprometer su propio afecto al principio y a su conciencia. Si hay una causa real de separación, el creyente debe procurar que la *causa* no sea de su parte. El Espíritu de Cristo que posee debe hacerlo día tras día más amable, humilde, más pacífico, prudente, más sabio, más longánimo, más paciente, más afectuoso y más benévolo. Sin embargo, no bastará siempre hacer frente a la

situación. A veces, el incrédulo tiene disposiciones naturales tan viles y les da rienda suelta, hasta el punto de ser completamente irascible; entonces, lo mismo que las artimañas benévolas de Dios con respecto al Faraón sólo endurecían su corazón, así el Espíritu de Dios en sus hijos, brillando en toda medida posible del resplandor de las gracias y de los frutos de este Espíritu, puede encontrar a veces sólo este odio que las tinieblas tienen por la luz y a la cual nuestro Señor hacía alusión, diciendo: “Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19-20). En casos iguales, puede que la separación resulte, así como lo indica el Apóstol, que sea o no acompañada de un juicio de divorcio devuelto por tribunales terrestres. En ningún caso, sin embargo, la Nueva Criatura no está libre de casarse de nuevo mientras el divorcio no sea concedido y esto en el único caso mencionado por nuestro Señor: Adulterio del cónyuge. —Mat. 19:9

En el texto citado arriba, el Apóstol declara: “Pero si el incrédulo se separa, sepárese”, pero no hay que deducir de eso que la deserción de uno de los cónyuges concede al otro la libertad de volverse a casar: ella indica pura y simplemente que el creyente debería considerar esta deserción como una de las circunstancias de la vida permitida por la providencia divina que Dios es abundantemente capaz de dirigir para su bien; aceptándolo así, él debe esperar a tener ocasiones favorables correspondientes para rendirse útil para el servicio del Señor. Aunque el Apóstol subraye muy expresamente que el creyente no debe ser el que abandone al otro, creemos que los tribunales humanos han comprendido e interpretado prudentemente la situación llamándola un “abandono implícito” — es decir, que es posible que un cónyuge abandone completamente al otro en la vida no separándose de manera absoluta. La mujer incrédula podría ejercer (y en ciertos casos ha ejercido) tantas pequeñas molestias en el hogar, que lograría destruir todo lo que hace la dulzura para convertirlo en un purgatorio verdadero; ella podría así lograr destruir las publicaciones religiosas de su marido, esforzarse por impedirlo totalmente de leer o de estudiar, o de reflexionar, a causa de la

agitación provocada a propósito entre los hijos influidos por ella a no hacer ningún caso de las palabras y de los consejos de su padre, y a tratarlo de manera indigna.

Tal mujer no puede abandonar realmente a su marido, sino que con un espíritu más vil, puede preferir emplearlo como su esclavo, con el fin de que, por su trabajo, pueda gozar de todo el bienestar material de la vida. Las leyes humanas asimilaron tal línea de conducta a una deserción — el abandono de la alianza y de las obligaciones del matrimonio y de los deberes razonables de la vida. Tal persona se hace un obstáculo y un ofensor en lugar de ser una compañera. En ese caso, creemos que el marido es perfectamente justificado a considerarse como *abandonado* y a tomar un domicilio separado donde podría tener aquellos de los hijos que no habrían sido envenenados completamente por la mala conducta de la madre. Sus *obligaciones* hacia tal mujer ya tuvieron su término a causa de su conducta; es ella la que dejó y rompió el contrato del matrimonio, y quitándole su apoyo, él pura y simplemente sólo accede a las exigencias de su conducta. Si, sin embargo, ella se arrepiente en cualquier momento, él debería mostrarse generoso concediéndole el perdón y restableciendo el arreglo familiar en una base conveniente. Nada, en esta opinión, debería comprenderse como un estímulo que cultiva la impaciencia o la prontitud que se encuentra ofendido y que se siente perjudicado. El amor exige que todo lo que es *soportable* sea sostenido, y que si el mal ha sido devuelto por el mal, en palabra o en acción, la culpa sea considerada como compensada y perdonada.

En otros casos, el abandono puede ser de parte del marido incrédulo. Su carácter abyecto puede hacer de él un tirano brutal, sin consideración para la salud y la felicidad de su mujer, y particularmente hostil hacia sus convicciones religiosas. Así como ya lo indicamos, el creyente debe procurar obtener la gracia del espíritu de amor que le permitirá aguantar prácticamente “toda cosa” y aprovecharse de eso, crecer en gracia en estas circunstancias cultivando el Espíritu del Señor y sus diversas gracias. No obstante, hay un límite a todo, límite más allá del cual

no sería conveniente ir. Más allá de este límite, la influencia sobre el compañero injusto le devolvería un mal servicio en lugar de ayudarle. Cada uno debe decidir por sí mismo el límite justo de la sumisión en tales circunstancias. Hace falta que su propia conciencia decida después de que hubiera sido instruida tanto por la letra como por el espíritu de la Palabra divina. A medida que se crezca en gracia, es posible que las pruebas se hagan tanto más penosas, pero la dulzura debería permitir una fuerza más grande de resistencia, y una medida más grande del “espíritu de dominio propio” debería permitir determinar cuándo se haya alcanzado el punto donde el rigor y la ofensa ya no serían soportables. En tales condiciones, la gracia de arriba es necesaria; es prometida y debe ser buscada con ardor. —Santiago 1:5

Existen maridos innobles y brutales, que no tienen ninguna concepción justa, sea los deberes del marido, o sea las libertades legítimas de una mujer, sino cuya única concepción de una mujer es la de una esclava sujeta a prestación personal a voluntad, mejor que una criada a sueldo, o la de una sustituta de prostituta barata. Manera igual de actuar por parte de un marido constituye una desertión de su parte, y la ley de Dios tal como la expone aquí el Apóstol está, bien interpretada, en pleno acuerdo según nosotros, con las leyes humanas, las cuales declaran que para tal hombre, el nombre de marido es una denominación inexacta; que si nunca, a todo conocimiento de causa y realmente, ha contratado un matrimonio con una mujer, él lo rompió absolutamente e indiscutiblemente, como lo pruebe de modo convincente por su manera de actuar. Una mujer en tales circunstancias es libre de considerarse como abandonada y tomar todas las mejores disposiciones por ella según que tiene el medio; no obstante, ni por las leyes humanas, ni por las leyes divinas, no se le permite volverse a casar. En un caso parecido, ella debería esperar al Señor o sea para endulzar su condición, o sea si es posible, para proporcionar un medio de escapar de eso. Ella debería tener en cuenta la edad de sus hijos, lo que podría ser hecho por ellos así como por ella misma y pesar bien con cuidado y en la oración, las circunstancias, antes de tomar una decisión. Sin embargo, si su

situación sea soportable, que se queda, como lo dice el Apóstol, con la esperanza de que al mostrar el espíritu de dulzura, de gentileza, de paciencia, de amor, ella pueda recobrar el corazón de su esposo y tal vez ganarlo para el Señor.

Tratamos este tema largamente, sabiendo, según una correspondencia importante y privada, que buen número de los hijos más fieles del Señor vive en un horno matrimonial de aflicción. En las condiciones del llamamiento de la Nueva Creación, ninguno debería esperar que la vida presente sea un sueño apacible y agradable de felicidad terrestre, porque nuestro Señor, hablando especialmente de las Nuevas Criaturas, declaró: “Los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mat. 10:36). Ellas no deberían estar sorpresas de ser llamadas a aguantar mucho por causa de la Verdad, y así, de probarle al Señor su fidelidad hacia él y hacia su Palabra: su buena voluntad que aguanta todas las pruebas ardientes que él considere las mejores para hacer desarrollar en ellas las gracias del Espíritu. Así, ellas deberían darse cuenta de que no les incumbe escoger el género de pruebas ardientes que las desarrollarán, las prepararán y las harán listas para el Reino, sino que deben volver a poner toda cosa en las manos del Señor. Sin embargo, es de nuestro deber de mostrar a las de ellas que sufren, que después de un tiempo razonable de prueba y de desarrollo, deben esperar la liberación divina, la abertura para ellas de una vía que les permite escapar de las cosas demasiado difíciles de aguantar. Esto concuerda con la exhortación de nuestro Señor: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra.” —Mat. 10:23; 2:13; 4:12; 12:15

LA CONCIENCIA, EL CRITERIO DECISIVO

En relación con estas cosas, hicimos alusión a la conciencia, y puede ser apropiado de llamar la atención aquí en lo que entendemos por este término. Queremos decir: la convicción en cuanto a lo que es justo, lo que es el deber. En el hombre perfecto, la conciencia sería un guía absoluto; él conocería del instinto el derecho y el deber; pero los seis mil años de caída trajeron la raza

en una condición tal que la conciencia es desarreglada, torcida ciertamente por ideas erróneas. La conciencia cristiana se confunde en la fe en Dios, en la aceptación de su voluntad como siendo absolutamente recta, y la confesión de nuestra propia obligación de obedecer totalmente y con toda el alma a la voluntad divina. La conciencia necesita por lo tanto justamente la instrucción tal como la expone la Palabra de Dios, y por esta razón, la Nueva Criatura debe tener “el espíritu de dominio propio”: su convicción sobre lo que es bueno y sobre lo que es malo debe desarrollarse y alumbrarse a medida que la Nueva Criatura crezca en gracia, en conocimiento y en el espíritu de amor. Obedecer a la conciencia, esto es para la Nueva Criatura hacer lo que ella cree que el Señor quisiera verle hacer; sin embargo, ella no debe llegar a una conclusión demasiado rápido acerca de este tema, sino debe pesar con cuidado el testimonio de la Palabra divina y decidir en consecuencia. Hay gente que permite que el temor y la sumisión servil dominen su conciencia y la corrompan como verdadera consejera. La línea de conducta conveniente que hay que seguir para el pueblo del Señor es de guiar su conciencia, es decir, de guiar sus convicciones por lo que es bueno y lo que es malo, por la *Regla de oro* y todas las instrucciones secundarias que ofrecen las Escrituras.

EUNUCOS, VÍRGENES, CELIBATO

Las preguntas de sexología son entre las que causan ciertamente la perplejidad más grande para la Nueva Creación; es por eso que no debemos descuidarlas aquí. Los que han sido engendrados por el Espíritu a las alegrías y las bendiciones espirituales, a la amistad y a la comunión espirituales, se dan cuenta de instinto que los contactos sexuales no elevan espiritualmente, sino que su tendencia es más bien en la dirección opuesta. Es bueno que todos los consagrados no casados del Señor examinen este tema a fondo antes de entrar en los lazos del matrimonio y de asumir sus responsabilidades. El Señor parecía hacer alusión al celibato de manera aprobador cuando dijo: “Hay

eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos” (Mat. 19:12). Esto quiere decir que algunos, por el ejercicio de su voluntad han tomado después de su consagración al Señor, la determinación de no casarse, sino de quedar vírgenes llevando una vida de celibato. El Señor mismo fue uno de éstos y es seguramente nuestro ejemplo más noble y deberíamos seguir todos sus pasos tan cerca como posible. El Apóstol atrae insistentemente nuestra atención en este tema al decir:

“En cuanto a las vírgenes [muchachos o muchachas] no tengo mandamiento del Señor; mas doy mi parecer, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel. Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad que apremia [es decir, en las condiciones presentes: por una parte, nuestras propias imperfecciones y las de otros, y por otra parte, los privilegios, ocasiones favorables y deberes especiales de los que han hecho una plena consagración al Señor], que hará bien [digo] el hombre en quedarse como está [quedar en la condición donde la Verdad pudo encontrarle, casado o soltero]. ¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte. Mas también si te casas, no pecas; y si la doncella se casa, no peca.

“Pero los tales [que están casados] tendrán aflicción de la carne, y yo os la quisiera evitar. Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen [ignorando voluntariamente las relaciones terrestres tanto como posible, y poniendo los afectos especialmente en las cosas celestes] y los que lloran [que se encuentran en aflicciones terrestres] como si no llorasen [esforzándose por olvidar las pruebas, las decepciones y las dificultades de la condición terrestre, para sacar provecho de la alegría y del regocijo en las mejores promesas que nos pertenecen para el futuro], y los que se alegran [en la prosperidad terrestre] como si no se alegrasen [su regocijo en las cosas espirituales sobrepasando ampliamente todas las demás fuentes de alegría]; y los que compran, como si no poseyesen [no colocando sus afectos en las cosas terrestres]; y los

que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen [los que permiten que la moderación y los intereses de la Nueva Naturaleza ejerzan control sobre todos los asuntos de la vida]: porque la apariencia de este mundo se pasa [como Nuevas Criaturas, debemos vivir de acuerdo con nuestras nuevas esperanzas, y no continuamente para la satisfacción de la carne, debemos procurar más bien cueste lo que cueste hacer firme nuestro llamamiento y nuestra elección para ser coherederos de Cristo en la gloriosa dispensación del mundo venidero].

“Quisiera, pues, que estuviéseis sin congoja [terrestre; es por eso que, además de la exhortación que acabo de darle concerniente al cambio de los afectos y de la renovación del entendimiento, ahora llamo su atención en ciertos hechos incontestables]. El soltero [plenamente consagrado] tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer [se encontrará en un peligro continuo de compartir sus afectos y necesitará continuamente estar en guardia, por temor de que los afectos terrestres absorban todo su tiempo, su amor y sus intereses, y esto en violación de su alianza con el Señor; ahora, los intereses de la Verdad deben tener prelación si quiere ser un discípulo vencedor y un coheredero en el Reino]. Hay asimismo diferencia entre la [condición de] casada y la [de una] doncella: La doncella [plenamente consagrada] tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.

“Esto lo digo para vuestro provecho [sin procurar ponerles bajo el yugo de la servidumbre o para aumentar de un modo a sus cargas, pero con el fin de que vosotros que no estéis casados, puedan pesar bien las cosas y tener en cuenta sus intereses y sus privilegios espirituales que se perderán casándose], no para tenderos lazo [para limitarse en la ocupación de sus libertades], sino para lo honesto y decente [lo más favorable para vosotros como Nuevas Criaturas], y para que sin impedimento os acerquéis al Señor. Pero si alguno piensa que [permaneciendo soltero] es impropio para su hija virgen [hacia una muchacha a la que le dio

esperanzas de matrimonio], que pase ya de edad [de suerte que hubiera dejado pasar otras ocasiones de casarse a causa de su compromiso para con él], y es necesario que así sea [si necesita a un protector o un sostén], haga lo que quiera [que se case o no]: no peca; que se case [si el caso parece exigirlo]. Pero el que está firme en su corazón, sin tener necesidad, sino que es dueño de su propia voluntad [para ejercer el dominio de sí mismo y llevar una vida de celibato con el fin de poder consagrarse más completamente al Señor y en su Servicio] y ha resuelto en su corazón guardar a su hija virgen [pureza] bien hace. De manera que el que la da en casamiento [que da su virginidad en matrimonio] hace bien, y el que no la da en casamiento [que no da su virginidad en matrimonio — véase nota de *Darby*] hace mejor.

“La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muere, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor. Pero a mi juicio, más dichosa será si se quedare así; y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios [el pensamiento de Dios respecto al tema, como ya lo declaré. No hablo de un mandamiento recibido o por inspiración directa, sino según mi convicción o juicio de la voluntad divina].” —1 Cor. 7:25-40

Después del matrimonio es demasiado tarde decidir si se prefiere o no llevar una vida de celibato. El Apóstol subraya esto de manera muy clara, declarando que el marido no disponga de su cuerpo no más que la mujer disponga del suyo, sino que en el matrimonio, cada uno de los cónyuges se consagró al otro hasta el punto de que toda negativa de los derechos maritales razonables sería una injusticia y una violación del contrato de matrimonio. El Apóstol llama esto “negando el uno al otro” (1 Cor. 7:5). Es antes del matrimonio que se debe examinar estos temas. No sería conveniente tampoco que se trata de ligar al otro, ni que los dos hagan el voto de celibato en los lazos del matrimonio. La moderación en esto como en otro tema terrestre debe ser la ley, el freno por el cual la Nueva Naturaleza procurará mantener su

influencia sobre la carne^{*} hasta trayendo todos los pensamientos cautivos del corazón a la obediencia del Señor. Por muy deseable que pueda ser la continencia absoluta, el Apóstol muestra que no debe ser impuesta por el uno o el otro, por temor de que se haga una trampa y una tentación que viola las obligaciones del matrimonio. Él declara:

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal [lo que ella podría exigir en los límites razonables, naturales y justos], y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo [continente y libre, prácticamente un eunuco].... Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando” — que de ser consumido por una pasión irresistible que molestaría su comunión con el Señor y podría revelarse una trampa para ellos. —1 Cor. 7:3-9

“SOLAMENTE EN EL SEÑOR”

¡Cuán razonables son las exhortaciones del Señor! ¡Cuán sabias son ellas! ¡Y cuán provechosas son ellas para los que tienen un oído para oírlas y para someterse a ellas! Que los hijos de Dios deban casarse “solamente en el Señor”, puede en primer lugar parecer una restricción, una coacción, una servidumbre: pues ¡no!; es puramente y simplemente un consejo. Quienquiera que siga este consejo encontrará en fin de cuentas que ha sido bendecido, y quienquiera que haga poco caso de eso, en general, aprenderá más tarde, por experiencias penosas, cuánto ha faltado de sabiduría

^{*} Véase las restricciones judaicas de Lev. 20:18; 15:25.

actuando así.

Ningún otro contrato, ningún otro arreglo tocante a las cosas de esta vida presente no reviste la importancia del contrato del matrimonio; y sin embargo, personas de mentes bien equilibradas parecen tratarlo de una manera ligera y frívola. Ciertos padres parecen reflexionar con más cuidado y juicio en la compra de una granja, en la ganadería de su ganado, sus corderos, sus caballos, sus perros y su carne de cerdo que en la parte importante que deben tomar en la propagación de la especie humana. Tal falta de sabiduría es difícil de explicar a menos que se suponga que ellos consideran el matrimonio como un tipo de lotería, donde la suerte interviene en lugar de la razón; entonces ellos consideran que Dios es el creador de cada miembro en particular de la raza humana; al hacerlo, ellos carecen de discernir que, tocante a nuestra raza, Dios cumplió una obra perfecta en la primera pareja a que le dio el poder de procrear, un poder que pasó a su descendencia. La concepción justa de la naturaleza humana es que es el tipo más elevado de la creación animal, y que, como el resto de esta creación, es dotada del poder de reproducirse según su especie. Desde este punto de vista, se hace evidente en seguida que Dios no es el Creador directo de ningún individuo de la familia humana que vive actualmente, y que diversas debilidades, imperfecciones y debilidades del espíritu de las cuales sufre la raza, no pueden en toda equidad ser imputables a la obra divina, sino a la caída de nuestra raza en el pecado, y a los efectos naturales del pecado que tienden cada vez más a la caída en la imperfección, la degeneración, y la muerte.

Así, pues, aun el hombre y la mujer naturales deberían reflexionar bien a propósito del matrimonio, con el fin de que ellos puedan personalmente contrabalancear en toda medida posible las influencias degradantes que afectan la raza. Ellos deberían, por ejemplo, discernir la necesidad de las leyes de consanguinidad, con el fin de evitar el matrimonio entre personas de la misma sangre. Tales reglamentos no eran necesarios al principio, cuando los hijos y las hijas de Adán se casaban entre sí libremente y sin daño porque, la raza siendo todavía casi perfecta, ninguna debilidad

particular podía transmitirse a los hijos; pero ahora que la raza ha sido corrompida ampliamente y ahora que no sólo las enfermedades sino que las características mentales, los rasgos y las idiosincrasias se transmiten por herencia en las familias, es un acto de sabiduría — mucho más, es un deber, es un acto de justicia con respecto a los hijos que se quisiera poner en el mundo — no sólo de evitar las uniones consanguíneas de parentesco muy próximo que pudieran aumentar las particularidades y las idiosincrasias físicas y mentales, sino además, deberíamos en lo posible admitir cuán apropiado es de escoger a un cónyuge que sea de un temperamento diferente del suyo. La naturaleza parece en cierta medida, ayudar en este asunto, si bien los (las) verdaderos(as) rubios (as) o los (las) verdaderos (as) pardos (as) prefieren a un cónyuge de temperamento contrario.

Sin embargo, aunque estas reglas que son lo propio del hombre natural se apliquen a la Nueva Criatura, si ésta decidiera que era más sabio y mejor de toda manera para ella de casarse, el Apóstol hace todavía otra exhortación para guiar el matrimonio de la Nueva Creación según la carne: es para ella escoger “en el Señor”. Así es como ella sería bien emparejada tanto en las cosas espirituales como en el plano natural. Algunos pudieran hacer valer que si matrimonios entre padres próximos según la carne podrían producir extremos entre los hijos, así parentescos estrechos según el espíritu podrían también revelarse nefastos — de naturaleza que produce a hijos excéntricos en las cuestiones morales y religiosas. Respondemos: no. En la medida en que se recibe la nueva mentalidad (“mind”), su influencia está contraria a las excentricidades de la carne. El Apóstol declara: “tenemos la mente de Cristo”, “el espíritu de dominio propio” — consideramos las cosas desde el punto de vista de Cristo. La Nueva Creación es engendrada de su Espíritu, aunque sea siempre imperfecta según la carne; es guiada por el Espíritu por medio de la Palabra para comprender el pensamiento divino en toda cosa.

Es verdad que esta nueva mentalidad debe ejercitarse por medio del cuerpo mortal y de su órgano cerebral imperfecto: sin embargo, aunque las imperfecciones de la carne puedan, en cierta

medida, presentar la nueva mentalidad bajo una luz falsa y deformar su sublime y admirable simetría, la voluntad es superior; la carne es más o menos influida por ella, formada, educada, guiada y transformada gradualmente, de suerte que quienquiera que reciba la disposición (“mind”) de Cristo está seguro de tener, a la misma proporción, un juicio más seguro, un raciocinio sólido en todas las cuestiones y en todos los intereses de la vida. Esto pueda no querer decir que este miembro de la Nueva Creación será considerado por el mundo como más sabio que antes, pero lo que es verdad es que será realmente más sabio y que si el mundo no discierne que este miembro es cada vez más sabio, es porque él mismo es ciego, le falta sabiduría, no tiene la disposición de Cristo, y considera generalmente las cosas desde un punto de vista deformado por el decaimiento y el egoísmo. La sabiduría que queremos es la que viene de arriba; es lo que nos hará más puros, como lo explica el Apóstol, más pacíficos, misericordiosos, mejores hacia los hermanos, hacia la familia, hacia los humanos en general — incluso hasta hacia los animales. La sabiduría de este mundo, como la explica el Apóstol, es terrestre, sensual, diabólica, no es que toda la gente mundana, los hombres y las mujeres sean sensuales y diabólicos, sino que la tendencia general de la sabiduría mundana crece en esta dirección; esto significa también que los humanos aunque cegados, combaten las leyes del egoísmo que las tienen cautivos, procurando esconder las cadenas de su esclavitud a sí mismos tanto como a los demás.

Por “en el Señor”, deberíamos comprender que esta expresión significa mucho más que una creencia simple en el Señor, de labios, mucho más que una membresía simple en la iglesia nominal. La gente mundana debería casarse con la gente mundana, la gente de la iglesia nominal debería casarse con la gente de la iglesia nominal; los creyentes justificados [los creyentes simples —*Edit.*] que se confían en la sangre preciosa [en la sangre meritoria —*Edit.*] de Cristo deberían casarse con compañeras [Edit.: semejantes] justificadas. Pero los que han tomado el paso de una plena consagración y se hacen miembros del cuerpo de Cristo, de la Nueva Creación, engendrados de nuevo, deberían casarse sólo con

Nuevas Criaturas — con los que están “*en el Señor*” como miembros aceptados del cuerpo de Cristo participantes de su espíritu de santidad; además, como ya lo mostramos, cada uno debería procurar que las relaciones convenientes entre sexos sean mantenidas. La mujer deberá ocuparse de casarse solamente con un hombre “en el Señor”, que pueda respetar moralmente, intelectualmente y espiritualmente, como el jefe de la familia — alguien que ella pueda “reverenciar”; el hombre debería ocuparse de casarse con una persona “en el Señor” que sería, por lo que sea capaz de juzgarlo, una verdadera compañera, pura de espíritu, cariñosa, dulce, servicial, que no le sea superior lo que naturalmente, lo obligaría a considerarla como el jefe verdadero de la familia. La Nueva Creación, en posesión del espíritu de dominio propio, debería observar todas estas reglas del matrimonio, aun si son descuidadas por la gente mundana que no es guiada por el pensamiento de Cristo sino está dispuesta a hacerlo sólo en su cabeza, a ser guiada por sus propios caprichos o su imaginación, o que se equivoca mutuamente. Si sobrevengan dudas, no corra de riesgos inútiles, espere que se resuelvan.

Se pueda objetar que si se contemplara el matrimonio desde un punto de vista tan difícil de satisfacer, las uniones serían mucho menos frecuentes. Respondemos que esto es posible, pero que buen número de los que están casados actualmente, en particular los que, por la gracia del Señor, llegaron a comprender más claramente su relación con el Señor, como Nuevas Criaturas, y a tener conocimiento del consejo que da en interés de su desarrollo espiritual respecto a temas concernientes a la carne, no se casarían más como lo hicieron. Ahora son más sabios. Para muchas personas mundanas, parece que la posibilidad de obtener, en las tribunales terrestres, y según las costumbres, el divorcio completo y el nuevo casamiento, los haga menos prudentes, circunspectos tocante a la elección de un esposo o de una esposa. La Nueva Criatura debería recordar que su unión matrimonial es semejante a la que existe entre el Señor y la Iglesia, es decir perpetua; que no es anulada por cualquier tribunal terrestre hasta el punto de permitir otro matrimonio salvo por la única razón especificada en

Mat. 19:9. Para el pueblo del Señor, el matrimonio “en el Señor” es por lo tanto un compromiso muy importante que debería tomarse sólo después de haber considerado, y examinado en la oración y la reflexión cada aspecto de la situación en la medida de su propio discernimiento.

La Nueva Creación tiene otra seguridad en este asunto. Debido a su alianza con el Señor, la Nueva Criatura ha abandonado su propia voluntad y ha aceptado la de su jefe (Cabeza), el Señor; si tal es su actitud de espíritu — un deseo sincero de conocer la voluntad de Cristo (1) a saber, si ella debe casarse y (2) cuál es la elección del Señor para ella; después de haber ejercido su mejor juicio y su libertad de actuar, volverá a poner todo el asunto al Señor y le rogará dirigirla según su sabiduría, aceptando con la satisfacción del corazón, las directivas posteriores de la providencia divina — que estén favorables o contrarias a lo que su mejor juicio había aprobado. Actuando justamente así y no de otro modo el pueblo del Señor puede estar seguro de tomar la buena manera de actuar. Según lo que precede, vemos cuán importante es que la Nueva Creación deba tener claramente en mente las instrucciones que da la Palabra del Señor respecto a este tema; que ella deba tener el mismo espíritu de la Verdad; que ella conserve constantemente en memoria el hecho de que sus miembros son Nuevas Criaturas; que ellas no vivan como hace el mundo, para gozar simplemente de la vida presente, para educar a una familia según la carne, sino que su fin (o su objetivo o su esfuerzo) más elevado debería andar según el espíritu y seguir las instrucciones del Señor en todos los asuntos temporales tanto como espirituales. Ellas deberían tener siempre en mente el hecho de que son consagradas al Señor, muertas con Cristo en cuanto a las cosas del mundo, y que en lo sucesivo su fin, su objetivo esencial, debería usar la vida presente y los vasos terrestres como sacrificios de la manera más sabia como posible, en interés de la Nueva Criatura y de la obra general que ella misma cumple para servir y glorificar al Señor, para edificar a sí misma y para edificar a otros de la misma preciosa fe en las gracias espirituales. ¡Cuán importante es que los que están casados, que los que no lo están y que los que

La Nueva Creación

contemplan el matrimonio, recuerden que “todo” es depositado en el altar, y el único medio de obtener las cosas gloriosas prometidas sólo puede venir mediante el consumir del sacrificio, y por consiguiente, que todos los asuntos de la vida presente deberían ser ordenados según todos sus medios, para concurrir a lo mejor de su propia prosperidad espiritual, de la prosperidad de los hermanos y de la gloria de nuestro Jefe!

ESTUDIO XIII

OBLIGACIONES DE LOS PADRES DE LA NUEVA CREACIÓN

OBLIGACIONES IMPORTANTES VINCULADAS CON EL EJERCICIO DE LAS FACULTADES DE PROCREACIÓN — INFLUENCIAS PRENATALES — “INSTRUYE AL NIÑO EN SU CAMINO” — LA INFLUENCIA DE LAS ESCUELAS DOMINICALES — LA CONFIANZA DE LOS HIJOS — EL PODER DE LA SUGERENCIA EN LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS — NUESTROS HIJOS EN EL TIEMPO DE ANGUSTIA (O CONFUSIÓN) — ENTRETENIMIENTOS APROPIADOS Y ENTRETENIMIENTOS INAPROPIADOS — MATRIMONIO DE LOS HIJOS DE LAS NUEVAS CRIATURAS

Las obligaciones que incumben a los padres son las más considerables entre las que están relacionadas con los asuntos humanos. El poder de procrear la especie humana, con todas las posibilidades que están vinculadas con el ser traído así al mundo es un poder maravilloso, por el cual el hombre se acerca más al poder divino. En realidad, es este último que el hombre ejerce como agente de Dios. El nacimiento de cada niño abre los horizontes en direcciones opuestas, o sea para su ventaja, o sea para su detrimento, para el bien o para el mal, para el honor o para el deshonor, hasta extremos prodigiosos. Es cierto que si la humanidad discerniera este tema desde su verdadero punto de vista, el engendramiento de niños, en lugar de ser el resultado de una pasión y de un relajamiento de los principios intelectuales y morales, sería ennoblecido y devendría una consagración, en la cual las responsabilidades de paternidad y de maternidad se asumirían de tal manera y a tal grado que, hasta ahora, muy pocas personas lo han hecho en realidad. Esta idea de obligación debería extenderse no sólo al niño, de quien las características mentales, morales y físicas dependen de los padres, sino también al Creador que les confió a los humanos esta facultad maravillosa de reproducción; porque habiendo recibido este encargo, ellos deberán dar cuenta a Dios del uso que hayan hecho.

Este sentimiento de responsabilidad se intensifica cuando comenzamos a darnos cuenta de que según el arreglo divino, los padres no sólo influyen el carácter del futuro niño en el momento de su engendramiento, sino que también durante cada período de gestación. Durante este período, la mente de la madre, sus pensamientos, sus disposiciones, sus sentimientos, todos impresionan al niño en embrión; además, en este período, la madre misma es particularmente sensible a las influencias de su ambiente, la mayoría de las cuales, si no todas, dependen del marido. Si la mente de la madre se mantiene serena y alegre y su corazón feliz, esto tendrá una influencia favorable en el embrión; pero si, al contrario, está atormentada, cansada, apenada, agobiada por discordias e incertidumbres, esta angustia marcará seguramente su impresión sobre el embrión, dándole por la vida una disposición huraña o triste o un mal genio. Si, en el ambiente, las condiciones son las de desenfreno, de egoísmo y de bajeza, ¿es de extrañar si el embrión estando impresionado así y el niño nacido con tales impresiones será mediocre, vil y con tendencias al desenfreno, al egoísmo, etc.?

¡Que se nos comprenda bien! No pretendemos en absoluto que todo el mal que existe en el mundo constituye una herencia directa del pecado y de la debilidad legada por los padres al niño durante el período de gestación, ni tampoco que todo sea imputable a este período y a la formación que el niño recibe luego hasta la edad de hacerse hombre o mujer. Admitimos como posible que ciertos malos hombres y que ciertas malas mujeres hayan sido de buen nacimiento y de buena crianza. Satanás mismo fue creado perfecto y pecó voluntariamente contra la enseñanza del Creador; sin embargo, nos inclinamos seriamente a dudar que muchas personas de carácter vil nunca hayan recibido estos dos asistencias importantes hacia la rectitud: Estamos en pleno acuerdo con las Escrituras que establecen la siguiente regla general: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” [Prov. 22:6]. ¿Cuántos padres, más o menos dispuestos a discutir la veracidad de este texto bíblico, recuerdan que es en el mismo momento del engendramiento del niño cuando hay que comenzar

su formación, y cuando un niño engendrado en malas condiciones necesita que se le quite las debilidades, las tonterías y el pecado que le marcaron antes de su nacimiento?

No deseamos dejar a entender que un niño puede nacer perfecto en las condiciones actuales de decaimiento y de imperfección. Al contrario, recordamos bien la declaración del Señor: “¿Quién hará limpio a lo inmundo?” [Job 14:4]. Reconocemos que cada uno de nosotros puede decir en realidad: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” [Sal. 51:5] y decimos simplemente, insistiendo, que sin importar lo que el mundo pueda ver o no respecto a este tema, los que pertenecen a la Nueva Creación deberían darse cuenta de que es posible, en cierta medida, atenuar las manchas y las debilidades inherentes en la raza caída. Ellos deberían por lo menos procurar que sus hijos nazcan con caracteres tan nobles que se les puede dar dentro de los límites del arreglo divino. Decaídos, lo serán sin embargo, y todavía necesitarán a un Salvador; sin él, nunca podrían alcanzar la perfección o ser digno de la vida eterna. Se le permite al hombre natural percibir esta verdad en cierta medida y sacar provecho de las sugerencias que acabamos de hacer, pero no hasta el mismo punto que lo puede hacer la Nueva Criatura.

Cualesquiera que sean los esfuerzos que él haga, el hombre natural es siempre natural — de la tierra, terrestre — es por eso que él no puede inculcar en su mujer, y ella en el embrión, los pensamientos y los sentimientos que los dos poseen, y estos pensamientos y estos sentimientos son necesariamente lejos de alcanzar el plano más elevado, el plano espiritual. Mientras que el entendimiento de la Nueva Criatura capta las esperanzas, las promesas y los ideales espirituales, y mientras que con razón, se esfuerza por compartirlos con “cuantos el Señor nuestro Dios llamare” [Hechos 2:39] por su verdad y por su gracia — se esfuerza muy particularmente por desarrollar a los hijos de Dios — sin embargo, si por alguna razón, las Nuevas Criaturas entran en relaciones matrimoniales y consideran que es sabio procrear a hijos, tienen en este punto una gran ventaja sobre el hombre y la mujer naturales. Estos padres consagrados tienen un ideal más elevado,

esperanzas y aspiraciones más nobles, alegrías más puras, y que se dan cuenta de la influencia de sus pensamientos, de sus emociones y de sus sentimientos en el niño embrionario, estos padres estarían en una posición de hacer mucho más para el niño que otros padres podrían hacer para su prole.

En un orden de ideas un poco análogo, el mundo ha adquirido una sabiduría egoísta. Por ejemplo, los que se interesan por la especie más bella de bueyes, de caballos, de corderos, etc. no sólo toman mucho cuidado con los acoplamientos de sus animales, sino que además, cuando se proponen criar caballos de carreras, toman cuidados atentos por las madres (yeguas) durante el período de gestación. Ellos se ocupan de todas sus necesidades y de su bienestar; las cuadras son limpias, brillantes, bien iluminadas, y sin saber con certeza hasta cuál punto la yegua puede apreciar retratos, los ganaderos decoran las paredes de su cuadra con cuadros de carreras de caballos. Además, mientras está preñada, se la lleva a ver concursos, carreras de caballos, etc. todo esto con el propósito de provocar una emulación fuerte cuya impresión reflejándose en su potro embrionario, será útil, favorecerá la rapidez del futuro caballo para la ganancia financiera más grande y la alegría más grande del dueño.

Los padres humanos no tienen tal interés financiero en su prole, sino tienen o deberían tener un interés más profundo y desinteresado. Sus esperanzas y sus ambiciones por su niño deberían ser de verlo bien dotado de cualidades mentales y morales. Aunque la Nueva Criatura no pueda esperar engendrar a su niño de una naturaleza espiritual (lo que no está en su poder), puede esperar darle en herencia terrestre una buena naturaleza tal como esté en simpatía estrecha con las cosas espirituales. Deberían ser ciertamente su deseo, su aspiración y su esperanza. Muchos niños han sido engendrados por padres que son honestos y temen a Dios; han sido bendecidos de manera correspondiente, y esta influencia que ha favorecido un noble ideal humano, se sintió por todas partes donde salió el Evangelio de Cristo. En consecuencia, los más elevados modelos y reglas prevalecen más generalmente en nuestros días en los países civilizados que en los países paganos, a

pesar de que, en general, los cristianos hayan apreciado sólo insuficientemente sus privilegios y sus responsabilidades con respecto a sus hijos.

Para resumir este tema: si las Nuevas Criaturas se unen y se proponen tener hijos, según la carne, deben disciplinar sus mentes y sus deseos de modo que el momento del engendramiento no se haga solamente de amor y de respeto mutuos, sino también de reverencia por el Creador y de aprecio por el poder procreador que Dios les concedió, a su imagen. Debería ser, además, una ocasión de pedir la bendición divina mediante oración, y más tarde cada día y en cada hora, los intereses del niño deberían preservarse en todos los arreglos de la vida. No veremos en esto un incidente simple de la vida, sino como la cosa más importante. Debería ser una ocasión especial para ejercer las gracias del espíritu que deberían haberse cultivado, previamente, en una medida muy grande: la fe en Dios y en sus promesas, la esperanza, la confianza, la paciencia, la bondad fraternal, la dulzura, la amabilidad, el amor. Desde luego, todas estas gracias prevalecen en todo tiempo entre los que pertenecen a la Nueva Creación, pero los padres deberían estar sobre aviso en tal momento, porque se dan cuenta de que están influyendo, marcando, inculcando el carácter de otra generación.

En lo posible, el interior de la casa debe ser claro y agradable, la mente orientada hacia cosas ventajosas tales como la lectura, la correspondencia, las matemáticas y las actividades prácticas de la vida. No debemos olvidarnos tampoco de cultivar el corazón en acuerdo completo con los principios de la justicia, del amor y de la sabiduría, con el reconocimiento constante del Señor en todos los asuntos de la vida, con la confianza afectuosa mutua entre marido y mujer, y con buenos sentimientos y benévolo con respecto al mundo en general. Con la benevolencia, la justicia, el amor, asociados con todos los asuntos de la vida, las condiciones serían las más favorables, pero imaginamos mal tal condición sin la colaboración completa del marido y sin que toda disposición sea tomada por él; es que en efecto, como ya hemos sugerido, en tal momento, la madre es la menos capaz de velar por todo, aun por las cosas que forman parte de su dominio acostumbrado en la

familia. Y luego el marido debe dar pruebas de la atención más grande a la conversación que él debe orientar en el sentido común, al alimento mental conveniente y fortificante tanto como al alimento material que debe proporcionar, y por encima de todo a la pureza de la mente de su mujer que él animará hacia el Señor, hacia su plan glorioso y hacia todos los rasgos del carácter divino, su sabiduría, su amor, su beneficencia, su justicia y su poder.

A esto muchos padres cristianos podrían responder que sus condiciones de vida no les son favorables hasta el punto de aportarles en este momento todas las facilidades, los gustos y la libertad en cuanto a los trabajos de la casa. Respondemos que esbozamos puramente y simplemente el ideal, y que pertenece a cada uno de los hijos del Señor de procurar acercarse a él tan cerca como posible. Sin embargo, la Nueva Criatura nunca debería olvidar que en esta experiencia como en todas las demás experiencias de la vida, el Señor suple por su gracia y por su espíritu, todas las desventajas y las deficiencias terrestres. Este consagrado, que se encuentra en alguna medida en circunstancias desfavorables, debería tanto más ardientemente buscar en la oración la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia, con el fin de que ésa llene su corazón y reine allí continuamente. Uno de los resultados de esta paz del corazón es que, a pesar de las confusiones que pueden inevitablemente rodear a la madre, el niño gozaría seguramente de una medida más grande de paz y de amor que de otro modo — más que lo tendrían sus hermanos y hermanas nacidos en otras circunstancias. Él debería ser menos nervioso, menos irritable, más tranquilo y más apacible, más dispuesto a lo que es recto en principio y en conducta.

“INSTRUYE AL NIÑO EN SU CAMINO”

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece.” (Prov. 13:24); “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” — Heb. 12: 7.

Nada es más lejos de nuestra intención que de recomendar el

uso de la vara a tontas y a locas y frecuente en la formación de los hijos. Citamos, sin embargo, estos pasajes bíblicos, para mostrar la posición errónea de los que sostienen que el castigo corporal por los padres es malo, aun si es necesario. Es cierto que un hogar *gobernado* por la vara es un hogar infeliz. Los hogares de las Nuevas Criaturas deberían ser gobernados por el amor y no por los castigos corporales. Debemos reservar simplemente éstos para una necesidad ocasional, para apoyar las reglas del amor, y cuando las administramos, esto debe ser con una mano de amor, y no con una mano de cólera. Las Nuevas Criaturas, gobernadas por el espíritu de dominio propio, aprenden gradualmente que el orden es una de las primeras leyes del cielo, y por consiguiente, debe ser uno de los primeros elementos y rasgos característicos del hogar de la Nueva Criatura.

Sin embargo, el orden no significa necesariamente la calma absoluta, si no, el desierto y las necrópolis silenciosas serían los únicos lugares donde reinaría el orden. El orden puede significar gozo tanto como paz, felicidad tanto como descanso, libertad tanto como ley. El orden significa ley: para las Nuevas Criaturas, la Ley de Amor, la Regla de oro que dirige al jefe de la casa y a su compañera, lo mismo que ella dirige a los hijos, haciendo de los padres algunos ejemplos para los hijos en todas las gracias cristianas. La ley, aun la Ley de Amor, significa recompensas y castigos, y en la familia pertenece a los padres de dispensarlos. Éstos, dándose cuenta de sus propias debilidades, necesitan a su turno ser guiados por el Padre celestial con el fin de que ellos puedan no sólo glorificarle en su propio corazón y en su propia voluntad, sino que para que su hogar sea un ejemplo terrestre del hogar del justo, el hogar de los que tienen el pensamiento de Cristo.

Las recompensas que ellos conceden a sus hijos deberían ser unas dulzuras y bendiciones tales como las circunstancias pueden permitir bajo la dirección de la providencia reconocida, de Dios. Sus castigos pueden ser más o menos severas según la obstinación del niño, pero nunca según la justicia estricta, nunca tratando de infligir al niño la plena medida de lo que su conducta pudiera

exigir en toda justicia, porque nosotros mismos no estamos bajo la justicia, sino bajo la misericordia, bajo el amor; también debemos manifestar la misericordia, no sólo en nuestras relaciones con otros, sino que muy especialmente con respecto a nuestros propios hijos cuyas imperfecciones y defectos les han sido transmitidos más o menos por nosotros mismos y nuestros antepasados. El amor puede castigar a veces por la negativa de un beso, como él puede recompensar a veces por un beso; a veces él puede privar por un tiempo al hijo indócil de la compañía de los hijos obedientes y de los placeres que se les concede. La ley de Amor puede ejercer hasta a veces la vara de la disciplina suprimiendo una cena o dando sólo lo estrictamente necesario (pan y agua) y no concediendo algunas de las dulzuras y golosinas suplementarias; él puede recurrir aún a veces a la vara verdadera del castigo para imponer la obediencia, y preservar así el orden y las bendiciones del hogar, no sólo en interés de los hijos obedientes, sino que en aquel del hijo castigado que se espera así bendecir y devolver completamente al orden.

Es apenas necesario recomendarles a los miembros de la Nueva Creación de no hacer declaraciones ofensivas o llenas de cólera con respecto a sus hijos; ellos saben, en efecto, que un lenguaje de esta suerte no conviene a nadie, en ninguna circunstancia. Al contrario, su “palabra debe ser siempre con gracia”, con amor, con bondad, aun si se trata de recuperar a alguien. No es necesario tampoco sugerir a la clase de personas a la cual nos dirigimos el peligro de dar golpes en la cólera; un golpe dado así podría herir al niño, no sólo físicamente — perjudicando tal vez para siempre su oído — sino también hiriéndole en sus afectos, desarrollando en él el temor de los padres en lugar del amor por ellos que debe considerarse como el único fundamento apropiado en el cual edificar la obediencia y el orden en el hogar. Además, un golpe precipitado o una observación punzante sería malo: esto indicaría una mala condición de espíritu entre los padres, una condición poco propicia de tomar una decisión conveniente y justa, en todo asunto, conforme a la Ley de Amor. El padre y la madre se deben a sí mismos, (como formando parte de su propia

disciplina), tanto como a su hijo, de no infligir nunca un castigo sin haber reflexionado suficientemente en eso y sin haber encontrado con calma y sin pasión que no es *más* fuerte sino al contrario *menos* fuerte que aquel que la justicia estricta pudiera requerir con razón. Ellos mismos se deben a sí mismos también que el niño comprenda claramente la situación, la necesidad de preservar el orden en la casa, con el fin de que la felicidad del hogar pueda continuar bendiciendo a toda la familia. Hace falta también que el niño comprenda completamente que sus padres no sienten ninguna cólera para con él, ninguna maldad, ningún odio, sino al contrario la simpatía, el amor y el deseo de hacerle bien.

Es posible que los padres no regenerados traten de dominarse así, pero les faltará una asistencia importante para alcanzarlo: no habiéndose sometido totalmente y completamente al Padre celestial, a su dirección y a su Palabra, ellos no pueden como lo harían las Nuevas Criaturas, volverse hacia la Ley divina, hacer valer que ellos mismos responden a ella, la reconocen y hacen esfuerzos para someterse a ella. Los padres cristianos disponen — si quieren servirse de eso — de una palanca poderosa de acción con respecto a sus hijos. Ellos deberían leerles en la Palabra que Dios sanciona la autoridad de los padres, exige que instruyan al niño en el camino que debe seguir, y además que deben mostrarle la necesidad — porque todos nosotros somos caídos e incapaces de alcanzar el modelo divino, etc.; de mostrar que todos estos medios y estas correcciones son ayudas necesarias para contrarrestar las malas tendencias con las cuales nosotros nacimos. Es un gran error suponer que el entendimiento de los niños no aprecia estos principios, ni lo que es bueno y lo que es malo, ni la conveniencia de castigos justos por toda mala acción y de recompensas por toda buena acción.

Muchos padres se olvidan de hacer una mirada atrás y de recordar cuán jóvenes eran cuando ellos mismos aprendieron a apreciar los principios de la justicia, a apreciar el cuidado de sus padres de no descuidarse de reprender, de corregir y aun de castigar cuando esto parecía necesario. Recordemos cuán penetrante era nuestro sentido de justicia cuando éramos niños —

cómo, mentalmente, aprobábamos la disciplina del padre o de la madre cuando comprendíamos su utilidad para el desarrollo de nuestro carácter, pero en cambio cómo nos irritábamos si no discerníamos el principio de justicia que hacía actuar a nuestros padres, si éramos reprendidos o sea castigados por cosas de las cuales no éramos culpables, o si fuimos castigados demasiado severamente con relación a la falta cometida. Esto no sólo es el mejor y más seguro medio de guiar a un niño, que de hacerle discernir lo que es bueno y lo que es malo, lo que es verdad y lo que es falso, lo que es justo y lo que es injusto, sino que esto también constituye una formación del *carácter* del niño, en el momento en el cual es el más susceptible recibir la influencia de los padres. Esta es una formación del carácter en el momento en el cual se forman la conciencia y el juicio del niño, y donde reconoce con razón a sus padres como sus únicos legisladores. Si esta obra de formación del carácter se descuida en la infancia, será mucho más difícil en el futuro, sin contar las desventajas que resultarán de eso en el ínterin tanto para los padres, como para el niño, para los vecinos y para los amigos.

Es muy importante por lo tanto observar que la formación de un niño no consiste solamente en enseñarle, en su comportamiento exterior, en ser educado, limpio, obediente, etc. sino además, y en verdad sobre todo, en establecer *en su corazón los principios justos*: reconocer convenientemente que el pensamiento del Señor es la única regla de vida, tanto para los viejos como para los jóvenes. Deberíamos inculcar la Regla de oro, la Ley de Amor, de generosidad, de dulzura, de paciencia, de amabilidad, de apoyo, tocantes a las relaciones del niño con otros miembros de la familia, los compañeros de juego, etc. El niño que aprende a ser egoísta, o al que no se hace ver amablemente el egoísmo natural (aparte de la presencia de otras personas), que no se reprende ni se corrige afectuosamente, pierde una de las lecciones más importantes en el momento más oportuno.

Los padres que descuidan tal ocasión oportuna de instruir al niño, de corregir su mente y su juicio, tanto como su comportamiento exterior, no pierdan solamente la ocasión más

oportuna para él, sino ellos permiten que las malas hierbas echen raíces en el jardín de su corazón donde deberían crecer sólo las gracias del espíritu; ellos mismos se preparan así más o menos unas tribulaciones en sus relaciones con este niño en el transcurso de los futuros años. Muchos dolores, muchas lágrimas de padres bien intencionados que sufren a causa de la indocilidad, de la obstinación, del egoísmo y de las “extravagancias” de sus hijos, pudieran haberles salvado si hubieran cumplido su deber hacia ellos cuando eran pequeños. Además, estos mismos padres pierden una gran bendición en sus experiencias personales, porque es una verdad indiscutiblemente que los padres que educan convenientemente a su hijo en el desinterés, el amor, la obediencia, la reverencia para con Dios, la obsequiosidad hacia otros, etc. harán para sí mismos experiencias preciosas; ellos crecerán en gracia, en conocimiento y en amor al mismo tiempo que se esfuerzan por enseñarle a su hijo estos principios. Ellos aprenderán también que el niño esperará a *encontrar* en su casa, en su conducta diaria y en sus relaciones con Dios, con los miembros de su familia y con su prójimo, la aplicación de los mismos principios que procuran inculcar en otros. Esto les hará tanto más circunspectos con su propio lenguaje, con su propia conducta, y esta prudencia, esta circunspección en todos los pequeños asuntos de la vida pública y de la vida privada, se desarrollarán seguramente cada vez más entre estos padres las gracias del Espíritu del Señor, haciéndoles así cada vez más aceptables por el Señor, y preparándoles y perfeccionándoles para el Reino.

El ambiente de un hogar lo pobre que sea, debería ser un ambiente de pureza. Sabemos que, en nuestras condiciones presentes, una pureza absoluta en los pensamientos, las palabras y las acciones es imposible, como absolutamente imposible una pureza material allí donde el aire está lleno de hollín y de polvo. Sin embargo, cada hogar cristiano debería ser de la limpieza más grande y posible; también exento de la suciedad e inmundicia del exterior como las circunstancias lo permiten, y también exento de la oblicuidad y de la mancha morales como puedan ser los vasos terrestres imperfectos. Cada niño debería ser capaz de recordar su

hogar, tan humilde que fuera y tan modestamente amueblado que fuera, como un lugar puro, una casa de Dios, un lugar santo. Él debería poder trasladarse hacia atrás, y aún recordar la voz de la oración al altar de la familia, las tiernas palabras del padre o de la madre en diversas ocasiones, y el ambiente general de paz y de calma gracias a la satisfacción y gracias a la sujeción a la providencia divina. Él debería poder percibir el perfume dulce de amor que reinaba en el hogar y se asociaba con cada miembro, manifestándose por la dulzura, la amabilidad, la bondad, el espíritu de ayuda mutua.

Podemos esperar que el niño engendrado y criado en tal ambiente de amor desee agradar al Señor y obedecerle desde los primeros momentos de su conciencia. Tan pronto como él alcance la edad de diez a doce años, se debería animarle a considerar la conveniencia de consagrarse plenamente al Señor, a recordar que su posición delante del Señor durante el período de inmadurez de juicio depende de aquella de sus padres, pero que tan pronto como el espíritu del niño sea madura, el Señor espera que este último haga una consagración personal. Aun si tal niño así criado descuidara o se negara a consagrarse al Señor, podemos estar seguros que las influencias del hogar paternal persistirían, aunque si, habiendo alcanzado la edad de madurez no hizo un pacto con el Señor, pueda con razón vacilar en acercarse al trono de la gracia — vacilar en reivindicar cerca del Señor la bendición que ha prometido *a los que le pertenecen*, ya que se negó a pertenecerle. Sin embargo él guardará todavía una memoria preciosa de los momentos de la oración y de la vigilancia divina atenta sobre el hogar de su infancia y sobre la familia; habrá también constantemente en él una aspiración a la protección divina, al privilegio de acercarse al Creador con el grito “Abba, Padre” y de estar en contacto con él. Si, algún día, él tenga hijos a su turno, sentirá instintivamente el deseo de criarlos como él mismo fue criado, y todas estas influencias se ejercitarán gradualmente en su corazón, y es muy probable que se consagre por lo menos en este momento. De toda manera, habrá gozado de la influencia de un hogar piadoso, de una protección santa contra excesos en los

cuales de otro modo hubiera podido caer.

Compare tal hogar con el perfume dulce de amor, de bondad, de paciencia, de amabilidad, con otro donde no se manifiesta el Espíritu del Señor, un hogar donde el egoísmo hace la ley, donde el niño asiste a las disputas entre sus padres, donde cada uno busca sólo su propio interés a costo del otro, donde el niño oye sólo reprimendas, quejas, reproches, palabras de cólera, sonidos discordantes, etc. Este ambiente se hace contagiosa entre los hijos que, a su turno, se pelean entre sí a propósito de sus pequeños asuntos, se hablan con maldad uno con otro y mantienen la casa en una agitación perpetua. La práctica constante del egoísmo en el hogar desarrolla este órgano en la mentalidad del niño y en su conducta.

Si, con una voz furiosa, el padre o la madre lo llama “pequeño pilluelo” [o “pillo”, “bribón”, “sinvergüenza” —*Trad.*], el niño en primer lugar herido en sus sentimientos por tales reflexiones en contra de su carácter, se endurecerá y poco a poco, aprenderá a vanagloriarse de ser un pequeño pilluelo. Cuando, por primera vez, él oiga a su madre en cólera e impaciente exclamar: “Voy a darte una paliza que la sientas”, o “te voy a torcer el pescuezo”, no hay duda que estas palabras producirán cierto terror en el corazón del niño, pero no le hará falta mucho tiempo para saber que éstas son sólo amenazas vanas de las cuales él tiene comparativamente poco de temer, y poco a poco, a medida que aprenda que las leyes civiles del país no permitirían a su padre o a su madre hacer tales violencias, su entendimiento infantil concluirá que su padre o su madre tenían bien la voluntad de hacerle daño, pero sencillamente que esto no se les permite. En estas condiciones se aleja el amor instintivo que tenía en su mente infantil. Él encuentra que su padre y su madre fallan en sus promesas que hacen frecuentemente sin menor intención de cumplirlas. Así, el niño aprende a mentir, a amenazar, a prometer, a engañar a otros en cuanto a sus intenciones verdaderas. De ahí, ¿es sorprendente que tal niño se haga un adulto de corazón duro? Lo que es sorprendente más bien, es que con una formación mala o una formación mediocre o una ausencia de formación, el mundo

civilizado no sea mucho peor que lo es.

HIJOS NACIDOS EN LA JUSTIFICACIÓN

En todas estas cuestiones, la Nueva Criatura tiene una ventaja positiva sobre todos los demás con respecto a sus hijos. Para comenzar, ellos deberían nacer en mejores condiciones, ser mejor provistos de cualidades en el nacimiento; y desde la infancia más tierna, deberíamos animar esta ventaja prenatal. El bebé nacido de unos días es casi ciertamente nervioso, irritable e inquieto si la madre misma lo es; hay de la madre al niño, una influencia no sólo por la leche materna, sino que de una manera telepática, eléctrica. Así, qué gran privilegio posee la Nueva Criatura que vive el Espíritu del Señor, con su paz, su amor y su alegría; ¡y qué favor es aquel del niño que es el objeto de tal cuidado! Humanamente hablando, sus posibilidades son mucho más grandes si se las compara con las de otros en cuanto a su virilidad noble o feminidad. Desde el punto de vista de la Palabra del Señor, ¡grande es su ventaja si nosotros recordamos que los hijos de los consagrados del Señor, como ellos mismos, están bajo el cuidado de la providencia divina en todos sus asuntos, que los hijos de los creyentes tienen así la promesa que “todas las cosas les ayudan a bien!”

No es difícil comprender que los hijos de las Nuevas Criaturas tuvieran una posición *justificada* [“*al ensayo*” —*Edit.*] delante de Dios a causa de las relaciones que sus padres tienen con Dios y con ellos. Lo mismo que la desobediencia de Adán y Eva y su alejamiento del Padre celestial trajeron el alejamiento de sus descendientes, así también la reconciliación del pueblo del Señor, por los méritos de la gran propiciación, no sólo les hacen volver en armonía con Dios, sino que sus hijos también son contados como [tenidos por, considerados como —*Trad.*] justificados a través de sus padres, y a causa de ellos, hasta el momento en que ellos mismos tengan la inteligencia y la voluntad de actuar. Sin embargo, la cuestión es más compleja, cuando uno de los padres pertenece al Señor y el otro está alejado de él, pero el Apóstol nos asegura que

en ese caso, Dios ve al niño como el que le pertenece, porque uno de sus padres es el discípulo del Señor. La influencia del padre creyente y consagrado, se considera como compensando y dominando la del padre no consagrado, en lo que concierne al niño. En este tema, el Apóstol declara:

“PUES DE OTRA MANERA VUESTROS HIJOS SERÍAN INMUNDOS [PECADORES, CONDENADOS]”

“Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer [creyente], y la mujer incrédula [concerniente al tema bajo examen, es decir, aquel de la prole de los esposos] en el marido [creyente]; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos [pecadores bajo la condena, no justificados, sin relación con Dios, ajenos a sus cuidados y a sus bendiciones]; mientras que ahora [debido a esta disposición de la gracia divina] son santos [es decir, en un estado de justificación (“de justificación al ensayo con Dios” —Edit.; véase Prólogo del Autor —Trad.) aceptable por Dios, gracias al cual puede tratar con ellos, pero no como con enemigos].” —1 Cor. 7:14

La cuestión de la formación conveniente de los hijos puede ser una cuestión difícil, pero que, para el Señor, no es demasiado difícil de ajustar. Es por eso que los padres (el padre o la madre) que se han hecho cristianos, pueden esperar que la gracia del Señor abunde tocante a sus asuntos, proporcionalmente a sus dificultades. Ellos deberían buscar con el más ardor posible, la sabiduría y la asistencia que vienen de arriba, con el fin de poder cumplir convenientemente sus deberes en las circunstancias más difíciles. La gracia del Señor basta para nosotros en todas las condiciones. El hecho que uno de los padres sea una Nueva Criatura, y el otro un incrédulo, o un no consagrado, no convierte en nada el arreglo divino concerniente a la cabeza de la familia. Esta función todavía corresponde al marido, y si es una Nueva Criatura, debe dirigir los asuntos de su familia tanto como es capaz de eso según las circunstancias, y guiado por la sabiduría de lo alto que se le promete. Si la mujer es la Nueva Criatura, su dominio propio, su afecto por los principios de la justicia, su amabilidad, su dulzura, su obsequiosidad, su solicitud deberían hacer tal joya en la familia, debería hacer brillar tanto su luz delante de su marido, que este

último podría tomar placer en dejarle prácticamente la dirección completa de los hijos para la cual discerniría que era especialmente competente. Sin embargo, cualquiera que sea la autoridad que debería ejercer, sería como delegada de su marido que, santo o pecador, es el jefe responsable de su familia.

Igualmente, el marido que hace brillar su luz debería esperar que su mujer, tanto como sus hijos, discernan la diferencia que lo distingue de los hombres irreligiosos, su espíritu de amor, su amabilidad, su obsequiosidad y su espíritu de dominio propio. Sin embargo, si estos resultados descontados no se producen, si además él es fiel, más grande es la hostilidad de su compañera incrédula, aun hasta el punto de hacer una separación necesaria, recordemos que el consejo del Señor nos advirtió que tal pudiera ser nuestra experiencia, diciendo: “No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido” y también: “Los enemigos del hombre serán los de su casa.” Y de nuevo: “No he venido para traer paz, sino espada” — aunque mi mensaje sea un mensaje de paz y de bendición en el presente, él provoca frecuentemente las contiendas, porque los niños de las tinieblas odian la luz, y porque muchos de ellos, engañados por el Adversario y las debilidades de su propia naturaleza caída, quieren combatirla continuamente. No encuentre esto extraño, considere esto como formando parte de su prueba, aguántela como permitida por el Señor hasta que le abra una puerta para salir de eso.

Ciertas personas que se hicieron consagradas del Señor, miembros de la Nueva Creación, piden una opinión, diciendo: “He sido mal enseñada desde el principio de mi experiencia cristiana en la iglesia nominal. Me dieron a entender que habiendo adoptado una religión, era salva; no necesitaba nada más que ir simplemente a la iglesia regularmente y pagar lo que es debido. No recibí ninguna instrucción, o sea poca, acerca de la necesidad de desarraigar el pecado y el egoísmo de mi propio corazón, y de reemplazarlos cada vez más por el Espíritu del Señor con sus riquezas de amor y todas las gracias interiores que resultan de eso. Le daba a mi marido todo mi tiempo disponible y toda mi energía para ayudarle en sus asuntos y para esforzarnos a elevarnos en el

mundo; fui dejada en la ignorancia de lo que significaba mi engendramiento del Espíritu; yo no sabía tampoco como debía cultivar la renovación de mi entendimiento para que adore cada vez menos las cosas de la tierra y cada vez más el carácter, las gracias, el poder y el crecimiento celestes. Durante este tiempo, mis hijos nacieron. Presumo que ellos heredaron estos rasgos de mi carácter que cultivaba durante mis gestaciones; después de su nacimiento, discerní hasta cuál punto ellos fueron descuidados tristemente según lo que ahora comprendo acerca de la formación apropiada de un niño y acerca del verdadero deber de una madre que es una Nueva Criatura en Cristo Jesús. Ahora mis hijos son turbulentos, tercos, egoístas, desobedientes. Ellos no sólo faltan de reverencia por Dios, sino que aún no tienen ningún respeto ni a él, ni a mis convicciones religiosas. ¿Qué puedo hacer por ellos? Comprendo bien que el Señor me perdone, mediante Cristo, de haber fallado por ignorancia mi deber hacia ellos en el pasado. Me doy cuenta también que estoy simplemente cosechando lo que sembré y que mis experiencias presentes son sólo una retribución justa por haber descuidado mis deberes en el pasado. ¡Oh! ¿Dónde estaba mi sentido cristiano? ¿Cómo faltaba del espíritu de dominio propio y dónde estaban mis instructores y guías religiosos que no sólo me enseñaban mal tocante al carácter de Dios y de su plan, sino que aun no me enseñaban el más simple de los deberes naturales — mis obligaciones maternas? ¡Por desgracia! ¡Comprendo que gasté mi dinero manteniendo a estos conductores religiosos por lo que no era pan, por lo que no satisfacía, ni temporalmente, ni espiritualmente! ¿Pero ahora, qué es mi deber? ¿Qué línea de conducta debo seguir? ¿Cómo puedo rectificar, en toda la medida posible, mi descuido del pasado?”

Respondemos a estas peticiones que sobre este tema como sobre cualquier otro tema, el pueblo del Señor no debería afligirse como los que no tienen esperanza. Sin duda alguna, agrada al Señor que sentíamos de haber fallado nuestros deberes en el pasado, y no le agrada menos que le pidamos perdón por tales faltas, que le prometamos una fidelidad más grande desde ahora en adelante de buscar cuáles son nuestras obligaciones hacia los que

dependen de nosotros, y de cumplirlas. Le complacería seguramente que las experiencias presentes que hacemos con los hijos indisciplinados, nosotros les aceptemos con paciencia, con indulgencia, como formando parte de un castigo por nuestros pecados de omisión o de comisión en su formación; recibidas de esta manera, estas pruebas pueden servir para pulirnos y para prepararnos para el Reino.

En cuanto al deber de esta madre hacia tales hijos, consiste indudablemente enseñarles las lecciones que se deberían haberles enseñado en su joven edad: la responsabilidad hacia el Señor, los principios de equidad, de justicia, de amor unos para con otros y para con todos. Toda esta instrucción debería darse con gran amor, gran indulgencia y gran paciencia; sería así para el niño una lección notable del poder de la gracia en el corazón de su madre. Según la edad del niño y según otras circunstancias en relación con él — hasta cuál punto los malos principios fueron arraigados, etc. — deberíamos esperar los resultados con paciencia. Si las *restricciones* parecieran absolutamente necesarias, deberíamos aplicarlas con dulzura, con consideración y explicándolas. La autoridad de los padres debería establecerse con benevolencia y no con aspereza. No deberíamos esperar que los hijos que se han acostumbrado reinar en la casa se hagan buenos y obedientes instantáneamente. Deberíamos buscar la sabiduría de lo alto en todos los detalles de los arreglos y de la gobernación del hogar, porque ningún extranjero en la casa es competente para comprender a fondo todos los asuntos de la familia de otro, ni para dar directivas precisas para gobernarla de manera conveniente.

Dos principios deberían servir como guías: en primer lugar, el amor por el Señor y por los hijos, y este amor debería ser guiado y dirigido por la Palabra de Dios; y en segundo lugar, deberíamos continuamente recurrir a la Palabra de Dios como la fuente de autoridad y de instrucción. Además, todos los padres deberían aprender a tratar a sus hijos con consideración. Los que sean hijos bien educados o no, deberían darse cuenta de que su padre o su madre respeta su conciencia y su juicio, y que él (o ella) trata de actuar con ellos de acuerdo con estos elementos de carácter. En

particular, cuando el niño se hace un adolescente, debemos apelar a su razón y abandonar en la misma medida la fuerza y los castigos corporales.

En cierta medida, se debe encontrar en casi todos los seres humanos el principio de justicia al cual ya hicimos alusión, y en particular si resulta que el sentido de la justicia es sostenido por el egoísmo. Así, cuando el niño se hace un adolescente, él siente de manera instintiva que ha salvado una línea de demarcación, que no se debería tratarle más como un niño, sino como un compañero, que no se debería *ordenarle* más sino pedirle hacer algo; en lo sucesivo, no deberíamos *exigir* más de él que él rinda estrictamente una cuenta de todo lo que gana, sino permitirle una libertad de acción más grande y una personalidad más grande que antes. Padres sabios, justos y afectuosos no deberían tratar de violar estos derechos que aporta la madurez; al contrario, a partir de este momento, ellos deberían procurar actuar con el hijo o la hija como con un hermano más joven o una hermana más joven — como un consejero y como el mejor amigo. A buenos padres, a propósito de eso, les faltan a veces la sabiduría y el espíritu de justicia, y abusan de la autoridad que el niño ha permitido hasta entonces. Ellos no tienen en cuenta su virilidad o su feminidad, y tratan de mantener el carácter imperativo de su autoridad; ellos lo alcanzan a veces más o menos, pero, nunca creemos, a su ventaja real, ni a la de sus hijos. Ellos saben, tanto como el hijo por otra parte, que sacan provecho de su docilidad y que si el hijo quería rebelarse, las cosas se ajustarían rápidamente de otro modo. Los padres deberían reflexionar y comprender que su comportamiento puede causar daño a la afección verdadera que él tiene por ellos. Él discierne esta marca de egoísmo y de injusticia en la conducta de sus padres cuyos sentimientos había juzgado en otro tiempo de manera diferente. Así el amor filial es zapado a sus mismas raíces, y es posible que los padres aprendan antes de morir el error que cometieron, aun si tuviera éxito en ellos temporalmente. No queremos decir por ahí que las obligaciones del hijo cesan tan pronto como alcance la edad adulta. Todo lo contrario. Consideramos, de acuerdo con la legislación civil del mundo, que

un hijo está obligado a ocuparse de las necesidades de sus padres hasta su muerte, y siempre y cuando que tenga la fuerza. Lo que queremos mostrar, es que si, antes de la madurez del hijo, los padres tienen plena autoridad sobre él, después de su madurez el hijo tiene su propia personalidad, su individualidad que hay que reconocer y a la cual hay que apelar. Es el deber del hijo de ocuparse de las necesidades de sus padres, pero si estos últimos se las piden como es debido, el hijo obedecerá tanto más prontamente y con toda el alma. La obligación del hijo hacia sus padres de edad que debe apoyar corresponde exactamente a la responsabilidad de los padres en cuanto a los cuidados y la protección que deben a su hijo hasta que alcance cierta madurez. Es completamente raro que los padres que actuaron con justicia y amor con respecto a su hijo sean dejados en la necesidad si el hijo tenga la fuerza de apoyarlos.

Mientras examinamos los deberes de los padres hacia sus hijos, diversas preguntas se plantean a propósito del límite conveniente de los estudios, las restricciones razonables en cuanto al género de lectura y de información que debe enriquecer su mente. Somos de los que aprecian altamente el valor de una educación, y sin embargo creemos que hay que ejercer gran sabiduría en lo que constituye una educación. La educación es como un bruñido. Casi todas las piedras pueden hacerse bellas puliéndolas con cuidado, pero un pulimento fino no conviene todas las piedras. En el caso de un diamante o de un rubí o de otra piedra preciosa, el pulimento es absolutamente necesario para desarrollar las cualidades latentes de la piedra; sin facetas, no podríamos apreciar su esplendor y la piedra no podría brillar de todos sus fuegos. Sin embargo, uno perdería su energía en pulir los adoquines de la misma manera. Peor aún, este pulimento haría el adoquín demasiado precioso y demasiado bello para emplearlo como adoquín. Además, teniendo facetas sería menos utilizable como adoquín que si no se lo hubiera tocado o si lo hubiera cortado groseramente para ponerlo exactamente en su lugar.

Así es como en materia de educación, comprendemos el pulimento del espíritu por el “programa clásico” de la universidad. Algunos sacarán de eso un provecho, otros un daño. ¿Quién no

conoció a hombres tan educados que no podían ocupar en la vida el lugar al cual les destinaban sus talentos naturales? Eran demasiado educados, y como el hombre de la parábola, no podían layar, tenían vergüenza de mendigar y eran ineptos para cualquier ocupación. Si, en la providencia del Señor, los padres encontraron que su hijo fuera un sujeto muy brillante y que esta providencia favoreciera sus asuntos de suerte que su situación financiera y otras consideraciones le permitieran a este niño la entrada en la universidad, harán bien de buscar si estas indicaciones marcan bien la dirección del Señor en cuanto a su deber hacia el hijo, después de que debieran actuar según sus convicciones. Sin embargo, si ellos le enviaran a la universidad, en la época en la que estamos, ellos deberían sentir una gran inquietud, un gran temor, el de ver este brillante exterior según la sabiduría de este mundo borrar todo el brillo de la fe, del carácter y del corazón, todo este bruído que ellos mismos, como padres y, con razón, instructores, le han dado desde su infancia y antes de su nacimiento.

El pueblo de Dios de la Nueva Creación debería aprender a apreciar la educación del corazón, del carácter y de la fe en Dios como siendo superior por todos conceptos a la que se puede obtener en las escuelas de este mundo. Ellos deberían apreciar que “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos” es más deseable que toda la sabiduría de la tierra. Ellos deberían reflexionar para saber si su hijo está bien establecido y fundado en carácter, en principio, en fidelidad al Señor y a su Palabra hasta el punto de que las tendencias ateas de las escuelas en nuestros días, y sus enseñanzas racionalistas llamadas la Alta Crítica, Evolución, etc. nunca pudieran suplantar la fe bien fundada en el Señor y en su Palabra. En realidad, el peligro es tan grande que nosotros seríamos más bien propensos contentarnos con la instrucción que se puede obtener en las escuelas públicas, los cursos complementarios o las escuelas preparatorias.

Escribimos esta opinión, plenamente consciente que parece estúpida o peor aún a la mente mundana. Sin embargo, hemos aprendido a ver las cosas desde lo que creemos ser el punto de

vista divino y recomendamos a todos los consagrados del Señor que, respecto al tema presente como en todos los demás, ellos hagan todos los esfuerzos para buscar este punto de vista: aquel del Señor. Podríamos añadir, además, que en los tiempos de actividad intensa en los cuales vivimos, con la precipitación, la agitación y el nerviosismo de nuestra época, el que, hasta los veintiún años, pasa su vida en la escuela puliéndose para su futuro trabajo en la vida, ha perdido otra forma de escuela que alcanza el chico que, acabando su escolaridad a los catorce o quince años, digamos, sigue otra disciplina en cualquier profesión donde debe “subir la escalera”. Cuando haya tenido así seis años de aprendizaje, es probable que sea más capaz de hacer frente a las condiciones actuales que aquel que haya pasado el mismo número de años en la disciplina de la universidad.

En cuanto al juego: una de las principales ventajas del juego, es el ejercicio agradable que se asocia con él, porque es un hecho indiscutible que el ejercicio practicado con mucho gusto es mucho más provechoso que lo sería el mismo ejercicio exactamente, si fuera ejecutado como una carga. Por alguna química desconocida de nuestro organismo, la mente (“mind”) y sus disposiciones son para algo en todas las funciones vitales. Cuando nosotros estamos alegres, nuestra mente coopera mucho mejor con todas las fuerzas y todas las funciones naturales en el desarrollo de nuestro organismo y en la reparación de las fuerzas perdidas. Pero es una idea errónea de creer que hacer lo que es útil es una tarea penosa y que se siente placer sólo si hace una cosa sin utilidad — un juego. Creemos, al contrario, que este error ha conducido a mucha gente razonable a jugar y a holgazanear entonces, que al contrario, deberían haber resistido los impulsos naturales de la naturaleza decaída en esta dirección. El “jardín de infantes” es un movimiento relativamente reciente que estimamos estar en el buen camino: hacer agradable la instrucción para los niños. Todos los demás placeres concedidos por los padres sabios deberían inspirar un poco del mismo principio: no aprobar nada que sea simplemente una pérdida de tiempo y de energía.

Se debe asegurar el descanso y el recreo sobre todo por un

cambio de ocupación, más bien que por la pereza y la ocupación inútil. La niña toma placer de vestir su muñeca y de cuidarla, y de “jugar al papá y a la mamá”. El niño “juega el tendero de ultramarinos”, y con arena, etc. a manera de las mercancías, él hace asuntos imaginarios vendiendo té, café, azúcar, patatas; o sea él “juega el caballo” como conductor de enganche, o sea se imagina ser un predicador o un misionero o un maestro de escuela o un médico. Todos estos juegos están en el sentido común y deben ser animados en los niños. Cuando los niños crecen, estos juegos deberían cesar y los niños deberían encontrar a distraerse ayudando a sus padres o a los tutores o a otros en los trabajos de la gobernación de la casa o en la verdadera tienda o en el verdadero taller. Si se les enseña a encontrar placer en lo que es útil, en lo que presta servicio a otros, económicamente o de otro modo, si se les enseña que la ociosidad es un pecado y una vergüenza, un descrédito en quienquiera que se le entrega y una pérdida inútil de ocasiones preciosas, estarán bien preparados a hacer frente a los deberes de la vida con mucho gusto, y a no envidiar a los que despilfarran tanto el tiempo como el dinero para observar un partido de béisbol o para participar en otra cosa igualmente estúpida y sin provecho.

Deberíamos inculcar desde la infancia la economía del tiempo y de los recursos, no con el fin de cultivar el egoísmo, sino para desarrollar la idea de economía conforme a la voluntad divina de no despilfarrar nada. Después de haber saciado a la multitud, el Maestro ordenó de recoger y no de despilfarrar los pedazos que sobraban, mostrando por ahí su pensamiento que, en toda cosa, no haya ningún despilfarro, que sepamos darnos cuenta de que somos responsables delante de él por cada instante, cada dólar, cada día, no porque esta responsabilidad nos mantendría en temor, sino una responsabilidad que se regocija de conocer la voluntad divina, de estar de acuerdo con ella tan completamente como posible, que discierne que tal conducta agrada al Señor, y que por consiguiente podemos regocijarnos plenamente de eso.

CÓMO EJERCER CONVENIENTEMENTE LA MENTE DEL NIÑO

A medida que el niño crezca y a medida que se dé cuenta de todo lo que hay que aprender en el mundo, deberíamos animarle a leer, pero desde el principio, deberíamos enseñarle a distinguir prudentemente entre la “pelota” de la ficción y el “grano” del conocimiento. Deberíamos mostrarle que cada “pelota” de ficción introducida en su mente es más mala que sin valor, ella es un perjuicio, una molestia, sin contar el tiempo precioso perdido que se pudiera haber empleado mejor en amontonar conocimientos necesarios tan rápido para cumplir convenientemente sus deberes en la vida. Deberíamos animarle a leer libros instructivos y no las novelas. Él debería conocer bien la historia de su país y tener un conocimiento razonable del resto del mundo. Él puede obtenerlo por medio de historias: no entendemos simplemente por ahí la sucesión de los reinos, batallas y de los generales, sino sobre todo las obras que muestran el desarrollo social, moral e intelectual de las edades pasadas, y del mundo tal como es hoy en día. Deberíamos mostrarle al niño, de manera placentera y agradable, la importancia de estos conocimientos como un rasgo dominante de su educación para su futuro; deberíamos apelar a su razón y a su juicio, y asegurarse así la cooperación de su voluntad a favor de tal lectura educativa y en oposición a toda literatura sin valor, de violencia, de ensueño que le hará daño y le dejará desarmado delante de los deberes de la vida.

LA PLAGA DE LAS MALAS SUGERENCIAS

Lo que sigue apareció recientemente en las columnas de la *Church Standard*. Se trata de la crítica de una novela, e ilustra el lado más malo de la lección que quisiéramos inculcar:

“Uno de los pensamientos más horribles que resaltan de este tema es la permanencia de las impresiones innobles en la memoria humana. Hace años — no importa cuántos, ni si esto aconteció en nuestro país o en otra parte — una dama yacía sobre su lecho de muerte. Todavía era joven y había conocido una vida

excepcionalmente libre de necesidad. Había sido la pureza encarnada en todas sus acciones y sus palabras. No creíamos que hubiera tenido la oportunidad de oír alguna vez una sola palabra indecente en toda su vida. Entonces, en su delirio, ella derramó delante de sus amigos y sus servidores un torrente de imprecaciones obscenas que les golpearon de terror y de estupor. ¿Dónde pudiera haber oído tales palabras? Ellos no podían imaginarlo y nunca lo descubrieron. ¿Pero debían concluir que le habían gustado secretamente estas palabras y las había retenido con avidez? No. Lo que se puede verdaderamente suponer, es que, habiéndolas oído en el mal momento, las había detestado completamente y que, en su mismo esfuerzo para olvidarlas, las había grabado tanto en su memoria que habían quedado hasta la hora de la muerte. Esto no es solamente una opinión caritativa, es la conclusión justa y razonable. Pero, no sería siempre válida. Cuando la mente y la imaginación han estado abiertas y se mantienen abiertas durante numerosas horas y numerosos días a la recepción de pensamientos impuros, y a la contemplación de imágenes obscenas, ¿quién pueda decir el efecto degradante de tal asociación mental? De todas las malas cosas de este mundo lleno de dolores, no conocemos nada que sea tan terriblemente asombroso en su sutileza y en la permanencia de su influencia corruptora que un mal libro escrito por un hombre de genio.”

El elemento religioso de la mente del niño exige una formación especial, y en ésta los padres cristianos deberían ser sus tutores. En la condición de confusión donde se encuentra actualmente el mundo respecto a los temas religiosos, y respecto a la actitud más avanzada que éste tiene tocante a la escuela pública y a la enseñanza pública, toda tentativa de enseñar cualquier tipo de religión está seguro de entrar en oposición con los prejuicios o las creencias de algunos de los interesados. Es por eso que es justo que las escuelas públicas sean libres de todos pretextos falsos religiosos, toda instrucción, formas y ceremonias religiosas. A pesar de todo el respeto que tengamos por la Biblia, la Palabra de Dios, creemos que, del hecho que los judíos son opuestos a las enseñanzas del Nuevo Testamento, que muchos de los que están bajo la influencia de la Alta Crítica son opuestos a una gran parte del Antiguo Testamento tanto como a la Nueva, que algunos incrédulos, escépticos, budistas, Teósofos, etc. son opuestos a la Biblia por completo, mientras que otros están en desacuerdo con la versión común; también dado que todas estas clases de gente son impuestas para el mantenimiento de las escuelas y que exigen poder frecuentarlas, es tanto justo como sabio dispensarse de todo ejercicio religioso en las escuelas, y no servirse de la Biblia como

un libro religioso, sino puramente y simplemente como una antigua historia, más bien que chocar a tantas personas que no comparten nuestras convicciones.

Conociendo nuestro respeto profundo por la Biblia, la Palabra inspirada de Dios, es posible que esta sugerencia parezca extraña a algunos, pero sin embargo creemos que es una línea de conducta conveniente, de acuerdo con la Regla de oro. Es verdad que somos tal vez una minoría tan pequeña que nuestra influencia, si escogiéramos a ejercerla, sería débil; las Nuevas Criaturas no deben sentirse obligadas de apoyar esta sugerencia, no más que tienen que apoyar otras reformas morales. Todas las Nuevas Criaturas tienen una misión más alta y más noble en relación con el desarrollo de la Nueva Creación; ellas pueden por lo tanto permitirse dejar todas estas reformas morales en las manos del mundo por ahora, hasta que venga el Reino. Sin embargo, es eminentemente a propósito que tengamos el espíritu de dominio propio y estemos en pleno acuerdo con la justicia aun si nunca tengamos una ocasión favorable de expresar nuestros sentimientos respecto a este tema.

De toda manera, seis horas por día y cinco días por semana, y esto durante menos de seis años por toda la vida parecen seguramente un mínimo para consagrar a las numerosas lecciones respecto a los temas laicos que se imponen en los niños de nuestros días. Este tiempo reservado para el estudio secular les deja a los padres y a aquellos que escogieron como guías espirituales, mucho tiempo para la formación religiosa que les parece la mejor. Durante las 168 horas de cada semana, los estudios seculares merecen bien cada treinta horas por semana que se les destina, sobre todo si se considera que los tiempos agitados actuales impiden frecuentemente al niño de tener más de tres años de esta formación.

LA INFLUENCIA DE LAS ESCUELAS DOMINICALES

La Escuela dominical se hizo una gran organización en toda la cristiandad. Si se la considera como un círculo social de niños,

que les reúne una vez por semana, sustrae su mente de las ocupaciones ordinarias diarias y la dirige hacia la reflexión respecto a temas sociales y religiosos en general, podemos considerar que la Escuela dominical cumplió una obra importante en el mundo — en particular para las clases trabajadoras de la sociedad. En cuanto a su efecto sobre los hijos de creyentes, la consideramos como perjudicial. Sabemos, no obstante, que tal sentimiento parezca exagerado hasta que se haya apreciado plenamente las razones. He aquí:

(1) Las Escuelas dominicales han causado daño a los padres cristianos en que les han conducido a considerarse como liberados de sus responsabilidades de padres, responsabilidades que les impone el Señor. El maestro de la Escuela dominical es a menudo totalmente incapaz de tomar igual responsabilidad; es muy a menudo novicio en materia de educación infantil conveniente, y raramente alguien que confesara una consagración entera y sea engendrado del Espíritu Santo. Entonces, es tal instructor que uno sustituye por los padres en la ejecución más importante de todos sus deberes. La pérdida experimentada por los padres cristianos en tal arreglo, es casi incalculable. Es un principio reconocido en las cosas espirituales que aquel que riega a otros es regado sí mismo. Y así es como el padre (o la madre) que instruye y guía con cuidado a sus hijos en las cosas morales y espirituales, no sólo les concede una bendición, sino que él mismo (o ella misma) está bendecido(a) abundantemente por este servicio. Esta bendición falta a los padres cristianos en nuestros días porque se alejaron de este arreglo divino sin saberlo.

(2) La Escuela dominical es una desventaja indudable para los hijos de los padres cristianos, porque no reciben de los maestros de las Escuelas dominicales el género de instrucción que el padre y la madre inteligentes y concienzudos pudieran y debieran dar.

(3) La organización de la Escuela dominical tiene, desde otro punto de vista, una reacción desventajosa tanto sobre los padres como sobre el niño: ella hace que los hijos pierdan el respeto por sus padres, y cultiva así una falta de dignidad de los padres por una

parte, y de respeto filial por otra parte. Es indiscutible que todo esto no es ajeno a la condición actual del supuesto “mundo cristiano” tocante a la desobediencia a los padres, la insubordinación en la familia, etc. Los órganos religiosos de la mente (“mind”) humana se encuentran en la cumbre de la cabeza; ellos deberían ser órganos dominantes cuando son activos y convenientemente desarrollados. La veneración es uno de estos órganos, y necesita ser dirigida. Si el niño ve que sus padres honran a Dios y su Palabra, si recibe la instrucción de esta fuente, tiene delante de él una clase práctica que le será preciosa durante toda su vida y servirá también más tarde para sus hijos; pero, en cambio, si él ve que sus padres, en lugar de venerar a Dios y su Palabra, se dirigen hacia una clase clerical con el fin de recibir por ella supuestos mensajes divinos sin servirse de su razón o sin estudiar la Palabra de Dios, la influencia que recibirá el niño será la de la superstición y de la subordinación al clericalismo, lo que crea una condición malsana en cuanto al desarrollo espiritual.

Si, además, el niño sea enviado a un maestro de la Escuela dominical para recibir una instrucción bíblica, el niño deducirá de eso que sus padres son incapaces de darle esta instrucción. Él deducirá de eso también que puesto que sus padres reciben su instrucción de un clero supuestamente de un rango superior, si no de una naturaleza diferente, considerará a su maestro de la Escuela dominical desde un punto de vista un poco semejante. El resultado completo será de robar de los padres la estima y el respeto del niño.

Al contrario, si el niño sea enseñado convenientemente según las Escrituras, a saber, que Dios ha hablado a través de su Palabra, y que ha tomado disposiciones para que algunos de sus hijos ayuden a otros a explicar y a comprender la Palabra; que su padre forma parte de los que son instruidos así, y que él sea, en su propia familia, un sacerdote plenamente autorizado por Dios para enseñar, que sea el instructor designado por su propia familia, este niño atribuirá inconscientemente a su padre un respeto religioso como Dios lo desee. Y así el arreglo divino daría a este padre (o a esta madre —*Trad.*) una medida más grande de influencia saludable en

su hijo durante toda su vida. Además, después de haber inculcado estas lecciones de la Escritura, después de haber indicado según la Palabra de Dios cuáles son los modelos divinos de vida, de carácter, de pensamiento, de palabra y de acción, y la Regla de oro de la vida, este mismo padre (o esta madre) se encontraría ampliamente fortificado en su práctica personal de las enseñanzas de la Palabra. Él mismo se sentiría obligado a poner en práctica lo que enseña y se daría cuenta de que aun el niño tiene una mente capaz de dar cumplimiento a estas reglas religiosas en los asuntos de la vida diaria.

Este padre (o esta madre) se sentiría incitado a vivir siempre más de acuerdo con el modelo que hubiera declarado venir de Dios; si él viniera a fallar en cualquier punto especial, recibiría una bendición confesando su falta delante de los que tienen conocimiento, aun si fueran sus propios hijos. Así, todos, padres e hijos, aprenderían cada vez más a apreciar el modelo divino, y a esperar en el Señor para recibir su misericordia y su perdón; de esta manera, aun las faltas ocasionales del padre (o de la madre) pudieran hacerse para el niño lecciones permanentes de humildad, de contrición y de sujeción a la ley divina.

(4) Es evidente que buen número de personas se equivoquen ampliamente respecto a las funciones exactas de la Escuela dominical como ellas se equivocan creyendo que el Señor y los apóstoles erraron en no establecer la Iglesia en su condición presente y sectaria — imaginando que dividiendo la Iglesia de Cristo, cumplimos una obra de sabiduría, que los resultados obtenidos gracias al espíritu sectario (“denominacionalismo”) y gracias a las divisiones debidas a los credos diferenciando a unos de otros, son más grandes que si el plan del Señor se hubiera seguido estrictamente, a saber: “Un Señor, una fe, un bautismo”, una Iglesia.

La Escuela dominical, en sus principios, era bastante útil. Ella debutó como una “escuela de haraposos” en Gloucester (Inglaterra) en 1781. Un cristiano, Robert Raikes, redactor del *Journal* de Gloucester, comprometió a cuatro mujeres cristianas para enseñar a niños de diez a catorce años en lectura, en escritura, en costura,

etc. desde las 10 de la mañana hasta el mediodía todos los domingos, y el domingo por la tarde para enseñarles el catecismo y llevarles a la iglesia. Es de este principio modesto que salió la obra importante de la Escuela dominical actual. Es evidente que el plan concebido era bueno y de ninguna manera en desacuerdo con las instituciones del Señor y de los apóstoles. No podríamos decir lo mismo cuando esta Escuela reemplazó a los padres cristianos como preceptores de sus hijos.

Aconsejamos a todos los miembros de la Nueva Creación que, cualesquiera que puedan haber sido sus errores del pasado, de no haber tomado, como padres, sus responsabilidades de ocuparse de la educación religiosa de sus propios hijos, ellos deberían comenzar a apreciar inmediatamente este deber y cumplirlo. Las circunstancias, etc. pueden variar con la edad de los hijos, con el grado de insubordinación y la falta de respeto con respecto a sus padres que ya pueden haber desarrollado, y que se arrancará de manera dulce, gradual, afectuoso recordando que la culpa se debe en gran parte a los padres que se descuidaron de asumir una responsabilidad establecida por Dios. Ni nosotros, ni otros somos más sabios que Dios; también no deberíamos, ni unos ni otros, atreverse a querer mejorar los principios generales establecidos por el Jefe (Cabeza) de la Iglesia y los doce apóstoles que él designó para ser nuestros instructores y nuestros guías. No tenemos que venerar por lo tanto ni perpetuar las instituciones humanas, por muy arraigadas en las costumbres que puedan ser, y tan grandiosas y muy imponentes que puedan aparecer y pretender a ser. Hay que juzgarlas por la única regla de medida — la Palabra divina. Si ellas no están de acuerdo con la Palabra del Señor, es porque no hay “ninguna luz en ellas” — ellas no son de Dios. —Isaías 8:20.

LA CONFIANZA DE LOS HIJOS

Si la confianza que tiene el hijo por su padre (o su madre) viene de que él se da cuenta que este último es un miembro del Sacerdocio real, un hijo de Dios, que tiene entrada con el Padre por la oración y que Dios le instruye por su Palabra — sus ministros

siendo simplemente asistentes en la comprensión de la Palabra, etc. — y si, además, el espíritu de amor y sus diversas gracias de humildad, de paciencia y de bondad impregnan el hogar y se difunden por sus diversos caminos, si los padres busquen y ejerzan la sabiduría que viene de arriba, pura, pacífica, llena de misericordia, el hijo pondrá naturalmente su confianza en sus padres en lo que concierne todos los asuntos de la vida. Entonces las numerosas preguntas que se presentan naturalmente a su mente abierta — preguntas de orden religioso, moral, secular, social y físico — el hijo se las presentará todas de manera más natural del mundo a tales padres.

Deberíamos esperar tales preguntas y aun invitarlas; deberíamos darles respuestas sabias según la edad del niño, y en plena consideración para él. Nunca deberíamos tratar a la ligera preguntas confidenciales ni divulgar confidencias hechas por el niño. Más de un padre (o de una madre) perdió la confianza de su hijo haciendo poco caso de sus sentimientos o de sus secretos. No queremos decir por ahí que hay que responder íntegramente a todas las preguntas (sin consideraciones para la edad); una respuesta muy sumaria puede ser a veces la más sabia, sugiriendo que se dará una explicación completa más tarde, fijando una fecha; por ejemplo: “Te explicaré esto completamente cuando tengas trece años, si tu mente y tu carácter parezcan suficientemente desarrollados entonces para que lo haga. En aquel momento, puedas de nuevo plantearme la pregunta; mientras tanto no pienses más en eso.”

El niño bien educado seguirá sin dificultad esta sugerencia; en todos los casos, él debería comprender que la declaración de su padre (o de su madre) es positiva, que no ha sido hecha sin reflexión madura, y que una vez hecha se debe quedarse allí hasta que intervenga una nueva decisión del padre (o de la madre). Si se observara seriamente las palabras del Señor: “Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no” [Mat. 5:37], muchos padres evitarían problemas y favorecerían ampliamente la paz general y el orden en la familia. Desde su infancia más tierna, el niño debería aprender a obedecer, y esto sin que se repita el mando, pero en cambio esto

implica que el padre (o la madre) es consciente de sus responsabilidades y que desea acceder a todas las peticiones razonables de sus hijos en la medida en que las circunstancias se lo permiten. El amor, la sabiduría y la justicia deben unirse entre los padres para que su poder y su autoridad sean valiosos para el hogar y para todos sus miembros.

EL PODER DE LA SUGERENCIA EN LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS

Poca gente reconoce la importancia de la *voluntad* humana en la salud y la enfermedad, el gozo y el dolor, la obediencia y la desobediencia, las buenas acciones y las malas acciones — lo hace en cada acción, cada palabra y cada pensamiento de la vida. La voluntad del niño es especialmente impresionable y sensible a las sugerencias, mientras la mente del niño se abre a las cosas de la vida y mientras se establecen los fundamentos de su carácter. La sugerencia y la influencia en la mente (“mind-impresión”) se relacionan con la clarividencia, con el hipnotismo y con la influencia insidiosa ejercida por los Científicos cristianos, pero recomendamos aquí sólo las sugerencias sinceras y útiles, que fortifican la voluntad del niño en pleno acuerdo con la Palabra divina, y nada más.

Encontramos en toda la Biblia la sugerencia (toda predicación oportuna depende de la sugerencia) que los pensamientos y las acciones egoístas y pecadoras arrastran la desaprobación divina y reaccionan en nosotros a nuestro perjuicio, pero que los pensamientos, las palabras y las acciones llenos de amor producen frutos bendecidos por los demás tanto como por nosotros mismos, y esto para el futuro así como para el presente. Observe cómo el Apóstol, después de haber indicado que el salario del pecado voluntario es la Segunda Muerte, desvía la atención, y declara *de manera sugestiva*, y por consiguiente útil para muchos: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (Heb. 10:39). Al contrario, las sugerencias de la Ciencia cristiana son falsas: “No

hay pecado, ninguna enfermedad, ningún dolor, ninguna muerte”, y en consecuencia ninguna redención, ningún Salvador, ninguna restauración. Hay una gran diferencia entre las sugerencias falsas y las buenas sugerencias que ofrecen la Palabra de Dios y los mensajeros de Dios, es decir, una sugerencia de la Verdad, la del amor de Dios y de las disposiciones misericordiosas en Cristo para la restauración completa de todos los que le obedecen voluntariamente.

El secreto de un padre (o de una madre) reside en la aplicación a su hijo de esta ley de la buena y verdadera *sugerencia*.^{*} Ciertos padres aplican continuamente el principio sin darse cuenta de eso, y son padres que tienen éxito. Por ejemplo, la madre que, cada mañana, acoge a su niño con una cara radiante y una voz alegre le sugiere la *felicidad* que le hace bien desde el punto de vista tanto mental como físico. Mientras que ella le viste, le habla de los pequeños pájaros bonitos, del sol grande que mira por la ventana e invita a todo el mundo a levantarse, a ser bueno y feliz, a aprender nuevas lecciones respecto a Dios, a ayudar unos a otros: estas son tantas *sugerencias* provechosas, mientras que quejarse de otro día sofocante sería sugerir el calor, el malestar y el descontento que hace encontrarse infelices.

Si, en lugar de un bello sol, llueve y que todo parece triste, sólo se empeoraría el asunto hablando del día sombrío y sugiriendo pensamientos taciturnos a otros. Los días lluviosos nos aportan sus bendiciones así como a otros, y deberíamos estar prontos a observar estas bendiciones y hacerles ver a otros por sugerencia. La mamá debería anticipar la decepción de su niño llamando su atención a la bella lluvia que Dios envió para dar a beber a las flores, a los árboles y a la hierba, para refrescarlos con el fin de que puedan ser brillantes y agradables para nuestros ojos y con el fin de

* Los empresarios, los directores, los vigilantes de las instituciones penitenciarias y del enderezamiento — de hecho, cada uno puede aplicar con provecho este principio de la buena, verdadera, noble y honesta sugerencia a los que están bajo su influencia y a su propia mente. En realidad, muchos de los que tienen mejor éxito en la vida ya lo practican, pero de manera inconsciente. ¿Qué son la esperanza y la ambición laudable si no las sugerencias mentales?

que puedan aumentar su producto; la lluvia que Dios envió también para dar algo de beber al ganado y a nosotros mismos, para bañarnos, para limpiarnos y hacernos felices, y para que le alabemos, le amemos y le sirvamos. Será tal vez el momento oportuno de hacer otra sugerencia útil, a saber, que la lluvia es una ocasión de llevar su impermeable y sus chanclas y de estar agradecido por poseerlos y tener una casa y una escuela que nos abrigan de los aguaceros. Se puede hacer de nuevo la siguiente sugerencia: “Mi hijo y mi hija deben tomar gran cuidado de evitar el lodo y los charcos de agua con el fin de ser siempre limpios y esmerados y de no dejar rastros de lodo en la escuela o en la casa. Los cerdos aman el lodo y no toman nada en consideración; es por eso que hay que encerrarlos en un cercado, pero Dios nos da una razón y una facultad para apreciar lo que es bello y limpio. También, imitar los cerdos y los animales inferiores en su suciedad, etc. esto es deshonar a nosotros mismos, deshonar a nuestro Creador e inclinarse a la degradación. Por cierto, es honorable para quienquiera ensuciarse haciendo algo útil y necesario, pero nadie debería ensuciarse más de lo necesario, ni descansar o ponerse a gusto antes de haberse limpiado.” No necesitamos subrayar cuál provecho estas lecciones, estas *sugerencias* aportarían no sólo al niño sino que al padre (o a la madre).^{*} El descontento — uno de los dolores más graves de nuestra época — apenas encontraría sitio en una familia donde todos tendrían la voluntad de sugerir a sí mismos y unos a otros las cosas que les hacen felices.

Deberíamos adoptar el mismo método para guiar al niño,

^{*} Desde luego, el padre (o la madre) que acoge así a su hijo primero debe haber mantenido sugerencias felices en su propio corazón; siendo así, resulta que no se limitará estas buenas sugerencias que les hacen felices, a los hijos, sino que se las extenderá a la mujer, al marido, a los vecinos, a los empleados, etc.; hasta los animales serán bendecidos por este medio. Es posible al hombre (o a la mujer) “*natural*” de practicar este método, hasta cierto punto, pero es cierto que es solamente en los que son engendrados del Espíritu Santo de la Verdad que el Amor de Dios puede producir el éxito más grande en esta vida *nueva*, la cual ya comienza aquí bajo el reino de Satanás para difundir bendiciones que, dentro de poco, bajo el Reino del Mesías, “bendecirán a todas las familias de la tierra.”

enfermo o de buena salud, en su dieta. Nunca deberíamos *sugerir* al niño los dolores o los sufrimientos, porque su mente se fijará casi ciertamente en ellos y tenderá a *agrarar* toda debilidad o todo dolor. No deberíamos hacer tampoco de los dolores y de las enfermedades el tema de conversación, particularmente en la mesa, donde todos los pensamientos y las influencias deberían ser alegres, sanos. Deberíamos desde el principio del día hacer una buena sugerencia y a menudo repetirla: “¿Mi hijo se siente feliz esta mañana? ¿Ama él su papá y su mamá, su hermano y su hermana, y su perrito? Sí, está bien. ¡Yo estaba segura de eso! ¿Va a tomar él un buen desayuno? ¿...una buena papilla con azúcar, leche, bizcochos, pan, mantequilla y mermelada? ¡Oh! No debemos olvidar que no hay que comer pepinos hoy ni manzanas verdes que hacen daño al estómago de mi hijo. En lugar de eso, tendremos algo bueno para él. ¡Cómo esto será bueno! Habrá maíz en la mesa hoy, pero esto no sería bueno para mi hombrecillo; también cuando se le pase el plato él dirá bien: ‘No, gracias’, porque quiere estar bien de salud y fuerte como Dios quiere que él sea y como papá y mamá desean verle. Será al mismo tiempo una buena lección de abnegación, y papá y mamá tomarán placer en ver a su hijo (o a su hija) aprender esta gran lección tan necesaria para una verdadera madurez masculina o femenina. Dios quiere que todos los cristianos practiquen la abnegación en cuanto a los pecados y a todo lo que molestaría su causa en cualquier grado. Aun la gente mundana supone que la persona que es esclavo de sus apetitos es débil lamentablemente e indigna de un hombre (o de una mujer). Ahora, papá y mamá observarán a su hijo para ver hasta cuál punto su voluntad es fuerte y estamos seguros que tendrá éxito como se debe.” Dios aprecia altamente el dominio de sí mismo como lo muestra la Escritura: “Mejor es... el que se enseño de su espíritu, que el que toma una ciudad.” —Prov. 16:32.

En cuanto a las preguntas morales, las lecciones dadas por sugerencia son también poderosas para el bien o para el mal. “*Hagamos el mal*” es un estímulo poderoso a las malas acciones. “*Hagamos el bien*” es un estímulo poderoso a hacer bien. Es por eso que, cada día y en toda cosa, hay que recurrir frecuentemente a

lo que es justo y a lo que es injusto, a lo que es verdad y a lo que es falso, a lo que es noble y a lo que es abyecto, mostrando en su verdadera grandeza lo que es verdad, noble y justo, aprobado no sólo por nuestro Señor y Creador, sino que también por los más nobles y los mejores entre los hombres y las mujeres, los únicos que deberíamos procurar igualar. El espíritu del niño, así enseñado temprano y con insistencia a admirar lo noble y lo verdadero, tiene como una muralla levantada en su intelecto contra la conducta mezquina y deshonorables en general. Aun si nunca sea santificado por la Verdad, si nunca sea engendrado del Espíritu, sin embargo, habrá establecido profundamente el carácter que es necesario para un hombre o para una mujer noble, y si sea santificado y engendrado del Espíritu, él (o ella) tendrá las más grandes ocasiones favorables para servir con éxito, tanto en la vida presente como en la futura vida.

En el caso de desobediencia de un hijo donde, por consiguiente, se necesita recuperarlo o corregirlo, deberíamos hacerlo con simpatía y mostrarle que tenemos confianza en sus buenas intenciones: “Sé que mi hija que amo tanto y que me esfuerzo continuamente por hacer feliz y por criar conforme a la voluntad del Señor, no lo hizo a propósito para desobedecerme. Estoy segura que ella desobedeció más bien según el ejemplo de los demás y que no ejerció suficientemente *su voluntad* para hacer lo que mamá le había dicho hacer. Creo que esta vez te perdonaré y no te castigaré en absoluto excepto que esta noche, cuando vayas a acostarte, no te besaré, con el fin de que te acuerdes de eso, mi querida. En lo sucesivo, ¿harás más esfuerzos aún la próxima vez para ejercer el dominio de sí misma y hacer lo que te mando, no es así querida? ¡Estoy segura que lo harás!” La próxima vez, tome el asunto aún más serio, pero nunca ponga en tela de juicio los propios *deseos* o las *intenciones* del niño. “Estoy afligida verdaderamente que mi hija todavía haya desobedecido. No dudo tus buenas intenciones, querida, sino estoy apenada de ver que no ejerces tu *voluntad* como estoy segura que pudieras hacerlo, y como espero ardientemente que lo hagas de ahora en adelante. Es necesario, mi hija, que yo haga mi deber y que te castigue, aunque

haya tenido mucho placer de felicitarte. Espero poder pronto regocijarme contigo de haberte llevado la victoria sobre la desobediencia. Este acto va mucho más lejos que una desobediencia; él afecta todo tu futuro, porque si, ahora, no aprendes a decir ‘No’ a la tentación, no tendrás éxito tampoco de ahora en adelante, en cuestiones importantes de la vida que se te presentarán. Pero tengo confianza que mi amor, mi certeza y mis instrucciones llevarán fruto sin embargo. Acuérdate, mi hija, que aun nuestras derrotas, como es el caso para ti, pueden ser útiles para nosotras si sólo fijemos nuestra voluntad muy firmemente en el bien. Aprendemos a estar especialmente sobre aviso respecto a los puntos donde la experiencia nos reveló la debilidad. Arrodillémonos delante del Señor y pidámosle su bendición, con el fin de que este fracaso pueda ser una lección provechosa, y pidámosle su ayuda con el fin de que tomemos a pecho esta lección para que nuestra conducta pueda ser más agradable para él cuando tú seas asaltada de nuevo por la tentación.”

Todas las sugerencias deberían tener en cuenta al Señor: “El principio de la sabiduría es el temor [la reverencia] de Jehová.” Tarjetas llevando textos bíblicos deberían, en cada cuarto de la casa, recordar continuamente a los padres, a los hijos y a los amigos de visita que la voluntad del Señor es soberana allí, que el Señor conoce todas nuestras acciones y todos nuestros asuntos, y que Dios es “por nosotros”, sus nuevos engendrados, y por todos los que buscan la justicia en la humildad.

NUESTROS HIJOS EN EL TIEMPO DE ANGUSTIA

Los de la Nueva Creación, actualmente vivos, que reconocen el hecho que estamos en el tiempo de la “cosecha”, que la separación del “trigo” y su recolección en el “granero” está en curso y que, dentro de poco* el gran tiempo de angustia estará sobre el mundo entero, y en particular sobre la Cristiandad nominal, se interesan profundamente por sus hijos, y desean tomar por ellos

* Escrito en 1904 —*Trad.*

disposiciones tan sabias como posible en este tiempo de angustia. Es un hecho donde las Escrituras subrayan la importancia, que la angustia* se extenderá a todas las clases y golpeará a todas las instituciones actuales financieras, sociales, religiosas y políticas. Es por eso que no sería razonable para nosotros esperar que los hijos de la Nueva Creación sean eximidos milagrosamente de estas confusiones; no es necesario tampoco que pensáramos encontrar un lugar en la tierra donde serían aislados en condiciones naturales. Cuando el tiempo haya venido en que los hombres echen en las calles su oro y su dinero que no puedan librarlas (Ez. 7:19; Sof. 1:18), el oro y el dinero, los billetes de banco y los títulos serán evidentemente de poco valor y no podrán proporcionar ni protección, ni bienestar, ni lujo. Si, entonces, giramos nuestras miradas hacia el campo, donde podríamos suponer encontrar por lo menos el alimento, tenemos la indicación por las Escrituras, que en estos días la angustia tocará tanto los campos como las ciudades: “No habrá paz para el que sale ni para el que entra, a causa del enemigo; y yo dejaré a todos los hombres cada cual contra su compañero.” —Zac. 8:10.

Hay sólo una promesa que parece mantenerse en este tiempo de angustia, una promesa general aplicable a *todos* los que son humildes y aman la justicia. Esta clase debería comprender a todos los hijos adultos de los consagrados que han sido enseñados convenientemente en los preceptos del Señor, instruidos rectamente según su Palabra. Leemos esta promesa en Sof. 2:3: “Buscad justicia, buscad mansedumbre; quizá seréis guardados en el día del enojo de Jehová.”

Los padres cristianos parecen poco propensos a veces a dejar a los que aman, aunque tengan toda confianza que estarían inmediatamente con el Señor tan pronto como deberían pasar más allá del velo; ellos saben que serían cambiados y participarían en los poderes de la Primera Resurrección, que estarían con el Señor y con todos sus santos y que tendrían parte en su gloria. El nuevo entendimiento se molesta a veces y se hace ansioso respecto a los

* O “disturbio”, o “aflicción”, o “tribulaciones”, o “confusión” —Trad.

miembros de la familia que se dejan atrás: deseamos continuar prodigándoles consejos, ayudándoles y guiándoles. Estos padres deberían darse cuenta de que habiendo dado todo al Señor, el Señor habiéndoles aceptado, aceptó al mismo tiempo todos sus intereses justos, y que pueden por lo tanto volver a poner prudentemente a sus tiernos cuidados todos sus asuntos terrestres. A medida que aprenden la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor divino, y cómo en fin de cuentas los beneficios de la gran redención se extenderán a cada miembro de la raza de Adán, ellos tendrán la confianza más grande y la esperanza más grande en el Señor tocantes a los que le amen. Además, ellos deberían recordar que ellos mismos, al otro lado del velo, tendrán siempre una ocasión tan buena y favorable de velar por los intereses de sus bien amados como la que tienen actualmente, y hasta una ocasión mucho mejor y favorable que ahora de ejercer un cuidado protector sobre ellos: una dirección providencial en sus asuntos, bajo la sabiduría divina, con la cual, entonces, ellos estarán de acuerdo absolutamente.

Desde luego, ¿cuáles son las mejores disposiciones posibles de tomar por los miembros de la Nueva Creación a favor de sus hijos según la carne? Respondemos que lo mejor de hacer, es de criarlos apropiadamente. Así como ya hemos demostrado, esta formación comprendería una instrucción razonable en las materias corrientes, y una educación y una instrucción particulares en las cosas de Dios: el respeto por él y por su Palabra, la fe en sus promesas y el cultivo de las características señaladas como la voluntad divina, la Regla de oro. Los hijos así educados, aun dejados sin dinero alguno, son ricos, porque poseen en el corazón, en la cabeza y en el carácter formado una suerte de riqueza que ni la tiña, ni el moho, ni la anarquía, ni cualquier otra cosa en el mundo puede quitarles. Serán ricos con respecto a Dios, como lo expresa el Apóstol y como lo repite: “Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento”, una gran riqueza. Esforzándose seriamente por la gracia de Dios de equipar y de cualificar así de una manera conveniente a sus hijos para afrontar toda eventualidad — tanto en la vida presente como en la que viene — las Nuevas

Criaturas pueden sentir libres en comparación de toda preocupación concerniente a los intereses temporales; ellas recordarán que el mismo Señor que se ocupó de todas las cosas necesarias y útiles en el pasado puede y quiere continuar velando y ocupándose de lo necesario, según las circunstancias y las condiciones de este tiempo como él lo hizo en aquel tiempo, para los que le aman y confían en él.

DISTRACCIONES APROPIADAS

La alegría y el humor son elementos de nuestra naturaleza humana, a menudo demasiado desarrollados de manera desproporcionada con relación a las cualidades más serias y útiles. Mimamos a los jóvenes al mantenerlos constantemente excitados por el entretenimiento hasta el punto de que acaben por no estar contentos más y lloren para tener otra distracción. Esta idea de diversión dura por toda la infancia mientras que el niño debería ocuparse de instruirse en las cosas de la vida y de pedir explicaciones de sus padres o de los libros. El deseo de distraerse, así cultivado, lleva a aquel del teatro y a las absurdidades del payaso. Los miembros de la Nueva Creación deberían, desde el comienzo hasta el fin, criar a sus hijos en una dirección opuesta: ser los actores en el gran drama de la vida, desaprobando lo que es facticio y procurar cumplir en la escena del mundo tantos grandes actos útiles y benéficos como se les permitan sus talentos y las ocasiones favorables.

MATRIMONIO DE LOS HIJOS DE LAS NUEVAS CRIATURAS

Ya observamos la exhortación del Apóstol a las Nuevas Criaturas, que los que se casan hacen bien, pero que los que no se casan hacen mejor. No obstante, este consejo no se aplica a sus hijos no consagrados. Concerniente a estos últimos, el Apóstol escribe: “Quiero [aconsejo] que las viudas jóvenes [de la asamblea pero no de la Iglesia — creyentes pero no consagradas o

santificadas] se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia.” —1 Tim. 5:14.

Numerosos son los miembros de la Nueva Creación, creemos, que se equivocan seriamente, aunque involuntariamente, respecto a este tema. Ellos se dan cuenta perfectamente de que, en la mayor parte de los casos, el matrimonio aporta no sólo responsabilidades aumentadas, sino que decepciones amargas, tristezas y dolores de corazón. Sin embargo, si los hijos o las hijas hayan alcanzado la edad de casarse y no hayan dado su corazón en matrimonio al Señor, ellos no estarán más preparados para discernir la sabiduría de seguir el consejo del Apóstol — dado solamente a la Nueva Creación — que es mejor casarse “que estarse quemando” de deseos irresistibles.

Recordemos que Dios proveyó el matrimonio para el hombre y para la mujer naturales — para Adán y para Eva antes de la entrada del pecado en el mundo, y que si bien es posible abusar de las relaciones maritales, como se puede hacer de cualquier otra cosa conveniente, y si bien, en general, lo son terriblemente, sin embargo la culpa no es del matrimonio sino del abuso que se hace. “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho [conyugal] sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.” —Heb. 13:4.

Es sólo natural que los hijos que tienen edad para casarse no sean propensos a seguir el consejo de los mejores padres respecto a este tema: toda la tendencia de la naturaleza va en la dirección opuesta, y además ellos tienen el ejemplo de sus padres. Si, descuidando el consejo del Señor de consagrarse a él, ellos deciden aprender las lecciones de la vida por la experiencia más bien que por el precepto, cuanto antes comiencen, lo mejor será. Muchas de las lecciones de la vida pueden aprenderse mejor por las experiencias maritales. Es por eso que es preferible dejar, en lo posible, a los recién casados, a sus propios recursos, es decir, que sean animados para tener su propia casa, etc. Así es como ellos aprenderán más rápido a apreciar la confianza en sí, la energía, la paciencia, el soporte mutuo y la cooperación.

En lo que el Apóstol llama “la presente aflicción” (1 Cor.

7:26 — *La Biblia de las Américas*) aun estaríamos a favor de lo que se considera como matrimonios precoces. El hombre de veintiún años y la mujer de dieciocho años nos parecen una unión preferible en ciertos aspectos que de edades más avanzadas, antes de que las costumbres de pensamiento y de conducta se hayan hecho demasiado aferradas. La pareja casada debe ser unida; es por eso que la flexibilidad de los sentimientos es deseable, en particular en la mujer que debería aceptar como cónyuge sólo aquel que podría respetar y admirar y a quien le gustaría someterse en los límites permitidos. Además, la elasticidad más grande del armazón físico de la joven madre será a su ventaja para aguantar su parte especial de la maldición (Gén. 3:16). No olvidemos tampoco las experiencias preciosas que hacen el buen padre y la buena madre asegurando lo necesario a sus hijos y educándolos. Estas lecciones pueden acercarlos al Padre celestial más rápido que lo haría otra cosa, y esto es lo que las Nuevas Criaturas desean para sus hijos más de todo.

Los padres avisados no tratarán de frustrar a sus hijos de su deseo natural de casarse, sino al contrario, usando su sabiduría, les ayudarán en su elección. De su lado, los hijos bien criados no despreciarán probablemente el consejo de sus padres tan afectuosos y tan llenos de solicitud para con ellos, concerniente a la transacción más importante de la vida natural. Sin embargo, en tal momento, que los padres indulgentes no olviden que la unión debe hacerse en el mismo plano: incrédulo con incrédulo, justificado con justificado, santificado con santificado, como esto ya ha sido expuesto. En otras palabras, si sus hijos o sus hijas no son consagrados, que no traten de unirlos con un miembro de la Nueva Creación que debe casarse “sólo en el Señor”; ellos deben suponer más bien que una unión de diferentes naturalezas no sería ventajosa probablemente ni para el uno ni para el otro, sino sería en todos los casos, contrario a la exhortación divina que su pueblo debe casarse “sólo en el Señor.”

MAYORDOMOS DE LA SALUD DE NUESTROS HIJOS

Los padres harán bien de recordar que si un cuerpo limpio ayuda al niño a tener una mente pura, un cuerpo sano es un medio precioso para tener una mente sana. Con su “espíritu de dominio propio”, cada Nueva Criatura debería ser bastante sabia para guiar a su hijo en la adquisición y en la conservación de una salud física con relación a su constitución. El aire puro, el agua pura, el alimento sano, una ocupación razonable, mental y física, constituyen los elementos esenciales que nos permiten utilizar a lo mejor lo que recibimos de nuestros padres y lo que transmitimos a nuestros hijos.

Todos los padres deberían saber que la niebla no es “el aire fresco” y que, en la medida donde una ventilación razonable lo permite, ella no debe penetrar en los pulmones; que la ventilación dentro de la casa debería permitir que la luz del sol penetre lo más posible, y que las personas de salud delicada no deberían salir temprano por la mañana, ni tarde por la noche en la atmósfera húmeda. Los padres deberían velar por la limpieza de todos los recipientes etc. sirviendo para el abastecimiento de agua, y deberían hacer adquirir la costumbre de tomar un cuidado escrupuloso. Ellos deberían procurar que cada hijo tenga que hacer un trabajo de acuerdo con su fuerza y con su edad, y que lo haga bien y con cuidado; este trabajo debería ejercer en parte la fuerza física y en parte la fuerza mental. Deberíamos vigilar de cerca el carácter de las lecturas y de los estudios, tanto como aquel del trabajo manual, que se debería variar de vez en cuando con el fin de equilibrar la mente y el cuerpo con vistas a prepararlos para las diversas tareas de la vida. El hijo debería darse cuenta del interés que sus padres tienen por él y debería saber que es inspirado por *amor* para su futuro bienestar y que es también una obligación deliberada de Dios.

Comprendemos muy mal para qué sirven los alimentos, y esto es sin duda alguna la causa de muchas enfermedades — mentales y físicas. Todos los padres deberían saber que se puede dividir los alimentos en tres categorías:

(1) Los alimentos muy nitrogenados que sirven para formar la carne, el músculo, los tendones. Estos alimentos son: la carne, el pez, el ave de corral, los huevos, los guisantes, las judías. Consideramos que 150 gramos aproximadamente [exactamente: 5 “onzas” = 141,75 gramos] por día de estos alimentos es una ración suficiente para un hombre medio, de actividad media; ella es menor proporcionalmente para los niños. Estos alimentos pierden su valor nutritivo cuando se los hace cocer demasiado.

(2) Los alimentos ricos en almidón y en azúcar que proporcionan la energía nerviosa: vigor, actividad, energía, calor. Son: el trigo, la patata, el maíz, la avena, el arroz y sus diversos productos: pan, bizcochos, pudines, etc. Estos alimentos deben ser consumidos poco después de su preparación; deben ser bien cocidos para ser lo más alimenticios y más digestibles y esto, teniendo en cuenta la debilidad natural del aparato digestivo. En nuestra época de maquinismo y de viajes fáciles, el gasto de energía nerviosa es mucho más grande que la de la fibra muscular. Son por lo tanto alimentos de esta categoría que haya que consumir en cantidades más grandes que los de la categoría precedente. La ración para un hombre medio sería de 600 gramos aproximadamente [exactamente: 20 “onzas” = 567 gramos] por día — los niños que crecen necesitan un poco más que una cantidad proporcional a causa de su actividad intensa de mente y de cuerpo.

(3) Los alimentos — frutos y verduras — compuestos sobre todo de agua son ricos en sales bioquímicas y tienen un gran valor nutritivo. Sus sales de cal, de potasa, etc. no sólo ayudan la formación de los huesos, alimentan los nervios, sirven como reguladores sino que sus elementos fibrosos llenos de agua (así como en la col, el nabo, etc.) que no alimentan en absoluto, ayudan a purgar y a limpiar los intestinos, e impiden así los más concentrados alimentos ricos de obstruir el organismo. Algunos de estos alimentos como la calabaza, las remolachas, las manzanas dulces, etc. también tienen un valor nutritivo proporcional a su contenido en azúcar. Otros, fuertemente ácidos, actúan sobre la sangre clarificándola y purificándola: son las uvas, las manzanas ácidas, los limones, las naranjas, etc. Un hombre de fuerza media

debería absorber por lo menos 2 litros y medio [exactamente: cinco “pints”, es decir, 2,36 litros] por día de líquidos en forma de: leche, sopas, o de frutos y verduras acuosas, o de agua pura — para los niños, esto será en proporción. Los alimentos contienen bastante agua para las comidas. Uno debería beber agua una hora o más después de las comidas. Estas cifras muestran que la mayoría de la gente consumen muy poca agua y verduras.

Se debe observar, además, que muchos artículos de alimentación arreglados entre los que contienen almidón (trigo, maíz, avena, etc.) también encierran materias nitrogenadas; de suerte que si sea necesario, o sea por razón de economía o sea por otra razón, se puede seguir un régimen puramente vegetariano y muy barato que alimentará convenientemente a la familia, desde los puntos de vista cerebrales, musculares y energéticos.

Un equilibrio irregular de estos alimentos (en particular, los de la segunda categoría, la más importante) contribuye a la enfermedad: o sea un consumo demasiado abundante enriquece demasiado la sangre que se espesa, provoca barros y furúnculos, o una lengua cargada, dolores de cabeza, la gota y el resfriado con cierta congestión; al contrario, una falta de estos alimentos para satisfacer las necesidades del cuerpo provoca la debilidad, el nerviosismo, una lengua blanca, y también puede favorecer un resfriado. Deberíamos enseñar a los hijos de observar en ellos sus propios síntomas y de comer en consecuencia, con el fin de impedir el desarrollo de la enfermedad desde su principio, o preferentemente de prevenirla moderándose y dando pruebas de buen juicio en la mesa. Pero no todos tienen igualmente un buen juicio respecto a este tema; es por eso que los padres que, por la gracia de Dios, tienen el “espíritu de dominio propio” deberían ajustar tanto, dosificar y alternar los menús de sus comidas, con el fin de que los convidados no necesiten preocuparse tanto o escoger, la variedad asegurándose más bien por un cambio diario que por numerosos platos a la vez.

No apoyamos una “manía”, no más que procuramos desviar del alimento espiritual la mente de la Nueva Creación y fijarla en la salud física y en lo que comamos, en lo que bebamos, etc. en lo

que los gentiles busquen. No; buscamos ante todo lo espiritual. No obstante, si nuestras mentes y nuestras conversaciones se refieren especialmente a lo espiritual, es nuestro deber de servirnos del juicio más sano que poseemos para ocuparse de nuestros hijos que nos son confiados por la providencia divina.

Una palabra para concluir respecto a este tema de alimentación. Los caballos y el ganado parecen comer sin reflexión — buena o mala — y ciertas personas estúpidas de la familia humana también hacen lo mismo, pero son raras. Es por eso que, en cada comida, hay siempre algo para excitar los sentimientos o sean agradables o sean tristes: el amor, la alegría, la paz, la esperanza, etc. o la ira, la malicia, el odio, las contiendas, etc. Ahora se reconoce que las disposiciones mentales tienen una influencia poderosa en la digestión. Por una suerte de transformación química que no se comprende claramente, la excitación de una disposición colérica y mala de espíritu afecta los nervios y contraria la digestión, mientras que las influencias agradables y alegres actúan en el sentido contrario. La Nueva Criatura puede preservar en sí misma su “paz de Dios” en medio de una multitud de circunstancias desfavorables, pero otros no lo pueden. Es por eso que si ella es la cabeza de la familia responsable, es su deber de velar por la paz en la familia orientando la conversación de mesa lo más posible a temas agradables y provechosos, si no religiosos.

Confiándole al Señor los intereses de nuestra salud personal y la de nuestros hijos, deberíamos estar seguros que empleamos, a lo mejor de nuestra capacidad, y *tan prudentemente como posible* las bendiciones y los privilegios que ya se nos conceden. Entonces y no de otro modo se nos permitirá hacer la nuestra, la seguridad *alentadora* que todas las cosas les ayudan a bien.

ESTUDIO XIV

DIVERSAS OBLIGACIONES TERRESTRES DE LA NUEVA CREACIÓN

“PROCURAD LO BUENO DELANTE DE TODOS LOS HOMBRES” — “NO DEBÁIS A NADIE NADA” — “PRESTAD, NO ESPERANDO DE ELLO NADA” — CORTESÍA CRISTIANA — “NO OS AFANÉIS POR EL DÍA DE MAÑANA” — “CRISTO ES MI ANHELO, SÍ CRISTO SOLO” — “ES MÁS FÁCIL PASAR UN CAMELLO POR EL OJO DE UNA AGUJA, QUE ENTRAR UN RICO EN EL REINO DE DIOS” — SEGUROS — ORGANIZACIONES DE AYUDA MUTUA, ETC. — INJERENCIA VOLUNTARIA EN LOS ASUNTOS DE OTROS — “BENDECIR A DIOS Y MALDECIR A LOS HOMBRES” — OBLIGACIONES SOCIALES — “HONRAD A TODOS” — ¿TOMARÁ PARTE LA NUEVA CREACIÓN EN LAS ELECCIONES PÚBLICAS? — LA NUEVA CRIATURA Y LAS REFORMAS MORALES — USO DE TRAJES COSTOSOS — ESPEREMOS LOS ORNAMENTOS DE “GLORIA, DE HONRA Y DE INMORTALIDAD”

**“PROCURAD* LO BUENO DELANTE DE
TODOS LOS HOMBRES”**
—Rom. 12:17—

Si bien es verdad que, según las Escrituras, las Nuevas Criaturas están muertas al mundo y vivas para con Dios mediante Jesucristo nuestro Señor, no obstante, la metáfora se aplica totalmente a sus esperanzas, a las metas y a sus ambiciones transformadas. Mientras que el nuevo entendimiento todavía está obligado por medio del cuerpo humano, esperando el nuevo cuerpo en la Primera Resurrección, él debe admitir ciertas responsabilidades con respecto a otros hombres, hacia el mundo. Lo mismo que él tiene responsabilidades con respecto a la familia terrestre y hacia “la familia de la fe” tocante a las cosas temporales, y que estas responsabilidades, lejos de ser reducidas o atenuadas, son aumentadas por la transformación del entendimiento, así es

* Referencia Strong N° 4306: “proveer” —*Trad.*

también con ciertos deberes referentes a otros hombres.

Todos los humanos deberían observar el principio de justicia, de rectitud, en sus relaciones recíprocas, pero la Nueva Criatura, habiendo recibido instrucciones especiales en la escuela de Cristo acerca de estos principios de la Ley divina, debería ser mucho más vigilante que otros para ejercer estas cualidades en los asuntos de la vida cotidiana. ¿Es conveniente, es justo que todos los hombres debieran proporcionar lo que es decente y honesto en los ojos de sus semejantes? Ciertamente que sí, y ciertamente también, las responsabilidades de la Nueva Criatura en este respecto son más grandes a causa de su posición privilegiada. ¿Se espera que otros hombres sean honestos, sinceros, íntegros, honorables, generosos? Deberíamos esperar seguramente que los hijos de Dios lo sean más aún, y que se esfuercen, cada día, por ser el modelo perfecto en pensamiento, en palabra y en conducta.

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”, tal es la ley divina expresada por el Apóstol (Rom. 13:8). Sería bueno si todo el mundo conociera esta regla y la siguiera estrechamente, y sabemos que al debido tiempo (durante la Edad milenaria), esta misma regla se aplicará rigurosamente. Sin embargo, la Nueva Creación hace suya esta regla ahora, y si otros no la admiten y no la siguen, el pueblo del Señor, en cuanto a él, debería conformársela sin reserva. Aun en el Israel natural, la casa de siervos, el Señor había ordenado de prestar y no de pedir prestado (Deut. 15:6) si querían serle fiel. Este mismo principio se encomienda a toda persona de buen juicio, como ser la misma esencia de la sabiduría — sabiduría que sería bueno aplicar al mundo si fuera posible — que se reconoce pero que muy pocos, o sea entre los hijos de Dios, o sea entre la gente mundana, tratan de seguir enérgicamente como una regla invariable de la vida.

En otras palabras, cada miembro de la Nueva Creación, en cuanto a las cosas terrestres, debería vivir en los límites de sus medios. Si él puede ganar sólo un dólar al día, no debería pensar por un momento en gastar más, excepto en el caso de necesidad absoluta, sino debería adaptarse a las exigencias de su situación hasta que las circunstancias se hagan más favorables.

Reconociendo que el Señor se ocupa providencialmente de él y de todos sus asuntos, él debe, después de haber tomado tan prudentemente como posible toda disposición tocante a sus intereses temporales, concluir que éstos, tanto como sus asuntos espirituales, estuvieron bajo la vigilancia divina, y que el Señor le destinó una bendición en contacto con estas condiciones. En consecuencia, él debería estar totalmente satisfecho con esto, por muy penoso que pueda ser, y esperará con paciencia que el Señor pueda, en su amor y su sabiduría, aportarle un alivio al debido tiempo. Si sus ingresos sean elevados, la moderación debería ser en esto como en toda cosa la norma de conducta. “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres.” La economía forma parte del arreglo divino, como dieron el ejemplo nuestro Señor y los apóstoles, en particular cuando él hizo recoger los pedazos de pan que sobraban, mientras que tenía el poder de crear, de la nada, el alimento para una multitud.

Deberíamos reducir todos los gastos, en la misma proporción donde los medios de los que disponemos son limitados, no sólo sin gastar más que lo que ganamos, sino aún un poco menos; de esta manera, lo poco que ganáramos, podríamos poner un poco a un lado, o sea para nuestras futuras necesidades, o sea como ofrenda al Señor, o aún, como sugiere el Apóstol, con el fin de que podamos dárselo a los que se encuentran en condiciones de necesidad más grande. Recordemos siempre que la confianza en el Señor implica la satisfacción y que esto significa la paz del corazón. En estas condiciones, el pan y el agua, o las papas y la sal, tendrán mejor gusto y serán más provechosos que un alimento más rico tomado en un espíritu diferente. La confianza siempre implicará también la gratitud y, por consiguiente, el hijo de Dios que se aprovecha de un buen alimento natural debería constantemente desbordarse de reconocimiento hacia el Dador de todo lo bueno, encomendándose a su sabiduría en todos los asuntos de la vida. Esto no significa que haya que permanecer indiferente en todo mejoramiento, si la “puerta” de este mejoramiento y de una prosperidad más grande sea justa, si es un medio honorable de mejorar nuestra condición. Si encontramos tal “puerta” delante de

nosotros, debemos aceptarla con gratitud como algo abierto por la providencia divina, y como algo que puede conducir a otras nuevas lecciones de nuestro gran Instructor.

La exhortación, “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”, implica que si en cualquier momento, por inadvertencia y contrariamente a esta sabiduría divina, hemos contraído deudas hacia otros, deberíamos por todos los medios razonables y honorables, procurar liberarnos de ellas, pagar nuestras deudas. Si, no obstante, las deudas han sido contraídas en consecuencia de operaciones financieras (o comerciales: “in a business way” —*Trad.*) los acreedores sabiendo en este momento que corrían riesgos más o menos grandes, y que corrían estos riesgos con vistas a realizar beneficios; si, por otra parte, las deudas resultaran de una quiebra comercial legal, y que se hubieran hecho “ilegales” — y sobre todo si se hubieran contraído antes del cambio de naturaleza, antes de hacerse una Nueva Criatura, no sería injusto para la Nueva Criatura de prevalecerse de lo que se llama disposiciones en caso de quiebra, o de sacar provecho de la ley que estipula que una deuda o un juicio se hace nulo y sin valor al cabo de cinco años, a menos que haya sido confirmado por el Tribunal o por un compromiso personal.

Encontramos el precedente bíblico para tal modo de actuar en la Ley dada al Israel típico, respecto a la exoneración de las deudas cada séptimo año sabático, y una exoneración aún más completa de toda obligación el quincuagésimo año del Jubileo. El mundo ha reconocido la sabiduría de estas disposiciones divinas, y numerosas naciones las han introducido en sus leyes civiles. Las Nuevas Criaturas que sacan provecho de estas disposiciones terrestres, de acuerdo con la voluntad divina, pueden tranquilizarse concerniente a tales deudas, a menos que más tarde, la providencia de Dios las bendiga de tal abundancia de bienes que la Regla de oro les dicta sin duda alguna la conveniencia de reembolsar todas sus deudas, aun si las leyes no se lo obligan.

Sin embargo, si la deuda no fuera de carácter comercial, sino una obligación hacia un amigo, un préstamo de dinero o un crédito en el cual el amigo no esperaba y no recibió ninguna ganancia o

provecho, el caso sería totalmente diferente. Debemos considerar que esta deuda no goza de ninguna prescripción y el que la contrajo debería hacer todos los esfuerzos para cumplirla. Sin embargo, como ya hemos destacado, una vez hecha miembro de la Nueva Creación, bajo la dirección del Espíritu Santo y de su Palabra, las Escrituras, conducida por el espíritu de dominio propio, ninguna Nueva Criatura debería endeudarse, sino considerar como la providencia del Señor que ella vive en los límites de sus recursos. Esta exhortación de “no deber nada a nadie” no se aplicaría necesariamente al hecho de hipotecar su propiedad para una suma inferior a su valor real. Esto no sería un préstamo en el sentido prohibido, sino simplemente el hecho de vender por un tiempo una parte de su propiedad conservando la posibilidad de rescatarla de nuevo.

Las viudas y los huérfanos no son responsables de las deudas de la cabeza de familia difunta con respecto a la ley humana así como a la ley divina. Mercancías vendidas a un marido o a un padre están bajo su responsabilidad y su honestidad personales, y nadie más puede responder por sus deudas a menos que se haga personalmente responsable por medio de un acuerdo directo o implícito. Las deudas de la cabeza de familia difunta tenían un derecho de retención contra sus bienes (salvo contra la parte de la familia reservada por la ley); pero esta disposición terminó con su muerte, a menos que un miembro de la familia asuma voluntariamente las obligaciones. Mencionamos esta situación porque tuvimos conocimiento de casos donde las viudas y los huérfanos pobres, considerándose obligados por la ley divina si no por la ley humana, a pagar las deudas del marido o del padre, permanecieron en la miseria durante años a causa de esto.

El consejo que el Señor da a sus hijos sobre el otro aspecto de la cuestión también es explícito. Si ven que sus hermanos o hermanas estén necesitados, deben hacerles bien y “prestar sin esperar nada”, sin pensar en obtener en cambio favores semejantes u otros favores. No obstante, debemos comprender esta exhortación de “prestar” a un hermano, de acuerdo con otra exhortación que no deberíamos pedir prestado; por consiguiente,

en ese caso, suponemos que el hermano que pide prestado dispone de medios y que será capaz de reembolsar, pero que, temporalmente, está en un apuro económico y que puede proporcionar una hipoteca o garantías al prestamista. Sin embargo, tal préstamo hecho para ayudar a un hermano en la necesidad, debe ser consentido libremente y sin esperanza de recompensa, sin estipular un interés pero simplemente el reembolso de la suma prestada en el plazo fijado. Debe ser puramente y simplemente un arreglo, una forma de amor fraternal.

Si el hermano no esté en una situación que le permite reembolsar el préstamo, ni dar garantías para la suma prestada, no hay que hacerle un préstamo, sino más bien un don — en la medida en que el donador se siente capaz de ejercer la caridad y en proporción a las necesidades del hermano. Este último podría emprender a reembolsar este dinero, pero deberíamos darle a entender bien que se trata de un don, a menos que más tarde los asuntos del hermano se mejoren ampliamente, y a menos que esté a gusto suficientemente para devolver el don, lo que él tendría empeño ciertamente de hacer. Aun entonces, si el donador pudiera permitírselo, él podría decirle al hermano: “No tengo alegría en recuperar el don; también, le ruego transmitírselo a alguien más que usted puede encontrar necesitado, sea ahora, o sea más tarde.” No obstante, el asunto sería completamente diferente si el hermano o cualquier otra persona deseara pedir prestado dinero con vistas a extender su asunto y con la intención de realizar un beneficio. Prestar dinero en ese caso, después de haber tomado garantías sólidas y exigido un interés, sería completamente legítimo, y tal provecho no sería de ninguna manera “interés” en el sentido usurario e injusto del término, sino estaría de acuerdo con la recomendación del Señor en su parábola cuando declaró: “Debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses.” —Mat. 25:27.

En acuerdo completo con estas exhortaciones, las Escrituras nos dan otra, a la cual uno hace bien en conformarse y siempre con provecho, que sea de la Nueva Creación o hasta del mundo en general. Leemos: “El hombre falto de entendimiento presta fianzas,

y sale por fiador en presencia de su amigo” (Prov. 17:18). Según esta sugerencia, estaría prohibido hacerse fiador de otros, endosar efectos de comercio, etc. para otros, y sería sabio para todos los hijos de Dios de seguir prudentemente esta regla. Aun en el caso más urgente que se pueda imaginar, en el que pudiera haber necesidad absoluta de hacerse fiador de un hermano, se tendrá cuidado de no contraer obligación con que no se podría cumplir sin inconveniente grave. Si el importe de la caución no sobrepasa la suma que uno estaría dispuesto a prestarle al hermano, o a darle en caso de necesidad, entonces está permitido hacerse fiador o dar su caución, pero no de otro modo — con riesgo a su crédito personal, ni al riesgo de su negocio personal o del empobrecimiento de su propia familia. —Compárese Prov. 22:26; 11:15; 6:1-5.

Existe un género de empréstitos y de préstamos insignificantes practicado por buen número de gente, en particular tocante a los artículos de la casa, jabón, azúcar, cubetas, herramientas, etc. y que vale la pena de examinar aquí. Las Nuevas Criaturas, guiadas por el espíritu de dominio propio, deben desaprobear en su corazón tales mezquinas perturbaciones; ellas lo harán tanto si se ocupan de manejar sus propios asuntos y sus propias necesidades para pedir prestado muy raramente, sólo en el caso de necesidad absoluta, enfermedad u otro caso grave. Todos los santos del Señor deberían determinarse de molestar a otros lo menos posible. Si, por lo tanto, a consecuencia de negligencia o de descuido, ellas faltaran de mantequilla en el momento de una comida, deberían preferir pasar sin eso más bien que molestar a un vecino y dar un mal ejemplo. Si ellas disponen sólo de una plancha [ordinaria —*Trad.*] y no pueden comprar otra, harán mejor en contentarse con la que tienen.

Los que manejan tan estrictamente sus propios asuntos se sentirán naturalmente más molestos que otros si un vecino viene para pedirles prestado algo. Sin embargo, los hijos de Dios deben ser prestamistas y no prestatarios, y aconsejaríamos de buena gana que en toda moderación razonable, ellos se señalaran a otros en estos dos aspectos que siempre están dispuestos a prestar, de todo corazón, con mucho gusto, con buena voluntad y con el deseo de

ser agradables y de prestar servicios hasta el punto de perder, pero que, en cambio, nunca deseen pedir prestado algo. Según el testimonio de todos, consideramos a tales personas como “buenos vecinos”, aun si pasaran o no por tales a causa de su devoción por el Señor y por su Palabra. En verdad, sucede que los prestatarios no devuelven siempre lo que pidieron prestado y que uno esté molesto para reclamarlo; o sea en el caso de un préstamo de productos alimenticios, que ellos nunca los devuelven. Sin embargo, debemos creer que si ellos así pidieron prestado, consumieron y no devolvieron estos productos, ellos no se presentarán de buena gana para un nuevo préstamo. Si las circunstancias lo permitieran, nunca preferiríamos reclamarles lo que se pidió prestado de nosotros. Consideraríamos más bien que estas son ocasiones favorables de hacerse amigos de “las riquezas injustas”, buenas ocasiones de sacrificar los intereses terrestres fútiles para poder obtener así, sobre nuestros vecinos, una influencia moral y espiritual más grande.

Mientras examinamos este tema, podríamos mencionar otro que está relacionado estrechamente con éste en general, a saber: la costumbre que ciertas personas tienen de visitar a amigos sin estar invitados, pedir prestado así el tiempo de otro. Es uno de los rasgos del espíritu generoso de amor que de ser hospitalario, y todos los hijos de Dios deberían en cada ocasión conveniente, cultivar esta disposición que complace al Señor y servirá para su propio crecimiento espiritual (Heb. 13:2). Deberían estar contentos recibir a amigos, a vecinos, para una comida o para una noche, etc. según las circunstancias; ellos tendrán siempre un deseo cordial de ejercer la hospitalidad, que tengan la oportunidad por eso o no. Ser hospitalario no significa hacer gastos locos más allá de sus medios, ni hacer mejor para un invitado que para su propia familia. Esto significa no obstante, estar dispuesto a compartir con otros lo que uno tiene.

Sin embargo, consideremos el otro lado de la cuestión. Los consagrados del Señor, los miembros de la Nueva Creación nunca deberían ser intrusos. Ellos deberían asegurarse que recibieron una invitación positiva y cordial antes de aceptar ser los huéspedes de

alguien para una comida o para una noche. ¡Qué bello ejemplo de este buen principio tenemos en el caso de nuestro Señor, caminando con ambos discípulos hacia Emaús! Él deseaba entrar con ellos en su morada y compartir su comida de la noche con el fin de poder concederles una bendición suplementaria. Sin embargo, cuando hubieron llegado, “él hizo como que iba más lejos”, y esperó estar solicitado con instancia antes de consentir a quedarse con ellos. No se trataba de un simulacro, no más que sería un simulacro de nuestra parte actuar así. Nuestro Señor no se habría quedado con ellos si no le habían rogado insistentemente, no más que deberíamos quedarnos con alguien que no nos acogiera cordialmente, ni permanecer más tiempo que nos permitiría la cordialidad de nuestros huéspedes, cualesquiera que sean las circunstancias para nosotros.

La idea que parece prevalecer en la mente de algunos, a saber, que ellos son libres de “instalarse” entre los padres según la carne o según el espíritu, es un gran error. No existe ningún derecho de esta naturaleza. Nosotros tenemos el derecho de dar y de ser generosos, pero no somos autorizados a pedir o a exigir tales cosas de otros. Ellos tienen el derecho de dar o de negarse a dar lo que les pertenece, de lo que son administradores. ¿Hasta qué punto las Nuevas Criaturas deberían permitir a hermanos o a padres según la carne, en el error, de importunarles? Esto dependería de las circunstancias, y sobre todo de las condiciones físicas y financieras del visitante. Sin embargo, por deseo de justicia a sí mismo así como al visitante que no está claro acerca de esta pregunta y se propone hacer de su visita una estancia, el que lo recibe debería amablemente pero claramente decir: “Es tal vez bueno prevenir que usted pueda quedar con nosotros sólo por tanto tiempo”; o sea, otra buena manera de proceder con respecto a tales personas es de decirles todo al principio de su visita que estarán bienvenidas hasta tal fecha, o de invitarles de un modo bien definido para una comida, o para un día o para una semana, según el caso, indicando tan claramente la duración de la invitación para evitar todo malentendido. Parece absolutamente necesario actuar así en interés del hogar, del presupuesto familiar, de su tiempo, del servicio del

Señor, etc.; esta línea de conducta también está indicada y útil para iluminar a un gran número de personas que tienen concepciones erróneas respecto a este punto. No obstante, no es necesario que pensemos al respecto, o que les hablemos, o que hablemos de ellos, de manera desatenta. Tal vez ellos son más deficientes en este punto que nosotros o que otros, y por naturaleza tal vez somos más deficientes que ellos en otros puntos. En todo caso, nuestra opinión al respecto debería ser benévola, generosa, y nosotros mismos deberíamos tomar tanto más la resolución de evitar absolutamente este comportamiento reprehensible.

“NO OS AFANÉIS POR EL DÍA DE MAÑANA”

—Mat. 6:34, 19, 20—

La declaración de nuestro Señor citada arriba, y esta otra declaración “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo”, fueron, pensemos, muy mal comprendidas por muchos de sus discípulos serios y fervientes. Algunos han concluido que el Señor quería decir que ellos debían vivir “al día” y sin *preocuparse* de ninguna manera del futuro. Vemos, al contrario, que nuestro Padre celestial no nos dio ningún ejemplo de este género, que piensa continuamente en nosotros y que dispuso de las temporadas, de los cereales, de las verduras y de los frutos en su orden. También vemos que él quiso que aceptáramos principios similares y él dispuso de la naturaleza de tal modo que debemos plantar, si queremos comer más tarde, tejer si queremos vestirnos, y preparar por anticipado el aceite que nos alumbrará por la noche. El mismo principio se aplica a todos los asuntos de la vida, y debemos rechazar la idea de que nuestro Señor Jesús hubiera podido tener la intención de oponerse o de volcar este arreglo divino tal como lo manifiesta toda la naturaleza.

¿Entonces, que quiso decir nuestro Señor? Respondemos que, en el original del primer texto, el pensamiento es éste: “No tengáis preocupaciones exageradas por el día siguiente”; “Basta a cada día su propio mal”. Los hijos de Dios no deben estar inquietos

(“anxious”) respecto al futuro. Ellos deben ser diligentes, “no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” [Rom. 12:11]. Plantando, sembrando, escardando, y binando, ellos deben reconocer por fe que todos sus asuntos se encuentran bajo la vigilancia divina, y que Dios prometió que todas las cosas les ayuden a bien a los que le amen. Ellos deberían convencerse totalmente de las promesas preciosas que Dios ha hecho de cuidar de ellos, que su corazón sería completamente liberado de toda ansiedad.

Deberíamos reconocer que hay una gran diferencia entre la despreocupación y la ansiedad. Si nuestro Señor hubiera sido despreocupado, pródigo, despilfarrador, irreflexivo respecto al día siguiente, no habría dicho a sus discípulos de recoger los pedazos de pan que sobraban después de alimentar a la multitud. Al contrario, él mostró, por este mismo incidente, que era conveniente pensar en la próxima comida del día siguiente, pero no había ninguna idea de ansiedad en lo que recomendaba. Los discípulos debían emplear lo que habían recibido sin despilfarrarlo. Si, no obstante, sus provisiones se hubieran agotado, sin que fuera su culpa, y que no hubieran tenido ningún medio de reabastecerse, ellos debían confiarse implícitamente en el Señor hasta el punto de excluir toda ansiedad, sin aflojarse por esto. Encontramos la misma idea en el caso de José, en Egipto, donde bajo la dirección divina, hizo grandes reservas de trigo durante los siete años buenos, haciendo así provisión por los siete años de hambre que debían seguir.

El segundo texto no implica tampoco la despreocupación con respecto a los asuntos diarios de la vida — los intereses de la vida presente, la subsistencia conveniente para nuestra familia, etc. ¿Entonces qué significa? Él quiere decir que nada de naturaleza terrestre debería hacerse nuestro *tesoro* — que sólo es el tesoro celeste que deberíamos considerar por encima de todos los demás. Está sobre él que debe concentrarse nuestro corazón, y es de él que debería alimentarse constantemente nuestro espíritu; así enriquecidos, deberíamos tener el descanso espiritual por medio de la fe, confiando en las promesas divinas. El mundo no conoce

ninguna de estas cosas excelentes y preciosas que las Nuevas Criaturas poseen por la fe. Así como lo expresa el cántico:

“Que el mundo busque y ame lo suyo;
Cristo es mi anhelo, sí Cristo solo.”

Escogiendo a Cristo, escogemos no sólo la gloria, la honra y la inmortalidad prometidas a los que le pertenecen, sino también escogemos los sufrimientos de esta vida presente, las pruebas y las experiencias prometidas a los que andan en sus pisadas como una formación y una preparación necesarias para las glorias venideras. Además, todos los que buscan así a Cristo, todos los que han hecho una plena consagración de sí mismos al Señor, no tienen nada natural terrestre que puedan llamar su propiedad. Cuando ellos eran de la tierra, terrestres, estimaban sus intereses terrestres como posesiones personales, pero cuando llegaron a ser propios del Señor, se consagraron a él con todo lo que poseían. Casas, tierras, hijos, marido, mujer, hermanos, hermanas, todo fue entregado, consagrado al Señor. Por lo tanto, nada de todo esto puede ser en lo sucesivo el tesoro de la Nueva Creación.

Esto no quiere decir que un hombre no puede amar a su mujer, o la mujer a su marido, apreciar ampliamente uno al otro. Esto no significa que ellos no pueden amar a sus hijos y apreciar altamente sus cualidades de corazón y de espíritu. Esto no quiere decir tampoco que ellos no pueden amar y apreciar las bellezas de la Naturaleza, ni poseer una casa o un animal. Pero esto quiere decir que ninguna de estas posesiones terrestres puede ser en lo sucesivo su *tesoro*, ni en algún sentido de la palabra rivalizar con el Señor que ellos aceptaron como aquel que está “señalado entre diez mil y (de quien) todo es codiciable.” —[véase Cant. 5:10, 16].

Nosotros no debemos amar el dinero, reverenciarlo, adorarlo: no debemos ser sus esclavos o sus siervos. Nos hemos sometido al Creador Todopoderoso como hijos y como siervos; el dinero es uno de sus siervos y sus instrumentos, y así es como deberíamos considerarlo, nosotros que somos los administradores de la suma que, en la providencia divina, podemos poseer.

Sin embargo, no nos acordamos de las palabras que el Señor dirigió al muchacho que le acercó, diciendo: ¿Qué más me falta?” y a quien Jesús respondió: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mat. 19:16-22). ¿No nos enseña esto que es necesario para todos los hijos de Dios de hacerse pobres? Respondemos: sí, añadiendo: “Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos... es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja* que entrar un rico en el reino de Dios” (Mat. 19:24). Los ricos son tentados por las cosas buenas de la vida presente que tienden a atraer su corazón y a hacerse sus ídolos y sus tesoros. De este hecho, están en una situación menos favorable a este respecto que los pobres que, poseyendo sólo pocos bienes de este mundo, no están ligados a ellos y están tanto más dispuestos a oír con alegría las buenas nuevas de la gracia divina, las grandes riquezas que el Señor tiene reservadas para sus fieles. Sería sin embargo un error de suponer que nadie pudiera poseer bienes de este mundo sin abusar de ellos, sin adorarlos, sin hacer tesoros de ellos. ¿Quién no ha conocido u oído hablar de gente pobre que, a todas luces, adoraba las riquezas, las deseaba ardientemente, luchaba constantemente por obtenerlas, y estaba siempre descontenta de no poder poner la mano sobre lo que su corazón quería poseer como tesoro?

Todos los que vienen al Señor, que sean ricos o pobres respecto a los bienes de este mundo, deben acercarse comprendiendo lo que es una plena consagración: un sacrificio entero de su corazón, de su voluntad y de todo lo que poseen, si no,

* En la antigüedad, las grandes ciudades del Oriente tenían grandes puertas que se cerraban a la puesta de sol y que uno no tenía el derecho de abrir hasta la mañana, por temor de que un enemigo aprovechara de eso para atacar. Sin embargo, ellas tenían pequeñas puertas que estaban guardadas por las cuales un hombre podía pasar y aun traer con él su camello quitándole su carga para permitir al animal entrar arrastrándose sobre sus rodillas. Estas pequeñas puertas se llamaban “ojos de aguja”. Así un hombre rico puede entrar en el Reino, pero sin estar cargado por riquezas o tesoros terrestres. El debe desembarazarse de ellos.

no serán aceptados. El pobre que viene al Señor debe abandonar los ídolos de su *imaginación* y de su *ambición*, su codicia que siente por la riqueza terrestre que aún no ha podido obtener. El rico que viene al Señor debe también acercarse abandonando completamente su voluntad, sus planes y sus proyectos terrestres a los cuales hasta entonces había consagrado sus mejores fuerzas: hace falta que sacrifique, no sólo lo que posee sino todo lo que esperaba, todo hacia lo que tendía y todo lo que ambicionaba obtener — es menester que todo sea dejado sobre el altar del Señor, si no, no puede ser su discípulo.

El muchacho rico hubiera podido comprender mejor las palabras de nuestro Señor si hubiera estado en una mejor disposición de espíritu, porque creemos que el Señor le habría explicado el tema más completamente. Si hubiera dicho: Señor, acepto las condiciones; te abandono mi todo, a ti el representante de Dios. ¿Cómo debo hacer para ejecutar tus instrucciones? ¿Voy a vender mis rebaños, mi ganado mayor, mis tierras, mis casas y tomar así la suma enorme realizada, convocar a los pobres, tirar el dinero en el aire y dejarles pelearse entre sí para obtenerlo, o cómo debería proceder? Dame, por favor, instrucciones más explícitas.

Podemos imaginar al Señor diciéndole: Ahora has alcanzado el punto al cual yo deseaba que llegaras, y voy a explicarte mi exhortación más en detalle. Ahora has consagrado tu *todo* a Dios, sometiéndolo a su voluntad, con el fin de que sea empleado según la comprensión de esta voluntad, y me preguntas qué es su voluntad. Voy a decírtelo: Dios quiere que tú mismo te hagas su mayordomo, no simplemente para guardar los bienes, sino su mayordomo para gastarlos, utilizándolos también, tan prudentemente como puedes. Sugiero que comienzas por retirar el dinero que tienes en el banco y de emplearlo. Puedes, si lo quieres, comenzar aquí con mis apóstoles y mis discípulos. Reflexione en el bien que puedes hacerles. Cuando hayas agotado este dinero, vendes una casa o un rebaño de corderos o de ganado y continuas así utilizando los recursos que Dios confió en tu administración: haciéndote su administrador, hay que esperar hasta que, habiéndole consagrado todo, él te pida rendirle finalmente las cuentas.

Entonces, si puedes demostrar que empleaste tan prudentemente y tan completamente como posible lo que le habías consagrado, puedas esperar oír sus palabras benditas: “Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor.”

Consagrar nuestro todo al Señor no quiere decir que todos nuestros bienes deben ser empleados exclusivamente en la obra religiosa. En calidad de mayordomos del Señor, debemos constantemente procurar saber lo que le agradaría y esto sacando nuestras instrucciones de su Palabra. Ella nos enseña a glorificarle, y procurando glorificarle, debemos esforzarnos por emplear no sólo nuestras palabras y nuestros escritos, sino que todos nuestros talentos, incluso nuestro dinero o nuestros bienes. Ya que pertenecemos al Señor, todas las obligaciones que nos incumben lo hacen sobre el tiempo y los bienes que consagramos. Por ejemplo, estar casado, es haber contraído hacia su mujer la obligación de ocuparse razonablemente de ella y de ocuparse razonablemente de sus necesidades; de manera semejante, los hijos son una hipoteca sobre lo que poseemos en plata, en tiempo o en talento.

Dios quiere que aceptemos estas hipotecas y que, día tras día, cumplamos con sus exigencias de manera razonable: no olvidaremos que no debemos despilfarrar los recursos del Señor, sino que debemos procurar utilizarlos lo más posible a promover la Verdad religiosa (difundiendo las buenas nuevas de gran gozo) la cual representa la concepción más elevada que tengamos de las cosas buenas para la creación gimiente. El punto que queremos destacar, es que el cuidado que tomamos de la mujer y de los hijos, o de los padres de edad u de otros que dependen de nosotros, es considerado por el Señor como un empleo conveniente de una parte de lo que le consagramos. No obstante, no debemos dejarnos ir a la prodigalidad o al despilfarro en este campo, porque esto nos molestaría en la utilización más directa de nuestros medios a lo que es para nosotros la obra más importante de la vida: la proclamación del Evangelio, las buenas nuevas del Reino.

No sólo no debemos privar a nuestras familias de las cosas que son necesarias para ellas, sino que las Escrituras nos enseñan que es nuestro deber de ser previsor en su favor, de contemplar el

futuro de cierto modo. Escuche el mensaje del hombre sabio: “Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio” (Prov. 6:6). Vemos que la hormiga amontona una buena provisión de alimento para sus jóvenes hormigas venideras, y el Apóstol nos dice también que los padres deben hacer reservas para sus hijos (2 Cor. 12:14). Es probable que pocas personas necesiten consejos en este campo, debido a la disposición y a la tendencia naturales al egoísmo de nuestra naturaleza caída; las exageraciones en el sentido opuesto serán el hecho sólo de un pequeño número. En Rom. 12:17 y en 1 Tim. 5:8, el Apóstol expresa el pensamiento de las Escrituras respecto a este tema: “Procurad lo bueno delante de todos los hombres” y “Si alguno no provee para los suyos... es peor que un incrédulo.”

La idea que resalta, es que todos los padres deben dar a su hijo para salir en la vida más que el pequeño cuerpo simple imperfecto y sujeto a la muerte que posee en su entrada al mundo. Habiendo traído a los hijos a la existencia, es el deber de los padres de velar por su instalación razonable y conveniente en este mundo. Esto comprende no sólo los cuidados alimenticios y los del vestir durante la infancia y la juventud, sino que la formación intelectual y moral a la cual ya hicimos alusión, y todo esto implica el ahorro, independientemente de las necesidades personales, el ahorro en interés de los hijos. Teniendo en cuenta las incertidumbres de la vida, no parece que esto sea, para los padres, aplicar de manera irrazonable la exhortación de las Escrituras de constituir una reserva para las necesidades de su familia en caso de que ellos fallecieran antes de la madurez de los hijos. No pensamos que el Apóstol hubiera querido decir que los padres deberían procurar amontonar fortunas para sus hijos a riesgo de hacerles pelear entre sí respecto a este tema y de causarles daño. El hijo nacido en buenas condiciones y que recibe una formación y una educación razonables hasta su madurez, tiene todo lo que le hace falta; él mismo posee una herencia rica, y los padres que han actuado así con respecto a sus hijos, tienen toda razón para creer que han sido dirigidos en este punto por el espíritu de domino propio, el Espíritu Santo, la disposición recta que el Señor aprueba, aun si no dejan a

su familia ninguna riqueza, o todo lo más un refugio, un hogar. Tales padres cumplieron bien su carga de mayordomo y, al fin, sus hijos apreciarán seguramente su fidelidad.

ORGANIZACIONES DE AYUDA MUTUA

Vivimos en una época de organizaciones, y debemos suponer que algunas de ellas fueron y son instituciones verdaderamente sabias y provechosas. Las compañías de seguros de toda naturaleza están establecidas, desde luego, en una base comercial y no, hablando con propiedad, filantrópica. Son tentativas humanas para precaverse de las incertidumbres y de las dificultades de la vida presente, para prevenir las consecuencias desastrosas que la muerte puede traer en la situación material de aquellos cuya existencia dependía del difunto. No necesitamos entrar en detalles respecto a diversos tipos de seguros, sino podemos decir en seguida que se trata de un asunto puramente financiero, y no de una cuestión religiosa, que los hijos de Dios recurran o no a estas compañías de seguros.

Hemos conocido casos donde consideramos que el padre de familia actuó prudentemente suscribiendo una póliza de seguro en provecho de su mujer y sus hijos. Esta línea de conducta es particularmente recomendable si la mujer no siente ninguna simpatía hacia la Verdad Presente y hacia los puntos de vista de su marido respecto al futuro cercano, y si desea un seguro que la proteja y le aporta la tranquilidad de espíritu. Si el marido comparte bastante la opinión de su mujer, creemos que haría bien de conservar esta póliza de seguro. No nos hacemos el defensor del seguro, porque personalmente, el autor no ha suscrito a ninguno. Hacemos ver simplemente que no hay nada en las Escrituras que indicara o dictara la conducta que las Nuevas Criaturas tienen que seguir respecto a este tema; pertenece por lo tanto a cada uno de juzgar por sí mismo lo que debe hacer de acuerdo con sus propias condiciones particulares.

Según nuestras expectativas, la presión del gran tiempo de confusión [o de angustia —*Trad.*] se sentirá sobre nosotros pronto,

entre 1910 y 1912, para alcanzar su punto culminante al fin de los “Tiempos de los Gentiles” [o “Naciones” —*Trad.*] en octubre de 1914.*

Las Escrituras no indican de manera precisa en cuál momento la angustia comenzará a ser violenta; el asunto es más bien hipotético. Suponemos que una angustia tan grande, como una catástrofe tan universal, pudiera difícilmente cumplirse en menos de tres años, y que si, por otra parte, durara mucho más de tres años, “nadie sería salvo”. Según estas previsiones, creemos que cuando la tempestad financiera caiga sobre la Cristiandad, el comercio, los bancos, los seguros y los valores territoriales e inmobiliarios se desmoronarán juntos. En realidad, esto será un aspecto crítico de la angustia que aportará la consternación y la pena en el corazón de los que se apoyan sólo en sus tesoros terrestres y no en los tesoros celestes.

Es muy razonable suponer que lo que se llama sociedades de ayuda mutua caerán antes de las compañías ordinarias porque los primeros no disponen de capital social y dependen de las cuotas de sus socios; entonces, estas cuotas se harán tanto más elevadas que el número de los socios no sólo dejará de crecer, sino que bajo condiciones urgentes irá disminuyendo. No hay duda que la quiebra de estas diversas asociaciones quebrará las esperanzas de muchas personas que les harán indiferentes en lo sucesivo a toda perspectiva terrestre. Por lo tanto, pertenece a cada uno de decidir cuál es la línea de conducta más sabia que hay que tener en su cualidad de mayordomo de cualquier bien o ingreso que pueda poseer. No obstante, ningún miembro de la Nueva Creación, dirigido y guiado por la fe en el Señor, experimentará en cuanto al futuro una inquietud tal que su corazón se llenara de espanto; esta clase no concederá tampoco a ninguna protección o ayuda de una empresa humana, una confianza tal que las Nuevas Criaturas dependieran de ella como un tesoro, y que tuvieran el corazón

* Vol. II, pp. 76-78. [“En consecuencia, el punto culminante de la reunión de las fuerzas tuvo lugar en otoño de 1914, cuando estalló la gran guerra europea — una etapa hacia la caída del Imperio de Satanás” —*Edit.*].

partido en caso de quiebra.

Esto plantea delante de nosotros todo el problema de los órdenes, sociedades, etc. y los privilegios que posee la Nueva Creación en cuanto a estas organizaciones. ¿Es conveniente que las Nuevas Criaturas formen parte de estas sociedades? Respondemos que si bien las asociaciones de iglesias son puramente religiosas y que las organizaciones obreras de ayuda mutua son puramente, en general, laicas, hay otras aún que tienen aspectos religiosos y aspectos laicos. Según lo que comprendemos, por ejemplo los Francmasones, los Odd-Fellows, los Caballeros de Pitias, etc. cumplen ciertos ritos y ciertas ceremonias de carácter religioso. Sea desde luego que no perseguimos ninguna campaña hostil contra los miembros de estas diversas órdenes, no más que lo hacemos contra diversos sistemas religiosos sectarios. Ponemos en el mismo pie todos los sistemas que comprenden ceremonias y enseñanzas de carácter religioso, etc. y los consideramos todos como partes de Babilonia, cuyos ciertos cuarteles son más limpios y otros menos limpios, pero que todos, sin embargo, están llenos de confusión, de error, contrariamente al honor divino tal que lo revela la organización de la Iglesia primitiva, y a las instrucciones que les dieron, por palabra y por ejemplo, el Fundador inspirado y sus doce apóstoles.

Aconsejamos a la Nueva Creación de no tener absolutamente nada que hacer con ninguna de estas sociedades, clubs, órdenes, iglesias de carácter semireligioso, sino de “Salir de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo” (2 Cor. 6:17). Sus posesiones, su culto, sus enseñanzas, sus doctrinas, nos son impuros, aunque no lo puedan ser a sí mismos. Los ojos de nuestro entendimiento han sido abiertos, y ahora toda cosa nos aparece bajo una luz nueva, de suerte que ahora odiamos cosas que nos gustaban en otro tiempo, y que ahora nos gustan cosas que en otro tiempo odiábamos.

Pero en cuanto a otros órdenes y sociedades que no tienen ningún carácter religioso (ni culto, ni enseñanza, ni doctrina, ni práctica) sino son puramente y simplemente sociedades de ayuda mutua y entre los que los signos convencionales y las contraseñas

están allí sólo para hacer diversión, o tocantes a otras sociedades de trabajadores, sindicatos de ayuda mutua y de protección contra la injusticia y para la defensa de los salarios, no tenemos nada que decir contra ellas. Todas estas asociaciones pretenden ser organizadas sobre bases de justicia que sólo podemos aprobar. Todas ellas pretenden no tener ninguna intención de violar las leyes, humanas o divinas. Es por eso que no vemos ninguna objeción que se pudiera hacer válidamente contra ellas, si por cualquier razón la Nueva Criatura lo encontrara o sea necesario, o sea ventajoso para formar parte de ellas. Personalmente, escogemos mantenernos *libres* de toda organización humana, y aconsejamos a otros en la medida en que esto se aplica prácticamente a su caso, de permanecer igualmente unidos solamente con el Señor y con los que tienen su Espíritu. Sin embargo, entendemos bien bajo cuál presión las organizaciones obreras vinieron a la existencia, y sabemos también que sin ellas, es muy probable que los salarios de los trabajadores fueran inferiores a los que son, y que las condiciones generales de los obreros serían peores.

Sin embargo, si nosotros sentimos en general simpatía hacia el objetivo de estas asociaciones, no podemos aprobar todos los métodos de los cuales se sirven a veces, porque todos nosotros debemos suponer que ellas empleen frecuentemente el poder de la organización de manera tiránica. Hace falta que simpaticemos con el fin general de su acción, a saber: resistir la opresión que no carece de acompañar la acumulación de las riquezas, y de las tendencias generales en tales circunstancias, y en las manos de los egoístas, de llevar a los pobres a la resistencia. Aconsejamos a los hermanos que viven en centros donde las organizaciones obreras son poderosas y defienden los salarios, de contribuir voluntariamente a los gastos de la organización como si formaran parte de ella, y con la misma regularidad, y en general de obedecer a los órdenes del sindicato excepto si son contrarios a su conciencia; si es posible, que ellos eviten adherirse a este sindicato explicando suficientemente su posición en el momento de ofrecer su participación a los gastos de la organización. Este modo de

actuar manifestaría a todos que, si uno no quiere ser miembro, no era por egoísmo con vistas a evitar tomar parte en los gastos ocasionados en la lucha de la organización por mejores condiciones de existencia.

Si, sin embargo, se acepta su cooperación sólo en calidad de miembro regular, no vemos nada en las Escrituras, ni alguna razón para abstenerse de eso, sobre todo si el pan diario depende de eso. Que en estas condiciones, ellos se adhieren por lo tanto a la organización, que paguen puntualmente sus cuotas, pero que eviten asistir a las reuniones, excepto si en ciertos casos, tienen una razón para creer que podrían pronunciar un discurso a propósito en interés de la organización de acuerdo con la paz y la justicia. En caso de huelga, que ellos obedezcan la consigna de cesación de trabajo, pero sin tomar parte en lo que sería sedicioso o contrario a los derechos y a las libertades de los demás, y que den parte abiertamente de eso a los organizadores para que no piensen en requerir tal servicio.

LA INJERENCIA VOLUNTARIA EN LOS ASUNTOS DE OTROS

El Apóstol reprueba severamente “la injerencia en los asuntos de otros”, como siendo completamente incompatible con el nuevo entendimiento de la Nueva Creación (1 Tim. 5:13; 1 Ped. 4:15). Un importuno es aquel que se ocupa de los asuntos de otros mientras que, regularmente, no tiene nada que ver allí. Aun los “niños de este siglo” son bastante sagaces en su generación para discernir que, en el corto espacio de tiempo que dura la vida, una persona que tiene bastante sentido común tiene lo suficiente para ocuparse convenientemente de sus propios asuntos; que si ella debiera ocuparse suficientemente de los asuntos de otros para poder aconsejarles con toda competencia y meterse en sus intereses, ella debería seguramente descuidar en cierta medida sus propios asuntos. Con mayor razón, las Nuevas Criaturas, engendradas del espíritu de dominio propio por el Señor, deberían darse cuenta de esta verdad, y además discernir que ellas tienen menos tiempo

ahora que el mundo para meterse en los asuntos de otros, su tiempo no les pertenece más, a causa de su plena consagración al Señor, y a su servicio, su tiempo, su talento, su influencia, su todo.

Estas Nuevas Criaturas, aun si faltan de un sentido común natural respecto a este tema, serán forzadas a seguir el buen camino por las exhortaciones de las Escrituras y dándose cuenta de que el tiempo es corto para poder cumplir el sacrificio de su pacto. Ellas también deberían darse cuenta de que la Regla de oro, la ley de la Nueva Creación, prohíbe todo lo que tiene relación con la injerencia. Es cierto que no les gustaría si otros se inmiscuyeran en sus asuntos; también ellas deberían ocuparse de hacer a otros lo que quisieran que se hiciera a su consideración. Sin embargo, el Apóstol se daba cuenta que lo contrario de esto es el espíritu general del mundo, y, en consecuencia, aconseja a los santos estudiar, poner en práctica y aprender todas las enseñanzas relacionadas con esta cuestión. Él declara: “Procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios.” —1 Tes. 4:11.

Esta disposición natural de preocuparse de los asuntos de otros, y de prestar la mano para corregirles y de quitar la paja del ojo de un hermano omitiendo quitar la viga del suyo, así como Jesús dio un ejemplo (Mat. 7:3-5), aflige a veces la Nueva Criatura y de una forma particular. La Nueva Criatura se imagina que es su “deber” de aconsejar, de criticar, de investigar, de reprender, de censurar. Girando la pregunta en todo sentido, ella se persuade que sería un pecado si no actuara así, y es de esta manera que se hace lo que podríamos llamar un importuno consciente, un “metomentodo”, alguien cuya indiscreción se hiciera doblemente manifiesta y agresiva por una conciencia mal informada y mal dirigida. Estas personas, a menudo de buena gente sincera, Nuevas Criaturas verdaderas, son molestadas por este defecto en todo lo que tratan de hacer en el servicio del Señor. Cada uno debería tomarse en mano y aprender a dar cumplimiento a las reglas de justicia y de amor ya señaladas. Debería educar su conciencia para poder distinguir entre el amor fraternal y la injerencia en los asuntos de otros; según lo que hemos podido observar, habría para la mayoría de los hijos de Dios, tanto como para el mundo, mucho

menos reprimendas, reproches, críticas y reprobaciones si uno llegara a apreciar las reglas de justicia y de amor como las encontramos asociadas en la Regla de oro, y si uno las aplicara en los asuntos de la vida y en las relaciones entre individuos.

Es prudente, cuando una cuestión parece corresponder a este tema, de preguntarse: ¿Acaso es asunto mío? En nuestras relaciones con el mundo, encontraremos en general después de un examen atento que no nos incumbe sermonearlo o censurarlo o reprenderlo. Hemos sido llamados por el Señor y apartamos la vista del camino del mundo para seguir al camino angosto: *he aquí* lo que nos concierne. Deberíamos desear que el mundo nos dejara tranquilos con el fin de que podamos seguir al Señor, y recíprocamente, deberíamos dejar al mundo ocuparse de sus asuntos, dirigiéndonos y dirigiendo nuestro mensaje del Evangelio sólo a aquel que “tiene oído para oír”. No habiendo sido llamado por el Señor y no habiendo tomado el “camino angosto”, el mundo tiene el derecho de exigir que no nos metamos en sus asuntos, como nosotros mismos lo exijamos de otros por los nuestros. Esto no impedirá brillar nuestra luz, y de esta manera nosotros ejercemos de manera indirecta una influencia continua sobre el mundo, aun si no nos metemos en los asuntos de otros por la reprimenda o de una manera muy diferente. Desde luego, si se trata de un asunto comercial en el cual tenemos interés, esto no es ingerirnos en los asuntos de otros que de interesarnos por eso ya que son los nuestros. No es tampoco para los padres ingerirse en los asuntos de otro que de entender y dirigir lo que concierne a todos los intereses de la familia y del hogar. Sin embargo, aun en ese caso, deberíamos tener en cuenta los derechos personales de cada uno de los miembros de la familia y respetarlos. El marido y padre, cuya autoridad como el jefe de la familia se reconoce, debería usar esta autoridad con una moderación afectuosa y una consideración sabia. Él debería tener en cuenta la personalidad de su mujer, sus gustos y sus preferencias, y puesto que ella es su representante ella debería recibir plenos poderes y plena autoridad en su dominio especial de ama de casa y de guardiana del hogar; en ausencia de su marido, ella es la que debería representar

plenamente su autoridad sobre todo lo que concierne los asuntos de la familia. También se debería conceder a los hijos, según su edad, una medida razonable de independencia y de libertad en sus asuntos, los padres ejerciendo simplemente su autoridad y su vigilancia sólo cuando se trataría del orden y del bienestar en la casa, y del desarrollo conveniente mental, moral y físico de sus miembros. Se debería enseñar temprano a los hijos de no criticar uno al otro, de no meterse en los asuntos de sus hermanos y hermanas, sino de respetar los derechos de los demás y que se portan entre sí con bondad y generosidad según la Regla de oro.

Este consejo contra la injerencia no es más importante en ninguna otra parte que en la Iglesia. Por la Palabra tanto como por el precepto y por el ejemplo de los ancianos, los hermanos deberían aprender rápidamente que no está conforme a la voluntad de Dios de meterse en los asuntos del otro ni de disputarse uno con el otro, sino que aquí como en otra parte, la regla divina es de rigor: “Que a nadie difamen.” La injerencia en los asuntos de otros (las reflexiones y las conversaciones respecto a los asuntos personales de los demás que no nos conciernen) lleva a la maledicencia y a la denigración, y engendra la cólera, la malicia, el odio, las contiendas y diversas obras de la carne y del diablo como señaló el Apóstol (Col. 3:5-10). Es a menudo de esta manera que se siembra pequeñas semillas de maledicencia y que se desarrollan grandes raíces de amargura que manchan a numerosas personas. Todos los que poseen el nuevo entendimiento (“mind”) reconocen seguramente el efecto pernicioso de este mal, y todos deberían ser modelos en su hogar y en su vecindario. El espíritu (o entendimiento) mundano puede comprender muy bien que el homicidio y el robo son malas acciones, pero hace falta una concepción más elevada de la justicia para apreciar el espíritu de la Ley divina que considera la calumnia como un asesinato de carácter y el hecho de empañar el buen nombre de alguien como robo. Los que tienen el espíritu del mundo captan el asunto hasta cierto punto, y sus sentimientos se encuentran expresados por el poeta:

“El que me roba la bolsa me roba una cosa de nada; pero el que me roba la reputación, roba lo que no le enriquece, sino que me empobrece en verdad.”

BENDECIR A DIOS Y MALDECIR A LOS HOMBRES

¡No es asombroso que el apóstol Santiago califique la lengua como un miembro que no se puede reprimir, lleno de veneno mortal! ¡No es asombroso que él declare que ella es el miembro de nuestro cuerpo más difícil de gobernar! ¡No es asombroso que él diga que ella inflame la rueda de la creación! (Santiago 3). ¿Quién no ha tenido experiencias de esta índole? ¿Quién no sabe que por lo menos la mitad de las dificultades de la vida se debe a lenguas irreprimibles; que las palabras irreflexivas e impetuosas han provocado guerras que costaron sumas enormes y centenas de millares de vidas humanas; que son también la causa de la mitad de los pleitos, y de más de la mitad de las disputas familiares que han afectado nuestra raza durante los últimos seis mil años? Hablando de la lengua, el Apóstol declara: “Con ella bendecimos [alabamos] al Dios y Padre, y con ella maldecimos [injuriamos, difamamos, manchamos] a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios... Hermanos míos, esto no debe ser así” (versículos 9, 10). El cristiano que ha alcanzado simplemente el punto de no robar a su prójimo ni de matarle, pero que le ataca con su lengua (hiriendo o matando o robando su reputación, su buen nombre) es un cristiano que ha hecho muy poco progreso en el camino recto y todavía se encuentra muy lejos de poseer la condición requerida para entrar en el Reino de los cielos.

Nadie ignora cuán difícil es dominar la lengua, aun después de haberse dado cuenta de su mala disposición en nuestra naturaleza caída. Es por eso que llamamos la atención al único método conveniente para poner un freno en la lengua o para dominarla, a saber: por el corazón. La Palabra inspirada declara que “de la abundancia del corazón habla la boca”. Esta verdad admitida implica que si sentimos una gran dificultad en dominar nuestra lengua, es que nuestro corazón está lejos de estar en buenas

disposiciones; y que, en la medida en que nuestro corazón sea recto, tendremos tan poca dificultad en gobernar nuestra lengua. Los labios que hablan constantemente de otros con desprecio, manifiestan la condición de un corazón orgulloso, altivo, dominador y suficiente. Los labios que, continuamente, hablan mal de otros, o sea de manera directa o sea por insinuación, manifiestan que el corazón que los hace actuar no es puro, no está lleno del espíritu de amor del Señor, porque “El amor no hace mal al prójimo”, aun en pensamiento. Él “no piensa el mal.” Él no se permitiría sospechar el mal en su prójimo. Él le concederá el beneficio de toda duda, y presumirá en cambio el bien que el mal.

El amor de sí ordinariamente es bastante fuerte entre todos los humanos para impedir la lengua de proferir palabras contra sí mismo. El verdadero amor, desinteresado, que amara al prójimo como a sí mismo, tendría tanta repugnancia a hablar contra su prójimo o contra su hermano, o hasta hacer una reflexión en su conducta, que él mismo tendría para actuar así contra sí mismo. Conque, de cualquier lado que examináramos este tema, vemos que lo que importa ante todo para la Nueva Creación, es de alcanzar el amor perfecto en nuestro corazón. Con respecto a Dios, él nos estimulará a más celo, energía y abnegación colaborando en el servicio divino, el servicio de la Verdad; y con respecto a los hombres, él nos estimularía no sólo a actuar con justicia y afecto, sino que a pensar y a hablar amablemente de todos en toda la medida posible. Tal es el Espíritu Santo por el cual nuestro Redentor nos enseñó a orar y a propósito del cual él declaró que nuestro Padre celestial estaba más dispuesto a concedernos que los padres terrestres lo son para dar cosas buenas a sus hijos; la sinceridad que se aporta en nuestras oraciones para obtener este espíritu de santidad, este espíritu de amor, implica un deseo ardiente y grandes esfuerzos para que, en nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos, el amor pueda difundirse por todos los medios de nuestra existencia. Así es como seremos los hijos de nuestro Padre que está en los cielos, y así es como seremos considerados dignos de su amor y de las cosas preciosas que él ha prometido y tiene reservadas para los que le amen.

OBLIGACIONES SOCIALES

Siempre y cuando que cada miembro de la Nueva Creación se identifique con este cuerpo mortal, tiene por su medio un contacto social con hombres “naturales”, y ciertas responsabilidades sociales. La nueva mentalidad (o entendimiento —*Trad.*) desea naturalmente y con ardor la comunión de otras nuevas mentalidades, y en la proporción donde se desarrolla en las gracias de la Verdad, se encuentra cada vez más ajena a las asociaciones del mundo, a sus metas, a sus ambiciones, a la literatura mundana y a los temas mundanos de conversación. Para muchos, la pregunta se plantea: ¿Hasta cuál punto las Nuevas Criaturas que consideran como muertos las cosas y los intereses terrestres, etc. deberían mantener sus relaciones con sus amigos según la carne — no consagrados? Es un tema que merece la atención reflexiva y atenta de cada individuo, porque no hay dos condiciones que sean exactamente semejantes, y no podemos dar un consejo que convenga a todos los casos.

El Apóstol nos recomienda de no asociarnos con los que actúan mal, cuya conducta es, en nuestro conocimiento, impura, sino de buscar la compañía de los que están en armonía con el nuevo entendimiento. Es indiscutible que tal conducta será a nuestra ventaja porque, primero, esta frecuentación no animará continuamente nuestros apetitos depravados y nuestras inclinaciones naturales a la degradación; luego, porque ella nos ayudará en nuestros esfuerzos a seguir la exhortación del Apóstol, a pensar y a hablar respecto a “todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es... digno de alabanza” y a ponerlo en práctica. —Fil. 4:8.

Sin embargo, deberíamos desde luego fijar más interés en los que nos son ligados por los lazos de la sangre que en otros humanos. Conque, si el Espíritu del Señor nos conduce y nos incita a ser amable y bueno hacia la humanidad en general, parecería que nuestros sentimientos con respecto a nuestros padres deberían ser más profundos y, en la medida de nuestras posibilidades, deberíamos brindarles nuestra ayuda. Sin embargo, no sería sabio,

según nuestro juicio, ni en armonía con las instrucciones de las Escrituras, ni de acuerdo con los ejemplos que ellas nos presenten de la conducta del Señor y de aquella de los apóstoles, que concediéramos muy especialmente una amistad a nuestros padres terrestres, o que los recibiéramos y los tratáramos mejor, o aun así de bien, como trataríamos a la familia de la fe. Hacemos aquí una excepción para los padres próximos que tienen derechos sobre nosotros de acuerdo con las palabras del Apóstol: “Si alguno no provee para *los suyos*... ha negado la fe” (1 Tim. 5:8). En general, debemos aplicar las palabras del Apóstol: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” Nuestros padres más alejados deberían venir después de la familia de la fe.

La intención evidente de nuestro Señor fue de reunir a sus discípulos en una nueva familia, una nueva casa, la “casa de la fe”. Es por eso que encontramos repetidas veces la exhortación y el ánimo a la amistad uno para con el otro, a la ayuda mutua y a la reunión regular, con la promesa que donde hay dos o tres reunidos en el nombre del Señor él estaría especialmente presente en medio de ellos para bendecirles; y se les recomienda no descuidar el congregarse juntos. La línea de conducta seguida por nuestro Señor estuvo en pleno acuerdo con esta recomendación de conceder una atención especial a la familia de la fe, porque encontramos que, para celebrar la última Cena de la Pascua que debía ser observada por cada familia separadamente (Éxodo 12:1-21), el Señor se reunió con sus doce apóstoles como una familia separada, separada de todo su parentesco incluso el suyo. Encontramos el mismo pensamiento en las palabras que él pronunció cuando se le informó que su madre y sus hermanos estaban afuera y que querían hablarle. Él respondió y dijo: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?... Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.” —Mat. 12:47-50.

Según este ejemplo divino, debemos por lo tanto esperar a encontrar nuestros afectos y nuestros intereses más particularmente atraídos hacia los otros miembros del “cuerpo de Cristo”,

asociados en la Nueva Creación. No obstante, no hay que comprender que esto anule en cualquier medida las conveniencias más estrictas entre los sexos de la Nueva Creación, no más que esto implica que sólo el marido (o la mujer) incrédulo debe descuidarse para que el tiempo y la amistad puedan concederse a los que tienen el nuevo entendimiento. Al contrario, hay una obligación con respecto al cónyuge de procurar que una comodidad conveniente, alguna prerrogativa o una parte de su tiempo sean reservadas para él. Esto no quiere decir que haya que someterse a las exigencias tiránicas tales que no podríamos seguir el mandamiento divino: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” —Heb. 10:25.

“HONRAD A TODOS”

“Andad como libres, pero no uséis la libertad como pretexto para la maldad, sino empleadla como siervos de Dios. Honrad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, honrad al rey.” “Pagad a todos lo que debáis; al que impuesto, impuesto; al que tributo, tributo; al que temor, temor [reverencia]; al que honor, honor. No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros.” —1 Ped. 2:16, 17; Rom. 13:7, 8. (La Biblia de las Américas)

La Nueva Criatura, liberada de las disputas y ambiciones de la voluntad de la carne, e inspirada por los impulsos generosos y benévolos del Espíritu Santo, no tiene ningún motivo de orgullo o de codicia que le impediría apreciar convenientemente las buenas cualidades de corazón o de espíritu de otro. Ella debería estar feliz en reconocer y admitir sin reticencia y generosamente los derechos y las reivindicaciones terrestres de los demás, ella misma habiendo renunciado a los suyos a favor de las cosas espirituales y celestes. Sería por lo tanto de manera natural y muy sincera que ella reconociera los grandes de este mundo y obedeciera totalmente las leyes y sus exigencias, excepto si éstas se oponían a las exigencias y a los mandamientos celestes. En nuestros días, hay pocos, si es que se los encuentra, entre los gobernantes terrestres, que encontrarían a criticar el hecho de reconocer un Creador supremo y de obedecerle por encima de todo. En consecuencia, deberíamos

encontrar los miembros de la Nueva Creación entre los que respetan más las leyes de nuestra época, no siendo ni agitadores, ni pendencieros, ni criticadores. Es verdad que ellos ven, aun más claramente que otros, motivos de crítica; ellos discernen imperfecciones en todos los arreglos actuales basados en la ley del egoísmo. Pero ellos también ven, gracias a los ojos de su entendimiento iluminado por la Palabra divina, que la agitación y la revolución son completamente impotentes para aportar el cambio necesario, que si la humanidad pudiera cumplir diez veces más que aquello de lo que ella se considera capaz de cumplir, todavía sería muy lejos de la perfección que el Señor nos muestra y que nos anima a creer que él realizará al debido tiempo, bajo la administración de su Reino; está en estas condiciones que la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en los cielos.

Dándose cuenta de la impotencia del esfuerzo humano, la Nueva Criatura tiene un espíritu de comprensión sana tocante a las condiciones presentes que otros, que ven peor que ella, no poseen. Ella puede comprender que hasta la peor forma de gobernación humana, el abuso de poder y la autoridad más arbitraria para preservar la ley y el orden, son de lejos más preferibles al desprecio de toda regla y a la anarquía. Ella ha aprendido también que el gran Jehová se preocupa de todos estos asuntos, y que el momento y los medios que haya escogido serán los únicos sabios y apropiados para obtener los resultados deseados. En consecuencia, la Nueva Criatura es paciente, alegre, llena de esperanza. Así como lo expresa el apóstol Santiago: “Por tanto, hermanos, tened paciencia... La venida del Señor se acerca.” (Santiago 5:7, 8). Su Reino aportará pronto la justicia y la bendición a toda la humanidad.

La Nueva Criatura también presta oído al mensaje del Señor: “No te impacientes a causa de los malignos” porque, al debido tiempo, serán cortados (Sal. 37:1, 2). Es por eso que, mientras que otros pueden considerar que es importante discutir los diversos aspectos de la política, de buena gobernación, finanzas, etc. ella comprende bien, al contrario, que Dios previó la situación presente y que la decisión ya ha sido tomada contra las instituciones

egoístas actuales: “MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN... Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto” (Dan. 5:25-28). Ella discierne que el juicio de Dios respecto a este tema, tal como se expresa en las Escrituras, es justo e irrevocable; también ella espera pacientemente al Señor para que cumpla los cambios necesarios conforme a su voluntad divina y a sus promesas benévolas. Aun si ella siente que esta voluntad significa una gran angustia en el mundo, la Nueva Criatura descansa en las promesas divinas, y “deja en las manos de Cristo las llaves del día siguiente.” Ella se da cuenta bien de que sus palabras o sus ideas o sus acciones no pudieran cambiar el resultado definitivo, y su corazón descansa por fe en la sabiduría y el poder de Dios. Hablando de la Nueva Creación en el marco del tiempo enturbiado inminente, el Profeta dijo muy bien: “Ella [Sión] no será conmovida”: su esperanza, su confianza y su fe están bien establecidas, no en la ignorancia y la credulidad, sino en la Palabra viva y eterna de Dios. —Sal. 46:5.

No parece tampoco a la Nueva Creación que sea necesario o prudente esforzarse por alarmar al mundo a propósito de la angustia que se acerca. Ella recuerda, en primer lugar, que el Señor de modo preciso ha declarado: “Ninguno de los impíos entenderá” (Dan. 12:10). Ella recuerda también que la pobre creación gimiente tiene bastantes cosas a aguantar en sus preocupaciones diarias, sin anticipar las tribulaciones cercanas que no podría conjurar, y que “basta a cada día su propio mal.” Conque, si por una parte las Nuevas Criaturas no faltarán de anunciar “todo el consejo de Dios” a los que dan toda prueba de tener oídos para oír, ellas actuarán con sabiduría y a propósito de otra parte evitando gastar sus fuerzas y provocar la cólera de los que no aprecian al Señor y su Palabra. Ellas no echarán sus perlas delante de los cerdos, sino tendrán la sabiduría que viene de lo alto — primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos. —Santiago 3:17.

Honar a los hombres, respetarles según su personalidad o su función, y obedecer las leyes, no significa necesariamente que haya que participar con el mundo en las funciones

gubernamentales. Una ley ha sido propuesta* que obligaría a todos los hombres de votar. Cualquiera que sea el momento en que esta ley entre en vigor, las Nuevas Criaturas, que se la harán sometidas, deberán conformársela sin murmullo. Cumpliendo esta obligación, ellas deberán usar su mejor juicio y votar por aquellos que ellas consideran como los candidatos más dignos. No obstante, hasta que se les obligue, les aconsejamos observar una neutralidad estricta en cuanto a la política y abstenerse completamente de votar. He aquí cuáles son nuestras razones:

(1) No podríamos esperar encontrar en cualquier lista electoral, a personas absolutamente calificadas para una función, según nuestros criterios de juicio.

(2) No podríamos esperar que nuestro voto tenga, en fin de cuentas, cualquier influencia apreciable en los resultados de la elección.

(3) Los miembros de la Nueva Creación que se lanzan en la política y sus diversas discusiones no sólo encuentran que pierdan su tiempo con ella, sino también sus fuerzas y sus recursos — todos los cuales han sido consagrados al Señor, a las cosas celestes, a la proclamación de las buenas nuevas de gran gozo. Además, su mente está ocupada necesariamente de estos intereses políticos hasta tal punto que son considerablemente molestos en sus meditaciones íntimas sobre las cosas mejores — su comunión espiritual con el Señor.

(4) Los que votan por un hombre o por un partido se encuentran más o menos incitados a defender los resultados de la elección, si es preciso con el fusil y la espada. Si bien es verdad que, bajo las leyes, cada ciudadano puede ser llamado a defender por las armas las leyes y las instituciones bajo las cuales él vive, no obstante, tomando una parte activa en las elecciones, asume más particularmente una obligación y una responsabilidad moral tocantes a los resultados y a la línea general de conducta del gobierno que él así contribuyó a formar. La posición que preferimos por lo tanto — la que es la más honorable con respecto

* Escrito en 1904 — *Trad.*

al Señor, con respecto a la sociedad y con respecto a nosotros mismos — sería la que las Escrituras indican: la posición de un forastero (Sal. 39:12; 1 Ped. 2:11). Los forasteros deben obedecer las leyes; nosotros también. Los forasteros deben pagar impuestos votados por las leyes; nosotros también. Los forasteros pueden esperar ser protegidos por las leyes; nosotros también. Sin embargo, los forasteros no se sentirían obligados a combatir por su propio Rey, ni a violar el juramento de lealtad que consideran esencial; en lo que nos concierne, preferiríamos adoptar la misma posición, tanto como sea posible, porque ¿no somos librados “de la potestad de las tinieblas, y trasladados al reino de su amado Hijo” — en su estado embrionario? — Col. 1:13.

¿No somos súbditos del gran Rey? Y todos los reinos de este mundo ¿no se identifican más o menos con el “príncipe de este mundo” y con su ley de egoísmo? ¿No somos, en consecuencia, forasteros (“strangers”), peregrinos aquí, y en cierta medida, extranjeros (“aliens”) y foráneos (“foreigners”)? * Es eminentemente conveniente que amemos y apreciemos cada buena ley y a todos los siervos de las leyes terrestres, que nos regocijemos de que la gran mayoría de los miembros de la Nueva Creación vive bajo las más elevadas formas de gobierno civil que se pueda encontrar en el mundo hoy, y que apreciemos esto como un favor y una bendición divinos. En consecuencia, no denigramos tampoco nuestro país natal, ni sus gobernantes y ni sus leyes, sino esto no quiere decir que debemos luchar por ellos con armas carnales, ni que deberíamos aumentar nuestras responsabilidades votando por ellos.

En verdad, no es posible siempre para un gobierno de eximir de ir a la guerra a los que se oponen a eso, aunque, en el pasado, una disposición legal muy benévola de este género haya sido tomada por algunos de los que, como nosotros, creen que la guerra

* “Alien”: implica generalmente la adhesión del súbdito a una obediencia política exterior. “Foreigner”: se dice del extranjero por la lengua o la cultura. “Stranger”: del extranjero por las costumbres o la psicología (Diccionario Moderno Larousse por Marrent-marie Dubois).

es injusta; queremos hablar de los Amigos o los Cuáqueros, eximidos del servicio militar por leyes particularmente generosas. Podemos ser requeridos sin embargo para el servicio militar, si votáramos o no; si fuéramos llamados, seríamos obligados a obedecer el poder existente, y deberíamos considerar que la providencia del Señor permitió la quinta y que era capaz de hacerla concurrir a nuestro bien o aquel de otros. En tal caso, nosotros no consideraríamos como fuera de lugar de explicar en parte el asunto a los oficiales competentes y de solicitar una transferencia a un servicio sanitario (médico u hospitalario) donde podríamos cumplir nuestra parte con el pleno consentimiento de nuestra conciencia; sin embargo, aun si somos obligados a servir en las filas y a hacer el disparo, no debemos sentirnos obligados a matar a un semejante.

LA NUEVA CRIATURA Y LAS REFORMAS MORALES

Cada miembro de la Nueva Creación debe, de toda necesidad, simpatizar con la moralidad, la justicia, la pureza, la bondad de toda naturaleza. Él deseará no sólo la pureza del corazón, sino que el progreso de ésta le conducirá seguramente a ser limpio en su persona y en sus costumbres, y esto comprenderá no sólo la vestimenta exterior, sino que también su boca. Sin embargo, él no cometerá aquí el error que comete el mundo, de considerar que lo que él pone en la boca es más impuro que las palabras que salen de ella. La pureza del corazón conducirá a la pureza y a la verdad en sus labios y, luego, al cuidado concerniente a lo que coma, lo que beba, cómo se vista, con el fin de que pueda glorificar a Dios en su cuerpo y en su espíritu que pertenecen al Señor. No nos incumbe imponer en otros las trabas y las servidumbres que la Palabra de Dios no contiene. Es para cada miembro de la Nueva Creación darse cuenta tan plenamente como posible que su voto de consagración concierne todos los actos de su vida. Si por lo tanto, es propenso a la glotonería o a la embriaguez o a cualesquiera costumbres de suciedad, le pertenece considerar con cuidado y en oración si, en todas las cosas, glorifica bien al Señor y emplea su influencia en toda la medida posible delante de sus semejantes.

Nos atrevemos a suponer que, entre las Nuevas Criaturas, muy pocas de ellas considerarán glorificar a Dios comiendo o bebiendo lo que sería de naturaleza que molesta, a cualquier grado, la mejor ejecución de sus funciones mentales, morales y espirituales. La mayoría de ellas se dará cuenta bien que, hasta en las condiciones más favorables, nuestras fuerzas, nuestros talentos y nuestras facultades son debilitados seriamente por la caída y que necesitan ser fortificados y no debilitados.

USO DE TRAJES COSTOSOS

Podríamos sostener con mucho vigor que nada es demasiado bueno para un hijo verdadero, fiel y noble de Dios que ha consagrado su vida y su todo al servicio divino. También pudiéramos argumentar que, sin duda alguna, los ángeles del cielo y todo lo que forma parte del cielo son espléndidos y grandiosos en su apariencia y que, por consiguiente, el esplendor representa el espíritu divino y la voluntad divina concernientes a los hijos de Dios. Si consideráramos el asunto desde este punto de vista, podríamos ser propensos al principio a decir que los miembros de la Nueva Creación podrían con razón engalanar su cuerpo mortal de oro, de joyas y de adornos costosos y hasta profusión; no obstante, antes de decidir en este sentido, examinemos el otro aspecto del asunto, a saber: las razones por las cuales las Nuevas Criaturas *no* deberían engalanar su cuerpo mortal con prodigalidad y de manera extravagante:

(1) Todo adorno personal extravagante conduce naturalmente más o menos al orgullo, y todos nosotros sabemos que amar a hacerse valer, aparecer delante de otros, constituye una tentación particular para nuestra carne caída, y muy desfavorable al desarrollo del espíritu de dulzura y de humildad. Es por eso que, todo lo que favorecería el orgullo e impediría el desarrollo de la humildad sería contrario a los intereses de la Nueva Creación.

(2) La gran mayoría de la familia humana es privada de todo adorno exterior lujoso por el hecho de su pobreza, y siempre y cuando que esta gente sea dirigida por el entendimiento natural, es

cierto que consideren a los ricos con envidia y, en particular, los que hacen alarde ostensiblemente de su riqueza. El espíritu de amor incitaría por lo tanto a la Nueva Creación de tener en cuenta las condiciones y los sentimientos de los demás, con el fin de no provocar su codicia, su envidia, etc. ni de despertar en ellos comparaciones susceptibles de dejar ver más amargas su vida y su suerte.

(3) Cada miembro de la Nueva Creación consagró su todo al Señor y a su servicio; él emplea todo lo que puede adquirir como bienes de este mundo sin abusar de ellos, pero de acuerdo con el ejemplo de aquel que se hizo nuestro Redentor, nuestro Líder y Señor. El modelo que se nos ofrece es aquel de *sacrificio* — no sólo de la influencia y del tiempo, sino que también de los medios, de la riqueza, etc. Él que “era rico, por causa de ustedes se hizo pobre” [2 Cor. 8:9 — *Nueva Versión Internacional*]. En consecuencia, cada miembro de la Nueva Creación, en la medida en que aprecia su pacto y procura vivir a la altura de sus exigencias, puede encontrar un mejor empleo del dinero confiado a su intendencia que en un adorno costoso que no sólo podría hacerle daño sino suscitar los celos de otros. Él querrá que cada “dólar” [o cada peso —*Trad.*] se emplee lo más útilmente posible en el servicio del Señor.

Tal vez es bueno que llamemos la atención aquí al hecho que la consagración que no nos permitiría gastar dinero para joyas o para trajes suntuosos o de un precio exorbitante, no sería, en principio, más fielmente observada si, como mayordomos, nosotros invistiéramos este dinero en títulos, valores, en bienes inmuebles, etc. en lugar de ponérselo en nosotros o de gastarlo con prodigalidad para adornar nuestra morada. El dinero es precioso para el uso que se puede hacer, y cada miembro de la Nueva Creación que posee riquezas debería considerar con cuidado sus responsabilidades como mayordomo, y emplear estas riquezas sin tardar según lo que él comprende ser la voluntad divina. Él debería recordar que todas las tendencias de la naturaleza caída nos llevan al egoísmo, y que en consecuencia, la mentalidad debe combatir esta disposición en la carne y vencerla, si ella quiere ganar el

premio.

Si un hombre mundano de principios elevados, que declara no ser cristiano sino budista (si es que tenga una religión), presenta la máxima que es “una vergüenza que alguien muera rico”, con cuánta más razón debería ser este sentimiento aquel de los miembros de la Nueva Creación. ¡No sería una vergüenza para ellos si, después de haber consagrado todo al Señor, despilfarraran con prodigalidad este dinero consagrado para engalanarse sin medida o si lo amontonaran mientras ven en la vida tantas ocasiones favorables para emplear este talento de manera provechosa! Toda la creación gime y sufre dolores de parto como dice el Apóstol; por otra parte, el Maestro explicó que siempre tenemos los pobres con nosotros. Sin duda alguna, todos los que tienen sentimientos generosos encontrarán numerosas ocasiones de poner en práctica su benevolencia y su beneficencia según las concepciones del mundo y en las cosas temporales. Con mayor razón, la Nueva Creación puede darse cuenta de las ocasiones favorables de ser un administrador sabio y de la moderación que ella debe observar en sus asuntos personales, con el fin de poder aprovecharse de las ocasiones que ve alrededor de ella de dispensar las liberalidades espirituales que el Señor le concedió de manera tan generosa. Por este medio, tal vez ella podría llevar a otros el *manto* de la justicia de Cristo y el *pan* que se baja del cielo; por su carga de mayordomo, tal vez ella podría lo más eficazmente posible proclamar las alabanzas que nos llamó de las tinieblas a su luz maravillosa, dejando brillar más claramente esta luz. Sin duda alguna, es con el fin de dar a su pueblo la ocasión de servir respecto a este punto y de mostrar su devoción y su fidelidad como administrador, que el Señor deja su causa en este estado que necesita un renunciamiento continuo de sí por parte de sus consagrados, los cuales deben tomar su cruz y seguir a aquel que Dios envió para ser nuestro modelo.

Al decir esto, no incitamos a nadie a empobrecerse hasta el punto de depender de la caridad de los demás, dando su todo en el servicio de Señor, sin reservar hasta la semilla que produzca la futura cosecha. No aconsejamos tampoco que los sacrificios sean

llevados a tal punto que los hijos de Dios parecerían raros, mal vestidos, avaros. Según nuestra comprensión, un traje conveniente es el que está limpio, apropiado para el medio y las condiciones en los cuales uno vive, discreto a la vista y razonablemente en relación con los recursos de los cuales dispone uno. Es cierto que las Nuevas Criaturas deberían ser ejemplos para el mundo en este aspecto. Ellas deberían tener cuidado de no vestirse ni tratar de vestirse más allá de lo que permiten sus recursos, ni hacer alarde de una riqueza que no poseen; en realidad, lejos de emplear todos sus recursos (salario, rentas, etc.) para el vestido y el modo de vivir, los hijos de Dios deben vivir dentro de los límites de sus medios, no sólo para disponer de una reserva destinada a las necesidades ordinarias de la vida, sino que también con el fin de que puedan estar dispuestos a ejercer las cualidades divinas de benevolencia y de caridad hacia los que están en la indigencia.

ESTUDIO XV

LOS ENEMIGOS DE LA NUEVA CREACIÓN Y SUS ATAQUES

“EL VIEJO HOMBRE” — EL MUNDO, ENEMIGO DE LA NUEVA CREACIÓN — EL GRAN ADVERSARIO — FUE MENTIROSO Y ASESINO DESDE EL COMIENZO — LOS SOCIOS DE SATANÁS EN EL MAL — LEGIONES DE DEMONIOS — CÓMO SE PERPETÚA LA PRIMERA MENTIRA DE SATANÁS — LA CIENCIA CRISTIANA Y LA TEOSOFÍA — “NO TENEMOS LUCHA [SOLAMENTE] CONTRA CARNE Y SANGRE” — EL MINISTERIO DEL MAL — LOS ATAQUES DEL ADVERSARIO — “LA ORACIÓN DE FE SALVARÁ AL ENFERMO” — “SI SATANÁS ECHA FUERA A SATANÁS”, SU REINO NO PUEDE SUBSISTIR — AMAR LA JUSTICIA — ODIAR LA INIQUIDAD — MARCOS 16:9-20 — LA IGLESIA NOMINAL, ADVERSARIO DE LA NUEVA CREACIÓN — LA ARMADURA DE DIOS

El enemigo principal de la Nueva Creación es el “viejo hombre”, la vieja voluntad. Evitemos el error tan comúnmente hecho respecto a este tema. No pensemos que la Nueva Criatura tiene dos entendimientos (“minds”), dos voluntades. “Un hombre de doble ánimo [“double-minded”] es inconstante en todos sus caminos” [Santiago 1:8]; es una condición poco satisfactoria para él e inaceptable para el Señor. La Nueva Criatura no es de doble ánimo. Ella tiene sólo un entendimiento, sólo un espíritu, sólo una intención, sólo una voluntad, que es la nueva voluntad, el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo. En lugar de aceptar en parte el pensamiento (“mind”) de Cristo y de mantener en parte su propia voluntad, la Nueva Criatura hizo una plena consagración de su vieja voluntad al Señor; esta vieja voluntad ha sido considerada como muerta, y privada de la dirección de los asuntos de la Nueva Criatura. Es de esta manera que ésta fue aceptada como miembro del cuerpo de Cristo: no tener ninguna voluntad personal, sino permitir ser dirigida por la voluntad del Jefe (Cabeza). Así es como ella se hizo una Nueva Criatura en Cristo Jesús, y así es como ella encontró que “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. Los que no hicieron este abandono total no se volvieron

miembros de la *Ecclesia*, del cuerpo de Cristo, aunque puedan formar parte de la “familia de la fe” de donde provienen todos los miembros del “cuerpo”, los “elegidos”.

Sin embargo, aunque la vieja voluntad haya sido abandonada totalmente y para siempre, que haya sido considerada como muerta (por el Señor y por todos los que consideran las cosas desde su punto de vista), mientras que la carne ha sido considerada también como muerta al pecado, pero viva para Dios, vivificada por las promesas y sometida a la nueva voluntad (Rom. 6:11; 8:11), sin embargo, esta muerte de la carne y de su voluntad, y esta resurrección de la carne como siervo de la nueva voluntad para servir al Señor, la Verdad conforme a la Regla de oro, todas estas cosas solamente *se consideran como tales* (“reckoned matters”). Las condiciones de “muerte” y de “vida” necesitan mantenerse continuamente mediante la oposición de la *nueva voluntad* a toda vida o actividad de la *vieja voluntad* y su influencia sobre la carne. Si la nueva voluntad se hace indiferente y no se sirve continuamente de la carne mortal como de un siervo para las cosas más elevadas y espirituales, la carne no tardará a reafirmar y a manifestarse por las acciones y los deseos que son propios para ella, que están opuestos al nuevo entendimiento y a los intereses de la Nueva Criatura. Por eso, ella debe tener cuidado constantemente con las rebeliones de la carne y, así como lo expresa el Apóstol, ella debe dominar, mantener muerta la vieja voluntad con sus afectos y sus deseos; hace falta que ella mortifique o que mate continuamente las ambiciones y los deseos de la carne. El Apóstol explica esto hablando de sí mismo: “Golpeo mi cuerpo [lo mantengo muerto, es decir, muerto a la influencia y a todos los órdenes de la vieja voluntad egoísta de la carne], y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” —que no haga firme mi vocación y elección. —1 Cor. 9:27.

La Palabra inspirada declara que “engañoso es el corazón [natural] más que todas las cosas, y perverso” (Jer. 17:9) — no el órgano que se llama “corazón”, sino lo que el corazón representa en las Escrituras, a saber: los afectos naturales. La Nueva Criatura

posee un nuevo corazón, una nueva voluntad, un nuevo ideal de afecto donde Dios, su justicia, su verdad, su plan y su voluntad ocupan el primer lugar, y donde todas las demás cosas ocupan un lugar de honor y de amor en contacto con el grado de armonía que ellas presentan con el Señor y su justicia. A los que poseen este nuevo corazón, todos los miembros de la Nueva Creación son necesariamente los primeros y los más próximos; es por eso que el Apóstol dice que el amor de los hermanos es una de las mejores pruebas de nuestro parentesco con el Señor como Nuevas Criaturas. Pero, como ya hemos demostrado, esto no debe impedirnos de reconocer en toda justicia las obligaciones que tenemos para con otros.

La Nueva Criatura, el nuevo corazón, con sus nuevos afectos, es asaltada continuamente por sus enemigos, el viejo corazón, los viejos afectos, la disposición egoísta; el viejo corazón, encontrando que la Nueva Criatura está obligada, por orden divino, a ser atenta y generosa hacia otros, usa frecuentemente los engaños para con el nuevo corazón, diciendo en realidad: ¡Vaya! me consideras como muerto; me echaste, y morí con respecto a lo que era antes. No soy el mismo viejo corazón que era en otro tiempo, también me debes cierta consideración. No debes tratarme demasiado brutalmente; debes convenir que hice mucho progreso, y no debes encargarme de una carga demasiado pesada; no sería justo. Debes ser egoísta en cierta medida. Deberías pensar en ti y en tu familia, no puramente y simplemente concerniente a sus necesidades, sino más aún: deberías esforzarte por darles la riqueza y los beneficios sociales. Deberías sacrificarte por ella.

¡Cuán engañoso es este viejo corazón! ¡Cuán especiosos son sus razonamientos falsos! ¡Cuántas [Nuevas Criaturas —*Trad.*] lo han aprendido a su pena! ¡Cuántas de ellas han sido seducidas y han tenido su nuevo entendimiento esclavizado por el antiguo! ¡Cuántas de ellas se reencontraron bajo el yugo de la servidumbre a causa del engaño del viejo corazón! Uno de los argumentos favoritos es de recordar el orden que la Nueva Creación ha recibido: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” [Rom. 12:18]. El viejo corazón

procura atribuir a este consejo general, dado por el Apóstol, un alcance mucho más grande que lo quiso, y a hacerlo superior al orden divino (1) de amar, de servir, de honrar al Señor y de obedecerle de todo nuestro corazón, de todo nuestro pensamiento, de toda nuestra alma y de toda nuestra fuerza, y (2) de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este mandamiento divino no permite la paz cueste lo que cueste. Si el viejo corazón, el viejo entendimiento, la vieja voluntad, puede conseguir que el nuevo corazón *comprometa* la verdad o el deber para tener la paz, no habrá fin a sus exigencias, y resultará que, pronto, en interés de la paz, la Nueva Criatura violará la misma naturaleza de su pacto con el Señor, y que se someterá totalmente a la vieja voluntad, no deseándolo; de hecho, habrá luchado contra la vieja voluntad, pero habrá sido embaucada por ella, gracias a sus engaños y gracias a sus interpretaciones falsas y sutiles de la Palabra divina.

Cuando la nueva voluntad sufre tales asaltos, ella debería decirse francamente que, si la paz es deseable en el hogar y en todas partes, sin embargo, según la promesa del Señor, esta paz no constituye la condición esencial. En realidad, el Señor ha advertido a los miembros de la Nueva Creación que si ellos quisieran vivir piadosamente, deberían seguramente sufrir la persecución; entonces, la persecución no significa la paz con todos, sino lo contrario. Él les dio la seguridad de que, si ellos hacen brillar la luz, las tinieblas odiarán seguramente la luz y la combatirán, y si es posible, persuadirán al que posee la luz de ponerla debajo de un almud, de esconderla. Para llegar a este resultado, las tinieblas entablarán un combate que no tendrá nada común con la paz. No obstante, el Señor nos asegura que éstas son las pruebas para la Nueva Criatura: hace falta que se dé cuenta que la paz, que es de la más grande importancia para ella, no es aquella de la carne, sino la paz del corazón, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento.”

Es menester que la Nueva Criatura sepa que le es posible tener en su corazón esta paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, aun si las condiciones de afuera son lejos de ser pacíficas; el estado de armonía completa con el Señor es la

recompensa de la fidelidad que se le demuestra, cualquiera que sea el precio, cualquiera que sea el sacrificio. En consecuencia, cuando la Nueva Criatura se encuentra solicitada por los deseos de la carne y por los argumentos de los que son próximos y queridos por lazos terrestres, ella debe, en primer lugar, tener en cuenta su obligación esencial, la de amar y servir al Señor de todo su corazón, de todo su pensamiento, de todo su ser, de toda su fuerza; luego, de considerar que todas sus tratos con su familia o con su carne o con su prójimo deben estar sometidos a esta ley esencial de obediencia a Dios.

Por otro lado, la Nueva Criatura debe evitar el fanatismo, evitar hacer cosas puramente y simplemente porque son desagradables para ella o para otros, evitar juzgar que el pensamiento del Señor es siempre lo contrario de sus propias inclinaciones. Esto exige un estudio serio y paciente de la Palabra divina, del espíritu y de los principios que están a la base de las exigencias divinas, para que la Nueva Criatura sea capaz de aplicar convenientemente las directivas de la Palabra en todos los asuntos de la vida cotidiana. Sin embargo, son comparativamente pocos que sean tentados en este punto. La mayoría lo es más en cuanto a la satisfacción dada a la carne y, en consecuencia, necesita tener cuidado especialmente en este respecto, con el fin de no andar según la carne, de satisfacerla, de servirla, de someterse a ella, y así, de andar por la dirección opuesta a la que se emprendió a seguir por la consagración. O sea, si ellos no andan según la carne en el sentido de seguirla y de servirla, necesitan estar especialmente sobre aviso con el fin de que la carne no les impida andar según el Espíritu, hacer progreso en las cosas espirituales, no se esfuerza por dejar su progreso espiritual, y no les impida así producir frutos, crecer y desarrollarse en utilidad de servicio, y en fin de cuentas, no les impida vencer y ganar el gran premio como coherederos de Cristo en el Reino, y miembros del rebaño pequeño.

El pensamiento que las Nuevas Criaturas deberían siempre tener en mente es que consagraron en sacrificio todos sus intereses terrestres y carnales, y que nada menos que este sacrificio total les

permitirá a desarrollarse completamente como Nuevas Criaturas y de hacerles “aptos para participar de la herencia de los santos en luz” [Col. 1:12], de tener un lugar en la primera resurrección en la gloria, la honra y la inmortalidad, como miembros del cuerpo de Cristo. La única restricción que debemos admitir en cuanto al sacrificio total, es aquella donde los intereses de otras vidas se mezclan con los nuestros, y donde la Regla de oro impondría sus límites en el sacrificio e insistiría para que se tenga en cuenta razonablemente a los que nos son queridos según la carne pero que no están unidos con nosotros en la consagración a sacrificio.

EL MUNDO COMO ENEMIGO DE LA NUEVA CREACIÓN

Todo lo que se relaciona con este presente mundo malo es más o menos contrario a la Nueva Creación y a su ideal de justicia. Podríamos, en general, resumir la ley del mundo en una palabra, el Egoísmo, aunque el mundo reclame, con razón, más equidad. No somos de los que creen que todas las disposiciones del mundo civilizado son malas; al contrario, estuvimos a menudo sorprendidos observar cuánto las leyes de la Cristiandad son de un espíritu elevado — cuán sabias, justas y nobles son — muchos de ellas que han sido promulgadas, sin duda alguna, con vistas a proteger los intereses de los débiles contra los fuertes, y de hacer justicia a todos. Sin embargo, siendo cada pensamiento, cada palabra y cada acción del mundo entero entremezclados con el egoísmo, no es sorprendente que sus concepciones más elevadas de la justicia sean a veces dobladas y torcidas — tergiversadas.

Estamos sorprendidos, al contrario, que la pobre humanidad caída nunca haya podido alcanzar un sistema de leyes tan imponente como el que se puede encontrar en los códigos de Gran Bretaña, Estados Unidos y de otros países. No podemos dudar que la ley dada a través de Moisés y dada en ejemplo, desarrollada, respetada y explicada por nuestro Señor Jesús y sus apóstoles, haya tenido una gran influencia sobre estas leyes humanas, que haya servido de base para ellas. Sin embargo, como todos lo convendrán, el egoísmo del hombre está continuamente en lucha con sus

propias definiciones de la justicia, procurando ponerlas a un lado, o sea en parte, o sea en totalidad. Esta manera de actuar, que no deja de progresar sobre una vasta escala en el mundo, es una de las principales dificultades y luchas de la Nueva Creación.

Debemos reconocer que el mundo (y su espíritu de orgullo, de egoísmo, etc.) es uno de los principales enemigos de la Nueva Creación. El mundo entero de la humanidad, actuando bajo este “espíritu del mundo” general, se mueve en una sola dirección general, como un gran río ciertas partes del cual fluyen muy rápido, y otras muy perezosamente, pero del cual todas, sin embargo, siguen la misma dirección general del egoísmo. Por su consagración, por el espíritu de su nuevo entendimiento, la Nueva Criatura está obligada a tomar una dirección contraria; es por eso que ella encuentra la oposición de toda la corriente del sentimiento popular, de su teoría, de su tradición, etc. y se la considera como algo raro. La lucha no va sin frotamientos. La Nueva Criatura está necesariamente en antagonismo con los que van en la dirección opuesta, y que entran en contacto con ella. Esta colisión no puede evitarse; no significa paz exterior, sino conflicto exterior. En cambio, este conflicto exterior puede significar paz y alegría interiores porque la Nueva Criatura obtiene la aprobación divina.

Las aspiraciones del mundo, sus metas perseguidas y sus medios de alcanzarlas, no son siempre viles e injustos, sino hasta sus aspiraciones y metas más nobles son generalmente contrarias a las de la Nueva Creación, porque el mundo actúa bajo el impulso de la sabiduría humana, mientras que la Nueva Creación es animada por la sabiduría de lo alto. La sabiduría del mundo tiene sus propias concepciones de la religión, que ella considera como un medio de tener a raya a la gente mala. Ella tiene sus ideas limpias acerca de la moralidad, la benevolencia, la fe, la esperanza, el amor; ella no puede captar el punto de vista diferente de la Nueva Creación, y es llevada a juzgar sus concepciones como extremas y desrazonables, etc. porque ella no comprende el plan divino y porque no aprecia desde el punto de vista divino, la insignificancia de la vida presente comparada con la futura vida. La sabiduría del mundo no aprecia tampoco la impotencia de todos

los esfuerzos humanos por el levantamiento real de la humanidad, cuando se los compara con los grandes y nobles arreglos que Dios tiene reservados y que serán puestos plenamente en luz y aplicados con éxito en el Reino, tan pronto como la obra divina de la Edad actual se haya acabado — tan pronto como la Iglesia elegida haya sido escogida, pulida, aprobada, glorificada.

La Nueva Creación no debe estar sorprendida por lo tanto si el mundo la odia, aun los que, entre el mundo, están bien dispuestos en el plano moral y en el plano religioso. Este odio y esta oposición del mundo, que a veces, contrarían tanto y ponen a prueba tanto la fidelidad y la paciencia, deben aguantarse con dulzura, recordando que el mundo está cegado aún por el “dios de este mundo”; él no discierne las “preciosas y grandísimas promesas”, “las cosas profundas del Espíritu” a la luz de las cuales, por la gracia de Dios, estamos capacitados a examinar todas las cosas — las pérdidas, las pruebas, etc. — “como una pérdida y por basura”, con el fin de poder ganar las cosas maravillosas que se nos prometen en la Palabra. Ceder al espíritu del mundo, permitir que los sentimientos que lo animan nos dominen para tener la paz con él, sería dar la prueba de que consideramos menos al Señor, su Verdad, y los privilegios de su servicio. Resultaría que, si no perdiéramos todo regresando completamente al mundo, podríamos por lo menos perder el premio, formar parte de la “gran muchedumbre” [o multitud —*Trad.*] y acceder, pasando a través de la gran tribulación, a un sitio inferior con relación a las glorias venideras.

El Apóstol da la siguiente exhortación precisa: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15). Deberíamos estar por lo tanto sobre aviso contra todo indicio de simpatía o de inclinación hacia el espíritu del mundo. Esto no quiere decir que deberíamos abandonar toda simpatía con respecto a nuestros amigos que llamamos “mundanos”, que deberíamos ser indiferentes a sus intereses, etc.; pero esto significa que, velando por cumplir nuestras obligaciones hacia los mundanos, devolviendo el honor a quien es debido, el tributo a quien es

debido, el apoyo a quien es debido, la bondad a quien es necesaria, la simpatía a quien la necesita, debemos sin embargo hacer una distinción entre nuestros amigos y nuestros vecinos que aún están sometidos a la influencia del Adversario, y el espíritu, o disposición, que les hace actuar y les engaña.

No debemos ser llevados hacia cualquiera de las instituciones actuales totalmente fundadas en el egoísmo, y más o menos opuestas a la ley divina, a la Regla de oro. Puede ser necesario que dirijamos nuestros asuntos en gran medida según los métodos egoístas que prevalecen en el mundo; pero sin pararse a discutir continuamente, nuestro corazón debería mantenerse ajeno de los principios egoístas y aspirar el reino absoluto de la Regla de oro en todos los asuntos de la vida, y en la medida de lo posible, en nuestras relaciones personales con el mundo.

No pertenece a nosotros de tratar de transformar al mundo y de trastornar la sociedad y sus métodos. El Señor se reservó para sí este trabajo hercúleo que cumplirá totalmente en el “gran día” que se acerca rápidamente. Mientras tanto los hijos de Dios, guiados por su Palabra (aunque estando necesariamente en el mundo y en contacto con sus asuntos y sus usos), no deben amarlos, ni tener simpatía por ellos. Al contrario, ellos deben darse cuenta de que, para quedar en contacto estrecho con el Señor y en simpatía íntima con los principios de su justicia, deberán, en el mismo espíritu, oponerse necesariamente, como Dios lo hace, a toda forma y a todo grado de injusticia, de iniquidad, de desarreglo — en la iglesia, en el estado, en las finanzas, en la política y en las costumbres y los usos de la sociedad.

Comprendiendo esto de una manera más o menos clara, algunos, creemos, han ido al extremo condenando las instituciones actuales de un modo que, ni el Señor, ni los apóstoles mandaron, ni aprobaron, ni ilustraron en sus palabras y en su conducta. Deberíamos recordar que el mundo, en su conjunto, conforma su vida al ideal más elevado que puede concebir, y que hacer simplemente nada más que criticar cosas que otros, no más que nosotros mismos, no pueden corregir, es peor que inútil, porque esto produce puramente y simplemente sólo la tristeza, el tormento,

etc. sin cumplir los resultados deseados. A propósito de eso, Juan el Bautista dio un buen consejo cuando los soldados romanos le preguntaron acerca de su conducta que hay que tener: “No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis [no violéis las leyes y los reglamentos bajo los cuales vosotros estáis colocados por su gobierno]; y contentaos con vuestro salario” [Lucas 3:14]. Hacer simplemente a la gente descontenta de su situación actual y de su medio es lejos de ser sabio. Al contrario, la influencia, el espíritu, la disposición de la Nueva Creación, deberían siempre ejercitarse en el sentido de la paz; si no podemos alabar altamente las instituciones actuales, no necesitamos condenarlas tampoco.

En un caso parecido, haremos bien de seguir el ejemplo del arcángel Miguel quien ni siquiera llevó una acusación injuriosa contra Satanás, sino declaró: “El Señor te reprenda” — en su propio tiempo y de la manera que él juzgue oportuna (Judas 9). Hagamos lo mismo. Dándonos cuenta de que el Señor reprenderá las instituciones actuales en su propio tiempo y de su manera, podemos decirnos, con el Apóstol: “Tened paciencia, hermanos, la venida del Señor está cerca” — el establecimiento de su Reino, muy cerca, ajustará todas estas dificultades. La discusión [o agitación —*Trad.*] de estos temas antes del tiempo será, no sólo inútil, sino peor — desventajoso, perjudicial — tanto para los agitadores como para los agitados, engendrando el descontento. Entre los niños de este mundo, se encontrará una cantidad de agitadores cuando haya venido el tiempo del Señor para que estas cuestiones sean discutidas. Mientras tanto todos los miembros de la Nueva Creación actuarán prudentemente evitando todo tema de naturaleza que produce la irritación y el descontento; ellos hablarán sobre todo en el seno del pueblo de Dios y a los que “tienen un oído para oír” las cosas profundas del plan divino y, también, desde luego, cuando se presenten ocasiones favorables, del tiempo de angustia por el cual el Reino será establecido.

La Nueva Creación, el Sacerdocio real, tiene una tarea especial completamente al margen del mundo y de la agitación de sus elementos. Su trabajo actual, como ya lo demostramos, consiste en tocar las trompetas de plata, es decir, en proclamar la

verdad del plan divino para los que tienen un oído para oír, para los que no son cegados y hechos sordos por los artificios del Adversario. Su misión se ejerce especialmente entre los hijos de Dios, acabando la obra de esta Edad Evangélica, la recolección del trigo en el granero. —Mat. 13:37-43.

Otra imagen muestra cuál es la obra actual de la Iglesia: la Esposa se prepara para el matrimonio (2 Cor. 11:2; Apoc. 19:7). Teniendo tales preocupaciones que absorben todo su tiempo, toda su influencia, todos sus medios, etc. las Nuevas Criaturas no tienen ni el amor del mundo para procurar perpetuar sus arreglos, instituciones, etc. ni el deseo de anticipar en las disposiciones llenas de sabiduría y de benevolencia del Señor con vistas a transformar este presente mundo malo en el “mundo venidero”, “donde mora la justicia”. —Heb. 2:5; 2 Ped. 3:13.

EL GRAN ADVERSARIO, SATANÁS

El Apóstol escribe: “Vuestro adversario, el diablo”, como si quisiera darnos a entender que tenemos mucho más luchar contra él que contra las debilidades de nuestra propia carne y las imperfecciones de nuestros semejantes. Él quisiera que nos diéramos cuenta bien que tenemos en Satanás un enemigo artero y “astuto”, y que tengamos que mantenernos muy cerca de nuestro Pastor si queremos ser librados de la tentación y del poder del Maligno. Observemos algunos de los numerosos pasajes bíblicos que se refieren a este Adversario, cuya misma existencia está negada hoy por mucha gente:

“Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.” —1 Ped. 5:8.

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.” —Mat. 4:1.

“Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno [la Gehena, la destrucción] preparado para el diablo y sus ángeles.” —Mat. 25:41.

“Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra.” —Lucas 8:12.

“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre

La Nueva Creación

queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.” —Juan 8:44.

“Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase.”* —Juan 13:2.

“Ni deis lugar al diablo.” —Ef. 4:27.

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.” —Ef. 6:11.

“No sea que... caiga en la condenación del diablo.” —1 Tim. 3:6, 7.

“Escapen del lazo del diablo.” —2 Tim. 2:26.

“Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” —Heb. 2:14.

“Resistid al diablo, y huirá de vosotros.” —Santiago 4:7.

“El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo... En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.” —1 Juan 3:8, 10.

“Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.” —Judas 9.

“El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados.” —Apoc. 2:10.

“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” —Apoc. 12:9, 12.

“Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años... para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años.” —Apoc. 20:2, 3.

“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre... Esta es la muerte segunda.” —Apoc. 20:10, 14.

“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.” —Juan 12:31.

“No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.” —Juan 14:30.

“Y cuando él venga, convencerá al mundo... de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” —Juan 16:8, 11.

“En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.” —Ef. 2:2.

“Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los

* La Biblia Comentada: “La cena siendo servida, la comida iba a comenzar.”
—Trad.

Los Enemigos y Sus Ataques

incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” —2 Cor. 4:3-4.

“Mas los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios. Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo:... si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?” —Mat. 12:24-26.

“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero (o “Lucifer”, nota de Darby), hijo de la mañana!” —Isaías 14:12-14.

“El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz.” —2 Cor. 11:14.

“Cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden.” —2 Tes. 2:9, 10 (véase la Biblia Comentada —Trad.).

“Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones.” —2 Cor. 2:11.

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.” —Ef. 6:12.*

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.” —1 Juan 5:18, 19.

“Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás.” —Job 1:6-12; 2:1-7.

“Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda.” —Zac. 3:1, 2.

“Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.” —Lucas 10:18.

“Para esto he aparecido a ti... te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios.” —Hechos 26:16, 18.

“El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies.” —Rom. 16:20.

“El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne.” —1 Cor. 5:5; 1 Tim. 1:20.

“Que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia. Porque ya algunas se han apartado en pos de Satanás.” —1 Tim. 5:14, 15.

Cuando nuestro Señor dijo: “Vete, Satanás” [espíritu adversario, opuesto —Young] y de nuevo cuando le dijo a Pedro: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! [adversario, etc.]; me eres

* *Diaglott*: “contra las cosas espirituales del Maligno en los lugares celestes.”

tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios” (Mat. 4:10; 16:23), fue para señalar bien que, oponiéndose a Dios, él también se oponía a todos los que estaban de acuerdo con Dios. Cuando Pedro declara que Satanás ronda como “león rugiente, buscando a quién devorar”, parece querer enseñar que “no es vuestro adversario [el de la Iglesia]” solamente, sino de toda la humanidad. Nuestro Señor hace una declaración positiva a propósito de eso. —Juan 12:31; 14:30; 16:11.

La declaración que hace nuestro Señor, a saber, que Satanás es el gran Adversario, no sólo de Dios, sino de la humanidad, no es de ninguna manera una imagen caprichosa, sino que la verdad absoluta. Es nuestro Adversario; el mundo y nuestra propia carne no son nuestros adversarios en la misma acepción del término. Nuestra propia carne se opone a la Nueva Creación, no por amargura o por odio, ni con la intención de causarle un perjuicio temporal o eterno, sino simplemente en el sentido que los deseos ardientes de la carne caída van en una dirección que está en desacuerdo con los mejores intereses de la Nueva Criatura y con las esperanzas que la engendraron. También, la oposición del mundo no se hace de maldad, sino simplemente de egoísmo, porque ve las cosas bajo otro ángulo y a causa de diferencias egoístas de intereses. Sólo Satanás es el conspirador, el intrigante obstinado e inteligente que se sirve de una inteligencia sobrehumana, y en el límite permitido, de facultades sobrehumanas, para seducir nuestra carne caída por medio de codicias depravadas, etc. y que se sirve frecuentemente de la gente del mundo como herramientas y instrumentos inconscientes para oponerse a la justicia y a la verdad, y a los que están a favor de la Verdad.

“EL HA SIDO HOMICIDA DESDE EL PRINCIPIO”

— Juan 8:44—

El relato inspirado afirma con persistencia y con lógica que Satanás fue el primero que se rebeló contra la ley divina, que arrastró a nuestros primeros padres en la desobediencia para satisfacer su ambición personal por poder; y que desde la caída del

hombre, el mismo Adversario se opuso de manera implacable a Dios, a la justicia y a la verdad. El no sólo sedujo a la humanidad, sino que se opuso al gran plan de reconciliación que Dios ideó y que él realiza por Cristo. Según el relato de las Escrituras, no parece que Satanás haya tenido simpatizantes o conjurados entre los ángeles al tiempo en que se separó de Dios e intentó establecer su propia autoridad o dominación sobre la tierra, tomando como súbditos la última creación de Dios: la humanidad. Tan seguramente como Satanás mismo era una parte de la creación general de Dios, tan seguramente es posible para nosotros saber que fue creado perfecto y recto, a la imagen de Dios, porque toda la obra de Dios es perfecta (Ef. 3:9; Deut. 32:4). Dios sólo tiene un modelo de rectitud, de justicia, de perfección, y él mismo es este modelo.

Sin embargo, ser creado perfecto, y permanecer perfecto, son dos cuestiones totalmente diferentes. No agradó a Dios crear ninguna de sus criaturas inteligentes como máquinas simples, incapaces de cambiar los móviles de sus actos y de su conducta. Al contrario, le complació crear todas sus criaturas moralmente inteligentes, a su propia semejanza o imagen, siendo perfectamente libres de seguir lo que es recto, verdadero, puro, bueno, conforme a su propio ejemplo y a sus preceptos, pero igualmente con la facultad de modificar su línea de conducta o de cambiarla completamente y de rebelarse contra su ley de justicia. Sin embargo, Dios tomó sus medidas en previsión de esta eventualidad; él mismo conservó el poder de la vida eterna de modo que es absolutamente maestro de la situación y que puede destruir toda criatura que se niega a conformarse y a obedecer sus exigencias justas. Él se propone exterminarlos como si nunca hubieran existido, y de dejar subsistir eternamente sólo las que tienen el corazón en armonía con sus mandamientos.

Entre los ángeles de alto rango (Satanás era uno de esos al principio), hubo aparentemente desde el comienzo, y todavía hay, diferentes órdenes o grados pero todos sujetos a la regla de amor y quienes, por obediencia a la voluntad del Creador, probablemente durante edades, han actuado al unísono y en armonía. Durante

mucho tiempo, sus únicas experiencias fueron la bondad, el amor, la benevolencia, la obediencia a los mandamientos del Padre celestial y la felicidad que resulta de eso. Pero al debido tiempo, se desarrolló otro punto importante del plan divino. El hombre fue creado de una naturaleza diferente de aquella de los ángeles, de una naturaleza un poco inferior — humana y no angélica, terrestre y no celeste, carne y no espíritu. Además, la humanidad tuvo una morada separada — la tierra — con una organización familiar, por parejas, el uno hombre la otra mujer con poderes de procreación (capaces de reproducir su propia especie). En todo esto, ellos difirieron de los ángeles que no tienen sexo, no tienen el arreglo familiar y no se reproducen. La última creación de Dios fue sin duda una maravilla en los ojos de todos los ejércitos de ángeles cuyas facultades de razonamiento encontraron abundantes ocasiones de ejercitarse.

Fue mientras uno de los que pertenecían a un rango elevado, razonando y suputando las cosas posibles en este asunto y alimentando pensamientos egoístas y ambiciosos, llegó a concluir que si, de alguna manera, él pudiera apoderarse solamente de la pareja humana recientemente creada y separarles de Dios, entonces por su medio él podría establecer por su cuenta un reino o una potestad y sería el dios o el señor, usurpando así el sitio y el honor de Jehová concerniente a la humanidad y a la tierra. Fue la ejecución de esta ambición criminal que le valió el nombre de Satanás, el adversario de Dios. El no se propuso ni trató de usurpar la dominación de Dios sobre los ángeles. Tal tentativa habría sido absurda, dado que todos los ángeles estaban en comunión íntima con Dios y sabían que Satanás era uno de los suyos. Es por eso que, no habrían pensado en hacerse sus servidores y sus discípulos, prefiriendo con mucho la administración justa, amorosa y sabia de Jehová el Todopoderoso que les satisfacía totalmente y contra la cual no tenían ningunas ganas de rebelarse.

Apenas sus intenciones egoístas y ambiciosas habían encontrado lugar en el corazón de Satanás que comenzó a juzgar al Señor según su propia medida falsa — y a suponer que el Señor Jehová, en toda su obra, sólo cumplía intenciones ambiciosas y

egoístas. Así es como el mal corazón siempre está dispuesto a imputar el mal a otros, aun si estos últimos son puros, honorables y benévolos. No hay duda que al principio, por lo menos, Satanás justificó su línea de conducta personal por un razonamiento falso: al crear la humanidad en un plano inferior a los seres espirituales (los ángeles), Dios, según él, habría sido empujado por malos y egoístas móviles, y esto debía ser para esclavizar mejor a los humanos que él había limitado su hábitat en la tierra. Una vez que él hubo permitido que este pensamiento de envidia, de rebelión y de impiedad entrara en su corazón, fue sólo una cuestión de tiempo para que el mal se desarrollara más en forma de sugerencia y de manifestación abierta del pecado y de la oposición a los arreglos divinos.

Quizás, esto fue verdaderamente con la idea falsa que él hiciera justicia al oprimido que Satanás se acercó a madre Eva en Edén y le sugirió que los reglamentos rigurosos que le fueron impuestos a ella así como a Adán por el decreto divino tocantes a uno de los árboles del jardín, eran, por parte de Dios, la ejecución de poder injustificado y autocrático; esto, él sugirió, para limitar sus libertades legítimas cuyo ejercicio estaría manifiestamente en su ventaja. El hasta sugirió a madre Eva, y tal vez él expresó verdaderamente la opinión que tenía en este momento en su juicio ya pervertido, que Dios les engañaba cuando declaraba que si ellos comieran del fruto del árbol prohibido, serían destruidos — ellos morirían. Satanás nunca había visto la muerte entre ninguna de las criaturas de Dios hechas a la semejanza divina y dotadas de razón. En consecuencia, en su perversión mental, él no sólo atribuía a Dios los móviles criminales tocantes a la creación, sino que, ahora, aseveraba que había mentido deliberadamente a sus criaturas a solo fin de cumplir la ejecución de sus propias intenciones, de mantenerlos en cierta medida de ignorancia, lo que Satanás tuvo sin duda en este momento, como una autoridad despótica.

La mala sugerencia produjo su efecto. Hasta entonces, madre Eva había sido agradecida a Dios y había apreciado todas sus compasiones y todas sus bendiciones; ella le había reconocido como la fuente de gracia y de verdad, de benevolencia y de amor;

desde aquel momento, su espíritu fue envenenado por la idea que le engañaba, que le privaba de libertades legítimas con el fin de que no pudiera adquirir conocimientos más grandes mientras que esto era bien su derecho; ella creyó que Dios era determinado a mantenerlos en la esclavitud de ignorancia, les presentaba sus conocimientos bajo una luz falsa, amenazándoles que ellos valdrían su muerte, mientras que el amigo, recientemente encontrado, Satanás, les amaba mejor y defendía celosamente su bienestar y su libertad, les aseguraba que si ellos comieran del fruto prohibido, ellos no sólo no tendrían desgracia y no morirían, sino que adquirirían más conocimiento, más libertad y más aplicaciones de todas sus facultades. El efecto del veneno fue rápido; el egoísmo y el deseo de adquirir fueron despertados en el corazón de madre Eva que nunca había tenido sentimientos iguales antes porque nada, en su experiencia anterior, había sugerido tales pensamientos o tales sentimientos.

Desde luego, la posición tomada por Satanás respecto a este tema, le separó de Jehová. El arriesgó todo por todo en su capacidad de sujetar a la nueva raza para hacerle su esclavo, su reino; o sea, como tal vez hubiera querido expresarlo, había llevado todo su esfuerzo para liberar a la nueva familia humana del despotismo divino. Cuando él vio el efecto de la transgresión, a saber, que la pareja humana fue echada fuera de Edén, privada de sus árboles que mantenían su vida, y que gradualmente comenzó a decaer y a debilitarse, no hay duda que estaba decepcionado como lo estaba también Eva. Así como lo aprendemos, Adán no fue engañado: él sabía lo que le esperaba si desobedecía. Su participación en este asunto fue por lo tanto voluntaria de su parte; pudiéramos decir que fue un suicidio. A la idea que su mujer debía morir porque había probado del fruto prohibido, y que sentía que toda su alegría personal desapareciera así, él resolvió de morir con ella. Si hubiera comprendido mejor el carácter divino, tal como después había sido manifestado por los tratos de Dios en relación con la Reconciliación, sin duda alguna habría confiado en Dios para ayudarle a salir de la dificultad, y habría obedecido el decreto divino cualquiera que fuera el precio.

Pero volvamos a Satanás: Habiendo escogido una mala línea de conducta, parece que después, cada etapa de su viaje sólo le alejaba cada vez más de todo principio de justicia, de modo que si él pudiera proferir su primera mentira “Ciertamente no moriréis” con cierta franqueza, sin embargo desde entonces y hasta la fecha, él intenta por todos los medios concebibles de perpetuar su declaración falsa y de engañar a los humanos haciéndoles creer que *la muerte no existe*, que cuando ellos mueren están más vivos que nunca antes. Se trata de la vieja mentira “Ciertamente no moriréis” adaptada a las condiciones actuales. Nadie mejor que Satanás sabe que la muerte es muy real, que azotó a toda la familia humana, y nadie mejor que él sabe que si la familia humana comprendiera de manera clara y distinta el tema del pecado, su castigo, el rescate, y la restauración que resultará de ello, sería atraída a la influencia de la Verdad para con su Creador justo y sin embargo misericordioso.

Entonces, esto es lo que Satanás desea impedir. Es por eso que él se esfuerza por cegar el entendimiento de los humanos tocante al verdadero carácter y al verdadero plan de Dios, y al contrario por llenar sus mentes de pensamientos falsos y blasfematorios concernientes al carácter y al plan divinos. En lugar de mostrarles a los hombres que la muerte y todos los sufrimientos que la acompañan, es decir, el decaimiento y la enfermedad mentales, morales y físicos, son el resultado de haber desobedecido a Dios, y de haber seguido su consejo mentiroso, por el contrario él quisiera hacerles pensar y consiguió convencerles de eso mucho, que el gran Jehová, que se declara ser la misma personificación de la justicia y del amor, creando a la familia humana, lo hizo sin la menor justicia y el menor amor con intenciones malévolas con respecto al número más grande: según Satanás, él hubiera decidido y predestinado en su corazón, antes de comenzar la creación del hombre, que millares de millones de humanos deberían ser atormentados eternamente, y que un “rebaño pequeño” sería glorificado para servir como ejemplo de lo que Dios hubiera podido hacer para todos si hubiera estado favorablemente dispuesto. Así, y por otros numerosos engaños y trampas un poco semejantes, el adversario, durante seis mil años, ha pervertido el

juicio de los hombres, y alejado de Dios y del mensaje de su Verdad el corazón de los hombres. El Apóstol lo confirma y lo explica, diciendo: “El dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no vean el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios” — para que no les iluminara de ninguna manera y que no les hiciera salir en absoluto de las tinieblas de la ignorancia e ideas falsas y que no les permitiera discernir tampoco el verdadero carácter y el plan misericordioso del Padre celestial. —2 Cor. 4:4.

Por todas partes donde penetra la luz de la revelación divina (no simplemente la Biblia, sino igualmente “el espíritu de Verdad”), esto significa más o menos un peligro para la oscuridad de los informes falsos de Satanás. La Verdad es mil veces más razonable que el error de Satanás, y lo vencería rápidamente, sin su táctica de astucia, de “artimañas”, que se renueva constantemente por cambios de escenas y por nuevos engaños destinados a sostener su vieja mentira y para engañar “si fuere posible, aun a los escogidos”. Uno de sus primeros esfuerzos, uno de los más considerables y de los más prósperos de sus esfuerzos para desmentir la Verdad, y para poner de manifiesto el error como probable y plausible, fue el desarrollo del sistema del gran Anticristo, el Papado. Por medio de él, él ejerció una de las más prodigiosas influencias a través del mundo, de modo que a la luz de nuestros días, y con una medida de independencia con respecto a esta institución monstruosa, la humanidad mira hacia atrás al tiempo de su dominación y habla de ello como la “Edad de las tinieblas”: tinieblas de injusticia, tinieblas de error y de superstición, tinieblas de persecución implacable y terrible contra los que procuraban adorar a Dios según las exigencias de su conciencia, feroz contra ellos en la proporción donde obtenían la verdadera luz y donde la presentaban escrupulosamente delante de la gente. Esta gran institución fue tan diabólica en sus métodos y en su influencia, y representaba tan completamente la artimaña, la ambición y la astucia de Satanás, que el Señor la describe simbólicamente como si fuera Satanás mismo. Ella fue, en el sentido más amplio del término, su representante pretendiendo ser

el representante de Dios.*

A lo largo de las profecías, encontramos esta mezcla de descripción y de condenación entre Satanás y su principal representante entre los que recibieron la luz. Por ejemplo, después de haber descrito la destrucción del poder de Babilonia — descripción que se puede aplicar en parte a Babilonia en el sentido propio, y a la esclavitud de Israel natural, y que puede aplicar más particularmente a la esclavitud de la Babilonia mística sobre Israel según el espíritu — el profeta continúa por una descripción que, en primer lugar, conviene al camino seguido por Satanás, y en segundo lugar, puede aplicarse a la elevación y a la caída de la Babilonia natural, y aun en otro sentido, a la elevación y a la caída de la Babilonia mística, diciendo:

“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero [o Lucifer — Nota de Darby], hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré [véase Nota de Darby — *Trad.*] [el Reino del pueblo de Dios], a los lados del norte [se ha considerado por mucho tiempo que las Pléyades, en el Norte, eran el Centro del Universo, el Trono de Jehová]; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos; que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel?” —Isaías 14:12-17.

Si es verdad que Babilonia se elevó altamente por encima de los otros reinos del mundo, también fue verdad que el Papado, el Anticristo, se elevó como reino por encima de las naciones de la tierra, y se esforzó por gobernarles con una vara de hierro, pretendiendo tener la autoridad de hacerlo en nombre del verdadero Cristo. Y, lo mismo que el primero fue destruido, cuánto más debemos esperar la caída definitiva de Babilonia la Grande, la madre de las prostitutas, como una gran piedra de molino que se arrojó en el mar y que no reaparecerá. Sin embargo, si la ambición de estas Babilonias de poseer la dominación sobre otros fue grande,

* Véase Vol. II, Cap. IX (en inglés).

la de Satanás de ser superior a todas las demás criaturas de Dios fue aun más grande, con vistas de tener un reino para sí, algunos súbditos para él — un reino rival de aquel de Jehová sobre la tierra, como aquel de Jehová en los cielos. Sin embargo, estas intenciones fracasarán, y Satanás mismo primero será atado durante los mil años del reino del Redentor y del levantamiento de la condena, y la bendición del mundo, pero más tarde, así como lo muestran claramente las Escrituras, debe ser destruido con todos sus ángeles — sus mensajeros, todos los que siguen su dirección y su línea de conducta. —Mat. 25:41; Heb. 2:14; Apoc 20:10..

LOS SOCIOS DE SATANÁS EN EL MAL — LAS LEGIONES DE DEMONIOS

Así como ya hemos visto, según el relato de las Escrituras, Satanás no tenía socios angélicos al principio de su conspiración y de su rebelión. Al contrario, nos es posible comprender que todos los santos ángeles estaban en plena armonía con el gobierno divino y que algunos de ellos estuvieron encargados de reinar sobre el hombre caído, y de ayudar así de posible a los humanos a regresar en acuerdo con Dios y de impedirles de caer más en la degradación. Esto pasaba antes del diluvio en el tiempo de Noé. Era la primera experiencia que los ángeles tenían con el pecado, la infidelidad hacia Dios, la oblicuidad moral. Esto se hizo para ellos una prueba porque vieron la posibilidad de seguir el camino del mal, contrario a la voluntad divina. Este camino les sugería placeres y ventajas si se cediera a ello, y así llegó a ser una prueba de su lealtad y de su obediencia a Jehová. Las Escrituras nos informan que, en esta prueba, algunos de los ángeles que, hasta entonces, habían sido santos y obedientes, se hicieron transgresores, cayeron en el pecado y sufrieron su contaminación. Judas y Pedro, ambos hablando de “los ángeles que no conservaron su señorío original”, de quienes en consecuencia Dios limitó las libertades, encadenándoles en las tinieblas hasta el gran día del juicio, aún futuro, donde se oirán sus casos. —2 Ped. 2:4; Judas 6.

Aislados de los santos ángeles, estos ángeles caídos han sido

llamados desde entonces demonios, o diablos, y Satanás se reconoce como el “príncipe de los demonios”, su líder con quien ellos cooperan como obreros de maleficencia entre los hombres. No pudiendo participar más en buenas obras, abandonados a sí mismos en el mal, no es asombroso si, entre estos ángeles, el mal alcanzara proporciones considerables, y si son aliados fieles de Satanás para propagar su mentira original “Ciertamente no moriréis”. Según toda apariencia, muy poco tiempo después del diluvio, estos ángeles caídos, estos demonios, comenzaron a corromper a los humanos bajo el manto de la religión. Aunque encadenados, o encarcelados en el sentido de ser incapaces de aparecer entre los hombres en un cuerpo carnal, descubrieron rápidamente en la raza caída a los humanos que estuvieron dispuestos a someterse a ellos como sus agentes o médiums. Ellos obraron sirviéndose del cuerpo de estos últimos, en lugar del propio suyo. Estos “*médiums*” o intermediarios humanos para permitir a los demonios comunicar con los humanos, en tiempos antiguos, se conocieron bajo el nombre de “fetichistas”, de “magos”, de “brujos”, de “nigromantes”, de “hechiceros” y de “sacerdotes” de religiones falsas. Sus diversos esfuerzos para obtener la dominación del pueblo de Israel que Dios había escogido para representarle en el mundo por un tiempo, se informan claramente en las Escrituras, y el pueblo fue advertido seriamente contra ellos. Leyes fueron decretadas y aplicadas en gran medida contra los que se hicieron los agentes de comunicación entre los demonios e Israel: el castigo era la muerte.

Por su constitución, el hombre es una imagen de Dios, y, como tal, un ser libre e independiente. Esta idea se extiende a su acción moral, de donde viene la expresión: el hombre es un “agente libre y moral”. Cualquiera que sea el grado de privación de su libertad que pueda sufrir, o cualquiera que sea el grado de esclavitud en el cual pueda caerse o sea hacia las personas, o sea hacia sus propios apetitos, sin embargo, su acción moral es libre: es libre de querer, de emplear su mente de la manera en la que él piense. Si él quiere someter su mente a la voluntad del Señor, puede hacerlo; si él quiere someterse a una mala influencia, lo

puede, y si él quiere ser independiente tanto de Dios como de las malas influencias, aún lo puede, en la medida en que sus facultades físicas y su juicio mental lo permitan; no obstante, debilitados por la caída y por sus debilidades heredadas, su juicio tanto como su conocimiento y su capacidad de razonar son reducidos ampliamente, y en consecuencia, su independencia moral está en peligro en la misma proporción cuando es asaltado por “espíritus engañosos y doctrinas de demonios” así como las Escrituras llaman la obra en el mundo la influencia nefasta (1 Tim. 4:1). No es sorprendente por lo tanto que estos ángeles caídos, estos demonios, hayan podido, en cada país y en cada época, poseer numerosos médiums. Ellos escogen con cuidado cuáles serán sus médiums, buscando, en lo posible, a los que tienen mucha facilidad mentalmente, con el fin de que, por sus cualidades y capacidades naturales, puedan actuar lo más eficazmente posible sobre las masas en general. Es por eso que encontramos que, en los países paganos y entre los indios, estos médiums, estos sacerdotes, estos brujos, estos magos, estos nigromantes, estos astrólogos y estos adivinadores eran entre los más sabios y los más capaces. En nuestra época, en la cristiandad, estos médiums de demonios se conocen a menudo bajo este nombre particular de “médium”, como es el caso entre los espiritistas. Es uno de los nombres más exactos que jamás haya sido aplicado, porque los que se someten a estas malas influencias para ser sus medios de comunicación con los hombres, son puramente y simplemente sólo médiums por los cuales los malos espíritus comunican, o sea por palabras o sea por golpecitos, o sea por escritos, o de una manera muy diferente.

Los métodos generales y la enseñanza general de estos demonios, por medio de estos médiums, fueron prácticamente los mismos de todos los tiempos y en todos los países. Ellos se presentan bajo una luz falsa, personificando a los muertos, excepto en ocasiones excepcionales donde admiten descaradamente que son demonios, como por ejemplo, entre los chinos. También véase 1 Cor. 10:20. Haciéndose pasar por seres humanos muertos, ellos cumplen una obra múltiple con pleno éxito:

(1) Ellos confirman la mentira original pronunciada por

Satanás en Edén: “Ciertamente no moréis.”

(2) Por esta afirmación falsa, ellos indisponen las mentes de los humanos contra el Evangelio y contra todos sus arreglos.

(3) Ellos dan así a las disposiciones divinas tomadas para rescatar al hombre y salvarle del pecado y de su salario, la muerte, la apariencia contradictoria, irrazonable y absurda. Negando que el salario del pecado sea la muerte, y pretendiendo que el salario del pecado es el tormento eterno, su teoría no sólo blasfema contra el carácter divino representándolo como la personificación de la injusticia y de la crueldad, sino que ella ridiculiza la doctrina bíblica de un rescate. En efecto, aun la razón caída es capaz de discernir que la muerte de nuestro Señor en el Calvario no podía rescatar a la raza de la tortura eterna y que no habría ninguna equivalencia entre este castigo y el precio del rescate.

(4) Su teoría pone de manifiesto la doctrina de la resurrección como inútil e irrazonable, porque si nadie está muerto, ¿cómo podría haber una resurrección de los muertos? Si al morir, todos se hacen más vivos que nunca y se encuentran en una condición mucho mejor que antes, ¿para qué bien podría servir una resurrección? O aún, ¿por qué se presentaría como la esperanza, la única esperanza que se nos presenta en el Evangelio?

(5) Su teoría prepara el camino para los errores seductores. Así, entre los paganos, esto estaría en gran medida, bajo la forma del culto de los padres y de la creencia en la transmigración de las almas; según esta creencia, los que mueren como hombres, después de haberse quedado por un tiempo sin cuerpos, renacerán en el mundo en forma de perros o de gatos, de caballos o de vacas, de ratas o de ratones, y pasarán por las diversas experiencias de estos animales (mudos), o, si son dignos de ello, pasarán a condiciones más nobles.

(6) En la cristiandad, este mal revistió de una de las formas más satánicas y la doctrina falsa se hizo el fundamento de todos los errores monstruosos y las supersticiones con las cuales ha luchado el cristianismo. No pudiera haber tenido la teoría de la tortura eterna si no hubiera existido esta doctrina de demonios sobre la cual edificar, a saber, que los muertos están vivos, capaces de sufrir.

Sin la misma enseñanza, no pudiera haber tenido la teoría y la doctrina del purgatorio; en consecuencia, no pudiera haber tenido oraciones por los muertos, ni misas pagadas por los muertos; las grandes instituciones eclesiásticas que se enriquecieron gracias a estas mentiras no pudieran haberse desarrollado tampoco para esclavizar a los humanos con sus errores y sus presentaciones falsas del carácter y del plan divinos.

(7) Aunque el poder del Papado haya sido quebrantado en el gran movimiento de la Reforma del decimosexto siglo, este error fundamental, enseñado por los demonios y sostenido por ellos entre todas las naciones con diversas pruebas, demostraciones y manifestaciones, fue guardado con cuidado; los Reformadores progresaron, siempre restringidos por esta mentira original enseñada por el padre de la mentira y sostenida por sus legiones de espíritus malos. Así ella se hizo también en el protestantismo la base de todas las dificultades y los errores con los cuales diversas denominaciones han tenido que luchar desde entonces. Ella les ha cegado en gran medida en cuanto a la luz de la Palabra divina, impidiéndoles de “comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios.” —Ef. 3:18.

(8) Adaptándose a las nuevas condiciones, esta mentira, en estos últimos cincuenta años, se ha arrogado el papel de portador de luz de la Iglesia, y ha pretendido dirigir a todos los que desean la verdad. En esto, ella está en conformidad con el personaje señalado a este propósito en la Palabra inspirada, porque el Apóstol declara: “El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz.” —2 Cor. 11:14.

(9) El espiritismo no consiguió seducir a la mayoría de los cristianos. Aunque siendo dificultados por la teoría falsa que sus amigos difuntos están vivos, los cristianos en general discernieron, de alguna manera, instintivamente que los médiums (los mejores que Satanás podía tener) no eran de aquellos que Dios hubiera designado para comunicar información y para ser agentes entre él y sus amigos que creían sin razón estar vivos y frecuentemente cerca de ellos, aunque invisibles. En consecuencia, permitiendo el

espiritismo de reunir, mantener y arrastrar el mal a tantos individuos como posible, el gran Adversario lo encontró necesario recurrir a tentaciones aun más sutiles, imitaciones más hábiles del verdadero cristianismo bajo los nombres de:

LA CIENCIA CRISTIANA Y LA TEOSOFÍA

Estos sistemas pretenden reverenciar la Palabra divina, y toman el nombre de Cristo en vano, mientras que ellos no creen en él como Redentor; para los cristianos que se despiertan actualmente, sirven como cebo para satisfacer sus aspiraciones a algo nuevo y mejor que los desechos de las tradiciones humanas que les alimentaron por tanto tiempo. Ellos pretenden alimentar a sus adeptos con la verdad científica, no teniendo en cuenta la verdad, la ciencia en todo el sentido del término.

(10) Dado que la restauración está prevista en el plan divino en el futuro cercano, el Adversario está tratando de distraer la atención de los humanos por curaciones mentales sirviéndose de científicos cristianos, de teósofos y de clarividentes. Negando el mismo fundamento de la verdad bíblica (el Rescate), estas falsificaciones engañosas de la verdad son para nosotros unas pruebas que el poder de Satanás para engañar la cristiandad está declinando (por lo menos en los ojos de toda persona inteligente), que su casa amenaza ruina. La luz de la aurora milenaria se levanta sobre el género humano, y el gran defensor del error está a su fin. ¡Qué Dios sea alabado! ¡Satanás pronto será atado e impedido de engañar al mundo durante los mil años del reino milenario de Cristo, en el transcurso del cual la luz del conocimiento llenará toda la tierra, como las aguas cubren las grandes profundidades!

Si consideramos al mundo pagano, vemos claramente la obra terrible y degradante de estos demonios, cómo remacharon sus cadenas sobre la gente ejerciendo poderes milagrosos a través de sus agentes humanos, como, por ejemplo, los faquires de la India hoy, y como la “Magia negra” practicada de modo general a través del mundo en los días tenebrosos del pasado. Las Escrituras nos muestran el efecto del Evangelio sobre estas obras del diablo, e

indican que la luz de la verdad divina es “la luz del mundo”, la cual sola será capaz de disipar las tinieblas del Adversario. Observe el conflicto que existe entre la luz y las tinieblas como informan las experiencias del apóstol Pablo, cuando viajaba a través del Asia y Europa, haciendo lucir la verdadera luz, cuando “muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.” —Hechos 19:18-20.

Los apóstoles estaban continuamente en conflicto con estos espíritus malos que procuraban a veces oponerse al Evangelio pero se daban cuenta en general que eran totalmente incapaces de medirse con las potestades espirituales superiores que actuaban a través de los apóstoles. En cierta ocasión, leemos que un espíritu malo procuró afiliarse al Evangelio, e incitó al médium de seguir al Apóstol y a los que le acompañaban, gritando: “Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación.” ¿Estaba allí una tentativa de asociar el Evangelio con el espiritismo y con la función de médium, o era una astucia hábil por cuál esperaban cumplir los demonios el mismo resultado que se siguió, es decir, una agitación popular y una manifestación hostil hacia los apóstoles? No podemos juzgar. De toda manera, un punto resalta sin duda alguna: el Apóstol identificó a estos médiums, no como médiums de los muertos, sino como los de los demonios, los ángeles caídos. Por otra parte, en su conferencia con los apóstoles, estos demonios nunca negaron su propia identidad. —Véase Hechos 16:16-19; 19:15; Santiago 2:19.

También, durante el ministerio de nuestro Señor, estos espíritus malos habían encontrado muchos judíos dispuestos a acogerlos: estos últimos se conocieron como “endemoniados”. Cuando la víctima estaba poseída con muchos de estos demonios, como era el caso frecuentemente, casi no tenía la maestría de sí misma. Sus pensamientos, sus palabras y sus acciones fueron dirigidos por muchos de estos espíritus malos; y su

comportamiento era aquel de un loco. Muchos endemoniados fueron curados en el tiempo de nuestro Señor, a la vez por él mismo y por aquellos que él enviaba, armados con su espíritu, con su poder, con su influencia. Encontramos en Lucas 4:34-37 y en Mat. 8:28-33, un relato interesante de uno de estos ejemplos donde los espíritus malos fueron echados; los demonios no sólo no trataron de negar su identidad verdadera cuando conversaban con el Señor, sino que reconocieron su autoridad y su poder sobre ellos así como su esperanza de ver acabarse, un día u otro, su limitación actual de poder (o encarcelamiento) — una decisión o un juicio de su caso personal.*

“NO TENEMOS LUCHA [SOLAMENTE] CONTRA CARNE Y SANGRE”

Según lo que precede, vemos que Satanás mismo, y los demonios, sus socios en el mal, son realmente el gran poder que actúa en, sobre, y por el género humano, en oposición a Dios, y en oposición al plan de reconciliación que él previó y que comenzó a ejecutarse en el momento del primer advenimiento y de la muerte de nuestro Señor, como el precio de rescate de los pecadores. Es sólo desde este punto de vista que captamos claramente lo que significan las palabras del Apóstol: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.” (Ef. 6:12). Dado que el hombre caído es tan incompetente defenderse contra este astuto Adversario, y que los miembros del pueblo del Señor pueden escapar de sus maquinaciones sólo en la medida en que su corazón es totalmente leal al Señor y atento a su Palabra, dado que a éstos serán concedidas una asistencia especial y una liberación fuera del mal que, sin esto, seduciría a los mismos elegidos, somos llevados a preguntarnos: “¿Por qué Dios permite a este gran

* Para una discusión más completa del Espiritismo — Demonismo, véase el folleto: *El espiritismo — antiguo y moderno*.

Adversario rodear así al hombre de errores engañosos, de doctrinas falsas, y hasta cierto punto, de milagros para confirmarlos?”

La respuesta a esta pregunta, y la única respuesta satisfactoria que se pueda encontrar, es que Dios, al tiempo presente, no procura reconciliarse con el mundo entero, él no trata de traer todo el género humano en armonía con sí mismo, sino al contrario, escoge simplemente de la raza rescatada, el rebaño pequeño predestinado, a los miembros de la Nueva Creación que harán firme su vocación y su elección gracias a la providencia divina, haciéndose, por el corazón, imágenes del amado Hijo de Dios, su Redentor, su Señor, su Esposo. Las experiencias del mundo hechas bajo los engaños del Adversario se desvelarán por completo en el transcurso de la Edad milenaria. Todos verán entonces y apreciarán plenamente cuáles son las influencias engañosas, pérfidas y corruptoras de todo camino que no esté en conformidad con la justicia, y de todo espíritu, toda influencia que no sea el Espíritu de Dios, el espíritu de Verdad. Todos encontrarán entonces hasta cuál punto han sido atrapados por el “lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Tim. 2:26), a cuál punto han sido cegados por el dios de este mundo contra la verdadera luz del carácter de Dios, brillando por Cristo (2 Cor. 4:4); todos habrán aprendido una lección que comprende varios puntos: (1) Que Dios es el verdadero amigo de todas sus criaturas, y que sus leyes tuvieron a la vista su interés y su bienestar. (2) Habrán aprendido a conocer el carácter insidioso del mal por el ejemplo de Satanás, de los ángeles caídos y por sus propias experiencias personales. (3) Habrán aprendido que no pueden confiarse implícitamente en su propio juicio, y que debido al conocimiento limitado del hombre, en tales condiciones, es posible que la luz tenga la apariencia de las tinieblas y las tinieblas aquella de la luz — que el bien tenga la apariencia del mal y el mal la apariencia del bien. Esta lección tendrá un valor eterno, de modo que toda la humanidad aprenda a confiarse más implícitamente en la sabiduría divina, así como en la bondad y en el poder divinos.

EL MINISTERIO DEL MAL

Mientras tanto estos errores y estas supersticiones entre los hombres sirven sin embargo para mantenerlos en una condición de esclavitud, en una época en que serían incapaces de hacer buen uso de la libertad; en efecto, sólo hay hombres perfectos, sólo los que son totalmente a la “imagen de Dios” y los que son guiados por él, que sean convenientemente preparados para tener un dominio de sí mismos que les sea benéfico. Mientras tanto también, estas oposiciones de Satanás y sus socios en el mal, y la oposición del mundo empujado por sus errores y sus engaños, son dirigidos contra la Verdad, contra los que se hacen sus servidores, en la proporción donde son fieles a la Verdad, y enérgicos en su servicio. Fue nuestro Maestro real, el más fiel servidor del Dios vivo, quien declaró a los que querían ser sus discípulos: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18, 19). En consecuencia, por la operación de una ley natural, podríamos decir: resulta que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3:12). Estas persecuciones y estas oposiciones por parte del mundo, de la carne y del diablo son el martillo, el cincel y el equipamiento de pulimento que el Señor emplea para desarrollar la Nueva Creación.

Dios hasta se sirve de estos medios de oposición que el Adversario mismo proporciona, y hace tornarse en su alabanza, la cólera y la oposición (tanto de los hombres como de los demonios) en el sentido que estas experiencias y estas mismas tribulaciones de su Iglesia elegida *producen en nosotros* “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17). Tales son las herramientas con las cuales las piedras vivas del gran Templo de Dios son formadas y cortadas, pulidas y dadas forma de acuerdo con la intención del gran Arquitecto, con el fin de que pronto, de y por este Templo vivo, todas las familias de la tierra puedan ser bendecidas, y que todos los que lo quieran sean reconciliados con

el Señor. Cuando se dan cuenta así que las oposiciones por parte de los hombres son en gran parte el resultado de su condición caída, de sus errores y de su ceguera que las azotan a causa de las maquinaciones del gran adversario de Dios y de la justicia, los hijos de Dios pueden probar más simpatía, no sólo hacia el mundo en general, sino que hacia los que son sus adversarios y sus perseguidores. Muy lejos de desear vengarse de ellos, ellos pueden con razón amar a sus enemigos, y hacer bien a los que les persiguen, discerniendo durante este tiempo y en el sentido más completo y más verdadero del término que: “no saben lo que hacen.”

Entre los hombres que están opuestos a la Reconciliación, encontramos muchos que, de diversas maneras y por diversos motivos, cooperan con el gran Adversario para oponerse a Dios y a la obra de Reconciliación. Si debiéramos mencionar, como los primeros de estos opositores, los arrendatarios de casas de prostitución, los vendedores de bebidas alcohólicas, de casas de juegos, los fetichistas, los médiums, los brujos y los sacerdotes, presentaríamos la cosa tal como sería vista, probablemente, por la mayoría de la gente. Pero desde el punto de vista divino que es aquel que nos esforzamos por adoptar, parecería que sea lo contrario, que los que forman la opinión en los países civilizados, y que se oponen a la luz de la Verdad, mientras pretenden servirla, ocupan un lugar de responsabilidad más grande en los ojos de Dios, y son mucho más completamente los instrumentos terrestres de Satanás, y a menudo sin saberlo. —Hechos 3:17.

Esperamos que muchos de los que vinieron en contacto con la luz de la Verdad a través de la Edad Evangélica y ahora en el fin de la Edad, y que se opusieron a ella, lo hicieron en parte por lo menos a causa de su ceguera parcial, así como lo declara el Apóstol a propósito de los que crucificaron a nuestro Señor: “Sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes” (Hechos 3:17). Desde este punto de vista, se nos permite tener alguna esperanza por algunos de los opositores más violentos de la Verdad: evolucionistas, teósofos, espiritistas, científicos cristianos, católicos romanos y protestantes. Tenemos

forzosamente menos esperanza por el futuro de los que han sido iluminados respecto a estos temas por la Verdad presente, pero que, por ambición o por celos, o por orgullo en su deseo de hacerse alguien, se hicieron opositores a la obra del Señor. Ésos caen generalmente en los errores del Universalismo, habiéndose hecho ciegos en cuanto a la presencia del Señor, y hasta tocante al rescate. No nos incumbe juzgarlos, sino tenemos toda razón para temer por ellos, y para observar que, en su caso, se aplica la Escritura que declara: “Es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (Heb. 6:4-6). Nos incumbe conocer el cumplimiento de estos pasajes bíblicos, y no tener ninguna parte en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien condenarlas y detener toda relación con los que no andan según las enseñanzas del Apóstol, y que no guardan la fe dada una vez a los santos, ni su espíritu; porque todos éstos son del lado de Satanás, adversarios del Señor y de su plan cuya *reconciliación*, el *rescate*, forma el centro o el cubo. —2 Ped. 2:21; 2 Tes. 3:6; Judas 3.

Examinando este tema de los ataques, es bueno recordar que las tentaciones de nuestro Señor en el desierto* nos proporcionan la más clara ilustración de todas las tentaciones a las cuales puede estar sometida la Nueva Creación.

ASALTOS DEL ADVERSARIO

Uno de los ataques del Adversario que parece convenir mejor a las aspiraciones de la carne, consiste en el argumento que la Nueva Creación debería encontrarse tanto bajo la protección divina que todos sus intereses materiales deberían ser prósperos. Sin embargo, este razonamiento es aquel del hombre *natural* y no

* Vol. V, p. 110 (en inglés).

encuentra ninguna confirmación en la Palabra de Dios que debe guiar el juicio de la Nueva Criatura. El viejo entendimiento (“mind”) afirma con insistencia que, ciertamente, el parentesco estrecho de la “adopción” y la promesa de una futura coherencia en el Reino, *deben* aportar con ellas bendiciones, protecciones y favores en todos los asuntos temporales. El principal argumento se refiere a la salud: ¿Por qué nuestro cuerpo mortal consagrado debe estar enfermo o debe sufrir? Seguramente no es Dios que quisiera enviar los dolores y los sufrimientos: ellos deben por lo tanto provenir del diablo. Tales son los argumentos, y ¿si ellos vienen de nuestro Adversario, no deberíamos considerar esto como una prueba de la desaprobación divina, tener cuidado allí y orar por ser librados de ellos?

El Adversario, por diversos medios, sugiere estas preguntas hoy con gran persistencia. Él sugiere una respuesta afirmativa de la que mucha gente no sospecha que es debida a su instigación, a saber, que la enfermedad manifestada en el cuerpo de los hijos de Dios es una marca de disfavor de Dios, que hacer uso de medicinas sería la prueba de una falta de fe en Dios, y que hay que, en lugar de esto, recurrir a la oración de la fe; que hasta los Israelitas naturales tenían tales privilegios y se servían de eso, y que de razón más fuerte los Israelitas según el espíritu deberían esperar a Dios para ser curados. Los mormones, los científicos cristianos, los adeptos de la Alianza cristiana y los Dowieitas [adeptos de John Alex Dowie —*Trad.*] emplean todos estos argumentos de manera más persuasiva, para inducir en error y para seducir “si fuere posible, aun a los escogidos”, para desviar su atención de la Verdad.

El hecho es que los intereses verdaderos de las Nuevas Criaturas y sus condiciones e intereses físicos están a menudo en oposición. Hablando de este tema, el profeta David declara: “Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba”. Las Nuevas Criaturas — y no su cuerpo mortal — son los hijos adoptivos de Dios; en realidad, como ya hemos visto, Dios hizo del *sacrificio de la carne* (aun después de que ella fuera justificada) una condición

previa a nuestro engendramiento, o adopción.* Esto no fue el caso para Israel según la carne, cuyos favores físicos y bendiciones temporales, etc. tipificaban los términos y las condiciones que prevalecerán durante la Edad milenaria, cuando el Rey y el Reino antitípico estén manos a la obra. —Éxodo 15:26; Lev. 26:3-15; Deut. 28:1-14.

Al contrario, una parte importante de la prueba de las Nuevas Criaturas concerniente a las cosas terrestres, es que hace falta que ellas “anden por fe y no por vista”. Más aún, ellas deben sufrir la persecución, practicar el renunciamiento de sí, ser consideradas como impostores aunque verídicas, como no teniendo nada aunque (por fe) poseyendo realmente todas las cosas, como insensatas, aunque sabias en realidad en los ojos de Dios. Hasta tal punto que la descripción profética del Maestro debe, en gran medida, ser aplicable a todos los que andan en sus pisadas: “Nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.” El profeta declara: “El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados [como pecadores]”. No olvidemos que nuestra curación, o justificación, precedió nuestra aceptación como miembros del cuerpo de Cristo — como miembros de la Nueva Creación, y que nuestra admisión a este grado superior de filiación y de coherencia fue concedida en la condición especial que “*padezcamos juntamente con él*” o, en otras palabras, que cumplamos “lo que falta de las *aflicciones de Cristo*.” —Isaías 53:4, 5; Rom. 8:17; Col. 1:24.

Es bien verdad que, personalmente, nuestro Señor no tuvo ninguna enfermedad porque era perfecto, pero está escrito sin embargo, que él “pudo compadecerse de nuestras debilidades [del hombre]” y que él mismo “tomó nuestras enfermedades”, las debilidades que se apoderaban de él a medida que “poder salía de él y sanaba a todos.” — Heb. 4:15; Mat. 8:17; Lucas 6:19.

Hace falta que nosotros, como subsacerdotes, nos “compadezcamos” y sentamos simpatía por el mundo del cual seremos pronto los reyes, los sacerdotes y los jueces. Sin embargo,

* “o aceptación” —Edit.

no es necesario ni posible que diéramos ampliamente de nuestra fuerza física, o que tomáramos las debilidades y las enfermedades de los demás, porque todos tenemos algunas experiencias de este género dado que participamos en la caída, porque, según la carne, éramos “hijos de ira, lo mismo que los demás”, participando en las aflicciones de la creación gimiente. Nuestro Señor no gastó su vitalidad a favor de la Iglesia, porque ella (la Iglesia) no podía reconocerse como tal antes de que el sacrificio de nuestro Señor haya sido traído y presentado al Padre, es decir, no antes del Pentecostés. Mientras el Espíritu no hubo descendido sobre los discípulos, era inútil tratar de hablarles de cosas celestes (Juan 3:12; 16:13; 1 Cor. 2:10-12). Es por eso que nuestro Señor gastó en gran parte su energía para hablar en parábolas y en enigmas que debían comprenderse más tarde con la ayuda del Espíritu, pero sobre todo para curar enfermedades físicas y para mostrar así, figurativamente, las obras más grandes y las curaciones más importantes en las cuales se nos permite participar ahora y en el Reino abrir los ojos de la inteligencia [o de la comprensión —*Trad.*], hacer que los que murieron moralmente oigan la voz del Señor y que ellos hasta comiencen la nueva vida ahora. Así, declara el Apóstol, tenemos el privilegio de “poner nuestras vidas por los hermanos”, de cumplir “lo que falta de las aflicciones de Cristo *por su cuerpo*, que es la iglesia.” —1 Juan 3:16; Col. 1:24.

Es menester de no quitar de estas palabras su significado verdadero y pretender que poner nuestra vida por los hermanos no costará ningún sacrificio de vigor físico, y que las “aflicciones de Cristo” no cuestan ningún sufrimiento físico. El cansancio de nuestro Señor, la disminución de su “poder”^{*} (vitalidad) y el hecho de que *se compadeció* con nuestras enfermedades, contradicen toda idea semejante. Es por eso que no debemos esperar a ser favorecidos más que el mundo en nuestros intereses materiales, sino más bien a sufrir *pérdidas* con el fin de que “*padezcamos* con él”. Admitimos francamente tales pérdidas en cuanto al honor entre los hombres, y la prosperidad financiera, en

* Otras versiones: “fuerza”, “virtud” —*Trad.*

ejemplo de nuestro Maestro que aun “se despojó a sí mismo”, y “se hizo pobre” en su voluntad de enriquecer a otros, y los Apóstoles que tuvieron experiencias semejantes y nos muestran el ejemplo. Desde luego, ¿por qué todos no pueden comprender que las “frecuentes enfermedades” de Timoteo, el “aguijón en la carne” de Pablo, y la “enfermedad” de Epafrodita fueron dolores físicos semejantes a aquellos que ahora pueden alcanzar a los fieles del Señor? Es bien verdad que todos estos dolores vienen del diablo, en el sentido que el pecado fue introducido en el mundo por Satanás, y que todos estos dolores son algunos de sus resultados, pero no eran más del diablo que lo eran sus encarcelamientos, sus golpes recibidos, el naufragio y la muerte.

Satanás fue probablemente el instigador indirecto, si no directo, de todos estos sufrimientos físicos que son el lote del hombre. Sin embargo, el Apóstol no estimaba que era desaprobado por Dios en tales experiencias, sino se gloriaba de ellos como formando parte del *sacrificio* que se le concedió hacer, una parte de los sufrimientos que se le concedió aguantar por la causa del Señor, por la causa de la Verdad, y cuanto más estos sufrimientos sobrepasaban los de otros hombres, tanto más se regocijaba y consideraba que su futura gloria sería aumentada por ellos.

Sin embargo, debemos hacer una distinción entre sufrir por *causa de la justicia* y sufrir por haber hecho mal. El Apóstol destaca que muchos sufrimientos causados a personas provienen de la injerencia de estas últimas en los asuntos de otros, y de otras malas acciones; podríamos especificar la glotonería (Fil. 3:19), la falta de dominio propio como dolores que causan sufrimientos que no se puede admitir como sufrimientos por causa de la justicia. Que nadie no se regocije de tales sufrimientos, sino más bien que nos entristecemos de ellos, que roguemos y que ayunemos (que practiquemos el dominio propio). Pero si, según su mejor juicio, la Nueva Criatura ve abrirse providencialmente delante de ella la puerta de una ocasión favorable, que la emprende con celo y con abnegación, y si resulta en dolores físicos que la gente mundana podría considerar como marcas de imprudencias, que no tenga en absoluto vergüenza, sino que glorifique a Dios a causa de tales

aflicciones, que se regocija de ser estimada “digno de *padecer*” por la causa de Cristo.

En realidad, si los dolores nos lleguen que no sean debidos al pecado o al egoísmo, podemos recibirlos con paciencia y acción de gracias; podemos sacar de ellos lecciones de simpatía hacia la creación gimiente y esperanza y confianza en el levantamiento prometido de la maldición en la mañana milenaria. La gracia en el corazón ejerce ciertamente una influencia muy favorable sobre cada una de nuestras funciones orgánicas de la vida; sin embargo, ella no podría (sin intervención milagrosa) reconstituir o reparar nuestro cuerpo mortal. Entonces, Dios no propone ningún milagro de este género, que nos llevara perjuicio haciéndonos andar por vista y no por fe, y atrajera en la Iglesia una clase de personas que Dios no busca ahora. Así como hemos visto, *en lugar de esto*, él nos justifica por la *fe*, nos considera como *completos* dejándonos efectivamente imperfectos como antes. La gracia en el corazón no nos hace insensibles a la influencia del calor y del frío, o del hambre y de la sed, aunque nos dé la paciencia de aguantarlos cuando no se los puede evitar, y de hacerlo confiándonos en los cuidados de nuestro Padre celestial, y en su promesa que *todas* las cosas concurran finalmente juntas a nuestro bien si las recibimos con paciencia y con fe.

¿Implica esto que la Nueva Creación debe aguantar el dolor para manifestar su fe, en lugar de buscar raíces, plantas y bálsamos, así como lo pueden hacer la gente mundana para tratar sus enfermedades? En absoluto. Recordemos y persuadámonos bien que durante esta Edad Evangélica, Dios actúa con sus hijos, no según la carne, sino según la Nueva Criatura. “La carne para nada aprovecha” — de toda manera, la consagramos a la muerte, a la destrucción, y son nuestros intereses como Nuevas Criaturas que constituyen nuestra principal preocupación. Sin embargo, tenemos un privilegio, tocante a nuestro cuerpo mortal, de hacer *lo que podemos razonablemente* para mantenerlo en buen estado, exento de las confusiones de la enfermedad (malestares — falta de gusto), pero considerándolo siempre como nuestro siervo para permitirnos cumplir nuestro pacto de servicio en sacrificio. ¿Tiene hambre, y

exige el alimento y la bebida? Se nos permite satisfacer sus exigencias, en límites razonables, proporcionándolo los alimentos que consideramos aprobados por nuestro Señor, y que nos permitirán cumplir mejor su obra con fidelidad. ¿Tiene frío nuestro cuerpo o se siente mal a gusto? Nos incumbe vestirlo de una manera que consideramos aprobada por el Señor. ¿Se consume de fiebre? ¿O está baldado de dolores? Nos pertenece de reducirnos la fiebre y de aliviar los dolores sirviéndonos de toda medicina que consideramos eficaz, pero sin someternos a médiums curanderos, a científicos cristianos, a hipnotizadores, o a toda persona que hace uso de sortilegios para aplazar los dolores con la ayuda de nuestro Adversario, el cual seduciría así nuestra mente. Las Nuevas Criaturas tienen todos los *privilegios* que posee el hombre natural tocantes a su pobre cuerpo frágil y moribundo. Mucho más, es el *deber* de toda criatura de ocuparse razonablemente de sus cuerpos; este *deber* es aun más grande en el caso de las Nuevas Criaturas, del hecho que su cuerpo ha sido consagrado en sacrificio al Señor — aun hasta la muerte — y porque ellas deben cumplir con él un servicio de sacrificio tan grande como posible.

Algunos se apresurarán a decir: “Sí, yo aplicaría rápido una crema u otro ungüento simple de mi composición sobre una quemadura, o sea ajustaría mi organización ocupándome a mi alimentación, pero no estaría de acuerdo en absoluto de comprar medicinas y ungüentos, o de llamar a un médico”. Pero tales distinciones no tienen sentido. Esto volvería a decir cuando tenemos frío: “Pondré trajes para recalentarme si puedo poseer ovejas, esquilarlos, cardar la lana y tejerla, prepararla y confeccionar los trajes necesarios para protegerme del frío; pero no quiero servirme de trajes hechos por otros, aun si son de cualidad superior o más agradables de llevar.” O de nuevo, si tenemos hambre, ¿vamos a persuadirnos que debemos sembrar, segar, latir, moler trigo y cocer nuestro pan antes de que sea conveniente comerlo? ¿Se nos permite sacar provecho del trabajo y de la habilidad de los granjeros, de los carniceros, de los panaderos y de los sastres para dar los cuidados materiales necesarios para nuestro cuerpo, y de considerar como un pecado el hecho de emplear la

habilidad de un hermano o de un vecino o de un extranjero para aliviar un dolor corporal? Ciertamente que no. Que nadie llegue a comprender que recomendemos el uso de drogas; recomendamos emplear el sentido común. Indudablemente, podemos drogarnos hasta el punto de hacernos un loco o hasta un criminal. Ajustar nuestra organización cuidando nuestra alimentación es más preferible, cada vez que esto sea posible. Leemos en las instrucciones dadas a las Nuevas Criaturas: “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres”, y esto se aplica a la medicina tanto como a la alimentación, etc., etc.

¿Qué hizo Jesús? ¿Y qué fue la línea de conducta de sus apóstoles que siguieron sus pisadas? Respondemos que no hay ningún registro que Jesús o los apóstoles alguna vez curaron a cualquier miembro de la Iglesia. Si se pretende que la curación de los enfermos indicaba la voluntad divina respecto a este tema, respondemos que nuestro modelo es el que curaba y no a los que fueron curados. Nuestro Señor suministró el alimento de la multitud por un milagro; ¿debemos, en consecuencia, esperar a ser alimentados de manera milagrosa? ¡No! Al contrario. Lo mismo que el jefe de la Nueva Creación se negó a servirse del *poder divino* para su bienestar personal, así debemos hacer lo mismo (Mat. 4:2-4; 26:53). Si, cuando él tenía hambre, él enviaba sus discípulos a comprar pan y si, cuando estaba cansado, se sentaba en el brocal de un pozo o en otra parte, y si la pérdida o el sacrificio de su vitalidad le “tocaba”, sin embargo él nunca oró por ser librado de estos dolores naturales, sino los aguantaba con toda el alma como formando parte de su sacrificio; debemos hacer lo mismo.

Mucho más: nuestro Señor nos da a entender que hubiera sido para él un abuso culpable de poder, si se había servido de la ayuda del Espíritu Santo para subvenir tales necesidades materiales, porque se le había confiado para otro uso. Apelar al poder divino para fortificarse o protegerse de todo ataque del proceso de la muerte habría sido un pecado, *porque* había concluido un pacto de sacrificio, y porque toda súplica para atenuar los efectos habría significado una “regresión”. “Si [alguien] retrocediere, no agraderá

a mi alma.” —Heb. 10:38; Mat. 26:53.

Las condiciones son exactamente las mismas para la Iglesia, porque seguimos a nuestro Jefe. En lo que nos concierne, si apeláramos a la *ayuda divina* a favor de nuestro cuerpo mortal que consagramos hasta la muerte, habría que contravenir nuestro pacto por el cual abandonamos todas nuestras ventajas y derechos terrestres, como hombres (en los privilegios de la restauración comprados por la sangre preciosa) a cambio del privilegio de correr, como Nuevas Criaturas, la carrera por el gran premio de “gloria, honra e inmortalidad”. Reclamar lo que abandonamos implica que deseamos renunciar el sacrificio, anular el pacto y abandonar nuestra herencia como Nuevas Criaturas. Para ciertas personas, esta manera de considerar la oración para obtener cosas terrestres será nueva, y algunas de ellas sentirán sin duda un choque creyendo que ellas mismas practicaron inconscientemente esta manera de orar, y que Dios las atendió. ¿Podemos decir que así han sido rechazadas de la carrera por el premio? No pensamos que sí. Creemos que a ejemplo de un padre (o de una madre) terrestre que sería paciente con respecto a su hijo ignorante, el Señor es paciente con respecto a su pueblo disculpando sus errores involuntarios y teniendo en cuenta la intención en lugar de las palabras. Y lo mismo que un padre (o una madre) accede a veces a la petición irrazonable de su hijo, también creemos que el Señor respondió a menudo a la fe de su pueblo aun torpemente ejercida. Sin embargo, el caso se hace diferente con nuestro crecimiento en gracia y en conocimiento; porque sería entonces un pecado y esto podría significar una retirada del favor divino — un rechazo del pacto.

“LA ORACIÓN DE FE SALVARÁ AL ENFERMO”

— Santiago 5:14-16—

Este pasaje y el de Marcos 16:17, 18, se utilizan como textos de apoyo para demostrar que, según la voluntad divina, la Nueva Creación debería confiar en el poder divino para la curación de las enfermedades. En cuanto al pasaje en Marcos, no hay razón para

parar, porque no existe en los MSS griegos más antiguos; por lo tanto, hay que considerarlo como una interpolación hecha aproximadamente en el quinto siglo.

En cuanto al texto de Santiago, es evidente, según el versículo dieciséis, que la enfermedad bajo cuestión se reconoce como un castigo por pecados cometidos — no una enfermedad benigna, sino seria, necesitando la convocatoria de los ancianos de la *Ecclesia*. Esto parece implicar que el pecado “se acostaba tan cerca de la puerta” que el pecador enfermo se sentía como prácticamente suprimido de la comunión con Dios. En tales circunstancias, deberíamos esperar que los *pecados fueran confesados y que se debiera orar para ser perdonado de ellos*; y es exactamente lo que leemos en el relato: “La oración de fe salvará al enfermo [de la condena que le azotaba] y el Señor lo levantará [a la salud — la restauración que es un signo del perdón del pecado]; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.” —Véase el versículo 15.

**“SI SATANÁS ECHA FUERA A SATANÁS”, SU REINO NO
PUEDE SUBSISTIR
— Mat. 12:26—**

Cuando los Fariseos, en el primer advenimiento de nuestro Señor, le acusaron de echar fuera los demonios por un poder satánico, su respuesta expresó claramente que tal acción por parte de Satanás era posible, pero que no debía considerarse como probable, y que si esto debiera haber tenido lugar, sería una prueba de que su poder estaba en descenso, que él estaba en aprietos, y que había sido reducido a este último recurso más bien que aflojar su abrazo sobre sus engañados. No estamos a favor de rechazar todas las curaciones y todos los milagros como algo que viene de Satanás, sino aconsejamos examinar de cerca a toda persona o toda organización que procura establecerse por milagros. La Nueva Creación debería recordar la directiva inspirada: “Probad los espíritus [para ver] si son de Dios” — o de Satanás. Probadlos y actuad con ellos en consecuencia. —1 Juan 4:1.

Es justo, a propósito de esta búsqueda, recordar que los milagros sirvieron, al principio de esta Edad, para establecer la Iglesia, pero que no se puede desear tal fin ahora ya que la Iglesia está establecida desde hace cerca de diecinueve siglos y que está a punto de ser completada. Así, es bueno tener en mente que el Apóstol inspirado designaba nuestro fin de la Edad cuando mostraba que Satanás mismo se transformaría en ángel de luz (un mensajero de paz, de salud y de ciencia tan falsamente nombrada) con todas las sutilezas del error. El Apóstol aun implica que Dios quiere permitir que esta conducta tenga cierto éxito, para seducir en la tierra todos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero. Él declara: “Por esto Dios les envía un *poder engañoso*, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”. Hay que esperar en este momento “toda suerte de poderes y señales y prodigios mentirosos” que deben servir de pruebas en este tiempo de la “cosecha” de la Edad (2 Tes. 2:9-12). No olvidemos tampoco las palabras de nuestro Señor: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos [predicamos] *en tu nombre*, y *en tu nombre* echamos fuera demonios, y *en tu nombre* hicimos muchos milagros [curaciones]? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí*; apartaos de mí, hacedores de maldad.” —Mat. 7:22, 23.

Es seguramente tiempo que todos cuyos ojos de la comprensión han estado abiertos y que se dan cuenta de que vivimos en el fin de la Edad donde se debería esperar que todas estas predicciones se cumplan, estén sobre aviso para poder identificarlos en las enseñanzas seductoras y en las obras milagrosas que se manifiestan por todos lados a través de la cristiandad.

Pero, ¿cómo podemos tener la certeza que todas estas obras son engaños de Satanás? ¿Que ninguna de ellas viene de Dios? Respondemos por la palabra inspirada: “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20). Diversas son sus digresiones de (“from”) la Palabra — algunas en una dirección, algunas en otra dirección. Podemos ver rápidamente que la

mayoría de ellas son apócrifas observando que están en desacuerdo con la doctrina fundamental del Evangelio, a saber: el *rescate*. Ellos pueden pretender no negar el rescate, aun pueden pretender que ellos creen en la necesidad y en la eficacia de la gran ofrenda por el pecado acabada en el Calvario, como el rescate y la base de todo perdón de los pecados y de la reconciliación con el Padre. Sin embargo, este esfuerzo para seducir no confundirá por mucho tiempo a los que recuerdan que el término griego vertido por rescate es *anti-lutron* y que significa “*un precio correspondiente*”. Esta piedra de toque de la Verdad divina mostrará rápidamente que la evolución rechaza la caída y toda necesidad de redención por esta caída. Ella condena prontamente la ciencia cristiana como algo totalmente no cristiano en que niega el pecado, la muerte y todo mal, aseverando que son ilusiones mentales. Ella condena la teoría según la cual Dios fue el instigador, el autor del pecado y de la maldad, mostrando que siempre se opuso al pecado y que tiene, en vías de ejecución, un plan para liberar al hombre de su esclavitud gracias a la *redención*, de la cual se verá pronto sus frutos en los “*tiempos de la restauración.*”

Pero, ¿qué diremos de los que blasfeman contra el santo nombre de Dios enseñando doctrinas de demonios según las cuales una eternidad de tormento espera la gran parte de los humanos vivos, y ya es la suerte de la gran mayoría de los 50 mil millones que las Escrituras declaran, al contrario, estar “en sus sepulcros”, esperando la bendición prometida de todas las familias de la tierra? Si tales personas obran curaciones “*en mi nombre*”, ¿debemos considerar que el Señor ahora apruebe sus doctrinas falsas? No lo podemos, ahora que la aurora milenaria está apareciendo, y que con ella, toda excusa para tales tinieblas espesas está desapareciendo. Podemos admitir sólo que tales personas forman parte de aquellas a las cuales escribía el Apóstol: “Mas vosotros, hermanos, *no estáis en tinieblas*, para que aquel día os sorprenda como ladrón”. Importa poco que con sus “*prodigios*”, ellas pretenden tener fe en Cristo su Rey que viene pronto. Si ellas tienen tales doctrinas de demonios en la boca y en el corazón, debemos concluir que sus curaciones por fe y sus prodigios son

obras del diablo con mucha razón tanto como lo son las curaciones similares obradas por el espiritismo, la ciencia cristiana, el mormonismo, etc.

Sin embargo, dice alguien, ¿suponga que los adeptos de estas doctrinas falsas dan pruebas de un gran celo enviando a misioneros hacia los paganos? Respondemos que esto no debe modificar nuestro punto de vista general acerca del *movimiento* tomado en su conjunto (admitimos con mucho gusto, y aun esperamos sinceramente que algunos “atrapados”, “engañados” por este movimiento, son verdaderos hijos de Dios que él librará de esta parte de la Babilonia mística). Recordemos cómo nuestro Señor consideró los esfuerzos celosos de los misioneros de su tiempo. Él dijo a los Fariseos (al “pueblo santo” de esta época y de esta nación): “Recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno [la gehena — la Segunda Muerte] que vosotros” (Mat. 23:15). ¿Qué ventaja pueden sacar bien los paganos de las *doctrinas falsas* del Adversario que se les dio? El pequeño número de entre ellos que se pueda alcanzar tendrá tanto que desaprender cuando comiencen los tiempos de la restauración. Es así de verdad hoy como lo era en el primer advenimiento que “sois esclavos de aquel a quien obedecéis”. También, Satanás ejerce seguramente una gran actividad en las iglesias nominales de la cristiandad, y especialmente en sus púlpitos. No es asombroso que los sumos sacerdotes, los escribas y los doctores en teología de hoy odien la Verdad, odien la luz y la combatan de todas las maneras posibles.” “Salid de ella [Babilonia], *pueblo mío*, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” —Apoc. 18:4.

Satanás está reducido exactamente a la situación muy crítica descrita en las palabras de nuestro Señor citadas más arriba (Mat. 12:26). El levantamiento del velo de la ignorancia (el aumento general del conocimiento respecto a todos los temas) hace imposible el empleo de las supersticiones como en otro tiempo. Hay que introducir nuevas ilusiones, si no la gente obtendría la Verdad y escaparía de Satanás. Él está muy atareado “como un ángel de luz”, como el propagador de la Evolución para algunos,

como misionero del tormento eterno, de malas noticias, para los paganos, como un Elías proclamándose como el que restablecerá la humanidad, como un Científico (?) persuadiendo a la gente de negar la realidad de sus dolores y de sus sufrimientos, y recompensando su mentira curándoles de una indisposición física mientras les hace incapaces, al corromper la verdad, de discernir en lo sucesivo la Verdad de la mentira. Es posible que Satanás crea que está teniendo éxito, pero según la palabra de nuestro Señor, su casa va a caer pronto, y esta necesidad para él de desempeñar el papel de reformador y de buen médico es una prueba de que la caída está cerca. ¡Gracias a Dios, el tiempo viene en que él será “atado” totalmente, “restringido”, con el fin de que no pueda “engañar más a las naciones!” —Apoc. 20:3.

AMAD LA JUSTICIA — ODIAD LA INIQUIDAD

Si queremos comprender la filosofía de las relaciones de Dios con la Nueva Creación actualmente, no debemos olvidar que, según la intención divina, todos los que quisieran ser perfectos sobre este divino plano de existencia estarán, no sólo bien intencionados, en el sentido de preferir el bien al mal, sino que en más, gracias a una gran experiencia, ellos comprenderán claramente y apreciarán perfectamente las satisfacciones y las ventajas de hacer el bien y la confusión y los inconvenientes de hacer el mal. Es por esta razón que esta Nueva Creación está sometida a pruebas y a exámenes particulares, más marcados en toda manera que aquellos a los cuales han estado sometidos los ángeles, más marcados también que aquellos a los cuales estará sometido el género humano en el día de su juicio, durante la Edad milenaria. Por lo que sepamos nosotros, los santos ángeles nunca sufrieron ningún examen particular antes de la rebelión de Satanás y su tentativa ambiciosa de usurpar la gobernación de la tierra; pero tenemos toda razón para suponer que su caída en el pecado y la caída de la humanidad que resultó, llegaron a ser la ocasión de probar, no sólo a los ángeles que no conservaron su primer estado y se hicieron demonios, sino que también fue una prueba de todos

los santos ángeles. Su fe en el poder de Jehová debió haber sido puesta a prueba por el hecho de que vieron el desarrollo del mal y la insuficiencia aparente del poder de Dios de frenarlo y de destruirlo. Viendo esto, cada uno de los ángeles y todos deben haber sido tentados, o probados, por el pensamiento que ellos también podían pecar impunemente; el hecho que ellos permanecieron fieles al Señor prueba que su corazón estaba en buena condición de humildad y de obediencia a los principios de la justicia. Ellos ya asisten al desarrollo grandioso del plan divino a través de Cristo, y dentro de poco, encontrarán que su confianza en la sabiduría, el amor, la justicia y el poder de Jehová es más que justificada por la consumación magnífica de su plan mediante Cristo Jesús y la Iglesia glorificada.

Sin embargo, esta prueba de los santos ángeles no fue, en ciertos aspectos, tan crucial que lo fue aquella de las Nuevas Criaturas en Cristo Jesús, en contacto continuo con la imperfección humana, las pruebas de fe, de paciencia, de amor y de celo, aun hasta la muerte. De manera análoga, la prueba del mundo durante la Edad milenaria, siendo crucial y completa, demostrando de manera absoluta los que son y los que no son totalmente fieles de corazón al Señor y a los principios de la justicia [o rectitud: “righteousness” —*Trad.*] será sin embargo diferente de las pruebas de la Iglesia en la Edad actual, porque, para los humanos, todas las cosas serán favorables a una plena y justa apreciación de la rectitud y de la obediencia a su regla. Al contrario, en el tiempo presente, la Nueva Criatura encuentra, como lo declaraba el Apóstol, que “todos los que quieren vivir piadosamente” sufrirán. Este consentimiento a sufrir por causa de la fidelidad al Señor, a los principios de su gobierno, y la fe que esto implica, es aceptable por Dios como pruebas de un carácter excepcional. Durante la Edad actual, Dios actúa con las Nuevas Criaturas con vistas a perfeccionar este carácter en la santidad, hasta el mismo punto más elevado, hasta el punto de sufrir alegremente inconvenientes por la causa del Señor y por la de la Verdad; sí, de procurar servir la Verdad por el precio de los gustos, honores, tratamientos y, aun, de la vida.

Es porque esta filosofía del plan divino no se discierne claramente que tanta gente está en confusión tocante a los tratos providenciales de Dios con el “rebaño pequeño”. Ellos no comprenden que, lo mismo que los procedimientos especiales de calentamiento y de enfriamiento son necesarios para templar la herramienta de acero fino, así, pruebas ardientes especiales y experiencias de enfriamiento son necesarias para la preparación de los que el Señor tiene la intención de emplear dentro de poco como sus representantes e instrumentos especiales en la gran obra de la restauración del hombre, etc. El mal nunca es bueno y Dios nunca es el autor del mal moral, del pecado, en ningún sentido ni de ningún grado. Sin embargo, su sabiduría y su poder son tales que es capaz de dominar sus efectos para hacerlo salir del bien. Así como hemos visto, por ejemplo, Dios no hizo pecar a Satanás. Él lo creó perfecto, recto, puro, y una de las mismas bendiciones que le concedió fue la de la libertad de voluntad. Es la libertad de voluntad que, ejercida contrariamente al orden divino, hizo de este ángel, santo anteriormente, un adversario: Satanás. El Todopoderoso habría podido destruir a su adversario inmediatamente, pero previó las lecciones más grandes de experiencia que podían resultar de eso, no sólo para los ángeles, sino que para la humanidad, concernientes al bien y al mal, por la contaminación ejercida por este último y el fruto amargo que produce. Lo mismo ocurre con el pecado en el seno de la humanidad: Dios era perfectamente capaz de arrancarlo en cualquier momento, como lo hará finalmente, pero por el momento, su sabiduría previó cómo la cólera del hombre podría tornarse en su glorificación. Desde entonces, los hijos de Dios no necesitan sentir temor por el triunfo final del Señor sobre los pecadores y sobre el pecado en todos los sentidos de este término. Ellos pueden tener confianza que ni el conspirador astuto, ni ninguno de sus discípulos más o menos voluntarios o más o menos engañados en el camino del mal, puedan adquirir la maestría final. El plan de Dios ya está tan avanzado que hace conocer el fin del gran misterio concerniente al permiso concedido por un tiempo al triunfo del pecado y de los pecadores y al éxito de su oposición al Señor y a

sus fieles.

No nos olvidemos de observar que, si todas las enfermedades y la muerte en el mundo pueden ser más o menos directamente imputadas al gran Adversario que introdujo el pecado en la mente (“mind”) del hombre para su mancha y su decaimiento, sin embargo, en cuanto al mundo tanto como la Nueva Creación, Dios dirige, para instruir y educar al hombre, los diversos elementos de la maldición que se cayó sobre la raza a causa del pecado. En cuanto al mundo, en un sentido general por lo menos, toda la creación gimiente está aprendiendo cuán depravado y poco deseable es el pecado; en cuanto a la Iglesia, la Nueva Creación, el permiso que se le concede de participar en los sufrimientos de Cristo comprende e implica una participación en los sufrimientos comunes del resto de la humanidad. En el caso de nuestro Señor, se nos informa particularmente que era útil que, para ser el Sumo Sacerdote de la humanidad, se compadeciera de nuestras debilidades, y esto también debe ser verdad para cada uno de los miembros del cuerpo de este Sacerdote, tanto como para la Cabeza, el Señor. No habrá seguramente un solo miembro de todo el cuerpo de Cristo que no sea compasivo. Todos habrán sido tocados por la experiencia y sabrán plenamente cómo simpatizar con el pobre mundo cuando haya venido el tiempo de su restauración por juicios, por obediencia en las pruebas, las pruebas y las correcciones de la futura Edad. Nuestro Señor, que era perfecto en la carne, y que, por consiguiente, no habría podido así compadecerse si no hubiera gastado su vitalidad para curar a los enfermos, sintió entre aquellos que curaba un sentido de su debilidad y de su sufrimiento en lugar de vitalidad; así como está escrito: “El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mat. 8:17). Los que son llamados para formar parte del cuerpo de Cristo tienen generalmente poca vitalidad a gastar de manera milagrosa, pero al compartir las experiencias comunes con el mundo, en conexión con su propia organización humana imperfecta, ellos también pueden compadecerse de las debilidades de la raza, lo que les permite simpatizar plenamente en la angustia general.

Veremos de esto, que no compartimos en absoluto la idea

avanzada por algunos, según la cual el cuerpo de Cristo debería esperar a ser eximido de las pruebas y de las dificultades del mundo, físicas, sociales y financieras. Es verdad que esto fue el caso para los israelitas típicos. Si ellos permanecieran fieles al Señor y a su Ley, su recompensa consistiría en ser salvos de los sufrimientos, de las pruebas, etc. pero para la Nueva Creación, es completamente lo contrario, porque sus miembros no son Israelitas según la carne, sino según el espíritu: ellos forman parte de la simiente espiritual de Abrahán. Los antitipos de las bendiciones de Israel son espirituales. Toda cosa concurre junta para su bien espiritual. Las bendiciones de Dios se les garantizan siempre y cuando que permanezcan en la fe y en la obediencia a Cristo, de modo que nada malo puede alcanzarles en el lugar secreto donde viven, protegidos contra todo lo que pudiera perjudicarles. Sin embargo, la apreciación que ellos tienen de este parentesco espiritual está puesta a prueba continuamente con el fin de mostrar si colocan lo espiritual por encima de lo natural, con el fin de que puedan gozar más abundantemente de lo espiritual y, finalmente, hacerse perfectos como Nuevas Criaturas cuando se hayan acabado plenamente los sacrificios terrestres.

Cuando, por lo tanto, las Nuevas Criaturas en Cristo Jesús encuentran que tienen numerosas pruebas ardientes, cualquiera que pueda ser la causa, ellas deben aceptarlas como pruebas de su fidelidad, como pruebas de que Dios las considera como “hijos” y de que son puestas a prueba conforme a su relación de pacto, con el fin de que puedan ser adaptadas y preparadas para la perfección de espíritu y las glorias venideras. Si, por consiguiente, el Señor permite que calamidades caigan sobre ellas, que estas desgracias no se consideren bajo el mismo ángulo que si se cayeran sobre el mundo. Éste, bajo la sentencia divina de muerte, está sujeto a diversos accidentes y cambios, con los cuales el Señor no tiene absolutamente nada que hacer; así lo explicaba nuestro Señor cuando habló de los dieciocho sobre los cuales había caído la torre de Siloé y de aquellos cuya sangre Pilato había mezclado con la de los sacrificios; no debían, declaró nuestro Señor, considerarse como habiendo pecado más que otros y como estando bajo la

reprobación divina (Lucas 13:1-5). Dios deja actuar la cólera de los hombres y de Satanás, hasta ciertos límites, en contacto con el mundo de los humanos, pero en cuanto a su Iglesia elegida, el asunto es diferente. Nada de lo que le llega es accidental. “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos”. Ni siquiera un cabello de su cabeza puede caer sin que él lo observe (Sal. 116:15; Mat. 10:30). Así como declaró nuestro Señor a Pilato que le preguntaba: “¿No sabes que tengo autoridad?” — “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Juan 19:10, 11). Y esto también es verdad de cada miembro del cuerpo de Cristo, a partir del momento en que ha sido engendrado como Nueva Criatura. Sí, tenemos toda razón para creer que, en cierta medida, la providencia divina aun se extiende más allá de las Nuevas Criaturas, a aquellos cuya vida e intereses están vinculados estrechamente con los suyos. Si, por lo tanto, las Nuevas Criaturas experimentan pruebas ardientes, no deben encontrar esto extraordinario, como si algo extraño les llegara, sino deben saber que pruebas análogas fueron el lote de todos los miembros del cuerpo de Cristo desde la Cabeza hasta abajo, y que continuarán a serlo hasta que los últimos miembros que formarán los “pies” hayan sido puestos a prueba, pulidos, aceptados, glorificados. Si por lo tanto estas pruebas se presentan bajo la forma de oposiciones y de persecuciones en el hogar, o por parte de antiguos amigos o vecinos, o gente de la iglesia nominal, o aun bajo la forma de desastre financiero y de pobreza, o bajo la forma de enfermedad, de sufrimientos, de accidente físico, etc., es lo mismo, los hijos del Señor deben estar contentos, conscientes del amor y de los cuidados providenciales del Padre tocantes a todos sus intereses. Tener tal confianza forma parte de la prueba de la fe. Tener la seguridad del Señor que somos sus hijos y sus herederos, que él vela por nosotros, y que al mismo tiempo se permite que suframos tribulaciones, constituye una prueba importante de fe para aquellos a los cuales se pide andar por fe y no por vista si quieren ser aceptados finalmente como vencedores. Recibamos por lo tanto con confianza, amor y esperanza, todos los beneficios o todas las dificultades que la providencia del Señor puede enviarnos,

y aprovechemos de eso para sacar de ellos las lecciones que comprenden.

Esta comprensión justa del cuidado que Dios tiene por todos los intereses de la vida, terrestres tanto como celestes, no debería conducirnos a la indiferencia tocante a nuestros asuntos temporales. Al contrario, debemos recordar que somos los intendentos de privilegios, de ocasiones favorables y de responsabilidades, hasta el punto de vista que son sociales, pecuniarios, y concernientes a nuestra salud. Pues, es nuestro deber hacer lo que podemos para reparar toda brecha social que se puede producir. Debemos ser amables y tener consideración por otros, debemos explicarnos, y hacer razonablemente todo lo que está en nuestro poder para evitar toda mala comprensión de nuestros móviles y nuestras intenciones. Debemos procurar prudentemente evitar todo lo que pudiera parecer como supersticioso y fanático; recomendaremos así nuestro Dios, su carácter, su libro y su Iglesia a otros. Es de esta manera que debemos dejar brillar nuestra luz. En las cuestiones pecuniarias, debemos ser prudentes y económicos, y no ser perezosos en nuestros asuntos, exactamente como si no tuviéramos Dios, como si todo dependiera de nuestros propios esfuerzos; sin embargo, en nuestro corazón y cuando hablamos de eso en la familia de la fe, debemos ser penetrados por nuestra confianza en el Señor, y proclamarlo, y esto porque pertenecemos a él y porque todos nuestros intereses están bajo su vigilante protección. Si pues, a pesar de la sabiduría y la prudencia, etc. que ejercemos de nuestro mejor, resulta una pobreza o pérdidas de dinero, debemos considerar que nuestro Padre celestial vio que tales experiencias serían mejores para nosotros, como Nuevas Criaturas, que no lo sería una prosperidad más grande. Debemos admitir la vigilancia bendita que él asegura para nuestros asuntos, cualesquiera que sean sus instrucciones y nuestras experiencias. Lo mismo ocurre en cuanto a nuestra salud: si estamos azotados por la enfermedad, el cuidado que debemos a nuestro cuerpo mortal exige que empleemos toda la energía necesaria para aplicar los remedios en la medida de nuestro conocimiento y de nuestro juicio. Si los esfuerzos sean coronados

de éxito, nuestros sentimientos de gratitud deberían ir al Señor, y no simplemente a la medicina. Si los esfuerzos sean vanos, no debemos dudar de su poder, sino más bien esperar otra bendición en contacto con las pruebas que aguantamos. En realidad, para cada desamparo o calamidad, las Nuevas Criaturas, esforzándose con diligencia de remediarlo, deberían elevar su corazón al Señor, en confianza y en esperanza, deseando entender qué lección pueden aprender de sus experiencias, y si estas lecciones implican un castigo por malas acciones o la vara y el cayado destinados a hacer volver las ovejas de la mala dirección en la cual se habían extraviado, lejos de las pisadas del Pastor. “Tu vara y tu cayado me infundirán aliento”. La alegría, la paz y el consuelo del pueblo del Señor no dependen simplemente de un mínimo de salud, de una prosperidad pecuniaria y social; pero los hijos de Dios pueden regocijarse en la paz de Dios en todas las circunstancias y en todas las condiciones y hacerse capaces de regocijarse con toda el alma tanto bajo la vara como bajo el cayado del Pastor. Muchas Nuevas Criaturas pueden decir con el profeta de antaño: “Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba” [Sal. 119:67]. Muchas de ellas han aprendido que las aflicciones se acompañan grandes bendiciones.

Está escrito proféticamente de la Iglesia y del cuidado que el Señor tiene por ella: “El que sana todas tus dolencias” (Sal. 103:3). Toda tentativa de aplicar esto a las condiciones físicas de la Iglesia del Evangelio debe ser necesariamente defectuosa y fútil. ¿Quién ignora que desde la Cabeza (Jefe) de la Iglesia hasta los últimos miembros de los “pies”, no agradó al Señor curar sus enfermedades físicas? ¿Quién no sabe que muchos, muchos santos murieron de enfermedades físicas? Según la ciencia médica, nuestro amado Redentor, aunque físicamente perfecto, fue azotado por una enfermedad conocida a los sabios, cuando en Getsemaní, sudó gotas de sangre. Según la misma ciencia, y en pleno acuerdo con los hechos, el que era perfecto en la carne murió de una enfermedad, la ruptura del corazón, más rápido que los dos malhechores crucificados con él. ¿Quién no sabe que, hasta su muerte, el apóstol Pablo llevó un “aguijón en la carne”, y que el

Señor se negó a quitárselo, dándole palabra que al aguantarlo con paciencia una bendición de gracia más que compensadora se le concedería? ¿Quién ignora que a través de toda la Edad, muchos de los santos más nobles de Dios sufrieron de enfermedades y que, lejos de ser curados y hechos perfectos, ellos murieron? Aplicar el texto examinado a las enfermedades físicas, sería por lo tanto inconsecuente con las Escrituras, pero aplicarlo como profecía a la condición espiritual de la Nueva Criatura es muy apropiado verdaderamente. Las Nuevas Criaturas deben luchar contra las indisposiciones espirituales, las enfermedades espirituales, y este texto nos autoriza para esperar que cada una de estas enfermedades pueda ser tan completamente curada por el Bálsamo de Galaad, tan aliviada por las “preciosas y grandísimas promesas” de la Palabra de Dios, tan compensada por la paz y la alegría que el hombre no puede dar ni quitar, que la enfermedad del corazón (la inquietud) no puede imponerse en lo sucesivo allí donde moran y reinan el amor, la alegría y la paz del Espíritu Santo.

MARCOS 16:9-20 ES APÓCRIFO

Todos los eruditos admiten que estos versículos son una interpolación. No los encontramos en ninguno de los manuscritos (MSS) griegos más antiguos y no son auténticos ciertamente. No es verdad que todos los que creen en el Señor Jesús pueden beber venenos, tocar serpientes venenosas, afrontar enfermedades contagiosas, etc. sin sentir los efectos; ellos tampoco poseyeron todo el poder de curar enfermedades ni de echar fuera los demonios. Se observará que el pasaje no figura ni en la Versión Revisada ni en ciertas versiones modernas.* Es por eso que aceptarlo o citarlo como Escritura sería añadir a la Palabra de Dios y aumentar la confusión general acerca de un tema importante.

El pensamiento que el pueblo del Señor pueda ser

* Véase, por ejemplo, las notas marginales en las siguientes versiones castellanas: Versión Moderna, Versión Popular, Biblia de las Américas, Reina Valera 1995, Nueva Versión Internacional, Nueva Traducción Viviente. —*Trad.*

especialmente favorecido en cuanto a la salud física y en cuanto a otras ventajas de la criatura (y esto, más que el mundo) es una ilusión y una trampa, y contrario a todo lo que puede esperar con razón la Nueva Creación, como ya hemos demostrado. El Señor y los apóstoles fueron los modelos de la Iglesia, y en lugar de esperar a ser exentos de las dificultades generales que asaltan la creación gimiente, tuvieron parte en estas aflicciones — a causa de su consagración — con el fin de que pudieran compadecerse con las debilidades humanas. Nuestro Señor rechazó, como una tentación del Adversario, la sugerencia de servirse del poder divino para mitigar su hambre durante sus cuarenta días de ayuno en el desierto (Mat. 4:3, 4). Cansado, descansó cerca del pozo de Samaria mientras sus discípulos habían ido a buscar alimento, cuando él podría haber pedido el poder divino para restablecer su vigor (Juan 4:6). En estos ejemplos, el alimento era el remedio conveniente a los sufrimientos del hambre, y el descanso el remedio conveniente para el cansancio de su cuerpo, y nuestro Señor se sirvió de estos remedios. No se nos informa que él hubiera tenido cualquier enfermedad crónica, pero no dudamos que hubiera hecho uso de toda raíz, o de toda planta medicinal u otros remedios tan libremente como empleaba el alimento y el descanso. La tensión nerviosa que provocó las gotas de sangre en el sudor, y el malestar final de la ruptura del corazón se produjeron al fin de su ministerio. Él sabía que su hora había venido. El que había rehusado de apelar al poder celestial para obtener la protección de los ángeles (Mat. 26:53) que había rehusado de invocar el mismo poder para satisfacer su hambre o aliviar su cansancio, tuvo sin embargo la libertad más completa de apelar a estas potestades a favor de sus discípulos, como por ejemplo cuando él alimentó las multitudes, apaciguó la tempestad y suministró el pago de los impuestos. —Mat. 14:15-21; Marcos 4:36-41; Mat. 17:24-27.

Encontramos de manera semejante que los apóstoles no usaron privilegios especiales y bendiciones especiales que poseían para aliviar sus dolores y sus necesidades temporales. Es verdad que no tenemos ningún informe de la enfermedad de cualquiera de los doce excepto Pablo cuyos ojos fueron debilitados (Hechos 9:8,

18; Gál. 4:15; 6:11). No complació al Señor aliviarle, aun después de haber sido solicitado por eso. El Señor le aseguró que esta debilidad que se hizo un mensajero de Satanás para azotarle, poner a prueba su paciencia, su humildad, etc. sería más que compensada por la “gracia suficiente” del Señor (2 Cor. 12:7-9). La fe del Apóstol y su confianza en el Señor han sido una fuente de consuelo para todos en el camino angosto desde aquel tiempo hasta ahora, y sin embargo, en contra de algunos de éstos, él nunca fue al Señor para pedirle cosas buenas temporales, dinero, casas, tierras, alimento, trajes, etc. Sabemos por él mismo, que estuvo necesitado a veces, y que entonces trabajaba, confeccionando con sus manos velas y tiendas. Algunos, mucho menos santos que él, y mucho menos en comunión con el Señor, habrían despreciado no sólo una ocupación tan humilde, sino que rechazaría todo trabajo, procurar hacer lo que ellos llaman “vivir por fe”, es decir, vivir sin trabajar, cosa que el mismo Apóstol desapruueba muy enérgicamente, diciendo: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”. “El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad” (Ef. 4:28; 2 Tes. 3:10). Buen número de los que creen sin razón que deben vivir por fe, según la voluntad divina, mientras que otros viven por su trabajo y les mantienen, a menudo tienen la audacia de orar por obtener dinero, alimento, trajes, etc. que no quieren suministrar por el trabajo. No queremos decir que todas estas personas son malas; creemos que algunos del pueblo del Señor están en esta mala disposición de espíritu a causa de enseñanzas falsas y de la mala comprensión de la manera de actuar de Dios y del carácter de su llamamiento. No discutimos tampoco que el Señor oiga a veces las oraciones de éstos y responda a ellas, aun cuando estas oraciones no están en acuerdo completo con la voluntad divina. Creemos que la conducta conveniente para las Nuevas Criaturas — la que agrada al Señor, es la que sigue más directamente y más particularmente las instrucciones y las aplicaciones prácticas de nuestro Señor y de los apóstoles. El hecho de considerarse como Nuevas Criaturas implica que han admitido que las bendiciones terrestres pertenecen con razón al

hombre natural de acuerdo con su Creador, y que se consideran como las que pertenecen a los creyentes justificados delante de Dios por la fe en Cristo; ellas también han admitido que estos derechos humanos, que han ofrecido, consagrado, dedicado, depositado en el altar, a cambio de las bendiciones y privilegios celestes, espirituales y más elevados de la Nueva Creación, a los cuales los creyentes son llamados durante esta Edad Evangélica. Entonces, si estos derechos terrestres han sido consagrados así al Señor, a cambio de privilegios, de esperanzas, etc. de orden espiritual, ¿en virtud de qué razonamiento podrían pedir las Nuevas Criaturas, para no decir “exigir”, estas bendiciones terrestres ya consagradas, o depositadas? Es una cosa de pedir al Señor las bendiciones temporales para nosotros, según lo que juzga oportuno en su sabiduría, y otra cosa totalmente diferente de pedir bendiciones para otros, incluso nuestros queridos según la carne y no según el espíritu. Sin embargo, en todas nuestras peticiones, deberíamos reconocer que el amor y la sabiduría del Señor son superiores a los nuestros, y no sólo deberíamos darnos cuenta de que, en toda cosa, nuestra voluntad debe estar sometida a la suya, sino que deberíamos expresársela en tales súplicas. Hace falta que la Nueva Criatura, rectamente instruida por la Palabra de Dios, y apreciando su espíritu, estime sus intereses espirituales bien por encima de su bienestar temporal, y que ella desee firmemente y desee como experiencias en la carne sólo los que le serían las más provechosas para el desarrollo de la nueva naturaleza y su preparación para el Reino. El Nuevo Testamento trata más de las experiencias del Apóstol escogido por el Señor para reemplazar a Judas, que de las de todos los demás juntos. Él comienza a relatarlas desde el momento en que Pablo aceptó a Cristo en camino a Damasco. Examinando con cuidado sus diversas experiencias, discernimos que ejerciendo el don de milagros que la Iglesia poseía entonces, se sirvió de eso en numerosos casos a favor de los que venían a la Verdad. Sin embargo, en la medida en que lo relatan las Escrituras, él nunca empleó este poder de curación a su propio provecho, ni a ninguno de los que se nos presentan como santos, los plenamente consagrados. Entonces, no

era porque los santos de esta época eran exentos de enfermedades: al contrario, sabemos que Timoteo sufría de lo que ahora llamaríamos una dispepsia crónica (dificultad en digerir); y Epafrodita no se libró de la enfermedad, hasta estando “a punto de morir”, no por causa del pecado, sino como lo explica el Apóstol, “por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte”, habiendo expuesto su vida (Fil. 2:25-30; véase Nota de Darby). No sabemos cuáles alimentos o medicinas especiales complació al Señor de bendecir en este último caso, pero en cuanto al primero, el Apóstol ni oró ni envió un pañuelo o una tela para curar el malestar, sino le escribió a Timoteo, diciendo: “Usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Tim. 5:23). El vino fue recomendado, no como una bebida corriente o como una bebida embriagadora, sino únicamente como medicina. El punto en el cual debemos enfocar especialmente nuestra atención, según la información que poseemos, es que el poder divino no fue invocado ni ejercido en favor de uno u otro de estos dos hermanos consagrados. Ellos aguantaron sus debilidades y sus aflicciones, y sacaron de ellas bendiciones, sirviéndose de los alimentos y de las mejores medicinas de su conocimiento. Creemos que esto es un ejemplo conveniente de la línea de conducta que deberían seguir todos los consagrados, todas las Nuevas Criaturas; ellas no deberían pedir la curación física, la superfluidad de la vida, etc. Todo lo más, el modelo de petición dado por nuestro mismo Señor les autoriza pedir lo que el Señor pueda juzgar como el mejor alimento diario para ellas, y aun orando por obtener el alimento diario ellas deben trabajar con sus manos esperando que el Señor bendiga su trabajo según su sabiduría para que saquen de eso el provecho más grande en el desarrollo del carácter por medio de sus experiencias, etc. Si el Señor lo juzga oportuno de concederles sólo lo estrictamente necesario en materia de alimento y de traje, será para ellas una prueba de amor, de paciencia y de fe en él. Si él se les concede en abundancia, será para ellas una prueba de la misma fe, del mismo amor y de la misma devoción, pero en una dirección opuesta, para demostrar en cuál proporción están dispuestas a sacrificar estos dones generosos en interés de su causa, en el

servicio de sus hermanos. También, si la sabiduría divina juzga conceder una salud robusta y un gran vigor, la prueba de fidelidad habrá que mostrar si el amor y la devoción sacrificarán y emplearán totalmente este vigor en el servicio de la causa del Señor, o si él servirá para fines egoístas; por otra parte, si, en su providencia, el Señor concede sólo una vitalidad y un vigor restringidos, la prueba de fe y de devoción se efectuará desde un punto de vista inverso: se tratará de manifestar el amor y la obediencia, la sumisión y la paciencia, y el celo que serán aportados a buscar todas las pequeñas ocasiones de servicio y a emplearlas con persistencia.

LA IGLESIA NOMINAL, ADVERSARIO DE LA NUEVA CREACIÓN

Porque su primer conocimiento del Señor les vino mientras se encontraban en la iglesia nominal, o a través de algunos de sus representantes o servidores, muchas personas son llevadas a considerar las organizaciones sectarias como sus madres espirituales, y a sentir en consecuencia cierto amor y cierta obligación hacia ellas. Algunas de ellas sienten dificultades en darse cuenta de que estas organizaciones son sistemas humanos — Babilonia — y, en realidad, adversarios de la Nueva Creación. Su dificultad proviene de una concepción demasiado limitada y demasiado estrecha del tema. Ellas necesitan levantar los ojos más altos y discernir que, desde el punto de vista divino, hay una gran diferencia entre la iglesia nominal y la Iglesia verdadera, la cizaña y el trigo. La cizaña no puede producir el trigo, no más que la cristiandad nominal puede producir verdaderos cristianos. Sus tendencias están en el sentido contrario. Las Escrituras declaran que es el poder de Dios que obra en nosotros “el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Es el poder de la nueva vida que se desarrolla más tarde, gracias a los cuidados de la Providencia. No es el engendramiento del espíritu del mundo que producirá este resultado. La iglesia nominal, [o de nombre —*Trad.*] para distinguirla de la Iglesia verdadera, está compuesta de esta clase de

gente que vio y oyó ciertos aspectos de la Verdad divina, que han sido iluminados más o menos en cuanto a lo que es bueno y lo que es malo y por lo tanto han alcanzado cierta convicción con respecto a este tema. A pesar de este conocimiento, son despreocupados, indiferentes a la voluntad divina, dispuestos a gozar de la misericordia divina según su buen placer, y en particular en la medida en que servirá para su ventaja personal y social en el tiempo presente, y nada más. Al contrario, la Iglesia verdadera, como hemos visto, comprende los que oyeron hablar no sólo de la Verdad, sino que consagraron su todo a aquel que les amó y les rescató, los que han perseguido sus búsquedas para conocer al Señor, obedecerle a lo mejor de su capacidad y que, perseverando así, no hacen ningún caso de su vida. La iglesia nominal no es la luz del mundo, sino simplemente una clase de gente que prefiere la luz a las tinieblas y que le gusta tener un poco de luz que proviene de los cristianos verdaderos, mezclada con las luces del paganismo y de las diversas ciencias. Los miembros de la Iglesia verdadera son cada uno una luz ardiente y resplandeciente por todas partes donde se pueden encontrar.

Cuanto más grande es la diferencia entre estas dos clases, tanto mejor esto valdrá en general para la Iglesia verdadera; en realidad, las antorchas de los fieles han brillado, en general, más en la proporción donde el sistema nominal estaba sumergido en tinieblas espesas y en superstición, y en la proporción donde la Iglesia verdadera fue perseguida por el sistema nominal, de donde, en realidad, vinieron todas las persecuciones.

Cuando nos dimos cuenta de que Dios lleva el timón, que dirige los asuntos de la Nueva Creación en todo punto, no sólo en su llamamiento, sino que también en las dificultades, las pruebas y las persecuciones necesarias para su pulimento y para su preparación para el Reino, tenemos una apreciación menos elevada del papel desempeñado en este plan divino por las instituciones humanas que el Señor nunca organizó ni autorizó a organizarse sino que, de acuerdo con la sugerencia del Señor, sabemos que son mundanos, carnales, contrarios al espíritu. No pretendemos por ahí que la Iglesia verdadera no haya estado en cierta medida en

asociación estrecha con los sistemas nominales, sino aseveramos que aun estando *en* estos sistemas, los miembros de la Iglesia verdadera se han separado *de* ellos, en el sentido que siempre han sido de un espíritu diferente. El engendramiento de estos hijos espirituales de Dios, por la Palabra de su gracia, y el hecho de que son amados, alimentados en cierta medida y elevados por estos sistemas humanos y sectarios, formando la cizaña, son bien ilustrados por ciertos insectos cuyas larvas son inyectadas en el cuerpo de sus enemigos; allí son calentadas, alimentadas y desarrolladas hasta el momento de su nacimiento y liberación completa la cual, ordinariamente, significa la muerte del insecto que los llevó por un tiempo. Así es ahora; las Nuevas Criaturas, engendradas por el Señor, están asociadas más o menos estrechamente con las instituciones de Babilonia y más o menos desarrolladas contra la voluntad de Babilonia, pero bajo la vigilancia y las disposiciones divinas; ahora, ha llegado el momento de su liberación, y el que engendró la Nueva Creación los llama: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” —Apoc. 18:4.

La Nueva Creación está sometida a una tentación continua por parte de la organización de la iglesia nominal, no sólo a causa de las doctrinas falsas, sino que también a causa de una piedad formalista, de una hipocresía que hace que se acerque al Señor con los labios mientras que el corazón está alejado de él, mientras que los pensamientos, los sentimientos, las palabras y las acciones están totalmente en desacuerdo con el espíritu de la verdad y la consagración que él inculca. Las tentaciones que se ofrecen a la Nueva Creación por parte del mundo, serían relativamente impotentes si la iglesia nominal no mezclara este espíritu del mundo, sus intenciones y sus ambiciones con el nombre de Cristo haciéndole un servicio humilde. La holgura, las distinciones honoríficas, los emolumentos confortables, el hecho de no estar sujeto a ningún sacrificio, y la certeza de obtener lo que el mundo puede ofrecer de mejor, constituyen los cebos y las seducciones, las trampas y los lazos que Babilonia tiende continuamente a la Nueva Creación. De todas las trampas del Adversario, esta última

es la más atractiva, la más engañosa, la más poderosa.

LA ARMADURA DE DIOS

—Ef. 6:11-13—

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo... en el día malo.”

Aquí de nuevo, el Apóstol nos advierte que nuestro día, en el fin de la Edad, sería especialmente el “día malo” en que Satanás ejercería de una manera muy particular todos sus medios para engañar “si fuere posible, aun a los escogidos”. Él nos habla de una armadura que está a la prueba de todos los engaños de Satanás. No es una armadura para la carne, sino para el entendimiento (“mind”) — para la Nueva Criatura. Dios es el autor de ella a través de agentes humanos. Son las medidas que él ha tomado, su Palabra, su mensaje, su Verdad. Ninguna otra armadura será tan eficaz en este “día malo”, porque en esta situación muy crítica, *toda* la armadura será necesaria — mientras que en épocas anteriores, otros se sirvieron de ciertas partes solamente.

El cinturón para los lomos representa la consagración al servicio, y el Apóstol nos exhorta a asegurarnos de que no somos consagrados al servicio del error, sino a aquel de la Verdad. Que cada uno examine su cinturón, que verifique si es el que conviene, que se ciñe con él, y se haga un servidor de la Verdad o, por lo menos, que tenga el espíritu de servicio.

La coraza de justicia (o justificación) viene luego en el orden, porque el Señor no puede admitir como soldados de la cruz a los que no discernen y no reconocen su ideal de justicia, o que rechazan sus disposiciones misericordiosas de justificación (por la fe)* gracias a la sangre preciosa de su hijo.

Los calzados de paz no deben olvidarse: el soldado de la cruz que se pone en campaña sin tener la paz de Dios para ayudarle en los lugares difíciles, hará menos trabajo y con dificultades más

* El Editor añade: “y la consagración” —*Trad.*

grandes que aquel que procura estar en paz con todos, vivir en paz con todos, en toda la medida de lo posible, sin comprometer la Verdad. Los que andan descalzos van a la delantera de las dificultades y están seguros de no encontrar apenas otra cosa.

El escudo de fe es indispensable para protegerse de los dardos de fuego del Adversario: el escepticismo, la alta crítica, la evolución y la demonología. “Sin fe es imposible agradar a Dios.” “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” —Heb.11:6; 1 Juan 5:4.

El yelmo de salvación representa la apreciación o la comprensión intelectual o filosófica del plan divino. Evidentemente, esto era menos necesario en el pasado que ahora, pero ahora, en la “Cosecha”, mientras el Adversario ataca la Verdad con furia y transforma todo lo que es científico y educativo en armas de destrucción, ahora por lo tanto, el yelmo es indispensable. Ahora, y ahora solamente, se suministra en tal número y en tal forma que el soldado más humilde de la cruz puede cubrirse la cabeza con él. En otro tiempo, el Señor retenía al agresor en el límite donde el escudo de la fe bastaba para la protección, pero ahora, tenemos toda la armadura, y era tiempo para las necesidades de sus fieles.*

La espada del Espíritu — La Palabra de Dios — es la única arma ofensiva de la pequeña tropa del Señor. El Capitán prevaleció en su “buena batalla” contra el Adversario, diciendo: “Está escrito”, y tal es el grito de guerra de sus discípulos. Otros soldados que los soldados verdaderos combatieron para el Señor con armas carnales, con filosofías humanas, con la sabiduría y la organización mundanas, con decretos de concilio, con sínodos y consejos de ancianos, pero en la batalla de este “día malo”, hace falta que contáramos absolutamente con la Palabra de Dios — “Está escrito” — no debemos servirnos de dardos como los de Satanás: la ira, la malicia, el odio, las contiendas. Y podemos poseer “la Espada del

* Las publicaciones de La Verdad Presente son, creemos, empleadas por el Señor para equipar completamente a sus fieles — intelectualmente tanto como en otros aspectos. —*Editor* (1937).

La Nueva Creación

Espíritu” sólo por un estudio cuidadoso y bajo la dirección del Espíritu después de la consagración — después de nuestro reclutamiento en este ejército.

ESTUDIO XVI

LA HERENCIA ACTUAL DE LA NUEVA CREACIÓN

PRIMICIAS DEL ESPÍRITU — ESPERANZAS VERDADERAS Y ESPERANZAS FALSAS — NUESTRA ESPERANZA — EL LADRÓN EN EL PARAÍSO — EL DESEO ARDIENTE DE SAN PABLO — “NUESTRA MORADA TERRESTRE” Y “NUESTRA HABITACIÓN CELESTIAL” — LA ESCENA DE LA TRANSFIGURACIÓN — “EL PRIMERO DE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS” — ALEGRÍAS PRESENTES DE LA NUEVA CREACIÓN — “PEDID, Y RECIBIRÉIS, PARA QUE VUESTRO GOZO SEA CUMPLIDO” — LA FE, UN FRUTO DEL ESPÍRITU Y UNA PARTE DE LA HERENCIA DE LA NUEVA CREACIÓN

No todas las bendiciones del Nuevo Pacto son futuras más allá del velo. Las primicias del Espíritu (un sabor anticipado de la bendición venidera) son concedidas a las Nuevas Criaturas en la vida presente. Entre estas primicias, podemos enumerar diversos frutos y gracias del Espíritu Santo: la fe, la esperanza, el gozo, la paz, el amor, etc. Algunos pueden aseverar que estas cosas y gracias son intangibles e irreales, pero respondemos que son tan reales como lo son las Nuevas Criaturas, y es exactamente en la misma proporción donde se desarrolla la Nueva Criatura que se aumentan los elementos de sus experiencias, la bendición y el desarrollo. En realidad, concedemos que estas mismas cualidades, cuando se relacionan con cosas terrestres, constituyen las bendiciones más importantes del hombre natural, las cualidades que le dan las bendiciones y los privilegios más elevados. Las Nuevas Criaturas en Cristo, habiendo intercambiado esperanzas, privilegios y amores terrestres por los celestes, encuentran estos últimos mucho más preciosos que aquellos que abandonaron. Los amores terrestres son a menudo inconstantes y generalmente egoístas. Las esperanzas terrestres son ordinariamente efímeras e ilusorias. Las alegrías terrestres son, a lo mejor, de duración breve y superficiales. Las ambiciones terrestres se realizan raramente, y

aun cuando lo hagan, lo amargo se agrega a lo agradable. Sin embargo, vemos que el mundo entero se esfuerza por satisfacer estas ambiciones, estas alegrías, estas esperanzas, estos amores, y todos somos testigos de que él encuentra su principal placer sólo en la búsqueda de estas cosas, porque la realización de uno o de otro de sus deseos lleva consigo cierta medida de decepción.

No es así con la Nueva Creación. Sus esperanzas, sus alegrías, sus afecciones, sus ambiciones, se aumentan sin cesar, alimentadas por las preciosas y grandísimas promesas de la Palabra divina. Ellas no aportan ninguna decepción sino, al contrario, la satisfacción y la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, llena cada vez más su corazón, a medida que los ojos de su fe se abren aún más para captar la longitud y la anchura, la altura y la profundidad de la sabiduría y del amor de Dios, de que ella heredará la bendición más rica en coherencia con Jesucristo, el Señor.

Esta tierra de la promesa, en la cual las Nuevas Criaturas entran de manera figurativa, en el momento de su plena consagración, cuando reciben el espíritu de adopción, es una tierra donde fluyen la leche y la miel, y aunque tenga sus pruebas, sus conquistas, sus combates por dentro y por fuera, sus victorias no sólo proporcionan la alegría y la paz, sino que gracias a la instrucción y la dirección divinas, aun sus derrotas se transforman en fuente de esperanza, de fe y de alegría, por aquel que puede y quiere que todas las cosas les ayuden a bien.

ESPERANZAS VERDADERAS CONTRA ESPERANZAS FALSAS

El Apóstol llama nuestra atención al hecho de que Satanás procura perjudicar a la Nueva Creación presentándose como un ángel o un mensajero de luz. Cuando ciertas personas confiesen que han sido engendradas por la luz, la Verdad, el Espíritu Santo, el Adversario se da cuenta de que están escapando completamente de las tinieblas, de la superstición y de la decepción con la que envolvió a los humanos. Él se transforma entonces y, en lugar de

tratar otra vez de dirigir a estas personas directamente en las supersticiones y las tinieblas, él afecta ser un dispensador de luces más grandes; aunque, en el tiempo actual, mientras prevalece una luz más brillante, estemos especialmente muy atentos en este respecto, no debemos olvidar por lo tanto que él siempre ha mostrado toda su energía, en la misma línea de conducta desde que el Apóstol escribió estas palabras. Encontramos pruebas de esto en los diversos credos de la Cristiandad, que marcan esfuerzos hechos para salir de las tinieblas, pero que abundan en teorías falsas, en esperanzas falsas, de un carácter seductor. Pretendiendo ser guías para los cristianos, pretendiendo honrar a Dios y exponer su Palabra, todo esto constituye trampas y lazos con el fin de impedir a estos cristianos de tener una concepción justa de la Verdad. Las disposiciones maravillosas de amor y de misericordia tomadas por Dios, tan razonables en cada detalle, recibieron la oposición del Adversario, no sólo de manera directa, sino que también de manera indirecta, colocando delante de los hijos de Dios algo que, a su juicio imperfecto, pueda parecer a primera vista como esperanzas y perspectivas mucho más bellas que las ofrecidas por la Verdad. Sin embargo, la tendencia del error es de alejarse siempre más de la Verdad, del plan divino, de la sencillez del evangelio, para acabar en la confusión del pensamiento, en la superstición y en los métodos clericales.

Entre estas esperanzas engañosas, se encuentra aquella según la que, cuando los hombres mueren, no están muertos, que, cuando están muertos, están más vivos que nunca. Esta esperanza es introducida por el Adversario para contrarrestar la esperanza bíblica de una resurrección de los muertos. Una u otra de estas esperanzas debe ser falsa. De manera notable, el Adversario consiguió introducir fraudulentamente en la “Cristiandad” esta esperanza falsa que la Palabra de Dios no sostiene y que está en oposición directa con las enseñanzas de la Palabra concernientes a la resurrección de los muertos, porque si nadie está muerto, no puede haber una “resurrección de los muertos”.

Otra de estas esperanzas falsas tiene que ver con el tiempo en que el Señor recompensa a sus fieles. El Adversario también

consiguió engañar a la iglesia nominal haciéndole creer que en lugar de esperar una resurrección de los muertos, en lugar de esperar tener una parte en la Primera Resurrección, el momento en el cual se da la recompensa, ella debe esperar que los muertos (no están muertos, sino) reciben su recompensa, por la puerta de la muerte y no por la puerta de la resurrección, como lo presentan todas las Escrituras. Estas esperanzas falsas, como todas las cosas falsas, son perjudiciales, tan atractivas que puedan parecer momentáneamente. Hace falta que la Palabra de Dios sea nuestro guía, y ella nos enseña que nuestras esperanzas tocantes a las bendiciones, las futuras alegrías, etc. todas ellas descansan en la resurrección de los muertos.

Según las expectativas falsas del pasado, el momento de la muerte sería el de la gloria celeste. Esto es contrario, no sólo a todos los hechos y las circunstancias susceptibles de ser demostrados al espíritu humano, sino que en oposición al testimonio bíblico de numerosos pasajes bíblicos concernientes a la resurrección que espera la segunda venida de nuestro Señor. Estas expectativas falsas hicieron un daño considerable al pueblo del Señor, en que le alejaron de su Palabra y de las verdaderas esperanzas que ella enseña y las que están en completo acuerdo con la razón más sana y con todos los hechos tales como los que vemos alrededor de nosotros.

Alguien pudiera sugerir que esta esperanza de un cambio instantáneo en la condición celeste en el momento de la muerte es, para los últimos miembros de la Nueva Creación, la misma esperanza sostenida en la obra presente. Esto es verdad, pero hay una razón para sostener tal esperanza en el tiempo actual que no habría sido válida antes de 1878, la fecha a partir de la cual proclamamos que comienza el ensanche de esta esperanza. Este desarrollo de las esperanzas de la Nueva Creación en este tiempo de la cosecha está en pleno acuerdo con las Escrituras. No pensamos que todos los hombres, no aun los miembros de la Nueva Creación, a lo largo de la Edad, fueron cambiados en el momento de su muerte, sino que apoyándose en las Escrituras que habían dormido en Jesús, también sostenemos con la misma

autoridad que su esperanza se encuentra en el despertamiento que Dios les prometió como debiendo producirse en el nuevo día, el día milenario. Nuestra esperanza, fundada en el testimonio de la Palabra divina, es que ya estamos en la aurora de este nuevo día, que Emanuel ya está presente, estableciendo su Reino; que la primera parte de su obra es de rendir cuentas con sus servidores, así como él lo destacó en sus parábolas explicativas del trabajo que hay que cumplir cuando vuelva para tomar posesión del Reino de la tierra. Las parábolas declaran que entonces él llamará a sus servidores a los cuales les confió las minas y los talentos, y que ajustará sus cuentas con ellos antes de comenzar a hacerlo con el mundo. —Lucas 19:15; Mat. 25:14.

Esta obra comienza primero con la casa de Dios, la iglesia, la Nueva Creación, y como ya lo indicamos,* 1878 d. J.C., marcó la fecha en la cual los “muertos en Cristo” debían resucitar “primero”. Entonces está en pleno acuerdo con las Escrituras, que creemos que los Apóstoles y los santos fieles de toda la Edad, hasta nuestros días, ya son glorificados, ya en posesión de sus gloriosos cuerpos espirituales que se les habían prometido, pero que, por el hecho de que son “cambiados” y hechos semejantes al Maestro mismo, es decir, seres espirituales, son invisibles a la vista humana, más allá del velo. Está en completo acuerdo con esta esperanza fundada en la Escritura, que enseñamos que cada miembro de la Nueva Creación todavía en la carne no necesitaría “dormir” en lo sucesivo y esperar el tiempo y el establecimiento del Reino, porque el Rey y el Reino ya están aquí, porque la obra donde se dará la vida en la nueva dispensación ya ha comenzado, porque el número más grande de la Nueva Creación elegida ya ha sido glorificado, y porque los miembros aún vivos aquí en la tierra reciben simplemente la terminación de su pulimento, de su adaptación y de su puesta a prueba que deben prepararles a participar en la Primera Resurrección. Allí, serán “arrebataados” o “cambiados” en un instante, en un abrir y cerrar de ojos; en el momento de la muerte de la carne, serán revestidos de la nueva morada, el cuerpo

* Vol. II, Cap. VII (en inglés).

espiritual. —2 Cor. 5:1; 1 Tes. 4:17.

Sin embargo, cuando examinamos este tema, es menester que tengamos en mente, no sólo estas esperanzas especiales de este tiempo de la “cosecha”, sino que también, en un sentido amplio, las que han sido las esperanzas de todos los hermanos, todos los miembros de la Nueva Creación — las esperanzas que se nos ofrecen en el evangelio. Dejemos que la Palabra inspirada exprese estas esperanzas y, entonces, no permita que el hecho que ellas sean muy diferentes de aquellas que poseen en general el supuesto mundo cristiano, nos cause inquietud. Es verdad que, en sus credos, el “mundo cristiano” presenta una creencia en la segunda venida de Cristo y en la resurrección de los muertos, pero son sólo expresiones verbales por las cuales procura mantener una relación con las Escrituras. Estas no son las *esperanzas* del mundo cristiano, la iglesia nominal, sino más bien sus *temores*. La iglesia nominal teme la segunda venida de Cristo más bien que la espera, y teme la resurrección de los muertos más bien que la espera, porque ha sido extraviada por el gran Adversario en la comprensión errónea del carácter y del plan divinos; en general, ella cree que la segunda venida de Cristo significa el fin de la esperanza, el fin del tiempo de prueba, el fin de la misericordia; en lugar de comprenderla, así como la exponen las Escrituras, como siendo en realidad el comienzo de la gran bendición de todas las familias de la tierra que Dios prometió hace mucho tiempo y que preparó desde hace cuatro mil años.

Se considera también la resurrección con temor, porque una enseñanza falsa ha conducido a suponer que el espíritu, o el soplo de vida, es consciente sin poseer un cuerpo, y que el cuerpo es un tipo de prisión de la cual los espíritus están contentos de liberarse, y que el hecho de volver sería un tipo de castigo. Así, las tradiciones de los hombres hicieron vana la Palabra de Dios, bajo la influencia del gran Adversario, el dios de este mundo que ahora ciega un número muy grande de personas. Pero consideremos el testimonio de las Escrituras respecto a este tema, y veamos con cuál claridad y de cuál modo explícito ellas designan en toda circunstancia el segundo advenimiento de Cristo y la resurrección,

primero como la esperanza de la iglesia, la Nueva Creación, y luego la del mundo.

“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado.” —1 Ped. 1:13.

“Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención [véase nota de Darby] de nuestro cuerpo [la iglesia, el cuerpo de Cristo]. Porque en esperanza fuimos salvos [no realmente salvos todavía, sino simplemente en anticipación].” —Rom. 8:23, 24.

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual [en cual esperanza] vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.” —1 Ped. 1:3-7.

“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” —2 Tim. 4:8.

“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.” —2 Tim. 1:12.

“Vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros.” —Tito 2:12-14.

“Pero esto te [Félix] confieso [Pablo], que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas; teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos.” —Hechos 24:14, 15.

“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” —Col. 3:3, 4.

“Acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga.” —Hechos 23:6.

“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.” —Juan 11:25, 26.

“Porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su

voz, y saldrán: los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida [la Primera Resurrección]; y los que practicaron lo malo [cuya conducta en la vida presente no recibirá la aprobación divina como digna de la vida eterna], a resurrección de juicio [la resurrección gradual bajo el efecto de las correcciones y recompensas durante la Edad milenaria].”^{*} —Juan 5:28, 29. (La Biblia de las Américas)

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” —Juan 14:2, 3.

“Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.” —Mat. 16:27.

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.” —Apoc. 22:12.

“He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él.” —Isaías 62:11.

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la presencia [parousia] del Señor;... afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.” —Santiago 5:7, 8.

“Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán... Porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.” —Isaías 35:4-6.

“En aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro [de la vida]. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna [la Primera Resurrección], y otros para vergüenza y confusión perpetua [deshonor — del cual, sin embargo, les es posible levantarse gracias al proceso de la restauración que estará entonces en operación]. Los entendidos [el rebaño pequeño, las vírgenes prudentes] resplandecerán como el resplandor del firmamento [como el sol —Mat. 13:43], y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas [luminares] a perpetua eternidad... Y tú irás hasta el fin [hasta que venga la “cosecha” o el fin de la edad], y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.” —Dan. 12:1-3, 13. Vol. III, p. 83.

“Fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe.” —Mal. 3:16, 17.

Teorías complicadas (“distorted”) e ideas caprichosas salen sobre todo de los filósofos humanos que no tenían como guía la Palabra divina; ellos han torcido tanto los juicios de buen número de los queridos santos del Señor como las declaraciones precedentes y muchas otras declaraciones explícitas relativas a las

^{*} Véase Cap. XVII.

verdaderas esperanzas del pueblo del Señor son anuladas y despojadas de su fuerza, de su belleza y de su poder por otros pasajes bíblicos más o menos simbólicos que fueron tan torcidos de su posición verdadera y de su sentido que se oponen a estas declaraciones tan claras. Debemos examinarlos para alumbrar el camino de la fe, de la esperanza y de la obediencia y a hacerlo luminoso en los ojos de nuestra comprensión. Luego, nos dispondremos de notar, añadidas a nuestras esperanzas, otras diversas bendiciones que nos pertenecen en la vida presente, formando parte de las primicias de nuestra herencia.

EL LADRÓN EN EL PARAÍSO

“Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo [al ladrón arrepentido]: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” —Lucas 23:42, 43.

Los que consideran la salvación como un medio de escapar del tormento eterno para entrar en un paraíso de placer, que lo hacen depender solamente de circunstancias accidentales de favor, creen que este relato ilustra la doctrina de la *elección*. Según ellos, nuestro Señor Jesús, contento con las palabras consolantes de uno de los ladrones, lo escogió para ir al cielo, y también escogió al otro, pero para sufrir por toda la eternidad, sin piedad y sin socorro. En realidad, si Dios hubiera hecho de la salvación una lotería, un asunto de suerte, los que tienen fe en eso deberían encontrar poco a repetir en las tómbolas que se saquen en las iglesias y aun menos en las del mundo.

Pero tal no es el caso. Hemos comprendido muy mal este pasaje bíblico. Para captar verdaderamente el sentido, consideremos las circunstancias en las cuales se efectuaron este acontecimiento y todo lo que se relaciona con ello.

El Señor acababa de ser condenado y sufría la sentencia bajo la inculpación de traición hacia el gobierno de César, por haber dicho que era rey, aunque les hubiera dicho que su Reino “no era de este mundo”. Allí, en la cruz, por encima de su cabeza, escrita

en tres idiomas, se podía leer la inscripción: “ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS”. Los que le rodeaban conocían sus declaraciones y se burlaban de él, a excepción de uno de los ladrones crucificados con él. Sin duda había oído hablar de Jesús, de su carácter maravilloso y de sus obras prodigiosas, y se dijo a sí mismo: verdaderamente este hombre es extraño y extraordinario. ¿Quién puede saber si sus pretensiones no tienen fundación? Él ciertamente vive en la intimidad de Dios. Quiero hablarle con simpatía: esto no puede hacer mal. Entonces él reprendió a su compañero, hablando de la inocencia del Señor, y luego se efectuó la conversación relatada más arriba.

No podemos suponer que este ladrón tenía ideas justas y bien definidas sobre la persona de Jesús; nada más que un simple sentimiento expresado por alguien que iba a morir y para quien el menor rayo de esperanza valía más que nada. Atribuirle más habría que colocarle como haber tenido *más fe* que todos los apóstoles y los discípulos del Señor que, en este momento, habían huido aterrorizados y que, tres días más tarde, decían: “Esperábamos que él era el que había de redimir a Israel.” —Lucas 24:21.

No podemos dudar del sentido de la petición del ladrón. Él quería decir que, cualquiera que sea el momento en que Jesús estableciera su Reino, deseaba recibir sus favores y sus cuidados. Ahora observe la respuesta que hizo nuestro Señor. Él no dice que no tiene ningún reino, sino, al contrario, indica por su respuesta que la petición del ladrón era apropiada. El término traducido por “en realidad” o “verdaderamente” es la palabra griega “*amen*” y significa “*así sea*”, o “se acepta su petición”. “Te digo hoy [en este día sombrío en el cual *parece* que yo sea un impostor, y que yo muera como un criminal], estarás conmigo en el paraíso.” La misma esencia de esta promesa es que, cuando el Señor haya establecido su Reino, éste será un Paraíso, se acordará entonces del ladrón que entrará allá. Note que desplazamos la coma y la pusimos después de la palabra “hoy”.

Esto hace perfectamente claras y razonables las palabras de nuestro Señor. Habría podido, si así lo hubiera querido, decir más que esto al ladrón. Habría podido decirle que la razón por la cual él

tuviera el privilegio de estar en el Paraíso era que su *rescate* estaba en este momento y en este lugar en el proceso de ser pagado (provisto —*Edit.*). Además, habría podido decirle que estaba muriendo para asegurar el rescate del *otro* ladrón igualmente, también para la multitud entera que esperaba con impaciencia delante de él y le tomaba a broma, los millones que ya estaban en la tumba, y los millones que aún no habían nacido. Lo sabemos porque Jesucristo “por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”, “se dio a sí mismo en rescate por todos”, con el fin de que al debido tiempo, todos puedan tener la oportunidad de regresar a la condición edénica, perdida por el pecado del primer hombre, y rescatada para los hombres por el sacrificio de Cristo para la justicia. —Heb. 2:9; 1 Tim. 2:5, 6; Hechos 3:19.

Como ya hemos demostrado, el jardín de Edén era sólo una ilustración de lo que será la tierra cuando sea completamente liberada de la maldición, hecha perfecta y bella. La palabra “paraíso” es de origen árabe y significa *un jardín*. La versión de la Septuaginta vierte Gén. 2:8 así: “Dios plantó un *paraíso* en Edén”. Cuando Cristo haya establecido su Reino, y restringido el mal, etc. esta tierra se hará gradualmente un paraíso, y ambos ladrones y todos los demás que estén en la tumba saldrán a este paraíso, y entonces haciéndose obedientes a sus leyes, puedan vivir en este paraíso y gozar de él para siempre. No dudamos, sin embargo, que las palabras benévolas pronunciadas en esta hora sombría en dirección al Salvador doliente, no pierdan más una recompensa especial y apropiada que un don de un vaso de agua, o todos los otros pequeños signos de simpatía hechos a aquellos a los cuales este Rey “no se avergüenza de llamar *hermanos*.” —Mat. 10:42.

En las Escrituras, la palabra Paraíso se emplea para describir el estado primitivo de felicidad del hombre en armonía con su Creador, antes de que hayan entrado en el mundo la maldición y la influencia nefasta del pecado. Este Paraíso perdido por la humanidad, debe restablecerse, según la promesa, y de una manera más o menos vaga, toda la creación ha estado en espera, todavía lo está y aguarda la Edad de oro que debe inaugurarse. Las Escrituras nos ofrecen el pensamiento que la condición paradisiaca ha sido

rescatada para el hombre por la muerte de nuestro Señor Jesús, y que en consecuencia, una parte de su obra gloriosa de restauración será de restablecer el Paraíso — “lo que ha sido perdido” — la posesión rescatada. —Mat. 18:11; Ef. 1:14; Apoc. 2:7.

Pero ¿tenemos el derecho de cambiar la posición de la coma? Ciertamente: la puntuación de la Biblia no es inspirada. Los autores de la Biblia no emplearon *ninguna puntuación*. Ésta fue inventada hace unos cuatrocientos años. Es puramente y simplemente una comodidad moderna, que se debería emplear para destacar el sentido de un texto, de acuerdo con todos los demás pasajes de las Escrituras.

Encontramos muy frecuentemente ejemplos de un uso análogo de la palabra “hoy” en la literatura moderna, y en las Escrituras, llamamos la atención a lo siguiente:

“Por tanto yo te mando esto hoy.” —Deut. 15:15.

“Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal.”
—Deut. 30:15.

“Yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios.” —Deut. 30:16.

“¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!” —Hechos 26:29.

El sentido de este pasaje no sólo exige la puntuación sugerida, sino que su armonía con todos los demás textos bíblicos la reclama también, y no podemos oponer a esto ninguna objeción razonable o válida. Suponer que nuestro Señor fue inmediatamente al Paraíso sería suponer una imposibilidad, porque el Paraíso no fue restablecido todavía. Además, se declara claramente que el cuerpo de nuestro Señor fue sepultado en la tumba de José, y que su alma, o ser, fue a seol, hades, al olvido, y que estaba *muerto*, y no estaba vivo en el Paraíso o en cualquier otro lugar, en el ínterin entre la muerte y la resurrección. Las Escrituras nos aseguran claramente, no que nuestro Señor, en su resurrección, se bajó del cielo, o del Paraíso, sino que él “resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.” —1 Cor. 15:4.

Las propias palabras de nuestro Señor, después de su resurrección, fueron: “Así está escrito, y así fue necesario que el

Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (Lucas 24:46). Él también dijo a María: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” —Juan 20:17.

EL DESEO ARDIENTE DE PABLO

“Porque, para mí, vivir es [vivir] para Cristo, y morir, una ganancia; pero si al vivir en la carne, puedo trabajar con fruto, lo que debo escoger, no lo sé exactamente. Tengo prisa verdaderamente de ambos lados [deseo ardientemente el regreso de Cristo, y estar con él, porque esto es mucho mejor]; pero es más necesario a causa de vosotros que permanezco en la carne.” —Fil. 1:21-24 (Traducción Diaglott).

Se observará que la diferencia esencial entre esta traducción y la de nuestras versiones castellanas en general, es la sustitución de la palabra “regreso” para la palabra “partir”. Para justificar el empleo de la palabra “regreso” el traductor dice en una nota abajo de la página:

“To analusai, el relajamiento o el regreso, siendo lo que Pablo deseaba ardientemente, no podía ser la muerte o la disolución como la implica la mayoría de las versiones castellanas [Trad.], porque parece que él estaba indiferente a tener que escoger entre las dos: la vida o la muerte; sin embargo, él aspiraba el analusai, que era la tercera cosa más preferible a las dos primeras a las cuales él hace alusión. La palabra analusai se encuentra en Lucas 12:36 donde es vertida por “regrese”. “Vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese”, etc. Jesús había enseñado a sus discípulos que volvería o regresaría (Juan 14:3, 18); los ángeles, también, lo habían dicho en el momento de su ascensión (Hechos 1:11). Pablo creía en esta doctrina, la enseñaba a otros, y esperaba y aguardaba el regreso (analsai) del Salvador del cielo (Fil. 3:20; 1 Tes. 1:10; 4:16, 17) para estar “siempre con el Señor”.

Un examen de la palabra griega *analsai* muestra que, en la literatura griega, es empleada por Platón de dos maneras: a veces

significa *partir* y a veces *regresar*, pero la palabra se encuentra sólo dos veces en el Nuevo Testamento: aquí y en Lucas 12:36. En este último ejemplo, como acabamos de mostrarlo, es vertida por “regreso”, y es manifiesto que no podía ser vertida de otro modo sin alterar el sentido. En el texto que discutimos (Fil. 1:23), sostenemos que debería haber sido vertida por *regreso*, por la razón muy simple que, aun cuando se la emplea en el sentido de *partir*, debe implicar la idea de partir *de nuevo*, partir a un lugar donde había estado anteriormente. El prefijo griego *ana* en *ana-lusai* significa *de nuevo* como nuestro prefijo *re* en *re-greso* significa *de nuevo*. Si, pues, la palabra fuera vertida por *partida*, estaríamos obligados a añadir el pensamiento *re-partir* o partir *de nuevo*. Entonces esto torcería el tema relativo a San Pablo porque nunca había estado en gloria con Cristo y, por consiguiente, no podía “partir *de nuevo*” para estar allí con Cristo. Pero si traducimos *analusai* por “*re-greso*” y cuando la aplicamos a nuestro Señor, toda dificultad parece suprimirse.

Observemos las circunstancias que dieron origen a esta expresión. Hacía cierto tiempo que el Apóstol estaba preso en Roma, y si bien fue tratado bien a veces por algunos de los Emperadores, estaba sujeto constantemente de ser puesto a muerte por un capricho simple. Él escribió esta epístola para acusar recibo de un don sustancial de la iglesia de Filipos, y sacó provecho de la ocasión para tenerla bien al corriente de su condición personal, del progreso de la obra del Señor, etc. y para animarle de estar firme hasta el fin.

Así como los filipenses deseaban conocer sus perspectivas de liberación, él les dice que algunos enemigos (considerando la libertad de la que gozaba desde hace dos años —Hechos 28:30) explicaban el cristianismo, esperando por ahí aumentar su aflicción y, tal vez, causar la muerte en su cautividad (Fil. 1:16-19). Pero él se daba cuenta de las oraciones de la iglesia en su favor y esperaba que su proceso delante de Nerón se acabara con su *liberación* — o sea por la absolución, o sea por la muerte. Él les dice luego que en lo que concernía sus preferencias personales, sería difícil para él escoger entre la vida (con sus sufrimientos) y la muerte (con su

descanso después del trabajo), pero que, si bien él no sabía escoger entre estas dos cosas posibles, tenía un gran anhelo, un deseo ardiente de una cosa que sabía imposible, una cosa que sabía y que había enseñado a la iglesia como algo que debía llegar sólo mucho más tarde (2 Tes. 2:1-8) —el *regreso* de Cristo, para estar con él. Luego, abandonando las cosas que son imposibles y volviendo a las cosas realizables, él les asegura que está convencido de que Dios reserva para él aún un trabajo a hacer para la iglesia, y que será liberado. Aunque las Escrituras no lo mencionan, la tradición declara que fue absuelto por Nerón y que tuvo unos cinco años de libertad y de servicio antes de estar detenido de nuevo y ejecutado.

Aquí es digno de observación que otras palabras son empleadas en repetidas ocasiones en los escritos tanto a Pablo como a Lucas cuando se trata de *partir* manifiestamente, y debemos recordar que Lucas era el secretario del Apóstol con quien viajó mucho y estaba acostumbrado de emplear sus palabras en el mismo sentido.

Sin embargo, si alguien defiende la palabra “partir” más bien que la palabra “regresar”, ofrecemos lo siguiente:

No hay ninguna duda que Pablo hubiera deseado poder partir al cielo o a dondequiera con el fin de estar en seguida con el Señor, sobre todo porque sabía que la segunda venida del Señor no podía producirse pronto. Pero él sabía que tal deseo no podía ser atendido de acuerdo con el plan divino, y por consiguiente, aunque haya tenido el deseo ardiente, no consideraba esto como una cosa posible. Quedaba por lo tanto en una situación crítica de indecisión en cuanto a escoger personalmente entre dos cosas posibles: o sea vivir y servir la iglesia en el sufrimiento, o sea morir y descansar de sus obras — aguardando “la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios [nuestro Señor y Salvador Jesucristo]” “el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”. —Tito 2:13; Fil. 3:21.

**“NUESTRA MORADA TERRESTRE” Y “NUESTRA
HABITACIÓN CELESTIAL”**

— 2 COR. 5:1-10—

El Apóstol escribe a los miembros de la Nueva Creación concerniente a su condición —sin implicar al hombre natural. Él reconoce la nueva voluntad como la Nueva Criatura, y el viejo cuerpo como su “tabernáculo” (o tienda) el cual, aunque satisfaciendo poco, valga mucho más que nada. La Nueva Criatura no puede sentirse perfectamente a su gusto en este cuerpo, sino desea ardientemente el cuerpo perfecto que debe ser el suyo en la resurrección: su casa permanente, o su parte en la “morada” que nuestro Señor prometió preparar para la Nueva Creación (Juan 14:2). “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos [producida por humanos medios], eterna, en los cielos.” [2 Cor. 5:1].

Es verdad que, en este cuerpo actual, en esta casa temporal de peregrinación, nosotros gemimos — oprimidos no sólo por la mala influencia del mundo y del diablo de todas partes, sino que también y especialmente por las debilidades de nuestra propia carne; porque cuando nos gustaría hacer el bien, el mal se nos presenta, de suerte que seamos a menudo impedidos de hacer el bien que quisiéramos hacer, mientras que el mal que no aprobamos a menudo se nos impone y exige que lo resistamos continuamente y que lo venzamos. Así como lo declara el Apóstol en otra parte [Rom. 8:23], nosotros “que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” —la iglesia, hecha semejante a nuestro Señor en su gloria.

Sin embargo, no gemimos con el deseo de ser desvestidos. No deseamos estar sin cuerpo, porque esto significaría a lo mejor a través de toda la Edad Evangélica, estar “dormidos” esperando la mañana de la resurrección para “ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial”, de nuestro nuevo, perfecto y permanente cuerpo, nuestra “morada”. Lo que preferimos, no es que se apague

la pequeña chispa de la vida presente, sino que sea tragada, absorbida en las condiciones perfectas de la vida perfecta a la cual somos engendrados. Aspiramos el nacimiento de la resurrección con su cuerpo perfecto.

“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” [v. 5]. Esta condición perfecta que debemos obtener en la resurrección, será la gran consumación de nuestra salvación que Dios prometió; y el nuevo entendimiento (“mind”), la nueva voluntad engendrada por la Palabra de la Verdad, se considera como el comienzo de la Nueva Criatura que será devuelta perfecta a la naturaleza divina cuando la primera resurrección la haya completado. El Espíritu Santo que se nos concede en el presente, es un “pago por anticipado” para decirlo así, una “prenda” o una garantía de los resultados grandiosos y llenos de gracia que esperamos y por la que luchamos, suspiramos y oramos.

“Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo [siempre y cuando que nos sentimos totalmente satisfechos con las condiciones presentes — y con todo lo que nos rodea], estamos ausentes del Señor” [v. 6]. Si viviéramos cerca de él, “andando con Dios”, no nos sentiríamos perfectamente satisfechos con los resultados, condiciones, etc. actuales, sino que nos sentiríamos como peregrinos y extranjeros, buscando un mejor descanso, una mejor morada “que Dios tiene reservada para los que le amen”. Pero esto, como lo explica el Apóstol, es verdad sólo de los que andan por fe y no por vista.

“Pero confiamos [llenos de fe con respecto a Dios, nos regocijamos de andar por fe], y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo [sin hogar, peregrinos y extranjeros sobre la tierra], y presentes al Señor” en el espíritu de nuestra comunión [v. 8].

Es por esta causa que hacemos todos nuestros esfuerzos, con el fin de que, o sea que pronto alcanzáramos nuestra morada, o sea que en el presente, estemos lejos de hecho de nuestra morada, siendo peregrinos y extranjeros, nos aplicamos a ser agradables al Señor, para poder obtener su favor y su bendición, vivir su comunión y su presencia y saber que seremos aceptados

definitivamente por él.

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” A lo largo de esta peregrinación, nos mantenemos a la barra del juicio de nuestro Señor: él nos examina, nos prueba para saber si le amamos y amamos las cosas que concurren a la justicia y a la paz, y si es así, hasta cuál punto queremos ofrecer un sacrificio por la causa de la justicia. Él observa el grado de nuestro amor por la extensión de nuestras renunciaciones a nosotros mismos y nuestros sacrificios personales por su causa y por la de la Verdad.

No obstante, sólo los “santos”, las “Nuevas Criaturas” en Cristo, pueden hablar así de su cuerpo como una casa. Otros humanos no tienen una dualidad de naturaleza. Ellos no podrían aplicarse a sí mismos legítimamente expresiones como Rom. 8:10, 11: “Pero si Cristo está en vosotros, el *cuerpo* en verdad está [considerado como] *muerto* a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia [imputada]” de Cristo. La nueva naturaleza de los santos, engendrados por la Palabra de la verdad, es realmente la nueva *voluntad* solamente; en lo sucesivo, es considerada como la persona real, es la única reconocida por Dios que nos conoce no según la carne sino según el espíritu de nuestros nuevos entendimientos (“minds”) —el espíritu de Cristo. También observe Rom. 6:3, 4. Estas “Nuevas Criaturas” tienen un viejo hombre, o un hombre exterior, que perece, y un nuevo hombre, o un hombre interior, o un hombre escondido del corazón, el cual es renovado día tras día. —2 Cor. 4:16; Col. 3:9, 10; Ef. 4:23, 24; 1 Ped. 3:4.

LA ESCENA DE LA TRANSFIGURACIÓN

Los discípulos habrían podido difícilmente imaginar que la declaración que hizo nuestro Señor, a saber, que algunos de ellos no probarían en absoluto la muerte hasta que hubieran visto al Hijo del Hombre viniendo en su Reino, se cumpliría en seis días para Pedro, Santiago y Juan en el Monte de la Transfiguración. Sin

embargo, así fue; y evidentemente esto produjo un gran efecto diseñado en los testigos donde uno de ellos, escribiendo respecto a este tema, dice (2 Ped. 1:16-18): “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.”

La escena de la transfiguración no fue, en realidad, todo lo que pareció ser. Fue una “visión” así como nuestro Señor se la explicó a los discípulos cuando se bajaron del monte. En esta visión, como en todas las visiones, el irreal parece real. Fue exactamente así en la visión de Juan, en la Isla de Patmos, descrita en el libro del Apocalipsis. Él vio, oyó, habló; sin embargo las cosas que se le mostraron así en la visión no eran realidades, no eran animales de numerosas cabezas y numerosos cuernos, ni ángeles, copas y tronos, ni verdaderos dragones, etc. sino puramente y simplemente una *visión*. Y una visión era, a todas acepciones del término, tanto y aun realmente mejor adaptada a la intención perseguida que lo hubiera sido la realidad.

“EL PRIMERO DE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS”

Moisés y Elías no estaban presentes en persona en el monte, sino simplemente representados a los discípulos en la visión. Lo sabemos, no sólo por la declaración de nuestro Señor que era una “visión”, sino igualmente porque había dicho que nadie había subido al cielo (Juan 3:13; Hechos 2:34). Sabemos también que Moisés y Elías no habrían podido encontrarse allí, dado que no fueron resucitados de entre los muertos, porque nuestro Señor Jesús sí mismo era las “primicias de los que durmieron”, “primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.” —1 Cor. 15:20; Col. 1:18.

Además, el Apóstol a los Hebreos menciona claramente a Moisés y a los profetas (que incluiría a Elías) y su fidelidad en el pasado y su aceptación por Dios; pero él subraya que aún no habían recibido su recompensa, y que no la recibirían antes de que (la iglesia del evangelio) hayamos recibido la nuestra como coherederos de Cristo en su Reino. “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron [las bendiciones de] lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” —Heb. 11:39, 40.

Si, pues, la aparición de Moisés y de Elías con nuestro Señor fue simplemente una aparición, podemos con razón preguntar: ¿Qué significaba esta visión? Respondemos: era una escena que representaba el glorioso Reino de Cristo como lo había predicho nuestro Señor, y como lo había comprendido y expresado Pedro. En esta escena, los tres discípulos no tenían ningún papel. Eran testigos simplemente. Cristo era la figura central; sus rasgos característicos, sus trajes que brillaban con un lustre sobrenatural, representaban, de manera figurativa, las glorias que pertenecen a la naturaleza espiritual que nuestro Señor recibió en su resurrección, “la imagen misma de su sustancia”. Es la gloria espiritual que se representa en las visiones del Apocalipsis donde nuestro Señor se representa con ojos como llama de fuego, y sus pies semejantes al bronce “bruñido” (Apoc. 1:14, 15; 2:18). En el momento de su segundo advenimiento, nuestro Señor no será más de carne, porque, así como lo demostró, “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios”. Ahora es, y siempre será, un ser espiritual glorioso del orden más elevado — la naturaleza divina: la transfiguración tuvo como objetivo transmitir al entendimiento de sus discípulos una idea débil de la gloria infinitamente superior.

Moisés representaba a los vencedores fieles que precedieron a nuestro Señor y a quienes describe el Apóstol en Heb. 11:39, 40; no pueden *hacerse perfectos* antes de que el Reino esté establecido. Elías representaba a los vencedores de la Edad Evangélica. —Véase Vol. II, Cap. VIII.

LAS ALEGRÍAS PRESENTES DE LA NUEVA CREACIÓN

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.” —Juan 15:11 (véase notas de Darby).

Todos los que no comparten la manera de ver de los que forman la “casa de los hijos”, todos los que no se consagraron y que, por consiguiente, no se hicieron miembros de la Nueva Creación, el Sacerdocio real — considerando que los miembros mismos del cuerpo de Cristo, como su Señor, le han hecho al Señor y a su causa, una plena consagración de sí mismos y de todos sus intereses terrestres, son propensos a considerar que, en este sacrificio, toda alegría está perdida. Sin embargo, todos los miembros de la Nueva Creación saben que es lo contrario, y pueden demostrar que es un gran error. Si es verdad que ciertas alegrías terrestres, a las cuales uno estaba apegado en otro tiempo, son sacrificadas, una tras otra, son reemplazadas por alegrías celestes que compensan, y mucho más allá, la pérdida. Así como dice nuestro Señor: “Aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16:20). Hace falta que la Nueva Creación probase la copa amarga que el Señor bebió hasta las heces; es menester que todos los miembros de la Nueva Creación se compadezcan con las debilidades de la carne, que todos comprendan claramente cuán condenable es el pecado y sus frutos amargos, que todos sean puestos a prueba tocante a su lealtad hacia el Padre celestial y su buena voluntad de sacrificar todas las cosas terrestres si lo exigen el interés de su causa y la fidelidad a la justicia. Pero las bendiciones vienen a través de todas estas lágrimas, todas estas penas y todas estas decepciones — la bendición que da el discernimiento de la aprobación divina, la alegría superior a la del hombre natural, las alegrías del Señor en la compañía y la comunión con el Padre.

No podríamos probar tales alegrías si no tuviéramos nuestras esperanzas benditas. Si nuestras alegrías dependieran de las circunstancias de esta vida simplemente, estaríamos sin gozo, y como lo declaró el Apóstol, seríamos “más dignos de

conmiseración de todos los hombres” (1 Cor. 15:19). Es cuando la esperanza se arraigue firmemente en las preciosas y grandísimas promesas de la Palabra de Dios, que las alegrías nacen como flores en un desierto, vivificadas por nuestras lágrimas, flores de alegría y de bendición tales que el pobre mundo en su condición de desierto no pudiera producir o imaginar. Y lo mismo que nuestras alegrías dependen de nuestras esperanzas, dependen también de nuestras actividades. No es suficiente que una promesa se nos haya dejado, y que nuestra esperanza haya cogido la promesa. Según el arreglo divino, hace falta que la alegría que brota, que surge a través de las esperanzas y las perspectivas implantadas en nosotros, sea alimentada por la oración y por la actividad en el servicio del Señor. Nuestro Señor indica el parentesco estrecho entre la oración y la perpetuación de nuestras alegrías, diciendo:

**“PEDID, Y RECIBIRÉIS, PARA QUE VUESTRO GOZO
SEA CUMPLIDO”**

— Juan 16:24—

“En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”, declara el profeta (Sal. 16:11). Es porque la oración conduce el alma en la presencia del Señor que ella prepara el camino a la bendición divina y a las alegrías supremas. Es evidente que el acceso proporcionado a los hijos de Dios para acercarse al trono de la gracia, no se les concede para que traten de cambiar la voluntad o los planes de Dios. Tal pensamiento es incompatible con toda consideración razonable del tema; es por eso que el Señor nos enseña que la oración conveniente no consista en pedir que se haga nuestra voluntad, en oposición a la de Dios, sino que estemos plenamente sometidos a esta última. Respecto a algunos el Apóstol dice: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal”, es decir, según sus deseos y no de acuerdo con los arreglos y el plan divinos. —Santiago 4:3.

Es en el mismo orden de ideas que nuestro Señor dio esta advertencia: “No uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues,

semejantes a ellos; porque vuestro Padre *sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.*” “No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir, porque los gentiles buscan todas estas cosas, mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia [en armonía con él], y todas estas cosas os serán añadidas [por su Padre del cielo según su sabiduría].” (Mat. 6:7, 8, 25-34). Nuestro Señor dice otra vez: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” (Juan 15:7) Las condiciones siguientes son de primera importancia:

(1) Hace falta que el que presenta la oración esté en Cristo, es decir, que haya entrado en relación vital con él por la aceptación del mérito de su sacrificio de reconciliación y por una consagración a su voluntad y a su servicio, y más aún, que él continúe permaneciendo así en Cristo como miembro de su cuerpo, como miembro de la Nueva Creación, con el fin de gozar de los privilegios de la oración de los que acabamos de hablar.

(2) También es necesario que él deje que la Palabra del Señor permanezca en él; es menester que él participe en la Palabra de la verdad y de la gracia si quiere obtener la sabiduría necesaria para pedir, de acuerdo con la voluntad del Señor, las cosas que le gustaría conceder; de otro modo, aunque en Cristo, una Nueva Criatura, sus oraciones pudieran ser no atendidas a menudo, porque “pidió mal”. Sólo los que profesan estas dos calificaciones pueden esperar acercarse al trono de la gracia divina con plena confianza, con plena seguridad de fe que sus peticiones se atenderán — al debido tiempo de Dios. Sólo tales personas pueden experimentar una plenitud de alegría.

Según las Escrituras, la oración es la tentativa hecha para tener acceso a Dios y de entrar en comunión con él. Entonces, ¿quién puede acercarse al trono de la gracia celestial para “alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”? (Heb. 4:16). Respondemos, con el Apóstol, que el mundo en general no tiene este acceso, no tiene este privilegio de oración. Es bien verdad que millones de paganos ofrecen oraciones a la Divinidad con

diferentes concepciones sobre su naturaleza y su carácter, pero Dios no acepta sus oraciones. “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay [es necesario que le reconozca como El que existe por sí mismo], y que es galardonador de los que le buscan [que procuran conocerle, obedecerle, servirle]” (Heb. 11:6.). Cornelio fue uno de éstos; él reconocía al verdadero Dios y lo reverenciaba; él procuraba conocer su voluntad y hacerla; tan pronto como el plan divino había alcanzado la etapa necesaria de desarrollo para permitir que el favor de Dios se extendiera a los Gentiles, sus oraciones fueron atendidas y sus limosnas aceptadas. Sin embargo, no se le permitió tener la comunión con Dios en el sentido completo, en el sentido legítimo del término, sino recibió la instrucción de enviar a buscar a Pedro que le diría las “*palabras*” por las cuales podría salir de su condición de alienación y de separación para entrar en una condición de armonía y de filiación, a la cual tendría el privilegio de un hijo: el de tener acceso al Padre en el trono de la gracia divina.

Las ideas generalmente vagas que prevalecen concerniente a este tema, según las cuales quienquiera, dondequiera, cuando quiera y en cualesquiera condiciones, puede acercarse al trono de la gracia y tener acceso a él, son erróneas. Antes de emplear este privilegio de la comunión por la oración, fue necesario para Cornelio de oír *las palabras* de Pedro, de creer en ellas y de aceptarlas: estas palabras le explicaron la redención por la sangre de Cristo, la reconciliación así cumplida y el privilegio así concedido de ser adoptado [“introducido” —*Edit.*] en la familia de Dios. Un conocimiento semejante es también necesario para cada persona.

El apóstol Pablo expresa el mismo pensamiento, declarando que Cristo abrió para *nosotros* “un camino nuevo y vivo” o “un nuevo camino de vida”, a través del velo, es decir, su carne, con el fin de que podamos tener la audacia, como *hermanos*, de entrar en el lugar “santísimo” por la sangre de Jesús. Estos “hermanos”, emparentados con el gran Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios, son exhortados a acercarse “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe”, reconociendo que sus pecados y sus

iniquidades han sido cubiertos plenamente y que ellos mismos han sido aceptados plenamente por el Padre (Heb. 10:17-22). También es el mismo Apóstol que declara que somos *nosotros* que tenemos un sumo sacerdote capaz de compadecerse con nuestras debilidades, que somos *nosotros* que podemos acercarnos “pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. —Heb. 4:15, 16.

No obstante, si la clase consagrada sola, el subsacerdocio, la Nueva Creación, es animada así para acercarse al trono con coraje y confianza, es muy evidente que todos los que, [“hasta al ensayo” —*Edit.*] a cualquiera que sea el grado, pertenecen a la “familia de la fe” pueden, hasta cierto punto, gozar de los privilegios [“privilegios de dar las gracias y de alabar a Dios.” —*Edit.*] de la oración, del privilegio de dar las gracias y de alabar a Dios; ellos pueden regocijarse en la paz de Dios, y en la conciencia que sus pecados son perdonados gracias al mérito de la reconciliación. Sin embargo, ellos no tienen el privilegio de venir con audacia o de cualquier otra manera en el Santísimo. Sólo los consagrados, la Nueva Creación, los miembros del cuerpo del Sacerdote, tienen el privilegio de entrar en la presencia de Dios en oración en este sentido especial, y por consiguiente, sólo ellos pueden tener la plenitud de alegría que el Maestro ha prometido. Es por eso que, si no podemos sugerir aun a los incrédulos la oportunidad de la oración sino deberíamos primero instruirles con las “palabras” que Pedro instruyó a Cornelio, con el fin de que puedan conocer a aquel en quien deben creer antes de poder tener cualquier posición delante de Dios, podemos, sin embargo, animar a todos los que han creído en el Señor Jesús de orar al Padre, de dar las gracias y de dirigir sus súplicas mediante Jesucristo. A éstos, sin embargo, debemos dar a entender abiertamente que su posición de justificación [“al ensayo” —*Edit.*] por la fe no es el cumplimiento de la voluntad divina en ellos, sino simplemente el principio de la línea de conducta que hay que tener para acercarse a Dios — el primer paso en esta aproximación — y que el segundo paso de la plena consagración a la voluntad divina debe ser hecho por los que quieren gozar de los privilegios convenientes de la oración, de la

comunión con Dios y de la plenitud de alegría que se añade a eso.

Debemos destacar a éstos que si no tomen el segundo paso, esto implica una disposición de recibir la gracia de Dios [la justificación] en vano (2 Cor. 6:1). Después de haber gozado por un tiempo de los privilegios de la oración de este género, y al haberse negado de ir más lejos consagrándose plenamente al Señor, estas personas deberían sentir con razón una falta de seguridad concerniente a la oración: ellas deberían sentir que es inconveniente recibir continuamente los favores divinos y de pedir más, negando al Señor la consagración de su corazón — su servicio razonable. Lo mismo que la clase consagrada es designada en las Escrituras como la esposa de Cristo, así la familia de la fe en su conjunto representaría con razón a aquellos a quienes los privilegios de formar parte de la esposa son accesibles. La Nueva Creación, la esposa de Cristo, habiendo abandonado corazón, lengua, toda facultad y toda energía a su Señor y a su servicio, puede razonablemente y con gratitud aceptar de él las bendiciones, los privilegios, la protección, la dirección y los dones que le complació prometerle como aquella con quien él se casaría.

Cuando una mujer ha rechazado a un pretendiente y ha rehusado de darle su mano y su corazón, no puede razonablemente esperarse en lo sucesivo a él para recibir su ayuda, su protección, sus beneficios, sus privilegios y sus alegrías que ya le había ofrecido generosamente. Así, los que rechazan continuamente el favor divino hasta el punto de negarse a hacer la consagración de su pequeño todo al Señor, no podrían decentemente esperarse a él, o pedirle las bendiciones que ha prometido a los que le aman y que manifiestan su amor por su devoción, su consagración. Hay lugar de hacer una distinción nítida entre los que han aceptado simplemente el perdón de los pecados de las manos del Señor y los que se han servido de esta justificación y han ido a la consagración y a la plena comunión con el Señor. El hecho que estas líneas de separación establecidas por Dios entre las diversas clases de creyentes no se reconocen más claramente es una desventaja para las dos. La distinción entre los creyentes y los incrédulos debería definirse distintamente. Todos los primeros, pero no los segundos,

deberían considerarse como hermanos, “de la familia de la fe”. De nuevo se debe hacer una distinción muy nítida entre los creyentes que se consagraron y los que no lo hicieron: deberíamos reconocer a los primeros como la Iglesia, la Nueva Creación, el Sacerdocio real a quienes pertenecen todas las preciosas y grandísimas promesas.

Si estas distinciones se reconocieran claramente, esto sería a la ventaja (1) del mundo, trayéndolo a investigaciones más profundas y a una fe más tangible; (2) a la ventaja también de los creyentes no consagrados, haciéndolos a darse cuenta de que, a menos que prosigan hasta una plena consagración, no son herederos con los santos en ningún sentido de la palabra, o sea en las futuras glorias, o sea en los privilegios y las alegrías del presente. (3) Darse cuenta de esto también tendría, creemos, un efecto estimulante sobre los no consagrados, llevándolos más frecuentemente a tomar una decisión positiva, desembarazándose de sus ideas sin fundamento, según las cuales ellos suponen que basta con creer en Cristo sin consagración, para hacerse hijos de Dios y herederos, y tener el derecho a las promesas más ricas y divinas que tienen relación con la vida actual y con la futura vida.

No quisiéramos quebrar la caña ofendida, ni extinguir el pabilo que fuma, sino quisiéramos que las cañas ofendidas se dieran cuenta de que, si ellos quieren con razón tener parte en las bendiciones divinas, presentes o futuras, deben hacerse dignos del favor divino sometiéndose a las condiciones divinas; hace falta que ellos se consagren totalmente si no quieren ser más unas cañas ofendidas y hacerse útiles para el servicio del Señor. No quisiéramos extinguir la fe que se prepara en silencio sino atizarla para que se haga una llama de amor sagrado que causara una plena consagración de sí — un sacrificio completo, según la invitación divina, y de esta manera, conduciría a participar en las alegrías presentes y en las alegrías futuras.

Así como ya lo notamos,* el Apóstol declara que los hijos de los creyentes son contados con ellos como teniendo parte en la

* Véase Cap. VIII.

gracia divina de la justificación, como no siendo impíos e impuros, sino “justificados gratuitamente” [(“Justificados *al ensayo*.” —*Edit.*). Véase el Prólogo del Autor —*Trad.*]. Esta posición justificada y su relación estrecha con la protección y la providencia divinas, continúan desde el nacimiento hasta la edad de discernimiento; es evidente que estos hijos tienen con razón los privilegios de los justificados bajo la relación de la oración, también recibiendo en una proporción semejante las alegrías y las bendiciones que resultan de eso. Desde su infancia más tierna, deberíamos enseñarles a considerar al Todopoderoso, al Dios de sus padres, como su Dios, y desde su tierna infancia, deberíamos darles a comprender que si el padre (o la madre) ocupa una posición delante de Dios a través de Cristo, así, indirectamente, el hijo tiene su posición y su parentesco con Cristo a través de su padre (o de su madre). Entonces en cada hogar cristiano, podemos considerar en cierto sentido al padre o a la madre o a los dos, consagrados, como los sacerdotes de la familia, y animando con razón al hijo para orar al Señor, no debemos descuidar la lección que la familia y todos sus intereses y todos sus asuntos están bajo la vigilancia divina como familia, en consideración a su padre o a su madre, o de los dos, consagrados, miembros de la Nueva Creación. Deberíamos enseñar al hijo de aspirar ardientemente el momento donde el desarrollo de su entendimiento y de su juicio le permitirá con razón consagrarse totalmente al Señor y, así, tener parte en las alegrías y en los privilegios prometidos a los que actúan así.

Mientras que en el texto más arriba [Mat. 6:25-34], las Nuevas Criaturas en Cristo Jesús son exhortadas a no buscar las cosas terrestres, a no inquietarse respecto a éstas y a no orar por obtenerlas (de lo que vosotros comeréis, de lo que beberéis y de lo que seréis vestidos, sino de confiar todas estas cosas a la sabiduría y al amor del Padre), reciben instrucciones concernientes a una sola cosa por la cual será muy agradable para el Padre de oír las rezar y a propósito de la cual le será agradable responder generosamente. Esta única cosa que ellas deberían buscar muy especialmente y por la que deberían rezar muy especialmente, es el

Espíritu Santo — el espíritu de santidad, el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, el Espíritu de la Verdad, el espíritu de dominio propio, el espíritu de amor. He aquí lo que dice el Maestro: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” —Lucas 11:13.

Aquí, entonces tenemos una indicación clara concerniente a lo que debería ser el objeto esencial de nuestras oraciones, si deseamos que sean atendidas. Así es como debemos orar si no queremos pedir mal. Hace falta que fijemos nuestros afectos en las cosas de arriba, y no en las cosas de abajo, en el manto de la justicia de Cristo y en nuestros futuros trajes de gloria, cuando seremos semejantes a nuestro Señor y le veremos tal como es, más bien que en trajes terrestres. Nuestros afectos deben fijarse en el alimento espiritual — en el pan que se bajó del cielo, y en todas las promesas preciosas de Dios de las cuales Cristo es el centro y la sustancia. Es esto que debemos buscar, es esto que debemos apropiarnos, y es esto que debe ser, por consiguiente, lo esencial de nuestras oraciones. Así, nuestra vigilancia, nuestras oraciones y nuestras búsquedas diarias estarán en pleno acuerdo. Además, hace falta que las acciones de gracias tomen ampliamente el lugar de las peticiones a partir del momento en que aprendemos la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de las disposiciones tomadas tanto por la Nueva Creación como por nuestros bien amados según la carne y por todas las familias de la tierra. ¿Qué podríamos pedir además o mejor que lo que Dios ya ha prometido?

Es cierto que no podríamos pedir nada más que lo que ha sido prometido tocante a las futuras glorias de la Nueva Creación; no podríamos tampoco pedir más concerniente a las alegrías presentes de la misma clase. Todo lo que podría imaginar la razón, todas las necesidades, todas las cosas necesarias, todo ya ha sido previsto y preparado para nosotros — para que podamos tomarlos. Nos falta simplemente la sabiduría para saber cómo agarrar, cómo apropiarse estas disposiciones divinas. Dando las gracias, pues, pedimos simplemente la sabiduría y la gracia para tomar parte de ellas con el fin de que nuestra alegría pueda estar completa. En

consecuencia, hace falta que nuestras peticiones se hagan con vistas a obtener siempre más del Espíritu Santo — la sabiduría de lo alto.

¿Qué podríamos pedir además a favor del mundo que lo que la providencia divina ya ha previsto? ¡Nada! Los gloriosos “tiempos de la restauración” prometidos en la Palabra satisfacen y más allá todas las perspectivas o las esperanzas más grandiosas que hayan sido concebidas por los hombres más sabios. Entonces podemos agradecer solamente a Dios, reconocer su bondad, esforzarnos por cooperar con su obra y darnos cuenta de nuestra necesidad de sabiduría. Es por eso que somos invitados a pedir la ayuda del Espíritu Santo o el poder de Dios — “la sabiduría de lo alto”. “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5). Gracias a esta sabiduría, seremos hechos capaces de conducir a nosotros mismos, de hablar y de actuar, para hacernos útiles para otros. Pues, es en el sentido en lo que deberíamos orar; con el fin de que podamos cooperar con Dios según los caminos generosos y benévolos que él ya ha trazado, y de los cuales sería absurdo pedir su mejoramiento.

Este gran privilegio de tener acceso a Dios, de penetrar por la fe en el Santísimo, de acercarse al trono de la gracia, de obtener misericordia y socorro al tiempo oportuno, puede ser adaptado a todas las diferentes circunstancias que puedan rodearnos.

Este privilegio nos es personal, con el fin de que podamos, individualmente, en lo secreto de nuestra habitación, estar en la intimidad con el Señor y mantenernos con él. Por su misericordia, podemos probar esta comunión con él, esta separación de todo lo que puede distraernos, cuando nos retiramos efectivamente de la compañía de los demás. Donde esto sea imposible, y donde no se presente ninguna ocasión favorable de ponernos en rodillas y de elevar la misma voz por un murmullo débil, la Nueva Creación tiene el privilegio de tener acceso al Padre en una comunión mental. En la calle, si estamos en medio de la confusión y del tumulto, el corazón puede elevarse y buscar a la vez la sabiduría y la fuerza en el trono de la gracia. ¡Cuán benditos son estos

privilegios! Los que hacen más grande uso de eso sacan más provecho. Al contrario de las cosas terrestres, cuanto más hacemos un uso íntimo de estos privilegios, tanto más se nos hacen preciosos.

La oración en el círculo familiar, es que toda la familia se retire “en secreto”, en la presencia del Señor, lejos del mundo. Puede que siempre no sea posible, sino que cuando la ocasión favorable se presente, no hay que descuidarla. Si, sin embargo, no se presentan ocasiones favorables, el Señor tendrá en cuenta sin duda nuestra voluntad en lugar del cumplimiento y nos concederá bendiciones en consecuencia. La influencia del altar familiar y del incienso de la oración que sube de este altar hacia el Padre celestial, y el hecho de que reconocemos de esta manera su gracia, su misericordia, su poder y su bendición, nos proporcionará ciertamente una bendición en más, no sólo al Sacerdote real que sirve a su familia de esta manera, sino para cada miembro de esta familia. Un sentimiento de reverencia para con Dios, de responsabilidad hacia él y la comprensión de su solicitud protectora y todo el amor, acompañan a esta familia durante cada día. Y si, por la noche, aún sea posible reunirse para reconocer los favores divinos y para dar las gracias, la bendición sólo se aumentará, como lo hacía el aceite en la botija de la viuda a medida que se llenaba de eso vasija tras vasija. —2 Reyes 4:1-7.

La oración en la iglesia, es la familia del Señor retirándose “en secreto” de la presencia divina, lejos del mundo. Ella es de una necesidad vital para su progreso, su salud, su desarrollo espiritual. Si se la descuida, resultará ciertamente una pérdida de poder, una pérdida de privilegio y de servicio, y una pérdida correspondiente de alegría. Sin embargo, no probamos ninguna simpatía hacia el género de oración pública mencionada por un periódico de Boston, relatando una reunión religiosa. Se leía: “¡El Rev. Dr... hizo la oración más bella y más elocuente que jamás fuera ofrecida a un auditorio de Boston!” Hay demasiadas de estas oraciones dirigidas al auditorio en lugar de hacerlo a Dios. Las Escrituras no sólo animan oraciones en común y en voz alta entre el pueblo del Señor, sino que ellas subrayan que el que ora debería asociar su auditorio

con su ministerio y cumplir el servicio de manera que el que escucha pueda ser capaz de decir “Amen”, o sea en voz alta, o sea en su corazón. —1 Cor. 14:13-17.

Era la sabiduría de lo alto, el Espíritu Santo, que guiaba al apóstol Pablo cuando, aportando el evangelio a una nueva ciudad, buscaba a los que estaban reunidos en un lugar “donde solía hacerse la oración” (Hechos 16:13). Y es de hecho, también, que, a la vez el conocimiento y el amor de Dios abundan más entre los de su pueblo que oran unos por otros y unos con otros, con el fin de que su alegría pueda ser perfeccionada. Cualquiera que sea el número de reuniones que los hijos de Dios puedan tener para estudiar su Palabra y para edificarse mutuamente en la santísima fe, recomendamos de no considerar ningún servicio como decentemente comenzado si no se ha invocado en primer lugar la bendición del Señor sobre el estudio, y de no considerar ninguna reunión como convenientemente acabada si no se ha agradecido al Señor por el privilegio y la bendición de la cual ha gozado y para la bendición que él ha concedido, con el fin de que la Palabra de su gracia pueda verdaderamente ser un alimento para el corazón de los que lo han escuchado con el deseo sincero de conocer su voluntad y de hacerla.

LA FE, EL FRUTO DEL ESPÍRITU Y UNA PARTE DE LA HERENCIA ACTUAL DE LA NUEVA CREACIÓN

Es necesario que tengamos la fe antes de poder hacerse hijos de Dios si es que la alcanzamos — sí, antes de ser justificados — porque “somos justificados por la fe” antes de recibir la paz con Dios y el perdón de los pecados. Esta fe, que teníamos antes de recibir el Espíritu Santo no puede ser la fe que es el fruto del Espíritu — el don del Espíritu. La fe es la actividad, la ejecución de nuestro entendimiento (“mind”) tocante a Dios y sus promesas. Los que no pueden ejercer la confianza en Dios, o sea por ignorancia, o sea a causa de condiciones caídas del entendimiento, están en un estado donde les es imposible ser bendecidos según las disposiciones de la Edad Evangélica, pero no en un estado que les

privaría de participar en las bendiciones de la Edad venidera, la Edad milenaria. El llamamiento de la actual Edad Evangélica es para los que pueden andar y andarán por fe, y no por vista, y quienquiera que no puede o quiere andar así ahora no puede andar con Dios. “Sin fe es imposible agradar a Dios.” Quienquiera que no tenga esta fe para empezar no puede comenzar nada ahora, y aun si tenga la fe para empezar, a menos que no crezca y no se desarrolle, le faltará el poder de ser un vencedor, porque “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” —1 Juan 5:4.

Deberíamos darnos cuenta de la gran diferencia que existe entre la fe y la credulidad. Millones de individuos son crédulos, supersticiosos y añaden fe a miles de cosas irrazonables de las cuales no hay ninguna prueba suficiente. Pero esta gente supersticiosa que cree en lo que no deberían creer, no se encuentra solamente en países paganos. Millones de ellos llevan el nombre de “cristiano” y forman parte de una denominación. La superstición y la credulidad deben ser condenadas, censuradas, evitadas, vencidas. La fe verdadera debe ser animada, edificada, fortificada, cultivada. La fe de Dios es la fe, la confianza, la creencia, que edifica sobre las promesas divinas y no sobre las tradiciones, filosofías o las cosas imaginarias humanas.

Si creemos que Dios es lo que su nombre implica, El que existe por sí mismo, el Creador que es también todo poder, toda sabiduría, toda justicia y todo amor, y si creemos que él es el remunerador de los que le buscan diligentemente, resultará que le buscaremos, procuraremos entender y comprender su Palabra, y que conociéndola y comprendiéndola, tendremos confianza en ella, y teniendo confianza en ella, dirigiremos nuestro curso en la vida en consecuencia. Este comienzo de la fe, por el favor divino, se orienta hacia Cristo, el camino nuevo y vivo de “re-uniión” con Dios y de regreso a su favor. A medida que esta fe se fije en Jesús y se ejercite en obedecer, ella aumenta, y la bendición del Señor descansa en ella más alumbrándola de las condiciones que hay que cumplir para ser aceptado y hacerse un miembro de la Nueva Creación. La fe creciente capta las promesas de Dios: hacerse herederos de Dios y coherederos de Jesucristo el Señor y Redentor.

Resultan en una bendición del Espíritu, un engendramiento, una unción, la adopción [“la filiación.” —*Edit.*] como hijos.

Lo que resulta de eso luego, es una luz más grande que proviene del Candelabro de oro en el Santo, permitiendo al ojo de la fe de ver cosas que no se ven desde el exterior: reconocer el ministerio especial del sumo sacerdote respecto a la luz, a los panes de proposición, al incienso del Altar de oro y al Propiciatorio más allá del Velo. A medida que la fe viva y obediente capte estos diversos aspectos del favor y de la bendición divinas, tales que se revelan en la Palabra divina, se hace cada vez más fuerte, cada vez más clara, y se hace una parte elemental del nuevo entendimiento. De esta posición ventajosa, ella ve cosas que no podía ver anteriormente, lo que hace decir el Apóstol: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.” —1 Cor. 2:9.

Gracias a la Palabra de la promesa, ilustrada por el Espíritu, la fe discierne cosas muy grandes y preciosas, cosas celestes, las glorias a adquirir en la Primera Resurrección — el Reino que debe estar establecido entonces — el reino de justicia que aporta la bendición a todas las familias de la tierra — la subyugación del pecado y la destrucción de todo individuo y de toda cosa que no quieran cooperar con la gloria de Dios y de acuerdo con la ley divina del amor. La Nueva Criatura ve todo esto con el ojo de la fe, el ojo de la comprensión; el Apóstol nos asegura que este ojo puede contemplar muchas de estas cosas que no son claras ni distintas al hombre natural, porque “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” —1 Cor. 2:9, 10.

Esta fe engendrada por el Espíritu en cosas que aún no se ven, es una parte de la herencia actual de la Nueva Creación, y se asocia íntimamente con todas sus esperanzas y con todas sus alegrías, dando el único sabor anticipado posible de las “glorias venideras”. En realidad, como lo explica el Apóstol, es el fundamento sobre el cual edifican todas nuestras alegrías y todas nuestras esperanzas. “La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” Por ella, cosas que aún no se ven se hacen tan tangibles a

nuestro espíritu como aquellos que se ven; verdaderamente, dice el Apóstol, desde este punto de vista, aprendemos a considerar que las cosas que vemos con nuestros ojos naturales son temporales, mientras que aquellos que no vemos con nuestros ojos naturales, sino que contemplamos con los ojos de nuestra fe, son las cosas reales, tangibles y eternas.

¡Cuán necesaria es la fe para alcanzar y retener nuestra herencia presente, el sabor anticipado de las bendiciones venideras! Esto es demostrado claramente por el apóstol Santiago quien, después de haber dicho: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”, añade: “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.” (Santiago 1:5-8). El Apóstol muestra así cuán imposible es para alguien hacerse un vencedor sin hacerse fuerte en la fe. Es por eso que las Escrituras inculcan por todas partes el crecimiento en la fe, y todos los hijos de Dios necesitan orar como lo hicieron los apóstoles, “Señor, auméntanos la fe”, y orando así, necesitan emplear los medios que Dios indicó para que la oración sea atendida. Si su oración es sincera, ellos emplearán estos medios con ardor: ellos buscarán al Señor en la oración, procurarán conocer su Palabra y obedeciéndola, procurarán servir y encontrar allí la alegría, procurarán revestir todas las gracias del Espíritu; si tal es su actitud, su fe estará fuerte, llena de seguridad, y ellos “jamás caerán. Porque de esta manera les será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” — al debido tiempo. —2 Ped. 1:10, 11.

El Cántico de la Nueva Creación

MI VIDA es dicha y cantar,
Por fe si tengo pruebas.
La bienvenida oigo dar
A una creación la nueva.
Entre el tumulto y el luchar,
Se oye una nota dulce
Un eco en mi alma ha de encontrar,
¡Siempre cantar quisiera!

Nunca mi gozo ha de faltar,
Jesús mi Rey aún vive,
Nada mi calma ha de quitar
El con amor me sigue.
Seguro me hallo en mi luchar
Jesús es mi refugio;
¿Dejar pudiera en el confiar?,
¡Siempre cantar quisiera!

Nublado cielo no he de ver
Azul por fe, lo miro,
Dulce el camino ha de ser,
Pues tengo un tierno amigo.
La paz de Dios me ha de calmar,
Que como fuente brota,
Su nombre y trono me ha de dar,
¡Siempre cantar quisiera!

(Himno 179)

ESTUDIO XVII

LA HERENCIA DE LA NUEVA CREACIÓN EN LA RESURRECCIÓN

ES NECESARIO QUE EL OJO Y EL OÍDO DE LA FE SEAN EDUCADOS PARA APRECIAR CLARAMENTE LAS COSAS ESPIRITUALES — “ASÍ COMO EN ADÁN TODOS MUEREN, TAMBIÉN EN CRISTO TODOS SERÁN VIVIFICADOS” — LA RESURRECCIÓN DE VIDA QUE VIENE DESPUÉS DE LA PRIMERA RESURRECCIÓN — ANASTASIS — LEVANTAMIENTO O RESURRECCIÓN — NO UN JUICIO, O UNA PRUEBA, POR LOS PECADOS DEL PASADO: SINO OTRA PRUEBA POR LA VIDA — “ENCONTRADOS DIGNOS DE OBTENER LA RESURRECCIÓN” — CASTIGOS POR LOS PECADOS DE LA VIDA PRESENTE — “LOS PECADOS DE ALGUNOS HOMBRES SE HACEN PATENTES ANTES QUE ELLOS VENGAN A JUICIO” — “ASÍ TAMBIÉN ES LA [PRIMERA] RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS [DE UNA CLASE ESPECIAL]” — “AÚN NO SE HA MANIFESTADO LO QUE HEMOS DE SER” — “SEREMOS SEMEJANTES A ÉL”

Es sólo en la proporción donde el ojo de la fe y el oído de la fe son ejercidos por la Palabra divina, que las Nuevas Criaturas se hacen capaces de apreciar con nitidez la grandeza y las glorias de su futura herencia. Ellas aun no pueden comenzar a apreciarlas como hombres naturales ni pueden hacerlo hasta que se hayan hecho una plena consagración, y hayan recibido al Espíritu Santo como una prenda del futuro. Hasta este momento, aun después de que las (futuras) Nuevas Criaturas hayan venido en comunión con Dios por la fe y la justificación, su conocimiento del futuro es representado por aquel de los Levitas que, aunque eran adoradores y servidores aceptables del Tabernáculo, no estaban autorizados de entrar en él y de ofrecer incienso en su altar de oro, ni aun de contemplar su grandeza. Cualquier conocimiento que el Levita pudiera tener de las glorias del “Santo”, su candelabro de oro con su luz, su mesa de los panes de proposición, su altar de oro y su incienso, este conocimiento le fue dado por los sacerdotes consagrados que sólo tenían acceso a él.

Dirigiéndose a estos Sacerdotes reales de la Nueva Creación, el Apóstol muestra que aun con su adquisición más completa de

gracia, de conocimiento, de fe y de visión espiritual, ellos no serán capaces en la vida presente de saber con claridad las cosas del futuro, sino que siempre será necesario que las acepten por la fe. Él declara: “Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Esto satisface a los hijos de Dios, porque aunque no haya ninguna inconveniencia de su parte de procurar conocer detalles más amplios respecto a su cuerpo espiritual, a su forma, a su tamaño, a los elementos que le compondrán, etc. ellos pueden imaginar bien que las nuevas condiciones serán tan diferentes de las condiciones actuales que sobrepasarán toda comprensión humana, cualesquiera que sean los detalles de una descripción dada. Pero la cuestión entera es resuelta por la seguridad que se nos da de que la iglesia será semejante a su Señor, y que ella le verá, no como era en los días de su humillación, el hombre Cristo Jesús, ni tal como él apareció a los discípulos después de su resurrección, revestido de carne de diversas formas, con diversos trajes, sino que le verá “tal como él es”; ella contemplará su gloria, será semejante a él y participará en su gloria. Esto es suficiente.

Sin embargo, nosotros estamos felices que el Señor haya levantado ligeramente el velo, permitiéndonos echar una ojeada a las nuevas condiciones de nuestra futura herencia en la descripción de la Primera Resurrección que nos da el apóstol Pablo (1 Cor. 15:41-44). El capítulo entero presenta un interés profundo para cada uno de los miembros de la Nueva Creación, no sólo los versículos que se refieren a la Primera Resurrección por la cual la Iglesia — el rebaño pequeño, el Sacerdocio real será hecho perfecto y entrará en las alegrías del Señor, sino también a causa de sus sugerencias concernientes a la futura esperanza del mundo. En realidad, aunque el Apóstol dirige su epístola a los santos y no a otros, sin embargo, si hubiera descrito sólo la Primera Resurrección, habría podido justificar la opinión de ciertas personas que habrían podido suponer que no quedaba más bendiciones dignas de mencionarse para la humanidad, o sea habría podido justificar a otras personas en el pensamiento de que

la resurrección del mundo sería semejante a la primera y simplemente más tarde. El hecho de que ambas resurrecciones se mencionan es muy útil particularmente, porque corrobora el testimonio de las Escrituras de que Dios reservó para la iglesia una parte especial en el cielo — una parte espiritual — y que él tiene una porción terrestre que será revelada al debido tiempo, y ofrecida al mundo en general. Dado que esta relación que hay entre la Primera Resurrección de los santos y de los bienaventurados — la iglesia (Apoc. 20:6) y la resurrección posterior de todos los hombres que acepten eventualmente el favor de Dios, será oportuno que tomemos este tema tal que el Apóstol lo presenta, y que consideremos ambas resurrecciones.

**“PORQUE ASÍ COMO EN ADÁN TODOS MUEREN,
TAMBIÉN EN CRISTO TODOS SERÁN VIVIFICADOS”
—1 Cor. 15:22—**

Esta declaración sirve de una conclusión para la argumentación del Apóstol que la precede. Él está en discusión con algunas personas dispuestas a negar la resurrección de los muertos de la que él es el defensor. Él hace ver que sus pretensiones son irracionales, porque si los muertos no pueden resucitar, entonces Cristo no es resucitado de entre los muertos, y si Cristo no es resucitado de entre los muertos, no tenemos ni Salvador, ni Mediador* ni ayuda, y el caso de la iglesia y del mundo es desesperado. Siendo el salario del pecado la *muerte*, era necesario que Cristo *muriera* por nuestros pecados, según las Escrituras; pero si nunca fue resucitado de entre los muertos, nuestro caso es tan desesperado como si Cristo nunca se había propuesto rescatarnos, porque aun si la humanidad fuera liberada de la maldición debida a la transgresión de Adán, liberada de la sentencia de *muerte*, ella todavía estaría en una condición desesperada que necesitaría una restauración; para obtenerla, se necesitaría el Gran Médico, el gran Regenerador.

* “Abogado” —*Edit.* (En lugar de Mediador) —*Trad.*

Después de haber insistido con la energía más grande e imaginable en la necesidad de la resurrección de Cristo tanto como en su muerte, diciendo: “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” [1 Cor. 15:17], el Apóstol continúa tratando el tema al considerar la cuestión como siendo demostrada y cortada sin contestación posible, diciendo: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.”

Habiendo demostrado así su tema, y establecido la fe de sus lectores en la verdad de que la resurrección no sólo es posible, sino necesaria, y que la prueba se encuentra en el hecho de que nuestro Señor no pretendió simplemente que murió, sino que efectivamente “*murió* por nuestros pecados”, y que también efectivamente resucitó de entre los muertos, el Apóstol destaca que está sobre esta base de fe que tenemos el privilegio de creer que nuestra raza está muerta en Adán, y no está extinguida, no está muerta realmente, sino que está durmiendo. Tenemos el privilegio de esperar por estos muertos que, según la promesa del Señor, por la mañana (la mañana de la resurrección), todos ellos serán despertados de su sueño, y saldrán para conocer las condiciones más favorables que aquellas del tiempo presente: una condición en la cual Satanás no tendrá más el poder de la muerte, sino será atado, y en la cual el Redentor tendrá pleno poder y lo ejercerá liberando a los presos de la gran prisión de la muerte. Este levantamiento será para los que, bajo estas condiciones favorables, oirán (obedecerán) su voz, y andando por el camino de la santidad, más arriba, aún más arriba, siempre más arriba, fuera del valle de la sombra de la muerte hacia la perfección de vida, de paz y de bendición que su Creador había preparado al principio para ellos, pero que habían perdido por causa de la desobediencia de su padre Adán, y que reencontrarán gracias al mérito del segundo Adán, al obedecerle. Esto induce al Apóstol a declarar (versículo 21) que según el plan de Dios, “Por cuanto la muerte entró por un *hombre*, también por un *hombre* la resurrección de los muertos.” No se podría equivocarse en el pensamiento del Apóstol, a saber, que el

primer hombre por el cual vino la muerte fue Adán, y que el segundo hombre por el cual viene la resurrección es “Jesucristo, hombre” que, mientras estaba en la carne, declaró: “Es mi carne que daré por la vida del mundo.” Hablando de los resultados que debían tener este sacrificio, él también dice: “Soy la resurrección y la vida.” —Juan 6:51; 11:25

La traducción castellana de nuestras versiones en general vierten 1 Cor. 15:22 por: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”* (RV, LBLA). Esta traducción es manifiestamente errónea. Concebida en estos términos, está en oposición con otros pasajes bíblicos que *limitan* de manera distinta el número de los que serán *vivificados* por Cristo. Esta mala traducción favorece la doctrina de la salvación universal, en lo que parece implicar que el favor y la bendición de Dios por Cristo no tomarán, en ningún sentido del término, en consideración el carácter de aquellos a quienes se le dará la vida. Sin embargo, otros pasajes bíblicos declaran de manera muy clara, que no todos “tendrán la vida”, sino sólo los que “hacen la voluntad del Padre que está en los cielos”. Encontramos una declaración muy nítida respecto al tema en las palabras del Señor: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios *no tiene la vida.*” —1 Juan 5:12

Muchas personas, leyendo este texto, no captan toda la fuerza contenida en las palabras “serán *vivificados*”. Ellas creen que este pasaje significa simplemente un despertar del sueño de la muerte, pero su significado es mucho más ancho y más precioso que esto. La muerte que vino por Adán no era simplemente la pérdida de la pequeña “porción” de vida que el mundo posee hoy, sino la pérdida de la vida en su sentido más completo y en la más abundante medida, tal como la poseía Adán en calidad de

* NVI: “también en Cristo todos volverán a vivir”; CST: “pero todos los que son parte de la familia de Cristo volverán a vivir”; BLS: “gracias a Cristo, ahora podemos volver a vivir.”; *Biblia de Jerusalén*: “Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo”; DHH: “en Cristo todos tendrán vida”; BL95: “Todos mueren por estar incluidos en Adán, y todos también recibirán la vida en Cristo.”

representante de toda la familia humana. Lo mismo que “morir” significaba la pérdida de toda la vida y que la obra de muerte comenzó en Adán inmediatamente después de la sentencia, así “ser vivificados” significaría simplemente no una vuelta hacia la vida perfecta y fuera de la muerte, sino debería comprenderse como queriendo decir una restauración a la plena perfección de vida, tal como la poseía Adán antes del pecado, ser vivificados en el sentido de ser levantados fuera de la condición de la muerte. Conviene, examinando este texto, captar bien todo el significado de la palabra “vida”; y de recordar que, desde el punto de vista del Señor, toda la raza de Adán murió, no simplemente los que ya están en la tumba, sino también los que se encaminan allí. La estimación, por nuestro Señor, de la vida y de la muerte, es ilustrada por sus palabras: “Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos [y predica el evangelio]” (Mat. 8:22). Aquí los incrédulos siempre son considerados como muertos porque no tienen ninguna unión con el Dador de vida, mientras que los creyentes son considerados como vivientes aunque sean salvos aún sólo en esperanza, y que no puedan experimentar la liberación efectiva del poder de la muerte hasta la resurrección. —2 Cor. 1:10; Rom. 8:24

LA RESURRECCIÓN DE VIDA QUE VIENE DESPUÉS DE LA PRIMERA

Traducimos este texto [1 Cor. 15:22] apropiadamente cuando lo vertimos como sigue: “Así como todos los [que están] en Adán mueren, también todos los [que están] en Cristo serán vivificados.” Sólo los cuya vida provenía de Adán murieron a causa de su pecado. Satanás, aunque padre de la mentira y asesino desde el comienzo, no murió a causa del pecado de Adán porque no estaba en Adán cuando este último fue condenado a muerte; también los ángeles que no guardaron su primer estado no compartieron la muerte adámica porque no estaban *en Adán*. La sugerencia del Apóstol es que Adán era el padre o dador de vida, de una raza, y que por desobediencia, él y la raza que estaba en sus lomos, por decirlo así, heredaron condiciones de muerte que les precipitaron a

la tumba más o menos rápidamente. ¡Vaya! Así como todos los que estaban *en Adán* tuvieron parte en su sentencia y en su condena, también todos los que están *en Cristo* tendrán parte en el favor divino mediante él.

La raza de Adán estaba en él realmente y legalmente, no por elección, ni por voluntad, sino por naturaleza. Los que están *en Cristo* vienen en él por la gracia divina, individualmente y bajo condiciones. Según el arreglo divino, la *redención* de Adán de (“from”) la condena de muerte, tendrá finalmente su efecto sobre toda la raza hasta el punto de liberarla de la sentencia de muerte, y también de traerle la luz, el conocimiento y la ocasión favorable de venir *en Cristo*; sin embargo, sólo los que usen este privilegio y vengan en Cristo, serán *vivificados*, en toda acepción de esta palabra, sacados completamente de la muerte. La mujer de Adán provenía *de él* y es él quien era su representante tanto como aquel de los hijos que llevaba en sus lomos; así es con Cristo. Su esposa, o iglesia, se desarrolla primero y saca la vida de su vida, y más tarde, los humanos, despertados del “sueño” de la muerte y llevados al conocimiento de la Verdad durante el Milenio, tendrán el privilegio de venir *en él*, como “padre” por la consagración (Isaías 9:6), y si permanezcan en este parentesco, será para ellos el desarrollo hasta el pleno restablecimiento de la perfección humana — a todo lo que estuvo perdido en el primer Adán. Así, todos los que están *en Cristo* serán traídos a la perfección de vida — “*vivificados*” en el sentido absoluto y completo de la palabra. Por naturaleza, ellos estaban en el primer dador de vida, y fallaron por su caída. Pronto, se les concederá el privilegio de venir en el parentesco del segundo Adán, o el dador de vida, y si como hijos convenientes, obedezcan a su voz, ellos vivirán — serán vivificados.

Esta interpretación, a exclusión de toda otra, adapta el texto al contexto. El Apóstol persigue su argumentación: después de haber dicho “también a todos los que están en Cristo serán vivificados”, él añade: “Pero cada uno en su debido orden”. Él indica como el primer orden la iglesia, la esposa, el cuerpo de Cristo, “el Cristo”, “las primicias”, la Primera Resurrección (Fil. 3:10). Éstos entran

en parentesco con Cristo durante la actual Edad Evangélica bajo su “llamamiento superior”, y constituyen el “tesoro propio” de Cristo. Ellos deben recibir la vida sobre un plano especial con, además, la gloria, la honra y la inmortalidad contemplados aquí, y que se mostrarán más completamente más tarde.

“Luego”, declara el Apóstol, como hablando de un orden diferente, el resto de los que *se encuentren dignos de la vida* serán vivificados, o elevados completamente fuera del pecado y de la muerte. Esta elevación de esta segunda clase será la obra de la Edad milenaria; “*serán vivificados*” gradualmente hasta su plenitud a finales de este período. Habrá una excepción — tal vez más exactamente otra orden o grupo — serán los vencedores del período anterior del Pentecostés, los fieles Beneméritos de la Antigüedad a los cuales hace alusión el Apóstol (Heb. 11:39, 40). Éstos, habiendo sido aprobados por Dios, “alcanzaron buen testimonio” — su juicio ya habiendo sido efectuado, no será necesario que su restablecimiento *fuera de la muerte*, y a [“into”: en —*Trad.*] la vida sea gradual. Sus faltas han sido juzgadas. En consecuencia, su resurrección será instantánea, y sin embargo de una diferente orden o de una clase distinta de Cristo, Cabeza y cuerpo.

Siguiendo la resurrección a la plena perfección de espíritu (“mind”) y de cuerpos humanos de los Beneméritos de la Antigüedad, la primera orden del hombre natural, se nos permite esperar que la obra de la resurrección comience para las naciones o los pueblos vivos de la tierra en el momento del establecimiento del Reino: “vivos” según la expresión corriente, pero en realidad nueve décimos muertos. Aunque no estando en sus tumbas, desde el punto de vista divino hayan *muerto*, y el proceso de restauración (la dispensación de vida) comenzará inmediatamente con ellos. El Reino del Señor, obrando en el mundo y gobernándolo por leyes de justicia y de amor, se les demostrará claramente, y el conocimiento del Señor llenará toda la tierra para iluminarlos. Pues ellos tendrán una plena oportunidad de escoger la justicia, la obediencia y la vida eterna, o de escoger la iniquidad, la desobediencia y la Segunda Muerte. Sólo los que escojan la vida, obedeciendo la voz

del Hijo del Hombre y sometién dose a las exigencias del Reino para su elevación, alcanzarán la restauración completa, la plena perfección, la *vida*.

Después de que estos últimos hayan sido comenzados en el camino que lleva a la vida, algunos de los que están en la gran prisión de la muerte, la tumba, serán llamados a salir de eso, despertados, para ser tratados precisamente de la misma manera. A medida que el mundo esté dispuesto a recibirlos, otros, y otros más, saldrán de la tumba para gozar de estas ocasiones favorables y benditas de restauración, de resurrección de las cuales Dios proporcionó por su gracia, por medio de la redención que está en Cristo Jesús nuestro Señor. En todos los casos, sin embargo, la puesta a prueba será la misma: “Toda alma que no oiga [obedezca] a aquel profeta [Cristo], será desarraigada del pueblo [en la Segunda Muerte — no verá la *vida*]. [Hechos 3:23]. Quienquiera, al contrario, que oiga a este profeta, será levantado poco a poco, grado por grado, de la condición de muerte hasta que, en Cristo y plenamente sumisos a él, obtenga la *vida* en su plenitud, en su perfección.

Algunos plantearán la siguiente pregunta: ¿No será necesario que cada miembro de la familia humana descienda en la tumba antes de ser el objeto del poder de la resurrección? Respondemos que, para todos los que tengan parte en la Primera Resurrección, será necesario que sufran la muerte verdadera antes de participar en las bendiciones de esta resurrección, porque es una de las condiciones de su pacto, y porque la promesa que les hizo el Señor es la siguiente: “Sé fiel hasta la *muerte*, y yo te daré la corona de la vida” [Apoc. 2:10]. Era necesario que el Señor, el Jefe de nuestra salvación, no sólo hiciera una consagración hasta la muerte, como sacrificio vivo, sino que además, fue necesario también que completara esta consagración por una muerte efectiva. El mismo principio se aplica a la Iglesia entera que es su cuerpo y que debe “cumplir en su carne lo que falta [todavía a sufrir] de las aflicciones de Cristo” [Col. 1:24], con el fin de participar con él en la gloria y en la bendición de “su resurrección”, la Primera Resurrección. No obstante, en cuanto al mundo, no es necesario

que sus miembros desciendan primero en la tumba para participar en la restauración, en la resurrección, en el levantamiento.

Así como ya lo hemos visto, el mundo entero, desde el punto de vista divino, ha sido considerado como muerto desde el momento en que Adán fue condenado a causa de su desobediencia. El mundo entero está encarcelado al tiempo presente, trabado por debilidades mentales, físicas y morales. Hay diferentes cuartos en esta prisión, y aquellos que los hombres llaman vivos, pero a quienes Dios llama muertos (en faltas y pecados, azotados por la sentencia divina) están, por decirlo así, andando por el patio de la prisión, y todavía no han sido encerrados en sus celdas, la tumba; pero ellos están encarcelados y ninguno de ellos puede quebrar las cadenas de la muerte que los retienen. Si el carcelero recibiera el orden de soltar a todos los presos, comprendemos que este orden se aplicaría no sólo a los que están encerrados en sus celdas, sino a todos los que, de cualquier manera, están detrás de las barras de la prisión y bajo el poder y la guardia del carcelero. Es exactamente lo que pasa con la muerte, el gran carcelero. Se le confió la guardia de los millones de individuos de la raza que descansan en los sepulcros, y millones de otros humanos todavía están en libertad parcial en el patio de la prisión, pero son bien guardados firmemente, cumpliendo lo que deben hacer, gimiendo y padeciendo, esperando la liberación.

El Señor no da ningún detalle para explicar cómo los que han descendido en el recinto de la prisión de la tumba saldrán de eso con el fin de que puedan oír la voz del Hijo del Hombre, y que obedeciéndole, puedan vivir (Juan 5:25). No podemos de manera arbitraria indicar exactamente cuál será la naturaleza del procedimiento. Evidentemente, no es necesario para nosotros comprender los detalles. Sin embargo, es interesante para nosotros pensar en eso, y se nos permite suponer que no será ofensivo para el Señor de imaginar un poco cómo se celebrará esto. Ya expusimos brevemente* nuestra conjetura; cada uno de los que reciban favores será, a medida que crezca en conocimiento y en

* Vol. IV, Cap. XIII, p. 640, en inglés.

amor, deseoso de cooperar tanto como le será posible hacerlo, para la bendición de otros, en particular de los que le son próximos; el medio empleado en general para acercarse al Señor respecto a este tema será de orar y de hacer los preparativos necesarios con vistas a los despertamientos que se efectuarán. Suponemos que el mundo se dirigirá entonces al “Sacerdocio real” para ser socorrido en la enfermedad, etc. lo mismo que, en el tipo, los judíos se dirigían al sacerdocio mosaico. En consecuencia, la oración será la vía acostumbrada de las peticiones de bendiciones.

ANASTASIS — LEVANTAMIENTO O RESURRECCIÓN

El sentido verdadero de *resurrección*, como promesa colocada delante de nosotros en las Escrituras, ha estado perdido de vista muy generalmente, en parte porque este término es empleado de diversas maneras [tanto en español como en inglés —*Trad.*]. Por ejemplo, no es raro hablar de “resucitar” un artículo de confección que había sido puesto a un lado por cierto tiempo. [En español, se dice también “resucitar” para: despertar, hacer salir de su torpor; o figurativamente, reanimar, devolver fuerza; resucitar una doctrina, un comercio de amistad, una casa, etc. Figurativamente, resucitar a alguien: devolverle la esperanza, el coraje, la fuerza, etc.; véase Littré —*Trad.*]. Aproximando más al uso legítimo del término, muchos cristianos hablan de la *resurrección* de Lázaro, de la *resurrección* del hijo de la viuda de Naín, de la *resurrección* de la hija de Jairo, etc. dando a este término el mismo sentido que a las promesas bíblicas de la *resurrección* que deben efectuarse por la mañana de la Edad milenaria. Este error grave oscureció ampliamente toda concepción tocante a este tema importante. No es verdad que Lázaro y los que han sido mencionados fueron resucitados; fueron simplemente despertados, reanimados. Hay una gran diferencia entre un despertamiento simple y una plena y completa *resurrección*, fuera de la muerte, a la vida perfecta. Despertar significa simplemente

hacer funcionar de nuevo el organismo de la vida — reanimación* —y es todo lo que fue hecho para Lázaro o para el hijo de la viuda de Naín o para la hija de Jairo. Estuvieron todavía sometidos a la sentencia de muerte, y obtuvieron sólo una prolongación breve de las condiciones de la vida moribunda actual. No fueron levantados, librados de la muerte para entrar en condiciones de vida perfecta.

El término “resurrección”, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento en inglés [y también en español —*Trad.*] viene de la palabra griega ***anastasis*** en todos los casos excepto uno (Mat. 27:53, donde viene del griego ***egersis*** y debería ser vertido exactamente por *resurgencia*, o reanimación). El término ***anastasis*** que se encuentra cuarenta y tres veces en el Nuevo Testamento, significa *ponerse de pie de nuevo*, o *levantarse de nuevo*. Nunca lo empleamos para designar el levantamiento a una posición de pie de un cadáver en una tumba, no más que significa la simple vivificación o una puesta en marcha de nuevo del organismo de la vida. Él significa algo mucho más importante. Se emplea como la antítesis, o el opuesto, de la muerte — el restablecimiento fuera de la muerte. Para tener una idea exacta del significado del término ***anastasis***, hace falta primero que tengamos una idea exacta de lo que constituye la vida desde el punto de vista divino. Luego, debemos comprender lo que constituye el estado moribundo y la muerte; teniendo estos dos pensamientos bien presentes, nos es posible captar el pensamiento de resurrección, o de levantamiento fuera de la muerte para entrar en la plena perfección de vida de la cual todos nosotros caímos en Adán.

Hay sólo dos hombres que alguna vez hayan poseído la vida: el primero, Adán, antes de su transgresión, antes de que se le trajo la maldición o la sentencia de muerte y sus etapas progresivas de acción; y el segundo, el hombre Cristo Jesús. En el instante en que la sentencia de muerte fue pronunciada contra Adán, su vida estuvo perdida, el proceso de muerte comenzó su obra, Adán estaba en la *muerte*, pues no *vivía* más. Él se hundió cada vez más en la muerte hasta que, finalmente, estuviera completamente

* En el 13^o s.: “Resucitación” o “Resurgencia” (véase dict. *Le Robert* —*Trad.*)

muerto, como jurídicamente ya lo estaba tan pronto como la sentencia hubiera sido pronunciada. La posteridad de Adán nunca tuvo la vida, la chispa que vacila durante unos cuantos años no es considerada por Dios como vida, dado que la sentencia de muerte queda sobre todos, y que los que nacen en el mundo no reciben la vida en el sentido completo de este término, sino simplemente la vida moribunda. Así como esto ya ha sido demostrado, todo el mundo ya está muerto desde el punto de vista de la Justicia, y Dios reconoce como poseyendo la vida (hasta considerada como tal) sólo los que se han unido con el Hijo de Dios, o Redentor de los hombres, o Dador de vida.

Si se tiene bien en mente lo que constituye la vida y lo que constituye la vida moribunda (“dying”), si se acuerda de cuál elevación gloriosa y de cuál perfección de vida el hombre cayó en la condición presente de degradación y de muerte, entonces — y entonces solamente — se puede apreciar exactamente el sentido del término ***anastasis*** como queriendo decir un restablecimiento, *un levantamiento a la condición antes de la caída*, a la condición de perfección en la cual Adán fue creado. Es a esta condición de perfección que Dios se propone traer a todos los de los humanos que lo quieren a través de Cristo, con la condición de que, cuando sean traídos al conocimiento de la Verdad, ellos deberán aceptar el favor divino, y probar su lealtad por la obediencia al espíritu de la Ley divina.

Nunca empleamos el término ***anastasis*** a propósito del despertamiento simple de los muertos. Si se examina con cuidado los cuarenta y tres textos de las Escrituras en los cuales se encuentra este término ***anastasis***, se encontrará que todos están de acuerdo absoluto con la definición y el significado dados al término — un *restablecimiento*, un *recubrimiento* de (“from”) la muerte, un *entrada* de nuevo a la vida perfecta. Sólo un texto entre los cuarenta y tres podría considerarse oscuro por algunos: lo encontramos en Heb. 11:35. Allí, ***anastasis*** es vertido por “resurrección” [RV, LBLA, VM, etc.]. Leemos así la declaración entera: “Las mujeres recibieron sus muertos mediante *resurrección*”. Suponemos en general que el Apóstol hace alusión

aquí a dos mujeres cuyos hijos fueron reanimados, uno por el profeta Elías y el otro por el profeta Eliseo (1 Reyes 17:17-23; 2 Reyes 4:18-37). Estamos en desacuerdo con esta opinión por dos razones:

(1) Ella no concuerda con el significado del término ***anastasis*** indicado en los cuarenta y dos otros empleos de este término en el Nuevo Testamento.

(2) Porque tal interpretación no concordaría tampoco con los argumentos del Apóstol en Heb. 11. El argumento avanzado es la fe de los Beneméritos de la Antigüedad en Dios y en la futura resurrección que debería tener su recompensa después de la glorificación de la iglesia como lo especifica el versículo 40. La “mejor resurrección” que ellos podían esperar, y que constituía la base de su fe, es todavía futura, como lo declara el versículo 39 — ellos “no recibieron la promesa” — ellos no recibieron la recompensa; en consecuencia, todo *despertar* de los suyos que se habían dormido no fue la recompensa, no fue la promesa que buscaban. El Apóstol acababa de mencionar a Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, a Samuel y a los profetas que cumplieron cosas prodigiosas bajo el poder del Señor y de acuerdo con su fe, exponiendo y, en numerosos casos, sacrificando su vida en el servicio del Señor. Las mujeres tuvieron menos ocasiones favorables a este respecto, y sin embargo el Apóstol quería que supiéramos que en Israel, las mujeres, las madres y las hijas cuya fe en el Señor era tal que las conducía a simpatizar y a cooperar con los hombres que fueron comprometidos en estas guerras y en estos sacrificios, participaron en eso con sus maridos, sus hijos y sus padres; animándoles para permanecer fieles, ellas tomaron parte con ellos en los sacrificios de la fe, y por la fe consideraban el futuro y concibieron distintamente lo que sería la mejor resurrección en fin de cuentas, lo que el Señor les concedería a sus fieles. Considerando el futuro con el ojo de la fe, ellas recibieron *por fe* a sus muertos *devueltos a la vida*, o “por resurrección”. Y quién discutirá que, si la fe de Abrahán, cuando aceptó ofrecer a su hijo Isaac en sacrificio, fue agradable a Dios, la fe de las mujeres, madres y de las hijas de Israel plenamente penetradas del espíritu

de los hombres en los sufrimientos, las guerras, las tribulaciones, etc. ¿sería también agradable al Señor? ¿No indicaría esto que, si hubieran tenido las mismas aptitudes que los hombres, ellas también habrían sido valientes en el combate, fieles bajo las burlas crueles, los golpes, los lazos y los encarcelamientos, etc.? Tales mujeres (probablemente raras, como lo fueron los hombres que menciona el Apóstol) fueron sin duda alguna también aprobadas por el Señor y recibirán según toda probabilidad una parte en la “mejor resurrección” que reserva el Señor para estos beneméritos de la antigüedad.

Si ***anastasis*** significa levantamiento completo fuera de la muerte, esto no limita en ningún sentido del término el proceso para hacerlo o sea instantáneo, o sea gradual. En cuanto a la resurrección de nuestro Señor, está seguro que fue instantánea, de la muerte a la vida perfecta, mientras que, para el mundo en general, será una resurrección gradual, o un levantamiento a la vida, que requerirá una gran parte de los mil años destinados a esta obra de resurrección, o de restauración. ***Anastasis*** no cambia tampoco la naturaleza del ser que será levantada, porque el ser levantado será de la misma naturaleza que cuando murió. El Apóstol destaca este punto en el discurso que hace respecto a este tema, dándonos la seguridad que, en la resurrección, el Señor dará a cada semilla su especie de cuerpo apropiada (1 Cor. 15:35-38). Al haber muerto un ser *humano*, el proceso de la resurrección no cambiaría su naturaleza, según el sentido de este término ***anastasis***. Esto significa simplemente que el ser que murió es el mismo que será devuelto a la vida.

Aquí, observamos la armonía de la escritura que enseña: (1) que nuestro Señor Jesús cambió de naturaleza cuando dejó la gloria del Padre, se hizo un hombre, al tomar nuestra naturaleza; (2) que él cambió de nuevo de naturaleza cuando se sacrificó como ser humano y fue engendrado como Nueva Criatura *en el momento de su bautismo* a la edad de treinta años. Fue la Nueva Criatura, que no era terrestre sino celeste más en lo sucesivo, que fue resucitada el tercer día y recibió un cuerpo como complació al Padre darle — un cuerpo espiritual, un cuerpo de género apropiado. Fue

resucitado completamente de la muerte a la vida perfecta sobre el plano al cual había sido engendrado anteriormente. De manera similar, la iglesia, la Nueva Creación, sumisa y asociada con su Señor, la Cabeza (el Jefe), debe tener parte en la misma resurrección, y porque los miembros de la iglesia son considerados como miembros de su cuerpo, se dice que tienen parte en “su resurrección” — la Primera Resurrección (la principal, la más importante). También, “son engendrados de nuevo”, “engendrados por el Espíritu” como Nuevas Criaturas, de ahí su resurrección distinta.

El hombre natural, que no se hace una Nueva Criatura, que no hace la experiencia de un nuevo engendramiento a una nueva naturaleza, permanece un hombre natural, y su *anastasis*, o su restauración, significará su elevación como ser humano a la plena perfección de la naturaleza humana, a la que estuvo perdida representativamente por la raza entera en la persona de Adán. La “mejor resurrección” que, según el Apóstol, fue la esperanza de los beneméritos de la antigüedad, no será la Primera Resurrección; ésta está limitada a los que han sido llamados durante la Edad Evangélica — Cristo la Cabeza y la iglesia su cuerpo. La “mejor resurrección” que estos beneméritos de la antigüedad recibirán, superior a la de sus semejantes, será una resurrección instantánea a la perfección humana, al principio de la Edad milenaria, en lugar de una resurrección gradual “por juicios” durante esta Edad. Esto les permitirá ser los servidores honrados de Cristo, los servidores del Reino durante el Milenio y, como hombres perfectos, de hacerse “príncipes [jefes] sobre toda la tierra” (Sal. 45:16). Estos beneméritos tendrán el privilegio de aplicar las leyes del Reino, en calidad de agentes y de representantes del Cristo espiritual e invisible sobre los hombres. Su bendición, por encima de sus semejantes*, será doble: en primer lugar, en que su prueba se

* Los miembros de la Gran Muchedumbre (o la Gran Multitud —*Trad.*) aunque no puedan ser considerados como participantes en la Primera Resurrección, en su gloria, en su honra y en su inmortalidad, ni contados con los Beneméritos de la Antigüedad, deben, sin embargo, ser estimados como vencedores aun si su victoria

efectuó en el pasado, y que su perfección, que recibirán en recompensa, será instantánea, dándoles, a causa de esto, una ventaja de cerca mil años sobre los demás; y, en segundo lugar, porque, gracias a la providencia del Señor, esto les permitirá participar en el gran trabajo de restauración y de bendición, como los agentes o los intermediarios de la fase terrestre del Reino, por los cuales Cristo ejercerá sobre todos su poder.

El Anastasis del mundo en general dependerá, en el caso de cada individuo, de su propio progreso en el “gran camino de santidad.”* Así como lo explicó el Maestro: “Todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre y *saldrán*”. Pero esta salida es simplemente el despertar en el caso de aquellos cuyo juicio, o prueba, no haya sido pasado anteriormente con éxito, y como sólo los vencedores de la presente Edad Evangélica saldrán en la Primera Resurrección, y los vencedores de los tiempos pasados en una mejor resurrección sobre el plano humano, el resto del mundo saldrá, como lo declaró el Señor, a una resurrección de juicio. —Juan 5:29[†]

En Juan 5:25, nuestro Señor indica cómo debe cumplirse el paso de la muerte a la vida, diciendo: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la

se efectúa gracias a la gran tribulación. Como vencedores, deben ser considerados dignos de pasar de muerte a la vida, y por consiguiente, estar sometidos a una resurrección instantánea, y no gradual como en el caso del mundo cuya prueba es todavía futura.

* Vol. I, p. 210.

† Ciertas versiones vierten este pasaje por “resurrección de condenación” (RV, VM; Torres-Amat: “para ser condenados”; *Biblia Latinoamericana*: “irán a la condenación”; *Biblia en Lenguaje Sencillo*: “para ser castigados”). Es un error grave que contribuyó ampliamente a oscurecer la comprensión de muchas personas sobre el verdadero sentido de este pasaje. Numerosos son los que parecen deducir (de este error) que algunos serán resucitados simplemente para ser condenados o reprobados de nuevo. La verdad es exactamente lo contrario. El término vertido en este versículo por “condenación eterna” es la palabra griega *krisis* que se encuentra repetidas veces en el mismo capítulo y que la palabra “juicio” vierte exactamente. Así es como él debería ser traducido en este pasaje, como lo es en las versiones *La Biblia de las Américas*, *Nueva Biblia de los Hispanos*, *Scío*, *La Biblia de Jerusalén*, *Jünemann*, *EUNSA*.

oyeren vivirán.” Si tenemos presente que el mundo entero murió desde el punto de vista divino, vemos que los apóstoles y la iglesia primitiva fueron llamados de en medio de este mundo muerto, y como ellos formaban parte de él, recibieron la ocasión favorable de oír el mensaje de vida del Hijo de Dios. En la proporción donde prestaron atención, sus lazos de parentesco vital fueron más estrechos con el Dador de vida; y así todos los que se hicieron uno con él desde este día hasta ahora, han oído [obedecido] su voz, su mensaje, y en la medida en que han obedecido, ellos han entrado en su favor y tendrán parte en sus recompensas. En la próxima Edad, el procedimiento será semejante; “La tierra será llena del conocimiento de Jehová”, y “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová”. “Todos los que están en los sepulcros saldrán”, serán despertados con el fin de que puedan “oír la voz del Hijo de Dios, y los que oirán [obedecerán] vivirán”.

Así como para la iglesia del evangelio del tiempo actual, la voz del Hijo de Dios se oirá de manera gradual, línea sobre línea, precepto sobre precepto así será para el mundo durante la Edad milenaria. Los que obedezcan vendrán a apreciar de una manera cada vez más clara la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor, la justicia y las disposiciones de Dios. Sin embargo, los que obedezcan los mandamientos del gran Instructor entonces no estarán expuestos a las persecuciones y a las oposiciones como ahora son los que procuran seguir su Palabra; en efecto, en la próxima Edad, Satanás será atado y las leyes del Reino estarán vigentes, los que estarán de acuerdo con la justicia serán bendecidos y educados, y los que quisieran combatir contra el Reino y oponerse a su autoridad de cualquier manera, después de una prueba razonable, serán considerados como despreciando la gracia de Dios, y serán desarraigados de en medio del pueblo. —Hechos 3:23; Isaías 65:20

Vemos por lo tanto que la declaración que hizo nuestro Señor acerca de un despertamiento general de los muertos significa una gran bendición, el fruto de su obra redentora. Vemos que los que

hicieron lo bueno, que saldrán “en resurrección de vida”, es decir, que saldrán en la resurrección plenamente vivos, sólo pueden ser de las clases victoriosas: la iglesia, los beneméritos de la antigüedad y la gran muchedumbre. Es sólo estas clases que podemos decir que ellas hicieron lo bueno según la estimación de Dios, que recibieron la aprobación divina. No debemos comprender por la expresión “hacer lo bueno” actuar perfectamente, a la altura del ideal divino en pensamiento, en palabra y en acción, porque el Apóstol nos explica categóricamente que “no hay justo, ni aun uno” en todos estos puntos. La pureza de corazón, la rectitud de intención son las cualidades que permiten a cualquier de nosotros acercarnos lo más cerca posible a la justicia.

Todo el resto del mundo es comprendido en la expresión “los que hicieron lo malo”, que no han sido aceptados por Dios. Esto no encierra solamente a los que no fueron aceptables porque como paganos no conocieron al gran Mediador [Redentor —*Edit.*] y, a consecuencia, no tuvieron el privilegio de acercarse al Padre por él, sino también encierra a todos los que han oído hablar un poco de Jesús, que han comprendido algo tocante a su obra de reconciliación, y los que, poseyendo este conocimiento en diversos grados, no fueron sensibles a los privilegios y a las ocasiones favorables que se les ofrecieron, no se consagraron plenamente, completamente. Todos éstos, desde el punto de vista divino, “hicieron lo malo”; son desaprobados.

Observaremos en seguida que esta clase comprende a muchos de los “que son de gran estima entre los hombres” [Luc. 16:15], tanto en el seno de los sistemas de la iglesia nominal como fuera de ellos, muchos nobles, sabios, ricos, grandes, y eruditos. Desde entonces, nuestros corazones deben seguramente regocijarse de que el Señor proveyó el despertamiento de éstos también y que, aunque no “salgan” para una resurrección de vida, “saldrán” para tener la ocasión favorable de participar en la resurrección gradual por juicios con el fin de que, durante la Edad milenaria, el día de juicio^{*} o de prueba de mil años, puedan sostener sus pruebas en las

* Vol. I, p. 139

condiciones favorables tales como la Palabra de Dios las ha indicado.

Ellos oirán la voz del Hijo de Dios, y no la jerga de los credos que se contradicen unos a otros en las diferentes sectas de la cristiandad y del mundo. Será una lengua pura, o un mensaje puro que se les dará (Sof. 3:9). Todos sus ojos ciegos estarán abiertos; sus oídos sordos estarán abiertos; ellos oirán; ellos conocerán; será totalmente su propia culpa si ellos no saquen provecho del mensaje alegre, si no se aprovechen de los favores que Dios les ofrecerá por el Dador de vida, Cristo, para permitirles así poco a poco, de manera gradual, lograr victorias sobre sus debilidades y sus imperfecciones mentales, morales y físicas hasta el fin de su juicio, o el tiempo de prueba donde hayan alcanzado las condiciones de vida — la perfección — todo lo que estuvo perdido en Adán y rescatado por la sangre preciosa de Cristo.

NO UN JUICIO, O UNA PRUEBA, POR LOS PECADOS DEL PASADO, SINO OTRA PRUEBA POR LA VIDA

Debemos recordar que las pruebas y los ensayos que vendrán entonces en el mundo en general no tendrán el carácter del juicio al cual están sometidos actualmente los criminales, cuando el Tribunal y el jurado pasan a la criba las pruebas para darse cuenta si el acusado es culpable o no, y si lo es, cuál debería ser su castigo. No hay ninguna duda en cuanto a la culpabilidad de nuestra raza, y ninguna prueba (o juicio) se propone para asegurarse si el hombre era culpable o no de desobediencia hacia Dios, ni para verificar si el castigo de muerte infligido por Dios fue justo o no.

El juicio, o la prueba, de la Edad milenaria se efectuará sobre un modo de acción totalmente diferente y correspondería muy cerca al tratamiento de un hijo que su padre o su madre habría encontrado culpable y mereciendo una corrección, sobre quien esta corrección habría sido infligida y a quien, después de esta corrección, el padre o la madre le preguntaría: “¿Y ahora, reconoces tu culpa? ¿Reconoces que merecías la corrección que recibiste? Y en lo sucesivo, ¿estás dispuesto a ser más obediente?”

A la respuesta afirmativa del hijo, el padre o la madre podría decir: “¡Veremos! Voy a juzgarte, a ponerte a prueba o al ensayo durante el día, y si encuentro que te arrepientes sinceramente y que desees verdaderamente obedecerme, te admitiré de nuevo esta tarde en nuestra compañía y te concederé todos los privilegios que tenías antes de tu mala acción”. Tal será la naturaleza del juicio, o prueba, de la próxima Edad: será una prueba para determinar cuáles miembros del mundo culpable, quienes, después de haber sufrido el salario del pecado, la muerte, en el transcurso de los seis mil años en gemidos y dolores, hayan aprendido cuán condenable es el pecado, la gran bendición que acompaña la justicia, y deseen estar en conformidad con la voluntad de Dios en todo asunto.

Desde el principio de la próxima Edad, la obediencia será exigida, y sólo los que rehúsen positivamente a progresar serán desarraigados después de cien años de prueba; a los que hagan progreso, aun exterior, y que se conformen exteriormente a las leyes del Reino, se les permitirá continuar y recibir ocasiones favorables de crecer en gracia, en conocimiento y en amor. No obstante, al fin de la Edad milenaria, todos ellos pasarán una prueba crucial, no tocante a su conducta exterior que debería haber sido buena, si no, ya habrían sido desarraigados de la vida, en la Segunda Muerte. Este examen final se referirá a la *fidelidad* [o lealtad —*Trad.*] *de su corazón* a los principios de justicia. Sobre este punto, todos serán examinados, y todos los que no se encuentren totalmente leales y obedientes al Señor serán desarraigados en la Segunda Muerte: no se les permitirá gozar más tiempo de los favores divinos. ¡Pero cuán misericordioso es el arreglo así hecho por Dios! ¡Qué longanimidad este plan divino muestra de parte de nuestro Padre celestial y de nuestro Redentor para con los hijos de los hombres! Ciertamente, tal paciencia y tal indulgencia atraerán hacia el Señor a todos los que serán dignos de la vida eterna, y en cuanto a la destrucción de los demás, todos los que estén en armonía con el Señor estarán dispuestos a decir según la declaración inspirada: “¡Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos!” —Apoc. 16:7.

CONSIDERADOS DIGNOS DE TENER PARTE EN LA RESURRECCIÓN

Desde este punto de vista, discernimos un sentido en las palabras del Señor: “Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos” (Luc. 20:35). Son extremadamente pocos, un “rebaño pequeño” solamente, los que son considerados como dignos de tener parte en este venidero siglo (o mundo) y en la “mejor” resurrección antes del Milenio. La gran masa de humanos, incluso a los que el Señor dirigía estas palabras, saldrán para una “resurrección de juicio”, y entonces les incumbirá probar que son dignos de la vida perfecta, que sólo será tolerada más allá de la Edad milenaria en las Edades eternas venideras. Será permitido solamente a los obedientes *alcanzar* la resurrección, siendo plenamente levantados y habiendo salido completamente de la muerte por progreso y por los resultados adquiridos de manera gradual. Así como ya lo hemos visto, los que, entonces, anden sobre el gran camino de santidad, deberán “subir” constantemente. Será un camino ascendente y difícil, que exigirá esfuerzos y la victoria de parte de los que querrán recobrar todo lo que estuvo perdido — la perfección humana.

Al examinar minuciosamente este elemento característico del plan divino, estamos confundidos por su naturaleza razonable y lógica, y por las ventajas que él ofrecerá a todos por los cuales es preparado. Podemos, por ejemplo, discernir rápidamente que otro plan estaría en la desventaja de aquellos por los cuales las ventajas del Milenio están especialmente destinadas. Tome por ejemplo a Nerón. Suponga que se le dio una resurrección instantánea de vida, es decir, que hubiera “salido” de la tumba, perfecto mentalmente, moralmente y físicamente: no sería Nerón. Este ser perfecto no podría, en ningún sentido del término, identificarse con el Nerón del pasado, no más que los que fueron asociados con él no podrían identificarle. No podríamos tampoco imaginarlo “saliendo” perfecto en cuanto a su organismo humano, y todavía siendo imperfecto en entendimiento y en carácter. Todos los que han aprendido aun sólo los primeros principios de las leyes de

fisiología, deben darse cuenta inmediatamente de la absurdidad de tal proposición. Estas leyes nos enseñan muy claramente que el carácter y el organismo son uno, que un organismo perfecto es cierto indicio de un carácter perfecto. Sin embargo, si debiéramos, por ahora, admitir una u otra de estas proposiciones irrazonables, tendríamos que responder inmediatamente a la objeción que mil años sería un período demasiado largo para probar la obediencia o la desobediencia de un ser *perfecto*. Adán, como ser perfecto, tuvo una prueba muy breve por lo que podamos juzgar según las Escrituras.

Además, si nosotros pudiéramos imaginar al mundo perfecto y bajo prueba, nosotros seríamos obligados a imaginarlo también como sumiso a la ley perfecta, y como, siendo sin imperfecciones, igualmente sería sin pantalla alguna, o cubierta de debilidades, y por consiguiente, en la misma posición que tenía Adán al principio, en su prueba. Admitiendo este concepto de las cosas, no habría ninguna necesidad de tener el Reino de Cristo como Mediador y el reino de mil años. En efecto, la ley perfecta representa la justicia divina, la misma que se aplicó a Adán al principio, y la misma que debe pasar sobre la humanidad al fin, al cierre del Milenio, antes de que el mundo pueda ser aceptado por Dios en el favor eterno. Vemos por lo tanto que tales conceptos difieren totalmente del arreglo divino.

Ahora observemos la belleza, la armonía, el carácter razonable y la lógica del plan divino de una resurrección por juicios: (1) Los humanos que saldrían prácticamente en la misma condición mental y moral, y física que aquella en la cual entraron en la tumba, ellos reconocerían inmediatamente su propia identidad y la de otros. “Si el árbol cayere... allí quedará”, y el despertar, o la salida de la tumba estará como el fin de un sueño, la misma imagen que el Señor emplea no sólo a propósito del cuerpo de Cristo, sino que del mundo en general, cuyo futuro despertamiento, formando parte de su plan, se demuestra como el fin de un sueño. Lo mismo que el que se despierta se encuentra prácticamente en la misma condición que tenía cuando se durmió, pero con un poco más vigor, y que es capaz de recordar

rápidamente los acontecimientos y las circunstancias que precedieron su sueño, así creemos que tal será el caso para los humanos en general, cuando “oigan la voz del Hijo del Hombre y saldrán”.

No entendemos por ahí que ellos saldrán exactamente en las mismas condiciones físicas que las del momento de su muerte, porque esto implicaría una absurdidad. Por ejemplo, es inútil esperar que alguien cuyos pulmones hubieran sido destruidos poco a poco hasta su último soplo, vuelva jadeando y sin pulmones; el que ha sido decapitado no volverá sin cabeza, no más que el que había perdido brazos o pies o dedos o dedos del pie “saldrá” sin estos miembros. En ausencia de toda precisión en las Escrituras para guiar nuestro juicio, debemos suponer que los humanos saldrán con una salud y un vigor medio, como los por ejemplo que complació al Señor conceder a aquellos que curó durante su primer advenimiento. Aquellos que él curó entonces no recibieron una salud *perfecta*, si no, muchos de ellos habrían podido vivir durante siglos como lo hizo Adán perfecto. Debemos suponer más bien que estas curaciones ocasionaron la restauración de una salud y de unas fuerzas medias, y que será lo mismo durante el despertamiento, cuando la misma voz les llame del sueño de la muerte, con el fin de que puedan oír sus palabras y, por obediencia, “*alcanzar*” la vida eterna y sus perfecciones de entendimiento y del corazón; es con vistas al resultado que los tiempos de la restauración y las disciplinas, los juicios y las bendiciones del Reino han sido previstos.

El hilo de la vida que será recuperado justo al punto donde fue roto por la muerte, la trama de la experiencia será rápidamente renovada y se adaptará rápidamente a las nuevas condiciones, y durante este tiempo, el individuo no habrá perdido ni su identidad, ni estará perdido al mundo y al círculo social del que formó parte. Así las experiencias del pasado hechas con el pecado y el egoísmo constituirán un tesoro precioso de conocimientos que ayudarán en el futuro al que volvió a la vida a formar un buen juicio y a apreciar las ventajas del reino de la justicia y de la vida en contraste con el reino anterior del pecado y de la muerte. Será a su

ventaja también que ante todo debe aceptar a Cristo el Rey como su Redentor, reconocer su propia imperfección y su indignidad, apoyarse en el Dador de vida antes de poder tomar la partida en el gran camino de santidad. Será a su ventaja también estar obligado de tomar disposiciones para vencer sus propias debilidades, y para alcanzar la perfección que es el fin puesto delante de él.

Las lecciones así adquiridas de la experiencia serán grabadas profundamente en su memoria, en su carácter. Ellas lo prepararán y lo harán capaz de afrontar la prueba final con que se acabará la Edad milenaria, cuando se exija la *lealtad absoluta del corazón*. En el ínterin, sin embargo, sus imperfecciones no trabajarán a su detrimento, no serán un impedimento en su desarrollo, porque las exigencias de los jueces serán proporcionadas a su debilidad o a su fuerza de carácter. Todos estos jueces ahora son preparados por sus propias experiencias con el pecado y la debilidad para juzgar con simpatía y para ser verdaderamente compasivos. Tales experiencias por parte de los jueces no serían tan esenciales si no estuviera allí el plan divino de levantamiento gradual — “la resurrección de juicio”.

Esta manera de ver también está en completo acuerdo con la declaración divina hecha por la boca de Daniel, el profeta, a propósito de la resurrección: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna [duradera], y otros para vergüenza y confusión perpetua [duradera]”^{*} (Dan. 12:2). Vemos aquí la misma división de los despertados que nuestro Señor explica de manera más particular. Una clase es despertada a la vida en su pleno sentido, en su sentido completo; la otra clase es despertada, pero no lo es en la vida. Durante su despertamiento, ella todavía está en la muerte, porque no es aprobada por Dios, no tiene ningún lazo de vida con el Hijo. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” Los humanos, en general, “salen” por lo tanto

^{*} “lasting” (“*Olam*”): “la vida que dura en su plena perfección”; “la vergüenza eterna que dura así de largo tiempo como su imperfección” (véase *La Biblia Comentada —Trad.*)

con el fin de poder aprender el hecho que la *vida* y la *restauración* [o “restitución” —*Trad.*] han sido provistas por la gracia de Dios por medio del gran sacrificio de reconciliación; que el Dador de vida tomó su gran poder en toda su gloria, como Profeta, Sacerdote y Rey, y que viniendo en él, ellos pueden, gradualmente, grado por grado, alcanzar la vida.

La declaración que hace el profeta concerniente a esta segunda clase, a saber, la cual sale para el oprobio, para la vergüenza duradera*, es significativo. Si esta clase saliera perfecta, no estaría en una condición de oprobio y de vergüenza, porque la perfección es siempre admirable. Estas palabras atestiguan que esta clase sale imperfecta, y la explicación suplementaria que nos da nuestro Señor nos asegura que los individuos de esta clase salen en su imperfección con el fin de que puedan, si lo quieren, alcanzar la resurrección, la perfección, gracias a las pruebas o los juicios a los cuales estarán sometidos, su obediencia siendo recompensada, y su desobediencia siendo disciplinada y castigada.

Ya hemos tomado Nerón como ejemplo, y por cuanto él será seguramente uno de los que saldrán para el oprobio y la vergüenza duradera, se nos permite usarlo para otro ejemplo. Si recordamos que el despertamiento del mundo dormido no comience antes de que la generación actual del mundo haya sido traída, gracias al poder del Reino, a grado elevado de justicia y de inteligencia, captaremos rápidamente que Nerón mismo, a su despertar, se encontrará en medio de las condiciones sociales muy diferentes de las que prevalecían cuando murió. Él encontrará que los vicios que practicaba y cultivaba son despreciados profundamente y que las virtudes que huía y perseguía están fuertemente establecidas y gozan del favor general. Él se encontrará totalmente en desacuerdo con sus alrededores, mucho más que otros menos obstinados, menos depravados, menos viciosos, despreciables. Él se dará cuenta de que las páginas de la historia le hicieron conocer y que él es el objeto de un *desprecio* general a causa de sus abusos de poder y de medios — no sólo porque hizo morir a su propia madre, sino

* Véase nota precedente. —*Trad.*

también porque persiguió y torturó a los fieles del Señor.

Toda persona dispuesta al bien y a la virtud es obligada a tener en “desprecio” un carácter como ése, y en tales circunstancias, Nerón tendrá que sufrir una gran “vergüenza”. Sin embargo, él saldrá para una resurrección de juicio — con el fin de tener una ocasión favorable de *levantarse* de su condición de vergüenza y de oprobio, para alcanzar la plena perfección de la naturaleza humana. ¿En qué medida alcanzará la vida? ¿En qué medida alcanzará la resurrección que lo liberará de la muerte? Esto dependerá totalmente de él. Ante todo, hará falta que él conozca la Verdad; será necesario que él mismo se vea bajo su verdadera luz, que se compara con el hombre perfecto — tal como será representado en los beneméritos de la antigüedad, los “príncipes” de la próxima Edad. Será menester que él vea en aplicación las leyes de la justicia que él comparará con lo que haya conocido en otro tiempo de los efectos del reino del pecado y de la muerte. Si, entonces, él mantenga con determinación sus malas disposiciones, endurezca su corazón y rehúse a obedecer, hará falta que muera la Segunda Muerte, después de haber gozado de los privilegios y de las ocasiones favorables que el Señor le haya concedido, y después de haberlos rechazado.

Si, en cambio, él se humille, reconozca su pecado, se haga obediente a las leyes del Reino, comenzará inmediatamente su curso ascendente hacia la vida, hacia su resurrección o su levantamiento, con vistas a su liberación completa de los efectos de la caída. Si él continúe de esta manera “*subiendo*” el gran camino de la santidad, se liberará al mismo tiempo del “desprecio” de sus semejantes, y al mismo tiempo de la “vergüenza”. Porque, en efecto, no podemos dudar que, si hay alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepiente, haya también alegría sobre la tierra entre todos los que estén bien dispuestos cuando, de vez en cuando, vean a los pecadores apartarse de sus errores para obedecer al Señor. El desprecio justificado de esta gente bien dispuesta, con respecto al pecado y a su naturaleza abyecta, deberá dar lugar gradualmente a una apreciación compasiva de los esfuerzos hechos en el sentido de la justicia. De modo que si algún día Nerón se

hiciera obediente plenamente al Señor, y alcanzara la vida eterna en la “resurrección de juicio”, sería altamente respetado, y su pasado sería completamente olvidado. Así es al pensar en el apóstol Pablo, nosotros recordamos su abnegación noble y su fidelidad al Señor, separándole distintamente de Saúl, el perseguidor que él llamó “el primero de los pecadores” [1 Tim. 1:15].

CASTIGOS POR LOS PECADOS DE LA VIDA ACTUAL

Alguien plantea la pregunta: ¿No habrá castigos por los pecados del tiempo presente? Respondemos que la Justicia reprime seguramente cada pecado. Así como todos nosotros lo sabemos, el pecado de Adán ha sido castigado durante seis mil años, y es a causa del castigo que toda la creación gimió, estuvo con dolores de parto y se hundió en la muerte. Este pecado y todos los pecados que se añadieron a eso a causa de las debilidades y de la depravación que resultaba del pecado de Adán, todos son comprendidos en la expiación cumplida por el gran sacrificio por los pecados. Los pecados que ocasionarán un castigo suplementario serán los que no resultan directamente de la caída y de la depravación adámicas, los que fueron voluntarios en cierta medida. Hace falta que tales pecados voluntarios sean todos castigados, pero es evidente que nosotros no somos competentes, actualmente, para juzgar cuál castigo sería justo o razonable por estos pecados — totalmente o parcialmente voluntarios.

Es sin duda una de las razones por las cuales el Señor nos ordenó que “no juzguéis^{*} nada antes de tiempo”. Más tarde, el juicio estará en nuestras manos, así como está escrito: “¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?” — nuestro Señor siendo el jefe de estos jueces. Según la declaración de nuestro Señor, el que conoció la voluntad de su Maestro y no la hizo, recibirá muchos azotes, mientras que el que no la conoció y el que hizo cosas dignas de azotes será azotado poco (Luc. 12:47, 48). Esto nos

^{*} 1 Cor. 4:5; véase nota de Darby. —*Trad.*

señala que la culpabilidad del pecado voluntario será medida sobre todo por el conocimiento que tenemos del Señor y de su voluntad. Es por eso que la iglesia, y los que, durante la Edad Evangélica, recibieron la luz y experimentaron la influencia de la iglesia, serán considerados más responsables que otros. Nerón, que no formó parte de la iglesia y no ha sido engendrado por el Espíritu, y por lo tanto menos responsable, guardando las proporciones, que la iglesia, tuvo sin embargo numerosos contactos con los hijos de la luz; es por eso que se nos permite suponer que tuvo una gran parte de la responsabilidad en relación con sus crímenes.

“LOS PECADOS DE ALGUNOS HOMBRES SE HACEN PATENTES ANTES QUE ELLOS VENGAN A JUICIO”

Teniendo en cuenta, por los castigos de los pecados voluntarios, de la luz recibida, no debemos olvidar la declaración hecha por el Apóstol: “Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengán a juicio, mas a otros se les descubren después” (1 Tim. 5:24). No sabemos hasta qué punto los pecados de Nerón ya recibieron cierta medida de castigo; no sabemos hasta qué punto él sufrió mentalmente o físicamente; no sabemos hasta qué punto el castigo por sus pecados vendrá después y lo azotará durante la Edad del juicio. Para la discusión, supongamos que Nerón no había recibido ningún castigo especial en el pasado y que los azotes que él debe recibir vendrán más tarde, y preguntamos ¿qué será la naturaleza de la requisitoria levantada contra él y cómo le serán infligidos los azotes, o los castigos? No somos competentes para responder a estas preguntas sin hacer reservas, o condiciones, sino todos nosotros reconocemos un principio general que ya actúa en cada hombre, registrando los resultados de sus propias violaciones de su conciencia a pesar del conocimiento que tiene de los hechos. Comprendemos que, en la proporción donde la verdad, la luz, el conocimiento y la conciencia pueden ser violados, en la misma proporción el carácter es debilitado, y cuanto más el individuo persigue esta línea de conducta tanto más la restauración será difícil para él.

Podemos razonablemente considerar que Nerón debe haber debilitado de hecho gradualmente su carácter y su conciencia en una medida muy grande. Si por lo tanto, en su despertamiento, él “sale” como murió, simplemente para tener una ocasión favorable de desarrollarse, podemos comprender muy rápidamente que cada paso que hizo en la degradación durante su vida, cada violación de conciencia, cada oposición abierta a la justicia, dañaron su carácter. Si nunca es vencedor, esto estará al precio de un esfuerzo proporcionado al daño cometido para volver a montar la pendiente y para reconstruir esta parte del carácter que destruyó con tanta locura. No nos incumbe decir que esto y esto solamente será lo que constituirá el castigo por los pecados de la Edad presente, sino que nos parece razonable si esto sea el caso. De toda manera, estamos contentos quedarse allí, algunas de las decisiones que tomará la iglesia glorificada serán plenamente aprobadas por todos los que posean el Espíritu del Señor. No podemos suponer que nuestro Señor tomará placer en devolver el mal por el mal o en infligir sufrimientos, aun a los humanos más innobles, sino que el veredicto de la gran Corte suprema ya pronunciado será mantenido, a saber: “El salario del pecado es la muerte” — la Segunda Muerte.

**“ASÍ TAMBIÉN ES LA RESURRECCIÓN [PRINCIPAL] DE
LOS MUERTOS [DE UNA CLASE ESPECIAL]”
—1 Cor. 15:42—**

Llamamos la resurrección de la iglesia la Primera Resurrección, no en el sentido de prioridad (aunque tenga esta prioridad), pero en el de ser la principal, la mejor, la más elevada. Ya hemos visto que hay órdenes distintas en la resurrección: tres de ellas son *para la vida*, para la perfección, aunque sobre planos diferentes de existencia (la iglesia que ocupa el primer lugar, la “gran muchedumbre” y los beneméritos de la antigüedad siguiendo en orden) y que luego, vendrá en último lugar la resurrección general del mundo, abierta a toda la humanidad, a todos los que acepten las disposiciones y los arreglos divinos; será la resurrección de [o “para” —*Trad.*] juicio que se acabará sólo al fin

de la Edad milenaria. En este sentido del término, será realmente un hecho que “los otros muertos” no volvieron a vivir “hasta que se cumplieron mil años”: ellos no tendrán en absoluto la vida en su pleno sentido, en su sentido exacto y completo; no serán levantados completamente *fuera de la muerte* hasta este momento. Desde este punto de vista, el pasaje apócrifo de Apoc. 20:5* se encuentra en completo acuerdo con el conjunto de la Escritura. Todas estas resurrecciones posteriores a la primera (a la principal) sin duda alguna estarán sometidas al poder y a la dirección de la iglesia glorificada cuyo Jefe (Cabeza) glorioso recibió del Padre todo poder y toda autoridad en este propósito.

Después de haber examinado la obra de resurrección cumplida por la iglesia para otros, ahora consideremos lo que las Escrituras tienen para mostrar en particular concerniente a la Primera Resurrección. ¿Con qué cuerpos saldrá la Nueva Creación? ¿Qué serán algunas de sus cualidades y sus facultades?

El Apóstol declara: “Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales” (1 Cor. 15:48). Comprendemos por estas palabras que el mundo en general que será establecido a la perfección humana será como el terrestre, como el primer Adán, antes de su transgresión, y como era el perfecto “hombre Cristo Jesús” antes de su engendramiento a una nueva naturaleza. Nos regocijamos con el mundo de esta grandiosa perspectiva de las imágenes terrestres perfectas y completas del divino Creador. Sin embargo, nos regocijamos más todavía de las promesas preciosas hechas a la iglesia del evangelio, “los llamados” según la intención divina, que deben llevar la imagen del celestial, la imagen del Creador, en un sentido aún más elevado y más particular: no siendo imágenes carnales, sino imágenes espirituales. “Seremos semejantes a él [a él, el Jesús “cambiado”,

* Ya enfocamos la atención en el hecho de que la proposición “Los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”, no se encuentra en los manuscritos anteriores al quinto siglo; sin embargo, ella está en pleno acuerdo con lo que presentamos aquí porque la expresión “no volvieron a vivir” debería comprenderse como teniendo relación no con el despertamiento sino con la plena restauración a la vida, al grado de perfección. Véase la nota del Vol. I, p. 295.

glorificado], porque le veremos *tal como él es*.” Es un ser espiritual, “*la imagen misma de la persona del Padre*”, “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra”, y por consiguiente bien por encima de la naturaleza humana perfecta. Si seremos semejantes a él y si participamos en su gloria y en su naturaleza, esto significa que nosotros también, seremos las imágenes de la persona del Padre, “que habita en luz inaccesible; a quien *ninguno* de los hombres ha visto ni puede ver”, pero a quien podremos acercarnos y que podremos ver tal como es, porque nosotros habremos sido “cambiados”. —1 Juan 3:2; 1 Tim. 1:17; 6:16; Éxodo 33:20

Por miedo de ser mal comprendido, el Apóstol completa la declaración hecha más arriba añadiendo: “Así como *nosotros* [la iglesia] hemos traído la imagen del terrenal [Adán], *traeremos* también la imagen del celestial [Cristo glorificado].”^{*} La idea del Apóstol no es que todos llevarán la imagen de aquel que es celestial en este sentido por lo menos. Tal no fue la intención de nuestro Creador. Cuando creó al hombre, esto fue con la intención de tener un ser *terrestre, humano y carnal*, a su propia semejanza [mental y moral], que sea el señor y el soberano de la tierra, como el representante de su Creador (Gén. 1:26-28; Sal. 8:4-7). La elección de los miembros de la Nueva Creación, como lo hemos visto, es totalmente separada y aparte de la creación terrestre. Son escogidos *de en medio* del mundo, y constituyen en total sólo un “rebaño pequeño”, llamado a ser la clase del Reino del Señor para bendecir al mundo durante los mil años de la Edad milenaria; podemos estar seguros que, más tarde, esta clase ocupará una posición muy elevada, llena de responsabilidades, y hará un trabajo muy importante en la realización de los propósitos divinos posteriores — tal vez relativos a otros mundos y a otras creaciones.

Sin embargo, el Apóstol refuerza su pensamiento explicando lo que precede (versículo 50): “Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.” De esta manera, él hace la

^{*} Véase *La Biblia Comentada*. —Trad.

distinción entre nuestra condición presente en la carne y nuestra condición futura como seres espirituales; él declara de manera más positiva que, mientras estamos en la carne, no podremos constituir el Reino del Señor en ningún sentido real, porque este Reino debe ser espiritual, constado de seres espirituales. Nuestro mismo Señor, la Cabeza, el Jefe, el conductor, el ejemplo dado a su iglesia, es el glorioso ser espiritual que fue concedido al apóstol Pablo de entrever (1 Cor. 15:8), y del cual el apóstol Juan tuvo el privilegio de tener una visión en su Apocalipsis. “Nosotros seremos semejantes a él” — no de carne y de sangre como el resto de los humanos de en medio de los que hemos sido escogidos y de entre los que la restauración, o la resurrección por juicios, devolverá en las condiciones perfectas de la carne y de la sangre, así como los mismos tiempos de restauración traerán la tierra a la condición representada por el Jardín de Edén en el principio.

Sin embargo, el Apóstol reconocía el hecho que nos sería difícil de captar plenamente la idea de un *cambio* tan radical de la iglesia, pasando de las condiciones carnales y terrestres a las condiciones celestes y espirituales. Él se daba cuenta de que nos sería menos difícil de comprender lo que pasaría con los miembros de la iglesia dormidos en la muerte que con los que serán vivos y se habrían quedado para la presencia del Señor. Nos es mucho más fácil de captar la idea que los que duermen serán resucitados en nuevos cuerpos espirituales, tales como el Señor prometió dárnoslos, que de captar la manera en la que los de los santos que viven en la época de la segunda presencia del Señor serán aceptados por él en su Reino de espíritus. Por la boca del Apóstol, el Señor devuelve esto muy claro para nosotros, diciendo: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” — la séptima trompeta. —1 Cor. 15:51, 52

Mientras que el Señor, por medio del Apóstol, disipó, en cierta medida, un misterio por estas palabras, sin embargo desde este tiempo, una medida importante de misterio también ha oscurecido esta explicación clara; muchos de los queridos hijos del Señor confundieron, en efecto, la palabra “dormir” con la palabra

“morir”, y supuso equivocándose en la explicación, que los santos que se quedarían en el momento de la presencia del Señor serían cambiados sin morir, lo que no dice en absoluto el Apóstol. Tome el caso de los apóstoles, por ejemplo; ellos murieron, y desde su muerte, fueron considerados como estar “dormidos” hasta el momento de su resurrección; el hecho de morir fue de corta duración, mientras que el sueño, o la inconsciencia, continuó durante siglos.

Es el pensamiento de la palabra “dormir” que hay que asociar con las palabras del Apóstol, si se quiere comprenderlas, a saber, que no será necesario que los hijos del Señor que todavía vivirán al tiempo de su segunda presencia *se duerman* en la misma muerte inconsciente por un instante. Sin embargo, ellos *morirán*, como lo declara el Señor por el profeta, hablando de la iglesia: “Yo dije: Vosotros sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis, y como *cualquiera* de los príncipes caeréis” (Sal. 82:6, 7). Los humanos en general mueren como el príncipe Adán, siendo sus hijos, que tienen parte en su sentencia, pero los fieles en Cristo Jesús mueren con él, con el príncipe Jesús (Isaías 9:6; Hechos 3:15; 5:31). Justificados gracias a su sacrificio, se hacen *muertos con él*, como sus cosacrificadores. Ellos “caen” en la muerte en sacrificio, como el segundo Príncipe. “Si somos *muertos con él*, también *viviremos con él*”. Pero, como el Apóstol nos hace ver, su muerte no significará el *sueño* de la inconsciencia: ahora mismo cuando ellos mueran, “serán cambiados”, o revestidos de la morada celestial, el cuerpo espiritual.

El “cambio” que experimentarán los miembros de la iglesia que todavía vivirán en el momento de la presencia del Señor, es presentado así como formando parte en todo sentido del término de la Primera Resurrección. Él no diferirá en nada de la experiencia de la muerte que debe ser común a todos los miembros del solo cuerpo. El único punto de diferencia entre otros miembros del cuerpo y éstos será lo que el Apóstol especifica: ellos no “*dormirán*”. Estos últimos miembros del cuerpo no necesitarán dormir, ni esperar la llegada del Reino, porque entonces ya estará establecido. Ellos pasarán inmediatamente de las actividades de

servicio de este lado del velo en la carne a las actividades de servicio al otro lado del velo en su condición de Nuevas Criaturas perfectas, de miembros del Cristo.

“AÚN NO SE HA MANIFESTADO LO QUE HEMOS DE SER”

En cuanto a las facultades y las cualidades de las Nuevas Criaturas traídas a la perfección, el Apóstol nos dice que estas últimas no tendrán todo el mismo *grado* de gloria aunque tengan todo el mismo género de gloria: todas serán de los seres celestiales y divinos. Habrá una sola gloria común a todos estos seres celestiales, y otra gloria común a los seres humanos, o terrestres. Cada uno, en su perfección, será glorioso, pero las glorias de los seres celestiales serán superiores, transcendentales. Las Escrituras nos dicen que la iglesia como todo “resplandecerá como el sol” (Mat. 13:43). Esta descripción, hecha por nuestro mismo Señor, de la futura gloria, se aplica a todos los que forman parte de la clase del “trigo”; no obstante, a la luz de la explicación del Apóstol (versículo 41), comprendemos que desde el punto de vista individual, habrá diferencias en las posiciones y los honores de la iglesia. Todos serán perfectos, todos estarán felices al grado supremo, pero como el Padre es por encima de todos, y como él exaltó al Hijo para estar inmediatamente después de él, y como esto indica diferencias de gloria, de majestad, y de autoridad, así, entre los discípulos del Señor que, todos son aceptables, habrá diferencias de rangos, “pues una estrella es diferente de otra en gloria” en grandeza y en esplendor. —1 Cor. 15:41

En dos de sus parábolas, nuestro Señor da a entender que hay la misma diferencia entre sus discípulos glorificados. El que había sido fiel con cinco talentos debía ser especialmente felicitado al regreso del Señor, mientras que los otros fieles que tenían un menor número de talentos debían ser recompensados en proporción. El que había sido fiel en el empleo de su mina hasta el punto de ganar diez, debía recibir la gobernación de diez ciudades, y el que había sido fiel en el empleo de su mina hasta el punto de ganar

cinco, tendría en esta proporción un crecimiento de talentos, de bendiciones, de ocasiones favorables y de autoridad. —Mat. 25:14-30; Luc. 19:11-27

No debemos asombrarnos de esto, porque mirando en el pasado, vemos que, si el Señor escogió a doce apóstoles y les amó a todos, sin embargo, hubo tres entre ellos que él amó especialmente, y que, en diversas ocasiones, se encontraron más cerca de él y en relaciones aún más confidenciales que otras. Podemos estar seguros también que cuando se abra el “Libro de la vida” y cuando se atribuyan los lugares más cercanos al Maestro sobre el trono, los que se encontrarán a su diestra, y los que se encontrarán a su siniestra, pues los más cercanos a su persona, serán reconocidos como dignos del honor y de la distinción que se les hayan concedido (Mat. 10:41). No estaríamos sorprendidos en absoluto de encontrar al apóstol Pablo inmediatamente cerca del Maestro, y tal vez Juan del otro lado. No se trata de emplazamiento, o de puesto sobre un asiento — trono — sino de una intimidad de relación en poder y en majestad en el Reino. Podemos estar seguros de que todos los que constituyan el “rebaño pequeño” serán llenos del Espíritu del Señor hasta tal punto que, en cuanto al honor, serán los primeros de devolverlo a otros; también podemos estar seguros que no habrá ningún celo, sino que el juicio divino tocante a la dignidad de cada uno será plenamente aprobado por toda la Nueva Creación. Ya es así actualmente y podemos esperar que lo sea mucho más todavía de ahora en adelante. Para el tiempo presente, leemos que “Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso”, y todos los que están en armonía con el Señor, procuran continuamente, no cambiar el arreglo divino, sino reconocerlo y trabajar de acuerdo con él. Así será seguramente en el futuro también.

Describiendo las diferencias que existen entre las condiciones presentes y las del futuro, el Apóstol dice [1 Cor. 15:42]: “[El]^{*} se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.” “Él”^{*},

* “El” es el pronombre neutro en inglés, mientras que en español, lo vertimos por “ella” para “Nueva Criatura”.

representa la Nueva Criatura cuya existencia comenzó en el momento de la consagración y el engendramiento por el Espíritu. La Nueva Criatura que está desarrollando y procurando dominar la carne, y hacerla su siervo, de acuerdo con la voluntad divina, la Nueva Criatura de la que se dice que ella vivió en la carne como el tabernáculo, esperando tener un nuevo cuerpo. “Él” [ella, en español —*Trad.*] se siembra corruptible, en un cuerpo corruptible; “El” [ella, en español —*Trad.*] descendió en la muerte, y sin embargo “Él” [ella] no es representada como habiendo muerta, sino simplemente como dormida mientras que su tabernáculo terrestre fue destruido. Es el mismo “él” [ella], la Nueva Criatura, que debe ser revestida de la morada celestial, el cuerpo espiritual, en la Primera Resurrección.

Este cuerpo espiritual en el cual “Él” [ella] se resucita, será, según la declaración del Apóstol, un cuerpo incorruptible, es decir, que no puede corromper, que no puede morir. La palabra vertida aquí por incorruptibilidad es *afdsarsia*, y significa lo que está a *prueba de muerte*^{*}, que no puede corromper o morir o desaparecer. Es la misma palabra vertida por “*incorruptibilidad*” en los versículos 50, 53 y 54 de este capítulo, y [pero —ed. 1937] la misma palabra que es [mal —ed. 1937] vertida por “*inmortalidad*” en Rom. 2:7 y también en 2 Tim. 1:10 [bien vertida por “*incorruptibilidad*” en la versión Darby que hace bien la diferencia entre “*incorruptibilidad*” e “*inmortalidad*” —*Trad.*].

Esta declaración según la cual nuestros cuerpos espirituales serán incorruptibles, inmortales, es de una importancia considerable, porque se nos ha enseñado claramente que esta cualidad de inmortalidad pertenece de manera inherente al Señor solo (Jehová), mientras que se declara que es a causa de la fidelidad de nuestro Señor Jesús que su alta elevación consistió en parte en don de la *vida en sí mismo*, como el Padre mismo tiene la vida. Pues el pensamiento es el mismo: el Jefe (Cabeza) glorioso de la iglesia experimentó exactamente este “cambio” a la

* O más bien la edición de 1937: a prueba de “*corrupción*”, que no puede corromper, podrir o desaparecer.

inmortalidad, a la incorruptibilidad, a la participación en la naturaleza divina. No estamos asombrados que el plan de Dios sea tan liberal con respecto a nuestro querido Redentor, sino estamos bien sorprendidos ciertamente que esta cualidad de la naturaleza divina, que no ha sido *dada* a nadie más que a nuestro Maestro, haya sido prometida a los miembros de su cuerpo, que andan en sus pisadas, y buscan la gloria, la honra y la inmortalidad. —2 Ped. 1:4; Rom. 2:7 [véase nota de Darby —*Trad.*]

“*El [ella] se siembra en deshonra, resucitará en gloria.*” Aquí también, la palabra “él” [ella] reemplaza la Nueva Criatura. Durante la vida presente, el mundo no nos conoce; él no discierne que somos engendrados por el Padre para ser sus hijos en el plano espiritual, y que sólo permanecemos temporalmente en la carne para experimentar allí nuestra prueba, la puesta al ensayo de nuestra fidelidad a nuestro pacto de sacrificio. “Ahora somos Hijos de Dios”, pero no siendo reconocidos por el mundo, somos desestimados por el mundo; a causa de nuestra consagración al Señor, aún no podemos ocupar entre los hombres los puestos honorables correspondientes a nuestras capacidades naturales si las consagrábamos a ocupaciones mundanas. En todo caso, tanto desde el punto de vista individual como desde el punto de vista colectivo, la iglesia en la carne ahora está, así como lo declara aquí el Apóstol, “en deshonra”, en desestima, y como lo declara en otra parte, nuestro cuerpo es ahora un cuerpo de humillación* (Fil. 3:21). ¿Pero qué será pronto la nueva condición? ¿Se acabará el período de deshonra? ¿Estará la iglesia (Cabeza y “cuerpo”) en una condición que tanto los ángeles como los hombres apreciarán y honrarán? ¿Estará así “en gloria” la Nueva Creación? ¡Oh! ¡Sí! Tenemos la seguridad.

“*El [ella] se siembra en debilidad, él [ella] resucitará en poder.*” Aquí siempre es cuestión de la Nueva Criatura; la debilidad mencionada aquí siendo la de los cuerpos mortales actuales, sus imperfecciones que todas las Nuevas Criaturas lamentan, y que Dios en su gracia no considera como las

* Y no un “cuerpo vil” como en ciertas versiones.

debilidades de la Nueva Criatura cuyos propósitos (o intenciones) con respecto al Señor son puras, perfectas, leales y firmes. Que estas debilidades no afectarán los nuevos cuerpos de la resurrección de los “elegidos” se declara categóricamente: “Él [ella] resucitará en poder”— el poder de la perfección, el poder de la nueva naturaleza, el poder de Dios.

“*El* [ella] se siembra cuerpo animal, él [ella] resucitará cuerpo espiritual.” El mismo “él” [ella], la misma Nueva Criatura. Él es un cuerpo animal ahora — la única cosa tangible es la carne. Es sólo por la gracia de Dios que se nos permite *considerar* el nuevo entendimiento como una Nueva Criatura, y esperar el momento en que este nuevo entendimiento recibirá un cuerpo espiritual que le será apropiado. El cuerpo espiritual será entonces *él* [ella], en el mismo sentido que el cuerpo animal ahora es *él* [ella]. ¡Qué gloriosa perspectiva tenemos allí! En realidad, esto es incomprensible para nosotros que no tenemos otras experiencias que las que son comunes al hombre natural [o animal —*Trad.*], excepto que, por la fe, nuestro entendimiento captó las promesas y las revelaciones del Señor, y apreció el espíritu de las “cosas que el ojo todavía no ha visto”.

Sin embargo, si el mismo *pensamiento* de las glorias venideras nos elevó por encima del mundo y sus preocupaciones, sus pruebas, sus excesos y sus placeres, ¡cuánto más significarán para nosotros las realidades cuando seamos perfectos y semejantes a nuestro Señor y cuando compartamos su gloria! No es sorprendente que nuestro Señor haya respondido a Nicodemo: “Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?” No es asombroso que primero haya que ser engendrado por el Espíritu antes de que podamos comenzar a comprender aún las cosas celestes. Pues, indudablemente, nuestra capacidad de correr la carrera que se nos propone en el evangelio, nuestros esfuerzos para vencer el espíritu del mundo y los asaltos del Adversario, será en la medida en que obedezcamos el consejo divino, donde no amemos al mundo y donde nos despojemos de todo peso y del pecado que nos asedia tan fácilmente, donde no abandonemos el pacto, y donde escudriñemos cada día las

La Nueva Creación

Escrituras, y aprovechándonos de toda manera de los privilegios, de las compasiones y de las bendiciones que se nos conceden como hijos de Dios. Si hagamos estas cosas, nunca tropezaremos, sino que así se nos dará ricamente la entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. —1 Juan 3:2, 3; Rom. 8:17; Juan 3:12; 1 Cor. 2:14; 1 Juan 2:15; Ef. 6:10-18; Heb. 12:1, 2; 10:25; Juan 5:29; Hechos 17:11; 2 Ped. 1:4-11

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

Génesis

1:2,3.....	16
1:6-8	17
1:9-11	17
1:14-16	19
1:20.....	41
1:20,21.....	21
1:24,25.....	22
1:26-28	24,
746	
2:2	33
2:4-25	24
2:5,6.....	10
2:7	25
2:8	689
2:17.....	333
3:15.....	353
3:16.....	572
3:19.....	333
7:17-24	12
9:12-17	13
22:17.....	355
22:18.....	59

Éxodo

7:1	242
9:16.....	167
12:1-21	604
12:44.....	494
15:26.....	649
28:41.....	123
29:21.....	123
31:13.....	114
33:20.....	746
40:13,15...	123

Levítico

15:25.....	524
------------	-----

20:7,8.....	114
-------------	-----

20:18.....	524
------------	-----

26:3-15.....	649
--------------	-----

Números

14:33,34.....	3
---------------	---

Deuteronomio

5:3.....	356
----------	-----

15:6.....	578
-----------	-----

15:15.....	690
------------	-----

18:15,18	228,
----------------	------

438	
-----	--

21:15-17...	167
-------------	-----

28:1-14.....	649
--------------	-----

30:15.....	690
------------	-----

30:16.....	690
------------	-----

32:4.....	629
-----------	-----

32:35,36...	399
-------------	-----

1 Reyes

6:7	60
-----------	----

17:17-23...	728
-------------	-----

2 Reyes

4:1-7.....	709
------------	-----

4:18-37.....	728
--------------	-----

Job

1:6-12.....	627
-------------	-----

2:1-7.....	627
------------	-----

14:4.....	533
-----------	-----

38:4-11.....	2
--------------	---

38:7	38
------------	----

Salmos

8:4-7.....	746
------------	-----

16:11.....	700
------------	-----

19:14.....	411
------------	-----

23:1 .	246, 399
--------	----------

37:1,2	606
--------------	-----

39:12	609
-------------	-----

40:3	294
------------	-----

40:7,8	442
--------------	-----

40:8	357
------------	-----

45:7	124
------------	-----

45:14	111
-------------	-----

45:14,15 ..	119
-------------	-----

45:16	730
-------------	-----

46:5	607
------------	-----

49:7	90
------------	----

50:4	399
------------	-----

51:5 ...	89, 533
----------	---------

78:2	228
------------	-----

80:15	164
-------------	-----

82:6,7	450,
-------------	------

748	
-----	--

90:3	332
------------	-----

95:8-10.....	3
--------------	---

103:2-5....	137
-------------	-----

103:3	667
-------------	-----

107:43	294
-------------	-----

116:15	665
--------------	-----

119:67	667
-------------	-----

133:1-3....	124
-------------	-----

145:20	333
--------------	-----

Proverbios

4:7	84
-----------	----

6:1-5.....	583
------------	-----

6:6	592
-----------	-----

11:15	583
-------------	-----

11:24	345
-------------	-----

13:24	536
-------------	-----

15:23	323
-------------	-----

16:32	565
-------------	-----

17:18	583
-------------	-----

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

22:6.....532
22:26.....583
27:17.....129

Cantares

5:10,16.....588

Isaías

5:20.....193
8:20 216, 227,
560, 657
9:6 ... 721, 748
14:12-14 ..627
14:12-17 ..635
25:9.....109
30:21.....413
35:4-6686
40:11.....281
42:8.....399
45:4.....171
45:18.....39
49:26.....400
53:4,5.....649
53:11.....37
55:8,9.....191
56:10,11...285
61:1..238, 274
61:1,2.....206
62:11.....686
65:20.....732

Jeremías

17:9..499, 616
23:1,2,4....281
31:15-17 ..340
31:33,34...359

Ezequiel

4:1-83

7:19568

Daniel

5:25-28....607
11:31479
12:1451
12:1-3,13..686
12:2739
12:9228
12:10607
12:11479

Amós

3:2.....73, 171

Miqueas

3:11285

Sofonías

1:18568
2:3568
3:9114, 734

Zacarías

3:1,2627
8:10568
9:12353
12:10372

Malaquías

3:16,17686
3:1763, 271

Mateo

2:13519
3:6433
3:11451
4:1625
4:2336
4:2-4.....654
4:3,4.....669

4:10 628
4:12 519
4:17-22 204
5:8 413
5:11,12 ... 472
5:19 255
5:37 561
5:44 372
6:7,8,25-34
..... 701
6:12 406
6:25-34 706
6:34,19,20 586
7:1,2 406
7:2 406
7:3-5 598
7:14 116
7:22,23 657
8:17 . 649, 663
8:22 720
8:28-33 643
9:13 74
9:29 103
10:5-8 206
10:23 519
10:25 292
10:30 665
10:36 519
10:41 750
10:42 348, 689
11:11 . 73, 101
12:15 519
12:24-26 .. 627
12:26 656, 659
12:47-50 .. 604
13 435
13:24;36-43 47
13:25,39 .. 195
13:35 228

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

13:37-43 ..625	28:16-19...209	12:50 443, 444
13:43 686, 749	28:18400	13:1-5 665
14:15-21 ..669	28:19223,	14:11 295
15:13.....201	461, 462	14:27,28 .. 117
16:17,18...215	28:19,20 ...453	16:10 295
16:23.....628		16:15 733
16:27.....686	Marcos	19:11-27 .. 750
17:24-27 ..669	1:4447	19:12-26.. 423
18:11.....690	1:16-20....204	19:15 683
18:15 292, 419	3:13-19....204	20:35 736
18:15-17 ..483	3:14,15206	21:4 345
18:15-18 ..287	4:36-41....669	21:28 153
18:17.....289	9:41348	22:19 223
18:18.....214	10:35-39...447	23:42,43 .. 687
18:20.....308	10:42-45...225	24:21 396, 688
19:9..516, 529	16:9-20 615,	24:30,35,41,
19:12.....521	668	43 386
19:16-22 ..589	16:17,18 ...655	24:44-48.. 205
19:24.....589		24:46 691
23:1,2,6-8.224	Lucas	24:48-51.. 209
23:11.....248	3:14624	
23:15.....659	3:3827	Juan
24:24.....187	4:17-21....206	1:1 400
24:31.....271	4:18124	1:1-3..... 2
24:45-47 ..271	4:34-37....643	1:3 52
25:1-1262	5:9-11.....204	1:11-13.... 438
25:14.....683	6:12,13,17 205	1:12 . 116, 172
25:14-30 .423,	6:13-16....204	1:12,13 172
750	6:19649	1:13 ... 64, 110
25:15.....294	6:38406	1:16 124
25:21,23...295	8:2,3284	3:12 . 650, 754
25:27.....582	8:12625	3:13 697
25:31,34....38	9:54,55127	3:19-20 516
25:31-46 ..423	10:1-17....206	3:22,23 447
25:41 625, 636	10:18627	3:34 448
26:53654,	11:13707	4:1,2 433, 447
655, 669	12:32116	4:6 669
27:53.....726	12:36 691, 692	4:23 140
27:55,56...284	12:47,48 ...742	5:22 . 104, 400

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

5:22,27.....406	15:18.....292	5:31..... 748
5:24.....402	15:18,19...645	6:2-5..... 249
5:25.. 724, 731	16:8,11.....626	6:6..... 281
5:28,29.....686	16:11.....628	8:12..... 454
5:29.. 731, 754	16:12 212, 228	8:14..... 253
6:39.....402	16:13 212, 650	8:17-19.... 282
6:47.....154	16:20.....699	8:35-38.... 454
6:51.....719	16:24.....700	9:6..... 282
7:8,30.....469	17:5.....52	9:8,18..... 670
7:30.....490	17:6-9,20,21	9:15..... 210
8:20.....490	208	9:17..... 225
8:32.....237	17:16.....124	9:20-29.... 283
8:44.. 626, 628	17:17.....126	10:39-42.. 205
8:56.....100	17:20.....471	10:39-45.. 209
10:5,27.....243	19:10,11...665	10:44-48.. 454
10:30.....405	20:17.....691	11:26..... 283
11:5.....261	21:25.....196	12:1-6..... 225
11:25 402, 719		12:4 . 488, 491
11:25,26...685	Hechos	13:1-3..... 282
12:5,6.....284	1:2.....198	13:31..... 209
12:6.....284	1:7.....220	14:15..... 219
12:28.....52	1:8.....211	14:22..... 188
12:31 626, 628	1:11.....691	14:23 273, 275
13:2.....626	2:7.....209	15:20,23-29
13:29.....284	2:34.....697	 224
14:2.. 406, 694	2:38,41....433	15:32..... 242
14:2,3.....686	2:39.....533	15:35..... 252
14:3.....402	2:42,46....480	15:39,40 .. 249
14:3,18.....691	3:15.....748	16:3..... 221
14:26.....212	3:17.....646	16:13..... 710
14:30 626, 628	3:19..106, 689	16:14,18 .. 454
15:1,2.....404	3:21.....37	16:16-19.. 642
15:1-6.....201	3:22.....438	16:23,24 .. 226
15:2.....65	3:23...80, 103,	16:33..... 454
15:4.....110	360, 723,	17:11 240, 754
15:7.. 110, 701	732	17:26..... 29
15:11.....699	4:5,6,13....213	17:31..... 399
15:16 198, 273	4:13..204, 262	18:8..... 454
15:16,19...124	5:1-11.....416	19:3-5..... 433

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

19:15.....642	3:28.....93	8:29 ... 54, 175
19:18-20 ..642	4:25.....94	8:33 179
20:7.....480	5:1.....93	8:33,34 369
20:27.....204	5:9.....93	8:34 179
20:28 68, 240, 281	5:12 168, 334, 398	9:11 171
20:29.....195	5:18.....100	9:13 167
20:30.....244	6:1,2368	9:17 157
20:33-35 ..286	6:3.....462	9:17,18 167
20:35.....260	6:3,4.....696	9:27-32 166
21222	6:3-5.....439	10:4 382
21:10-14 ..222	6:5.....446	11 439
21:15-19 ..282	6:8.....445	11:11-26.. 470
21:20.....225	6:11..457, 616	11:16-21.. 437
21:20-26 ..222	7:1-4.....223	11:25-32.. 109
21:21-27 ..222	7:12.....222	11:26-32.. 356
21:25.....224	7:13....36, 144	11:28,29 .. 172
22:4.....340	8:1.....92	11:32 172
23:6.....685	8:8,9.....366	12:1 106, 113, 116, 145, 450, 454, 496
23:11.....222	8:9...288, 367, 407, 441	12:3,6 238
24:14,15...685	8:10,11696	12:4,5 60
26:16,18...627	8:11..497, 616	12:11 587
26:29.....690	8:16-17....450	12:17 498, 577, 592
27:23,24...222	8:17...75, 116, 445, 649, 754	12:18 617
28:30.....692	8:18.....476	12:19 288, 399
Romanos	8:19,2265	13:7,8 605
1:774	8:20-23....154	13:8 578
1:21.....199	8:21,22176	14:5 326
1:21,24,28..32	8:22,19468	16:3 264
2:7 50, 116, 751, 752	8:22,23175	16:6 264
2:15.....351	8:23...64, 154, 694	16:9 264
2:16.....399	8:23,24685	16:12 264
3:428	8:24.....720	16:16 68
3:6399	8:28.....126	16:20 627
3:20.....355	8:28-30....175	16:23 225
3:24....93, 154		9,10,11 166
3:26.....100		

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

1 Corintios

1:2	75	7:18,19	221	13:4-13	410
1:9	75	7:25-40	523	14 ...	265, 312
1:16	454	7:26	572	14:13-17 ..	710
1:21	130	8:6	404	14:23-26 ..	312
1:24	75	8:11	225	14:24	311
1:26-29	76	9:1	210	14:34-36 ..	266
1:30	84	9:12	286	15:3-8	209
2:4,5, 214, 227		9:27 ..	499, 616	15:4	690
2:5-16	219	10:2	437	15:8	747
2:9	712	10:11	200	15:8,9	209
2:9,10	712	10:13	156	15:17	718
2:9,10,14	67	10:16,17 ...	474	15:19	700
2:10-12	650	10:20	638	15:20	697
2:13	251	11:3 ..	267, 501	15:21	718
2:14	754	11:3-7,10-15		15:22	717,
2:14,10	466		268		719, 720
3:3,4	202	11:5	268	15:24	97
3:4-6	68	11:5,7,10 ..	269	15:25-28 ...	37,
3:11 ..	202, 215	11:6	268		401
3:22	148	11:7-12	502	15:29	462
4:1	211	11:10	268	15:35-38 ..	729
4:3-5	414	11:23-25 ...	473	15:41 424, 749	
4:5	742	11:26	473	15:41-44 ..	716
4:8,16,1	226	11:27-29 ...	482	15:42 744, 750	
4:9-13	226	11:31	410	15:45-47	29
4:13	227	12	231	15:48	745
5	417	12:7-10	207	15:50	746
5:5 ...	416, 627	12:12	60	15:50,53,54	
5:7,8	465	12:12,13 ..	448,		751
5:9,10	416		449	15:51,52 ..	747
6:1-11	418	12:18	140		
6:14	402	12:19,14 ...	233		
6:20	79	12:23	231		
7:3-9	524	12:25	231		
7:5	523	12:27 ..	232, 440		
7:13-16	515	12:28 ..	266, 305		
7:14	545	12:28,29 ...	269		
7:15	225	12:31 ..	233, 234		
		13:1-3	207		

2 Corintios

1:10	720
2:11	627
3:5,6	248
3:6	438
3:18	377
4:3-4	627

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

4:4 ..306, 379,
634, 644

4:758

4:16.....696

4:17..176, 645

5:1 ...684, 694

5:1-10694

5:5695

5:6695

5:8695

5:10.....423

5:14.....237

5:17 46, 65,
368

6:1 ...107, 704

6:281

6:4248

6:17.....595

7:1412

8:9612

8:18.....225

8:19.....274

10:5.....142

11:2 61, 363,
625

11:5.....203

11:5,23.....210

11:9.....286

11:13.....204

11:14 627, 640

11:23-33 ..226

12:1-7,12 .210

12:4.....209

12:7-9670

12:9....80, 374

12:14.....592

12:14,15...286

Gálatas

1:1274

1:8.....251

1:11,12 210,
219

1:15.....203

2:3-5.....222

2:7,8.....221

2:8.....210

2:11.....219

2:11-14....219

3:5.....210

3:8.....96

3:16,2959,
361, 438

3:19,17360

3:24.....93

3:27,28495

4362

4:15.....670

4:28.....361

5:1229, 237

5:1-4.....362

5:2.....221

5:13.....80

5:19-21....411

6:1420

6:6.....259

6:10 ..184, 289

6:11670

Efesios

1:4-11.....188

1:7153

1:12-14....450

1:14.....690

1:2152

2:2193, 626

2:12358

2:20,22212

3:1212

3:3-6.....193

3:3-11.....212

3:9629

3:18640

3:18,19214

4:1-16.....234

4:3280

4:4 80, 116,
165

4:4,5224

4:4-6.....459

4:11269

4:11,12266

4:11-16....235

4:13362

4:23,24696

4:27626

4:28670

4:30153

5:22-23505

5:23267

5:33509

6:10-18....754

6:11626

6:11-13....676

6:12 . 627, 643

6:13 185, 370,

374

Filipenses

1:16-19692

1:21-24691

1:23692

2:3280

2:8 53, 357

2:25-30672

3:2285

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

3:8476
 3:10.....721
 3:10,11.....446
 3:13,14....132,
 370
 3:14.....54, 80
 3:15.....455
 3:19..412, 651
 3:20.....691
 3:21..693, 752
 4:3227
 4:7321
 4:8603
 4:17.....347

Colosenses

1:12.....620
 1:13.....609
 1:15.....2
 1:18..362, 697
 1:18,19.....51
 1:24.452, 474,
 477, 649,
 650, 723
 2:14.....221
 2:16,17....223,
 384
 2:19.....110
 3:1497
 3:3441
 3:3,4.....685
 3:5-10600
 3:9,10.....696
 3:12-14186

1 Tesalonicenses

1:4,5.....186
 1:10.....691
 2:4-7227

2:1279
 2:16.....451
 4:3.....129
 4:780
 4:11598
 4:16,17691
 4:17684
 5:4.....83
 5:11311
 5:12244
 5:12,13....299
 5:14,15297
 5:21227
 5:24....62, 374

2 Tesalonicenses

1:10155
 2:1-8.....693
 2:2,3220
 2:5,6221
 2:8.....401
 2:9,10627
 2:9-12.....657
 2:10,11260
 2:10-12....160
 3:5.....413
 3:6.....647
 3:6,15225
 3:10670
 3:14,15302

1 Timoteo

1:5.....115
 1:15.....742
 1:17746
 1:20627
 2:5,6689
 2:6.....335
 2:7274

2:11,12 ... 264,
 267
 2:12 269
 3:1-7 244
 3:2 244
 3:6,7 626
 3:8-13..... 280
 4:1 ... 379, 638
 4:11 251
 4:14 281
 5:1 ... 227, 247
 5:8 498, 592,
 604
 5:13 597
 5:14 571
 5:14,15 627
 5:17 244
 5:17,18 247
 5:19 291
 5:20 300
 5:22 282
 5:23 672
 5:24 743
 6:2 251
 6:3-5..... 251
 6:4 409
 6:4-6..... 416
 6:12 79
 6:16 746
 6:20 32

2 Timoteo

1:6 282
 1:10 751
 1:12 685
 1:15 274
 2:12 445
 2:17 195
 2:19 63, 70

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

2:24..247, 269
 2:26..626, 644
 3:5244
 3:12..472, 645
 3:17.....204
 4:2251
 4:3,4.....285
 4:8685

Tito

1:5275
 1:5-11244
 2:12-14685
 2:13.....693
 3:2289
 3:793

Filemón

7,16.....225

Hebreos

1:452
 2:373
 2:5625
 2:9689
 2:11.....225
 2:14 401, 626,
 636
 2:17.....53
 2:17,18.....156
 2:18.....156
 3:154
 3:5 ... 172, 437
 3:15.....81
 4:1-11394
 4:12.....129
 4:15.....649
 4:15,16....156,
 703

4:16 138, 415,
 701
 5:2.....156
 5:4 64, 81, 110
 5:12254
 6:4-6.368, 647
 6:4-8.....302
 6:4-9.....161
 7:2275, 358
 7:25 152, 153,
 156
 7:25,26156
 7:27113
 8:3.....115
 8:10359
 9:12153
 9:14....93, 113
 9:14,1575
 10:7442
 10:17-22...703
 10:24 308, 311
 10:25 308,
 391, 605,
 754
 10:26368
 10:26,27,31
 161
 10:26-31...302
 10:29162
 10:30399
 10:31111
 10:38655
 10:39562
 11728
 11:5,32-39 117
 11:6.140, 315,
 677, 702
 11:35 109, 727
 11:39728

11:39,40 . 698,
 722
 11:40 74, 101,
 728
 12:1 370
 12:1,2 754
 12:2 ... 52, 131
 12:7 536
 12:23,24 .. 399
 12:24 481
 13:2 584
 13:4 571
 13:17 379

Santiago

1:5 ... 518, 708
 1:5-8..... 713
 1:8 615
 1:22-25 316
 1:25 378
 2:13 422
 2:19 642
 2:24 94
 3:1 ... 254, 264
 3:8-11 411
 3:9,10 601
 3:14,15 412
 3:16 412
 3:17 ... 86, 607
 4:3 700
 4:7 626
 5:7,8 606, 686
 5:14 244
 5:14-16 655
 5:15 656
 5:20 289
 3 601

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

1 Pedro

1:2	173
1:3-7	685
1:10-12	227
1:12	219
1:13.. 155, 685	
1:15,16	79
1:16	129
1:17	404
2:5	60, 190
2:5,6	215
2:9	78, 238, 294
2:11	609
2:16,17	605
3:1-6	509
3:4	696
3:15	254
4:12	320
4:15	597
4:17	402
5:1	239
5:1-3	226, 245
5:5	77
5:6	77
5:8	625

2 Pedro

1:3	78, 80
1:4 49, 50, 752	
1:4-11	754
1:5-10	412
1:10	158
1:10,11	66, 180, 713
1:11	164
1:15	220
1:16-18	697
1:21	214

2:1	195
2:1,10	160
2:2	244
2:4	636
2:10-22	160
2:21	647
3:8	3, 333
3:13	625

1 Juan

1:7	93
2:2	64, 158, 335
2:15	622, 754
2:20	257
2:27,20	255
3:1	442, 475
3:2	365, 716, 746
3:2,3	754
3:3	315, 338
3:8,10	626
3:9,10	416
3:13	292
3:14	476
3:16	129, 477, 650
4:1	227, 276, 656
4:20	309
4:20,21	377
5:4	103, 140, 315, 677, 711
5:7	196
5:12	94, 154, 719
5:16	160, 302
5:18,19	627

2 Juan

1	239
9-11	302

Judas

3	647
6	636
9 ...	624, 626
11-16	160
16	160

Apocalipsis

1:14,15	698
1:18	336
2,3	405
2:1	269
2:7	690
2:10	450, 626, 723
2:18	698
3:5	114
3:5,11	159
3:11 ...	82, 114
3:12	119
3:14	2
3:21	56
5:13	39
7	163
7:4	174
7:9-14	81
7:13-15	119
11:18	401
12:9,12	626
14:1	174
14:19	201
15:1	170
15:2	228
15:3,4	39
16:7	735

Índice De Los Textos Bíblicos Citados

18:2,4200, 435	20:5.....745	21 ... 203, 363
18:4..659, 675	20:6.....717	21:2 363
19:6,7119	20:7-9.....121	21:14 198, 215
19:7625	20:10 626, 636	22:12 686
20:2,3.....626	20:12 96, 101, 103	22:17 337
20:3.....660	20:14.....626	